AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO XII.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864

AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

DICIEMBRE.

DIA PRIMERO.

SAN ELOY, OBISPO DE NOYON.

San Eloy (1), uno de los mas bellos ornamentos de la iglesia de Francia, nació en Catelat, aldea del Limosin, hácia el año de 588; fué hijo de un honrado paisano, llamado Euquerio, el que en la medianía de su condicion y de su fortuna vivia con honradez, y se distinguia de los demás por su hombría de bien. Su madre, llamada Terrigia, no se distinguia menos por su piedad y por su prudencia. Estando preñada de nuestro santo, tuvo un sueño en que se le dió á entender que el niño de que estaba embarazada seria un dia alguna cosa sobre el comun de los hombres. Le pareció ver una águila que de lo mas alto del cielo se dejaba caer sobre ella por tres veces, y despues revoloteaba al rededor de su vientre como en señal de respeto. Un buen eclesiástico, con quien comunicó

(1) El Martirologio romano y el Calendario español ponen á san Eloy en el dia 25 de junio.

su vision, le predijo que pariria un hijo que seria grande delante de Dios y de los hombres por su eminente santidad. Este suceso obligó á sus padres á ponerle el nombre de Eligio ó Eloy, para significar que habia sido escogido por Dios aun antes de nacer. Los cuidados que emplearon en educar á su hijo en el santo temor de Dios correspondieron á la idea que habian formado en vista de estas predicciones. Desde sus mas tiernos años le dedicaron á los ejercicios de piedad; su buen genio, la docilidad de espíritu y de corazon á las impresiones de la gracia, dejaron poco que hacer á la educacion. Habiendo hecho su padre que se instruyera en los principios de las ciencias humanas y divinas, viéndole naturalmente hábil para todo lo que emprendia, y sobre todo advirtiendo en él mucha industria y delicadeza para las obras de manos, le puso con un platero de Limoges. Este hábil maestro encontró en su aprendiz un ingenio tan sobresaliente y un talento tan particular, que nò fué necesario mucho tiempo para enseñarle todos los primores del arte. Bien presto supo Eloy mas que su maestro; pero lo que le concilió mas su estimacion fué su genio suave y oficioso, su ingenuidad, y una piedad cristiana que no se desmintió jamás. Era frecuente en la iglesia, y especialmente los domingos y dias de fiesta los consagraba enteramente á la oracion, á los oficios divinos y á las obras de misericordia. Como era tan exacto en cumplir con todas las obligaciones de cristiano, le llamaban el religioso secular; de modo que si este jóven artífice era admirado por su habilidad en el arte de platero, lo era todavia mas por su habilidad en la ciencia práctica de los santos.

A la edad de unos treinta años le condujo la Providencia á Paris. Bien presto se distinguió por su habilidad y por su virtud en esta capital de Francia; se

dió á conocer á Bobon, que era entonces ministro de hacienda, el cual, prendado de su habilidad, le mandó hacer muchas obras de valor. Este ministro, despues de haber hecho muchas pruebas de su habilidad, se alegró de que se le hubiese presentado ocasion de darle á conocer. El rey Clotario II tenia deseos de que le hicieran una silla de oro y de pedrería segun el modelo de su idea, con el que ningun artífice de Paris habia podido atinar. Bobon, que conocia el ingenio y la destreza de Eloy, dijo al rey que él trataba á un hombre capaz de desempeñar el encargo á gusto de su Majestad. El rey hizo tomar de su tesoro una cantidad considerable de oro y de pedrería para entregarla al artífice, y hacerla emplear en la obra. Eloy trabajó sobre el modelo que se le habia trazado; y del oro que se le habia dado hizo dos sillas que sobrepujaron la idea que el rey se habia formado allá en su imaginacion. Al principio no presentó sino la una. El príncipe quedó sorprendido de la diligencia del artífice y de lo exquisito de la obra; pero fué mucho mayor su pasmo cuando, contra todas sus esperanzas, le presentó la segunda. Esta aventura dió á conocer á nuestro santo en toda la corte. El rey, prendado no solamente de la habilidad del artífice, sino tambien de su buena fe y de su prudencia, le tomó tanto cariño, que apenas le hubo hablado dos ó tres palabras, cuando le dió toda su confianza. Eloy vino á ser el privado del rey, pero no abusó de su privanza. Jamás le vieron menos humilde, ni menos contenido, ni menos devoto. La pureza de sus costumbres, su devocion tierna y la regularidad inalterable de su conducta le hacian cada dia mas estimable. El rey no cesaba de hacer su elogio en presencia de los cortesanos; pero su virtud le puso siempre al abrigo de la envidia. El rey le dió cuarto en palacio, en donde gustaba de verle trabajar y de hablar con él; pero cuanto

mas de cerca le veia, descubria en él mayor virtud y mayor prudencia. Prendado el rey de tan bellas cualidades, quiso atraerle á su servicio de modo que no le quedara libertad para dejarle en ninguno tiempo. Estando un dia en su palacio de Ruel, le hizo venir, y le dijo que le habia de hacer juramento de fidelidad sobre las santas reliquias. Al solo nombre de juramento se sobresaltó la delicadeza de su conciencia; y acordándose que Jesucristo habia prohibido á sus discípulos todo juramento, no pudo resolverse á poner la mano sobre el relicario, y mucho menos á jurar. Señor, le dijo, Dios me prohibe el jurar, pero me manda que os sea fiel: esto os debe bastar; y vuestra Majestad puede estar seguro que le seré fiel hasta la muerte. Al decir estas palabras, no pudo contener las lágrimas. El rey se enterneció, y no quiso instarle mas. San Oven, que tenia entonces trece ó catorce años de edad, se halló presente á este pasaje; y quedó tan prendado de la modestia y piedad de nuestro santo, que quiso ser desde entonces no solo su amigo, sino tambien su discípulo, y esta amistad tan estrecha y tan pura duró toda la vida.

Parece que el aire de la corte habia de alterar la inocencia de Eloy; pero fué tan al contrario, que cuanto mas honrado se veia del rey y de los cortesanos, tanto mas pura y mas brillante se mostraba su devocion. Cada dia le disgustaba mas el resplandor de la grandeza del mundo. Se resolvió á vivir una vida todavía mas perfecta que la que habia tenido hasta entonces, para lo cual comenzó por una confesion de toda su vida, la cual, aunque muy inocente, no dejó de causarle vivos pesares y agudos remordimientos que le obligaron á recurrir á todos los rigores de las mas austera penitencia. A mas de ser continuo su ayuno, pasaba una parte de la noche en orar y en meditar las mas grandes y mas terribles verdades de

la religion; maltrataba sin cesar su carne con mil inocentes crueldades. Sin embargo de todos estos rigores, no podia calmar sus inquietudes, ni moderar el dolor que le causaban sus pecados pasados; sus lágrimas no tenian fin, sus temores se aumentaban cada dia mas, y no cesaba de implorar la divina misericordia. Esta saludable inquietud le llevó un dia á solicitar de su Salvador con una fe viva, que le diera á conocer si le era agradable su penitencia.

Habia en su cuarto diversas reliquias de santos colgadas del techo, bajo las cuales acostumbraba hacer oracion por la noche postrado en tierra. Estando una noche en esta humilde postura, se dejó llevar del sueño. Estando así dormido, le pareció ver un sugeto que le decia que su oracion habia sido oida, y que se le iban á dar pruebas sensibles de ser así. Habiendo despertado, se encontró con toda la cabeza humedecida de un licor oloroso que destilaba la caja donde estaban aquellas reliquias. Este maravilloso suceso le consoló y calmó sus inquietudes.

Habiendo muerto el rey Clotario, le sucedió su hijo Dagoberto; y si el padre estimaba mucho á nuestro santo, el hijo le dió todavía mayores pruebas de su amistad y de su confianza. Aprovechándose san Eloy de este favor, inspiró á este príncipe grandes sentimientos de religion, le apartó de muchos desórdenes, y le hizo vivir una vida verdaderamente cristiana. Como la privanza de nuestro santo para con el rey iba cada dia en aumento, los cortesanos, á quienes era gravosa la virtud sobresaliente de nuestro santo, se valieron de mil artificios para desacreditarle con el rey; pero todas sus calumnias solo sirvieron para hacer su virtud mas brillante; y en lugar de vengarse de ellos san Eloy, no tuvieron protector mas poderoso para con su Majestad. Continuó su ejercicio de platero en el reinado de Dagoberto; pero

tuvo la satisfaccion de no trabajar casi jamás sino en honra de los santos y de la Iglesia.

Colmado de bienes por el rey, colmaba de ellos á los pobres. No se puede llevar mas lejos la caridad de lo que la llevó nuestro santo : empleaba toda su hacienda en alimentar los pobres, en rescatar los cautivos, ó en fundar establecimientos de piedad. Uno de los primeros que fundó fué la célebre abadía de Soliñac en un coto de tierra de que el rey le hizo donacion cerca de Limoges. La dotó ricamente, y la puso bajo la regla de san Columbano; y este monasterio vino á florecer tanto con el tiempo, que fué el modelo y la matriz de otros muchos. Fundó tambien algunos otros en el Limosin. Y habiéndole dado el rey una bella casa en París, hizo de ella un célebre monasterio de vírgenes, bajo la invocacion de san Marcial, en donde puso hasta trescientas religiosas bajo la conducta de santa Aurea. Para la comodidad de este grande monasterio se necesitaba de una pequeña plaza que era del patrimonio real; se la pidió al rey, y la consiguió sobre el plan que le habia presentado; pero advirtiendo despues que en la medida de la tierra habia habido un pié de trabacuenta, lo sintió tanto, que, arrojándose á los piés del rey, ofreció expiar su falta con el sacrificio de su vida. Esta delicadeza de conciencia pasmó á toda la corte; y el rey tuvo razon de decir que la fidelidad de los que sirven á Jesucristo es el mas severo fiscal de la mala fe de las gentes del mundo. Nuestro santo hizo otras muchas fundaciones piadosas; hizo edificar en París la iglesia de San Pablo, la cual es el dia de hoy una de las mas considerables parroquias de la capital.

Como nuestro santo tenia tanta estimacion y tanta inclinacion á la vida religiosa, su casa era el hospedaje ordinario de los religiosos forasteros, los que encontraban en él un perfecto modelo de la vida mas

penitente y mas regular. El rey tenia tanta confianza en su virtud y en su capacidad, que le envió por *embajador* al *conde* de Bretaña para terminar algunas diferencias que habia entre las dos cortes. Todo su viaje fué una serie continua de limosnas y de buenas obras. Su embajada tuvo el feliz éxito que se habia deseado. Los aplausos que recibió á la vuelta, aumentaron el disgusto con que ya miraba antes todo lo que hay en el mundo de mas lisonjero. Aumentó sus ejercicios de penitencia y de piedad; se vistió un áspero cilicio, del que jamás se despojó. La oracion, la lectura y las buenas obras ocupaban todo el tiempo que le dejaba libre la precisa asistencia al soberano. Le llamaban el religioso de la corte; porque en medio de la corte vivia tan retirado y tan abstraido como pudiera en el mas espantoso desierto. Pero Dios habia destinado á nuestro santo para que fuese uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episcopal, despues de haber sido la admiracion de toda la corte.

Habiendo muerto san Acario, obispo de Noyon y de Tournay, el clero y el pueblo se convinieron en pedir á san Eloy por su obispo. Dagoberto habia muerto á la sazon, y su hijo Clodoveo II no podia resolverse á quedar privado de la presencia de un súbdito, cuyos sabios consejos le eran tan necesarios. Sin embargo, la necesidad de la Iglesia pudo mas para con el rey que la del Estado; pero habia otro obstáculo mucho mayor que vencer: este era la humildad de nuestro santo; se superó no obstante, y á pesar de sus ruegos, de sus lágrimas y de sus razones, fué preciso que se resolviera á recibir los sagrados órdenes; despues de lo cual se fué á Ruan, en dende fué consagrado obispo el año de 640, con su íntimo amigo san Oven que fué consagrado al mismo tiempo.

San Eloy no volvió á la corte sino para despedirse de ella para siempre: se fué á Noyon, en donde fué recibido de todos con aquella alegría que inspira la opinion de una santidad universalmente reconocida. En el obispado conservó siempre la misma humildad y el mismo espíritu de oracion y de penitencia. Su casa fué siempre la de los pobres, y no tuvo jamás rentas sino para hacer limosnas; su solicitud pastoral se hizo admirar desde el principio en el zelo y vigilancia que empleó para conservar y aumentar el rebaño que se le habia confiado. Habiendo hecho en el primer año la visita de la dióeesis de Noyon y del Vermandois con grandes ventajas de la piedad y de la disciplina eclesiástica, comenzó al año siguiente sus viajes apostólicos en el territorio de Tournay en Flandes, y llevó su zelo hasta la Zelandia y á las extremidades del Brabante, en donde parecia que la idolatría se habia atrincherado; la forzó hasta en sus últimas trincheras, y en todas partes hizo nuevas conquistas para Jesucristo, levantando el estandarte de la cruz sobre las ruinas del paganismo. Los cantones de Courtray y de Gante eran todavía tierras por desmontar; mas san Eloy hizo de ellos una viña abundante para el Señor.

Para asegurar las conquistas que hacia para Jesucristo por medio de sus predicaciones y trabajos apostólicos, fundó muchas iglesias y monasterios en todos los países que habia agregado á la fe. No se puede decir todo lo que tuvo que sufrir en todos estos viajes, y cuántas veces se vió en peligro de perder la vida. Un dia, predicando en una parroquia de la campiña, inmediata á Noyon, declamó fuertemente contra los bailes y otras diversiones enteramente paganas. Los edictos y mandatos del santo obispo fueron obedecidos; pero los libertinos se conjuraron contra el santo pastor, y sublevaron contra él una parte del pueblo.

San Eloy no se acobardó por esto, antes bien predicó con mas zelo contra los abusos; mas viendo que los espíritus se exasperaban cada dia mas, juzgó que debia pedir á Dios tuviese á bien castigar aquellos indóciles, mortificando de algun modo sus cuerpos para salvar sus almas: fué oida su peticion; y cerca de cincuenta de los mas alborotados quedaron poseidos del demonio en el mismo instante; perseveraron un año entero en sus tristes humillaciones, de las que no quedaron libres hasta el mismo dia del año siguiente, en que el santo recibió su sumision y la de todos los otros.

Nuestro santo obró un gran número de otros milagros en todo el tiempo de su obispado; fué dotado tambien del don de profecía. Profetizó la muerte de muchos grandes y la del rey Clovis ó Clodoveo II, como habia tambien profetizado la del rey Dagoberto. Asistió á un concilio congregado en Chalons sobre el Sona el año de 644; y no contento con ser útil á los de su tiempo, dejó á la posteridad muchas homilías, y un gran discurso que mereció ser atribuido por mucho tiempo á san Agustin. En fin, lleno de meritos, y consumido de penitencias y de trabajos, murió con la muerte de los santos el año de 659, el setenta de su edad, y el diez y nueve de su obispado. Aun no habia espirado cuando toda la ciudad de Noyon mostró el vivo sentimiento que le causaba la pérdida de su santo pastor y padre. El mismo dia se vió llegar á la ciudad la reina santa Batilde con los príncipes sus hijos y con todos los grandes de la corte, que habian partido de París á la primera nueva de su enfermedad. Habiéndose postrado la piadosa reina á los piés de nuestro santo para besárselos, se le vió echar sangre por las narices en abundancia. La reina hizo recoger esta sangre en pañuelos para conservarlos preciosamente. Tenia grandes deseos de hacer llevar

á París el santo cuerpo; pero se experimentó tan pesado, que nó fué posible moverle de su lugar; lo que hizo conocer que Dios queria que esta piadosa reliquia se quedase en su catedral. Las exequias que se le hicieron fueron magníficas, y su culto es desde entonces muy célebre en Noyon y en otras partes.

SANTA NATALIA.

Entre los prodigios del valor cristiano que se celebran en los fastos eclesiásticos en tiempo de las persecuciones gentílicas, es digno de los mas altos elogios el heroismo de santa Natalia, mujer del ilustre mártir san Adriano, cuya memoria ha sido la admiracion de los siglos futuros, así como fué por entonces su ardiente zelo por la religion de Jesucristo el asombro de los mismos paganos.

Habiéndose presentado el emperador Maximiano en la ciudad de Nicomedia con firme resolucion de dar muerte á todos los fieles que rehusasen prestar adoracion á los ídolos, consternado todo el rebaño de Jesucristo al oir los impíos edictos que hizo publicar aquel tirano, se retiraron muchos á los desiertos para huir de aquella fiera insaciable de la sangre inocente de los cristianos. Presos de estos fugitivos veinte y tres ilustres confesores, solicitó Maximiano rendirlos á sacrificar á los falsos dioses por cuantos medios pudo discurrir su tiranía; pero viéndolos inflexibles á condescender con sus sacrílegos designios, mandó que cargados de prisiones los condujesen á la cárcel, donde los atormentasen los verdugos con diferentes géneros de tormentos, tales, que sirviesen de escarmiento á todos los cristianos de la ciudad y de toda la provincia.

Presenció Adriano la tortura; y convencido de que el valor y constancia con que sufrian los mártires tan enormes castigos eran efectos sin duda de alguna virtud sobrenatural oculta, y que la alegría que mostraban en semejantes penas acreditaba la esperanza de algun bien sumo que los alentaba á padecer con tanto gusto; instruido por los mismos mártires que el término á que aspiraban por aquellas transitorias penas era nada menos que una eterna felicidad, prometida por Jesucristo á los que le confesasen en presencia de sus enemigos, encendido en vivísimos deseos de disfrutar esta dicha, se declaró creyente en Jesucristo: por cuya confesion ordenó el emperador que, amarrado con pesadas cadenas, fuese llevado á la prision donde se hallaban los demás confesores.

Supo Natalia el suceso inopinado, é informada de la causa motiva, como era cristiana de profesion, pasó á la cárcel inmediatamente llena de un extraordinario gozo, y puesta á los piés de su marido, besando las prisiones, le habló en estos términos: *Bienaventurado eres, dueño mio, porque hallaste la felicidad que no heredaste de tus padres, envueltos en las miserables sombras del gentilismo. No cuides de los bienes ni riquezas de este mundo, que son inútiles al tiempo de la muerte: atiende solamente á las promesas eternas hechas por Dios á los cristianos en la vida inmortal, donde el justo Juez remunera á los que confiesan su santo nombre ante sus enemigos: permanece constante en la vocacion á que has sido llamado: no te separen de este buen propósito tus padres, parientes, ó amigos, ni el respeto de los bienes temporales corruptibles: no se entibie el fervor que ha concebido tan justamente tu espíritu por la adulacion ó consejos impíos de los que intenten separarte de una carrera tan dichosa, cuyo fin es la eternidad de una gloria inmarcesible: cuida únicamente de conseguirla, reflexionando el gozo con que pa-*

decen estos ilustres confesores por lograr esta dicha: imita su fortaleza y su paciencia: no te perturbe la ira del emperador, ni te intimiden los tormentos, que en breve tiempo pasan y se finalizan.

Concluida esta exhortacion nerviosa con Adriano, capaz de imprimir en su espíritu aquel valor y aquella fortaleza que manifestó en los tormentos, y dada por el santo la palabra de que la avisaria cuando instase la causa para que le asistiese en su muerte, pasó á visitar á los veinte y tres presos por Jesucristo, y practicando con ellos la misma diligencia de besar sus prisiones, les hizo, bañada en lágrimas, la siguiente súplica: *Socorred vosotros, siervos de mi Señor Jesucristo, á la oveja que se ha agregado á su rebaño; dadle documentos de paciencia, hacedle ver los eternos premios á que aspira vuestro sufrimiento, certificadla en las verdades infalibles que cree nuestra fe, y ejerced los oficios de padres espirituales ilustrándola, ya que los suyos carnales son gentiles, ciegos é impios.*

Pasados algunos dias, supo Adriano que instaba la vista de la causa, y queriendo cumplir la palabra dada á Natalia, consiguió permiso de los guardias de la cárcel para ver á su esposa, á expensas de grandes sumas, dando por fiadores á sus compañeros. Dióle aviso un criado lleno de regocijo de que venia á su casa Adriano; y creyendo la santa que habria conseguido libertad por haber desertado de la fe de Jesucristo, cerró la puerta, y comenzó á declamar contra la infidelidad de su marido, diciéndole que se separase de ella, pues no queria oir las palabras de quien se atrevió á negar al verdadero Dios que ya habia conocido. Admirado el santo al oir las expresiones de su esposa, nacidas de su ardoroso zelo por la religion de Jesucristo, se vió en la precision de manifestarle todo lo ocurrido, diciéndole que se hallaba con resolucion firme de padecer todos los tormentos que pudieran

discurrir los gentiles, y que el fin de su venida no era otro que el darle el aviso prometido, para lo cual habia dado por fiadores á sus santos compañeros; con lo que sosegada Natalia, le abrió, y le exhortó nuevamente á que acreditase con valor y fortaleza la fe de Jesucristo.

Restituyóse Adriano á la prision con un nuevo espíritu, ansioso de que llegase el tiempo de manifestar con pruebas prácticas los deseos ardientes que tenia de padecer por amor de Jesucristo. Pasó luego á la cárcel Natalia, y llena de compasion al ver las muchas heridas de los santos prisioneros cubiertas de gusanos por la putrefaccion, se mantuvo por espacio de siete dias suministrándoles todos los auxilios que necesitaban en tan miserable estado.

Mandó el tirano que se presentasen á su tribunal los ilustres confesores; pero habiéndole representado el ponente de la causa que no podian comparecer, porque se hallaban cubiertos de llagas, podridos los miembros, y descubiertos los huesos á fuerza de los tormentos que padecieron en la prision; y que solo Adriano estaba en disposicion de sufrir el juicio de todos, ordenó que le condujesen desnudo, con un leño sobre los hombros. Envidiábanle los compañeros la dicha de llevar al suplicio la misma insignia en que murió el Redentor; pero excediendo á todos Natalia en la santa emulacion, y acercándose á él con un valor excesivo á su sexo, le dijo: *Dueño mio, solo mira á Dios, no aterre á tu corazon el aspecto de los tormentos, pues la pena es transitoria, y el premio es eterno: breve es la tortura, y el descanso es perpetuo. Atiende á que debes preferir el reino de los cielos, que heredarás para siempre, á los suplicios eternos, á que serás condenado si cedes á los príncipes de la tierra en tiempo de la guerra humana.*

Animado Adriano con estas tan sabias, como zelo-

sas exhortaciones de su esposa amada, se presentó al tribunal del tirano con una generosa intrepidez á sufrir el penoso interrogatorio del emperador enardecido contra los cristianos, quien, viendo inútiles todos los esfuerzos de que se valió para que sacrificase á los ídolos, mandó que le azotasen severísimamente. Hiciéronlo los verdugos con tanta crueldad, que cayeron en tierra varios pedazos de sus delicadas carnes; pero no satisfecha la ira de aquel impío príncipe con semejante castigo, viendo que el santo continuaba constante en la confesion de Jesucristo, ordenó á cuatro hombres robustos que le azotasen en el vientre, hasta que, cayendo en el suelo parte de sus entrañas, dispuso que le volviesen á la prision.

Llenó de compasion aquel lastimoso espectáculo hasta á los mismos paganos: solo Natalia, rebosando en alegría, celebraba el valor de su esposo, diciéndole: *Bienaventurado eres, dueño mio, pues te has hecho digno del honor de ser numerado entre los santos habiendo padecido por el que padeció por ti; atiende que vas á ver su gloria, de la que serán partícipes los que lo han sido de sus trabajos en esta vida.*

Prohibió el emperador que entrasen mujeres en la cárcel á suministrar algun alivio á los santos confesores. Sabedora Natalia de la injusta providencia, se cortó el cabello, y vestida de hombre los asistia infatigable con otras señoras cristianas, que por su influjo adoptaron la invencion, queriendo contribuir á sus piadosos oficios.

Finalmente, conociendo el tirano que los confesores de Jesucristo habian de morir á fuerza del dolor y putrefaccion de las heridas que habian padecido, queriendo que falleciesen con una muerte desusada, mandó que, puestos los piés de los santos en un potro de metal, se los cortasen los verdugos

con un hierro, quebrantándoles las piernas. Cuando llegaron á la cárcel los verdugos para la ejecucion de aquel castigo, temerosa Natalia de que su esposo pudiera intimidarse viendo padecer tan extraño tormento á sus santos compañeros, rogó á aquellos que comenzasen por Adriano, y cogiendo sus piés ella misma, los extendió en el potro para la cruenta cisura; y no satisfecha con esta prueba, le suplicó diese su mano al mismo fin, como el santo lo hizo, la cual guardó Natalia consigo.

Despues que murieron todos los mártires, mandó el tirano que se quemasen sus cuerpos, á fin de que los Galileos (como llamaba él á los cristianos) no pudieran recogerlos para tributarles los obsequios debidos; pero luego que los arrojaron á la pira, se levantó de repente una tempestad tan furiosa de truenos, relámpagos y granizo, que, sobre extinguir el incendio, hizo que huyesen precipitadamente los gentiles; con cuyo motivo recogieron Natalia y otros cristianos los venerables cadáveres íntegros, sin que les hubiese ofendido el fuego un solo cabello de sus cabezas.

Hallóse allí cierto varon piadoso, llamado Eusebio, el cual, aunque habia habitado cerca de Nicomedia, viendo la impiedad que se ejecutaba en la ciudad con los cristianos, se retiró á Constantinopla con su familia. Rogó este á Natalia que le diese los cuerpos de los santos para depositarlos en lugares ocultos hasta la muerte del tirano, despues de la cual se les harian los honores debidos; pues de lo contrario se exponian á que, insistiendo el emperador en su empeño, redujese á cenizes los preciosos tesoros que habia librado el cielo á expensas de sus prodigios. Condescendieron todos con pretension tan justa, y fueron trasladados à Constantinopla.

Pasados algunos dias, como Natalia era una de las señoras principales de Nicomedia noble, rica y de

rara hermosura, pidió al emperador uno de los oficiales de su ejército que se la diera por esposa. Insinuóselo el príncipe por medio de ciertas nobles matronas; pero habiendo pedido la santa tres meses para deliberar en el asunto, recurrió á Dios en este tiempo con reverentes súplicas para que la librase de aquel apuro, no permitiendo que manchase un idólatra el lecho de su siervo Adriano. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, y en una de las ocasiones que oraba á este fin, apareciéndosele uno de los santos mártires, le ordenó que, entrando en una nave, pasase á Constantinopla donde estaban sus cuerpos; lo que hizo Natalia inmediatamente, acompañada de algunos cristianos que huyeron de la crueldad de Maximiano.

Luego que supo el oficial la fuga de Natalia, pidió auxilio al emperador para perseguirla, y franqueándole todo lo necesario aquel impío príncipe, se embarcó con la tropa suficiente en su busca. Pero Dios la libró de esta furiosa tentativa, y de otra ilusion del enemigo infernal, que quiso engañarla con que llevaba errado el rumbo. Apenas saltó en tierra la santa, su primera diligencia fué ir al lugar donde estaban los cuerpos de los mártires á fin de tributarles la veneracion debida. Como estaba fatigada del cansancio, quedóse dormida en la oracion; apareciósele su esposo, y le dijo: *La paz sea contigo, sierva de Dios é hija de los mártires; ven, pues, y recibe la corona que te es debida.* Pasó á disfrutar los eternos gozos, con que premió el Señor su ardor ó zelo por la fe de Jesucristo.

Luego que cesó la persecucion, erigieron los fieles en Constantinopla una basílica ó iglesia en honor de los referidos mártires, donde les tributaron el culto y veneracion competente. De allí se trasladaron despues los cuerpos de san Adriano y Natalia á Roma, y de aquí á España en el reinado de D. Alonso el

Magno por su embajador en aquella corte, á quien los concedió el papa Juan VIII con las reliquias de otros santos, los cuales se conservan con grande veneracion en el monasterio de San Pedro de Eslonza, del órden de san Benito, cerca de Leon. Egidio Gonzalez de Avila escribe que en el de San Claudio de la misma ciudad y órden existen un brazo de san Adriano, y otro de santa Natalia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

El profeta Nahum, que descansa en Begobar.

En Roma, san Diodoro, presbítero, y san Marciano, diácono, con otros muchos mártires, que merecieron su corona padeciendo por órden del emperador Numeriano.

En dicho lugar, el martirio de san Lucio, de san Rogato, de san Casiano y santa Cándida.

En el mismo dia, san Ansano, mártir, quien, habiendo confesado en Roma á Jesucristo bajo el poder del emperador Diocleciano, fué puesto en la cárcel, y en seguida conducido á Sena de Toscana, donde acabó su martirio siendo decapitado.

En Amelia en Umbría, san Olimpiado, consular, el cual, habiendo sido convertido á la fe por santa Firmina, consumó su martirio siendo atormentado en el potro bajo Diocleciano.

En Arbela de Persia, san Ananías, mártir.

En Narmi, san Próculo, obispo y mártir, quien, despues de haber ejecutado muchas acciones eminentes, fué decapitado por órden de Totila, rey de los Godos.

En Casal, san Vas, obispo y mártir.

En Milan, san Castriciano, obispo, el cual, en la mayor turbacion de la Iglesia, brilló por el mérito de sus virtudes y el resplandor de sus acciones piadosas.

En Bresa, san Ursicino, obispo.

En Noyon de la Bélgica, san Eloy, obispo, cuya admirable vida es recomendada por sus muchos milagros.

En Verdun, san Airio, obispo.

El mismo dia, santa Natalia, esposa de san Adrian, mártir, la cual bajo el emperador Diocleciano se empleó mucho tiempo en el servicio de los mártires detenidos en las cárceles de Nicomedia. Luego que hubieron concluido su combate, se fué á Constantinopla, donde murió en paz.

En Maestricht, san Candro, obispo regionario, titular de dos iglesias en Ruan.

En Comble en el Poitou, santa Florencia, virgen.

En el Mans, el tránsito de san Domnolo, obispo.

En Javron en el Maine, san Constanciano, confesor.

En Amboise, san Florentin, confesor.

En Vernon sobre el Sena, el tránsito de santa Onofleta.

En Maguncia, el martirio de san Alban.

En Irlanda, san Nesan, presbítero, patrono de Corc.

En Roma, el tránsito de san Agaton, papa.

La misa de este santo es la que se dice ordinariamente en honra de los confesores pontífices, y la oracion de la misa es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostres, quas in beati Eligii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Oid, Señor, las súplicas que os ofrecemos en la fiesta de vuestro confesor y pontífice san Eloy; y como él os sirvió dignamente, libradnos así de todos nuestros pecados en atencion á sus méritos. Por nuestro Señor...

La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres : Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerant dona et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant et errant : quoniam et ipse circumdatus est infirmitate, et propterea debet, quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos : Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados ; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto á fin de expiar los pecados, debe ofrecer sacrificios por sí mismo, así como ofrece por el pueblo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios, como Aaron.

NOTA.

« San Pablo ensalza aquí las calidades del sacerdo-
» cio de Jesucristo, y hace ver en qué cosas es con-
» forme al de Aaron, y en qué cosas se diferencia ;
» mostrando que las diferencias que hay entre estos
» dos sacerdocios todas prueban la preeminencia del
» de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Hermanos mios, todo pontífice tomado de entre los hombres está establecido para bien de los hombres en las cosas que miran á Dios. Dios es quien elige á los pastores de su pueblo; Dios es quien los establece en la Iglesia para servir al pueblo y á la Iglesia de padres, de pastores y de oráculos; á ellos toca conducir las ovejas por el camino que lleva á la vida; á ellos toca

escogerles el pasto que les conviene, y defenderlas de los lobos que andan al rededor del redil para devorar las ovejas que se extravían. ¿Cuál debe ser, pues, la docilidad de estas ovejas, y cuál la caridad y santidad de estos pastores? La puerta por donde el pastor debe entrar en el redil para ponerse á la cabeza del rebaño, es Jesucristo. Y así, cualquiera que se mete á ser pastor sin ser llamado por Jesucristo, y sin estar animado de la caridad de Jesucristo para con el rebaño, no es otra cosa que un ladron, que intenta no alimentar y engordar las ovejas, sino enriquecerse con sus despojos, segun las palabras del Salvador del mundo. El verdadero pastor, dice Jesucristo, hace que las ovejas oigan su voz; es decir, las instruye pública y privadamente. ¿Cómo desempeñará esta obligacion si le falta el zelo? Debe resolver sus dudas: ¿cómo lo hará si es ignorante? Debe consolarlas en sus aflicciones: ¿qué consuelo podrá darles si está poco versado en los caminos de Dios? ¿si solo tiene una lijera tintura de espiritualidad y una virtud superficial? El verdadero pastor debe marchar al frente del rebaño, esto es, debe darle ejemplo, debe hacerle ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. Tales deben ser los pastores para que las ovejas conozcan su voz y los sigan con gusto. ¡Ojalá, Dios mio, todos fueran tales en vuestra Iglesia! Un pastor que se aleja demasiado de su iglesia, ó que se descarga sobre otro del cuidado que él debe tener, es mirado de las ovejas como un pastor extraño. Las ovejas poco acostumbradas á oirle no conocen su voz; viéndole sin zelo para socorrerlas, no se van tras él; se apartan, se extravían. ¿Qué cuenta no tendrán que dar á Dios estos pastores? Todas estas verdades no hablan solamente con los primeros pastores. Los superiores de las comunidades, los padres de familia, los amos deben mirar á todos sus infe-

riores, á todos sus súbditos, á todos los que dependen de ellos como ovejas suyas; deben tener zelo por su salvacion; han de cuidar y velar sobre ellos, y sobre todo les han de dar buen ejemplo. O Dios, ¡ y cuántas personas se condenan por no haber cumplido con las obligaciones de su estado!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo:

talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

DE LOS QUE DEJAN Á DIOS DESPUES DE HABERLE SERVIDO ALGUN TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto los que han gustado de Dios por algun tiempo, le han servido de buena fe, y han sido verdaderamente devotos y ejemplares; cuánto, vuelvo á decir, estas gentes son dignas de lástima, cuando se disgustan de una vida tan dulce, cuando se retiran del servicio de Dios. Estas caidas son tanto mas funestas, cuanto pocas veces dejan de ser mortales; pocas verdaderas conversiones se ven de esta especie de apóstatas. Sucede con los que dejan la devocion lo mismo que con los que abandonan la fe; ¿cuántos de estos se convierten? ¿cuántos que no lleguen á ser mas malvados que los infieles de nacimiento? Son pocos los desertores de la devocion que no den con el tiempo en los mayores excesos de libertinaje; y por lo comun, con grande estruendo. Es verdad que el Señor siente perder una obra que ha costado tanto, y arrojar de su gracia á un privado suyo. Con dificultad se irrita su enojo contra una alma favorecida. ¿Cuántos convites, cuántas ofertas no le hace para que no se deje engañar? Mas en fin, esta alma se ha disgustado del servicio de Dios, ha resuelto mudar

de dueño; su desercion, su rebelion se hace siempre, como se ha dicho, con estruendo. Ora sea artificio del enemigo de la salvacion, que quiere poner su nueva conquista en estado de no convertirse jamás: ora sea efecto de la malicia del corazon humano que, fatigado de tantos temores, de tantas razones y remordimientos, quiere de un solo paso saltar tantas barreras, quiere de un solo golpe romper tantos lazos y sufocar de una vez tantas luces importunas; lo que vemos es que se cae en la disolucion desde el primer paso. Conversaciones libres y licenciosas, ademanes menos honestos, términos impíos, sátiras contra la religion son por lo comun el principio por donde comienza una persona á declarar que ya no es devota, y á publicar que ha mudado de costumbres mudando de amo. Un devoto pervertido por todo atropella; él es el primero en decir lo que es, temeroso de que le reconvengan por lo que ha sido: unas veces recaen sus miserables sátiras sobre la demasiada exactitud con que una alma piadosa cumple con sus obligaciones; otras veces tiene por objeto la frecuencia de los sacramentos: aquí se desenfrena contra un padre demasiadamente cristiano; allí contra un predicador demasiado zeloso: hace alarde de ser irreverente en los lugares sagrados. Se le debe tener lástima; porque cuanto mas despreciable se hace por su libertinaje, tanto menos advierte que le desprecian. ¿Es posible que una persona que ha sido piadosa, y que todavía no ha perdido el juicio, pueda no ver la impresion que su mudanza ha hecho en el público, de quien ha venido á ser la fábula, y lo que aparece delante de Dios, el cual le mira con horror? Ah, Dios mio, ¡y qué lejos va el desbarro cuando se abandona vuestro servicio!

PUNTO SEGUNDO.

Considera como la ceguedad va á los alcances á esta suerte de apostasías, y como el endurecimiento no dista mucho de esta pronta ceguedad. Pero ¿no hay algunos intervalos favorables antes de llegar á este extremo? Sí los hay: al principio se sienten algunos remordimientos, se descubre la verdad al través de estas primeras nieblas; pero place el sueño para no sentir el mal. Todo lo que entorpece los sentidos y ofusca la razon, se mira y se emplea como un remedio contra todas estas inquietudes. Ese nuevo libertino busca mil medios, é inventa mil modos como ser mas malo, por no tropezar con los medios y modos de hacerse mas cristiano. Siente las punzadas de mil remordimientos saludables; pero procura embotarles la punta por medio de nuevos placeres. Cuanto mas le persigue la gracia, tanto mas procura hurtar el cuerpo á sus tiros, se sumerge en toda suerte de delicias para suavizar sus penas interiores, y acallar los gritos importunos de su conciencia. Cuanto mas atormentado se ve, tanto mas se agita: el exceso de sus disoluciones es la prueba mas clara del exceso de sus nuevos remordimientos. De aquí nacen esas libertades escandalosas, de que los mas viejos libertinos se horrorizarian; de aquí esas abjuraciones públicas, que los mismos impíos no pueden sufrir; de aquí el desenfreno furioso contra los que hacen profesion de virtud. No puede sufrir á estos mudos censores; la sola vista de un hombre de bien parece volverle frenético, despertando en él mil baldones de parte de la conciencia, y mil pesares involuntarios por su espantosa mudanza. ¿Cuántos se ven curar de esta especie de enfermedades del alma? ¿cuántos se ven volver de estos deplorables desbarros? ¿se convierten muchos de esos devotos que

han llegado á ser libertinos? La muerte los espanta, los asusta, los lleva á la desesperacion; pero raras veces á la penitencia.

Señor, haced que yo pierda antes la vida que la devocion. Vos me habeis hecho el favor de llamarme á vuestro servicio; concededme la gracia de que persevere en él. ¿Qué seria de mi si despues de todas estas reflexiones, si despues de haber meditado estas verdades viniese á ser yo mismo triste ejemplo de un tan horrible castigo?

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Afirmad mis piés en el camino que lleva á vos, para que no me desvie jamás de él.

Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis Salm. 67.

Ya que me habeis hecho el favor de llamarme á vuestro servicio, haced que persevere en él hasta la muerte.

PROPOSITOS.

1. ¿Qué prueba puede haber mayor de un espíritu apocado y de un corazon mal nacido, que una mudanza tan irreligiosa y tan irracional? la depravacion de las costumbres ¿fué jamás señal de un talento superior? Una lijereza igual, una inconstancia tan odiosa en materia de costumbres, es una de las mayores pruebas de la falta de talento. Abandonar a Dios despues de haber gustado de él, es impiedad; mas zumbarse y bufonearse de haber sido aplicado á sus obligaciones, de haber sido devoto, es insensatez. ¿Por ventura la virtud es menos estimable, menos respetable, es menos virtud desde que este cobarde

cristiano ha dejado de ser devoto? ¿el Señor merece ser menos servido? sus fieles servidores ¿son menos cuerdos despues que ese jóven libertino se salió de su servicio? Las verdades terribles que le aterraron tantas veces, ¿han perdido su fuerza? Las máximas de Jesucristo, sobre las cuales arregló tanto tiempo su conducta, ¿son menos santas despues que él se pervirtió? él mismo ¿se ha hecho mas cuerdo, mas prudente desde que se hizo observador menos religioso de la ley? El ser él mismo tan circunspecto como era en sus palabras, tan modesto en la Iglesia, de tanta edificacion en su conducta, y tan cristiano en todas partes, ¿era flaqueza de espíritu, era necedad? Hé aquí las reflexiones que debes hacer tú mismo cuando sabes que un hombre se ha relajado en el servicio de Dios, y que una mujer ya no es devota. Debes hacer estas reflexiones en presencia de tus hijos para prevenirlos contra los malos ejemplos; y nada temas tanto como relajarte en la devocion.

2. Luego que adviertas que tu fervor se entibia; que no tienes aquella delicadeza de conciencia que solias tener; que las faltas veniales no te hacen tanta impresion, témelo todo, pues por estas brechas entra regularmente el enemigo en la plaza. Aumenta entonces tu fervor y tus ejercicios de piedad: no dejes de ir á manifestar tu estado interior á tu director: haz alguna nueva penitencia; y no dejes de hacer una oracion particular todos los dias para pedir á Dios la perseverancia.

DIA DOS.

SANTA BIBIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bibiana, vírgen romana, era de una familia consular muy antigua en Roma; pero la hacia mucho mas respetable su zelo heróico por la religion cristiana, pues el padre, la madre y las dos hijas Bibiana y Demetria, que componian toda esta ilustre familia, todos fueron mártires.

Nuestra santa vino al mundo hácia la mitad del siglo cuarto: era hija de Flaviano, prefecto de Roma, esto es, del primer magistrado y gobernador del imperio, el cual tuvo el honor de ser degradado de la nobleza, privado de todos sus empleos, despojado de todos sus bienes por la religion cristiana, y reducido por la fe á la vil condicion de esclavo, habiendo sido marcado en la frente, y en fin desterrado á un lugar llamado Aguas del Toro, en Toscana, en donde murió de miseria, con la calidad gloriosa de confesor y mártir de Jesucristo. La Iglesia le honra como á tal el dia 22 de diciembre: su mujer santa Dafrosia, madre de nuestra santa, tan constante en la fe como su marido, tuvo primero su casa por cárcel, en donde estuvo presa con sus dos hijas. Algun tiempo despues la sacaron para desterrarla á una casa de campo, á alguna distancia de Roma: tuvo mucho que sufrir allí del mas bárbaro de todos los tiranos, el cual, despues de haberse enriquecido con los despojos de esta ilustre familia, determinó acabar con ella por medio de los suplicios. Hizo casi morir de hambre y de miseria á santa Dafrosia, á quien por último hizo cortar la cabeza el dia 4 de enero, en el cual la Iglesia celebra su martirio.

Este tirano era Aproniano, valido del emperador Juliano Apóstata, tan malvado y tan adicto á las supersticiones impías del paganismo como este príncipe, el cual, habiendo privado de la prefectura de Roma á san Flaviano, como se ha dicho, la dió á este Aproniano, uno de los hombres mas malvados de su siglo : como al ir á Roma á tomar posesion de su gobierno perdió un ojo, creyó que habia sido por algun maleficio de los *cristianos*, de los cuales era enemigo declarado. El pesar que le ocasionó este accidente le hizo descargar toda su rabia sobre los cristianos, comenzando la persecucion por la familia de Flaviano, á quien habia venido á suceder en la prefectura de la ciudad.

Parecia que habia de perdonar á santa Bibiana y á su hermana Demetria : eran jóvenes, hermosas y ricas, pero eran cristianas ; su religion era su delito ; y la poca hacienda que les quedaba irritaba demasiado la codicia de Aproniano para dejarlas en paz. El nuevo prefecto las mandó llamar para decirles que fuesen al punto á renegar de la fe de Jesucristo, y adorar á los dioses del emperador ; y que no haciéndolo así, les declaraba que serian tratadas con mas rigor que sus padres, y que acabarian su vida entre los mas grandes tormentos. Bibiana, que desde su niñez habia escogido á Jesucristo por esposo, animada de aquel espíritu de valor y de fortaleza que da Dios en semejantes *ocasiones á los que le aman tiernamente, dijo al gobernador* con un tono que denotaba bastantemente su constancia : Señor, yo no adoro sino al solo verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra ; y espero que á mí y á mi hermana nos concederá la gracia de que no temamos los mas crueles tormentos ; seremos demasiadamente dichosas si nos concede el que demos nuestra sangre y nuestra vida por la defensa de nuestra fe, y el que tengamos parte en la misma

corona que vuestra severidad ha puesto sobre la cabeza de nuestros padres.

Irritado el prefecto con una respuesta tan generosa, las despojó de la poca hacienda que les habia quedado, y enviándolas despues á la cárcel, mandó que no se las asistiera con cosa alguna, no dudando que la miseria á que se verian reducidas seria el medio mas eficaz para conseguir de ellas lo que pretendia; pero Dios las sostuvo con su gracia contra las tentaciones del hambre y de la pobreza. Todos los dias se empleaba todo lo que parecia mas á propósito para intimidarlas; pero Dios les daba fuerzas para resistir á las amenazas y á las promesas de Aproniano, que nada omitia para obligarlas á renunciar la religion cristiana. Viendo que ninguna cosa era capaz de quebrantar su corazon, se dispuso para ponerlas á la prueba de los tormentos, cuando Demetria, que aun era bastante jóven, se libertó repentinamente de aquella triste cárcel, y fué recompensada por el sacrificio que habia hecho de su vida, habiendo querido Dios, por un efecto de su providencia, ahorrarle los horrores de los suplicios, cayendo muerta á los piés de su hermana Bibiana al tiempo mismo que una y otra protestaban delante del juez, que ninguna cosa seria capaz de separarlas jamás de Jesucristo. Este dichoso accidente no ha estorbado el que la Iglesia la honre como á mártir el dia 21 de junio, como aparece por los martirologios.

Santa Bibiana, única heredera de la fe y de la constancia de sus padres, que eran los solos bienes que quedaban de su familia, advirtió que iba á entrar en batalla con los enemigos del nombre cristiano; y no pensó en otra cosa que en disponerse para el combate con la oracion. El primero que tuvo que sostener fué la persecucion de la mujer mas miserable que se vió jamás: esta era una tal Rufina, que prometió

seducirla, y hacerla mudar de creencia: empleó para ello todos los artificios que le pudo sugerir su malicia; conversaciones infames, razonamientos impíos y licenciosos, lisonjas halagüeñas y artificiosas; le representaba con los términos mas persuasivos, y con los colores mas vivos las ventajas que su belleza le podia procurar, los partidos mas brillantes que le ofrecian á competencia á su eleccion; la restitucion de todos los bienes que habian sido de su familia; y por el contrario las desgracias que le ocasionaria su capricho si se obstinaba en querer mantenerse cristiana. Perseverando Bibiana con una pasmosa constancia en su fe, y en la fidelidad que debia á su Dios, hizo Rufina que sucedieran los malos tratamientos á sus artificiosas caricias: todos los dias la hacia azotar cruelmente con varas y látigos con puntas de hierro, para ver si así la podia domar y vencer; pero no consiguieron mas los golpes que las palabras: Bibiana permaneció siempre invencible, sin que unos tratamientos tan indignos, y una crueldad que excede á todo lo que se puede pensar, pudiesen arrancar á la santa la menor queja. Se la veia mas tranquila cada vez, y siempre mas contenta. Los azotes, las bofetadas y los palos le causaban un sumo placer; el solo pensamiento de que padecia por Jesucristo, la llenaba del mas dulce consuelo; saltaba de alegría á cada nuevo suplicio. Su paciencia, su afabilidad, su modestia y su tranquilidad fatigaron la crueldad de aquella perversa mujer, la cual, viendo que toda su maligna astucia y todos sus artificios solo servian para hacer á nuestra santa mas firme en la fe, se fué á decir al prefecto que ninguna cosa era capaz de hacer mudar de parecer á Bibiana.

Enfurecido Aproniano de verse vencido por una doncella jóven, cuya perversion le parecia haberle de conciliar la estimacion del emperador; y resen-

tido de ver que empezaba su gobierno y su prefectura por un suceso que se imaginaba que le habia de deshonrar en el concepto del pueblo, el cual no dejaria de echarle en cara algun dia la flaqueza de haber sido vencido por una doncella, mandó que ataran la santa á una columna, y que los verdugos la azotasen con disciplinas armadas de plomo hasta que espirase. Se ejecutó esta órden con toda la crueldad imaginable: por cada llaga corrian arroyos de sangre, y los pedazos de carne saltaban y caian por todas partes; los mas bárbaros y mas inhumanos se horrorizaban al ver esta carnicería; solo la santa estuvo siempre inmóbil con los ojos fijos en el cielo, y con un rostro risueño, sin que su mansedumbre se alterase jamás. Por último, despedazado su cuerpo, y agotado de sangre y de fuerzas, dejó libre á aquella alma pura, la cual voló al seno de su divino Esposo para recibir de su mano dos coronas, la de vírgen y la de mártir.

Su cuerpo fué arrojado al campo para que fuese pasto de las bestias; pero no hubo una que le tocase en dos dias que estuvo expuesto, despues de los cuales un santo presbítero, llamado Juan, se le llevó de noche, y le enterró junto al de su madre santa Dafrosia y al de su hermana santa Demetria, cerca del palacio de Licinio. Este sitio fué muy respetable desde este tiempo entre los cristianos, los cuales, en tiempo de los emperadores cristianos, erigieron en él una capilla con el nombre de Santa Bibiana, la que duró hasta que el papa san Simplicio hizo de ella una iglesia en honra de la misma santa. Cerca del año 480, como unos ciento y diez años despues de la muerte de la santa, se reedificó esta iglesia; y el año de 1628 la adornó magníficamente el papa Urbano VIII, el cual trasladó á ella los cuerpos de las tres santas que se habian encontrado poco antes; los hizo colocar

bajo el altar mayor en un sepulcro de pórfido, y encima la estatua de santa Bibiana de mármol, la cual pasa por una de las mas bellas obras de escultura que se ven en Italia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el martirio de santa Bibiana, vírgen, quien bajo el sacrílego emperador Juliano fué desgarrada con plomadas en odio de Jesucristo, hasta que murió.

En el mismo lugar, san Eusebio, presbítero, san Marcelo, diácono, san Hipólito, san Máximo, san Adrias, santa Paulina, san Neon, santa María, santa Martana y santa Aurelia, mártires, que terminaron su combate en la persecucion de Valeriano, bajo el juez Segundiano.

En Roma tambien, san Ponciano, mártir, con otros cuarenta.

En Africa, la fiesta de san Severo, san Securo, san Januario y san Victorino, mártires, que merecieron sus coronas en aquel país.

En Aquileya, san Cromacio, obispo y confesor.

En Imola, san Pedro, obispo de Ravena, nombrado el Crisólogo, célebre en doctrina y santidad.

En Verona, san Lupo, obispo y confesor.

En Edesa, san Nono, obispo, cuyas oraciones convirtieron á Jesucristo santa Pelagia la Penitente.

En Troada de Frigia, san Silvano, obispo, ilustre por sus milagros.

En Bresa, san Evaso, obispo.

Este mismo dia, san Frero, obispo.

En Ponthieu, san Sevoldo, confesor.

En Egipto, san Heracleemon, natural de Oxirinca, anacoreta.

En Etiopia, san Eliabo, confesor.

En el mismo lugar, san Simeon el Afamário.

En Monte-Casino, el venerable Oderiso, abad.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, omnium largitor bonorum, qui in famula tua Bibiana, cum virginitatis flore martyrii palmam conjunxisti: mentes nostras ejus intercessione tibi charitate conjunge: ut, amotis periculis, præmia consequamur æterna. Per Dominum nostrum...

O Dios, dispensador de todos los bienes, que juntásteis en vuestra sierva Bibiana la palma del martirio con la flor de la virginidad: juntad con vos nuestros espíritus por medio de la caridad, por su intercesion, para que, evitando los peligros, consigamos los premios eternos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 51 *del libro de la Sabiduría.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente, deprecata sum. Invocavi Dominum Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assiduè et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimiento de gracias porque mi oracion fué oida; y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

« El capítulo 51 del Eclesiástico, de donde se ha
» tomado esta epístola, es una oracion de Jesus, hijo
» de Sirach, autor de este libro, en la cual da gracias
» á Dios por haberle librado de muchos y grandes
» peligros: lo que la Iglesia aplica á las santas vír-
» genes y mártires. »

REFLEXIONES.

Señor Dios mio, vos aparejásteis para mí una morada sobre la tierra. ¿Es menester otra cosa para desprendernos de la tierra, y hacer que suspiremos sin cesar por el cielo? Tenemos infinitos motivos para disgustarnos de un destierro, que no es otra cosa que la region del llanto, y en donde los que son mas dichosos en el concepto del mundo, están continuamente gimiendo. ¿Qué dias serenos, qué tranquilidad, qué calma se goza en este valle de lágrimas? ¿hay empleo alguno sin cuidado? ¿hay puesto sin inquietudes? ¿hay una sola edad que esté exenta de mil borrascas? ¿hay una condicion que esté al abrigo de todas las tempestades, de todos los reveses de la fortuna, de todas las adversidades? Se puede decir que esta triste estancia no ve nacer sino cruces; la tierra que habitamos no da flores, sino espinas; no se puede coger una flor, sin que se punce la mano; además, estas flores aun no bien se han abierto, cuando se ajan. Los mas grandes dias son los mas secos, y los mas cortos no están sin escarchas y heladas. La mas larga vida solo está compuesta de unos pocos dias: se anda, se corre, se suda por papar un poco de humo; las pasiones juegan con nosotros, y siempre á nuestras expensas; se trabaja, se afana por trepar un poco mas arriba, y apenas se ha llegado á la altura á que se aspiraba, cuando se nos va la cabeza: los puestos mas altos no están mas al abrigo de los vientos; se hacen grandes gastos, ¡y cuántas veces sin provecho! se llega á la mayor altura; la ambicion, que nos ha hecho subir con indecibles penas, ¿nos deja largo tiempo en reposo? La muerte confunde todas las condiciones; arrebata todas las fortunas; las cenizas, en que viene á parar todo, no se distinguen. Sola la santidad puede hacernos verda-

ceramente dichosos y verdaderamente grandes; solo ella es privilegiada; ella sola nos asegura una habitacion muy sobre la tierra, y por consiguiente exenta de todas las vicisitudes, al abrigo de todas las tempestades, y adonde no alcanza la jurisdiccion de la muerte. Celestial Jerusalen, tú eres mi patria; la tierra es mi destierro: allí no habrá lágrimas ni llanto. Esta es la sola region adonde no llegan los nublados, y de donde los lloros y los pesares están desterrados para siempre; dichosa ciudad, libre de todo lo que espanta, y de todo lo que hace gemir á los hombres. Pasma el que, amándonos como nos amamos, no suspiremos sin cesar por esta dichosa morada: pasma el que no codiciemos otra fortuna que la presente. Dolor, tristeza, enfermedades, temores, inquietudes, pesadumbres, todo está desterrado de la estancia de los bienaventurados; ninguna cosa adversa tiene entrada en esta santa ciudad; un gozo puro y colmado, una calma inalterable reina en la Jerusalen celestial; y esta celestial Jerusalen debe ser nuestra habitacion. ¿Quién puede comprender desde acá abajo las dulzuras inefables que gustan los elegidos en el cielo? ¿porqué no ponemos todo nuestro estudio en merecer esta bienaventuranza? Los medios están en nuestro mano; sabemos el camino; no tenemos que hacer otra cosa sino seguir el sendero que llevaron los santos; ¡y es posible que hemos de llevar un camino enteramente contrario! O cielo, ó infierno. ¡Qué disyuntiva esta tan terrible!

El evangelio es del cap. 13 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy

radit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foràs miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

gozoso de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una de gran precio, se marcha, y vende cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces; y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Si. Dijoles: por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

SOBRE LA ETERNA FELICIDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que somos criados para conocer á Dios, para amarle y servirle en esta vida, y para ser eternamente dichosos en la otra, con una felicidad que nos sacie, con una felicidad sobreabundante é inalterable. El Apóstol, que solo habia gustado una lijera tintura de ella, dice que los ojos no vieron

jamás cosa que iguale á lo que Dios tiene dispuesto para los elegidos. Los oidos no oyeron jamás semejantes maravillas; el espíritu no puede penetrar tan adelante, ni subir tan arriba. Digamos que los bienaventurados en el cielo estarán rodeados de la inmensidad de Dios, y nadarán en torrentes de delicias inefables; digamos con el Profeta, que entrarán en ellos estas delicias, que estarán penetrados y como embriagados de ellas: débiles expresiones son estas; ideas inferiores á la realidad; imágenes poco semejantes. Hemos dicho todo lo que el espíritu piensa de felicidad incomprensible; pero todavía no hemos dicho cosa alguna de lo que es en sí. Ninguna cosa de cuantas hay acá abajo es capaz de hacernos concebir los bienes inmensos de que allí se goza; mas conocemos demasiado los males de que están exentos los bienaventurados. ¿Quieres comprender y formar alguna idea de la bienaventuranza de la otra vida? Imagínate que está exenta de todas las miserias de esta: allí no solo no hay cosa que desagrade, no solo se tiene todo lo que se desea, sino tambien todo lo que se necesita para no desear cosa alguna. El corazon está lleno, el alma está satisfecha y saciada; su gozo es puro y tranquilo; es una sobreabundancia de gozo. Se han visto gentes sobre la tierra que han quedado pasmadas de gozo por haber gozado algunos momentos de la vista de un ángel. ¿Qué será, pues, en el cielo, donde no solamente se verán los ángeles, la santísima Vírgen y Jesucristo, sin perderlos jamás de vista por toda la eternidad, sino que es Dios mismo á quien se ve, no ya por entre las tinieblas de la fe, sino en la claridad del dia, y en el mas bello resplandor de su majestad, no ya en enigma, y á una larga distancia, sino de cerca, y cara á cara, sin temor de perderle, sin distraccion, ni aun involuntaria, y cada momento con nuevo gusto? Desde la creacion del

mundo, quiero decir, siete mil años ha que los ángeles no cesan de contemplar en él, y siempre con un nuevo placer, con un gozo siempre nuevo; y no podria haber mayor desventura para ellos, que el ser privados de su presencia un solo instante. Considera, si es posible, el contentamiento que producirá esta clara vista.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la felicidad que se nos ha prometido es incomprensible. Pero ¿por ventura es menos difícil de comprender la indiferencia con que la mayor parte de los cristianos miran esta eterna felicidad? Habiendo sido criados para gozar eternamente de la fuente de todos los bienes, nacidos para el cielo, llamados á la eterna bienaventuranza, ciudadanos de la patria celestial, ¡cuál debiera ser el objeto de su santa ambicion! ¡qué deseos, qué ansias no debieran mostrar por esta ciudad de los santos, por esta patria celestial! Desterrados sobre la tierra, ¿cómo pueden estimar sus falsos bienes, y gustar de sus engañosas dulzuras? ¿cómo pueden amar una region tan llena de amargura? ¿no debieran desmayar continuamente y consumirse en esta patria de llanto, y suspirar sin cesar por su libertad? ¿qué envidia no debieran tener á los que ven terminar su destierro? ¿deberian mirar las adversidades de la vida como desgracias? ¿no debieran mirar las enfermedades como un término de su prision; la pobreza como una disminucion de sus lazos, y la muerte como su perfecta libertad? Asi pensaron, así obraron, así discurrieron todos los santos; ¿se discurre, se obra, se piensa así el dia de hoy? ¡Buen Dios, qué desconcierto, qué desórden el del corazon humano! Se multiplican todos los dias los cordeles que nos atan con la tierra; el mundo, por mas ingrato que sea, por mas injusto, por mas

tirano, ve crecer todos los dias el número de sus esclavos; no se aprecia, no se ama, no se busca sino lo que nos aleja del cielo; no se gusta sino de los bienes criados, aunque están llenos de amarguras. La muerte espanta, el solo pensamiento de la muerte da miedo. ¡Oh religion! ¡oh razon! ¿qué uso se hace hoy de vuestras luces? Los cristianos ¿no son tan ingratos, tan insensatos, tan criminales como aquellos israelitas, que no hacian caso de aquella dichosa tierra que se les habia destinado, y que era tan digna de sus deseos? *Et pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* Si se tiene ambicion, si se desea con ansia hacer fortuna, ¿qué objeto, buen Dios, mas digno de una alma grande, y mas capaz de saciar el corazon que el cielo? ¿qué otra fortuna mas ventajosa que esta? Ninguna, Señor; y desde este momento os protesto que no quiero ya suspirar sino por el cielo: haced, por vuestra gracia, que no me haga indigno de él.

JACULATORIAS.

Unam petii à Domino, hanc requiram; ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ. Salm. 26.

Sola una cosa pido al Señor, y se la pediré mientras viva; y es, que me saque de mi destierro, para habitar con él eternamente en su casa.

Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est. Salm. 119.

¡Ay de mí! que mi destierro va muy largo: ¿cuándo gozaré, Señor, de vuestra divina presencia?

PROPOSITOS.

1. El cielo es nuestra verdadera patria: luego no estamos sobre la tierra sino como extranjeros, como caminantes, como peregrinos. A un caminante se le da poco por lo que se hace en el camino: placeres,

reales sitios, campañas agradables, edificios soberbios, objetos deliciosos, praderías risueñas, arboledas floridas, paseos, jardines, verjeles, nada le detiene, solo toma lo necesario; la memoria y el deseo de su patria le ocupa enteramente: mira lo que se le presenta al paso; pero si es cuerdo, continúa su viaje sin poner su corazon en nada: á un caminante siempre le parece mas de su gusto lo que hay en su país, que todo lo que ve en los países por donde pasa; la ésperanza de llegar presto á su casa le hace soportar todas las incomodidades de los climas en que está, todo lo adverso y todo lo desagradable que hay en ellos. Hé aquí la imágen de un cristiano; esto mismo debes hacer tú en tu carrera. Al punto que te sucediere algun accidente adverso, de los que esta vida es un manantial abundante, piensa que la patria celestial está exenta de ellos; todo lo que el mundo puede presentarte de agradable y lisonjero, no te debe engañar ni deslumbrar. Cuando te halles en medio de esas fiestas, en esos empleos visibles, entre esas alegrías mundanas, cuando todo suceda á medida de tu deseo, piensa que todo esto pasa, y que tú vas pasando tambien: ningun pensamiento mas útil que este, el cual hará que mires todo esto como extraño y con indiferencia.

2. Luego que tengas noticia de la muerte de alguno, piensa que es dichoso si ha sabido mirarse como peregrino durante todo su viaje; piensa todas las mañanas que tienes que hacer un viaje á la eternidad; y todas las tardes acuérdate que estás una jornada mas cerca de tu patria; pon los ojos muchas veces en el cielo, considerando que allá está tu patria; por último, así en la prosperidad como en las desgracias advierte que estás en una tierra extraña; que el cielo es tu patria, y que mientras estás sobre la tierra no puedes ni alegrarte, ni padecer sino de paso.

T. 12. P. 41.



S. FRANCISCO JAVIER.

DIA TERCERO.

SAN FRANCISCO JAVIER,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, APÓSTOL DE LAS INDIAS.

San Francisco Javier, uno de los mas bellos ornamentos de su órden, gloria de su nacion, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, el apóstol de las Indias y del Japon, la admiracion de todas las naciones y el prodigio de su siglo, era navarro, y traia su orígen de la sangre real de Navarra. Tuvo por padre á don Juan Jaso, señor de mérito, que tenia uno de los primeros puestos del consejo de estado en el reinado de Juan III. Su madre María Alpizcueta Javier, una de las señoras mas cabales y perfectas de su tiempo, era la heredera de estas dos familias, ambas de las mas ilustres del reino. Nuestro santo, el menor de sus hermanos, nació el dia 7 de abril del año 1506, en el castillo de Javier, que está al pié de los Pirineos.

El Señor, que le escogió para renovar en estos últimos tiempos todas las maravillas de los primeros apóstoles, le dió todas las cualidades naturales que piden las funciones del apostolado: un cuerpo robusto, una complexion viva y ardiente, un genio sublime y capaz de los mayores designios, un corazon intrépido, mucho agrado en su exterior, un aire apacible y agraciado, un humor alegre y amigo de complacer; sin embargo de todo esto se veia en él un sumo horror á todo lo que puede manchar la pureza, y una inclinacion vehemente al estudio: fué educado como correspondia á su calidad, pero especialmente

cuidaron que su educacion fuese muy cristiana. Apenas estuvo en edad de aprender, cuando, dejando á sus hermanos la profesion de las armas, y declarando su inclinacion á las letras, le pusieron á estudiar. Los pasmosos progresos que hizo en pocos años obligaron á su padre á enviarle á la universidad de París, que era entonces la academia de toda la nobleza de Europa. La penetracion de su espíritu y su aplicacion al estudio le hicieron bien pronto hábil en las ciencias mayores : fué graduado de maestro en artes; y á los veinte y cinco años de edad enseñó con mucho lucimiento la filosofía. Las alabanzas que todo el mundo le daba, lisonjeaban demasiado su inclinacion. En esta alta reputacion se hallaba Javier en la universidad de París cuando san Ignacio fué á continuar en ella sus estudios. El santo fundador de la Compañía de Jesus, ilustrado con luz sobrenatural, descubrió desde el principio que le trató los grandes designios que tenia Dios sobre este jóven, maestro en artes, y así se aplicó á ganarle, para lo cual comenzó alabando los raros talentos que le habia dado la naturaleza; le buscaba discípulos para hacerle mas estimado, y mezclando siempre algunas reflexiones cristianas con los elogios que le daba, le decia : Es verdad que eres hombre de mérito, que eres aplaudido; pero ¿de qué te sirve ganar todo el universo, si pierdes tu alma? Javier escuchaba con gusto á su amigo; pero el resplandor de una falsa gloria le deslumbraba demasiado, y lisonjeaba demasiado su ambicion para que estas saludables conversaciones hiciesen en su jóven corazon toda la impresion que debian. Habiendo faltado el dinero á Javier, le asistió Ignacio liberalmente. Uno de los mayores servicios que le hizo fué el preservarle de los errores de los luteranos, que los emisarios del partido procuraban inspirarle : habiéndole preservado san Ignacio del error,

determinó no omitir diligencia alguna para ganarlo para Dios. Habiéndole encontrado un dia mas dócil, le habló con tanta energía de las grandes verdades de la religion, que, penetrado Javier del amor de las cosas celestiales, y de la nada de las grandezas mundanas, hizo firme propósito de pensar seriamente en su salvacion, poniéndose para esto bajo la direccion de san Ignacio. Comenzó su nueva vida por un retiro espiritual, segun el método de su nuevo director; y le practicó con tanto fervor, que pasó cuatro dias enteros sin tomar alimento alguno, suavizando la abundancia de los consuelos interiores sus excesivas austeridades. Abrasado este gran corazon en el amor de Dios, salió Javier de su retiro como un hombre enteramente distinto. No tuvo desde entonces otra ambicion que la de padecer todas las humillaciones de la cruz: no sintió otro gusto que el que le resultaba de los malos tratamientos que daba á su carne, ni otro atractivo que el de ganar almas para Jesucristo.

Habiendo hecho sus votos en Montmartre, *monte de los mártires*, el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, el año 1534, con los otros ocho compañeros que el santo fundador se habia asociado, partió con ellos para Italia. En este viaje fué cuando, habiéndose atado nuestro santo los brazos y las piernas con unos cordeles delgados para castigar no sé qué complacencia que habia tenido de saltar y bailar mejor que los otros jóvenes de su edad, estuvo á pique de perder la vida; porque, habiendo el movimiento hecho entrar las cuerdas tan adentro en la carne, que ya casi no se veian, los cirujanos hicieron juicio que el mal era incurable. En este conflicto recurrieron á Dios sus compañeros; y al despertar Javier por la mañana se halló con las cuerdas caidas, y él perfectamente sano. Habiendo llegado á Venecia con el

designio de hacer el viaje de la Tierra Santa, repartieron entre sí todas las obras de misericordia de la ciudad : el hospital de los incurables tocó á Javier, el que, olvidando su calidad y su delicadeza, no hubo oficio bajo ni desagradable que no ejerciese. Uno de los enfermos que habia en él tenia una úlcera que no se podia ver sin horror, y la hediondez que despedia de sí era todavía mas insoportable que la vista : nadie se atrevia á llegarse á este miserable, y Javier mismo sintió mucha repugnancia en servirle. Pero avergonzándose de su repugnancia natural, se fué corriendo al enfermo, le abrazó, puso su boca sobre la úlcera que le habia hecho estremecer, y le chupó la podre. Una victoria tan generosa le libró para siempre de su delicadeza : ¡tanto importa vencerse bien de una vez!

Habiendo empleado dos meses en estos ejercicios de caridad, y viendo que era imposible hacer el viaje de Jerusalen, se fué á Roma, en donde recibió los sagrados órdenes. Se preparó para su primera misa con un retiro de cuarenta dias, y la dijo en Vicenza con tal abundancia de lágrimas, que los que la oyeron no pudieron contener las suyas. Su vida austera y laboriosa alteró su salud tan notablemente, que cayó enfermo, y fué preciso llevarle al hospital. El gozo que tuvo de verse confundido con los pobres, y una vision de san Jerónimo, de quien era muy devoto, le consolaron tanto, que no tardó mucho en curar. Habiendo pasado el invierno en Bolonia, hizo allí infinitos bienes. Mas habiendo sido aprobada la Compañía por el papa Paulo III el año de 1540, y erigida en órden religioso, fué Javier llamado á Roma, en donde predicó en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso* con tanto fruto, que se le miraba ya como al apóstol de Italia, cuando Juan III, rey de Portugal, informado de los bienes extraordinarios que hacia ya este

nuevo instituto, pidió al papa algunos de los hombres apostólicos que le componian para enviarlos á las Indias. El soberano pontífice mandó á san Ignacio que escogiera dos de sus hijos para esta mision. El santo nombró al punto á los padres Simon Rodriguez, portugués, y Nicolás Bobadilla, español. El primero estaba ocupado en Sena, y el otro en el reino de Nápoles, ejecutando algunos encargos del santo padre. Al llegar á Roma el padre Bobadilla cayó gravemente enfermo. Viendo san Ignacio que no se hallaba en estado de ponerse en camino, recurrió á la oracion, suplicó al Señor que le diera á conocer quién era el que tenia destinado para las Indias: un rayo celestial le ilustró desde luego, y le dió á conocer que Javier era este vaso de eleccion. Habiéndole llamado, le dijo: Javier, yo habia nombrado á Bobadilla para las Indias; mas el cielo os nombra á vos hoy, y yo os lo anuncio de parte del vicario de Jesucristo: recibid el empleo con que os honra su Santidad por mi boca.

Recibió Javier su mision como los apóstoles recibieron las suyas, con los mismos sentimientos de reconocimiento y de gozo, con el mismo ánimo, con la misma sed de padecer, con el mismo zelo, con el mismo ardor, con el mismo deseo de la salvacion de las almas. A la verdad, Dios le habia anunciado ya su mision; pues casi todas las noches soñaba que llevaba sobre sus espaldas un grande indio muy negro; y habiendo visto una vez en sueños, ó en un éxtasis vastos mares llenos de tempestades y de escollos, islas desiertas, tierras bárbaras que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed y desnudez, con infinitos trabajos, sangrientas persecuciones, y riesgos evidentes de perder la vida, se le oyó exclamar: Todavía mas, Señor, todavía mas. Habiendo ido Javier á postrarse á los piés del santísimo padre para pedirle su bendicion,

el papa le abrazo tiernamente, y advirtió en él una humildad tan profunda, un valor tan cristiano y un zelo tan heróico, que al darle su bendicion no tuvo el menor género de duda de que enviaba un apóstol á aquel nuevo mundo.

Javier partió de Roma el dia 5 de marzo del año de 1540, sin otro equipaje que un breviario. Como la ternura y la confianza en la santísima Vírgen fué siempre la principal devocion de nuestro santo, quiso tener el consuelo de pasar por Loreto para consagrarse de nuevo á la Madre de Dios, y recomendarle su mision. Tardó tres meses en su viaje de Roma á Lisboa, y no hubo dia en que no se señalase con alguna accion particular la caridad, la humildad y el zelo de Javier. Pasó por junto al castillo de Javier; pero no fué posible persuadirle á que fuese á despedirse de su madre. Habiendo llegado á Lisboa, no tomó otro alojamiento que el hospital. El rey le llamó á la corte, y le recibió con la mayor veneracion y respeto; aunque se le dispuso una posada, no pudo resolverse á dejar el hospital, ni dejar de vivir de limosnas. Su detencion en Lisboa fué como el ensayo de su mision, y el compendio de las maravillas que habia de hacer en las Indias. Apenas se dejó ver cuando toda la ciudad mudó de aspecto por sus predicaciones; y esta mudanza de costumbres se hizo visible hasta en el palacio del rey, así en la gente principal, como en los criados inferiores. Quisieron detenerle en Portugal; pero fué preciso ceder á los designios de la Providencia. Al irse á embarcar, le envió el rey cuatro breves del papa: en los dos le nombraba el soberano pontífice nuncio apostólico, y le daba poderes amplísimos para extender y conservar la fe en todo el Oriente: en los otros dos le recomendaba su Santidad á los gobernadores de las islas. El dia 7 de abril de 1541 partió de la bahía de Lisboa

con el padre Paulo de Camerin, italiano, y con el padre Mansilla, portugués. El viaje fué largo, pero fué todo él una mision apostólica. Se contaban mas de novecientos hombres en el bajel, y se puede decir que fueron novecientas conquistas que hizo su zelo para Jesucristo. Desde el primer dia se desterraron los juegos, las rencillas, las palabras indecentes, los juramentos, y todos los desórdenes que la ociosidad produce ordinariamente en los que van á bordo. Oficiales, marineros, soldados, todo se rindió á las saludables instrucciones del hombre apostólico. Predicaba muchas veces al dia: confesaba, consolaba y servia á los enfermos, haciéndose todo para todos para ganarlos á todos para Jesucristo. El virey don Alfonso de Sousa no pudo obtener del santo que comiese á su mesa una sola vez, queriendo siempre Javier vivir y mantenerse de limosnas.

Los frios insoportables de Cabo Verde, y los calores excesivos de la Guinea, con el agua y las viandas que se corrompieron bajo de la línea, causaron enfermedades muy peligrosas en la embarcacion, las que á poco tiempo se hicieron contagiosas. Entonces fué cuando la caridad heróica de nuestro santo se manifestó mas: enjugaba á los enfermos sus sudores, limpiaba sus úlceras, lavaba las vendas y los paños, y les hacia todos los servicios, aun los mas viles y despreciables; pero sobre todo cuidaba de sus conciencias, y su principal ocupacion era disponerlos á morir cristianamente. Lo mas de admirar es, que hacia todo esto estando incomodado de continuos vómitos. Para aliviarle algun tanto, hizo el virey que le dieran un cuarto mas grande y mas cómodo: le tomó, pero fué para poner en él á los mas enfermos; quedándose él á dormir en el combés, sin otra almohada que el cordaje del navío. Tantas y tan grandes acciones de caridad hicieron que desde en-

tonces le diesen todos el nombre de santo padre; y este nombre le quedó para siempre hasta entre los idólatras y mahometanos.

Habiéndose visto obligada á invernar en Mozambique la flota de Sousa, desembarcaron todos los enfermos, y los llevaron al hospital. Javier con sus dos compañeros los siguió, y aunque pasaban de ochocientos, se empeñó en servirlos á todos; y estando él mas enfermo que muchos de aquellos á quienes servia, le veian en las mas fuertes accesiones de su fiebre asistir á los enfermos y á los moribundos, y hacer admirar en todas partes los milagros de su zelo: despues de seis meses de detencion y de trabajos, aportó á Melinda sobre la costa de África. La desgracia de los habitantes, que todos eran mahometanos, le enterneció, y se resolvió á permanecer allí lo mas que pudiese para trabajar en la conversion de aquellos bárbaros; pero le fué preciso partir con el galeon, el que en pocos dias llegó á Goa, trece meses despues que partieron de Lisboa.

Todavía se acordaban en aquella ciudad de la profecía del santo hombre Pedro de Covillan, religioso trinitario, martirizado por los indios el año de 1497, cuarenta y tres años antes del nacimiento de la Compañía de Jesus; el cual traspasado todo de flechas, cuando derramaba su sangre por Jesucristo, pronunció distintamente estas palabras: *Dentro de pocos años nacerá en la Iglesia de Dios una nueva religion de clérigos, que llevará el nombre de Jesus; y uno de sus primeros padres, conducido por el Espíritu Santo, penetrará hasta los paises mas distantes de las Indias Orientales, cuya mayor parte abrazará la fe ortodoxa por el ministerio de este predicador evangélico.*

Luego que Javier salió del navío, fué á alojarse en el hospital, á pesar de la resistencia y de los ruegos del virey; pero no quiso comenzar las funciones de

misionero sin haberse presentado antes al obispo, y pedídole su beneplácito. Era entonces obispo de Goa don Juan de Alburquerque, religioso de san Francisco, uno de los mas virtuosos prelados de la Iglesia. Despues de haberle manifestado Javier las razones por las cuales el soberano pontífice y el rey de Portugal le habian enviado á las Indias, le presentó los breves de su Santidad, y le declaró que no pretendia servirse de ellos sino con su beneplácito: luego, arrojándose á sus piés, le pidió su bendicion, y no quiso levantarse hasta que se la hubo dado. La modestia y la humildad del santo dejaron prendado al prelado, el que besó muchas veces los breves del papa; y volviéndoselos al padre, le dijo: Un legado apostólico, enviado inmediatamente por el vicario de Jesucristo, no tiene necesidad de recibir su mision de otra parte: use vuestra paternidad libremente de los poderes que la santa sede le ha dado; y esté seguro de que si la autoridad episcopal fuese necesaria para mantenerlos, no le faltará esta en las funciones de su ministerio.

Los descubridores de las Indias Orientales habian hecho renacer el cristianismo en algunos parajes; pero ya no quedaba rastro alguno: en todas partes reinaba la idolatría y el mahometismo; tanto, que hasta los mismos Portugueses vivian mas como idólatras que como cristianos. No era menor la corrupcion de sus costumbres, la cual hacia que todas las Indias pareciesen enteramente paganas. Tal era la faz de la cristiandad del nuevo mundo, cuando el padre Javier llegó á él. Mas apenas se dejó ver este nuevo apóstol, cuando aquella viña inculta vino á ser la porcion mas florida de la Iglesia. Pára hacer que el cielo derramara sus bendiciones sobre una empresa tan difícil, pasaba la mayor parte de la noche en tratar con Dios, y solo dormia tres ó cuatro horas: se

ponia en oracion al amanecer, y acabada la oracion, decia misa. Lo restante de la mañana lo empleaba en los hospitales, y en visitar las cárceles. De vuelta de estos nuevos ejercicios se iba por las calles de la ciudad, tocando una campanilla para juntar los muchachos y enseñarles el catecismo. Estas jóvenes plantas recibian sin trabajo las impresiones que hacian en ellos las instrucciones del padre, y por ellas comenzó la ciudad á mudar de aspecto. Sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres: los pecadores mas escandalosos, penetrados del horror de sus delitos, se confesaron los primeros. Bien pronto los siguieron los demás: los contratos ilícitos se anularon, como tambien los usurarios; se restituyó la hacienda mal habida; se dió libertad á los esclavos que se habian hecho cautivos injustamente; y en fin, se arrojaron las concubinas. El uso de los sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas partes con tanta admiracion del obispo de Goa, que no cesaba de publicar que una mudanza de costumbres tan repentina era uno de los mayores milagros.

Despues de convertida Goa, dijeron á Javier que en la costa de la Pesquería habia un gran número de pescadores, llamados Páravas, que habian sido bautizados en otro tiempo, pero que ya no tenian de cristianos sino el bautismo. No fué menester mas para inflamar el zelo del santo, el cual sin detenerse pasó allá; y luego que hubo llegado, supo que en una de aquellas chozas habia una mujer, que, despues de tres dias de dolores vehementísimos de parto, no podia dar á luz la criatura. Acude el santo á este riesgo, instruye á aquella pobre india en los misterios de nuestra religion, la convierte, la bautiza, y al instante pare felizmente, y se halla perfectamente sana: un milagro tan visible llena la cabaña de espanto y de alegría: toda la familia se convierte, y dentro de pocos dias

siguen su ejemplo toda la aldea, y casi toda la costa de la Pesquería, en donde bautizó un tan gran número de Páravas, que escribió de su puño á los padres de Roma, que de tanto bautizar ya no podia levantar el brazo, y que veia renovarse todos los dias en aquel país los prodigios de la primitiva Iglesia. Se servia de los niños bautizados para curar los enfermos. Los templos de los falsos dioses fueron destruidos en poco tiempo, y los ídolos hechos pedazos. Los bracmanes, que eran como los sacerdotes y religiosos del país, sobresaltados de la novedad, se juntaron en número de muchos millares. Javier los confundió, y convirtió á muchos; y con esta gloriosa conquista triunfó la fe de Jesucristo en toda aquella comarca. El mismo santo confiesa que por medio del *Ave Maria* alcanzó de Dios la conversion de la mayor parte de los paganos. Comenzaba todas sus instrucciones rezando el *Padre nuestro*, y las terminaba con el *Ave Maria*. Su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, su modestia le ganaban todos los corazones: la fuerza y la uncion de sus palabras convencian los espíritus; y su santidad manifestada por una infinidad de milagros, acababa de convertir los pueblos. Sanó repentinamente á un hombre, cuyo cuerpo era todo una llaga; y resucitó en presencia de los bracmanes cuatro muertos. En su vuelta á Goa fundó el seminario de Santa Fe, que vino á ser muy en breve un plantel de zelosos misioneros. Pasó al reino de Travancor, donde predicó la fe, y en menos de un mes bautizó por su mano diez mil idólatras. Le comunicó Dios el don de lenguas; y, lo que no se habia visto desde los apóstoles en aquellas tierras, hablando una sola lengua á muchos millares de pueblos todos diferentes, todos le entendian, estando persuadidos todos y cada uno de ellos que hablaba en su propia lengua.

Viendo los bracmanes abandonado el culto de las pagodas, determinaron matarle; pero Dios le conservó de un nublado de flechas, de las que una sola bastaba para quitarle la vida. Entraron los badajes armados en el reino de Travancor, resueltos á llevarlo todo á sangre y fuego : su ejército era muy numeroso : corrió hácia ellos san Javier con un crucifijo en la mano, y luego que estuvo en paraje que pudiera ser oido, les gritó : Yo os prohibo en el nombre de Dios vivo pasar mas adelante; y os mando de su parte que volvais atrás : lo mismo fué decir estas palabras, que aquella inundacion de bárbaros, sobrecogidos de un terror pánico, echaron á huir con el mayor desórden.

La reputacion del nuevo apóstol no estuvo encerrada en los límites del reino de Travancor, sino que se extendió á todas las Indias. Los habitantes de la isla de Manar le pidieron que fuese á instruirlos : les envió misioneros, y se convirtió toda la isla. Siendo cada dia mas abundante la miés, llevó Javier la luz del Evangelio de isla en isla, de reino en reino, hasta las últimas extremidades del Oriente; y habiendo ido á Meliapor, donde está el sepulcro de santo Tomás, hizo prodigiosas conversiones. Un mercader Meliapor al irse á embarcar para Malaca le pidió una prenda de su amistad; Javier le dió su rosario, y le dijo : No os será inútil esta alhaja, con tal que tengais confianza en María. Apenas se habia hecho á la vela, cuando una furiosa tempestad echa el bajel contra una roca; y le estrella. El mercader, lleno de confianza en la santísima Vírgen, y teniendo el rosario de Javier en la mano, se encuentra repentinamente trasportado á la costa de Negapatan, á muchas leguas de donde habia sucedido el naufragio. Llega el santo apóstol á Malaca, para pasar de allí á Mazar : predica, confiesa y convierte á una infinidad de facinerosos

y de pecadores; bautiza a muchos idólatras, mahometanos y judíos, y entre otros á un famoso rabino, que abjuró públicamente el judaismo. En ninguna parte hizo el santo tantos milagros como en Malaca: con solo tocar su sotana, besar sus manos, ó recibir su bendicion, quedaban curados repentinamente toda suerte de enfermos. Habiendo ido á hacer un corto viaje por los alrededores de Malaca, murió una doncellita, á quien habia bautizado poco antes: la madre va á buscar al santo desconsolada, y postrándose á sus piés hecha un mar de lágrimas, le dice: Siervo de Dios, mi hija ha muerto; pero si quereis invocar sobre ella el nombre de Jesucristo, al instante recobrará la vida. Movido Javier de compasion, ora á Dios en silencio un poco de tiempo; y volviéndose luego hácia ella, le dice: Véte, tu hija está viva. Hace tres dias que está enterrada, replica la madre. No importa, responde Javier; véte, abre su sepulcro, y la hallarás viva. Corre la madre á la iglesia, hace levantar la piedra que cubria la sepultura, y encuentra á su hija viva y sana.

No hallando el santo apóstol descanso sino en sus trabajos, va á Amboina, donde predica la fe á los paganos, y casi toda la isla se hace cristiana. Recorriendo las islas vecinas, se consternan los del bajel á vista de una furiosa tempestad; saca Javier de su pecho un pequeño crucifijo que llevaba siempre consigo, y queriendo tocar con él el mar, se le escapa de la mano y se le llevan las ondas: esta pérdida le aflige; pero veinte y cuatro horas despues, habiendo abordado á la isla de Baranura, se vió asomar un cangrejo que llevaba en sus uñas al mismo crucifijo, y que venia derecho á la ribera á entregársele al padre. De Baranura pasa á la isla de Ulate; encuentra á su rey sitiado en la capital, y á punto de entregarse al ejército enemigo por falta de agua: el santo solicita

hablarle, y le pide licencia para plantar una cruz, ofreciéndose á darle agua con abundancia si le da palabra de hacerse cristiano con todo su pueblo. El príncipe viene en ello; y apenas se plantó la cruz, cuando una lluvia abundante proveyó á la necesidad, y obligó al enemigo á levantar el sitio. El rey, en cumplimiento de su palabra, recibió el bautismo de mano del santo con todo su pueblo; y despues de haber convertido algunos otros reinos vecinos, parte á las Molucas. Recorre rápidamente las islas de Ternate, de Tidor, de Motir, de Machan y de Bacan: predica, convierte y hace triunfar la fe de Jesucristo en todos estos parajes, que no habian tenido jamás la dicha de que llegase á ellos ningun apóstol. Habiendo recibido de Europa un nuevo refuerzo de misioneros, emprende la conversion de todo el Oriente. Intentan impedirle el viaje á la isla de Moro, por ser el país mas bárbaro y mas terrible. Basta que haya en ella almas rescatadas con la sangre de Jesucristo para que Javier no halle ni peligro ni obstáculos: se mete en la isla, anuncia la fe á sus habitantes, los suaviza, los instruye, los convierte; y estos pueblos bárbaros y crueles vienen á ser una de las porciones mas bellas de la iglesia del nuevo mundo.

Convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real: hace otro tanto en la isla de Zeilan, en los reinos de Candi, de Jafanapatan, en las Molucas y en todas las islas que hay al rededor de Macasar; y haciendo conversiones y milagros en todos los países, viene á ser él mismo el mayor de todos los milagros. El año de 1547 los acheneses, enemigos mortales de los cristianos, se presentan á la vista de Malaca con una flota de mas de sesenta barcos grandes, todos bien equipados y bien armados, sin contar las barcas, los brulotes y las fragatas. Su primera expedicion fué quemar todos los navíos portugueses que se

hallaban en el puerto. Esta victoria hizo á los bárbaros tan fieros y tan insolentes, que, habiendo hecho cortar su general las narices y las orejas á algunos pescadores que habian hecho prisioneros, los remitió al gobernador de Malaca con esta carta :

« Bajaja Soora, que tiene el honor de llevar en vasos de oro el arroz del gran Soldan Alardin, rey de Achen, y de las tierras que lava el uno y el otro mar; te advierto escribas á tu rey que estoy aquí á pesar de él, infundiendo terror en su fortaleza con mis fieros rugidos, y que me mantendré aquí todo el tiempo que se me antoje. Pongo por testigo de cuanto digo, no solo á la tierra y á las naciones que la habitan, sino tambien á todos los elementos hasta el cielo de la luna; y les protesto y declaro por las palabras de mi boca, que tu rey está sin valor ni reputacion ; que sus estandartes abatidos no podrán enarbolarse jamás sin el permiso del que acaba de vencerle; que por la victoria que hemos conseguido, tiene mi rey á sus piés la cabeza del tuyo, el cual desde este dia es su vasallo y su esclavo; y para que tú mismo confieses esta verdad, te desafío al combate en el sitio donde estoy al presente, si te sientes con bastante ánimo para resistirme.

Aunque la carta del general bárbaro era ridícula y fanfarrona, no dejó de poner en gran consternacion á toda Malaca : solo Javier, lleno de confianza en Dios, animó á aquellos espíritus abatidos, y dijo al gobernador : *Si los bárbaros tienen tantos navíos y tropas, nosotros tenemos en nuestra ayuda al Dios de los ejércitos : es menester ir á presentarles la batalla. Pero ¿cómo nos embarcaremos*, dijo el gobernador, *y en qué navíos? pues de ocho bajeles grandes que habia en el puerto, solo quedan siete cascos de fustas enteramente maltratados; y cuando pudiéramos servirnos de ellos, ¿qué seria esto contra una escuadra tan nume-*

rosa? Es verdad, replicó el tanto sonriéndose, *que las siete fustas son viejas, y solo buenas para el fuego: sin embargo, que se dispongan á toda priesa.* Nadie se atrevió á replicar á una órden tan precisa del varon de Dios. En dos dias se aprestaron las fustas; y apenas habian levado anclas para ir á buscar al enemigo, que se habia desviado un poco para ponerse fuera de tiro del cañon de la fortaleza, cuando la almiranta de esta pequeña tropa se abrió por medio, y se hundió repentinamente, sin que se pudiese salvar otra cosa que la tripulacion. Javier estaba diciendo misa en la iglesia de Nuestra Señora del Monte cuando le vinieron á dar noticia de esta triste aventura: hizo señal al criado del gobernador que se retirara, y cogiéndole despues de la misa, le dijo: Vé á decir á tu amo que la pérdida de un bajel no debe desanimarnos: véte, y confía; porque esa pequeña flota está bajo la proteccion de la santísima Vírgen. Se pasó cerca de un mes sin que hubiese nuevas de las dos escuadras, cuando el padre, predicando un dia en la iglesia mayor de Malaca á las diez de la mañana, al mismo tiempo que las dos flotas estaban en el combate á mas de cien leguas de Malaca, se paró de repente, como fuera de sí mismo: luego volviéndose hácia el crucifijo con las lágrimas en los ojos, y los suspiros en la boca, exclamó: ¡O buen Jesus, Dios de mi alma, padre de misericordia, yo os suplico humildemente por los méritos de vuestra sagrada pasion que no abandoneis á vuestros soldados. Acabadas estas palabras, bajó la cabeza, recostándose sobre la silla, sin decir palabra: despues, levantándose de pronto, dijo en voz alta con un trasporte de gozo, que no pudo contener: « Hermanos mios, Jesucristo ha vencido por nosotros. En este mismo instante acaban los soldados de su santo nombre de derrotar la armada de los enemigos, en los que hacen una

gran matanza : nosotros solo hemos perdido cuatro de los nuestros; el viernes próximo recibiréis la noticia, y nuestra flota vendrá bien presto. » El suceso lo verificó todo : una fragata llegó el viernes, y dos dias despues entró triunfante la pequeña flota al son de trompetas y al ruido de la artillería.

Habiendo el nuevo apóstol conquistado para Jesucristo casi todas las Indias, y meditando nuevas conquistas, un japon, llamado Angeróo, arribó en una embarcacion china, el cual venia á buscar la quietud de su conciencia en los consejos del santo, cuya reputacion se habia extendido por todo el Oriente. Luego que Javier le vió, conoció que aquel hombre no solo seria el primero del Japon que recibiria el bautismo, sino que por su mediacion le recibirian otros muchos en su tierra. Este conocimiento hizo que se llenase de gozo al verle, y que le abrazase con mucha ternura. Sin aguardar el santo á que el japon le manifestara sus penas, le aseguró que hallaria el sosiego que habia venido á buscar tan lejos; pero que era preciso ante todas cosas que abrazara la ley del verdadero Dios; para lo cual le envió al seminario de Goa, á fin de prepararle á él y á todos los de su familia á recibir el bautismo. El padre le siguió, y despues de haber acabado de convertir los idólatras que habian quedado en la costa de la Pesquería, en Monapar, en el cabo de Comorin y en la isla de Zeilan, que están al paso, llegó á Goa, donde encontró á su nuevo prosélito; y viéndole perfectamente instruido, le bautizó, le puso por nombre Pablo de Santa Fe, é hizo de él uno de sus mas zelosos catequistas. Habiendo sabido por este neófito el estado del Japon, que era uno de los mayores reinos del mundo, determinó llevar á él las luces del Evangelio, á pesar de todo lo que se le pudiese oponer para desviarle de su piadoso intento. Escribió muchas

cartas á Europa: la primera, al rey de Portugal Juan III, llena de sabios consejos sobre el modo como debe gobernar un monarca. Escribió otra á san Ignacio su general, y á los padres de Roma, en la cual les dice: « Que Dios le ha dado á conocer lo mucho que debe á las oraciones de los de la Compañía, que trabajan en la tierra, y que gozan en el cielo del fruto de sus trabajos. Cuando empiezo á hablar de nuestra Compañía, añade, no puedo acabar; pero la partida de las embarcaciones me obliga, contra mi voluntad, á no ser mas largo. Hé aquí lo que yo hallo mas á propósito para acabar mi carta: Si yo te olvidare en algun tiempo, ó Compañía de Jesus, mi mano derecha me sea inútil, y se me olvide el uso que debo hacer de ella: *Si oblitus unquam fuero tui, Societas Jesu, oblivioni detur dextera mea.* Pido á nuestro Señor Jesucristo que, ya que en esta vida miserable nos ha juntado en su Compañía, nos junte por toda la eternidad en la compañía de los santos que le ven en el cielo. »

Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros con el arribo de algunos jesuitas llegados de Europa, prescribió las reglas que debian observar en sus misiones; y en calidad de nuncio apostólico y de superior general de todos los jesuitas de Oriente, les asignó á todos el lugar de su mision, y nombró superiores que en su ausencia gobernaran la Compañía en las Indias. Mientras esperaba que la navegacion fuese libre, nuestro santo se aplicó mas particularmente á los ejercicios de la vida interior, disponiéndose por medio del retiro para nuevos trabajos. Entonces fué cuando estando en el huerto del colegio de San Pablo que habia fundado en Goa, unas veces paseándose, otras retirado en una pequeña ermita, colmado de aquellas dulzuras espirituales, de que estaba inundado su corazon, exclamó: Basta, Señor, basta;

abriendo su sotana delante del pecho para dar un poco de aire á las llamas que abrasaban su alma. Finalmente, en abril de 1549 se embarcó en una fusta que iba á Cochin con el padre Cosme de Torres, el hermano Juan Fernandez y los tres japones convertidos, Pablo de Santa Fe y sus dos criados Juan y Antonio. Estando en Malaca, supo que uno de los reyes del Japon pedia predicadores evangélicos al gobernador de las Indias : no se puede decir cuál fué el gozo del santo apóstol, y cuál su deseo de partir cuanto antes á esta nueva conquista. Se embarcó el 25 de junio para el Japon, y despues de muchas tempestades que el santo serenó y aplacó, abordó á Cangogima el dia 15 de agosto del mismo año.

Seria necesario un volúmen entero solo para contar una parte de los trabajos, de los viajes, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo apóstol en aquel vasto imperio. Comenzó á predicar en Cangogima, donde convirtió muchas personas : disputa con los bonzos, que eran como los sacerdotes del país, y los confunde : cura toda especie de enfermedades con sola la señal de la cruz : resucita muchos muertos, entre los cuales algunos habian sido ya enterrados : predica en Saxuma, en Ekandono, en Firando, en Amanguchi : se hace mozo de espuela de un caballero para ir á Macao : anuncia el Evangelio en el reino de Bungo y en otras partes, en donde convierte millares de paganos; y en menos de un año hace florecer en el Japon la religion cristiana. Habiendo convertido Javier todos estos reinos, insaciable todavía de conversiones, busca nuevos países donde hacer nuevas conquistas. Habiéndose embarcado para volver á la India, una de las borrascas mas furiosas desarboló la embarcacion, la que á cada momento se veia en peligro de naufragar : la sola presencia de Javier infundia seguridad en los soldados

y marineros; mas un accidente que sobrevino, introdujo la consternacion en el navío. Habia cinco portugueses con diez japones en la chalupa que iba detrás, y que habian amarrado al navío con gruesos cables; pero habiéndose embravecido el viento durante la noche, la violencia de las olas rompió los cables, y la chalupa era llevada al arbitrio de las olas, que se levantaban como montañas. Todos creyeron que los cinco hombres habian perecido, y que la chalupa habia sido ó estrellada, ó tragada por las olas. El capitan Eduardo de Gama, amigo del santo, estaba inconsolable, por haber perdido á su sobrino, y los otros sentian igualmente la pérdida de sus compañeros, cuando san Javier, saliendo de su oracion, y encerrándose con Gama, le dijo con un rostro risueño: No os afligais, hermano, antes de tres dias vendrá la hija á encontrar á su madre. Bien se comprendió lo que queria decir el santo; mas la cosa parecia tan poco posible, que no se podia creer. Viendo el santo que no cesaban las lágrimas, les dijo con un tono de seguridad: La confianza que tengo en la divina misericordia, me hace esperar que no perecerán las personas que he puesto bajo la proteccion de la santísima Vírgen, y por las que he hecho voto de decir tres misas en Nuestra Señora del Monte. Dijo al capitan que hiciera subir á alguno á la gavia para ver si acaso parecia la chalupa. El santo pasó todo el dia en plegarias; y saliendo de su retiro por la tarde, preguntó si habia parecido la chalupa: no le respondieron sino con la risa. Dijo que se bajaran las velas para dar tiempo á la chalupa de alcanzar al navío. Se reian interiormente de la confianza del santo, cuando un niño, que estaba sentado al pié del árbol mayor, exclamó repentinamente: Milagro, milagro, miren ustedes allí la chalupa: en efecto abordó la chalupa, quedando todos admirados y gozosos; abrazaron á

aquellos hombres que ya creian perdidos; pero se sorprendieron todavía mas cuando supieron que habian venido en medio de la mas horrible tempestad que se vió jamás, sin que temieran ni perecer ni descaminarse; porque decian que el padre Javier era su piloto, y su presencia los tranquilizaba.

Habiendo arribado á Malaca el santo apóstol, toma la resolucion de llevar á la China las luces de la fe. Aunque se ofrecian muchas oposiciones, capaces cada una de trastornar una empresa tan santa, Javier, superior á todos los obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no se acobardó. Deseaba que se enviara una embajada á la China, para abrir por medio de ella la puerta al Evangelio; pero se opuso con tenacidad don Alvaro, gobernador de Malaca. El santo lo siente vivamente, y atribuye á sus pecados el que no tenga efecto la embajada: el gobernador fué castigado terriblemente, como el santo se lo habia profetizado; pero Javier no desistió de su empresa. Habiendo arreglado todas las cosas, así por lo que miraba á la Compañía, como á las misiones; despues de haber nombrado al padre Barcia por rector del colegio de Goa y viceprovincial, y distribuido los otros padres en las diversas misiones del Japon y de la India, se embarca con un solo hermano en una nave que iba á la isla de Sancian, para pasar desde ella á la China. Despues de algunos dias de navegacion, se echó el viento repentinamente; y habiéndose aplanado las olas, quedó inmóbil la embarcacion. Como la calma duró catorce dias, llegó á faltar el agua dulce, con lo que murieron algunos al principio; y toda la tripulacion, que se componia de unas quinientas personas, cayó enferma. El santo, movido á compasion, se pone á orar; despues de lo cual baja á la chalupa con un niño, al cual hace probar el agua del

mar, y le pregunta si estaba dulce; y respondiéndole el niño que estaba salada, le dice que la pruebe otra vez; y el niño la halla tan dulce como la de cualquiera fuente. Subiendo entonces el padre à la embarcacion, hace llenar de agua todas las vasijas y toneles del navío; pero corriendo todos á beber, la hallaron sumamente salada : el santo hizo la señal de la cruz sobre las vasijas, y al punto perdió el agua su gusto salobre, y quedó excelente para beber. Este milagro hizo tal impresion en los árabes y sarracenos que estaban á bordo, que creyeron en Jesucristo, y recibieron todos el bautismo. Lo restante del viaje fué una serie continuada de milagros y de profecías. Finalmente, habiendo arribado á la isla de Sancian, apenas hubo desembarcado cuando libró á la isla de los tigres de que estaba inundada. El santo apóstol se disponia para ir á la China, de la que se descubrian ya los primeros puertos, cuando Dios le dió á conocer que se contentaba con su ardiente deseo; que queria recompensarle sus inmensos trabajos, y que la ejecucion de su designio sobre la China la reservaba á sus hermanos.

Dios trató á Javier como en otro tiempo trató á Moisés, quien murió á la vista de la tierra adonde tenia órden de conducir los Israelitas. Le entró una fiebre al padre Francisco el dia 20 de noviembre, y desde el principio de ella tuvo un conocimiento claro del dia y hora de su muerte, como lo manifestó ingenuamente al piloto del navío. Habiéndose declarado el mal un dolor de costado muy agudo, y con una grande opresion de pecho, el santo se vió muy en breve á los últimos, sin tener otro socorro que algunas frutas que le dió el capitan. Todo el tiempo de su enfermedad fué una continua conversacion con Dios; se le oia repetir sin cesar estas palabras : *Jesu, fili David, miserere mei* : Jesus, hijo de David, tened

misericordia de mí; y estas otras: *O sanctissima Trinitas.* Y dirigiéndose á la santísima Vírgen, le decia continuamente: Madre mia muy amada, *monstra te esse matrem:* muestra que eres mi madre. Finalmente, el dia 2 de diciembre, que era viernes, teniendo los ojos bañados en lágrimas, y fijos en un crucifijo, pronunció con la mayor ternura estas palabras: *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum:* Señor, yo esperé toda mi vida en vos; haced que no experimente la confusion de haber esperado en vano. Y trasportado al mismo tiempo de un gozo celestial, entregó apaciblemente su espíritu, á cosa de las dos de la tarde, el año 1552, á los cuarenta y seis de su edad, de los que habia empleado diez y medio en las Indias.

La nueva de su muerte hizo en todos los espíritus y corazones aquella impresion que hace la muerte de los santos. Corrieron en tropas las gentes á su cabaña para besarle los piés, y le encontraron con el rostro tan encarnado y bermejo como si hubiera estado vivo. Así terminó su gloriosa carrera el apóstol de las Indias y del Japon, despues de haber dilatado la Iglesia seis mil leguas mas de lo que estaba, despues de haber predicado el Evangelio á cien islas ó reinos diferentes, y convertido á Jesucristo mas de cien mil almas. Sus trabajos fueron inmensos, sus milagros infinitos. Se cuentan ocho muertos resucitados; y casi puede decirse que todos los milagros estupendos de los santos que le precedieron no igualan al número de los de este santo apóstol.

No se dió tierra á su cuerpo hasta el domingo siguiente: su entierro se hizo sin ceremonia alguna; se le quitó la sotana, la que los oficiales dividieron entre sí. El capitan hizo cubrir el cuerpo de cal viva, para que, consumiéndose antes la carne, se pudieran llevar los huesos en la embarcacion que debia volver

á las Indias dentro de pocos meses. El último año de la vida del santo se vió sudar sangre con abundancia todos los viernes á un crucifijo que estaba en la capilla del castillo de Javier; y lo mismo fué morir el santo, que dejar la sangre de correr.

Dos meses y medio despues de la muerte del santo apóstol, desenterraron su cuerpo, y le encontraron entero, tan fresco, tan encarnado, tan palpable y flexible como si hubiera estado vivo. Las vestiduras sacerdotales, de que le habian revestido, así como las carnes, no habian recibido la menor lesion de la cal; y el santo cuerpo exhalaba un olor tan suave y agradable, que excedia al de los perfumes mas exquisitos. Luego que llegó á Malaca, cesó la peste que hacia grandes estragos en la ciudad; fué recibido como en triunfo por la nobleza, el pueblo y el clero. Despues de algunos meses fué desenterrado otra vez, y le encontraron tan entero y tan fresco como antes de enterrarle; se mandó hacer una caja de madera exquisita, y despues de haberla guarnecido de un rico damasco de la China, se puso en ella el santo cuerpo, envuelto en un paño de tela de oro, con una almohada de brocado debajo de la cabeza. Este precioso depósito fué recibido en Goa con toda la pompa y veneracion que le era debida. El virey con toda su corte, la nobleza y los magistrados acompañaban al clero. Este santo tesoro fué depositado en la iglesia de San Pablo del colegio de la Compañía de Jesus al son de las campanas, y al ruido de toda la artillería: todavía se conserva allí con mucho cuidado. Se obraron infinitos milagros en todos los parajes por donde pasó el santo cuerpo; y Dios continúa hoy en hacer otros muchos por la intercesion de este gran santo, no solo en Goa, sino en todo el mundo.

Despues de un jurídico exámen de las virtudes y milagros innumerables de este gran siervo de Dios,

el papa Paulo V declaró beato á Francisco Javier, presbítero de la Compañía de Jesus, el dia 25 de octubre de 1619; y el papa Gregorio XV, sucesor de Paulo V, le canonizó solemnemente el dia 12 de marzo de 1622. El papa en la bula de su canonizacion le llama apóstol de las Indias, y dice que su apostolado tuvo todas las señales de una vocacion divina, como son el don de milagros, el de profecía, el de lenguas, con las mas perfectas virtudes evangélicas. Se puede decir con verdad, que no se vió jamás un agregado mas pasmoso de virtudes, todas eminentes, como el que se notó en este santo : su amor de Dios, tierno, ardiente y generoso, era sin medida; su zelo por la salvacion de las almas sin límites; su pobreza y su mortificacion excesivas; su humildad tan profunda, que jamás escribió á san Ignacio, su general, que no fuese de rodillas; y en una carta firma de este modo : *El menor de vuestros hijos, y el mas apartado de vos, Francisco Javier.* Su devocion á la santísima Vírgen fué tan tierna, tan perfecta y tan llena de confianza, que jamás pedia nada á nuestro Señor sino por la intercesion de su Madre. Acababa todas las instrucciones con la *Salve Regina.* Cuando pasaba las noches en oracion en la iglesia, casi siempre era delante de alguna imágen de la Madre de Dios. Tomé á la Reina del cielo por mi patrona, dice en una de sus cartas, para alcanzar el perdon de mis innumerables pecados. Sobre todo era tan devoto de su inmaculada concepcion, que habia hecho voto de defenderla toda su vida. El cuerpo del santo subsiste siempre en Goa: solo un brazo entero fué llevado á Roma, y se conserva con mucha veneracion en la iglesia de la casa profesa de los jesuitas, que se llama de Jesus.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En la isla de Saucian, en las costas de la China, san Francisco Javier, jesuita, apóstol de las Indias, varon famoso en todo el orbe, tanto por la multitud de infieles que convirtió, como por lo estupendo de los milagros que obró, principalmente en órden á resucitar muertos, habiendo florecido tambien por el don de profecía de que estaba dotado. Murió el 2 de este mes, abrumado con los trabajos que habia emprendido por la fe y colmado de merecimientos. Aunque murió el dia 2 de diciembre, se celebra su fiesta el 3 por órden de Alejandro VII.

En Judea, san Sofonías, profeta.

En Roma, san Claudio, tribuno, y su mujer santa Hilaria, san Jason y san Mauro sus hijos, con setenta soldados, mártires. El emperador Numeriano mandó que ataran á Claudio una piedra enorme, y le precipitaran al rio, y que á los soldados con los hijos de Claudio los decapitasen. En cuanto á santa Hilaria, despues que hubo enterrado á sus hijos, fué prendida por los paganos algun tiempo despues, estando haciendo oracion en el sepulcro de sus hijos, y rindió su alma á Dios.

En Tanger de la Mauritania, el suplicio de san Casiano, mártir, quien, despues de haber ejercido largo tiempo el empleo de escribano de la sala del crímen, movido al fin de una inspiracion divina, le pareció una cosa execrable el contribuir á la muerte de los cristianos. Así es que, renunciando su destino, mereció conseguir la corona del martirio confesando la religion cristiana.

Igualmente en Africa, san Claudio, san Crispin, santa Magina, san Juan y san Estéban, mártires.

En Panonia, san Agrícola, mártir.

En Nicomedia, el martirio de san Ambico, san Víctor y san Julo.

En Milan, san Mirocletes, obispo y confesor, de quien san Ambrosio hace algunas veces mencion.

En Inglaterra, san Birino, primer obispo de Dorcester.

En Coira de Alemania, san Lucio, rey de los Ingleses, el primero de sus reyes que abrazó la fe cristiana en tiempo del papa Eleuterio.

En Sena de Toscana, san Galgano, eremita.

En Saintonge, san Anemo, obispo de Poitiers.

En la diócesis de Laon, san Eloquio, monje de San Pedro de Lagny, en la diócesis de Paris.

En Strasburgo, santa Atala, virgen.

En Auxerre, el venerable Abon, obispo.

En Oriente, los santos mártires Metrobio, Cláudico y Félix.

En Toledo, san Audencio, obispo.

Este mismo dia, san Diontiras, confesor, venerado por los Etiopes.

En Otrícoli, cerca de Roma, san Fulgencio, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Indiarum gentes beati Francisci prædicatione, et miraculis Ecclesiæ tuæ aggregare voluisti: concede propitius, ut cujus gloriosa merita veneramus, virtutum quoque imitemur exempla. Per Dominum nostrum...

O Dios, que por la predicacion y milagros del bienaventurado Francisco quisiste agregar á tu Iglesia los pueblos de las Indias: concédenos que imitemos los ejemplos de sus virtudes, ya que honramos sus merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Corde enim creditur ad justitiam: ore autem confessio fit ad salutem. Dicit

Hermanos: Con el corazon se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesion para

enim Scriptura : Omnis, qui credit in illum, non confundetur. Non enim est distinctio judæi, et græci : nam idem Dominus omnium, dives in omnes, qui invocant illum. Omnis enim, quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. Quomodò ergo invocabunt, in quem non crediderunt? aut quomodò credent ei, quem non audierunt? quomodò autem audient sine prædicante? quomodò verò prædicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est : Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona! Sed non omnes obediunt Evangelio. Isaias enim dicit : Domine, quis credidit auditui nostro? Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Sed dico : Nunquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.

la salud. Pues la Escritura dice: todo el que cree en él, no será confundido. Porque no hay distincion entre el judío y el griego, puesto que es el mismo el Señor de todos, rico para cuantos le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Pero ¿cómo invocarán aquel en quien no creyeron? ¿ó cómo creerán en aquel de quien no tienen noticia? ¿y cómo la tendrán si no hay quien la predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito, ¡qué hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan felicidades! Pero no todos obedecen al Evangelio; porque Isaias dice : Señor, ¿quién creyó á lo que oyó de nosotros? Luego la fe (proviene) del oido, el oido por la palabra de Cristo; pero yo digo : ¿Por ventura no han oido? A la verdad por toda la tierra se esparció el sonido de ellos, y sus palabras hasta las extremidades de la tierra.

NOTA.

« Toda esta carta de san Pablo á los Romanos está » dividida naturalmente en dos partes : los once primeros capítulos tratan del dogma : los cinco últimos contienen diferentes preceptos de moral, y » varias reglas de conducta. »

REFLEXIONES.

Se cree con el corazon para conseguir la justicia, y se confiesa con la boca para llegar á la salvacion. Creer con el corazon, es someterse con una fe humilde á todas las verdades que Jesucristo nos ha enseñado; es amarlas y hacer de ellas la regla de nuestra conducta. Creer con el corazon, es vivir conforme á las verdades, á la moral y al Evangelio que se cree: nadie es justo si no tiene esta fe práctica, esto es, esta fe viva, esta fe animada, sostenida y probada con las obras. Abrahan creyó; pero nunca brilló mas su fe que cuando se determinó á ejecutar por sí mismo el precepto que se le habia dado de sacrificar á su hijo. El justo vive de la fe, pero la fe sin las obras es una fe muerta: luego no es esta la fe de que vive el justo Siendo esto así, ¿hay muchos verdaderos fieles en el mundo? Confesar con la boca, es declararse abiertamente por discípulo de Jesucristo, y hacer conocer con las obras que las palabras son sinceras. ¡Qué tesoro de ira espera á un predicador, cuya vida desmiente á la doctrina! ¡á un padre, á una madre de familias, á un amo, á un superior, cuya conducta se opone á las instrucciones que da y á los castigos con que amenaza! Dadme valor, Dios mio, para confesaros resueltamente delante de los hombres; para que de este modo vos no os avergonceis de mi delante de vuestro Padre. Si el error prevaleciera, entónces debieran los fieles con particularidad hacer una profesion pública de su creencia para oponerse al torrente de la seduccion. En unas circunstancias tan críticas, hasta los solitarios dejaban en otro tiempo su retiro, y venian en tropas á las ciudades á confesar su fe y sostener á los fieles con el ejemplo de su eminente santidad. *No hay distincion entre el judio y el griego.* ¿Y la debe haber entre el pobre y el rico, entre las

personas de calidad y el artesano, cuando se trata de su salvacion? Estas predilecciones y preferencias en la direccion de las almas, esas distinciones son odiosas, y hacen ver claramente que ese pretendido zelo es efecto de la carne y de la sangre. El alma del hombre mas vil ha costado tanto á Jesucristo, como la del mayor monarca. ¿Se dirá que se trabaja por Dios cuando solo se halla gusto en los ministerios honrosos, y no se siente sino un zelo frio, insípido y disgustado por la salvacion de la gente plebeya? El judío y el gentil igualmente son la obra de las manos del Señor. Este Dios, para con el cual no hay acepcion de personas, pretendia que con la venida del Mesías no hubiese ya diferencia entre ellos, y que todos no hiciesen ya sino una sola familia, una sola casa, y un solo pueblo que invocara su nombre, sobre el cual derramaria sin distincion la riqueza de sus misericordias. ¡Ay de aquellos que, envidiosos de verlas repartir, se hacen indignos de recibirlas! Este espíritu judaico, que induce á estrechar las misericordias del Señor, ¿no reina aun el dia de hoy? *El Señor de todos es rico para todos los que le invocan.* No temamos que llegue á empobrecerse por ser liberal; no sucede con Dios lo que con los grandes de la tierra; como no son ricos para todos los que les sirven, se enfadan casi siempre que se les piden favores, y ordinariamente los conceden por libertarse de ser importunados; pero nuestro Dios, como es rico para todos los que le invocan, nos manda que le pidamos sin cesar; y si alguna vez difiere el oirnos, lo hace para que la indigencia y miseria nos tenga mas largo rato cerca de él. ¡Qué motivo mayor para confiar en su bondad?

El evangelio es del cap. 16 de san Marcos.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Euntes in mun-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Id por todo el

dum universum, prædicate evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur: *In nomine meo dæmonia ejicient: linguis loquentur novis: serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super ægros manus imponent, et benè habebunt.*

mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere, y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, se condenará; y estos son los milagros que acompañarán á aquellos que creyeren: *En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, manejarán las serpientes; y si bebieren cualquiera cosa mortífera, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y se pondrán buenos.*

MEDITACION.

DEL ZELO QUE CADA UNO DEBE TENER DE LA SALVACION PROPIA Y DE LA DE LOS OTROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero zelo es una pasion viva y ardiente de la salvacion de las almas; es un afecto generoso, que tiene por principio á la fe, que está animado de la caridad, y apoyado de la esperanza cristiana. Estas virtudes dan al zelo toda la fortaleza, todo el aliento, todo el ardor, toda la mansedumbre, toda la paciencia y magnanimidad que tiene; ¿y no deben las mismas virtudes inspirarnos á todos este zelo? Cuando se piensa seriamente lo que ha costado una alma à Jesucristo, y por consiguiente lo que vale, ¿se puede ver con serenidad que esta alma se pierda? ¿se puede no sentir su pérdida, si hay en nosotros el mas leve vestigio de fe y de caridad? Este pensamiento ha obligado en todos tiempos á los hombres apostólicos á emprenderlo todo, á sufrirlo todo por la salvacion de las almas. Él es quien obligó al gran Javier á sacrificarlo todo, parientes, amigos, talentos.

para ir á buscar mas allá de los mares, en un nuevo mundo tantas ovejas descarriadas para traerlas al redil de Jesucristo. ¿Qué no tuvo que sufrir? ¿cuántos trabajos no padeció? ¿cuántas amarguras no tuvo que soportar? ¿cuántos obstáculos que vencer? Pero el verdadero zelo de nada se acobarda : *Charitas Christi urget nos.* Hé aquí lo que deben decir todos los verdaderos fieles : nuestra alma es lo que mas debemos estimar, y nuestra salvacion debe ser el objeto de nuestros primeros cuidados; mas, ¡oh buen Dios, qué trastorno de razon y de conducta el de una gran parte de los cristianos! Hay gentes sumamente zelosas de la salvacion de los otros, y sin la mas leve apariencia de zelo de su propia salvacion, no omiten diligencia alguna para llevar los otros á Dios: ¡qué sermones, qué energía en sus discursos, qué exhortaciones tan patéticas! pero al mismo tiempo ¡qué indolencia, qué descuido de su propia salvacion! Pero ¿de qué le sirve al hombre haber ganado y convertido todo el mundo, si se pierde á sí mismo? ¿ó qué dará en trueque por su alma? ¿por ventura la salvacion de todo el universo le indemnizará de la pérdida de su alma? ¡Ah Señor! nos amamos tanto; y con todo, nuestra aplicacion y nuestro zelo no se emplea enteramente en procurar nuestra salvacion. Mostramos tanta viveza cuando se ofrece alguna ocasion de ganancia temporal, somos tan codiciosos de los bienes de esta vida, ¿y hemos de estar faltos de zelo de nuestra salvacion? ¡Oh Dios, qué delirio este! ¡qué extravagancia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el zelo hace en parte el carácter de todos los que aman á Dios. No hay uno que no deba tener zelo de la salvacion de sus hermanos; como tampoco hay uno que no pueda trabajar eficaz-

mente en la salvacion de su prójimo. ¿Qué bien no puede y no debe hacer un grande, respecto de sus súbditos; un superior, respecto de sus inferiores; un padre de familias, respecto de sus hijos y sirvientes; un amo, respecto de aquellos sobre quienes tiene alguna autoridad; y hasta un particular, respecto de todos, por la regularidad de sus costumbres, por sus buenas conversaciones, por sus buenos ejemplos? Cada uno puede ser obrero apostólico sin salir de su estado: ¡qué dureza, qué barbarie la de aquellos que ven con indiferencia perderse tantas almas! Pero cuidemos que la pasion no tome la máscara y el nombre del verdadero zelo. El zelo de Jesucristo debe ser el modelo del nuestro. ¡Qué sabiduría, qué dulzura, qué paciencia en el zelo de Jesucristo! Ese zelo ardiente, y demasiado duro, que deseca y devora todo lo que encuentra, y que derrama por todas partes la acedia y la amargura, prueba cuan fácil es engañarse en punto de caridad. Un zelo flojo y demasiado indulgente es un zelo falso. Se debe hacer la guerra al pecado sin usar de misericordia con él; pero el verdadero zelo se compadece siempre del pecador. La severidad no siempre incomoda á los que predican: indulgentes muchas veces consigo mismos, hasta perdonarse los defectos mas groseros, piden á los otros una regularidad escrupulosa y extremada. Este zelo amargo prorumpe de ordinario en quejas y murmuraciones. ¡Buen Dios! ¿se encontró jamás la caridad en un corazon adusto y amargo? Si hay abusos que corregir, ó errores que destruir, dejemos al padre de familias el cuidado de su viña, la que el soberano dueño no nos ha encargado. Él sabrá separar á su tiempo la cizaña del buen grano, y hacer que sus administradores le den cuentas del depósito que les ha confiado. ¡Qué ilusion tan ridícula la de gritar eternamente contra la licencia y la

relajacion del otro, y no trabajar jamás en su propia reforma! Si tenemos zelo, ¿porqué no le hemos de emplear jamás sino con los extraños? ¿No tenemos bastante que hacer en desmontar y purgar nuestro propio campo, sin inquietarnos tanto por las espinas que nacen en el campo de los otros? Que el zelo que tenemos de nuestra salvacion sea un poco duro, es tolerable; mas que el zelo que tenemos por la salvacion de los otros sea amargo, poco compasivo, demasiado áspero, está reprobado por el espíritu de Jesucristo. Dadme, Señor, este zelo puro, caritativo y verdadero, así por lo que mira á mi salvacion, como á la de los otros, para que ganando á mis hermanos para vos, asegure con vuestra gracia mi eterna bienaventuranza.

JACULATORIAS.

Ure igne Sancti Spiritus renes nostros, et cor nostrum, Domine: ut tibi casto corpore serviamus, et mundo corde placeamus. Eccles.

Abrasadme, Señor, con el fuego del Espíritu Santo, para que os sirva con un cuerpo casto, y os agrade por la pureza de mi corazon.

Prævaricantes reputavi omnes peccatores terræ: ideò dilexi testimonia tua. Salm. 118.

He mirado siempre á los pecadores como á unos injustos prevaricadores; y por este motivo observaré vuestra ley, y se inflamará mi zelo contra los que la quebrantan.

PROPOSITOS.

1. El verdadero zelo no es turbulento ni impetuoso; antes bien es moderado y discreto: sabe buscar ocasion para insinuarse con suavidad; es tierno y compasivo. No son los grandes discursos los medios de que se vale para producir los grandes efectos; ordi-

nariamente hace los mayores progresos por medio de conversaciones familiares, y de servicios hechos á tiempo; tal vez usando prudentemente de la autoridad que tiene sobre los otros, y de la confianza que los otros tienen en él; pero sobre todo, el buen ejemplo es el medio mas eficaz para la conversion de las almas. Ten este género de zelo, y no necesitas ser sabio, ni discreto, ni muy elocuente para ganar á los otros; basta para esto que seas verdaderamente cristiano y ejemplar. Advierte que los que tienen zelo se dan á conocer fácilmente; mira si te sientes inflamado de este fuego, que solo busca cómo alumbrar, calentar é inflamar á todo el mundo con el mismo ardor. ¿Sientes vivamente la desgracia de los que se pierden? ¿has llorado alguna vez la ceguedad de los malos cristianos? ¿llevas con pena el que Dios sea tan poco conocido, y tan poco amado de los hombres? ¿sientes una secreta alegría cuando le ves honrado? ¿miras con estimacion y con ternura á las personas devotas? Estas son las señales del verdadero zelo: procura tener un zelo tan cristiano como este.

2. Tenemos hermanos segun el espíritu, y tal vez tambien segun la carne; ¿cuántos se pierden todos los dias á nuestros ojos? Procura hacer todos los dias alguna oracion, primero por tu conversion, y despues por la de todos los pecadores, especialmente por la de los herejes, procurando llorar su infelicidad. Vela principalmente sobre tus hijos, sobre tus inferiores, y sobre todos los de tu casa; vela sobre su conducta; si frecuentan los sacramentos, si hacen sus oraciones regulares por la mañana y por la tarde, si tienen una vida inocente y cristiana; dales á menudo lecciones saludables; no todos son predicadores; mas todos pueden ser apóstoles y misioneros en su comunidad y en su familia. Ten de hoy en adelante este oficio, y ejerce sus funciones.

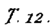
DIA CUARTO.

SANTA BÁRBARA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bárbara, tan célebre en la iglesia, así griega, como latina, vino al mundo hácia la mitad del tercer siglo. La opinion mas verisímil es que era de Nicomedia en Bitinia : su padre se llamaba Dióscoro, uno de los mas furiosos secuaces del paganismo que jamás se conocieron; tan obstinado y tan adicto á las extravagancias y supersticiones de los paganos, que su devocion y su culto á los falsos dioses iban hasta el delirio y la necedad. Era por otra parte de un humor extravagante y de un natural cruel, teniendo todas sus inclinaciones bárbaras : no tenia mas que esta hija, en la que Dios habia reunido totas las calidades y prendas que hacen admirar á las de su sexo, una belleza extraordinaria, un talento superior, una alma noble y tan amiga de la razon, que desde su infancia se admiraba en ella una prudencia sin igual.

Por mas bárbaro que fuese Dióscoro, no dejaba de amar á su hija apasionadamente; y este misántropo era tan idólatra de su hija, como de sus falsas divinidades. El temor de que hubiese otro que la amase tanto como él, le hizo tomar la ridícula resolucion de hacerla invisible á los hombres. Hizo construir un cuarto acomodado en una alta torre, donde la encerró con algunas criadas desde su primera juventud; y como habia reconocido en ella un talento extraordinario, quiso cultivarle, para lo cual le dió maestros.

Creciendo Bárbara en edad, crecia igualmente en agudeza y en sabiduría : sus delicias eran contemplar el cielo, y aquella multitud innumerable de estrellas,



Sta BÁRBARA, VIRGEN

Y MÁRTIR.

astros y planetas que le hermosean. No era menor la atencion, admiracion y gusto con que observaba la revolucion periódica de los cielos y de las estaciones: el curso de los astros tan regular, y toda la armonía que advertia en la naturaleza la embelesaban; y elevándose sobre los sentidos con las solas luces de la razon, decia: ¡Cuál debe ser la sabiduría infinita, el poder sin límites del artífice que ha criado todo este vasto universo, que ha arreglado con tanta habilidad todas las partes de que se compone, y que le conserva con tanto órden! ¿Quién se atreverá á imaginar que esta grande obra, que este vasto y magnífico palacio ha sido fabricado por sí mismo, ó que este mundo tan unido, tan bien ordenado y tan adornado ha sido hecho por el acaso? ¿quién no reconoce en este todo y en todas sus partes un ser soberano, y una suprema inteligencia que lo conserva y lo gobierna? ¡Qué poco merecen nuestros dioses el nombre que llevan! ¡qué divinidades tan ridículas! se sabe cuando nacieron estos pretendidos dioses: ellos no existieron siempre; luego no se han criado á sí mismos; porque cuando uno no existe, no puede producirse ni criarse; luego es preciso que haya una suprema inteligencia, un ser soberano, que no haya comenzado jamás á existir.

Estando Bárbara ocupada en estas sabias reflexiones, supo por uno de sus maestros que habia un cristiano célebre por su talento y su ciencia, llamado Orígenes, que metia gran ruido en todo el Oriente, y que pasaba por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Bárbara, segun se cree, halló medio de hablar con él; y se asegura que fué quien antes de su caida la instruyó en todos los misterios de la fe, y le confirió el bautismo. Hecha cristiana, Bárbara conoció luego que la verdad no podia encontrarse sino en un espíritu verdaderamente cristiano. Ilustrada

por las luces de la fe, no halló gusto en adelante sino en las máximas del Evangelio. Haciendo impresion la gracia en una alma tan inocente, no aspiró sino á la soberana felicidad. El mundo le pareció no tener cosa que fuese digna de un corazon cristiano. La virginidad con especialidad le pareció una virtud tan preciosa y tan amable, que hizo propósito de perder antes la vida que este rico tesoro; siendo la augusta calidad de esposa de Jesucristo el solo objeto de su ambicion y de su ternura.

Como Dióscoro tenia distintas miras en cuanto á su hija, y esta era su ídolo, pensó en buscarle un enlace correspondiente á su mérito y á sus prendas: desde luego se le presentó un partido ventajoso, que debia hacerla una de las señoras mas principales de la provincia. Le hizo Dióscoro la proposicion, y se la doró con todo lo que podia tentar á una señora jóven. El desprecio con que miró la santa este matrimonio, no hizo que su padre perdiera de todo punto las esperanzas; el cual, teniendo que hacer un viaje, creyó que el tiempo la mudaria, y que á su vuelta la encontraria mas dócil: nuestra santa en este tiempo pidió á su padre que mandara hacerle en lo mas bajo de la torre un baño para su uso. Concedióselo Dióscoro, no atreviéndose á negar cosa alguna á su hija: ella misma trazó el plan, y su padre mandó á los albañiles que hicieran cuanto antes la obra. Habiendo partido Dióscoro, nuestra santa dió priesa á los obreros; pero lo que queria no era un baño, sino una capilla: mandó hacer en ella tres ventanas, que á falta de imágenes la representaban el misterio de la santísima Trinidad.

Habiendo vuelto Dióscoro de su viaje, corre adonde estaba su hija, la abraza, y no dudando que hubiese mudado de sentimientos sobre el partido que le habia propuesto, le pregunta si permanece siempre resuelta

á no admitir *el casamiento*. Nuestra santa le responde que la ternura con que ama á su padre no le permite apartarse de él para pasar á la casa de su esposo. Vos, padre mio, sois ya viejo, le dice con un tono tierno y afectuoso; permitid que cuide yo de vuestra vejez. Dióscoro, enternecido y embelesado de una respuesta tan oficiosa y tan obligatoria, no le habló mas de casamiento; pero imaginando que la soledad en que habia criado á su hija fuese la causa de lo disgustada que estaba del mundo, determinó ponerla en su casa, y hacerla tratar con toda especie de gentes.

La santa sintió vivamente dejar su soledad; pero instruida por el Espíritu Santo, y fortalecida con la gracia, determinó hacerse un retiro interior en el fondo del corazon, en donde esperaba no perder jamás de vista á su Dios. Como su padre era el pagano mas supersticioso que se vió jamás, habia procurado llenar su casa de ídolos: al entrar Bárbara en ella quedó sorprendida de esta tapicería; y no pudiendo disimular su indignacion, dijo á su padre con un tono indignado: ¿Qué hacen aquí todos estos ridículos muñecos? Dióscoro herido vivamente de esta pregunta, y de los términos de menosprecio de que se habia servido para burlarse de sus dioses, le respondió con un tono áspero, mezclado de amenazas: ¿Cómo hablas así? ¿llamas muñecos á los sagrados ídolos de nuestros dioses? ¿ignoras acaso el respeto que se les debe, y á qué castigo se expone el que los insulta? Nuestra santa movida de compasion á vista de una ceguedad tan lastimosa, y animada al mismo tiempo de un nuevo zelo, le dice: ¿Es posible, padre mio, que un hombre del juicio y cordura que vos, tenga por dioses á las obras de los hombres? ¿ignorais las infamias de una Venus, y los horrendos desórdenes de un Marte, de un Neptuno, de un Apolo,

de un Júpiter? esta sola multiplicidad de divinidades ¿no es el mayor monstruo que se puede pensar? Sabed, padre mio, que no hay mas que un solo Dios, el cual es el ser supremo, criador de todas las cosas, todopoderoso, infinito, soberano señor del universo, solo juez árbitro de la suerte de todos los hombres; y este Dios único y solo digno de respeto y adoracion es el Dios de los cristianos; toda otra divinidad es una pura quimera.

Dióscoro estaba tan aturdido de lo que oia, que parecia haber quedado yerto todo el tiempo que duró el razonamiento. Mas volviendo de su pasmo, se abandonó á su natural fogoso y brutal; y haciéndole olvidar su cólera que era padre, arrebatado de un furor que no le permitia usar libremente de la razon, corre á tomar el sable para degollar á su hija, jurando por sus dioses que él mismo ha de ser su verdugo. No ignoraba la santa lo que era capaz de hacer su padre, y así creyó que debia quitarle la ocasion de cometer un tan horrible parricidio : escapando, pues, de su furor por medio de la fuga, atraviesa un campo para buscar un asilo donde ocultarse. No bien habia vuelto en sí Dióscoro, corre en su seguimiento; pero una roca se divide milagrosamente para franquearle paso : mas esta maravilla hizo poca impresion en aquel furioso, el cual, habiéndola perdido de vista, se puso mucho mas colérico. Se informa dónde estaba aquella á quien perseguia con tanto furor y rabia. Un pastor le señala una gruta cubierta de ramas donde la hija habia ido á esconderse. Habiéndola encontrado el bárbaro padre, se arroja sobre ella como un lobo rabioso sobre una inocente oveja, la arrastra por los cabellos, y habiéndose convertido en furor toda su ternura, la trata con tanta crueldad, que hubiera causado lástima aun á las bestias mas feroces. Llevándola despues medio muerta á su casa, hubiera

acabado de quitarle la vida, si hubiera creido poderlo hacer impunemente. Resolvió delatarla al gobernador por cristiana, esperando que podria negar la fe á la vista de los suplicios; ó que, si perseveraba en querer ser cristiana, por lo menos tendria el bárbaro placer de verla espirar en los tormentos.

No tardó Dióscoro mucho tiempo en ejecutar su cruel designio: va á buscar al presidente, llamado Marciano, y le presenta aquella inocente víctima atada como una criminal, y toda acardenalada. Viendo Marciano á esta jóven doncella, en quien la mansedumbre y la modestia igualaban á la belleza, se movió á compasion; mandó quitarle los cordeles con que estaba atada, y blasfemando de la severidad que el padre habia usado con ella, emplea todos los artificios para hacerla renunciar su religion. Alaba su belleza, su talento, su raro mérito, y le promete todo lo que puede lisonjear y tentar á una doncella jóven, si quiere obedecer las órdenes del emperador, y adorar los dioses del imperio. Entonces nuestra santa, que hasta aquí no habia dicho palabra, habló al gobernador con tanta energía y elocuencia de la ñada de todas las ventajas pasajeras con que la lisonjeaba, de la quimérica y extravagante divinidad de los pretendidos dioses de los paganos, y de la verdad y santidad de la religion cristiana, que toda la asamblea quedó admirada. El juez mismo se sorprendió; pero temiendo caer en desgracia de la corte si disimulaba el hecho, ó si no usaba de severidad con esta jóven cristiana, la hizo despedazar á golpes, que hicieron de todo su cuerpo una llaga: despues, poniendo sobre su carne un horroroso cilicio de cerdas, la hizo encerrar en un calabozo, donde cada instante sufria un horrible y doloroso suplicio. Jesucristo se le apareció por la noche, la consoló, la animó y le prometió sostenerla en medio de los tormentos; y

para darle pruebas sensibles de su proteccion, la curó repentinamente de todas sus llagas.

Por la mañana la hizo comparecer Marciano ante su tribunal, y hallándola perfectamente curada, quiso persuadirle que debia su curacion al poder de los dioses; pero la santa, mirando con compasion á este pagano, le dijo: Señor, ¿sois tan ciego, que creais que unos ídolos, que necesitan de la mano de los hombres para ser lo que son, hayan podido obrar este prodigio? Ninguno de vuestros quiméricos dioses tiene poder para tanto: quien me ha curado es solo Jesucristo, vuestro Dios y el mio. Aunque hagais piezas mi cuerpo, el que me ha dado la salud puede tambien darme la vida. Yo le he hecho un sacrificio de la mia, segura que vive eternamente con él en el cielo el que muere aquí por su amor. Irritado el tirano con esta respuesta, la hizo despedazar con uñas de hierro, y despues le hizo quemar los costados con hachas encendidas. Todo el tiempo que duró este cruel y horroroso suplicio tuvo la santa levantados sus ojos al cielo; y con un rostro risueño decia: Señor, que conoceis el fondo de los corazones, vos sabeis que el mio no ama sino á vos, no desea sino á vos, y en vos solo pone toda su confianza. Dignaos socorrerme en este duro combate; y no permitais que vuestra esclava y vuestra esposa sea jamás vencida. No me arrojeis de vuestra presencia: haced que vuestro santo espíritu no se aparte jamás de mí. El tirano, enfurecido y despechado al ver la intrepidez de esta heroina cristiana, mandó que le cortaran los pechos. Aunque el suplicio fué cruel, y el dolor vivo y agudo en una doncella de diez y ocho á veinte años, la mano del Todopoderoso la fortaleció y la sostuvo. Se le apareció segunda vez Jesucristo, y derramó en su alma tantas dulzuras, que casi no sintió en adelante el rigor de los suplicios. Por último, perdiendo el pre-

sidente toda esperanza de vencer su fe, y de cansar su perseverancia, la condenó á que le cortaran la cabeza.

Dióscoro, este padre cruel, inhumano y feroz, no contento con haber estado presente á todos los suplicios de su hija, llevó la barbarie hasta el extremo de querer ser él su último verdugo. Pidió al juez le hiciese el gusto de que su hija no muriese por otras manos que por las suyas. Una péticion tan bárbara, que causó horror á todos los que estaban presentes, le fué otorgada. Aquella casta víctima fué llevada fuera de la ciudad á una pequeña colina, adonde habiendo llegado, se puso de rodillas, levantó los ojos al cielo, y habiendo hecho una breve oracion, suplicando al Señor que aceptara el sacrificio que le hacia de su vida, alargó el cuello á aquel padre inhumano, el que de un sablazo terminó una tan bella vida, y le procuró la gloria del martirio el dia 4 de diciembre, siendo emperador Maximino. El cielo miró con horror la inhumanidad de este padre bárbaro, y quiso librar al mundo de este monstruo de crueldad; pues al bajar de la colina todo teñido en la sangre de su propia hija, estando el cielo sereno y el aire muy quieto, se oyó el ruido de un trueno, y un rayo abrasó al pié del monte á este padre inhumano. Poco tiempo despues tuvo la misma suerte el gobernador Marciano, siendo muerto por un rayo. Desde entonces se hizo universal el culto de esta gran santa, tanto en la iglesia griega, como en la latina; y en toda ella es invocada, especialmente contra los truenos y rayos. Por el mismo motivo la invocan tambien para alcanzar de Dios la gracia de no morir sin los últimos sacramentos. Un insigne milagro aumentó esta devocion y la confianza de los fieles en esta gran santa.

El año 1448 sucedió en la ciudad de Gourcun en Holanda, que un hombre llamado Enrique, muy de-

voto de santa Bárbara, por la confianza que tenia de que le alcanzaria la gracia de no morir sin sacramentos, se encontró rodeado de fuego en un incendio, sin esperanza de salvar la vida. En este conflicto recurrió á su santa protectora, la que se le apareció; y aunque no le habia quedado ya sino un soplo de vida, por haber sido tan maltratado del fuego, que no tenia figura de hombre, le dijo que Dios le alargaba la vida hasta el dia siguiente para darle tiempo de recibir los últimos sacramentos de la Iglesia; y habiéndose apagado el fuego al mismo instante, se confesó, recibió el viático y la extremauncion : el mismo sacerdote que le confesó, llamado Teodorico Pauli, dejó á la posteridad la historia de este gran milagro. En la historia de san Estanislao Koska, de la Compañía de Jesus, se halla otra prueba insigne de esta singular proteccion, de resultas de una confianza semejante á la expresada.

Habiendo sido llevado á Constantinopla el cuerpo de esta santa, fué depositado al fin del nono siglo en una iglesia erigida á honra suya por el emperador Leon. Pero el año novecientos noventa y uno, siendo emperador Basilio, dieron estas santas reliquias á los Venecianos, cuya mayor parte se guarda todavía hoy en la iglesia de los padres de la Compañía de Jesus de Venecia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Imola, san Pedro Crisólogo, obispo y confesor.

En Nicomedia, el suplicio de santa Bárbara, vírgen y mártir, que, en la persecucion de Maximino, despues de haber sufrido mil molestias en la cárcel, el tormento de teas encendidas, la amputacion de los pechos y otros tormentos, consumó su martirio á filos de la cuchilla.

En Constantinopla, san Teofanes y compañeros.

En el Ponto, san Melecio, obispo y confesor, quien, aunque era muy distinguido por su grande erudicion, era sin embargo todavía mas ilustre por la virtuosa nobleza de corazon y la pureza de su vida.

En Bolonia, san Félix, obispo, el cual habia sido antes diácono de la iglesia de Milan bajo san Ambrosio.

En Inglaterra, san Osmundo, obispo y confesor.

En Colonia, san Anon, obispo.

En Mesopotamia, san Marutas, obispo, quien reparó las iglesias que habian sido arruinadas en Persia por la persecucion del rey Isdegerdo; y como fué ilustre por sus repetidos milagros, mereció ser venerado hasta de sus mismos enemigos.

En Parma, san Bernardo, cardenal y obispo de aquella ciudad.

En Mende, san Iserio, obispo de Javoux.

En el Berri, san Cirano, primer abad de Lonrey.

En el Mans, santa Adeneta, abadesa del Prado.

En Bourges, santa Bertora, fundadora del monasterio de Nuestra Señora de Sales, bajo la regla de san Columbano.

Este mismo dia, san Clemente Alejandrino, celebérrimo por sus escritos.

El propio dia, san Cristiano, mártir, y algunos otros.

En Alejandría, el tránsito de san Heraclas, obispo, hermano del célebre mártir san Plutarco, discípulo de Orígenes.

En Egipto, san Samuel de Calmua, abad.

Este mismo dia, santa Marina, que se disfrazó de hombre; es venerada el dia 18 de junio en Paris en la iglesia de su nombre.

En la ciudad llamada Cinco Iglesias en Hungría, san Mauro, obispo de aquella ciudad, el cual habia sido monje de san Benito.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue:

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius, ut qui beatæ Barbaræ, virginis et martyris tuæ, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que entre los otros prodigios de tu poder has hecho victorioso en los tormentos del martirio el sexo mas frágil, concédenos la gracia de que honrando el dichoso nacimiento al cielo de santa Bárbara, virgen y mártir tuya, caminemos á tí por medio de sus ejemplos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me, secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui, à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector. Glorificaré tu nombre, porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste, segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las pala-

ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

bras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« En el último capítulo del Eclesiástico, de donde
» se ha tomado esta epístola, Jesus, hijo de Sirach,
» autor de este libro, da gracias á Dios por haberle
» libertado de muchos y grandes riesgos. Este santo
» hombre fué acusado ante Antíoco Epífanes, rey de
» Siria, que mandaba entonces en la Judea; y quizá
» fué en esta ocasion cuando pasó á Egipto, en donde
» parece haber residido los últimos años de su vida,
» como se colige de haber encontrado su hijo sus es-
» critos en Egipto. »

REFLEXIONES.

Me libraste, segun la muchedumbre de tus misericordias, de los leones rugientes. ¿Por ventura no son nuestras pasiones estos leones rugientes? A lo menos tienen toda la fiereza, toda la fuerza y toda la crueldad de los leones; ¡y qué horrible destrozo no hacen en nuestra alma! Las pasiones son nuestros mas mortales enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas domésticos. Por mas que se las acaricie, se las halague y se las trate bien, jamás se domestican, jamás se amansan. ¡Qué enemigo, buen Dios, no alimentamos en nosotros mismos! El medio de domar un enemigo tan terrible es no hacer jamás paces ni treguas con él. Somos vencidos desde el instante mismo en que le tratamos con blandura. La victoria depende casi enteramente de la resistencia y porfía del combate. ¿Se halaga una pasion? se hace desde luego

mas fiera y mas impetuosa; basta que se la deje respirar un momento para que cobre nuevas fuerzas, forme nuevas cadenas, y lo lleve todo á sangre y fuego. Hay pasiones que es menester maltratar enteramente : otras se deben atacar de frente; las hay tambien de tal calidad, que solo con la huida podemos no ser vencidos de ellas. No vencer una pasion sino á medias es irritarla, no quitarle las fuerzas. Las reflexiones sobre los tristes efectos de las pasiones son un excelente remedio contra las pasiones mismas. Ciertos pueblos procuraban hacer ver á sus hijos un hombre inflamado en cólera, en los furiosos transportes de esta pasion, para inspirarles horror á este brutal frenesí. Esta especie de pinturas no dejan de hacer su impresion. Si el avaro, si el orgulloso pudieran ver sus retratos al natural; aquel sus sucios ahorros y su voluntaria miseria, á fin de dejar mas hacienda á unos ingratos que se divertirán á costa de un tonto; este sus ridículas ideas de grandeza, y la desmedida estimacion que hace de sí mismo con mérito tan mediano; esta sola vista les podia servir de contraveneno, ó á lo menos debilitaria mucho la pasion. Un hombre cuerdo se avergonzaria de ser colérico, de ser avaro; y un hombre cristiano de ser soberbio y altivo. Todas las demás pasiones no dan mejor idea de sí á quien las ve tales como son. Es un artificio de nuestro amor propio el no hacernos ver nuestras pasiones sino bajo mentidos colores; no nos parecen violentas, hediondas, enemigas y perniciosas sino en los otros. Queremos que las nuestras sean siempre mas bien acondicionadas, queremos que tengan un aire mas afable y menos rústico. Mirémoslas sin preocupaciones; pensemos de nosotros mismos como los otros piensan; no miremos nuestras pasiones sino en sus efectos; estos son sus verdaderas imágenes: quitémosles la mascarilla, veámoslas sin

disfraz, y nos desagradarán. ¡Buen Dios! ¿no es de temer que estemos de inteligencia con ellas? Lo cierto es que se alimentan á nuestras expensas. La indulgencia con que las excusamos da bastante á conocer que no las miramos siempre como á enemigas. Con mas indulgencia tratamos á nuestras pasiones, que ellas á nosotros: si quisiéramos vencerlas, no nos faltarian modos ni medios para conseguirlo.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potiùs ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes: mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y

emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

DE LA VIGILANCIA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán funesto fué á estas vírgenes poco vigilantes su corto sueño. Despiertan sobresaltadas, echan de ver entonces que se apagan sus lámparas por falta de aceite, y corren á comprarlo. En este corto intervalo viene el esposo, y llena de sus gracias á las vírgenes sabias, esto es, á las vírgenes vigilantes que no se habian dejado coger del sueño. Las vírgenes necias, quiero decir, las que por su descuido y su soñolencia no habian provisto sus lámparas, vuelven á toda diligencia; pero el esposo habia ya entrado, y se habia cerrado la puerta: llaman, gritan, suplican, lloran; pero se les responde: *Nescio vos:* No sé quiénes sois; no os conozco. ¡Ah! Señor, ¡y qué necesaria es para la salvacion la vigilancia cristiana! Mientras estamos en esta vida vivimos en un país enemigo: todo es riesgos, todo tentaciones, todo lazos: nuestros sentidos nos engañan, nuestro espíritu nos deslumbra, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muchos son los objetos que nos tientan: el aire del mundo es con-

tagioso: nosotros mismos somos nuestros mayores enemigos: ¿de qué armas, de qué precauciones no necesitamos para no ser vencidos? El Salvador del mundo reduce todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales, en que están contenidas todas las otras: *Vigilate et orate*: velad y orad para que no *caigais en la tentacion.* ¿Y porqué esto? Porque estas dos obligaciones encierran en sí toda la economía de la gracia y de la libertad del hombre, las que deben concurrir juntas para vencer la tentacion. La oracion nos alcanza del cielo los socorros que necesitamos para pelear; y la vigilancia nos pone en estado de usar valerosamente de estos socorros, inútiles si no concurren juntos. Tú oras, pero te falta la vigilancia; oracion inútil, pues tu falta de vigilancia impide el efecto de tus oraciones. Tú velas, pero no oras; vigilancia vana é ilusoria, porque te prometes vencer al tentador con tus propias fuerzas. Un hombre que ora sin velar sobre sí mismo, es, pór decirlo así, un hombre armado de toda suerte de armas, que se duerme á vista de su enemigo. Un hombre que vela y no ora sin cesar, es un hombre que está siempre en estado de pelear, pero sin armas y sin defensivos. Considera cuán indispensablemente necesarios son estos dos medios, y reconoce con dolor el funesto origen de todas tus tristes caidas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que orar sin velar es presumir de la gracia, y lisonjearse de una esperanza quimérica de vencer sin pelear con el enemigo. Velar sin orar es presumir de sus propias fuerzas, y exponerse temerariamente al peligro de caer en la tentacion. Orar sin velar es contar con un socorro que ó no tendremos ó que haremos nos sea inútil. Velar sin orar es contar con un socorro demasiado débil para sos-

tenernos, y pedir demasiado á una naturaleza tan corrompida como la nuestra; pero descuidar de velar sobre sí mismo y de orar, es estar muy cerca de ceder á la tentacion y de ser vencido; ¿y no es esta la conducta lastimosa de la mayor parte de las gentes? esas personas tan poco religiosas, tan poco cristianas ¿juntan la oracion á la vigilancia? ¿la juntan las que se entregan ciegamente á todos los peligros, las que alimentan y halagan á todas sus pasiones, las que conocen que no son tan insensibles á la impresion de los objetos que se les presentan? esas mujeres del mundo ¿juntan la oracion á la vigilancia, cuando pasan los dias en la mas perniciosa ociosidad, cuando no piensan sino en el fausto, en la compostura, en los espectáculos, en las diversiones, cuyas costumbres son tan contrarias á la moral de la religion, y cuya conducta es enteramente pagana? ¡Y se pasman despues que el infierno se llene de cristianos! ¡y se lastiman de la dificultad que hay en el mundo de obrar su salvacion! ¡y se excusan y disculpan con su flaqueza! Cuando la salvacion fuera tan fácil, como es difícil, viviendo como viven hoy la mayor parte de los cristianos, ¿se salvarian? ¿pueden emplear mas medios de los que emplean para asegurar su propia reprobacion? Las almas mas inocentes, mas retiradas y mas fervorosas; aquellas almas tan verdaderamente cristianas, las vírgenes sabias no dejan de velar y orar sin cesar, y con todos estos socorros se les dice que obren su salvacion con temblor y temor; y unas almas esclavas del pecado, y tantas veces vencidas, viven en una profunda seguridad. ¡Oh delirio, oh frenesí!

Dignaos, Señor, hacer que estas reflexiones me sean saludables y provechosas; no me negueis la gracia que os pido de velar y orar incesantemente.

JACULATORIAS.

Confige timore tuo carnes meas. Salm. 18.
Penetrad mi carne de vuestro temor para que me vea en estado de evitar vuestros terribles juicios.

Adjuva me, et salvus ero : et meditabor in justificationibus tuis semper. Ibid.
Ayudadme, Dios mio, y me salvaré : y meditaré sin cesar vuestros preceptos.

PROPOSITOS.

1. Se pasan los dias de la mayor parte de los cristianos en un continuo esparcimiento hácia afuera, en una espantosa disipacion de espíritu y de corazon : se derraman hácia toda suerte de objetos, y se prometen una suerte feliz y dichosa. Corrige desde hoy este error; y despues de haber considerado la necesidad que tienes de orar y de velar sin cesar, haz una firme resolucion de poner en práctica todo lo que conocieres serte necesario. No te contentes con tus oraciones ordinarias : en tus oraciones acuérdate de pedir á Dios la victoria de tus pasiones y de tus tentaciones: acostúmbrate tambien á hacer continuamente por el dia, y cuando despertares por la noche, estas oraciones jaculatorias ó aspiraciones devotas : Yo os amo, Dios mio; antes morir, Señor, que ofenderos : Señor mio y Dios mio. *Deus, in adjutorium meum intende : Domine, ad adjuvandum me festina :* Tened cuidado, Dios mio, de ayudarme; daos priesa, Señor, en venir á asistirme, etc.

2. Vela á toda hora sobre tí mismo, está alerta contra tí mismo, desconfía sin cesar de tu amor propio y de tu propio corazon. El fruto de esta vigilancia es la guarda de los sentidos; la modestia y la circunspeccion son las llaves, por decirlo así, del tesoro

de la inocencia. El silencio es un freno de nuestra alma : nadie se arrepintió jamás de haberle observado ; y nunca se habla mucho sin que se saque algo de que arrepentirse. No te olvides jamás de esta sentencia del Salvador : *Vigilate et orate* : Velad y orad.

DIA QUINTO.

SAN SÁBAS, ABAD.

Nació san Sábas el año 439 en la aldea de Mutalasca, en el territorio de Cesarea de Capadocia : era hijo de Juan y de Sofía, ambos notables en el país por su nobleza y por su virtud. Su padre era oficial en los ejércitos del emperador, y mandaba una compañía de Isáuros. Habiéndose excitado en Alejandría algunas turbulencias, fué enviado Juan á apaciguarlas, y su mujer Sofía le siguió. La detencion que se vieron precisados á hacer, los obligó á dejar á su hijo Sábas, que solo tenia cinco años, bajo la direccion y cuidado de Hezmias, su tio materno. El niño, aunque muy sufrido, no pudo aguantar el mal humor de su tia, que le trataba mal ; lo que le obligó tres años despues á retirarse á casa de su tio llamado Gregorio, hermano de su padre, que vivia en el lugar de Escandos. Esta preferencia causó muy en breve zelos entre los dos tios, pretendiendo cada uno apoderarse de la persona del sobrino, y entrar en la administracion de la hacienda del padre : aunque Sábas solo contaba entonces ocho años, se escandalizó de estas contestaciones, de las que determinó hacer cesar la ocasion quitando la causa, para lo cual se retiró secretamente al monasterio de Flaviano, á una legua corta de Mutalasca. Sola su fisonomía prevenia tan

poderosamente en su favor, que aquellos buenos religiosos le recibieron con gusto, y se encargaron de su educacion. El buen genio del jóven, su inclinacion á la virtud, su aplicacion y su inocencia le hicieron en breve adelantar tanto en las ciencias y en la virtud, que desde entonces se le miraba como á quien debia ser un dia uno de los mas bellos ornamentos de la vida cenobítica. Habiendo su retiro reconciliado á los dos tios, no omitieron diligencia alguna para sacar al sobrino del claustro; mas el jóven les protestó que ninguna cosa seria capaz de hacerle abandonar jamás su vocacion; que siempre preferiria el estado religioso á todas las ventajas del siglo.

Sin embargo de sus pocos años, no se veia ninguno en el monasterio á quien no excediese en austeridad, en exactitud y en fervor. Habiendo cogido un dia una manzana en el huerto, no solo no la comió, sino que se afligió tanto de esta venialidad, que se prohibió el uso de toda especie de frutas lo restante de su vida. No era menos sobrio en el dormir que en el comer; pasaba una parte de la noche en oracion, y por el dia no dejaba vacío alguno entre la oracion y el trabajo.

No tenia Sábas mas que diez y ocho años, y ya era la admiracion de los mas viejos del monasterio. Habiendo un dia manifestado al superior el deseo que tenia de ir á visitar los santos lugares y los desiertos de la Palestina, el abad, que conocia su virtud, se lo permitió, aunque con el pesar de privar á su casa de un tan excelente modelo. Partió, pues, para Jerusalen el año 457, y pasó el invierno en el monasterio de San Pasarion, en donde su rara virtud se hizo admirar tanto como lo habia hecho en el de San Basilio. No omitieron los monjes diligencia alguna para fijarle en este lugar; pero el amor que tenia al retiro, al

silencio y á la austeridad le hizo preferir á todos los otros el monasterio de Lutimio. Este santo abad, al verle tan jóven y delicado, no quiso detenerle todavía en su laura. Esta era un monasterio grande, á cuatro leguas de Jerusalen, donde todos los solitarios vivian separadamente, como el dia de hoy los cartujos, cada cual en una celdita separada. El santo abad le envió á otro monasterio que dependia de él, y tenia por superior á san Teoctisto. Viéndose nuestro santo en una comunidad donde reinaba la mas exacta disciplina religiosa, no se ocupaba mas que en Dios; y aspirando sin cesar á la mas alta perfeccion por medio de un fervor siempre nuevo, vino á ser en pocos dias el modelo de los mas perfectos. Dedicaba todos los dias al trabajo, y las noches á la oracion. Estaba tan recogido y tan continuamente unido con Dios, que el trabajo corporal era para él una sublime oracion: hacia todas las cosas por un espíritu de penitencia y de caridad, hasta encargarse de llevar el agua y la leña que se ofrecia para las necesidades de sus hermanos. Aliviaba á todos los que estaban empleados en los varios oficios de la casa, y se decia que Sábas hacia todos los oficios de los demás. Tenia un cuidado particular de los enfermos; y con tantas y tan continuas ocupaciones se le veia siempre el primero en el oficio divino.

La estimacion general que hacian todos de su virtud se aumentó mucho con la victoria que alcanzó de una tentacion bien delicada, que puso su vocacion á una prueba muy extraña. Habiéndosele nombrado por compañero de un religioso que iba á Alejandría, se encontró allí con sus padres, quienes le conocieron sin embargo de la mutacion que habia causado en él una ausencia de mas de veinte años, pasados en los continuos ejercicios de la mas austera penitencia. El amor paternal hizo todos los esfuerzos posibles para

obligarle á mudar de estado y volver al mundo; pero los ruegos, las solicitudes y las lágrimas de los suyos no pudieron torcer jamás su vocacion : dijo á su padre que si las leyes de la guerra castigaban con tanto rigor á los desertores, ¿qué castigo no debia esperar de Dios el que abandonaba su servicio? Esta generosa respuesta embelesó á sus padres, quienes admiraron su constancia y su virtud, y se contentaron con encomendarse á sus oraciones.

Habiendo muerto Teoctisto, obtuvo nuestro santo permiso del santo abad Eutimio para retirarse á una soledad mas austera. Se encerró en una pequeña gruta, donde pasaba cinco dias de la semana sin alimento, ocupado únicamente en la oracion y en el trabajo de manos, el que no interrumpia su oracion : hacia regularmente diez cestillos cada dia, y el sábado llevaba sus cincuenta cestillos al monasterio, donde pasaba el domingo con sus hermanos; y por la tarde se llevaba los ramos de palma que necesitaba para ocuparse los cinco dias siguientes, con los que se encerraba en su gruta. San Eutimio, que llamaba á nuestro santo el jóven viejo por su alta virtud y sabiduría, le llevaba todos los años el dia 14 de enero al desierto de Ruban, donde se creia que el Salvador habia pasado los cuarenta dias despues de su bautismo : ambos permanecian allí hasta el domingo de Ramos en un espantoso ayuno, y ejercitando todos los rigores de la mas pasmosa penitencia.

Pero habiéndose introducido la relajacion en el monasterio de san Teoctisto, Sábas se retiró de él de todo punto, y se fué al desierto del Jordan á vivir cerca de san Gerásimo. Aquí fué donde, no pudiendo los demonios sufrir una tan eminente virtud en un religioso jóven de treinta y cinco años, que sin haber perdido la inocencia llevaba mas lejos que todos los otros sus austeridades, le declararon una guerra san-

grienta, y emplearon todos sus artificios para ver si podian vencerle, ó á lo menos aterrarle. Se le aparecian mil fantasmas horribles : los terribles ahullidos con que acompañaban sus insultos eran capaces de inspirar terror á los mas alentados; pero san Sábas, armado de la oracion, alcanzó otras tantas victorias cuantos fueron los combates que le presentaron los enemigos, y lejos de acobardarse, buscó cuatro años despues una soledad todavía mas horrorosa, la que encontró en las rocas de un alto monte, donde habia vivido san Teodosio el Cenobiarca. La cueva que escogió para su celda estaba tan alta, y el camino para subir era tan difícil, que, para llevar el agua que iba á buscar dos leguas de allí, se vió obligado á atar una larga soga desde lo alto para asirse al subir con la carga. No tuvo allí otro alimento que las raíces que nacian á los piés de las rocas; pero los consuelos celestiales que inundaban su alma le indemnizaban abundantemente de tantos trabajos. Habiendo unos paisanos visto un dia aquella soga, subieron hasta la cueva del santo, y quedaron asombrados de su penitencia. Desde entonces comenzaron á venir de todas partes tantas gentes á recibir sus instrucciones, que no pudo negarse á los que á imitacion suya determinaron pasar sus dias en la soledad; y viendo aumentarse el número de sus discípulos, consintió en que se edificase allí una laura con una capilla y un altar que hizo bendecir, adonde los sacerdotes de los lugares vecinos iban regularmente á decirles misa. Habia formado una idea tan alta del sacerdocio, que estaba persuadido de que sin una eminente virtud nadie podia ser elevado á esta formidable dignidad, de la que no solo se tuvo por indigno toda su vida, sino que ni aun creyó que alguno de sus discípulos tuviese bastante virtud para merecerla. Esta religiosa rigidez desagradó á

muchos de sus religiosos, y fué acusado de este pretendido delito ante el patriarca; á que añadieron que era demasiado simple y demasiado escrupuloso para ser su superior, y le pidieron que les señalase algun otro. Salustio, patriarca de Jerusalen, informado del mérito particular de nuestro santo, fingió dar oidos á sus quejas. La mañana siguiente mandó al santo que viniera á verle con todos sus religiosos. San Sábas, que ignoraba lo que pasaba, se fué á casa del patriarca á la cabeza de su comunidad: no hubo uno de sus religiosos que no esperase ver á su abad depuesto; pero quedaron sorprendidos al ver que el patriarca, despues de haberle conferido en presencia de ellos todos los órdenes sagrados, le ordenó de presbítero; y habiendo acabado de ordenarle, dijo á todos los religiosos: *Este es vuestro superior; no han sido los hombres, sino Dios, quien le ha puesto en este empleo. Yo no he hecho otra cosa que prestar mis manos al Espíritu Santo para conferirle el sacerdocio. Honradle como á vuestro padre, y obedecedle como á vuestro superior.* Despues de este razonamiento los volvió á todos á la laura, donde consagró la iglesia que san Sábas habia hecho edificar.

Creciendo cada dia mas la fama del santo, se veian llegar todos los dias nuevos discípulos, entre los cuales recibió á san Juan, llamado el Silenciario, que habia dejado el obispado para ponerse bajo su direccion. Habiendo quedado viuda despues de algunos años Sofía, madre del santo, vino á acabar sus dias en una celdita cerca de su monasterio, y tuvo el consuelo de morir santamente entre sus brazos. Con el dinero que le habia llevado, edificó el santo dos hospitales muy capaces para los pobres pasajeros, y para los religiosos extranjeros que iban de viaje. Fundó asimismo un nuevo monasterio á una legua de su ermita; y á media legua un convento para educar á los

novicios en la vida monástica y en la virtud, separados de los viejos. Era tan universal la fama de la sabiduría y santidad de san Sábas, que todos los solitarios, así los de las ciudades como los de los desiertos, deseaban con vivas ansias estar bajo su conducta; lo que obligó al patriarca á nombrarle exarca, esto es, superior general de todos los anacoretas que vivian en las lauras, en las ermitas y en los desiertos; pero como jamás se vió una virtud eminente sin persecuciones y sin disgustos, aquellos falsos hermanos, á quienes no sentaba bien la exacta regularidad de nuestro santo, apenas tuvieron noticia de la muerte del patriarca Salustio, cuando procuraron con mil artificios engrosar su partido, y sacudir el yugo de la obediencia. Nuestro santo, que solo suspiraba por el retiro, se valió de estas turbulencias para retirarse á un horroroso desierto, donde deseaba no ser conocido de persona viviente; pero habiendo sido descubierto, le volvieron contra su voluntad á su laura, en la que no estuvo mucho tiempo. Continuando los espíritus turbulentos en amotinarse contra él, se retiró secretamente, queriendo ceder á los hombres, aunque estaba acostumbrado á combatir con los demonios. Pasó algun tiempo bajo de un árbol muy frondoso que le servia de celda, hasta que el dueño del campo en que estaba mandó fabricarle una, que muy en breve llegó á ser un numeroso monasterio. Pero habiendo sido conocido, otra vez le volvieron á su laura por órden del nuevo patriarca. Los rebeldes no se atrevieron á oponerse; pero no queriendo someterse, tomaron el partido de retirarse; mas habiendo sido arrojados de todos los monasterios adonde iban á presentarse, se vieron precisados á retirarse á unas celdas abandonadas, de donde tambien los querian arrojar. Solo nuestro santo tomó su partido; les envió una suma de dinero para facilitarles

algun alojamento, proveyó á todas sus necesidades, les alcanzó la propiedad de las celdas en que se habian metido, é hizo un viaje expresamente para llevarles algunas provisiones; y finalmente les construyó una iglesia. Con estas armas supo vencerlos : ellos reconocieron su culpa, le pidieron perdon, y despues de haber provisto abundantemente á sus necesidades, les dió por abad uno de sus primeros discípulos. Este monasterio se llamó desde entonces la nueva Laura. Durante este viaje, convirtió á la verdadera fe algunos nestorianos, y otros que seguian los errores de Eutiques y de Dióscoro.

Por mas amante que fuese del retiro, sin embargo supo privarse de él siempre que lo pedian la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. El emperador Anastasio, fautor de los herejes, desterró á Elías, patriarca de Jerusalen, y perseguia á los católicos. Apenas tuvo noticia san Sábas del peligro que corria la fe en el Oriente, hizo dos viajes á Constantinopla. Su vista aterró al emperador, confundió á los eutiquianos, y detuvo el curso de la persecucion; se fué intrépido á consolar en su destierro á los confesores de Jesucristo, y animó la fe vacilante de un gran número de solitarios.

Mientras que nuestro santo trabajaba con una solicitud continua en mantener la pureza de la fe ortodoxa, y el vigor de la disciplina regular en todos los monasterios de la Palestina, una horrible hambre le dió ocasion de ejercitar su caridad, y de hacer patente su santidad con un gran número de milagros. De todas partes le iban á representar la extrema necesidad de los monasterios, y al mismo instante hacia Dios algunos milagros para aliviarlos. El ecónomo de su gran laura le fué á decir que no habia ni aun pan para decir misa. San Sábas levantó los ojos y las manos al cielo; y casi á la misma hora se vieron

llegar treinta acémilas cargadas de víveres. El emperador Justino, príncipe católico, sucesor de Anastasio, publicó un edicto mandando que en todo el imperio se recibiera el concilio de Calcedonia: lo mismo fué llegar á noticia de san Sábas esta determinacion del emperador, que, sin reparar en lo avanzado de su edad, que era de ochenta años, ni en lo exhausto que se hallaba de fuerzas corporales á causa de su penitencia y de sus muchos trabajos, se fué á Cesarea, á Escitópolis, y á otras principales ciudades de la Palestina; hizo que recibieran el edicto, y que registraran en las iglesias los cuatro concilios generales. Los católicos fueron acusados falsamente ante el emperador Justiniano. San Sábas, que ya tenia noventa años, hizo un viaje á Constantinopla, en donde el emperador Justiniano le recibió como á un ángel bajado del cielo, y le concedió mucho mas de lo que pedia: fundó á sus ruegos un hospital en Jerusalen, hizo reparar las iglesias que los samaritanos habian arruinado, y dió órden para que se fortificase la laura de san Sábas, para que los ermitaños pudiesen retirarse á ella durante las correrías de los bárbaros. Al tiempo que el emperador hacia despachar en su gabinete las órdenes para este negocio, san Sábas, á quien este príncipe habia hecho entrar para que estuviera presente al despacho, viendo que habia llegado la hora de tercia, se levantó para ir á rezar su oficio: el monje Jeremías, que le acompañaba, le dijo si pensaba en que estaba con el emperador. Sí, pienso en ello, respondió el santo; pero tambien pienso que es hora de tercia, y que Dios me quiere al presente mas en otra parte que aquí.

Paseándose un dia san Sábas con un monje jóven á la orilla del Jordan, pasaron muy cerca de ellos unas señoras, acompañadas de una dama jóven magnífica-

mente adornada. El santo, que andaba siempre con los ojos bajos, y que desde su noviciado se habia puesto la ley de no mirar jamás á la cara de mujer alguna, queriendo saber si su compañero habia estado tan modesto como él, le dijo: Es lástima que esta señorita sea tan desgraciada; me parece que no tiene mas que un ojo. Con vuestra licencia, le respondió el novicio, yo la he mirado con mucho cuidado, y he notado que es muy bien hecha, y que tiene sus dos ojos. El santo dió una viva reprension al monje jóven; y haciéndole comprender cuán necesaria era la modestia para conservar la inocencia, le envió á una soledad muy retirada, donde pudiese acostumbrarse á la mortificacion de los sentidos.

Finalmente, el Señor quiso recompensar los méritos de su siervo: cayó enfermo, y tuvo revelacion de su muerte. El patriarca fué á visitarle en su última enfermedad, y viendo la falta que habia de todo en su pobre celda, le hizo llevar á una casa vecina que dependia de él. El santo convino en ello por obedecer; mas conociendo que su fin estaba cercano, se hizo trasportar á su celdita, donde murió con la muerte de los justos, entre los brazos de sus hijos, el dia 5 de diciembre del año 531, de edad de mas de 92 años. Su cuerpo fué enterrado en medio de su laura con una pompa religiosa cual correspondia á la fama de su santidad; se encontraron en su entierro muchos obispos, y un gran número de solitarios. Dios hizo glorioso su sepulcro con una infinidad de milagros. Sus reliquias han sido trasportadas despues á Venecia, en donde están en grande veneracion.

LA BEATA ISABEL, LLAMADA LA BUENA.

Esta virtuosa doncella, á quien su extremada apacibilidad dió el renombre de Buena, nació en una villa de la diócesis de Constanza en Alemania, y entró en la órden tercera de san Francisco en el monasterio de Leuth, donde muy luego se distinguió por su conducta ejemplar y su paciencia. Ocupada en los empleos mas humildes de la casa, supo hallar el secreto de santificarse en todas sus ocupaciones. Recibió de Dios particulares favores, y predijo muchas cosas futuras. Hacia todas las cosas con tanta simplicidad, que era imposible verla sin amarla. Las pruebas y humillaciones que sufrió, solo sirvieron para dar mas brillo á sus heróicas virtudes. Esta santa doncella murió enajenada de gozo viendo aproximarse el instante de ir á gustar las delicias eternas del Esposo. Aconteció su muerte el dia 5 de diciembre de 1420: su culto está aprobado por Clemente XIII.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mutalasca de Capadocia, san Sábas, abad, quien dió en la Palestina un ejemplo peregrino de santidad, y defendió enérgicamente la fe católica contra los que atacaban el santo concilio de Calcedonia.

En Tebaste de Africa, santa Crispina, matrona de alta distincion, la cual, habiéndose negado, en los tiempos de Diocleciano y de Maximiano, á sacrificar á los ídolos, fué decapitada de órden del procónsul Anolino: san Agustin alaba frecuentemente á esta santa en sus escritos.

En Tágora de Africa, san Julio, santa Potamia,

san Crispin, san Félix, san Grato y otros siete mártires.

En Nisa del Var, san Baso, obispo, quien, en la persecucion de Decio y de Valeriano, de órden del presidente Perenio fué atormentado en el potro por la fe de Jesucristo, quemado con planchas ardientes, desgarrado con escorpiones y varas, y por último arrojado al fuego. Habiendo salido ileso de esta prueba, le traspasaron con dos clavos, y consumó así su ilustre martirio.

En Pavía, san Dalmacio, obispo y mártir, que padeció bajo el poder y en la persecucion de Maximiano.

En Pentina, en el Abruzo citerior, san Pelino, obispo de Brindes, quien, habiendo hecho caer en tiempo de Juliano Apóstata un templo de Marte con su oracion, fué cruelísimamente tratado por los pontífices de los templos, y cubierto su cuerpo de ochenta y cinco heridas, mereció la corona del martirio.

En el mismo lugar, san Anastasio, mártir, quien, deseoso de padecer, se ofreció á los perseguidores.

En Tréveris, san Niceto, obispo, varon de admirable santidad.

En Polibota de Asia, san Juan el Taumaturgo, obispo.

En Burgos, capital de Castilla, san Gerodo, arzobispo de Braga en Portugal: era natural de Quercy en Francia.

En Fayano, cerca de Salerno en el reino de Nápoles, san Quingeso, venerado como obispo.

En Génova, santa Consolata, vírgen, cuyo cuerpo es venerado en una iglesia de su nombre.

La misma es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos quæsumus, Domine, beati Sabbæ abbatis commendet; ut quod nostris

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Sábas nos haga gratos

meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medios de sus palabras, Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, leyendo con una profunda » veneracion la ley y los profetas, se hizo capaz de » escribir un libro, cuyos pensamientos y expre» siones son todos del Espíritu Santo. Así nos lo » enseña la Iglesia, poniéndole en el número de los » libros inspirados y canónicos. »

REFLEXIONES.

El Señor le hizo oir su voz, y entrar en una nube. El texto griego dice que le hizo entrar en la oscuridad. Este, de quien habla aquí el Eclesiástico, es Moisés, cuando por un favor muy singular le llamó

Dios á la cima del monte, donde, haciéndole invisible á los israelitas, le hizo oir su voz en aquella sagrada soledad, y en medio de aquella misteriosa oscuridad. Ninguna cosa representa mejor, al parecer, la gracia de la vocacion al estado religioso, que esta voz de Dios que llama á su siervo á este santo monte. Pocas gracias hay ciertamente mas estimables que la vocacion al estado religioso; y pocas sin embargo, cuyo precio se conozca menos. Qué obstáculos no se encuentran desde que se quiere seguir la voz de Dios? ¿Se ha tenido la dicha de abrazar un estado tan santo? ¡cuántos israelitas ingratos se encuentran que suspiran todavía por el Egipto, de donde la misericordia del Señor los sacó, haciendo para ello bastantes prodigios! La confesion de las gentes del mundo es un testimonio nada sospechoso de la felicidad de la vida religiosa; no hay un hombre de buen juicio, no hay un hombre cristiano que no convenga en que es un buen partido. Sin embargo, si una persona jóven determina dejar el mundo para tomar este buen partido, ¡cuántas dificultades, buen Dios, no le oponen los parientes y los amigos! ¡qué obstáculos no tiene que vencer, especialmente si está dotada de bellas prendas, si es rica! Se teme siempre y se rezela que su determinacion sea efecto del capricho ó de la lijereza; se le piden años enteros para deliberar sobre esta eleccion; jamás se ha probado bastante su vocacion; no se consiente en ello sino con pena. ¿Por ventura se hace otro tanto cuando una persona jóven se quiere quedar en el mundo? Pero ¡qué artificios para probar su vocacion! ¡qué máquinas para desquiciarla! ¡cuántas razones capciosas y seductivas para disuadirla! ¡qué convites, qué solicitudes, qué lágrimas! ¡qué pintura tan espantosa la que se le hace de todo lo que tendrá que sufrir en el estado que quiere abrazar! Se exajeran todas sus preten-

didas dificultades: se quiere que en este estado todo sea adverso, todo pesado, todo insoportable. Los males mas ordinarios, y por otra parte inseparables de todos los estados, se representan aquí como unos monstruos nuevos que no nacen, segun dicen los mundanos, sino en esta tierra. Este es un país, segun ellos, que se traga á sus habitantes, y que no produce sino espinas. Se quiere que el yugo del Señor, el cual, segun ha dicho él mismo, es suave y lijero, sea aquí muy amargo, y de un peso enorme. El retiro, que hace gustar unas dulzuras tan puras y tranquilas, le pintan siempre con los colores mas sombríos: es una prision, dicen, es una cárcel, es una esclavitud. No hay mundano que no mire al claustro como al sepulcro de una persona que se entierra en vida: ocupaciones totalmente santas, oficios divinos, inocencia tan poco conocida fuera de allí, ejemplos de religion, seguridad de conciencia, todo esto es en la idea de los mundanos una ley dura, unos ejercicios desabridos, unos cargos impracticables. Con esta espantosa idea que se tiene del estado religioso, creen estar obligados á intimidar por medio de retratos horribles á todos los que piensan é intentan abrazarle. Pero en fin, los que piensan y hablan de él tan mal, hablan de una tierra desconocida y de un clima donde jamás han estado: se les pueden perdonar sus errores y su terror pánico. Pero esas mismas personas que conocen el mundo y declaman tan á menudo, y con razon, contra sus injusticias, su tiranía y su mala fe; que conocen demasiado por su triste experiencia los terribles riesgos que corre en él la salvacion; que gimen mil veces por haberse metido en él; que quisieran en la hora de la muerte haber dado al mundo todo lo que tienen por haber vivido en un claustro; ¿aconsejan, por ventura, las mismas precauciones á los que piensan meterse y

quedarse en el mundo? ¿les dan los mismos consejos? ?son tan elocuentes para apartarlos de sus intentos? ¿piden las mismas pruebas á esas víctimas jóvenes? Buen Dios, ¡qué injusto es el hombre cuando solo sigue la razon humana, los sentidos ó la pasion!

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum : Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te : quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis : Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cùm sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus : Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido : ¿qué premio, pues, recibiremos? Y Jesus les respondió : En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis à las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

QUE LA VIRTUD ES FACIL EN TODA SUERTE DE ESTADOS Y CONDICIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa alguna de parte de la virtud que me deba hacer creer que yo no puedo adquirir la perfeccion propia de mi estado. La virtud, en cualquiera estado que se halle, y de cualquiera lado

que se la mire, parece amable, y lo es; su carácter solo hace su elogio. La mansedumbre es su compañera inseparable : la ingenuidad, la buena fe, la modestia, la caridad, la justicia, y todo lo que en la vida cristiana y en la civil funda el verdadero *mérito*, y merece la estimacion y el respeto, todo esto entra en se verdadero retrato, y hace su verdadero carácter. Uno solo de estos rasgos que falte á la virtud, ya no es, ni puede llamarse virtud. ¿Pues qué dificultad se encuentra en ser hombre de buena fe, hombre ingenuo y sincero? ¿qué dificultad se encuentra en ser afable, benigno, cortés, caritativo? ¿qué dificultad en cumplir con las obligaciones de su estado? Juzguémoslo por la pesadumbre, la pena, la deshonra que lleva consigo á todas partes el que es poco cristiano, el que no es hombre de bien : ¿qué cosa mas despreciable, y en efecto, qué cosa mas despreciada que un libertino, que un disoluto, que un hombre sin religion? Es así, dicen; pero la virtud está puesta sobre un alto monte : es verdad; pero se sube á él muy fácilmente, y la gracia nos allana todos los caminos : cuesta un poco de trabajo el llegar allá arriba, es verdad; pero el camino no es largo, y muchos han subido y llegado á lo mas alto. ¡Qué aire tan suave, qué paz, qué serenidad, qué tranquilidad la que se experimenta en la cima de este monte! ¡qué abundantemente recompensados é indemnizados quedamos del trabajo que hemos tenido, y de los gastos que hemos hecho para subir! Es mucha razon que se padezca para ser virtuoso en su estado lo que indispensablemente se padece en él cuando se tiene una vida poco cristiana.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para llegar á ser santos y perfectos en el estado en que Dios nos ha puesto, no es me-

nester mas que cumplir con las obligaciones de cristianos con puntualidad y con fervor. ¿Por ventura es mucho trabajo el cumplir cada uno con su obligacion, y ser hombre de bien? ¿no lo es mucho mas el no cumplir con ella? ¡Qué pesadumbres, qué inquietudes, qué remordimientos no padecen los que no son hombres de bien, ni cumplen con sus obligaciones! Pero la lástima es que se desacreditan sin provecho. Los remordimientos siguen siempre á los disgustos que se han procurado voluntariamente. Por el contrario, ¡qué placer, qué satisfaccion la de cumplir con las obligaciones de su estado, por poco que haya quedado de honradez, de religion y de buen juicio! ¿á quién puede no gustar la dulzura y paz de una buena conciencia? La virtud doma las pasiones que son los tiranos de nuestro corazon; ¿y qué ventajas no se siguen de esta victoria, al paso que los que son esclavos de ellas gimen bajo sus cadenas? Por mas que se disimule, por mas que se finja, por mas que se afecte una alegría siempre artificial, la que no sufoca una sola pesadumbre, ni cura una sola herida; esas inquietudes, esos temores, ese mal humor que acompaña siempre á todos los imperfectos, hacen sin querer el mas cumplido elogio de la virtud de las gentes de bien, y publican, aunque no quieran, los tormentos secretos que despedazan á los disolutos: al paso que las personas que cumplen con las obligaciones de cristiano, gozan de una paz inalterable, de un gozo interior, que nada puede alterar, de un bello humor que embelesa y hace que envidien su felicidad aquellos mismos que no siguen su ejemplo. Sí por cierto; mas cuesta el ser malo, que el ser santo. Por mas que el mundo y los imperfectos griten y digan contra una verdad que les parece una paradoja, la experiencia confunde las falsas preocupaciones de los mundanos.

Haced, Señor, por vuestra gracia que yo haga en mí mismo esta dichosa experiencia; ya estoy firmemente resuelto á no hacer cosa que no contribuya á hacerme aspirar á la perfeccion de mi estado.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

Qué abundancia de consuelos no derramais, Dios mio, en el alma de los que os aman!

Beatus vir, qui timet Dominum. Salm. 3.

Dichoso una y mil veces el que teme á Dios, y guarda sus mandamientos.

PROPOSITOS.

1. Entre todos los ardides del demonio quizá no hay uno mas peligroso, ó á lo menos que le salga mas bien que la opinion general que ha introducido en el mundo, y aun en el claustro, de que sin un horrible trabajo no se puede ser santo; pero aunque esta opinion fuese tan verdadera como es falsa, ¿deberíamos ahorrar gastos para llegar á ser santos, y para adquirir la virtud que nos es necesaria en el estado á que Dios nos ha llamado? Está alerta contra este error que reina el dia de hoy, y que hace desmayar á tantas almas cobardes; aplícate seriamente á adquirir las virtudes propias de tu estado, y á cumplir con todas tus obligaciones; no omitas una, y procura corregir cada dia algun defecto, y tener mas devocion. Esta práctica parece demasiado difícil á quien no tiene vivos deseos de obrar su salvacion; pero ¿deja de ser indispensable á cualquiera que no se quiera perder?

2. No te acobardes á las primeras dificultades: á los principios esta aplicacion, estos combates, estas vio-



S. NICOLÁS, O.

lencias, estas victorias te parecerán imposibles: tente firme contra tí mismo: el zelo de la salvacion al principio violenta, incomoda al corazon, al espíritu, á los sentidos y á las pasiones: todo se alborota; pero el combate no dura mucho, y el fruto de la victoria es eterno. Lo que al principio espantaba, causa un dulce placer en adelante. Si tu resolucion es firme y sincera, todas tus dificultades se desvanecerán desde luego. Dobla tu fervor, tu puntualidad, tu zelo, y al instante verás desaparecer todas aquellas fantasmas que te espantaban.

DIA SEXTO.

SAN NICOLAS, OBISPO.

San Nicolás, obispo de Mira en Licia, tan célebre en todo el universo por el resplandor de sus virtudes, por el número de sus milagros y por la confianza de los pueblos en su intercesion, nació en Pátara, ciudad de la Licia en el Asia menor. Sus padres eran muy ricos, pero todavía eran mas piadosos: habian perdido toda esperanza de tener hijos, cuando su madre se halló embarazada; lo que se miró desde luego como un don del cielo, y como el fruto de las grandes limosnas de sus padres, á quienes llamaban en el país padres de los pobres. Dios le previno tan visiblemente con sus bendiciones desde su nacimiento, que se aseguraba que no fué posible hacerle mamar jamás los miércoles y viernes, como si hubiera comenzado desde entonces á ayunar estos dos dias de la semana, que eran dias de abstinencia y de ayuno en la iglesia oriental. Su tio Nicolás, obispo de Mira,

que le habia puesto su nombre, y habia ido á la iglesia á dar gracias á Dios por haber dado á su familia un heredero, tuvo, durante su oracion, una revelacion en que se le manifestó que el niño que Dios les habia dado seria un astro luminoso que alumbraria con su virtud á toda la tierra.

Tantos presagios de la futura santidad del niño Nicolás movieron á sus padres á poner mucho cuidado para darle una educacion del todo cristiana. El natural dichoso de este hijo de bendicion no necesitó de muchas lecciones para salir consumado en la virtud. Su piedad se anticipó, por decirlo así, á la edad de la razon. Jamás fueron de su gusto los entretenimientos ordinarios de los niños. Si querian divertirle y darle gusto, era menester llevarle á la iglesia para hacer oracion. Sus sentimientos por la religion, y su respeto á las cosas santas eran mirados como un prodigio en un niño de cinco años.

Como descubria un excelente ingenio, y no tenia otra cosa de jóven que la edad, le aplicaron con tiempo al estudio de las ciencias, en las que hizo maravillosos progresos; pero al paso que crecia en sabiduría, se aventajaba todavía mas en santidad. Su mansedumbre, su docilidad y su modestia le distinguian tanto de los demás, que era el modelo que se proponia para imitar á todos los jóvenes. No habia quien no admirase su regularidad, su devocion tierna y su prudencia en una edad en que, por lo comun, dominan la vivacidad y el amor del deleite, y en que las pasiones son regularmente el mayor móvil de las acciones. Perdió sus padres siendo todavía muy jóven, cuya pérdida sintió como era razon; pero esta falta en nada perjudicó á su virtud. La muerte de un padre y de una madre, á quienes amaba con extremo, y que le dejaban grandes bienes, solo sirvió para hacerle mas devoto, mas retirado y mas caritativo. Habiendo sa-

bido que un caballero pobre de la ciudad estaba en ánimo de prostituir tres hijas, por no tener con qué casarlas segun su calidad, Nicolás llenó de piezas de oro una bolsa, y al anochecer la tiró muy secretamente por una ventana en el cuarto de este desventurado padre, el cual quedó gozosamente sorprendido al encontrar una suma considerable, bastante para dotar á su hija mayor, con la que la casó al instante, esperando que la Providencia proveeria á las otras dos. No tardó mucho tiempo en ver cumplidas sus esperanzas; pues aquella misma noche echó nuestro santo por la misma ventana en el cuarto otra igual cantidad, la que sirvió para casar á la segunda. El dichoso padre, no dudando que el que le habia hecho estas dos obras de caridad le haria tambien la que faltaba para casar á la menor, quiso tener el consuelo de conocer á su bienhechor, para lo cual se puso en acecho; y luego que nuestro santo, valiéndose de la oscuridad de la noche, hubo echado su limosna, corrió tras él, le abrazó, y conociendo á su compatriota, le dió mil gracias por tan insignes beneficios. El santo, tan mortificado como sorprendido de verse descubierto, le pidió con las mayores instancias que no propalara esta limosna. El caballero se lo prometió, pero no le cumplió la palabra. La mañana siguiente ya toda la ciudad era sabedora, y estaba admirada de una caridad tan liberal; solo san Nicolás tuvo mucho que sufrir de esta manifestacion.

Una virtud tan eminente y tan pura no era para el mundo: nuestro santo pensaba en dejarle; pero Dios, que le habia escogido para que fuese uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia, dispuso que entrara en el clero con la aprobacion pública. Conociendo el obispo de Mira su virtud y su sabiduría, se dió priesa á hacerle sacerdote. Con la dignidad creció su piedad; y entrando en el sacerdocio con unas costumbres tan

puras y una alma tan cristiana, dió á su virtud un nuevo lustre, y nuevo vigor á su fervor.

Habiendo hecho su tio un viaje por devocion á la Tierra Santa, dejó á nuestro santo el gobierno de su diócesis, quien la gobernó con tanta prudencia y edificacion, que no hubo quien no le deseara tener algun dia por obispo. Habiendo muerto su tio poco despues de su vuelta, nuestro santo, que nada temia tanto como el obispado, se alejó de su país, haciendo un viaje á la Palestina. Apenas entró en la embarcacion, pronosticó al piloto una tempestad furiosa, la que no tardó, y fué tan horrible, que toda la tripulacion se creyó perdida. En este conflicto recurrieron al santo; lo mismo fué ponerse él en oracion, que cesar la tempestad, y quedar el mar en calma. Como este santo obró este prodigio muchas veces en su vida, y se ha recibido el mismo socorro por su intercesion despues de su muerte, los marineros y los navegantes le han tomado por su patron, y le invocan en todas las borrascas.

Despues de haber visitado los santos lugares, se retiró á una cueva, donde dicen que el niño Jesus, la Vírgen santísima y san José pasaron la noche cuando salieron de la Judea para huir á Egipto. Nuestro santo tenia intencion de pasar allí el resto de sus dias; pero Dios le dió á conocer que debia volver á Mira. Habiendo llegado á esta ciudad, se retiró á un monasterio, resuelto á pasar en él el resto de sus dias en el silencio, en la oscuridad y en los ejercicios de la mas austera penitencia. Habiendo muerto entre tanto el obispo Juan, que habia sucedido al tio de nuestro santo, se juntaron en Mira los obispos de la provincia para dar un obispo á aquella iglesia. No se convenian en la eleccion, cuando uno de los mas santos de la asamblea, inspirado de Dios, dijo que el Señor queria que eligieran por obispo de Mira á un santo

sacerdote que la mañana siguiente iria el primero á la iglesia. Nuestro santo fué este elegido de Dios; pues, sin saber nada de lo que pasaba, fué al amanecer á la iglesia á hacer oracion, segun costumbre. Todos quedaron gustosamente sorprendidos cuando vieron al presbítero Nicolás, el cual, queriendo escaparse de sus manos, fué detenido, y entre las aclamaciones públicas del pueblo y de todo el clero fué consagrado obispo. Al fin de la consagracion una mujer, rompiendo por entre la muchedumbre, fué á arrojarse á sus piés, presentándole un hijo jóven, que, habiendo caido en el fuego, habia sido sufocado por las llamas. El nuevo prelado, habiendo hecho la señal de la cruz sobre el difunto, le resucitó en presencia de todo el concurso.

Viéndose colocado en la silla episcopal, se aplicó á cumplir con todas las obligaciones de un buen prelado, y á adquirir con perfeccion todas las virtudes de un santo obispo, para lo cual pasaba casi toda la noche al pié de los altares, orando por sí y por su pueblo. Nunca ofrecia el divino sacrificio, sin que su rostro pareciese inflamado de aquel fuego sagrado de que estaba abrasado su corazon. Su fervor crecia con sus dias, y su solicitud pastoral se extendia generalmente á todas las necesidades de su pueblo. Sus rentas solo servian para los pobres. No se le hallaba sino en la iglesia, en las cárceles y en los hospitales á la cabecera de los enfermos. Encargado de distribuir el pan de la divina palabra á su pueblo, lo hacia con tanto fruto y con tan feliz suceso, que en menos de un año mudó de semblante toda la diócesis. Sus austeridades crecian con sus trabajos; desde el principio de su vida habia ayunado dos dias á la semana: cuando jóven ayunaba tres; pero despues que fué obispo ayunaba todos los dias.

Habiendo el emperador Licinio renovado la perse-

cucion de Diocleciano, envió ministros á Mira para restablecer la idolatría. San Nicolás hizo ver la mundo en esta ocasion que un santo nunca parece mas grande que cuando combate por la religion. Su zelo se manifestó en todas las necesidades de su pueblo; y el deseo que tenia del martirio, le hizo menospreciar las amenazas de los ministros del emperador. Fué por último condenado á un destierro, y cargado de cadenas por Jesucristo. Sufrió en el destierro toda especie de malos tratamientos, siendo despedazado todos los dias con varas y correas. Pero habiendo sido derrotado Licinio por el gran Constantino, volvió triunfante á su iglesia, y su viaje fué una serie continua de insignes conversiones y de milagros.

Si se mostró tan zeloso contra los idólatras, no lo fué menos contra los arrianos. Asistió al primer concilio Niceno, donde resplandeció como uno de los mas generosos confesores de Jesucristo, y como uno de los mas grandes prelados de la Iglesia. El número de los milagros que Dios obró por su intercesion es tan prodigioso, que con razon se ha llamado en todos tiempos el Taumaturgo de su siglo. San Buenaventura escribe que resucitó en Mira dos estudiantes que habian sido asesinados. El mismo milagro hizo con tres niños que habian sido cruelmente degollados, y cuyos cuerpos habian sido encerrados en una cuba. Esto es lo que pretenden representar los pintores cuando le pintan con tres niños pequeños á sus lados. En una terrible hambre se vieron multiplicar entre sus manos los pequeños pedazos de pan, hasta saciar una muchedumbre innumerable de pueblo.

Su caridad para con todos los desventurados fué siempre en parte el carácter y distintivo de este santo obispo. Estando un dia con tres maestres de campo á la puerta de la ciudad, le vinieron á decir que se iba

á quitar la vida á tres aldeanos inocentes. Corre al lugar donde debia hacerse la ejecucion: encuentra á los tres pacientes ya sobre el cadalso con los ojos vendados, y el verdugo en accion de irles á cortar la cabeza; le quita el sable con una osadía, que solo podia ser efecto de la santidad; y diciendo al juez que él sabia la inocencia de aquellas pobres víctimas de su avaricia y de sus atropellamientos, le amenaza con la justicia del emperador, y pone en libertad á los tres hombres. Los maestres de campo, que habian sido testigos de todo lo que habia pasado, aun no bien habian llegado á Constantinopla, cuando fueron acusados por la mas negra calumnia de haber entrado en una conspiracion contra el estado, y condenados como reos de lesa majestad á perder la vida. En un lance tan apurado, se acordaron de lo que habian visto en Mira; invocan al santo, aunque ausente, y despues de Dios ponen en él toda su confianza. Al mismo tiempo que hacian su plegaria, que era la noche que precedia al dia de la ejecucion, se apareció en sueños san Nicolás al emperador Constantino, y le amenazó con la indignacion de Dios si no revocaba el decreto que habia expedido contra los tres oficiales inocentes; y al mismo tiempo se apareció á Alabio, su primer ministro, haciéndole la misma amenaza. Apenas amaneció, envió el emperador á buscar á los tres oficiales, les declaró su vision, y los absolvió de su pretendido delito. Casi al mismo tiempo, viéndose unos navegantes en peligro de naufragar en una furiosa borrasca, imploran el socorro del santo: al punto se les aparece visiblemente en la embarcacion, echa la mano al timon, y los conduce al puerto de Mira. Tantos prodigios hicieron célebre el nombre del santo en todo el universo, en donde la fama habia ya hecho tan insigne su santidad. Finalmente, el Señor quiso recompensar su virtud y sus trabajos: le dió á

conocer el dia y la hora de su muerte. Esta revelacion le llenó de gozo; y despues de haberse despedido de su pueblo al fin de su misa pontifical, se retiró al monasterio de Sion, donde despues de una corta enfermedad, en que se hizo administrar los últimos sacramentos, entregó su espíritu á Dios en medio de muchos ángeles, que se dejaron ver de los que estaban en su cuarto. Sucedió esta muerte preciosa el dia 6 de diciembre, hácia el año de 327; no se sabe en qué año de su edad. Fué enterrado en la Iglesia del monasterio en un sepulcro de mármol; y desde entonces salió de su sepulcro un licor milagroso, que curaba todo género de enfermedades. El emperador Justiniano edificó á honra suya una soberbia iglesia, la que Basilio reparó con magnificencia el año 1087. Estando los Turcos saqueando toda la Licia, fué trasportado este santo cuerpo á Bari de la Pulla, en Italia, donde se conserva con gran veneracion en una iglesia de las mas magníficas, en la que su sepulcro es cada dia mas glorioso por los innumerables milagros que se obran en él todos los dias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mira, metrópoli de la Licia, la fiesta de san Nicolás, obispo y confesor. Entre sus muchos milagros, se cuenta este hecho memorable, que, aunque distante, se apareció al emperador Constantino, y con sus amonestaciones y amenazas le obligó á perdonar á ciertas personas condenadas á muerte.

En Africa, las santas mujeres Denisa, Dativa, Leoncia, y un hombre piadoso llamado Terco; san Emiliano, médico, y san Bonifacio con otros tres, quienes merecieron todos ser agregados al número de los confesores de Jesucristo, habiendo sido atormentados en la persecucion de los Vándalos, bajo el

emperador arriano Hunerico, con suplicios crueles é innumerables por la defensa de la fe católica.

En el mismo lugar, san Mayórico, hijo de santa Dionisia, el cual, temiendo los tormentos por ser aun muy jóven, alentado con las miradas y palabras de su madre, fué mas valeroso que los demás, y murió en medio de los tormentos. Su madre, despues de haber abrazado el santo cuerpo de su hijo, le dió sepultura en su misma casa, y tomó la costumbre de hacer continuamente oracion junto á su sepulcro.

El mismo dia, san Policrono, presbítero, quien, bajo el emperador Constancio, fué preso estando celebrando misa, y degollado luego por los arrianos.

En Granada de España, el suplicio del beato Pedro Pascual, mártir, del órden de Nuestra Señora de la Merced, de la Redencion de cautivos, y obispo de Jaen, cuya fiesta se celebra de órden del papa Clemente X, el dia 23 de octubre.

En Roma, santa Asela, vírgen, la cual, como lo asegura san Jerónimo, bendecida desde el seno de su madre, pasó la vida, hasta la vejez, ayunando y orando siempre.

Este mismo dia, san Sintran, confesor.

En Haimage cerca de Marchiennes en Flandes, santa Gertrudris, viuda.

En Matallana junto á Valladolid, en la diócesis de Palencia, el venerable Roberto, natural de la diócesis de Langres, primer abad de este lugar, del órden del Cister.

En Plasencia, san Víctor, obispo.

En Trieste, san Apolinar, subdiácono, cuyas reliquias están en Verona, en la iglesia de San Ferme el Grande.

En la isla de Colmekil en las costas de Escocia, san Blaitmaco, monje irlandés, y sus compañeros, mártires.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Nicolaum pontificem innumeris decorasti miraculis; tribue, quæsumus, ut ejus meritis, et precibus à gehennæ incendiis liberemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que honraste con innumerables milagros al bienaventurado obispo Nicolás, haz que por sus méritos y ruegos seamos libertados de los fuegos del infierno. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 13 de san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodie: ipse, et in sæcula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratiâ stabilire cor, non escis, quæ non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in sancta per pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra, improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo: id

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y hoy: y el mismo es por los siglos. No os dejeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al sancta sanctorum por el pecado, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesus, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él fuera de poblado, llevando su improperio. Porque aqui

est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci : talibus enim hostiis promeretur Deus. Obedite præpositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no querais olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á ellos, porque ellos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

NOTA.

« En este capítulo 13 de la carta á los judíos con- » vertidos, dispersos por todo el mundo, el Apóstol » exhorta á todos los fieles á la caridad, á la hospi- » talidad, á la honestidad y á la práctica de las » demás virtudes, y sobre todo, á imitar á los após- » toles, á evitar las doctrinas peregrinas y las nove- » dades. »

REFLEXIONES.

Lo que Jesucristo era ayer, eso es tambien hoy ; y lo será por todos los siglos. ¡A cuántas gentes deberia sacar los colores esta verdad! ¡qué sentimientos de piedad y de religion no teníamos en aquellos tiempos de devocion y de fervor, en aquellos bellos dias de inocencia! ¡qué horror al pecado! ¡qué pureza de costumbres! ¡qué regularidad de conducta en aquellos primeros años de religion, ó en aquellos que se siguieron á la conversion, y que parecieron tan cristianos! Penetrados entonces de las grandes verdades de la religion, ilustrados con las luces de una fe viva, nos parecia Jesucristo el solo objeto digno de

nuestro amor, el solo dueño á quien teníamos que servir, y el solo soberano á quien teniamos interés en no desagradar: su palabra era entonces nuestra ley, y su Evangelio la regla de nuestra conducta: no podiamos comprender entonces cómo un negocio temporal pudiese ocuparnos mas que el negocio de nuestra salvacion; y cómo un hombre de buen juicio podia no mirar el negocio de su salvacion como su importante y su único negocio. ¿Qué impresion no hacia en nuestro corazon la memoria de todo lo que Jesucristo hizo y padeció por nuestro amor? El misterio de la Encarnacion, el de la Redencion y de la Eucaristía, todo nos movia, todo nos echaba en cara nuestro poco reconocimiento, todo nos enternecia y nos interesaba. Como éramos cristianos en toda nuestra conducta, ¿qué respeto no nos inspiraba el lugar santo? ¡con qué santo horror asistiamos al sacrificio de la misa! ¡con qué hambre de la justicia nos llegábamos á los santos sacramentos! ¡qué temor saludable á los juicios de Dios, qué dulce confianza en los méritos del Redentor, qué deseo de nuestra salvacion, qué inquietud, qué zelo! Como nos mirábamos como peregrinos sobre la tierra, sufriamos con paciencia las amarguras de nuestro destierro: la vista de Jesucristo endulzaba todos los sinsabores de nuestra peregrinacion. Como éramos herederos del mismo Dios, y coherederos de Jesucristo, ¡qué gozo no sentíamos en tener parte en sus sufrimientos con la bien fundada esperanza de tener parte en su gloria! Todo esto obraba en nosotros la gracia de Jesucristo en aquellos años de inocencia y de fervor, en aquel tiempo en que confesábamos que éramos cristianos, que éramos cuerdos: ¿de dónde, pues, ha venido esta espantosa mudanza de costumbres, de conducta y de sentimientos? Lo que Jesucristo era ayer, ¿no lo es todavía hoy, y lo será por todos los siglos? ¿de

dónde viene, vuelvo á decir, que no seamos hoy lo que éramos ayer, respecto de Jesucristo y de su moral? Nuestra religion es tan invariable como su autor. Las mismas verdades que hubo antes subsisten hoy, y subsistirán por todos los siglos. Jamás se envejecerán; jamás se verá que las verdades del Evangelio pierdan un punto de su vigor y de su fuerza. ¿Éramos cuerdos cuando vivíamos segun el espíritu de Jesucristo, y segun las solas máximas del cristianismo? ¿somos cuerdos el dia de hoy que hemos mudado de dueño? El dueño no se ha mudado: el mismo es que fué, y lo será eternamente; la misma soberanía tiene hoy que tuvo siempre; el mismo poder, la misma bondad, la misma misericordia. ¿Qué es lo que nos ha podido hacer dejar su servicio? ¿Por ventura hemos encontrado otro dueño mejor? Este dueño es nuestro Dios; este Dios nuestro redentor; él será nuestro juez. Nos vamos acercando á su terrible tribunal; quizá tocamos ya en el término fatal de nuestra vida. En aquella última hora ¿nos alegraremos de haber dejado su servicio? ¿nos alabaremos de haber mudado de amo, cuando no nos quedará otro que él por toda aquella espantosa eternidad, que hará tan cruel el pesar, el arrepentimiento sin fruto y la desesperacion?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia 1, *pág.* 21.

MEDITACION.

QUE NO HAY ESTADO DE DONDE SEA MAS DIFÍCIL SALIR QUE DEL ESTADO DE TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el estado de tibieza no solo es muy arriesgado por lo que mira á la salvacion, sino que lo

que hay mas que temer, es que casi no tiene remedio; y que cuando una alma está en este estado, es casi imposible que salga jamás de él. Para salir de un estado peligroso es menester conocer que se está en él, y conocer su peligro; y esto es cabalmente lo que el alma tibia no conoce. Por mas que un pecador esté abismado en los mayores desórdenes, no le cuesta trabajo el conocer el peligro en que está; pero una alma tibia jamás cree que lo es. Se puede decir que desde que empieza á conocer que es tibia, empieza á no serlo ya. Solo en el fervor se descubre la desgracia y la infelicidad de una vida tibia; y hé aquí lo que hace tan difícil la conversion de una alma tibia: ¿por qué camino se le descubrirá que se halla en este estado, cuando la ceguedad es el primer efecto de la tibieza? Como no se relaja sino poco á poco, se familiariza insensiblemente con el pecado, se acostumbra á sus defectos, y finalmente gusta de ellos. El hábito sufoca, y aun previene todas las reflexiones, y extingue todos los remordimientos: ninguna cosa da golpe á una alma tibia, nada teme, de nada desconfía, no encuentra cosa que la escandalice: cae en la tibieza sin omitir sus ejercicios espirituales: los hace, pero de un modo desabrido; y estos ejercicios espirituales solo sirven para deslumbrar al alma, y para adormecerla en su lastimoso estado. El mismo Dios, que hace tanto ruido para despertar al pecador, parece que calla, y que embaraza lo que podria excitar y avivar á una alma tibia. Amonestaciones saludables, sermones capaces de convertir al pecador mas endurecido, lecturas piadosas, accidentes adversos que hacen abrir los ojos á las personas mas depravadas, no hacen la menor impresion en una alma tibia. ¿Y cómo es capaz que piense en el remedio, cuando no cree tener mal alguno? La insensibilidad va á los alcances á la ceguedad, y el endurecimiento sucede

siempre á una insensibilidad habitual. ¿Se puede imaginar un estado mas lastimoso? la reprobacion ¿dista mucho de este funesto estado?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las enfermedades del alma no hay una, al parecer, mas incurable que la de tibieza. Los sacramentos, las meditaciones, las reflexiones, los ejemplos son unos remedios excelentes para los males espirituales. Pero ¿son eficaces estos remedios en una alma tibia? Se confiesa en este estado, se comulga como en el estado de fervor, y tal vez con tanta frecuencia como una alma fervorosa; pero ¿cuál es el fruto de estas confesiones y comuniones? Se confiesa sin contricion, sin propósito sincero de mudar de vida; casi no se sabe de qué ha de acusarse: tan ciega está una alma tibia. Una fórmula de confesion, un chorrillo que dice siempre una misma cosa produce siempre un mismo efecto, esto es, un aumento de sopor, una continuacion de decaimiento, una desgraciada hazañería y simulacion que ahoga todos los remordimientos, que da una perniciosa y mortal seguridad que tranquiliza al alma. Se sale del tribunal de la penitencia con la misma disposicion con que se habia entrado: se recae á las dos horas de haberse confesado en los mismos defectos de que se habia acusado. Les sucede á estas almas con los sacramentos lo que á los enfermos de una calentura lenta con los remedios superficiales que les dan, los cuales solo sirven para contentar y entretener la imaginacion del enfermo, el que no por eso deja de morir un dia mas ó menos tarde. Buen Dios, ¡cuán comun es esta enfermedad de decaimiento y de tibieza entre las personas que hacen profesion de ser devotas! ¡y cuán ordinario es ver personas tan zelosas por la perfeccion de los otros,

directores, predicadores, superiores que saben reprender tan bien los menores defectos, cuyo zelo se agota todo en procurar la salvacion de los otros, cayendo ellos mismos en la tibieza, por descuidarse de corregir sus propios defectos é imperfecciones!

Pero, Dios mio, ¿de qué servirá todo esto á una alma tibia, á no ser que vos, por un milagro de vuestra misericordia, le hagais conocer su infelicidad? A lo menos haced este milagro en mi favor, y no permitais que me sean inútiles estas saludables reflexiones.

JACULATORIAS.

Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam. Salm. 118.

Inflamad, Señor, mi corazon en el amor de vuestra santa ley, y haced que os sirva con desinterés y con fervor.

Ure renes meos, et cor meum, Domine. Salm. 25.

Abrasad, Señor, mi corazon, y llenadle de un santo fervor en vuestro servicio.

PROPOSITOS.

1. Por mas arreglada que sea tu vida, por mas santo que sea tu estado, por mas exacto que seas en tus santos ejercicios, teme la tibieza: es esta una enfermedad epidémica y contagiosa, y así no debes omitir cosa alguna para preservarte de ella. Solas las almas tibias no temen estar en la tibieza; para no caer en ella, ejercítate con frecuencia en las prácticas siguientes. Primera: cumple con una puntualidad escrupulosa con todos tus ejercicios de piedad. Segunda: no te contentes con no omitirlos jamás; ten un cuidado particular de hacerlos siempre el mismo dia y á la misma hora. Tercera: haz cada uno de ellos cada vez, como si esta fuera la última que los



S. AMBROSIO, O.

Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

hicieras en toda tu vida. Cuarta : practica estos avisos, con especialidad respecto de la confesion y comunion : esta práctica es de las mas excelentes. Quinta : luego que hubieres caido en algun defecto, aunque sea el mas leve, castígate el mismo dia con alguna penitencia. Sexta : pide á Dios todos los dias el fervor, y no sirvas jamás al Señor con pereza, ociosidad y negligencia.

2. Procura en todas las fiestas principales renovar tu fervor, celebrarlas con una nueva devocion : comienza por la festividad de la inmaculada Concepcion que viene luego. Acúsate en las confesiones de la tibieza con que sirves á Dios. Está alerta contra las distracciones voluntarias, especialmente en tus oraciones vocales. Jamás te descuides de orar y rezar con respeto. Evita las posturas descompuestas y poco decentes. Vela singularmente sobre tus sentidos, y haz alguna mortificacion; porque el amor propio y la falta de mortificacion son siempre el orígen funesto de la tibieza. Finalmente, ten un extremo horror á esta enfermedad espiritual, de la que casi nunca se cura.

DIA SÉPTIMO.

SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Ambrosio, uno de los mas célebres doctores de la Iglesia, era hijo de Ambrosio, prefecto del pretorio de las Galias, dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad despues del emperador : nació el año de 340 en la ciudad de las Galias, donde residia entonces su padre, esto es, ó en Arles, ó en Tréveris, ó en Leon. Su naci-

miento fué acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia; pues estando aun en la cuna, entró en el cuarto un enjambre de abejas, y revoloteando al rededor de él, parecia que entraban en su boca, y salian unas tras otras. Corrieron á echarlas de allí; pero el padre, que se hallaba presente, no dudando que hubiese en esto algun misterio, lo impidió, y quiso ver el fin de este prodigio. Pasado un rato, salió el enjambre por la ventana, y se elevó por el aire tan alto, que le perdieron de vista. Al ver esto, dijo el padre que su hijo seria un dia alguna cosa grande si Dios le conservaba la vida. Le educaron con cuidado, y su educacion correspondió á la piedad de sus padres y á la nobleza de su nacimiento. Logró la dicha de tener una madre todavía mas distinguida en el mundo por su eminente piedad, que por lo elevado de su condicion. De tres hijos que tuvo, no hubo uno que no haya sido santo. Su hija, que era la mayor de los tres, fué santa Marcelina: su hijo mayor fué san Sátiro; y el menor de todos, que era Ambrosio, los sobrepujó en méritos y en santidad á todos.

Ambrosio se mantuvo en las Gálias hasta la muerte de su padre; despues de la cual se fué con su madre á Roma, no teniendo mas que cuatro ó cinco años de edad. Viendo un dia que su madre y su hermana besaban la mano al obispo, que probablemente era el papa san Julio, les presentó tambien, por modo de juego, la suya para que la besaran, diciendo, aunque de chanza, que habia de ser obispo. El suceso hizo ver que quien hablaba entonces en él era el Espíritu Santo. El niño Ambrosio mostraba ya en sus mas tiernos años un genio tan vivo, tan despejado y tan superior á todos los de su edad, que procuraron aplicarle con tiempo al estudio de las bellas letras; á poco tiempo se habilitó en la lengua y ciencias de los griegos, y particularmente en la elocuencia, que era

entonces la principal ocupacion de los jóvenes de calidad que aspiraban á los empleos del imperio. Habiendo su hermana Marcelina hecho profesion de virginidad, y recibido el velo de mano del papa Liberio, Ambrosio quedó admirado y movido de este ejemplo doméstico, y juntando la piedad al estudio, vino á ser el mancebo mas cabal que se conocia en Roma: se adquirió la amistad de Anicio Probo, prefecto del pretorio; peroró algun tiempo en su tribunal con tal elocuencia y majestad, que Probo le eligió por su asesor, y poco tiempo despues le nombró gobernador de la Emilia y de la Liguria, que comprendian todo el pais conocido hoy bajo el nombre del Milanesado, Genovesado, Piamonte, Parmesado, Boloñés, el Modenés y el Estado eclesiástico. Luego que el emperador Valentiniano hubo confirmado esta eleccion, á que añadió las insignias del consulado, el prefecto Probo dijo á Ambrosio cuando partia para su gobierno: *Vé, y obra, no como juez, sino como obispo*; queriendo darle á entender con esto, que un gobernador debe ser padre del pueblo por su afabilidad y su dulzura.

Ambrosio para esto no tuvo que hacer otra cosa que seguir su natural. Se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que se respetaba hasta el solo nombre de Ambrosio. No habia sino uno ó dos años que estaba en Milan, cuando el año de 374 murió Aujencio, obispo arriano, á quien el emperador Constancio habia entrometido en aquella iglesia: se movió una gran disputa entre los arrianos y los católicos de Milan sobre la eleccion de sucesor, queriendo cada uno de los dos partidos poner en la cátedra episcopal un sugeto de su comunion: creyó Ambrosio que como gobernador debia ir á la iglesia; en efecto fué, y arengó al pueblo sobre la eleccion con tanta elocuencia, que llevó

todos los espíritus á la paz y tranquilidad pública. Apenas acabó de hablar, un niño exclamó en medio de la iglesia : *Ambrosio obispo.* Este grito se tomó como una voz del cielo ; y toda la multitud se puso á repetir por tres veces con grande aplauso : *Ambrosio es nuestro obispo.* Lo que hay mas que admirar aquí, es que todos los espíritus se unieron en este punto como por milagro, por mas que fuesen de diversa secta, y todos convinieron en pedirle, aunque era magistrado, y no era todavía sino catecúmeno. Todos reconocieron la voz de Dios en esta unanimidad : Ambrosio solo fué el que no quiso reconocerla ; nunca habló con mas fuerza y elocuencia que para defenderse de admitir el obispado. Sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas, sus renuncias fueron en vano ; por lo cual huyó y se escondió. Pero Dios, que le habia escogido para ser una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, y el modelo de los mas santos prelados, permitió que, habiendo salido de la ciudad en medio de la noche para retirarse á Pavía, cuando creia haber caminado mucho, se encontrase al amanecer á la puerta de Milan. Halló medio de ocultarse en la campaña en casa de uno de sus amigos ; pero fué descubierto por el mismo que le habia franqueado este retiro : sin embargo, empleó todos los artificios imaginables para que no tuviera efecto la eleccion : aparentó una gran severidad, y aun quiso dar á entender que era de costumbres no buenas ; pero conociendo el pueblo que todo era fingido, no mudó de determinacion. Enviaron al emperador Valentiniano una fiel relacion de todo lo que habia pasado ; y este príncipe, que estaba entonces en Tréveris, se llenó de gozo al ver que le pedian por obispo al que él habia enviado por gobernador : mandó á Itálico, vicario de Italia, que procurara que Ambrosio se ordenara y consagrara cuanto antes.

No pudiendo este dudar mas que fuese esta la voluntad de Dios, recibió el bautismo de mano de un obispo católico, como lo habia pedido expresamente. Recibió despues todos los sagrados órdenes, y fué solemnemente consagrado obispo el dia 7 de diciembre del año 374, á los 25 de su edad.

Luego que Ambrosio se vió obispo, distribuyó á la Iglesia y á los pobres todo el oro y plata que tenia, y donó á la Iglesia todas sus tierras. Asimismo se impuso tres obligaciones particulares, de las que jamás se dispensó. La primera, de no pasar dia alguno sin decir misa: la segunda, de predicar todos los domingos el Evangelio á su pueblo; y la tercera, de no omitir nada de cuanto podia contribuir para hacer florecer la religion, y destruir la herejía. El estudio de la religion fué el único estudio en que se ocupó mientras fué obispo. Pasaba una parte de la noche, y todos los ratos que podia hurtar á los negocios por el dia, en meditar las verdades de la sagrada Escritura, y en leer los escritos de los padres. Los de san Basilio el grande fueron muy de su gusto: trabó una grande amistad con este incomparable doctor, y los dos grandes santos se correspondieron por cartas toda la vida. Estudiaba mucho, pero todavía oraba mas; y aunque su espíritu era muy eminente, y muy continua su aplicacion, la posteridad ha estado siempre persuadida de que su ciencia era infusa; y por este motivo le pintan con el símbolo del Espíritu Santo en una paloma que le habla al oido.

En medio de un trabajo tan grande, mortificaba su cuerpo con un ayuno continuo y con una abstinencia prodigiosa. No cenaba sino el domingo y las grandes festividades: los otros dias no tomaba por la noche sino una refeccion muy moderada; dormia muy poco, y en sus vigilias no interrumpia sus ordinarios trabajos. Tenia un amor tan ardiente y tan tierno á Jesu-

cristo sacramentado, que no ofrecia jamás el divino sacrificio sin derramar muchas lágrimas. Sus escritos muestran bastante su ternura y su confianza en la Madre de Dios; por eso la Iglesia ha mirado siempre á este gran doctor como uno de los mas zelosos devotos de la Vírgen santísima.

San Ambrosio no estuvo mucho tiempo sin hacer conocer lo que la Iglesia debia esperar de su zelo y de su generosidad. Queriendo los ministros del emperador emprender algunas cosas contra los derechos y los cánones de la Iglesia, se opuso con vigor, se quejó animosamente á Valentiniano, é impidió que se hiciera cosa alguna contra el buen órden. Habiendo muerto este príncipe el año 375, dejó el imperio á sus dos hijos, Graciano, de edad de 17 años, y Valentiniano el jóven, que no tenia sino 4. San Ambrosio miró á estos jóvenes emperadores con una ternura de padre; y ellos por su parte le honraron así el uno como el otro como si fueran sus hijos.

En este tiempo los arrianos, acostumbrados á dominar en la iglesia de Milan bajo de Aujencio su predecesor, no omitian diligencia alguna para frustrar los deseos y providencias del santo obispo; pero san Ambrosio, sostenido con la autoridad del emperador Graciano, vino á ser su azote, los precisó á convertirse, ó á vivir en paz y callar. Como en los sermones que predicaba tan frecuentemente á su pueblo sobre los medios de salvarse cada uno en su estado, se aplicaba particularmente á exaltar la excelencia de la virginidad, y hacer conocer la dicha de las vírgenes, sus predicaciones produjeron muchos y pasmosos efectos. Se vieron venir á Milan, no solo de las ciudades de Italia, sino tambien de la Mauritania, varias doncellas á consacrar á Dios su virginidad bajo su direccion, y tomar el sagrado velo de mano del santo obispo. Los frutos de sus sermones llegaron tan lejos,

y sus predicaciones eran tan eficaces, que las madres encerraban sus hijas para que no asistieran á sus instrucciones; lo que le hizo decir con gracia que, pues las exhortaciones que hacia en Milan producian efectos tan prodigiosos en las provincias remotas, mientras que su pueblo era insensible á ellas, estaba en ánimo de ir á predicar en las provincias distantes, á fin de mover á los de Milan. El buen efecto que producian sus sermones le obligó á recogerlos, y hacer de ellos un cuerpo que dividió en tres libros, intitulados *de las Vírgenes*. No habia sino tres años que era obispo cuando hizo esta coleccion; y pocos dias despues compuso el libro *de las Viudas*, que fué bien pronto seguido de un segundo tratado *de la Virginidad*, contra los que pretendian imputarle á delito el que tantas gentes renunciasen al matrimonio.

Habiéndose declarado Valente, emperador de Oriente, protector de la herejía arriana, atrajo el enojo de Dios sobre sí y sobre todos sus estados. Los Godos vinieron á arrojarse sobre él con un ejército formidable: yendo en su socorro el emperador Graciano, su sobrino, quiso tener san Ambrosio un preservativo contra los errores de los orientales, lo que obligó al santo á componer su excelente tratado *de la Fe*, que fué citado despues con tantos elogios en el concilio general de Éfeso. Habiendo muerto en Milan su hermano san Sátiro en el año 389, san Ambrosio predicó su oracion fúnebre el dia de su entierro, y distribuyó á los pobres los bienes que habia dejado. Dos años despues hizo convocar un concilio en Aquileya, donde confundió é hizo condenar á Secundiano y Paladio, presbíteros arrianos, y logró del emperador un edicto en que se prohibia á los herejes tener asambleas en adelante.

Habiendo vacado el obispado de Sirmio, metrópoli de Panonia, fué allá nuestro santo para impedir el

que ocupase aquella silla algun obispo arriano por el favor que lograba esta secta de la emperatriz Justina. Estando sentado en la silla episcopal, tuvo el descaro una jóven arriana de subir al presbiterio, y coger á san Ambrosio de los hábitos para hacerle bajar. El santo se contentó con decirle de un modo grave, que, aunque él fuese indigno del sacerdocio, no convenia ni á su sexo ni á su profesion poner la mano sobre un sacerdote, cualquiera que fuese, y que debia temer los juicios de Dios. Pocas horas despues murió de repente esta desventurada doncella, y san Ambrosio quiso asistir la mañana siguiente á sus funerales. Estando nuestro santo de vuelta para Milan, fué á pedir perdon por un reo al emperador Graciano. El mayordomo mayor, llamado Macedonio, hombre duro, le hizo cerrar la puerta de palacio: al volverse el santo hácia su casa, dijo sin alterarse: Algun dia vendrás á la iglesia, y no entrarás en ella. Esta prediccion se cumplió despues de la muerte del emperador, cuando, queriendo Macedonio refugiarse en la iglesia, no pudo dar con la puerta: tan aturdido y ciego le habia puesto el miedo.

Habiendo ido á Roma san Ambrosio para asistir al concilio que habia juntado el papa san Dámaso, fué recibido y escuchado de todos como un oráculo. Una mujer que estaba paralítica en una cama, sabiendo que el santo estaba allí, se hizo llevar, y habiendo tocado su ropa, quedó sana en el mismo instante. Despues que volvió de Roma, compuso su tratado del misterio de la Encarnacion. A la salida de un sermon que habia predicado sobre este misterio, dos oficiales arrianos le propusieron una cuestion, ofreciéndole venir la mañana siguiente á la misma hora á oir la solucion. El santo se fué al paraje donde le habian propuesto la cuestion; pero los oficiales, burlándose de la palabra que le habian dado, se metieron en su

coche para irse á divertir : el santo, despues de haberlos esperado inútilmente, explicó la cuestion; y al bajar del púlpito, supo que, habiéndose volcado el coche, habian caido los dos oficiales en un precipicio, donde perecieron miserablemente.

El año trescientos ochenta y tres, habiendo sido asesinado en Leon el emperador Graciano por la perfidia de algunos de los suyos que le abandonaron por seguir la rebelion del tirano Máximo, se recurrió á san Ambrosio como el único dique que podia oponerse á este terrible enemigo : aceptó el santo esta arriesgada comision, se fué á Tréveris, habló al tirano, y le hicieron tanta impresion sus razones, que dejó la resolucion que habia tomado de pasar á Italia. Luego que llegó á Milan de vuelta de esta expedicion, supo que Símaco, prefecto de Roma y pagano obstinado, queriendo aprovecharse de la flaqueza del gobierno del jóven Valentiniano y de su madre Justina, habia dirigido una representacion al emperador, en que le pedia el restablecimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes paganos, de los sacrificios y de las vestales. San Ambrosio compuso una respuesta á esta representacion, tan cabal, tan enérgica y tan concluyente, que el emperador quedó convencido de la iniquidad de la peticion : negó á los paganos todo lo que le pedian; y se puede decir que despues de Dios fué la Iglesia deudora á san Ambrosio de esta última victoria que alcanzó sobre el paganismo.

La emperatriz Justina, ingrata á los grandes servicios que nuestro santo habia hecho al estado, y ciega mas que nunca por su arrianismo, viendo que se acercaba la fiesta de Pascua, pidió al santo una iglesia en Milan, donde pudiesen juntarse los arrianos que la servian y acompañaban : el santo se la negó intrépidamente. La emperatriz mandó, amenazó é hizo ocupar la basílica Porciana en nombre del jóven

emperador; pero el santo permaneció inflexible, y fué menester que la ira de la emperatriz cediese á su intrepidez. El eunuco Calígono, camarero mayor del emperador, arriano declarado, tuvo la insolencia de decir al santo obispo que le cortaria la cabeza si proseguia en menospreciar las órdenes de su Majestad. El santo se contentó con responderle que si Dios le permitia cumplir su amenaza, como él lo deseaba, Ambrosio padeceria como obispo, y Calígono obraria como eunuco.

El año siguiente se declaró abiertamente la persecucion, en la que Justina no guardó mas medidas: resuelta á emplear todo su poder para restablecer el arrianismo en todo el Milanesado, amenazó arrojar de sus sillas á los obispos si no recibian los decretos del concilio de Rimini, y publicó una ley en nombre del emperador su hijo para autorizar las juntas de los arrianos. Benévolo, secretario de estado, inviolablemente adicto á la fe católica, quiso mas perder su empleo, que extender y firmar este edicto. Mercutino, escita de nacion, obispo arriano, á quien los herejes habian nombrado obispo de Milan por la faccion arriana, y el que, desacreditado por sus delitos, habia mudado su nombre de Mercutino en el de Aujencio, que estaba en veneracion entre los arrianos, extendió y dirigió este edicto. La emperatriz, hallando á san Ambrosio contrario en todo á sus perniciosos designios, determinó pervertirle ó arrojarle de su silla, y mandó decirle que escogiera jueces y árbitros por su parte, como Aujencio lo habia hecho por la suya, para que la causa de entrambos fuese juzgada por el emperador en su consejo; que sino adheria á este convenio, no tenia que hacer sino retirarse, y ceder su silla episcopal á Aujencio.

San Ambrosio hizo presentar una respetuosísima representacion sobre todos los capítulos; y añadió

que, segun el edicto de Valentiniano su padre, en las causas de fe el juez no debe ser de inferior condicion que las partes : que á los obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en las causas de religion; pero que nunca habian tenido facultad los emperadores cristianos para juzgar á los obispos; y que el lego no debe echar jamás la mano al incensario. Despues de haber enviado esta humilde representacion al emperador, se retiró el santo á la iglesia, donde fué seguido de un sinnúmero de gentes prontas á morir antes que permitir que se llevasen su pastor. La iglesia fué cercada de soldados, que no se quitaban de dia ni de noche : entonces fué cuando nuestro santo, para entretener santamente á los fieles, compuso muchos himnos que hacia cantar á dos coros, mezclados con salmos. La emperatriz, temiendo una sedicion, dejó de perseguirle; y Dios consoló á nuestro santo descubriéndole las reliquias de los dos santos hermanos mártires Gervasio y Protasio, lo que aumentó la rabia y el despecho de la emperatriz arriana. Un cierto Eutimio, que hacia un año tenia dispuesto el carruaje en que debia ser llevado nuestro santo, fué puesto en él para ser conducido al destierro; y san Ambrosio le dió, por pura caridad, el dinero necesario para el viaje.

Durante esta calma continuó el santo en dar instrucciones al pueblo, y siempre con mayor fruto. La conversion del gran san Augustin es una de las conquistas que hará eternamente una de las mas bellas partes del elogio de nuestro santo; se cree que fué por este tiempo cuando los dos grandes santos compusieron el célebre cántico *Te Deum laudamus...*, que hacian cantar á dos coros en las asambleas de los fieles para dar gracias á Dios por la calma no esperada que habia dado á la iglesia de Milan, y por la victoria conseguida sobre la heregía arriana.

A pesar del odio que tenia la emperatriz á san Ambrosio, necesitó de él en las apretadas urgencias del estado: recurrió al santo, y le pidió que volviera á verse con el tirano Máximo. El santo aceptó esta peligrosa comision: fué á Tréveris, y habló á aquel príncipe con una libertad y una intrepidez cristiana que pasmó al tirano. Máximo le respetó; pero como habia determinado entrar en Italia y destronar á Valentiniano, hizo poco caso de las razones y representaciones de san Ambrosio. Sabiendo Justina que el tirano habia pasado los Alpes, se retiró á Oriente con su hijo Valentiniano, y fué á arrojarse entre los brazos del gran Teodosio. Este gran príncipe los recibió benignamente, y les dijo claramente que su desventura no tenia otro principio que la proteccion que habian dado á los arrianos, en lugar de escuchar y sostener á los obispos católicos. El emperador Teodosio pasó con un ejército á Occidente, atacó á Máximo, le derrotó enteramente, y restableció á Valentiniano en el trono.

Apenas este gran príncipe hubo conocido á san Ambrosio, cuando le estimó, le honró y le veneró; pero si quedó prendado de su grand piedad, no quedó menos edificado de su firmeza en sostener los derechos de la Iglesia. Habia consentido el emperador que se volviese á los judíos de Milan su antigua sinagoga, á lo cual el santo obispo se opuso; pero nada da á conocer mejor que se sobreponia á todo respeto humano, que aquella santa libertad con que habló al emperador despues de la cruel matanza de Tesalónica. Los habitantes de esta desventurada ciudad, habiendo dado la muerte en una sedicion á uno de los capitanes generales del emperador, le irritaron tan cruelmente, que abandonó la ciudad á discrecion de sus tropas, las que pasaron á cuchillo hasta quince mil personas: todo el mundo se horrorizó de

una accion tan bárbara. San Ambrosio escribió á Teodosio una carta respetuosa, pero viva, para representarle la atrocidad de esta ejecucion, y moverle á penitencia. La carta hizo en el emperador el efecto que deseaba Ambrosio, haciendo que el emperador se manifestase arrepentido de lo hecho : algun tiempo despues, habiendo ido á Milan este príncipe, quiso entrar en la iglesia; mas el santo prelado le prohibió la entrada, presentándose ante el emperador, y hablándole con respeto, mas con toda la autoridad que le daba su carácter sostenido de la santidad de su vida. El emperador le oyó con los ojos bajos, sin hablar palabra, hasta que, habiendo acabado de hablar Ambrosio, le respondió : *Ya conozco mi culpa, y espero mucho en la misericordia divina. David*, añadió, *esperó mucho en ella, y no experimentó jamás la confusion de haber esperado en vano, aunque cometió un adulterio y un homicidio. Vos le habeis imitado en su pecado,* replicó el santo, *imitadle, pues, en su penitencia.* Hizo el emperador lo que le aconsejaba Ambrosio; pues mirándose como excomulgado, estuvo ocho meses sin entrar en la iglesia; y Ambrosio no le absolvió de su pecado, ni le admitió á la participacion de los divinos misterios, sino despues de una penitencia pública. Teodoreto añade que el religioso príncipe, despues de haber ido al ofertorio con los ojos bañados en lágrimas, fué á ponerse en el coro, y se quedó en el presbiterio. Habiéndolo advertido san Ambrosio, le preguntó si queria alguna cosa : el emperador respondió que aguardaba que llegara el tiempo de la comunion. El santo le envió á decir que solo á los ministros sagrados les era permitido entrar en el lugar santo; que la púrpura podia hacer príncipes, pero no sacerdotes; y que el presbiterio no era para los emperadores. Teodosio recibió la adverteucia con humildad, salió fuera de la barandilla, y se puso

entre los legos, donde el santo obispo le hizo dar un puesto cual convenia á su clase y á su dignidad. Estando en Constantinopla este príncipe algun tiempo despues, y hallándose en la iglesia un dia de fiesta, salió del presbiterio despues de la ofrenda; y habiéndole preguntado el patriarca Nectario, por qué habia salido del coro, respondió el emperador con un suspiro: «¡Ah! hasta de poco tiempo á esta parte no he sabido la diferencia que hay entre el sacerdocio y el imperio. Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad: no he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo título el nombre de obispo.» Este príncipe tuvo toda su vida una idea tan alta de la prudencia y santidad del santo prelado, que al morir le recomendó sus hijos Honorio y Arcadio.

Ningun obispo estuvo jamás en mas alta reputacion que nuestro santo: de todas las partes del mundo venian á verle, á consultar con él y á oirle. Le miraban todos como el general de los ejércitos del Señor, como el azote no solo de los arrianos, sino tambien de todos los herejes de su siglo. Asistió y presidió á muchos concilios, en los que confundió á Prisciliano, á Joviniano, y á todos los otros enemigos de la fe. Sus escritos hacian tanto fruto en los países extranjeros como en Milan; y de todas partes se le consultaba como al oráculo de la Iglesia. Con un mérito tan eminente jamás se vió prelado mas humilde. Su mansedumbre, su modestia, su afabilidad le hicieron dar el nombre de padre del pueblo; y su caridad inmensa el de padre de los pobres. Despues de haber dado todo su patrimonio, agotado sus rentas, y vendido sus muebles para asistir á los miserables, vendió hasta los vasos sagrados para emplear el precio en rescatar los cautivos cristianos, y aliviar los pobres durante la tiranía de Máximo.

El año 396, Fritigila, reina de los Marcomanos,

pueblos de Germania, que ocupaban lo que comprende hoy la Bohemia, habiendo oido hablar de san Ambrosio á un cristiano que habia ido á Italia, quedó tan impresionada de todo lo que le dijo de él, que no pudo dudar que la religion de Ambrosio fuese la verdadera: creyó, pues, en Jesucristo, y envió embajadores á Milan para pedir al santo que le diera algunas instrucciones por escrito, y le señalase la regla que debia observar en su creencia y en su conducta; lo que ejecutó el santo en una admirable carta que le escribió en forma de catecismo. Esta princesa quedó tan prendada del santo, que ella misma vino á Milan para tener el consuelo de verle y oirle; pero encontró que ya habia muerto.

Cayó enfermo en el mes de febrero del año 397. El conde Estilicon, amigo íntimo del santo, exhortó á todos los habitantes de Milan que pidiesen á Dios por la vida de un hombre que era tan necesario al bien del estado y de la Iglesia. Estando los principales de la ciudad llorando al rededor de su cama, les dijo el santo: No he vivido entre vosotros de modo que deba tener vergüenza de vivir todavía: tampoco temo morir; porque tengo que tratar con un Señor infinitamente bueno. Poco antes de morir se le apareció Jesucristo, quien le llenó de un dulce consuelo, y le convidó á la gloria celestial. Finalmente, el sábado santo, que cayó á 4 de abril en el año 397, aquella grande alma fué á recibir en el cielo el premio debido á su eminente virtud, á sus trabajos y á sus méritos. San Honorato, obispo de Vercel, que se halló á su muerte, le administró el viático pocas horas antes de espirar. Sus funerales fueron una pompa célebre por la cual se empezó á darle los honores debidos á los santos, y esta veneracion se ha ido aumentando con los siglos.

A mas de su insigne piedad, de su zelo infatigable

y de sus raros talentos, tenia una ciencia tan llena de uncion, y una dulzura tan particular en la expresion, que le ha hecho dar el sobrenombre de doctor melifluo, ó que destila miel. Como murió en un tiempo que por lo comun está ocupado con el oficio de Pascua ó de la Cuaresma, la Iglesia ha fijado su fiesta á 7 de diciembre, dia de su consagracion: fuera de esta fiesta hay otra que se celebra en Milan el dia 30 de noviembre, que fué el de su bautismo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, la consagracion de san Ambrosio, obispo y doctor, cuya santidad y doctrina han honrado á toda la Iglesia.

En Alejandría, la fiesta de san Agaton, soldado, que, en la persecucion de Decio, por apartar á empellones algunas personas que querian insultar los cuerpos de los mártires, oyó levantarse contra él la gritería del populacho. Presentáronle al juez, y como perseverase en confesar á Jesucristo, fué en premio de su piedad condenado á que le cortasen la cabeza.

En Antioquía, san Policarpo y san Teodoro, mártires.

En Tuburba de Africa, san Serfo, mártir, que, en la persecucion de los Vándalos, bajo el rey arriano Hunerico, fué apaleado durante mucho tiempo, luego suspendido en el aire repetidas veces con garruchas, y abandonado al peso de su cuerpo, que le hacia caer de repente sobre unas piedras; y acabando de martirizarle sajándole con pedernales, alcanzó la corona del martirio.

En Tiena en la Campania, san Urbano, obispo y confesor.

En Saintes en Francia, san Martin, abad, en cuyo sepulcro se obraban muchos milagros.

En el país de Meaux, santa Fara, virgen.

En Chartres, san Añan, obispo.

En Veletri, san Girardo, natural de Francia, obispo y protector de aquella ciudad.

En Bayeux, san Gerbodo, obispo, cuyo cuerpo es venerado en Senlis.

Este mismo dia, el natalicio de san Epafrodita, mencionado por san Pablo en su epístola à los Efesios.

En San Pelino en el Abruzo, los santos mártires Sebaste y Gorgonio.

Cerca de Espoleto, san Savino, obispo de Asís.

En Toscana, san Potente, venerado como mártir en Toscanela.

Este mismo dia, san Neófito, ahogado en odio de Jesucristo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Ambrosium ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que dísteis á vuestro pueblo por ministro de la salvacion eterna al bienaventurado Ambrosio; os rogamos nos concedais que ya que le tuvimos en la tierra por doctor y director de nuestra vida, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque

non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás, tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« San Timoteo, discípulo muy amado de san Pablo, » era de Licaonia, y segun parece, de la ciudad de » Listras. Orígenes creyó que era pariente de este » apóstol; á lo menos fué el compañero inseparable » de sus viajes y de sus trabajos, como lo escribe » san Pablo á los Romanos, quien le impuso las manos, » y le consagró obispo. »

REFLEXIONES.

Vendrá un tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que, dejándose ir al antojo de sus deseos, apartarán los oidos por no escuchar la verdad, y se echarán al lado de las fábulas. Una persona se extravía siempre demasiado cuando se deja llevar de sus deseos. No hay un deseo que no corra y se derrame como un torrente; no hay uno que no sea

impetuoso, no hay uno que no sea capaz de excitar un funesto incendio. Nuestros deseos son nuestras pasiones: ¿hubo jamás un conducto mas malo? No hay una pasion que no sea ciega, impetuosa, insaciable y capaz de corromper las mejores calidades del espíritu y del corazon. Sea un hombre del mas bello natural, del espíritu mas bien acondicionado, tenga las mas bellas disposiciones para la virtud, sea el hombre mas generoso del mundo; desde el punto que este hombre se abandona á una pasion, y se hace su esclavo, todas estas brillantes calidades desaparecen, estas mejores disposiciones para la virtud se acedan y se corrompen; el natural se altera, el corazon se muda; se diria que la pasion le ha hecho volver el juicio. Buen Dios, ¿no hemos de abrir jamás los ojos? ¿ha de durar siempre el encanto? la fe y la razon ¿no han de hallar algun hueco para hacerse oir? ¿ignoramos que la pasion lo corrompe todo, y que todos nuestros desórdenes, nuestros mismos disgustos, nuestras inquietudes, nuestros pesares no tienen casi otro orígen? Estando envenenada esta fuente, como en efecto lo está, ¿se puede dudar que sea vicioso todo lo que viene de ella? Pero el colmo de la desgracia está en que no hay persona que, por mas abandonada que esté á la pasion, quiera persuadirse jamás que obra por pasion. Todas las pasiones tienen esto de comun, que apenas han nacido, cuando ciegan. Estarán apoderadas del espíritu y del corazon, serán el primer móvil de la mayor parte de nuestras acciones, el alma será su esclava, y todavía creeremos estar exentos de sus violencias y de su tiranía; y de aquí nace la dificultad casi insuparable de hacer volver de sus desbarros á una persona que se deja arrastrar de sus deseos. Porque, si la ceguedad no fuera el efecto mas natural de las pasiones, ¿cómo se podrian encontrar tantas gentes, no destituidas

enteramente de razon, que cerrasen los oidos para no oir la verdad? ¿cómo unas gentes, con alguna sombra de buen juicio, se habian de entregar á las fábulas, y gustar de ellas? Sin embargo, esto es lo que hacen todos los que se dejan dominar de la pasion. A montones tenemos los ejemplos en los herejes de todos los siglos. La pasion es la madre de todas las herejías : no hay uno que al caer en el error no haya caido en mil fábulas. ¿Es esto porque entre esos hijos rebeldes contra la Iglesia su madre, no ha habido jamás gentes de entendimiento ni de buen juicio, que hayan podido descubrir estas extravagancias? Entre todos los partidarios del error ha habido grandes ingenios; pero la pasion los cegaba. Arrianos, maniqueos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, luteranos, calvinistas, y, por decirlo de una vez, todos los herejes han vuelto á otra parte los ojos para no ver la verdab, se han tapado los oidos para no oirla, y se han vuelto al lado de las fábulas. No hay una herejía que no contenga mil extravagancias, que repugnan á todo hombre de buen juicio y que no esté encaprichado ni dominado de la pasion. ¿Cuántas veces se ha visto abrazar un hombre los errores que habia combatido él mismo? Enrique VIII mereció el glorioso título de defensor de la Iglesia : mas este defensor de la fe, arrebatado de una violenta pasion, vino á ser su mas cruel enemigo. Buen Dios, ¡cuánto es de temer una pasion dominante! ¡y qué guerra no debemos hacer á todas las pasiones!

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino

foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrantare alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

SOBRE LA PREPARACION PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA VÍRGEN MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las mayores festividades han sido establecidas por la Iglesia para procurar los mas grandes favores del cielo á todos sus hijos; pero estas

gracias abundantes piden las disposiciones necesarias en los fieles, sin lo cual estas fuentes de bendiciones se secan respecto de aquellos á quienes faltan las necesarias disposiciones. La cena de aquel gran señor de que habla el Evangelio estaba dispuesta para muchas gentes, que fueron privadas de ella por no haber querido negarse á sus placeres, á sus intereses particulares, á mil cuidados inútiles, á mil embarazos del todo mundanos. Entre los mismos que asistieron al convite, fué severamente castigado aquel que se halló sin las disposiciones con que debia asistir. Todas las fiestas que celebra la Iglesia son una especie de banquete, por decirlo así, á que Dios nos convida. ¿Y no se encuentran personas que se dispensan de asistir à él por razones tan poco cristianas, tan frívolas como las de los convidados al banquete? Un dia de campo, *villam emi*: negocios de interés; porque en fin, ¿quién no sabe que todo esto se guarda para los dias de fiesta? *Compré cinco yugadas de bueyes*: negocios domésticos; *me he casado, y por eso no puedo asistir*. ¿Cómo se santifican los dias de fiesta el dia de hoy? ¿Por ventura son dias de negocios, de indevocion, de diversiones, de pasatiempos? ¿Con qué disposiciones se celebran? ¿Qué preparaciones se hacen la vigilia de las grandes festividades? Para una fiesta mundana, para una fiesta profana se disponen muchos dias antes; pero tratándose de una fiesta de religion, ¿quién hay que piense en ella ya desde la vigilia? ¿por ventura se piensa en ella aun el mismo dia? ¿Debemos admirarnos de que estos dias consagrados, de que estos dias de bendicion, sean unos manantiales tan estériles? La Iglesia en estos santos dias ¿no franquea sus tesoros? Y los santos, cuya memoria se celebra, cuyas virtudes se ensalzan, cuya intercesion, cuyo poder se implora, emplean todo el favor que gozan con Dios para derramar sobre

nosotros todos los tesoros de su misericordia. ¿Qué gracias no reciben entonces los que asisten al banquete con el vestido de boda, los que se encuentran con santas disposiciones, los que se han preparado desde la vigilia para la solemnidad? ¡Cuánto nos daña, Dios mio, nuestra insolencia, nuestra poca vigilancia y nuestra poca devocion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay pocas fiestas entre año que nos deban interesar mas, y que nos puedan ser mas útiles que la de mañana. Como la Vírgen santísima mira la gracia, el privilegio, la insigne prerogativa de su inmaculada concepcion como el mas insigne favor que ha recibido de Dios; no puede dejar de mirar con el mayor agrado la fiesta solemne que la Iglesia le celebra: discurre, pues, con qué complacencia, con qué benevolencia, con qué gusto mirará á los que procuran celebrar esta fiesta con devocion, con fervor, con solemnidad. ¡Con qué gozo se celebra el dia del nacimiento de un monarca! ¡qué magnificencia en los vestidos, qué alabanzas en los cumplimientos! pero ¡qué benevolencia, qué liberalidad en el monarca! La fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen la honra mas, le es mas agradable que la de su santa natividad. ¡Con qué alegría, pues, verá las acciones de gracias que sus hijos dan al Señor por un privilegio tan singular! ¡con qué complacencia escuchará las súplicas que se le hacen! ¡con qué liberalidad derramará entonces los tesoros de las misericordias del Señor, de las que es la dispensadora! Considera cuánto importa celebrar esta gran fiesta con devocion, con fervor, con magnificencia. Pero considera igualmente cuán importante es el prepararse para ella. Si alguna excusa frívola nos impidiera en este dia hacer nuestros obsequios

de religion á la santísima Vírgen; si nos faltara el zelo, el fervor y una santa impaciencia para mostrar á nuestra amada Madre la parte que tomamos en su gloria; si careciéramos del vestido de boda en un dia tan solemne; si no distinguiéramos este dia de todos los otros por una devocion particular, ¿qué pérdida no seria todo esto para nosotros? Estemos persuadidos de que no podremos dar mayor gusto á la Madre de Dios, que honrando con un culto particular y con la mas tierna devocion su inmaculada concepcion, y la gracia singular que recibió en aquel primer instante.

Alcanzadme, ó Vírgen santísima, esta tierna devocion, para que os dé pruebas de mi amor, de mi respeto, de mi zelo y de mi veneracion: desde hoy en adelante procuraré disponerme como es razon para esta grande festividad; haced por vuestra intercesion que sea eficaz esta preparacion.

JACULATORIAS.

Monstra te esse matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus. Eccles.

Hacedme ver en este dia, Vírgen santísima, que sois mi madre; alcanzadme de vuestro Hijo que oiga las súplicas que le hago.

Exquisivit te facies mea: faciem tuam, Domine, requiram. Salm. 26.

No ceso, Señor, de implorar vuestra misericordia, ni cesaré de pediros que me mireis con rostro propicio, especialmente en este dia.

PROPOSITOS.

1. Puesto que el fruto que podemos esperar de las mayores solemnidades depende de las disposiciones con que las celebramos, procura prepararte desde

este dia para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Se viene á los ojos que la primera disposicion necesaria es un corazon puro : aplícate, pues, desde hoy á tener esta pureza por medio de una confesion mas exacta y mas perfecta que las regulares. Hermosea tu alma, por decirlo así, con algunas buenas obras, con alguna limosna, que darás con intencion de prepararte para la fiesta de mañana; y como empieza desde las primeras vísperas de esta tarde, procura asistir á ellas; y si no puedes, suple este defecto con el recogimiento interior, el que puedes observar en medio del tumulto de tus empleos; pero haz cuanto puedas por pasar algun rato en oracion esta tarde en la iglesia.

2. Procura exhortar á tus hijos, á tus criados, á tus inferiores á celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion con toda la devocion posible, haciéndoles conocer las grandes utilidades de esta devocion. Procura, sobre todo, disponer tan bien todos tus negocios, y tomar tan bien tus medidas para mañana, que no haya nada que te ocupe ó distraiga. Es una santa preparacion la de ayunar la vigilia de todas las fiestas de la santísima Vírgen; pero singularmente esta. Sé diligente en levantarte mañana temprano, aun mas de lo ordinario; y haz que todo el dia se pase devotamente.

DIA OCTAVO.

LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Entre todas las festividades que celebra la Iglesia en honor de la santísima Vírgen, no hay otra que sea mas gloriosa que la de la inmaculada Concepcion; por tanto, ninguna debe excitar mas la devocion de

los fieles. En esta festividad celebramos aquel primer instante en que María, saliendo de la nada, se encontró, por una especial gracia, perfectamente hermosa á los ojos de su Criador, quien, habiéndola formado como la obra mas cumplida y mas cabal de su omnipotencia, y habiéndola colmado al mismo tiempo de todos los dones, mas liberalmente que jamás lo habia hecho en favor de todas las criaturas, halló en ella un objeto digno de su amor y de sus mas dulces complacencias. Este primer momento, tan ignominioso y tan fatal á todos los hombres, pues todos comienzan á ser hijos de ira desde el instante mismo que empiezan á vivir; esclavos del demonio tan pronto como hombres; objetos del odio de Dios al mismo salir de la nada; este momento es en María el principio y orígen de todas las bendiciones que Dios puede derramar, al parecer, sobre una pura criatura. Este primer momento, vergonzoso para todos los hombres, es un momento de gloria para ella. Hija del Altísimo, heredera del cielo, digna esposa del Espíritu Santo, precioso objeto del amor de Dios, ve á todos los hijos de Adan esclavos del demonio, herederos del infierno y víctimas de la justicia divina.

Sí, Vírgen santa, exclama el sabio Idiota, vos sois toda hermosa en todo el curso de vuestra vida, sin exceptuar un solo momento, y jamás ha habido en vos mancha alguna de pecado, ni mortal, ni venial, ni original. Solo María ha sido dispensada, por un privilegio singular y único, de aquella ley general de que nadie se ha exceptuado. *No por tí, sino por todos se ha puesto esta ley*, podemos decir de María, mejor que Asuero de la hermosa Ester (1). María en su concepcion fué exenta de aquella ley general, y esto es lo que se entiende por la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen; es decir, que María no tuvo

(1) Esth. 15.

parte alguna en el pecado del primer hombre, y por consiguiente que jamás contrajo la mancha del pecado original, que inficionó toda la descendencia de Adan. Dios, por una gracia especialísima, hizo en favor de María una excepcion de la ley. Sola ella, por un privilegio tan señalado, no fué envuelta en aquel naufragio universal. Se debe exceptuar de la ley general la vírgen María, cuando se trata del pecado, dice san Agustin, el cual no puede sufrir ni aun que se ponga en cuestion si estuvo jamás sujeta á él (1). La razon que alega el santo manifiesta todavía mejor su pensamiento. Porque sabemos, añade este gran doctor, que esta incomparable Vírgen recibió tanto mayores gracias para triunfar enteramente del pecado, cuanto mereció concebir y llevar en su casto seno á aquel que jamás fué capaz de pecado alguno. Esto es lo que movió á los padres del concilio de Trento á declarar que no era su intencion comprender á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios en el decreto en que se trataba del pecado original (2). No habiendo, pues, querido el santo concilio confundirla con el resto de los hombres en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á envolverla en esta maldicion comun?

Este es tambien el motivo que ha tenido la Iglesia, gobernada por el espíritu de Dios, para instituir esta fiesta particular bajo el título de la Concepcion de María. En ella pretende honrar la gracia privilegiada y milagrosa que santificó á la santísima Vírgen en el momento que fué concebida; pudiéndose decir que esta primera gracia es propiamente la que pone el colmo á la plenitud de gracias que recibió, y de la que el ángel la felicitó: porque ¿cómo hubiera podido el ángel saludarla llena de gracia, si hubiera habido en su vida un momento en que hubiese estado pri-

(1) Lib. de Nat. et Grat. cap. 36. — (2) Sess. 5.

vada de ella? La Iglesia quiere que todos los fieles junten sus parabienes en esta festividad para celebrar un tan insigne favor.

En este dichoso momento se cumplió en ella, dicen los padres, lo que Dios habia predicho á la serpiente: *Ella te quebrantará la cabeza* (1). El pecado original, dice san Agustin, es como la cabeza de la serpiente infernal, pues este pecado es el principio fatal por el cual el demonio se hace dueño del hombre (2). Habiendo sido María libertada de la mordedura de esta serpiente en su inmaculada concepcion por una gracia preveniente, dice el célebre Jacobo de Valencia, obispo de Crisópolis, fué propiamente en este momento cuando le quebrantó la cabeza (3); y este insigne privilegio fué quien le hizo decir: *No se alegrará este enemigo sobre mí.*

En virtud de esta predileccion la llama la Iglesia la primogénita entre todas las puras criaturas, y le aplica estas palabras de los Proverbios: *El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos. Dios la protegerá desde el amanecer, desde el primer momento de su vida. Dios la ayudará por la mañana muy temprano*, dice el Profeta (4). *El Altísimo santificó el tabernáculo que escogió para habitar en él. La santidad mas pura debe adornar su casa* (5). Era decente y convenía, dice san Anselmo, que la Vírgen que Dios habia escogido para madre suya, fuese de una tal pureza, que no se pudiese imaginar otra mayor en alguna criatura (6). Habiendo sido criados los ángeles en el estado de la inocencia, la Reina de los ángeles, dicen los padres, ¿debia cederles un solo momento en santidad? ¿cómo era posible que la gracia que Dios concedió á Eva, la primera mujer que trajo al mundo la muerte, la negase á María, que debia dar á luz al autor de la vida?

(1) Gen. 3. — (2) Apud Ench. serm. de Conc. — (3) Sup. Magnificat. — (4) Salm. 45 — (5) Salm. 52. — (6) De Conc. B. V.

Es cierto, dice san Ildefonso, que fué exenta de todo pecado original aquella, por la cual no solo hemos sido libertados de la maldicion que habia traido sobre nosotros nuestra primera madre, sino que hemos alcanzado toda suerte de bendiciones (1). ¿Se podia creer que aquel Dios que crió la primera vírgen sin pecado, haya negado este privilegio á la segunda, dice san Anfiloquio (2)? Debiendo la carne de Jesus ser una porcion de la carne de María, segun la expresion de san Agustin (3), ¿se podria imaginar que este Dios de pureza, tan zeloso de la inocencia y de la santidad mas perfecta; que este Dios, que tiene un horror infinito á la mancha que deja el menor pecado, hubiese permitido que la carne de María, de la cual debia formar su propio cuerpo el Salvador del mundo, hubiese sido jamás manchada? No quiera Dios, exclama san Bernardo, que nos venga al pensamiento el que esta dichosa morada, donde el Verbo hecho carne habitó nueve meses, haya necesitado jamás de ser purgada de la menor mancha (4).

Dijo Dios: hágase la luz, y la luz fué hecha. Esta luz pura, dice san Vicente Ferrer, es la feliz concepcion de la vírgen María; porque fué hecha sin tinieblas, ni sombra alguna de pecado (5). No creais, continúa el mismo padre, que la concepcion de María haya sido como la nuestra. Nosotros somos concebidos todos en pecado; pero en la concepcion de María lo mismo fué formarse su cuerpo y criarse su alma, que ser ella santificada: y en este mismo instante, añade, por haberse encontrado del todo pura, del todo santa, del todo hermosa á los ojos de Dios, los ángeles en el cielo celebraron, por decirlo así, la fiesta de su concepcion.

Queriendo Dios escoger una madre que fuese digna

(1) De partu Virg. — (2) De Deipar. — (3) Serm. de Assumpt. — (4) Serm. 2. — (5) Serm. de Nat.

de sí, para distinguirla, no se propuso ni las ventajas del nacimiento, ni los bienes de fortuna, ni lo elevado de la condicion, ni el resplandor del poder mundano, ni todo aquello que las cualidades naturales tienen de mas brillante, sino solo la gracia santificante, dada desde el primer momento de su concepcion. Habiendo el Verbo eterno resuelto hacerse hombre, siendo árbitro de elegir una madre que estuviese sobre el trono, y de hacerla soberana de todos los reinos del mundo, en nada menos piensa que en eso. Si la hace nacer de una sangre ilustre que reunia en sí el sacerdocio y el reino, no es tanto en vista de la nobleza, cuanto por recompensar la fe de Abrahan, de Isaac, de Jacob y la santidad de David; porque, si hubiera buscado el esplendor del nacimiento, ¿hubiera escogido una nobleza confundida con la plebe, reducida á la condicion de artesano, pobre, oscura, sin nombre, sin cargos y sin empleos? No piensa el Señor en todas estas ventajas que tienen tanto atractivo para nosotros. Estos bienes naturales serian comunes á María con todas las gentes del mundo; la madre de un Dios merece una distincion, un privilegio que le sea de tal modo propio, que no convenga á otra persona que á ella. ¿Pues cuál es esta ventaja que Dios se propone con preferencia á todas las otras, y que hace el carácter y distintivo de la grandeza de María? ¿cuál es esta insigne gracia que la hace digna de ser madre de Dios? ¿cuál es este privilegio singular que la distingue de los Jeremías, de los Bautistas, de todos los mas grandes santos y de todas las vírgenes? Es, sin duda, la gracia insigne y especial que distingue tanto el primer momento de su concepcion. La santificacion en el seno de su madre, un nacimiento del todo santo no hubieran sido un privilegio particular de la Madre de Dios, la que, en sentir de los padres, recibió mas gracias ella sola y mas insignes

favores que todos los santos juntos; y á quien Dios dió todas las gracias, toda la perfeccion, toda la gloria que el entendimiento puede concebir en una pura criatura, dice santo Tomás de Villanueva, y todavía mas de lo que el espíritu humano puede concebir (1); á quien en fin, dice san Bernardino de Sena, Dios dió una gracia tan grande y tan singular, cual podia darse á una pura criatura. No hay, propiamente hablando, otra prerogativa que la de su inmaculada concepcion, que la distinga de todo lo criado.

Toda eres hermosa en tu concepcion, dice el sabio Idiota: ved aquí la sola prerogativa que el Señor ha juzgado digna de la madre que escogió; y ved aquí tambien lo que da un lustre singular á la gloria de la Madre de Dios. Este privilegio único es el que echa el último rasgo de semejanza entre ella y los retratos enigmáticos que el Espíritu Santo ha hecho de ella; entre esta Señora y todas aquellas figuras misteriosas que nos la representan, ya bajo el símbolo de la azucena, cuya blancura se hace admirar en medio de las espinas (2), ya bajo el de un jardin cerrado á la serpiente, y de una fuente sellada. La santísima Trinidad cerró de tal suerte este jardin, dice Ricardo de San Lorenzo, que ha sido impenetrable á todo insulto del enemigo. ¿Qué apariencia, dicen los padres, hay que la que debia ser madre de Dios fuese un solo momento objeto de su odio; que la Reina de los ángeles y de los hombres fuese un solo instante esclava del demonio; y en fin, que la gracia de la inocencia original, concedida á los ángeles y á Eva, fuese negada á María?

¡Qué votos, Dios mio, por espacio de cinco mil años para ver aparecer el Redentor de los hombres! Sepultados todos los mortales en las tinieblas que se habian esparcido sobre la faz de la tierra desde el

(1) Serm. 2, de Nat. (2) Cant. 4.

pecado de Adan, suspiraban por aquel hermoso dia que debia producir el sol de justicia. La inmaculada concepcion de María es la aurora de este dia, dice el venerable Pedro de Cluni. ¡Qué gozo ver aparecer la aurora cuando se espera con impaciencia el dia! La memoria de este gozo tan puro, el primer momento en que esta aurora aparece sin sombra alguna, es lo que la Iglesia celebra en este dia; y como no puede la Iglesia hacer fiesta sino de lo que es santo, segun santo Tomás, la que celebra en este dia demuestra la santidad de esta concepcion inmaculada.

María es aquella vara derecha de que habla el Espíritu Santo, dice san Ambrosio, en la que no se halló ni el nudo del pecado original, ni la corteza del actual. Esto hizo decir á san Juan Damasceno que la naturaleza, antes de producir su efecto respecto de María, habia esperado, por decirlo así, que la gracia produjera el suyo. Los otros hombres, dice san Buenaventura, han sido levantados de su caida por la gracia del Redentor; pero María ha sido sostenida para que no cayera (1). Esto hizo decir á san Bernardino, que María era la primogénita del Redentor del mundo. El impedir la caida es un beneficio mucho mayor que el levantar al que ha caido.

San Buenaventura se explica sobre este insigne favor de un modo todavía mas preciso. Digo que nuestra Señora fué llena de la gracia preveniente en su santificacion, dice este seráfico doctor, esto es, de una gracia preservativa de la mancha del pecado original, el que hubiera contraido por la corrupcion de la naturaleza, si no hubiera sido preservada por una gracia especial, con la que fué prevenida (2): porque se debe creer que por un nuevo género de santificacion la preservó el Espíritu Santo del pecado original, no porque estuviese ya en ella, sino porque

(1) In 3 dist. 2. — (2) Bonav. dist. 13.

hubiera entrado, si por una gracia singular no hubiera sido preservada de él (1).

El angélico doctor santo Tomás, oráculo de la teología, y uno de los mas devotos de la santísima Vírgen, no se explica menos claramente sobre su inmaculada concepcion. He hallado, dice, un hombre sin pecado, es á saber, Jesucristo; pero no he hallado mujer alguna que fuese totalmente exenta de él hasta del original y venial, fuera de la santísima Vírgen, toda pura y digna de toda alabanza (2): bien se puede hallar, dice en otra parte, una criatura mas pura que todo lo que hay puro entre lo criado, si se halla exenta del pecado original; y tal fué la pureza de la bienaventurada Vírgen, la que fué exenta de todo pecado original y venial (3).

En este mismo sentido habla de la inmaculada concepcion de María san Bernardo, uno de los mas devotos de la santísima Vírgen, cuando en su sermon sobre el *Salve Regina*, exclama: Vos habeis sido inocente, María, asi por lo que mira al pecado original, como á los actuales, y no hay otro que lo sea sino vos sola... Porque de todas partes, esto es, de parte del pecado original y del actual sois inocente vos sola: todos los otros, si fueran preguntados, ¿qué podrían decir sino lo que dice el apostol san Juan: Si decimos que no tenemos pecados, mentimos? no hay uno entre los hijos de los hombres, ni grande ni pequeño, que esté dotado de una tan grande santidad, ni tan privilegiado, que no esté concebido en pecado, excepto la madre de aquel que no puede tener pecado, sino que quita él mismo los pecados del mundo (4). Estas palabras las tomó san Bernardo de san Agustin.

Si esta gracia de predileccion, que María hubiera

(1) Idem Sermon. de B. V. — (2) In Epist. ad Gal. edit. 1529. — (3) In 1. Sent. dist. 44, art. 5. — (4) Serm. 15 in Cœna Dom. Parisiis 1640 ex typogr. Reg.

preferido, en sentir de los padres, á la maternidad divina, si el uno ó el otro de estos dos insignes favores se hubieran dejado á su eleccion; si esta gracia, si este privilegio ensalza tanto la gloria de María, no excita menos la devocion de los fieles. Desde el nacimiento de la Iglesia no ha habido siglo alguno en que la inmaculada concepcion de la Madre de Dios no haya sido el objeto de su veneracion y de su culto.

En el primer siglo se ven los dos Santiagos, san Marcos y san Andrés en sus liturgias, y especialmente en la de Santiago el Mayor, referida por Ctesifon y por Alacio. En el segundo san Justino mártir, san Hipólito y san Cipriano. En el tercero san Gregorio Taumaturgo, Orígenes y san Dionisio Alejandrino. En el cuarto san Atanasio, san Ambrosio y san Anfiloquio, que todos hablan de la santísima Vírgen como exenta, por una gracia especial, de toda mancha de pecado. La vírgen María, dice Orígenes, es digna del digno, inmaculada del inmaculado, una del uno, única del único (1). En el quinto siglo tenemos á san Agustin, san Jerónimo, san Máximo de Turin y á Teodoreto. En el sexto á san Fulgencio y san Sábas, á quien se tiene por autor de un oficio á honra de la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, al cual san German, patriarca de Constantinopla, añadió una antífona. En el siglo séptimo están san Ildefonso, Sofronio, patriarca de Jerusalen, y el sexto concilio general, tenido en Constantinopla, que recibió con aplauso la carta de este patriarca, quien llama á María *inmaculada y exenta de todo contagio de pecado.* En el octavo Radberto, abad de Corbia, san Juan Damasceno, Raimundo Jordan, abad de Sellez, tan conocido bajo el nombre de Idiota, que tomó por humildad; y el segundo concilio general Niceno, que llama á la santísima Vírgen mas pura que toda la naturaleza

(1) Orig. t. 4, in Matth.

sensible é intelectual, esto es, mas pura que los mismos ángeles que jamás fueron manchados con el menor pecado, ni original ni actual. En el siglo nono Teófanes y las Meneas griegas tan antiguas (1); estos son unos libros eclesiásticos para el uso de los Griegos, donde está bien señalada su devocion á la concepcion inmaculada: *por singular providencia,* se dice en ellos, *hizo Dios que la sagrada Virgen desde el mismo principio de su vida fuese tan pura como convenia á la que habia de ser digna de tanto bien, esto es, de Cristo.* En el siglo décimo san Gilberto, san Anselmo, el beato Pedro Damiano, cardenal, y san Bruno, fundador de los cartujos. En el undécimo los beatos Ibos de Chartres. En el duodécimo santo Tomás, san Buenaventura y Escoto. En el décimotercio Alberto Magno y Alejandro de Ales. En el décimocuarto san Lorenzo Justiniano. Se cuentan mas de cuatrocientos autores de los tres siglos siguientes, de los cuales los setenta son obispos, célebres todos por su piedad y por su ciencia, todos los cuales han escrito en favor de la concepcion inmaculada de la Madre de Dios. Se puede decir que, despues de las verdades de la fe, no hay una en la cristiandad mas segura, mas sólidamente establecida que la de la inmaculada concepcion de la Virgen santísima.

Los soberanos pontífices hablan siguiendo el lenguaje de los padres. Todos los que han gobernado la Iglesia despues de Sixto IV, excepto tres que, no habiendo vivido mas que un mes en el pontificado, no han tenido tiempo de mostrar su devocion á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, todos los otros han procurado excitar el fervor de los fieles, franqueando los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que honran con un culto religioso á esta inmaculada concepcion.

(1) In Mœnis, hom. de Ann.

El papa Sixto IV, en dos bulas expedidas á este fin, publica un oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen, cuyo fin principal es declarar que fué enteramente preservada del pecado original, y el papa san Pio V, en 1569, dió permiso á toda la órden de san Francisco para rezar este oficio; cuyo permiso extendió á todo el clero secular y regular de España el papa Clemente XIII en 1761. El papa Clemente VII habia ya publicado con el mismo fin un breviario compuesto por el cardenal Quiñones, en el cual, á mas de la oracion, hay en los maitines un invitatorio en estos términos: *Celebremos la concepcion inmaculada de la vírgen María; y adoremos á Jesucristo, nuestro Señor, que la preservó.* Fuera de esto, en los himnos que Zacarías, obispo de Guardia, compuso de órden y con la aprobacion del papa Leon X y de Clemente VII, se dice que nuestra Señora fué criada en estado de gracia. Alejandro VI y Adriano VI aprobaron que algunas comunidades religiosas tomasen el título de órden de la Concepcion inmaculada de la vírgen María, y las honraron concediéndoles muchos privilegios. Pocos papas ha habido que no hayan concedido muchas indulgencias á las cofradías erigidas bajo el título de la inmaculada Concepcion y en favor de esta fiesta. El célebre padre Antiste, de la órden de Predicadores, hace mencion de una órden de religiosas, fundada en honor de la inmaculada concepcion de la Reina del cielo, con la autoridad del papa Inocencio VIII, y confirmada despues por Julio II el año 1507 á 17 de setiembre. En la regla que este papa da á estas religiosas, despues de haber dicho en el capítulo primero que las que entran en esta órden pretenden honrar la concepcion inmaculada de la Madre de Dios, añade que entrar en esta órden es hacer un servicio singular á esta augusta Reina. Manda igual-

mente que las religiosas anden vestidas de un hábito y escapulario blancos, y de un manto de color azul celeste; y la razon que da de esta ordenanza es, que con este vestido dan á entender que el alma de la santísima Vírgen desde su creacion fué hecha de un modo particular templo del Hijo de Dios. El papa Paulo V prohibe, bajo graves penas, que se predique, se enseñe ó se escriba que la santísima Vírgen pecó en Adan; y Gregorio XV extiende esta prohibicion hasta los discursos particulares y conferencias. El papa Alejandro VII, en un nuevo decreto de la inmaculada concepcion, su data 8 de diciembre de 1661, dice que es una antigua piedad de los fieles creer que la Madre de Dios fué preservada de la mancha del pecado original, é hizo que su fiesta se celebrara en Roma con magnificencia. No hay iglesia particular que no tenga la misma devocion, y no procure esmerarse en celebrar con solemnidad la misma fiesta todos los años.

Se puede decir que se ve el mismo zelo para con la concepcion inmaculada de la santísima Vírgen en los mas antiguos concilios. El concilio general de Éfeso, tenido el año 431, llama á la santísima Vírgen inmaculada, esto es, como lo interpretó Sofronio, citando á san Jerónimo: *por eso inmaculada, porque en nada fué corrompida.* El cuarto concilio de Toledo del año 634 aprueba con elogio el breviario reformado por san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el que hay oficio de la inmaculada concepcion señalado para toda la octava, y en todo él se dice preservada, por un privilegio singular, del pecado original. El concilio undécimo de 675 hace un elogio de la doctrina de san Ildefonso, y da bastante á entender alabando á este ilustre devoto de María, que esta Señora no fué comprendida en el pecado original.

La devocion particular que tienen todas las órdenes

religiosas á la inmaculada concepcion; el zelo de todas las universidades; el unánime consentimiento de todos los pueblos en honrar este primer privilegio de la Reina de los cielos, principio y fundamento de todos los otros, todo esto hace esta fiesta todavía mas célebre. El sabio padre Antiste, en su admirable tratado de la inmaculada Concepcion, prueba que desde santo Domingo hasta su tiempo, todos los grandes y santos personajes que ha habido en su órden, cuyo número es bien grande, han empleado su zelo y su ciencia en adelantar la gloria de la Madre de Dios, y singularmente en defender su inmaculada concepcion. Las célebres órdenes de san Benito, de las Camáldulas, de los Cartujos, del Cister, de Cluni, de los Premonstratenses, y todas las que han venido despues de ellas, todas hacen profesion de honrar la santidad privilegiada de la vírgen María en este primer momento, y de darle testimonio de su zelo y tierna devocion con la magnificencia de su culto. Las mas célebres universidades de Europa, y en particular las de París, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Sevilla, Valencia, Praga, etc., tienen estatuto de no admitir al grado de doctor á quien no se obligue á defender la inmaculada concepcion de la vírgen María. Lo mismo practican muchas hermandades y cofradías. El concilio de Basilea lo decidió en la sesion 36 como una verdad de fe; pero no habiendo aprobado el papa este concilio, su decision no tiene fuerza de ley, ni está recibida en toda la Iglesia.

A fines del siglo décimocuarto Juan de Monzon, doctor en teología, habiendo osado enseñar que la santísima Vírgen fué concebida en pecado, sublevó contra sí á todos los fieles. La universidad de París censuró y condenó como falsa y escandalosa esta opinion. El obispo Pedro de Orgemonte confirmó esta censura, y condenó solemnemente las proposiciones

del doctor en presencia de una infinidad de personas que habian concurrido á este espectáculo, como al triunfo de la santísima Vírgen. Habiendo sido llevado el negocio al papa, despues de un exámen de cerca de un año, confirmó el soberano pontífice la sentencia del obispo de Paris, y la censura de la universidad; pero no habiendo querido el doctor sujetarse á ella, le excomulgó el papa con todos sus adherentes por una bula expedida expresamente á este fin.

Habia ya mas de 700 años que la iglesia griega celebraba la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, como es fácil mostrarlo por las tablas de los Griegos, cuando se comenzó á celebrar en el Occidente á principios del siglo doce. Hallándose un abad de Normandía, llamado Elsin, en una furiosa tempestad de mar, tuvo revelacion que evitaria el naufragio si hacia voto á Dios de celebrar en su monasterio la fiesta de la inmaculada Concepcion. Hizo el voto, la tempestad cesó, y la fiesta fué celebrada con la mayor solemnidad. De Normandía pasó la celebridad á Inglaterra, donde se solemnizó todavía mas por el zelo y devocion de san Anselmo: de Inglaterra pasó luego á Francia. La iglesia de Leon, tan célebre por su antigüedad, por el número de sus mártires, y singularmente por su tierna devocion á la santísima Vírgen, fué la primera en celebrar públicamente la fiesta de su inmaculada Concepcion el año de 1145. San Bernardo, aunque tan zeloso de la gloria de la Madre de Dios, no creyendo que una iglesia particular pudiese establecer una fiesta nueva sin la autoridad de la santa sede, escribió á los canónigos de Leon aquella famosa carta, en la que, bien lejos de condenar su sentimiento sobre la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, el que ciertamente no era diferente del suyo, despues de haber alabado su zelo y su piedad, se toma la libertad de

representarles que, antes de hacer una novedad tan extraordinaria, debian á lo menos consultar á la santa sede, sin cuyo permiso no se debe introducir en la Iglesia novedad alguna. *Me admiro*, les dice, *que hayais introducido una nueva fiesta que la Iglesia no celebra*. Convengo en que se debe honrar á la Vírgen santísima cuanto sea posible; pero aprobar y reglar el culto, corresponde á la Iglesia. *Por lo que á mí toca, hago profesion de no seguir sino lo que ella me enseña.* La Iglesia me dice que honre el triunfo de su gloriosa asuncion á los cielos, y el dia feliz de su nacimiento santísimo sobre la tierra. No hay duda que la Madre del Señor fué santificada antes de nacer; no es permitido creer que Dios haya negado á María los privilegios que ha concedido á otros. Pero á sola la Iglesia, prosigue el santo, toca determinar las fiestas que debemos celebrar. Para autorizar san Bernardo su delicadeza sobre esta novedad, dice que hasta que la Iglesia haya hablado, nada se puede decidir sobre este artículo. *Siendo esto así*, añade, *¿qué razon teneis para celebrar la fiesta de la Concepcion?* Si creeis que María fué verdaderamente exenta del pecado original, y por consiguiente que su concepcion es toda santa, no debíais obrar por vuestro propio dictámen, sino que debíais consultar á la santa sede. El santo doctor acaba su carta protestando que cuanto ha dicho sobre este particular lo sujeta á la autoridad de la santa sede, estando pronto y dispuesto á corregir todo lo que no fuere conforme á su juicio. Esta docilidad de san Bernardo para con la santa sede ¿puede hacer balancear un momento sobre el partido que hubiera tomado si la hubiese visto declararse tan abiertamente como lo ha hecho despues en favor de la inmaculada concepcion, de la que ha ordenado se celebre fiesta con octava en toda la esia?

La iglesia de Leon recibió esta carta con respeto, alabó el zelo de san Bernardo; pero no defirió un punto á su representacion. La fiesta de la inmaculada Concepcion se ha celebrado cada año en ella con mas solemnidad; y se puede decir que como en la cristiandad no hay iglesia particular mas noble, mas ilustre y mas respetable que la de Leon, tampoco hay otra mas amante de promover la gloria y el culto de la santísima Vírgen. Sus ritos y costumbres, épocas sagradas de la mas venerable antigüedad, publican bastantemente cuál es su devocion á la vírgen María. Ninguna de sus fiestas deja de celebrarse con solemnidad. Se ven siempre quince ministros oficiando en el altar el dia de todas sus fiestas.

Jamás se pronuncia en el oficio el nombre de María sin que se haga en señal de respeto una genuflexion ó inclinacion de cabeza. Todos los dias se cantan al fin de completas una antífona y una oracion particular en honra suya; y cinco veces al año todos los miembros de este ilustre cabildo, con velas encendidas en las manos, se ven cantar himnos de alabanza y de accion de gracias á honra de la santísima Vírgen. Lo que añaden en el *Gloria* durante la misa es una prueba no menos insigne de su devocion: *Qui tollis peccata mundi*, dicen, *suscipe deprecationem nostram ad Mariæ gloriam*: tú, que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra súplica para gloria de María. *Quoniam tu solus sanctus Mariam sanctificans, tu solus Dominus Mariam gubernans, tu solus Altissimus Mariam coronans, Jesu Christe*; porque tú, ó Jesucristo, eres el solo santo que santifica á María, el solo Señor que gobierna á María, el solo Altísimo que corona á María.

Aunque la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima no sea de precepto sino despues de las bulas de Sixto IV, sin embargo se celebraba ya

por devocion en la mayor parte de las iglesias de Inglaterra, Francia, Italia y España, y en todas partes con mucha piedad y fruto.

El gran Luis XIV, rey de Francia, admiracion y milagro de su siglo, no contento con haber renovado por una declaracion de 1650 la consagracion solemne que el difunto rey su padre Luis XIII habia hecho de su persona, de su familia real y de su reino á la santísima Vírgen, en 1667 quiso señalar todavía mas su piedad para con la misma Vírgen, impetrando del papa Clemente IX una octava de la fiesta de la inmaculada Concepcion; y se ha notado que desde entonces el reinado de este gran príncipe ha sido una continuacion de prosperidades y maravillas.

El año de 1647 el emperador Fernando III de este nombre, hizo una igual consagracion de su persona y de sus estados á la santísima Vírgen, bajo el título de su Concepcion inmaculada, y para hacer eterna la memoria de este ofrecimiento mandó erigir en la plaza mayor de Viena una soberbia columna adornada de emblemas y de figuras, que son otros tantos símbolos de la victoria que María ha conseguido sobre el pecado. Sobre esta columna se lee la inscripcion siguiente: *Deo Optimo, Maximo, Supremo cœli, terræque Imperatori, per quem reges regnant. Virgini Deiparæ, Immaculatæ conceptæ, per quam principes imperant; in peculiarem Dominam Austriæ Patronam, singulari pietate susceptæ se, liberos, populos, exercitum, provincias, omnia denique confidit, donat, consecrat, et in perpetuam rei memoriam Statuam hanc ex voto ponit Ferdinandus III Augustus.* Casi en los mismos términos el rey don Juan I de Aragon y de Valencia, el año 1394, hizo igual consagracion de su persona y de su reino á la Vírgen santísima con una declaracion auténtica en favor de su inmaculada Concepcion.

Son bien notorios el culto y la devocion de todos los Españoles para con la santísima Vírgen; y sobre todo se sabe cuál es su devocion y su zelo por la inmaculada concepcion. Esta fiesta hace muchos años que en España es de las mas solemnes; y en las córtes de Madrid de 1760, María santísima, bajo el título de la inmaculada Concepcion, se tomó por patrona de todos los dominios sujetos al rey Católico á proposicion de su devotísimo rey Carlos III, autorizada por el papa Clemente XIII. Ningun predicador secular ó regular deja de comenzar un sermon en este reino con estas palabras: Sea bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar, y la inmaculada concepcion de María santísima, Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser y animacion. Amen.

Finalmente, en el oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, y publicado en dos bulas de Sixto IV, cuyo principal fin es declarar que fué enteramente preservada del pecado original, se encuentra la oracion siguiente, que es la que ya regularmente se dice en toda España (1).

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Concepcion de la gloriosa y siempre vírgen María, Madre de Dios.

En Roma, san Eutiquiano, papa, quien enterró por sus propias manos trescientos cuarenta y dos mártires en diferentes lugares. Habiéndoles con el tiempo sido *asociado*, *fué coronado con* el martirio bajo el emperador Numeriano, y enterrado en el cementerio de Calisto.

En Alejandría, san Macario, mártir, quien, instado

(1) La oracion que aquí se indica es la de la misa del dia, y se halla en la pág. siguiente despues del Martirologio.

en tiempo de Decio por el juez á que renegase de Jesucristo, y mostrando todavía mas constancia en confesar la fe, fué condenado á ser quemado vivo.

En Tréveris, san Eucario, discípulo del apóstol san Pedro, y primer obispo de aquella ciudad.

En la isla de Chipre, san Sofronio, obispo, que se mostró en todas ocasiones ser el defensor admirable de los pequeños, de los huérfanos y de las viudas, y el amparo de los pobres así como de todos los angustiados.

En el monasterio de Luxeul, san Romarico, abad, quien, ocupando en la corte del rey Teodoberto el primer puesto, renunció al siglo, y se puso tambien en el primer lugar por su exactitud en la observancia monástica.

En Constantinopla, san Potapio, solitario, esclarecido en virtudes y milagros.

En Verona, la consagracion de san Zenon, obispo.

En San Andrés, cerca de Villanueva de Aviñon, santa Casaria.

En Vaux de Cernay, en la diócesis de París, san Tibaldo de Marly, del órden Cisterciense, noveno abad de Vaux.

En Siené de Egipto, santa Hidra.

En Italia, san Segundino, confesor.

En el pais de Turinge en Alemania, santa Gontilda, abadesa.

En Sicilia, santa Ravenosa, venerada como vírgen.

La misa es en honra de la inmaculada Concepcion, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per immaculatam Virginis conceptionem dignum Filio tuo habitaculum præparasti: quæsumus, ut qui ex morte ejusdem filii tui prævisa, eam ab omni labe præ-

O Dios, que por la inmaculada concepcion de la Vírgen preparaste una morada digna para tu Hijo; te suplicamos, que así como por la muerte prevista de este Hijo la preservaste de toda

servasti; nos quoque mundos ejus intercessione ad te pervenire concedas. Per eumdem Jesum Christum...

mancha, nos concedas tambien por su intercesion la gracia de ir á vos despues de esta vida purificados de nuestros pecados. Por el mismo Jesucristo...

La epistola es del cap. 8 *del libro de los Proverbios.*

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant: necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar: adhùc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terræ. Quando præparabat cœlos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando æthera firmabat sursùm, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis, ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terræ. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum, et deliciæ meæ esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me,

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio, antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole: antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas, para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él disponiendo todas las cosas: y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora,

et qui vigilat ad fores meas quotidiè, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios, y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta: el que me hallare, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

NOTA.

« Esta epístola se ha tomado del libro de los Pro-
» verbios de Salomon. Todo este libro es verdadera-
» mente inspirado; su estilo es parabólico y figurado.
» Salomon habla en él, con especialidad en este
» capítulo, de la sabiduría de que habia sido dotado;
» pero el Espíritu Santo encerró en él muchos senti-
» dos místicos bajo de sus figuras; y la Iglesia,
» gobernada siempre é ilustrada por el Espíritu Santo,
» descubre en ellas el verdadero retrato de la santí-
» sima Vírgen, la que fué el objeto principal de los
» designios eternos de Dios, como que era la pri-
» mera y mas privilegiada de las puras criaturas. »

REFLEXIONES.

El Señor me ha poseido desde el principio de sus caminos. ¿Quién es esta hija favorecida del cielo, á quien la Iglesia aplica estas palabras, y que puede gloriarse de no haber estado jamás bajo de la esclavitud del demonio? Es una pura criatura que Dios escogió por madre desde la eternidad. ¿Nos pasmaremos en vista de esto que el Señor haya sido tan zeloso de la posesion de su corazon, y que se haya reservado sus primeros homenajes? Es un templo donde debe residir toda la plenitud de la divinidad. ¿Debe pasmarnos el que Dios no sufra en él la menor

profanacion? *No es hombre, es Dios para quien se prepara esta habitacion* (1). Es preciso que María sea exenta del pecado original, porque el Hijo de Dios debe nacer en su seno como en su templo; y el primer uso de su destino y de su oficio merece el privilegio de su santidad. No se debe discurrir de su concepcion como de la concepcion de los otros hombres. María parece exteriormente una mujer como las demás; pero es un templo que la gracia prepara para Dios. Y si para honrar el templo de Jerusalen quiso Dios, en cierto modo, presentarse él mismo, bajando sensiblemente en figura de una nube; ¿no era preciso que habiendo formado el designio de bajar al templo vivo de María, le consagrase tambien? En este templo no debe preceder la construccion á la consagracion, como sucede en los otros: es necesario que el primer momento de su vida sea asimismo el de su consagracion, para que de este modo se pueda decir de ella lo que se dijo del templo de Salomon, que Dios le llenó de su majestad y de su gloria. De tal suerte llenó Dios todos los estados de la vida de María de su gracia y de su gloria, que ninguno estuvo vacío de Dios; y por consiguiente el primer momento de su concepcion estuvo lleno de su majestad, y consagrado con su gloria. En el templo de Salomon no se oyó, cuando se edificaba, ni martillo, ni cuña, ni ruido de otro instrumento: figura perfecta de la pureza y de la santidad de la concepcion, y de toda la vida de la santísima Vírgen. Es esta Señora el arca de Noé, que se salva sola de las aguas que anegaron á todos los habitantes de la tierra. Es el arca de la alianza fabricada de una madera incorruptible, y adornada de un oro finísimo por dentro y por fuera. Es un espejo sin mancha que jamás ha sido empañado con el soplo de la serpiente;

(1) I. Par. 9.

Es una sangre de que el Espíritu Santo debe formar un cuerpo para el mismo Dios. ¿No es justo, pues, que impida el que se corrompa? El Santo de los santos ¿podria unir á sí una carne manchada con el pecado? Aprendamos de la Iglesia á reverenciar en María una prerogativa tan singular, sin querer escudriñar este misterio con una curiosidad infiel, que deroga mucho á la gloria de la Madre del Salvador. Pero ¿qué instruccion debemos sacar de aquí para nuestra edificacion, siendo hijos de ira y de odio? ¿Podemor evitar la triste desgracia en que fuimos envueltos desde el primer momento de nuestro orígen? ¿podemos hacer que este momento fatal no sea un momento de maldicion para nosotros? No por cierto; pero podemos aprender de esta prerogativa la idea que es preciso formar de la gracia santificante, por la distincion que Dios pretende hacer de María, dándosela desde el primer instante de su orígen, y asimismo el horror que Dios tiene al pecado, y el que nosotros debemos tener, pues Dios exime á María de la ley comun para no unirse á una carne que hubiera estado un solo momento manchada con el borron del pecado. Nosotros no podemos impedir el ser concebidos en pecado; pero podemos y debemos vivir sin pecado, con la ayuda de la gracia, que á ninguno falta.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por la inmaculada concepcion de la Vírgen santisima se entiende aquel insigne y singular privilegio, por el cual preservó Dios á esta dichosa criatura de la mancha del pecado original, que inficionó á toda la posteridad de Adan. Todo el mundo sabe que el privilegio es una ley particular, que exime á las personas privilegiadas de una ley comun á que todos los demás están sujetos. El privilegio, pues, tanto es mas apreciable, cuanto la ley de que exime es mas universal y mas dura. María en su concepcion fué sustraida de la ley que sujetaba todos los hombres al pecado. ¿Y hubo jamás ley mas dura y mas comun? Imagina, si es posible, el precio, la grandeza, la excelencia del privilegio de la inmaculada concepcion de María. Es tal este privilegio, dicen los doctores y los padres, que, si se hubiese dejado á la eleccion de María, ó el ser madre de Dios, ó el ser concebida sin pecado, hubiera preferido la inmaculada concepcion á todas las otras preeminencias, y á la misma maternidad divina. Conociendo á Dios la santísima Vírgen, y amándole en aquel alto grado en que le conocia y amaba, ninguna prerogativa, ninguna gracia, ninguna dignidad le hubiera parecido capaz de indemnizarla de la desgracia de haber estado un solo momento en la enemistad de su Dios. Aprendamos la idea que debemos formar del pecado. A la verdad, si la augusta calidad de madre de Dios pedia que fuese exenta de toda corrupcion despues de su muerte, y de toda mancha de pecado venial durante

su vida; ¿cuánto mas pedia esta incomprensible dignidad, que fuese exenta del pecado original? ¿qué apariencia de verdad puede tener, qué decencia seria el que la Madre de Dios estuviese en el primer instante de su vida bajo la tiranía del demonio? ¿qué bien pareceria que pudiendo este Dios eximirla de él tan fácilmente, hubiese querido que fuese su esclava? Por otra parte, ¡cuán glorioso es para la Madre de Dios este insigne privilegio! ¡de cuántos dones, de cuántos privilegios no es orígen y fundamento! Supuesta esta verdad, la santísima Vírgen fué colmada de los mas grandes favores en este primer momento; y en este primer momento estuvo ya llena de gracia: *Vos sola poseeis*, dice san Bernardo, *todas las virtudes y méritos de todos los santos juntos*. ¿Con qué devocion, pues, y con qué culto no se debe honrar y celebrar el primer momento de la mas santa vida? Como todos los rios entran en el mar, dice san Buenaventura, así todos los torrentes de gracias y bendiciones que salen del seno de Dios, y se reparten por todos los santos, se reunieron en el corazon de María en el primer momento de su vida, en el cual fué ya santificada. ¡Cuán justo y debido es celebrar este dichoso momento con todas las demostraciones de gozo y de la solemnidad mas perfecta! Un hijo bien nacido mira como la mas natural y mas justa obligacion el tomar toda la parte que puede en las prosperidades y en la gloria de su madre. La naturaleza, la razon, el reconocimiento inspiran á todos los hijos estos sentimientos. Se han visto y se ven todos los dias soberanos que hacen dar á sus madres los honores del triunfo, que ellos mismos han rehusado para sí, deseando que los pueblos hiciesen fiestas solo para honrar á sus madres. ¡Cuál debe ser, pues, el gozo, la veneracion, la alegría de todos los verdaderos fieles en este dia! ¿con qué devocion, con qué

gusto, con qué fervor no debemos celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios? De todas las fiestas instituidas en honra suya, ¿qué otra le es mas agradable, y en qué otra se complace mas? Nuestra tibieza y nuestra indiferencia en esta ocasion ¿no seria una prueba de nuestro poco reconocimiento, de nuestra poca confianza y de nuestro poco amor? El no tener sino una mediana devocion á la inmaculada concepcion de la Madre de Dios ¿podria ser una prueba sensible de nuestra veneracion y de nuestra ternura?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en esta admirable santificacion hay tres prerogativas singulares, tres ventajas que jamás se han encontrado juntas en la santificacion de otra pura criatura; y son, que la santificacion de la santísima Vírgen fué original, inalterable y siempre fué en aumento. Los ángeles, Adan y Eva fueron criados con la gracia santificante; pero podian perderla; y en efecto, Adan y Eva la perdieron, como tambien los ángeles rebeldes. Pero María en su inmaculada concepcion estuvo llena de una santidad que jamás perdió, y que era incapaz de perderla, no por naturaleza, sino por gracia. Los apóstoles fueron confirmados en gracia despues de la venida del Espíritu Santo; pero á mas de que habian sido pecadores, no estaban exentos de faltas leves; al paso que María, desde el primer instante de su vida, fué inmutablemente abrasada del mas puro amor de Dios, inmutablemente unida con su Dios, y por un particular favor exenta toda su vida de faltas aun las mas leves. Los bienaventurados en el cielo están libres de toda imperfeccion, y gozan de una santidad incapaz de alteracion; pero esta santidad no puede crecer ni ser mas perfecta: la de María, al contrario, siempre fué cre-

ciendo, multiplicándose al infinito, por decirlo así, todo el tiempo que vivió sobre la tierra. Esta primera gracia estuvo acompañada de los dones del Espíritu Santo, de los hábitos infusos, de las virtudes morales é intelectuales, de los dones de profecía, de milagros, de inteligencia de las Escrituras en el mas alto grado de perfeccion. Las nieblas que ofuscan el entendimiento de los otros niños, no oscurecian las luces del suyo. Su corazon no estuvo ocupado desde entonces sino en amar ardientemente á aquel divino Esposo, de quien debia ser un dia madre; y el tiempo que es perdido para el resto de los hombres, fué para ella un tiempo de mérito y de bendiciones. ¡Qué gracia, qué gloria la de María en este primer momento! No se puede decir, ni aun se puede comprender lo que valió este privilegio. Porque, ¿qué progresos no debia hacer en la santidad una alma que tenia mas gracia que todos los serafines, y que no sentia ninguna de las imperfecciones de la naturaleza corrompida? ¿A qué grado de contemplacion no debió elevarse la que no sentia el peso de su cuerpo, y la que tenia un espíritu tan ilustrado? ¿cuál debió ser el exceso de su amor á Dios, pues, lejos de que le entibiasen las otras pasiones, podia hacer servir todas sus demás pasiones para inflamarle mas y mas cada instante? ¡Cuál debe ser, Dios mio, nuestra admiracion, nuestra ternura, nuestra veneracion para con vuestra Madre en este primer instante de su concepcion! Pero ¡con qué devocion debemos celebrar esta fiesta!

Vírgen santa, Vírgen inmaculada, yo creo firmemente que Dios te poseyó desde el principio; creo que no solo tu concepcion, sino tambien toda tu vida estuvo sin mancha, y que amaste á Dios sin interrupcion alguna hasta el último instante de tu vida. Haz, Vírgen santa, que por esta confianza que tengo en tu bondad, entre en la amistad de tu Hijo para no

perderla jamás; y que, honrando toda mi vida tu concepcion inmaculada, lo mejor que me sea posible, alcance por tu intercesion la gracia de una santa muerte.

JACULATORIAS.

Tota pulchra es, et macula non est in te. Cant. 4.
Eres toda hermosa, amada madre mia; y no hay mancha alguna en tí.

Sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam conceptionem. Eccl.
Todos los que celebran, ó Vírgen santa, tu inmaculada concepcion, experimenten los efectos de tu proteccion.

PROPOSITOS.

1. Como no hay misterio de la santísima Vírgen, ni fiesta establecida en honra suya que le sea mas agradable que la de su inmaculada concepcion, se puede decir que tampoco hay otra en que la santísima Vírgen sea mas liberal para con los que la celebran con fervor, y tienen una particular devocion á este misterio. Sé tú de este número: ten toda tu vida una singular devocion á esta inmaculada concepcion; quiero decir que no se te pase dia alguno sin honrar á la Vírgen santísima concebida sin pecado. Da gracias á Dios todos los dias por este privilegio singular, por esta gracia única que hizo á su madre. Ten en tu oratorio ó en tu cuarto la imágen de la inmaculada concepcion de María. Salúdala muchas veces entre dia con esta corta oracion jaculatoria: *Ave, Maria, sine labe originali concepta*: Dios te salve, María, concebida sin pecado original. Inspira esta santa devocion á tus hijos, á tus criados, á tus amigos y á todo el mundo. Celebra esta fiesta con mas solemnidad que las otras. Reza todos los dias el oficio Parvo de la inmaculada concepcion, el que puedes rezar

cómodamente mientras oyes misa. Se ha notado de muchos siglos á esta parte, que no hay santo ni verdadero devoto de la Vírgen, que no tenga una particular devocion á su inmaculada concepcion.

2. Es una obra de piedad muy agradable á la Madre de Dios vestir de blanco el dia de hoy á alguna pobre doncella en honra de este misterio. Tambien es una obra muy piadosa celebrar su octava, haciendo cada uno de los ocho dias una oracion, una limosna, ó alguna otra buena obra con esta intencion, y comulgando lo mas á menudo que se pueda durante esta octava. Si hay una iglesia ó capilla donde la santa Vírgen sea honrada, particularmente bajo la invocacion de la inmaculada Concepcion, vé á ella á hacer oracion una vez cada dia de la octava. De la oracion siguiente, que se debe rezar todos los sábados del año, puede servirse tu devocion estos ocho dias.

ORACION

A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Vírgen santísima, concebida sin pecado, toda hermosa y sin mancha desde tu primer instante, gloriosa María, llena de gracia, y madre de mi Dios, que por solo este título mereces tan justamente los mas profundos respetos de los hombres y de los ángeles, yo te adoro humildemente como á digna madre de mi Salvador, el cual, aunque es Dios, me ha enseñado por su deferencia, su respeto y su sumision, qué honras y qué homenajes te debemos tributar; dígnate recibir el que te tributo el dia de hoy. Tú eres el asilo seguro de los pecadores penitentes : yo, pues, tengo derecho de recurrir á tí. Eres la madre de misericordia; y así no puedes dejar de compadecerte de mis miserias. Despues de Jesucristo eres toda

nuestra esperanza; y así es imposible que no gustes de la tierna confianza que tengo en tí.

Penetrado de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor y de reconocimiento por todos los beneficios que he recibido de Dios por tu mediacion, vengo á consagrarme para siempre á tu servicio, persuadido de que jamás seré agradable al Hijo, si no soy siervo fiel de la Madre: como tal, reina y madre mia, alcázame de mi Salvador Jesucristo, tu querido Hijo; una fe viva, una esperanza firme, un amor de Dios tierno, generoso y constante. Propongo desde hoy honrar tu inmaculada concepcion cuanto me sea posible: Alcázame una pureza de cuerpo, de espíritu y de corazon, que jamás se tizne ni se empañe: una humildad sincera, que jamás se altere: una paciencia en las adversidades, que jamás se turbe: una sumision á la voluntad de Dios, que jamás esté partida con las criaturas: una perseverancia en la práctica de la virtud, que jamás decaiga; finalmente, aquella gracia última, aquella santa muerte, que pone el sello á la bienaventuranza de los elegidos.

Reconocido al favor que me haces de querer admitirme en el número de tus hijos y de tus siervos, permíteme que te mire, te honre y te ame de hoy en adelante como á mi querida madre; que recurra á tí en todas mis necesidades; y que me atreva á asegurarte que con la ayuda de la gracia, que estoy seguro me alcanzarás, no haré jamás cosa que me haga indigno de la augusta calidad de siervo é hijo de María. No permitas que yo quebrante jamás una voluntad y una protesta tan sincera. Protégeme durante la vida, y asísteme con especialidad en la hora de mi muerte. Así sea.

DIA NUEVE.

SANTA LEOCADIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La España ha sido en todos tiempos un campo fértil en grandes santos, y la sangre de los muchos gloriosos mártires, con que fué regada desde los primeros siglos de la Iglesia, ha aumentado considerablemente su número. Entre tantos héroes cristianos se vió un prodigioso número de doncellitas que, elevándose sobre la delicadeza de su edad y de su sexo por su constancia en la fe, insultaron la barbarie de los mas crueles tiranos, y vinieron á ser unos milagros de la gracia. Una de las mas célebres entre todas estas vírgenes mártires es santa Leocadia. Era natural de Toledo, ciudad bien conocida en España: su familia era de las mas antiguas y nobles del país; vino al mundo á fines del tercer siglo. Como sus padres eran cristianos, tuvieron cuidado de educarla segun los principios y máximas de la religion cristiana. El natural y las inclinaciones de la jóven Leocadia abreviaron mucho las lecciones de su educacion. Como si solo hubiera nacido para la piedad, ignoró los entretenimientos mas ordinarios de los niños. Prevenida desde la cuna de las mas dulces impresiones de la gracia, hizo creer por su conducta que su virtud habia prevenido á la edad de la razon: tanta era la cordura, tanto el juicio que manifestaba desde sus mas tiernos años. Su principal diversion era la oracion; y aunque dotada de un espíritu vivo y desembarazado, de una rara belleza, y de todas aquellas brillantes prendas en que de ordinario fundan su principal mérito las de su sexo, no conoció

otras galas sino las que da la virtud; y ninguna cosa tenia atractivo para ella sino el retiro. Su modestia inspiraba veneracion y respeto. Era mirada en Toledo como un prodigio de talento y de santidad; y pasaba hasta en el dictámen de los paganos por la doncella mas cabal que habia en España.

Vivia Leocadia en su casa como verdadera religiosa, y estaba en esta alta reputacion de prudencia y de virtud en toda la ciudad, cuando Daciano, gobernador de la España Tarraconense, fué enviado á Toledo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, con órden de valerse de todos los medios imaginables para exterminar el culto del verdadero Dios. Quizá no hubo jamás tirano mas cruel ni mas bárbaro, ni mas enemigo del nombre cristiano. Lo mismo fué llegar á su gobierno, que hacer publicar los edictos de los emperadores contra todos los que profesaban la religion cristiana, y empezar á perseguir á los fieles con furor. No se veian en todas partes sino horcas y cadalsos: no se hablaba sino de crueles tormentos y de ejecuciones: las cárceles estaban llenas de cristianos, y en todas partes no se presentaban á la vista sino destrozos y una horrorosa carnicería.

Habiendo venido á Toledo Daciano, respirando rabia y furor contra los cristianos, hizo publicar los edictos de los emperadores, y prohibió so pena de la vida adorar á otro dios que á los dioses de los emperadores. Mandó que se hiciese una rigorosa pesquisa de todos los cristianos, y se diese una lista de ellos. Ejecutóse la órden: Leocadia era demasiado conocida hasta de los paganos para no tener la gloria de estar puesta á la cabeza de esta lista. El gobernador se informó primero quién era la doncella que hacia profesion de una religion proscrita por los emperadores: le dijeron que era una jóven de la primera calidad, cuyos antepasados habian ocupado hasta

entonces los primeros empleos del estado, y que mil bellas cualidades la hacian recomendable, pero que era cristiana; y como su gran virtud, la pureza de sus costumbres y su modestia tenian embelesado al público, hacia honor á su religion, y desacreditaba altamente con su ejemplo el culto de los ídolos. Desde luego comprendió Daciano que, si podia pervertirla, ninguna cosa adelantaria tanto sus designios como esta conquista; y así mandó que se la trajeran. Apenas oyó Leocadia que la llamaba el gobernador, se dispuso para el martirio. Renovó el voto que habia hecho á Dios de su virginidad, y con un nuevo fervor le hizo sacrificio de su vida. Despues de lo cual, animada de un valor que solo Dios puede inspirar, se fué á palacio, y se presentó al gobernador con una intrepidez verdaderamente cristiana.

Al verla Daciano, quedó prendado y embelesado de su compostura y modestia: se levantó para hacerle este honor, y con un tono dulce, afable y respetuoso le dijo: Estoy informado de la nobleza de tu nacimiento, del mérito de tus abuelos, y de las bellas calidades de tu persona. Yo mismo veo que por brillante que sea el retrato que se me ha hecho de tí, es inferior á tu propio mérito. Haré saber á los emperadores el tesoro que se oculta en Toledo; y tú debes esperar ser llamada muy en breve á la corte, en donde harás un papel muy brillante, y hallarás bien pronto un partido digno de tu nacimiento. A la verdad, te han querido hacer no muy buenos servicios para conmigo, delatándote como cristiana; pero yo no he querido escuchar la calumnia: tienes sobrado entendimiento, y eres muy prudente para dejarte arrastrar de una secta que miran con horror todas las gentes de bien, y que está proscrita en todo el imperio.

Santa Leocadia escuchaba todo este razonamiento

sin decir palabra, con los ojos bajos, y sin mostrar en su semblante ni terror ni alteracion alguna. Habiendo acabado de hablar Daciano, tomó la palabra nuestra santa, y con un tono de firmeza y de seguridad, sin faltar jamás á su modestia, le dijo: Señor, estoy muy reconocida á los sentimientos ventajosos que habeis formado de mí, y á la honra que haceis á mi familia; pero permitidme que os diga que no puedo menos de mirar con dolor la preocupacion en que os veo contra los cristianos, y el menosprecio que haceis de la religion cristiana. Solo puede no estimarla el que no la conoce: basta ser racional para estar persuadido de que esta religion es la sola verdadera. Esos que llaman dioses del imperio, son unos dioses fabulosos: ¿puede ser hombre cuerdo, puede hacer buen uso del juicio y de la razon el que solo tiene una idea quimérica de la divinidad? Sola la religion cristiana nos hace conocer este ser supremo, omnipotente y eterno; ella nos enseña que la verdadera nobleza no se encuentra sino en el servicio de Dios, y que no hay honra igual á la que se tiene en servirle con fidelidad; y por lo que á mi toca, añadió levantando la voz, no reconoceré jamás otro Dios que este, y pondré toda mi gloria en ser cristiana. Dijo esto la santa con tanta valentía, modestia y agrado, que toda la asamblea pareció aplaudirla y darle la enhorabuena: al mismo Daciano le dió golpe una intrepidez tan bien fundada; pero reflexionando que el mostrarse blando en favor de los cristianos era desagradar á los emperadores, y que seria una cosa vergonzosa para él ceder á las razones de una doncellita cristiana, se trocó en furor toda su admiracion, y mirando á la santa con ojos terribles, le dijo: Anda, vil esclava, eres indigna de la familia de que has salido. Luego, volviéndose hácia los verdugos que le rodeaban, añadió: Pues esa mujerzuela hace

profesion de ser sierva de un galileo, muerto en una cruz, que se la trate como á esclava. Mandó despues que la moliesen á palos: ejecutóse la sentencia con crueldad; bien pronto fueron quebrantados sus miembros: su cuerpo delicado, molido á palos, se abrió por todas partes en grietas, y la sangre corria à arroyos de sus heridas. Durante un suplicio tan cruel y tan horroroso, no se le soltó á la santa el menor suspiro, ni la menor lágrima. Una alegría sobre-natural derramada sobre su cara manifestaba los dulces consuelos interiores de que estaba inundado su corazon. Sus ojos estaban fijos en el cielo, y su boca no se desplegaba sino para dar gracias á Dios por el favor que le hacia de permitirle padecer por su gloria. El tirano, que no queria hacerla espirar á golpes, mandó que fuese llevada á la cárcel, y encerrada en un horroroso calabozo, á fin de reservarla para mayores suplicios. Viendo Leocadia deshechos en lágrimas á los cristianos, y movidos á compasion por verla en tan lastimoso estado, los consoló diciéndoles que antes bien debian tenerle envidia, y dar gracias á Dios por el favor que le hacia de dejarla padecer por su divino esposo Jesucristo.

La santa, encerrada en el calabozo, alababa dia y noche al Señor, y miraba su prision como una habitacion que preferia á los mas magníficos y mas deliciosos palacios del mundo. Habiéndole dicho los horribles tormentos en que la vírgen Eulalia habia consumado en Mérida su glorioso martirio, la enterneció tanto esta noticia, y la de los suplicios que hacian padecer á los cristianos, y asimismo la de la horrible persecucion que se encendia contra los siervos de Dios, de la cual esta primera barbarie no era mas que un preludio, que suplicó con instancias al Señor la sacara de una tierra en que el nombre de su divino Esposo iba á estar en execracion, y en que

se iba á hacer una tan espantosa carnicería en los fieles. Fué oida su súplica, y en el mayor fervor de su oracion, habiendo besado tiernamente una cruz, que habia grabado milagrosamente en una piedra dura con sola la impresion de su dedo, espiró de repente. Esta preciosa muerte sucedió el dia 9 de diciembre del año 303. Algunos afirman que habiendo sabido nuestra santa en la cárcel los combates y el triunfo de santa Eulalia y de los otros mártires, se puso en oracion para pedir á Dios la gracia de gozar cuanto antes de su gloria; y que este deseo de ver á Dios fué tan ardiente, que le entregó su dichoso espíritu entre estos violentos transportes de amor. Su cuerpo fué arrojado al campo por los paganos; pero los cristianos tuvieron cuidado de llevárselo, y de enterrarlo en un sitio muy cercano. Despues se edificó una magnífica iglesia en el paraje donde estuvo sepultada; en cuya iglesia se tuvieron muchos concilios, y en ella misma sucedió aquel gran milagro que refieren los mas antiguos autores.

Estando en oracion san Ildefonso, arzobispo de Toledo, ante el sepulcro de esta santa en presencia del rey Recesvinto y de toda la corte, se quitó por sí misma la losa que cubria el sepulcro, que era de una enorme grandeza: santa Leocadia salió del sepulcro cubierta con un gran velo, y encarándose con el santo arzobispo, le dijo: «Eres dichoso, Ildefonso, en tener una tan viva y tierna devocion á la santísima Vírgen, y por haber defendido con tanto valor, contra sus enemigos, su gloria y sus insignes prerogativas: continúa, ilustre devoto de María, en honrar y hacer que los demás honren á nuestra comun Reina. Os aseguro que no hay cosa que no debais esperar de su poder y de su bondad.» Habiendo dicho esto, se volvió santa Leocadia á su sepultura, dejando á todos los asistentes con un santo temor, y una respetosa admi-

racion que se asemejaban á un dulce extasis. Durante esta milagrosa aparicion, habiendo san Ildefonso tomado en su mano la punta del velo de la santa, cortó un pedazo de él con el cuchillo que el rey llevaba en la cintura, cuya preciosa reliquia se conserva todavía en el sagrario de la santa iglesia de Toledo.

Hay en esta ciudad tres magníficas iglesias consagradas bajo el nombre de santa Leocadia : una en el sitio donde nació; otra donde estuvo en la cárcel, y la tercera donde estuvo sepultada. Esta última fué edificada por la piedad y liberalidad del rey Sisebuto. Habiéndose apoderado de España los sarracenos, fueron trasportadas las reliquias de santa Leocadia al monasterio de Gisleno, en la provincia de Henao; de donde la reina doña Juana, hija de los reyes Católicos, y casada con el príncipe don Felipe, señor de los estados de Flandes, hizo llevar á Toledo la canilla de la pierna derecha el año de 1505; y despues Felipe II, rey de España, su nieto, hizo llevar todo el cuerpo á Toledo el año de 1587; el que fué colocado en la Iglesia catedral con gran pompa y magnificencia. La mayor parte de los concilios de Todelo se han celebrado en una de las iglesias de santa Leocadia; señal de la gran veneracion en que ha estado siempre esta gran santa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Toledo de España, la fiesta de santa Leocadia, vírgen y mártir, la que, habiendo sufrido una dura cárcel en la persecucion del emperador Diocleciano, por órden de Daciano, prefecto de las Españas, y habiendo sabido los crueles tormentos de santa Eulalia y de los otros mártires, se puso de rodillas en oracion, y murió sin mancilla.

En Cartago, san Restituto, obispo y mártir, en

cuya fiesta predicó san Agustin un sermon al pueblo en elogio del santo.

Tambien en Africa, san Pedro, san Suceso, san Basiano, san Primitivo y otros veinte mártires.

En Limoges de Francia, santa Valera, virgen y mártir.

En Verona, san Pruclo, obispo, el cual en la persecucion de Diocleciano fué arrojado de la ciudad, despues de haber sido abofeteado y molido á palos. Al fin, habiendo sido restituido á su iglesia, murió en santa paz.

En Pavía, san Ciro, primer obispo de aquella ciudad, el cual brilló por sus milagros y virtudes apostólicas.

En Apamea de Siria, san Julian, obispo, que floreció en santidad en tiempo del emperador Severo.

En Perigueux de Francia, san Subrano, abad, varon de admirable santidad.

En Nazianzo, santa Gorgonia, hermana de san Gregorio el Teólogo, el cual escribió por sí mismo las virtudes y milagros de su santa hermana.

En la Limaña de Auvernia, san Nectario, confesor.

En Vannes, san Budock, obispo.

En Joarra, la venerable Balda, abadesa.

En Gray, *diócesis de* Besanzon, *el venerable* Pedro Furrier, canónigo reglar, cura de Mathincourt en la Lorena.

Cerca de Sion en los Alpes, san Martiniano y sus compañeros mártires, de quienes hay una iglesia *parroquial en Turin.*

En Africa, los santos mártires Turno y Publiciano.

En Antioquía, san Geronto, santa Polencia, y algunos otros mártires.

En Pisaura, san Heracliano, obispo.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Beatæ Leocadiæ, virginis et martyris tuæ, quæsumus, Domine, precibus et meritis adjuvemur: ut, quæ pro tui nominis confessione carceres, et mortem pertulit, suo nos patrocinio ab æterno carcere defendat. Per Dominum nostrum...

Señor, os pedimos que seamos ayudados por los ruegos y méritos de la bienaventurada Leocadia, vuestra vírgen y mártir, para que seamos librados de la cárcel eterna por el patrocinio de la que por confesar vuestro nombre sufrió la cárcel y la muerte. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia II, *pág.* 33.

NOTA.

« Aunque el libro del Eclesiástico haya sido compuesto despues de todos los libros sagrados del viejo Testamento, no es menos obra del Espíritu Santo, ni menos canónico que todos los otros, pues como tal le reconoce la Iglesia. »

REFLEXIONES.

Alabaré sin cesar vuestro nombre. Tal debe ser el lenguaje de todos los cristianos; pero ¿pueden todos tener este lenguaje? y si hablaran así, ¿no los desmentiria su conducta? ¿Se alaba al Señor en esas concurrencias de mundo y de placeres, en esos espectáculos profanos, en donde todo conspira á seducir el alma y afeminarla; en donde el corazon, gobernándose por los oidos y por los ojos, se aficiona y se tira á todo lo que le agrada; y en donde la razon, suspensa entre tantos encantos, calla y enmudece? ¿la religion es atendida, es oida entre un grande estruendo de placeres? Solo gusta lo que lisonjea los sentidos; y entre tantos objetos tan capaces de agradar, y que en efecto agradan, ¿será el alma señora

de sus deseos? Los espectáculos profanos, hablando con propiedad, no son otra cosa que una sabia escuela de todas las pasiones. En ellos se dan á las claras, y con feliz suceso, lecciones públicas de galanteo, de engaño, de venganza, de ambicion; en ellos se aprende cómo se ha de conducir con habilidad un enredo amoroso, cómo se ha de deslumbrar la escrupulosa vigilancia de los padres, cómo se ha de sorprender la buena fe por medio de ardides: allí se aprende á no poner jamás en vano lazos á la inocencia, á deshacerse con destreza de un inconveniente, á vengarse á golpe seguro de un enemigo, á fabricar la fortuna propia sobre las ruinas de la fortuna ajena, y todo esto con habilidad y con destreza; y como todas son lecciones lisonjeras, y á las cuales los actores dan un maravilloso relieve, ¿qué progreso no hará una pasion viva y ardiente, insinuada con tanto artificio, en un corazon donde encuentra ya tan bellas disposiciones? Todo lo que se ve, todo lo que se oye en el teatro, no se dirige á otra cosa que á los sentidos y á alguna pasion: galas, mutaciones, canciones, armonía, concurso, todo tienta; y á fuerza de gustar lo que encanta, se encuentra cierto embeleso en los mismos lazos, se halla gusto en ser tentado, se gusta ser movido, ser ganado y rendido. ¿Por ventura enseña el teatro otras lecciones? ¿se va al teatro á aprender otra moral? Fácilmente se familiariza el alma con lo que le agrada, sin reparar en que haya en ello peligro: la dulzura del veneno hace olvidar los funestos efectos que produce: no se ve cosa que sea vergonzosa en las pasiones desde que han sido disfrazadas en el teatro y hermoseadas por el arte: á fuerza de admirar y de aplaudir lo mas vergonzoso, se aprende á no avergonzarse de nada. Pero esos eternos admiradores del teatro, ¡cuánto han aprendido en él, y siempre á sus propias expensas! Ellos

saben cuánto han aprendido. ¿Salieron jamás de él con una conciencia mas delicada? ¿aprendieron jamás á ser mas modestos, mas circunspectos, mas cautos? ¿sacaron de él ideas mas puras, maneras de hablar menos libres, modos de obrar mas cristianos? Al salir de los espectáculos ¿queda mucho gusto á la devocion? ¿se puede dejar de convenir que esta desenfrenada licencia del siglo, que esta espantosa corrupcion de las costumbres, que este disgusto de la piedad tan universal en el mundo, que esta indiferencia, por no decir este desprecio de la religion, la que el dia de hoy casi está reducida á ciertas exterioridades de decencia entre los mundanos, se puede dejar de convenir que todo esto es uno de los frutos mas naturales y mas ordinarios de los espectáculos profanos? Ciertamente, á no ser que se quieran ahogar hasta los primeros principios de la razon y de la religion, ¿con qué artificio se puede concordar el Evangelio con los espectáculos?

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* IV, *pág.* 89.

MEDITACION.

DE LA LECTURA ESPIRITUAL.

PUNTO PRIMERO.

Consideremos que en la oracion hablamos á Dios, y en la lectura espiritual es Dios quien nos habla y nos dice lo que leemos. Por los libros de piedad nos instruye el Señor, y nos da á entender lo que quiere de nosotros: por medio de ellos nos descubre los ardides mas sutiles del enemigo, y nos enseña á evitarlos. Estas lecturas saludables son un espejo en que el Señor nos pone á la vista las enfermedades mas ocul-

tas del alma, mostrándonos al mismo tiempo los remedios eficaces para curarlas. Por estas piadosas lecturas nos habla el Espíritu Santo al corazon, nos descubre nuestras imperfecciones, y nos desenvuelve todos los misterios de iniquidad del amor propio : en ella aprendemos á conocer el valor, el mérito y las dulzuras de la virtud; los efectos funestos del pecado, los caminos de Dios, y el arte de llegar á una santidad perfecta. Por medio de la lectura espiritual es propiamente como aprendemos la ciencia de los santos. Los libros de piedad, dice san Agustin, son como unas cartas que nos vienen de nuestra patria celestial. *Leámoslas, pues, con* aquella atencion que pondria un hombre que recibiera cartas de su país despues de haber estado ausente de él mucho tiempo. Leámoslas para ver lo que nos dicen de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros amigos que están allí; qué fortuna han tenido, cuál es el motivo de su actual gozo, por qué camino han llegado á este dichoso estado, qué es lo que piensan de nosotros, qué idea tienen de las alegrías, de los bienes, de las honras y de las adversidades de esta vida. Finalmente, leámoslas para ver lo que nos cuentan de un lugar adonde tenemos tanta ansia de llegar. Los libros devotos son como un espejo que debemos poner delante de los ojos de nuestra alma para ver en él nuestro interior : en ellos nos es fácil conocer todas las manchas y todos los defectos que hay en él. Considera cuánto puede ayudarte la lectura espiritual para obrar tu salvacion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué fruto no puedes sacar de la lectura de las vidas de los santos, sobre todo, si la haces con un corazon dócil, por un motivo puro, con un verdadero deseo de aprovecharte. Unas veces nos cuen-

tan los hechos admirables de los santos, á fin de excitarnos á imitarlos, y para que la vista de sus combates, de sus victorias y sus triunfos confunda nuestra cobardía, y sostenga nuestro aliento. Otras veces nos hablan de sus tentaciones, de sus imperfecciones, y tambien de sus caidas para animar nuestra confianza en Dios, y avivar nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro zelo. En ellos vemos unas personas como nosotros, sujetas á las mismas pasiones, acometidas de los mismos enemigos, envueltas en los mismos embarazos; de la misma condicion, del mismo estado, del mismo sexo y de la misma edad; las cuales, mas generosas, mas fieles y mas determinadas que nosotros, vencieron, con la gracia del Señor, y con el socorro de las mismas armas que tenemos nosotros, vencieron á esos enemigos, superaron esos obstáculos, domaron sus pasiones, mortificaron sus sentidos, practicaron la virtud, y llegaron por último á la mas sublime perfeccion. ¿Y porqué no podré yo hacer lo que ellos y ellas hicieron? ¿tengo yo menos interés en obrar mi salvacion que tuvieron ellos? ¿cómo es posible leer estos grandes modelos á sangre fria y sin provecho? Los libros devotos son el resúmen, y como el jugo de la sagrada Escritura: son un alimento ya masticado y preparado para cada uno en particular. ¡Qué poco se conoce, Dios mio, el mérito y la utilidad de la lectura espiritual! ¡cuántos santos ha hecho Dios por este medio!

Ya conozco, Señor, lo mucho que he perdido, menospreciando un medio tan fácil y tan á propósito para ser virtuoso. Haced, Dios mio, que desde hoy no me sea inútil un socorro tan poderoso, del cual propongo servirme en adelante.

JACULATORIAS.

Quàm dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo! Salm. 118.

Yo, Señor, de hoy en adelante tendré mas gusto en leer vuestras instrucciones, que en probar la mas dulce miel.

In meditatione mea exardescet ignis. Salm. 38.

Espero, Dios mio, que las reflexiones que haré leyendo los libros de piedad, abrasarán mi corazon en el fuego de vuestro amor.

PROPOSITOS.

1. Nada es mas útil que la lectura espiritual; pero para que sea provechosa es menester leerla, no de corrida, y como quien lee una cosa por pura diversion, sino despacio y con suma aplicacion. Las lluvias de tempestad nunca son útiles: las que fertilizan la tierra son las lluvias apacibles y continuadas. Lee con reflexion; y cuando alguna cosa te dé golpe, vuélvela á leer mas de una vez. La reflexion debe acompañar siempre á la lectura. Cuando leas, no tanto has de buscar el aprender las cosas de Dios, cuanto el gustar de ellas. Lee poco, pero bien; quiero decir, procura penetrar lo que el Espíritu Santo te dice por medio de la lectura. No hagas estudio de la lectura: tómala como una leccion que Dios te da.

2. Destina cada dia algun rato determinado para tener tu lectura espiritual, y nunca te dispenses en este particular. Levanta tu espíritu á Dios para pedirle sus luces al empezar á leer; y acaba la lectura por estas palabras: *Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis*: Haced, Dios mio, que sean eficaces los buenos afectos que acabais de inspirarme. Lee todos los dias un capítulo del libro de la Imitacion de Jesucristo; la

Introduccion á la vida devota, por san Francisco de Sales; la Guía de pecadores, por fray Luis de Granada, el Conocimiento y el amor de nuestro Señor Jesucristo, por san Jure; la Práctica de la perfeccion cristiana, por el padre Rodriguez, etc. Todos estos son libros excelentes: infórmate de tu director cuáles te convienen; y no leas sino los que sean de su aprobacion.

DIA DIEZ.

SANTA EULALIA DE MÉRIDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Eulalia no es menos célebre en España que santa Leocadia. Su ardiente deseo del martirio, su heróica constancia en los combates por la fe, su magnanimidad en los mas horribles tormentos, su victoria y su triunfo, son otros tantos prodigios; quizá no se ha visto en la Iglesia cosa que muestre mas visiblemente el poder de la gracia, ni quizá cosa que dé mas honor á la religion. Esta jóven heroina cristiana, oriunda de una noble y antigua familia de España, era natural de Mérida, ciudad célebre de la Lusitania, que en las divisiones posteriores ha sido adjudicada con todo su territorio á Castilla la nueva en Extremadura, y no á Portugal, aunque su metrópoli eclesiástica fué trasladada á Santiago de Galicia. Vino al mundo esta santa á fines del tercer siglo, habiendo querido Dios dar en ella el ejemplo mas insigne de la constancia y de la generosidad cristiana en tiempo de la mas horrible persecucion que experimentaron los cristianos.

Sus padres eran cristianos, y su piedad los distinguia todavía mas que su nobleza; y así tuvieron gran



STA EULALIA DE MÉRIDA,

VIRGEN Y MÁRTIR.

cuidado de educarla en los principios de la religion y en los sentimientos mas perfectos de la piedad cristiana : tomó tan bien estas lecciones, que desde la infancia dió á conocer bastantemente que estaba destinada para el cielo. Quizá no se vió jamás un natural mas dichoso, un espíritu mas suave ni mas dócil, un corazon mas noble, y unas inclinaciones mas cristianas que las que manifestó desde muy niña. Se distinguia particularmente por su mansedumbre, por la gravedad de sus costumbres, por su pudor y por su modestia. No se vió jamás cosa pueril en la jóven Eulalia. Desde su primera infancia le disgustaron todos los juegos, todos los vanos adornos, los pequeños placeres que los niños buscan con ansia, y en que se saborean en aquella primera edad : los años siguientes todavía fueron mas santos, como lo manifestó el voto de virginidad que hizo á Dios cuando aun no habia conocido bien el precio y el mérito de esta virtud.

Se puede decir que el deseo del martirio fué siempre su pasion dominante. Su mayor gusto era oir contar los combates y los triunfos de los mártires, cuyas actas eran la materia mas ordinaria de su lectura : cuando oia hablar de las maravillas de los confesores de Jesucristo, ó de las vírgenes cristianas, preguntaba luego si habian sido mártires. Le habian dado por compañera una doncella jóven llamada Julia, casi de su misma edad y de sus mismas inclinaciones. Sus mas frecuentes conversaciones se reducian, por lo comun, á hablar de la gloria y dicha del martirio, y todas sus pequeñas disputas eran sobre la ambicion que cada una tenia de morir por la fe.

Hacia Eulalia todos los dias muchos progresos en los caminos del Señor, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron la mas cruel persecucion contra la Iglesia. Se publicó su edicto en

Mérida, que todavía era entonces la capital de toda la Lusitania: en él se intimaba que todos los pueblos, sin excepcion de edad, de sexo ni profesion, sacrificasen ú ofreciesen incienso á los dioses del imperio, que es lo mismo que decir, á los demonios y á sus ídolos. La jóven Eulalia tomó esta publicacion por una señal del combate á que era llamada para dar pruebas de su fe; y aunque á la sazon no tenia mas que doce años, se sintió abrasada de un deseo extraordinario del martirio. Su madre lo conoció; y aunque no ignoraba su ardor por el martirio pues su hija le habia hablado de él muchas veces, la ternura de madre no le permitia dejar que la jóven víctima siguiese los impulsos de su zelo, y así procuraba templar el ardor que admiraba en Eulalia; para lo cual le hacia pinturas vivas, pero espantosas, de los horribles tormentos que se aparejaban para los confesores de Jesucristo: le representaba la inhumanidad y la barbarie de los verdugos: le hacia una menuda descripcion de los diferentes géneros de suplicios que se habian inventado para atormentar á los cristianos; y exageraba seria y patéticamente la flaqueza de muchos, y sus deplorables caidas. Eulalia escuchaba con un rostro sereno todo lo que su querida madre le decia, y sus respuestas mostraron bastantemente el ningun terror que le causaba. Viendo su madre la poca impresion que hacian en aquel generoso corazon las pinturas espantosas que le acababa de hacer para moderar sus ardientes deseos, temió que este gran zelo la condujese á alguno extremo; y así determinó apartarla de las ocasiones. Sabiendo que el teniente de Daciano, llamado Calfurniano, habia llegado á Mérida, tomó el partido de llevar á Eulalia á una casa de campo que tenia á algunas leguas de la ciudad, y tenerla allí oculta para moderar su ardor, y estorbar el que ella misma se presentase

a sus perseguidores; pero la santa, animada del espíritu de Dios, y prevenida de una gracia del todo extraordinaria, hizo inútiles todas estas precauciones.

Queriendo Calfurniano hacer un grande obsequio á los emperadores y al tirano Daciano, gobernador de toda España, en la que se incluia entonces la Lusitania, creyó que convenia señalar su prefectura con un golpe ruidoso, y aterrar desde luego á los cristianos, cuyo nombre tenia órden de exterminar, juntamente con su religion, empleando para ello todos los artificios. Queriendo, pues, informarse de todos los que hacian profesion del cristianismo, hizo publicar un dia de fiesta para los paganos, en el que mandó que todos los habitantes asistiesen al sacrificio solemne que queria hacer á los dioses del imperio. Habiéndose publicado esta órden en la ciudad y por todas partes, se sobresaltaron los padres de Eulalia, y observando á su hija de mas cerca, aumentaron sus desvelos y sus cuidados para tenerla escondida. Pero ¿qué pueden todas estas industrias humanas contra el espíritu de Dios? No bien hubo oido Eulalia hablar de la órden y del edicto del prefecto, cuando buscó todos los medios para burlar la vigilancia de su madre. Determinó huir de la casa, y presentarse al tirano; y habiendo confiado su resolucion á su querida compañera Julia, ambas tomaron la determinacion de escaparse secretamente de noche, y de ir á la ciudad, donde no dudaban que habian de hallar el martirio. Habiendo tomado con mucho secreto todas sus medidas, salieron al anochecer sin otra guia que el espíritu de Dios, y sin otro socorro que el ardor de su zelo. Se pusieron entrambas en camino, y marcharon con precipitacion hácia la ciudad. Como Julia se adelantase en el camino á su compañera, le dijo Eulalia con espíritu de profecía: Anda

tan de priesa como quieras, que yo moriré la primera.

Estas dos jóvenes heroínas cristianas anduvieron toda la noche por caminos extraviados, tan llenos de espinas y pedregosos, que la jóven Eulalia llegó con los piés desollados y chorreando sangre; pero ni esto, ni el horror de las tinieblas de la noche la acobardaron, ni impidieron el que, despues de haber caminado así mas de diez leguas, llegase por la mañana á la ciudad. Se metió desde luego con Julia en el palacio del prefecto, y apenas se abrió la audiencia, se presentó animosa al tribunal del juez. Lo mismo fué comparecer Calfurniano en su dosel, que Eulalia (dejándose llevar del mismo espíritu que le habia hecho dar estos primeros pasos) echarle en cara con valentía la impiedad del culto que él y los demás idólatras daban al demonio, ofreciendo incienso á los ídolos de madera y de piedra. Sorprendido el juez al ver la intrepidez de una doncellita, que en su aire y en sus modales parecia ser mujer de calidad, le preguntó quién era, y por qué hablaba con tanta osadía. Soy cristiana, respondió Eulalia, y el Dios verdadero, todopoderoso, eterno y único que adoro, me inspira el horror que tengo á vuestra impiedad. Pero ¿sabes tú, hija mia, replicó Calfurniano, sabes con quién hablas, y ante quién estás? Si, replicó Eulalia; sé que tengo la honra de hablar con el subdelegado del gobernador, y por eso mismo me tomo la libertad de representarle la impiedad que comete en querer obligar á los cristianos á ofrecer sacrificios á unos dioses de madera ó de piedra. Calfurniano, movido todavía á compasion de una doncellita tan jóven, procuró ganarla, ya fuese con promesas, ya con amenazas; mas viendo que todo era inútil, y que persistia siempre en decir que era cristiana, y que nada deseaba tanto como dar su

sangre y su vida por Jesucristo, mandó el tirano á dos verdugos que la cogieran y le hicieran sufrir las torturas y tormentos destinados para los mas delincuentes.

Comenzaron descargando sobre su tierno y delicado cuerpo una tempestad de golpes con látigos armados de plomo, los que bien pronto hicieron una llaga de todo él. Corriendo la sangre á arroyos por todas partes, echaron sobre las heridas aceite hirviendo. El gozo y el aliento con que sufrió estas primeras pruebas, hicieron conocer fácilmente que aquel, por cuya causa padecia, le comunicaba unas fuerzas sobrenaturales; y quedaron enteramente convencidos de ser así, cuando de este tormento se pasó á otros suplicios, y le aplicaron hachas encendidas á los costados y sobre el estómago. De parte de nuestra santa todo era bendiciones, alabanzas y acciones de gracias á Dios. Su constancia en medio de tan crueles suplicios irritó tanto la inhumanidad del juez y de los verdugos, que, despues de haberle dislocado todos los miembros con una cruel tortura, le rasgaron todo el cuerpo hasta los huesos con uñas de hierro muy puntiagudas. Durante este horrible tormento, no cesaba la santa de dar gracias á Jesucristo porque le daba alguna parte en sus sufrimientos. Hasta aquí habia tenido los ojos levantados al cielo: ahora, mirando todo su cuerpo rasgado y como grabado á buril con las puntas de hierro, que no habian dejado en su cuerpo paraje alguno sin su herida, exclamó: Ved aquí, divino Salvador mio, unos caractéres que me hacen un resúmen de tu pasion, y que dicen que soy al presente esposa tuya; acaba, por tu misericordia, de hacer mi alma menos indigna de tal esposo. Viendo los verdugos que ninguna cosa podia alterar su gozo y su tranquilidad, ni debilitar su constancia, tomaron la bárbara resolucion de quemarla viva. Encen-

dieron para ello una grande hoguera al rededor de la santa. La llama prendió desde luego en sus cabellos, que estaban tendidos por su cuello y espaldas. El poeta Prudencio, que vivia á fines del mismo siglo, y que escribió en verso su martirio, dice que esta generosa vírgen tenia tan gran deseo de morir por Jesucristo, que mientras duró el martirio estuvo con la boca abierta; de suerte que la llama la sufocó, consumando así su glorioso martirio el dia 10 de diciembre del año 303 ó 304. El mismo historiador añade que, al momento que espiró, se vió salir de su boca una paloma de una blancura extraordinaria, que fué vista de todo el mundo, y tomó el vuelo hácia el cielo. Los verdugos y los soldados paganos que asistieron á la ejecucion, fueron tambien testigos de este prodigio; y nadie dudó que fuese figura ó símbolo del alma de la bienaventurada mártir, que iba á recibir en el cielo la corona debida á su inocencia y á sus combates. Cuando se apagaron las llamas, se encontró el cuerpo todo entero, no habiendo padecido lesion alguna con el fuego: luego cayó una abundante nieve que le cubrió, y facilitó á los cristianos el medio de enterrarle cerca del sitio de su martirio. Apenas la Iglesia logró la paz que le procuró el gran Constantino, lo que sucedió pocos años despues del martirio de esta santa, se edificó una magnífica iglesia sobre su sepulcro, el que Dios hizo glorioso con un prodigioso número de milagros. San Gregorio de Tours dice que en su tiempo se veian tres árboles delante del altar de sus reliquias, los cuales producian, el dia de su fiesta, en el mes de diciembre, flores de un olor maravilloso, que curaban todo género de enfermedades. El cuerpo de esta santa fué llevado de Mérida á Oviedo, en el siglo octavo, para librarle de los insultos de los sarracenos, en donde se conserva en la iglesia catedral en el altar particular dedicado á

su nombre. Hay en España mucha devocion á esta santa, tomando su nombre muchas mujeres, especialmente en los reinos de Andalucía y de Toledo. Tambien se sabe que el rey don Pelayo, restaurador de la España, se mandó enterrar en una iglesia de esta santa, llamada Santa Olalla de Velania, por haberla llamado en su favor en una batalla con los Moros, y vencídolos. Asimismo, teniendo Teodorico, rey de los Godos, cercada á Merida, la socorrió santa Eulalia, y la libró de que fuese asolada, mandando en sueños al rey que levantase el sitio, el cual hizo lo que le mandó la santa.

Santa Julia, su querida compañera, fué igualmente presa y condenada á cortarle la cabeza; lo que se ejecutó despues de la muerte de santa Eulalia, verificándose su prediccion de que moriria la primera, aunque llegase la última.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El autor dice que santa Eulalia murió despues » que su compañera santa Julia, y en consecuencia » de ello pone en boca de esta la profecía con que » manifestó á santa Eulalia que moriria la primera, » aunque llegase la última á casa del gobernador; » pero como todos nuestros autores y santorales » digan lo contrario, se ha puesto así en la traduc- » cion. »

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui infirma mundi eligis ut fortia quæque confundas: da nobis in festivitate sanctæ virginis et martyris tuæ Eulaliæ congrua devotione gaudere;

Dios todopoderoso y eterno, que escoges lo mas débil del mundo para confundir lo mas fuerte: haz que celebremos con alegría y devocion la fiesta de santa Eulalia virgen y már-

ut et potentiam tuam in ejus passione laudemus, et promissum nobis percipiamus auxilium. Per Dominum nostrum.

tir; para que alabemos tu poder en su pasion, y experimentemos los auxilios que nos has prometido. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 10 de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Quæ immolant gentes, dæmoniis immolant, et non Deo. Nolo autem vos socios fieri dæmoniorum: non potestis calicem Domini bibere, et calicem dæmoniorum. Non potestis mensæ Domini participes esse, et mensæ dæmoniorum. An æmulamur Dominum? numquid fortiores illo sumus? omnia mihi licent, sed non omnia expediunt. Omnia mihi licent, sed non omnia ædificant.

Hermanos: Lo que sacrifican los paganos, lo sacrifican á los demonios, y no á Dios. No quiero que vosotros os hagais compañeros de los demonios: no podeis beber el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios: no podeis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿Por ventura provocamos á emulacion al Señor? ¿acaso somos mas fuertes que él? Todo me es lícito, pero no todas las cosas me convienen.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« En el misal de España la epístola que se dice en » la misa de esta santa es del capítulo 51 del Eclesiástico, que empieza: *Confitebor tibi, Domine.*

» Algunos cristianos de Corinto creian poder asistir » á los espectáculos profanos, con tal que asistiesen » á las asambleas de los fieles á su tiempo. San Pablo » declama fuertemente contra este abuso en todo este » capítulo. »

REFLEXIONES.

Lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican á los demonios, y no á Dios. Fué supersticion en los paganos el comer viandas consagradas á los ídolos vanos; fué piedad en los judíos el comer unas víctimas ofrecidas al Dios verdadero: pero entre los cristianos es el acto

mas santo y mas agradable de religion el comer la hostia viva sacrificada sobre nuestros altares. Y pues un Dios, ofreciéndose en sacrificio para honrar á su Padre, quiere darse para ser alimento de su pueblo, ¿se debe, se puede asistir jamás sin deseo, por lo menos, de comer de la víctima? Misterio de amor de un Dios que ama como Dios, ¡cuán incomprensible sois! Pero la incomprensibilidad no está en este milagro de amor: la omnipotencia de un Dios, el amor infinito de un Dios, que ama como Dios, todo esto hace callar á mi razon demasiado débil y demasiado limitada para que se atreva á poner medidas á una potencia infinita; por lo menos yo comprendo que no puedo comprender todo lo que Dios puede hacer. Pero lo que sobrepuja mi razon, lo que altera y remueve todo mi espíritu es que, creyendo verdaderamente que Dios ha hecho en mi favor este prodigio, no tenga ni experimente en mí mas que una mediana hambre de este divino alimento, que me sea insípido y desagradable: este es un misterio de iniquidad que yo no puedo comprender. *No podeis*, dice el Apóstol, *tener parte en la mesa del Señor y en la de los demonios; participar del sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, y asistir despues á las concurrencias mundanas, donde se sacrifica al demonio de la gula y de la impureza. No podeis ir á nuestros templos á comer el cordero sin mancha, y no salir de ellos sino para hartaros de las viandas de Egipto.* Esto es en efecto pasar de la mesa del Señor á la mesa de los demonios. Haber un cristiano gustado solamente las viandas sacrificadas á los ídolos, se miraba como una apostasía; y la Iglesia ha arrojado siempre de sí á estos escandalosos apóstatas. ¿Qué debemos pensar nosotros de aquellos que, despues de haber participado por la mañana de la mesa del Señor, se encuentran por la tarde en el banquete, por decirlo así, que

prepara el demonio á sus secuaces en los espectáculos y en las concurrencias profanas? ¿á quién no alteran y remueven, Dios mio, estas contradicciones de conducta y de creencia? Escoged, cristianos, ó las delicias que se gustan en la mesa del Señor, ó las que se esperan gustar en la mesa del demonio. Pero ¿se puede balancear un punto entre un amigo tierno que nos prepara un banquete para testificarnos su amor, y un amigo cruel que no nos convida sino para envenenarnos? Temed, temed la falsa dulzura de la copa que os presenta; es un cebo este para haceros beber el veneno que debe embriagaros y causaros la muerte. Cuando, despues de haber probado las dulzuras del servicio de Dios, y las delicias de su mesa, damos la indigna preferencia al mundo y al demonio, parece que queremos, por decirlo así, dar zelos á nuestro Dios, y provocar su indignacion por un menosprecio que ultraja tanto su bondad. *¿Por ventura damos zelos á Dios?* Esto es lo que hace sentir y conocer la malicia y el peligro de los pecados de recaida. *Todo me es permitido, mas no todo es conveniente. Todo me es permitido, pero no todo edifica.* Cuando no nos negamos nada de lo que se cree permitido, no estamos lejos de concedernos alguna cosa mas de lo que la ley nos permite; siendo la caridad el espíritu de la ley, ella debe, por lo comun, explicarla y entenderla, segun la utilidad y la edificacion del prójimo lo piden.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* IV, *pág.* 89.

MEDITACION.

QUE NO HAY VERDADERA LIBERTAD SINO EN EL SERVICIO DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán groseramente se engañan los hombres en buscar la libertad apartándose del servicio de Dios: ¿ignoran acaso que, cuando no son de Dios, no son jamás de un solo amo? No son de Dios; son, pues, del mundo, que tiene sus leyes; son de su amor propio, que tiene sus máximas; son de sus pasiones, que tienen sus inclinaciones, y muy diferentes y muy varias. No están en el servicio de Dios; están bajo de la esclavitud de mil tiranos, que no les dejan un momento de reposo. Nuestras pasiones y las de los otros se ponen todas de concierto para atormentarnos. ¿Qué no se tiene que sufrir de la multitud de rivales, de la malicia de los envidiosos, de la mala fe de esos amigos interesados, de esas almas venales, que no buscan sino sus intereses en todas esas lisonjeras demostraciones que os dan de una falsa amistad? No sois verdaderamente de Dios; sois, pues, de cien amos, que no se convienen entre sí, porque cada uno tiene intereses diferentes y miras muy opuestas; y os encontrais en la fatal necesidad de no contentar jamás á ninguno, sin que seais castigados por los otros. ¿Es esto gozar de una gran libertad? Buen Dios, ¿es esto encontrar aquella libertad tan dulce, tan tranquila y de tanto consuelo para los hijos de Dios? Fuera de vuestro servicio, ¿qué esclavitud hay mas pesada? ¿qué sujecion mas odiosa? ¿qué violencia mas servil que aquella en que se vive en el mundo? Es preciso soportar á unos, condescender con otros y depender de todos. Y por el contrario,

en el servicio de Dios, ¡qué dulzura la de no depender de tantas suertes de personas, la de no tener que contentar sino á Jesucristo! ¡Qué ventaja, por ejemplo, en el estado religioso, y se puede decir casi lo mismo de todos los que aman á Dios y hacen profesion de estar en su servicio; qué ventaja la de no estar obligados á contemplar á los pequeños ni á los grandes, la de poder pasar sin los servicios de los unos, y sin el favor de los otros, y, por decirlo asi, sin mirarles la cara á todos! Se puede decir, sin que sea exageracion, que si se tuviera que sufrir en el servicio de Dios todo lo que indispensablemente se tiene que sufrir en el servicio del mundo, no sé si el Señor hallaria muchos que le sirvieran. En efecto, ¿dónde se pueden encontrar tantas violencias que sufrir, tantos respetos que guardar, tantas pesadumbres que disimular, tantas ficciones que tragar, tantas adulaciones, tantas bajezas que hacer como en el mundo, cuando el que no está animado sino de su espíritu se ha sujetado á todas sus leyes, y se ha hecho esclavo de sus máximas? ¡Y este tirano encuentra quien le sirva, y este amo bárbaro y duro tiene quien le siga! ¡y mientras que el yugo del Señor parece amargo y demasiado pesado, no falta quien se sujete con tanto trabajo y tan á su costa á todas las leyes tiránicas del mundo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay parte alguna en el mundo en que pueda encontrarse aquella libertad que se lisonjean gozar los mundanos apartándose de Dios. No se encuentra en la corte ni en casa de los grandes: en ninguna parte se está con mas violencia, con mas opresion, con mayor estrechez, con mas esclavitud. No está tampoco en los empleos y cargos mas vistosos: no hay cosa que dé mas sujecion: el que los

ocupa es responsable de sus acciones á todo el mundo: no es suyo, es del público, el cual pretende que le debe hasta su tiempo y sus viligias. Esta libertad no está en la vida particular: ¡qué tropel de negocios, todos los mas fatigosos, qué esclavitud no impone una familia, el cuidado de una casa! El mundo es una asamblea de esclavos, que no se consuelan de su esclavitud sino por la generalidad de la condicion, y por el hábito que han contraido de su servicio. Hijos del siglo, ¡qué lastima causais, lisónjeándoos de una libertad que no teneis, y que no se puede encontrar en el mundo! Gritad cuanto querais libertad: haced ostentacion de una cualidad que solo os conviene como á un cómico el nombre y la cualidad de rey ó de emperador. Desengañaos, que no hay otra verdadera libertad que la libertad de los hijos de Dios. *El que está unido con Dios, posee su espíritu; y la libertad está siempre donde está el espíritu de Dios.* Dios se complace en hacer la voluntad de los que le temen, dice el Profeta. Es verdad que en el servicio de Dios hay leyes que guardar; pero ¿quién no sabe que estas leyes son mas dulces y mas deliciosas que la miel mas exquisita; y que la paz y la tranquilidad son inseparables de este dulce servicio? La vida de los que sirven á Dios es arreglada, uniforme, apacible; pero cabalmente en esta regla y en esta uniformidad de conducta es donde se encuentra una verdadera libertad. No hay cosa mas desasosegada que una vida sin órden. Hagamos juicio de la dulzura de la vida de las gentes de bien por su gozo inalterable, el cual hace uno de los mas bellos rasgos de su retrato: hagamos juicio por aquella igualdad de humor que muestra cuán contenta está el alma; al paso que los que están en el servicio del mundo viven en el tumulto, en la inquietud, y no tienen ni aun libertad de quejarse de sus pesadumbres y tedios.

¡Oh, Señor! ya conozco la diferencia que hay entre los que sirven al mundo, y los que os sirven á vos: haced por vuestra gracia que me aproveche de este conocimiento.

JACULATORIAS.

Melior es dies una in atriis tuis super millia! Salm. 83.

¡Cuánto mas dulce es un dia pasado en el servicio de Dios, que mil pasados en el servicio del mundo!

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Qué dulzuras no reservais, Dios mio, para los que os temen!

PROPOSITOS.

1. Pondérense cuanto se quiera las insípidas y superficiales dulzuras del mundo: lisonjéense los mundanos de una libertad que no gozan; siempre será cierto que no hay ni puede haber verdadera libertad sino en el servicio de Dios. Probad esta dulce verdad sirviendo á Dios con una fidelidad que sea á prueba de todos los falsos raciocinios del mundo. No mires jamás como una sujecion, como una esclavitud la exacta puntualidad y la observancia escrupulosa de tus ejercicios de piedad y de tus reglas. A todos los que hablan la jerigonza del mundo, y dicen que las gentes de bien viven demasiado sujetas, díles que los mundanos son mucho mas esclavos, y gimen mas bajo de la tiranía en solos ocho dias que los devotos en toda su vida. ¿Quieres no sentir la sujecion? sé cada dia mas exacto y mas regular.

2. Hazte una ley, y toma la resolucion de no faltar jamás á las mas pequeñas obligaciones de tu estado, ni á la menor regla, y de observar con puntualidad tus prácticas de devocion, rezos ordinarios, uso frecuente de los sacramentos, misa todos los dias,

oracion, lectura espiritual, visitas arregladas cada dia al Santísimo Sacramento, retiro de un dia cada mes, otro retiro cada año: cuanto mas fiel fueres en observar estas pequeñas prácticas de piedad, tanto mas experimentarás la dulzura de la libertad de los hijos de Dios, y el gusto que se halla en servir á tal dueño. Haz todos los dias mas religiosa y mas exacta tu fidelidad.

LA TRASLACION DE LA SANTA CASA DE LORETO.

Era justo que la iglesia de España tuviese una fiesta particular para celebrar la comun alegría y grande consuelo que recibieron todos los fieles cuando la majestad de Dios se dignó establecer en el seno de la Iglesia aquella santa mansion en que se obraron tantos misterios y maravillas. Su historia es verdaderamente admirable; pero ¿qué obras de Dios no merecerán justamente toda nuestra admiracion? Es cierto que, si Dios no fuese capaz de hacer mucho mas de lo que pueden imaginar los hombres, y que, si el humano discurso y las débiles reglas de la crítica hubiesen de ser los límites á que se hubiese de estrechar la divina omnipotencia, esta tendria mas de ilusion que de verdad. Pero los hombres, descendientes legítimos y herederos de las debilidades de aquel que quiso tener una sabiduría como la de Dios, pretenden con igual soberbia dar por verdadero ó falso lo que ellos conciben por tal, tal vez segun sus caprichos; y examinan las obras de Dios, y las califican de apócrifas ó legítimas segun las reglas de su voluntad. Por esta causa, el hecho de la presente festividad, que se reduce á haber sido trasladada desde Nazareth á Dalmacia, y despues á Piceno, aquella santa casa

en que el Verbo divino se vistió de carne mortal, ha sufrido de los propios y extraños tantos exámenes, tantas contradicciones, que hubiera sido enteramente destruido ó difamado, si la piedad sólida, unida cor la verdadera sabiduría, no se hubiese empeñado en sostener su autenticidad. Del número de estos esclarecidos varones fueron el venerable Pedro Canisio, el gran Baronio, su continuador Reinaldo, Turselino, Turriano, Venzonio y otros infinitos que seria largo referir. Hiciéronse varias comprobaciones para certificarse de la identidad de la santa casa por comision de varios sumos pontífices, siendo los agentes hombres virtuosos, desinteresados, ingenuos y amantes de la verdad; y hallóse despues de todo que nuestro Dios y Señor quiso favorecer á los cristianos en los tiempos mas calamitosos con uno de los mayores favores que dispensó jamás su divina misericordia. Este fué la traslacion de la santa casa de Nazareth, donde se crió y habitó la santísima Vírgen, al campo Lauretano por ministerio de ángeles, cuya historia, deducida de los autores que mejor la escribieron, es como se sigue.

Despues que nuestro Redentor Jesus redimió al mundo por medio de una muerte ignominiosa, y que, por medio de su resurreccion y gloriosa ascension, subió triunfante á los cielos, quedó su santísima Madre triste, sola y desamparada. Éranle ya enojosos aquellos lugares y sitios de Jerusalen, en donde su Hijo habia hecho tantos milagros, y habia manifestado al mundo su doctrina. En todos ellos no veia otra cosa que la imágen de aquella muerte sangrienta con que habian quitado de en medio de los hombres al Hijo de sus entrañas. Para no ver tan funestas imágenes, se retiró á su casa de Nazareth, en donde habia sido criada, y en donde el divino Verbo habia bajado á tomar carne de sus entrañas purísimas. En esta

mansion dichosa fué en donde la visitaron los apóstoles, en donde la sirvió y cuidó el evangelista san Juan, y en donde los primeros fieles celebraban los divinos misterios, viéndose en aquel corto recinto congregada muchas veces la augusta, la santa, la magnífica, pero naciente Iglesia. Habiendo vivido la santa Vírgen aquel tiempo que su Hijo juzgó necesario para que con su doctrina se arraigase mas fuertemente el Evangelio, y con su presencia cobrasen nuevos ánimos los propagadores del cristianismo, llegó aquella hora bienaventurada en que, embriagada su alma santísima del amor de su Esposo, salió fuera de sí en un dulcísimo y soberano éxtasis, que la trasladó de la tierra al cielo, y solo con mucha impropiedad puede llamarse muerte. La santa casa en que se obraron tan grandes maravillas, que dió abrigo á Jesus, María y José, y cuyo terreno fué consagrado con la augusta presencia de tan grandes personajes, comenzó desde luego á recibir de los fieles aquella veneracion y respeto que de justicia se le debia. Es tradicion que, aun viviendo la santísima Vírgen en ella, fué converdida por san Pedro en iglesia, y que el príncipe de los apóstoles y vicario de Jesucristo celebró en ella el incruento sacrificio, dando el sagrado cuerpo y sangre de su hijo Jesus á su Madre santísima, que le recibia en el adorable sacramento con toda la ternura y devocion de su alma. Por esta causa el altar interior que existe actualmente en la misma santa casa se llama altar de San Pedro, aludiendo sin duda á esta tradicion antigua.

Así se fué conservando la veneracion de aquella santa casa hasta principios del siglo tercero, en que, dada la paz á la Iglesia por Constantino el Magno, hubo ocasion de darle nuevo esplendor, siendo mayor la libertad de los cristianos para profesar su religion, y coadyuvando la piedad y grandeza de Constantino

y de su madre santa Elena. Establecida, por lo respectivo á Oriente, la corte de este emperador en la nueva Roma edificada por él, y á la que dió el nombre de Constantinopla, que quiere decir ciudad de Constantino, comenzó santa Elena á dar una particular veneracion á aquellos santos lugares en que Jesucristo habia obrado nuestra redencion. A la casa de Nazareth, como tan principal entre todos ellos, le cupo la suerte de ser erigida en templo, formando sus paredes al rededor de la santa casa, y en su frontispicio mandó poner esta inscripcion: *Esta es el ara en la cual se puso el fundamento de la salud del hombre.* En los primeros tiempos fué llamada esta iglesia la casa de la Encarnacion, y duró en ella el fervor de los fieles como á un particular santuario por muchos siglos. No solamente el Asia, sino el Africa y Europa enviaban de continuo muchos peregrinos piadosos, á quienes, solícitos de ver por sus ojos aquellos lugares sagrados en que se habia obrado nuestra salud, ni los caminos largos amedrentaban, ni eran parte los multiplicados peligros para que dejasen de poner por obra sus santas intenciones. San Jerónimo hace mencion de esta iglesia en la epístola á Eustoquio, por estas palabras: *Es Nazareth, en donde vivió Cristo, una aldea de Galilea cerca del monte Tabor, por lo cual nuestro Señor Jesucristo se llamó Nazareno. Tiene una iglesia en el lugar en que entró el ángel á saludar á la santísima Virgen, y otra en donde Jesucristo fué criado.* En estas palabras se da bastante á entender la veneracion en que aquel sitio era tenido de los fieles; pero sucedieron despues tiempos borrascosos, y su piedad hubo de sujetarse á todas las vicisitudes á que están expuestas las cosas humanas. En el año de 700 fué tomada Jerusalen por los Sarracenos, y en su consecuencia fueron prostituidos todos los santos lugares. En el de 1050

ocuparon los Turcos no solamente á Jerusalen, sino tambien toda la Siria; pero formando Urbano II una liga de príncipes católicos para la recuperacion de la Tierra Santa, concurrieron poderosos ejércitos de todas partes del mundo cristiano; y en el año de 1100 volvieron los cristianos á la posesion de Jerusalen y de la Siria. Sobrevinieron despues los Partos, y fué perdida otra vez Jerusalen, destruida y saqueada por aquellos bárbaros, sin que las lágrimas que derramaban los fervorosos cristianos, al ver sus desacatos y crueldades, lograsen piedad de sus corazones crueles, y misericordia del Dios de las venganzas, cuya justicia estaba irritada. San Luis, rey de Francia, movido de su piedad, y de las instancias del vicario de Jesucristo, juntó un ejército poderoso, y en el año de 1245 se embarcó con él para la Siria, con ánimo de libertarla del yugo de los infieles. ¿Quién creeria que unos intentos tan santos no tuviesen de parte de Dios todo aquel auxilio y proteccion necesaria para ser llevados á debido efecto? Pero los juicios de Dios son muy distintos de los juicios del hombre, y el que pretenda averiguar sus arcanos, será oprimido de la gloria. La peste y la mortantad acabaron con el ejército de san Luis, y acometido el santo por los bárbaros, fué derrotado, vencido y hecho prisionero. Tal vez esta calamidad fué una especial disposicion de la divina Providencia para que se restableciese la devocion á la santa casa de Nazaret. Habian vencido los Sarracenos á san Luis; pero no habian arrancado de su corazon aquel zelo y amor á la religion que le habia conducido á tan remotos países, dejando las delicias de su reino. Por tanto, todo el tiempo que estuvo prisionero, se empleó en restaurar la devocion y culto á los santos lugares, y muy particularmente á la santa casa de Nazareth, en la cual se conservan todavia algunas memorias de los dones con que la

adornó y enriqueció su piedad regia. En el año de 1268 Benedocdar, general del Sultan, tomó á Antioquía, habiendo pasado á cuchillo diez y siete mil cristianos, y reducido otros cien mil á una miserable esclavitud. En el de 1289 acometió á Tiro y Sidon el gran Sultan, habiendo tomado antes y destruido á Trípoli; y obrando de acuerdo con él la faccion de los Gibelinos, le incitaron en el año 1291 á que tomase y destruyese á Ptolemaida, capital de la Fenicia, y único asilo que en aquellas partes tenian los católicos. Ejecutóse así, y perdieron los cristianos el reinado en la Siria, y toda la Palestina y santos lugares quedaron expuestos desde entonces á los desacatos de los infieles. Pagó bien caro el Sultan su atentado y temeridades, pues el año siguiente, cuando pensaba invadir á Chipre, y hacerla esclava de su poder, fué asesinado de los suyos, perdiendo de un solo golpe la vida y el reino.

En esta última accion, contraria á los cristianos, quedó la casa de Nazareth expuesta á los ultrajes y abominaciones de una gente pérfida, enemiga del nombre de Cristo. Pero Dios, que queria que aquella adorable mansion, en que habia ejecutado las mayores obras su omnipotencia, tuviese la veneracion y culto que se le debian, dispuso otra obra no menos digna de su grandeza y poder, la cual fué la traslacion de esta santa casa á tierra de cristianos. El dia 9 de mayo de 1291, bien fuese por un soberano decreto de su omnipotencia, ó por ministerio de ángeles, la santa casa de Nazareth fué arrancada de sus cimientos y trasladada á Terseto, lugar de la Dalmacia. El descubrimiento de esta traslacion fué prodigioso. Hallábase enfermo gravemente el párroco del territorio de Tersato, llamodo Alejandro: su enfermedad le habia conducido á tales términos, que ninguna esoeranza habia de que pudiese salvar la vida.

Tomábanse todas las disposiciones para los funerales, y todos los asistentes y feligreses suyos le contaban ya por difunto. En este mismo tiempo ven que se levanta de la cama sano, robusto y como si tal accidente no hubiera tenido. Quédanse todos suspensos y pasmados al ver un caso tan maravilloso : todos acuden á él á preguntarle la causa, y á que les descifre quién ha sido el agente de tan grande maravilla. Entonces el párroco les anunció á todos que, estando á los umbrales de la muerte, se le habia aparecido la Madre de Dios, le habia avisado que en un collado vecino estaba la santa casa de Nazareth que acababa de ser allí trasladada, y que, dicho esto, la santísima Vírgen se habia desaparecido, dejándole perfectamente sano y convalecido de su dolencia. La relacion de Alejandro causó no menos admiracion á los que le oian, que habia causado el milagro de su salud repentina. Todos se encaminaron al collado inmediatamente, sin que quedase en la poblacion de Tersato persona que no aspirase á ser el primer testigo de una tan grande misericordia de Dios. Pero ¡ cuánta fué su admiracion y ternura, cuando al llegar al collado hallaron una casa muy antigua y pequeña, en figura de capilla, la cual ninguno de aquellos habitantes habia visto jamás en aquel sitio! ¡ cuánta su consolacion, cuando entrando dentro hallaron un altar en frente de la puerta con una imágen de Cristo crucificado, y en un nicho de la pared una efigie de María santísima con el niño en los brazos hecha de cedro, y en la misma figura que les habia explicado antes el párroco, á quien le fué tambien revelado que habian sido hechas por san Lucas! Cualquiera cristiano que siente dentro de su corazon los verdaderos sentimientos de piedad que es capaz de producir nuestra religion sacrosanta, se persuade fácilmente que aquellos fieles venturosos se postrarian humil-

demente, besarian mil veces aquel suelo sagrado, y derramarian copiosas lágrimas de agradecimiento y de ternura. Creció esta notablemente cuando, observando la celestial casita con mas atencion, vieron al fin de ella una ventana cuadrada, que desde luego supusieron seria por donde entró el ángel á anunciar á María la encarnacion del Verbo divino, y al testero de ella una chimenea en donde tantas veces se guarecerian del frio, y gastarian mucho tiempo en celestiales conversaciones Jesucristo, su Madre santísima y su padre putativo José. A un lado de la puerta, en un rincon á la mano izquierda, hallaron tambien un vasar en donde encontraron algunos pocos platos, y unas escudillas de barro en que tomaban su pobre alimento las tres augustas personas de esta sagrada familia. Es indecible la ternura, alegría, admiracion, compuncion, sobresalto, lágrimas y otros semejantes afectos que experimentó aquella venturosa gente: dieron á Dios gracias infinitas por tamaño beneficio, y publicaron el caso por todas las regiones circunvecinas.

No solamente los Dálmatas, sino los Esclavones, los Croatos, y los habitantes de los países mas remotos venian en tropas á visitar aquella bienaventurada habitacion, y honrarla con dones y votos, manifestando una piedad verdaderamente cristiana. Pero muy en breve comenzó la desconfianza de los hombres á manifestarse, dudando de la identidad de la casa, y poniendo dificultades sobre la posibilidad del suceso. Para desvanecer uno y otro, pensaron los Dálmatas en enviar á Nazareth personas de autoridad y fidedignas, que, confrontando las medidas de la casa con los cimientos que habian quedado en Nazareth, y examinando con sagacidad las demás circunstancias de la traslacion, declarasen, bajo de juramento, si esta se habia de tener por verdadera ó por apócrifa.

Enviáronse en efecto tres sugetos de los mas nobles y distinguidos de Dalmacia, juntamente con el párroco Alejandro, los que, llegados á Nazareth, hicieron una confrontacion escrupulosa de las medidas y del tiempo, y hallaron que todo probaba la identidad de la casa, y la verdad de la traslacion. Las paredes de la santa casa, que estaba en el collado de Tersato, correspondian exactamente en el grueso, anchura y longitud con los cimientos que habian quedado en Nazareth, y los habitantes de este pueblo, no obstante ser gente bárbara y enemiga del cristianismo, confesaron ingenuamente el dia y la hora en que la habian echado menos, que eran puntualmente los mismos en que el párroco habia tenido la revelacion, habia sido sanado de su enfermedad, y se habia visto en el collado aquel desconocido edificio. Despues de esta averiguacion, era la santa casa mucho mas venerada y frecuentada de los fieles; pero sin embargo, no tenia toda aquella veneracion y toda aquella seguridad que podria tener estando colocada en el seno de la Iglesia. Por tanto, á los tres años y nueve meses de haber sido trasladada á Tersato, quiso Dios hacer de esta santa casa una nueva traslacion, haciendo que sus santos ángeles atravesasen con ella por los aires el mar Adriático, y la llevasen á la Marca de Ancona, colocándola en una selva cuatro millas distante de la ciudad de Recanate, y una del mar. Sucedió esta segunda traslacion el dia 10 de diciembre del año de 1294, en cuyo dia la celebra la Iglesia. La selva en donde fué colocada la santa casa era posesion de una noble señora de Recanate llamada Laureta, de cuyo nombre vino luego despues á llamarse aquel famoso santuario Nuestra Señora de Loreto. El concurso de peregrinos y de familias enteras que comenzaron á frecuentar aquel sitio, viniendo en peregrinacion de las tierras mas remotas, hizo que se

detuviesen allí varias familias, y formasen sus habitaciones, de lo cual se formó una ciudad que se llamó Loreto, á la que Sixto V rodeó de murallas. En este mismo recinto se dice tambien que mudó la santa casa de situacion por dos veces, la una para evitar que los peregrinos fuesen asaltados de los asesinos y ladrones que se ocultaban en la espesura de la selva, y la otra para cortar el pleito de dos hermanos que se disputaban mutuamente la posesion del terreno en que estaba la santa casa. Lo cierto es, que está situada en un terreno ameno y fertilísimo, siendo el aire saludable despues que fué talada la selva que la ceñia, y desecada una gran laguna que exhalaba vapores poco sanos.

Referir la grandeza de esta santa casa, la nobleza y majestad de su edificio, las inmensas riquezas con que la han enriquecido á porfía los sumos pontífices, los emperadores, los reyes, los cardenales y todas las personas poderosas del universo, seria emprender un trabajo incapaz de reducirse á la estrechez de pocas páginas, y de poca utilidad para el principal fin que se intenta en la relacion de estas festividades. Hay libros enteros en donde puede verlas el curioso; por ahora baste decir que el templo edificado con el diseño del Bramante por Paulo II, comprendiendo en su centro á la santa casa, es de la mayor magnificencia y grandeza que puede imaginarse. Los inteligentes saben que con ser pensamiento del Bramante, tiene lo bastante para acreditar la grandiosidad y nobleza de su arquitectura. Por lo que toca á estatuas de mármol y de bronce, bajos relieves, mármoles preciosos, exquisitamente embutidos de piedras finas, pinturas de los mas famosos artífices, y demás adornos de toda clase, no cede á ningun otro templo del mundo. La multitud de sacerdotes penitenciarios, y demás asistentes para celebrar los

divinos oficios con sagrada pompa y majestad es numerosísima; y no faltan hospitales bien provistos y todo género de provisiones para que se hospeden cómodamente los innumerables peregrinos que diariamente concurren de todas partes á venerar la santa casa, ya sean príncipes y grandes señores, ya sean caballeros y nobles, ó bien sean pobres y plebeyos. Lo que mas sorprende á cuantos visitan este gran santuario de la cristiandad es el rico é inmenso tesoro que posee de oro, plata y piedras preciosas, en tanta copia, que con dificultad se encontrará en el mundo otro sitio en donde se vean juntas tantas preciosidades. Son muchos los salones y los armarios en que se custodian gran multitud de lámparas, blandones, candeleros, cruces, custodias, cálices, incensarios, coronas imperiales y aras, cadenas, toisones, anillos, pieles y otras innumerables piezas artificiosas hechas de oro, plata, cristal de roca, con ricas guarniciones de diamantes, esmeraldas, zafiros, topacios, crisólitos, amatistas, perlas gruesas, y cuanto puede imaginarse de raro, de rico y de precioso. El señor Felipe IV, rey de España, dió á la Vírgen un vestido con cincuenta y ocho botones, y ciento doce alamares, todo de oro vaciado, y engastados en diferentes partes del vestido seis mil cincuenta y cuatro diamantes, muchos de ellos de una magnitud y brillantez asombrosa. La señora duquesa de Uceda regaló á María santísima un globo, un gran racimo ó un monton de diamantes, rubíes y esmeraldas, todo cuajado de oro, y sobre él un pelícano formado de un gran rubí en ademan de herirse el pecho para alimentar á sus hijos. A esta semejanza son todos los demás dones que se guardan en aquel santuario, hechos por los mayores príncipes y señores que ha tenido la tierra Los sumos pontífices, poseedores de tan grande riqueza, conociendo muy bien que un tesoro tan in-

menso, á distancia de una milla del mar, provocada á un salto repentino, y estaba expuesto á una incursion de piratas, le guarnecieron de fortines y murallas, colocando bastante artillería, y el número de tropa necesario para guarnecerlo. A proporcion de las riquezas temporales que se conservan en esta santa casa, son tambien los espirituales beneficios que allí reciben los fieles. Los penitenciarios son muchos, y de todas las lenguas conocidas. Cuantas indulgencias y gracias han conferido los sumos pontífices á san Juan de Letrán, á santa María la Mayor, á los santos lugares de Jerusalen, al sepulcro de Santiago, á la iglesia de San Pedro y á todas las demás basílicas del mundo, todas están concedidas igualmente á la santa casa Lauretana. Es verdad que este santuario es tambien el mas digno de cuantos hay en el mundo por las grandes obras que en él se hicieron. En esta santa casa fué concebida sin pecado original, nacida y educada la siempre vírgen María: en ella vivió por espacio de muchos años con su santo esposo José: en esta casa recibió esta santa doncella aquella augusta embajada de toda la santísima Trinidad, por medio del arcángel san Gabriel, á la cual, dando su consentimiento, el Verbo divino se hizo hombre en sus purísimas entrañas, que es la obra mayor de la omnipotencia. Dicho esto, se deja conocer fácilmente la multitud de prerogativas, gracias y dones que le son debidos por haberse obrado en ella tantos y tan grandes misterios, y con cuánta razon y justicia celebra la iglesia de España esta festividad, convidando á los fieles á que testifiquen su agradecimiento al Dios de las misericordias por medio del culto y veneracion que tributen á esta santa casa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Melquiades, papa, el cual, despues de haber padecido mucho en la persecucion de Maximiano, rindió tranquilamente su alma á Dios cuando la paz hubo sido restituida á la Iglesia.

Este mismo dia, san Carpóforo, presbítero, y san Abondo, diácono, mártires, quienes en la persecucion de Diocleciano fueron en primer lugar molidos á palos, y despues encarcelados, dejándolos sin comer ni beber. Atormentáronlos de nuevo en el potro, y despues de tantos padecimientos fueron aherrojados en una cárcel, de donde los sacaron por último para cortarles la cabeza.

En Mérida de España, santa Eulalia, vírgen, la que á la edad de doce años padeció bajo el emperador Maximiano muchos tormentos por la confesion del nombre de Jesucristo, de órden del presidente Daciano. Al cabo la extendieron en el ecúleo, le arrancaron las uñas, le aplicaron á los costados teas encendidas, y murió sufocada por el vapor de las llamas.

En el mismo lugar, santa Julia, vírgen y mártir, compañera de santa Eulalia, á quien se juntó y acompañó al suplicio.

En Alejandría, san Meno, san Hermógenes y san Eugrafio, mártires, los cuales padecieron bajo Galero Maximiano.

En Léntini de Sicilia, san Mercurio y sus compañeros, soldados, mártires, quienes fueron pasados á cuchillo bajo el presidente Tertilo, en tiempo del emperador Licinio.

En Ancira de Galacia, san Gemelo, mártir, quien, despues de haber padecido crueles tormentos bajo Juliano Apóstata, consumó su martirio con el suplicio de la cruz.

En Viena, san Sindulfo, obispo y confesor.

En Bresa, san Deusdedit, obispo.

En Loreto en la Marca de Ancona, la traslacion de la santa casa de María, Madre de Dios, en la cual el Verbo se hizo carne.

Este mismo dia, el natalicio de santa Valera, venerada como vírgen y mártir.

En Soissons, san Edibo, obispo.

El propio dia, san Guimero, cuarto abad de san Riquier.

En Cahors, san Gausberto, obispo.

En Persia, san Beenam, y santa Sara su hermana, mártires.

Entre los Griegos, san Sositeo, martirizado con otros.

En Etiopia, san Simeon Behor, monje, martirizado por los Sarracenos musulmanes.

En Cracovia, san Esbigneo, abad del órden del Cister, martirizado con sus monjes por la fe de Jesucristo.

La misa es propia, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatæ Mariæ virginis domum per incarnati Verbi mysterium misericorditer consecrasti, eamque in sinu Ecclesiæ tuæ mirabiliter collocasti: concede, ut segregati à tabernaculis peccatorum, digni efficiamur habitatores domus sanctæ tuæ. Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que consagraste misericordiosamente la casa de la bienaventurada vírgen María, con el misterio del Verbo encarnado, y la colocaste maravillosamente en el seno de tu Iglesia: concédenos que, apartados de los tabernáculos de los pecadores, nos hagamos habitadores dignos de tu santa casa. Por el mismo Señor...

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría.

In omnibus requiem quæsivi, et in hæreditate Domini

En todas las cosas busque descanso, y en la heredad del

morabor. Tunc præcepit, et dixit mihi Creator omnium: et qui creavit me, requievit in tabernaculo meo; et dixit mihi: In Jacob inhabita, et in Israel hæreditare, et in electis meis mille radices. Ab initio, et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea. Quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion. Quasi palma exaltata sum in Cades, et quasi plantatio rosæ in Jericho. Quasi oliva speciosa in campis, et quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis. Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi: quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.

Señor haré mansion. Entonces el Criador de todo mandó, y me dijo: y el que me crió descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita con Jacob, y ten tu heredad en Israel, y echa raíces en mis elegidos. Desde el principio, y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Y así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi poder. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos. Fuí ensalzada como cedro en el Líbano, y como ciprés en el monte Sion: extendí mis ramos como una palma de Cades, y como un rosal de Jericó: me levanté como una oliva hermosa en los campos, y como el plátano en las llanuras cerca de las aguas. Despedí olor como el cinamomo, y como el bálsamo que despide aromas, y exhalé suavidad y olor, como mirra elegida.

REFLEXIONES.

En todos los monumentos de piedad que se conservan entre los cristianos se echa de ver una particular disposicion de la divina Providencia, dirigida al mayor esplendor de la Iglesia de Dios y aprovechamiento

MIERCOLES SANTO.

En este dia propiamente comienza el gran luto de la Iglesia, porque en él fué cuando se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, y los ancianos ó magistrados, para deliberar sobre los medios de verificar por fin la prision de Jesucristo, y en él quedó resuelta su muerte. Por esto, despues del Viernes santo, no hay otro que esté mas particularmente consagrado á la pasion de Jesucristo. El Miércoles santo fué cuando se dictó el decreto de muerte contra este divino Salvador, y el Viernes santo cuando se ejecutó esta cruel é injusta sentencia. Esto es lo que ha movido á la Iglesia (segun san Agustin y los demás santos padres) á establecer la estacion, ó sean ciertas oraciones, y el ayuno de los miércoles, como el de los viernes del año, cuyos dias han sido siempre mirados por los fieles como dias singularmente consagrados á los ejercicios de la penitencia.

Dos dias antes de la Pascua fué cuando los judíos tuvieron este consejo de iniquidad. Convínose en él que se tomarian medidas á propósito para apoderarse con *seguridad y con maña de Jesucristo*; que era preciso que esto se hiciese durante la noche, para que los que le seguian por el dia no estuviesen en disposicion de defenderle; y que no se haria durante la fiesta, no fuese que se suscitase alguna conmocion popular por este motivo. Pero sabiendo el Salvador que su hora habia llegado, hizo ver que él mismo era

el que disponia, así del tiempo como de la manera de su muerte; porque, habiéndose presentado el infeliz apóstata Judas para tratar con ellos sobre la entrega de su Maestro, les hizo mudar y adelantar sus resoluciones.

El introito de la misa de este dia está tomado del segundo capítulo de la carta de san Pablo á los Filipenses, en la que el santo apóstol, despues de haberles desenvuelto el gran misterio de las profundas humillaciones de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les hace ver la gloria inmensa que ha seguido á estas asombrosas humillaciones; y que si este divino Salvador se ha humillado sin medida, ha sido á proporcion exaltado y glorificado. *Que á la invocacion del nombre de Jesus doble la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra, y en los infiernos, porque el Señor ha sido obediente hasta morir, y morir en la cruz; y por esto, nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*; esto es, Jesucristo, Dios y hombre, está verdaderamente en el cielo, á la diestra de su Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como Dios, y de la que justamente se ha adquirido por sus tormentos como Dios y hombre. *Escuchad, Señor, mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores.* Estas palabras están tomadas del profeta David, sumergido en la afliccion mas viva, y en este concepto figura de Jesucristo.

Como el sábado siguiente es dia de órdenes, la Iglesia, como se ha dicho en otra parte, lee siempre el miércoles que las precede dos epístolas en la misa. Las dos que ha elegido para este dia están tomadas del profeta Isaias. La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido y esperado tanto tiempo habia, que

familia con el sudor de su rostro; aquí estaria la santísima Vírgen haciendo labor, y cosiendo con sus virginales manos aquellas pobres y sacrosantas ropas con que habia de cubrir su desnudez el que viste de yerba los campos, los árboles de hojas, los brutos irracionales de vestidos oportunos, y cubre de estrellas el firmamento; aquí guisaria la pobre comida; aquí tendria el lecho virginal y purísimo; allí tendrian recogidas sus alhajas, propias de su pobreza; y aquí el Hijo de Dios hecho hombre trabajaria con su padre putativo, obedeceria á lo que le mandase su Madre, y daria todas las pruebas imaginables de un hijo el mas humilde, el mas obediente y perfecto. ¿Hay lugar en el mundo, hay cosa visible ni invisible que ofrezca campo á tantas y tan provechosas consideraciones? ¿ofrecerá en parte alguna la naturaleza objetos que te puedan mover á tanta ternura? Es preciso confesar que no, y hecha esta confesion sencilla, da á Dios las mas rendidas gracias por el beneficio que celebra la Iglesia en este dia.

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galileæ, cui nomen Nazareth, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen Virginis Maria. Et ingressus angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus: Quæ cùm audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salulatio. Et ait angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti

En aquel tiempo: Fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el ángel á su presencia, le dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres: lo cual oyendo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el ángel le dijo:

enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad angelum: Quomodò fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens angelus, dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quæ vocatur sterilis; quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundùm verbum tuum.

No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varon? Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y esta ya en el sexto mes la que se decia estéril; porque para Dios nada será imposible. Dijo pues María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en la encarnacion manifestó el Hijo de Dios tanto amor al género humano, que le llenó de todos los beneficios imaginables, le distinguió entre todas las criaturas, y se humilló hasta el ex-

tremo de anonadarse, como dice san Pablo escribiendo á los Filipenses (1).

Luego que fueron criados los ángeles, se encontraron muchos espíritus rebeldes que, seducidos por su misma malicia, adoptaron la proposicion de su jefe, y se atrevieron á decir: *Ensalzaré mi solio sobre los astros del cielo: seré semejante al Altísimo.* Este pecado de soberbia precipitó en los abismos la tercera parte de los ángeles, á quienes Dios habia criado en justicia original. Cria despues al hombre, y rebelde este al precepto que le impuso, pretende ser como Dios, adquiriendo la ciencia del bien y del mal. Este pecado se transfunde en toda su posteridad, y con él todas las calamidades y miserias imaginables, en tanto grado, que todos cuantos nacemos, nacemos hijos de ira y de venganza, enemigos declarados de Dios, y partidarios del demonio. Tanto por el primer pecado de los ángeles, como por el de los hombres, se vió Dios privado de una gran parte de aquellas criaturas que habia formado de la nada para manifestar su gloria. Entra en consejo su divina sabiduría sobre el remedio de tanto mal; y decretando la redencion del género humano, y para ella hacerse hombre, deja á todos los ángeles rebeldes en el abismo de su perdicion, condenados para siempre. ¿Puede hacerse esto, ó cristiano, sin un amor intensísimo al linaje de los hombres? ¿no adviertes en esta sola accion una predileccion, un amor intenso de tu Dios, que exige de ti la mas tierna correspondencia y el mas perfecto agradecimiento?

Pero ¡á cuánta costa, con cuánta humillacion suya te amó! Se anonadó á sí mismo, dice san Pablo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante á los hombres, y vistiéndose de su mortalidad y miserias. San Leon el Grande (2) explicó en pocas palabras

(1) Cap. 2. — (2) In Serm.

todo el énfasis que contenia la sentencia de san Pablo, diciendo: *La majestad se trueca en la encarnacion en humildad, la virtud en flaqueza, y la eternidad en una vida mortal.* El Dios de majestad, aquel delante de quien tiemblan los mas encumbrados serafines, y que con sola una mirada hace temblar las columnas del firmamento, se viste de una carne frágil y deleznable, habita nueve meses en la estrechez del claustro virginal de María, y se abisma hasta el estado de parecer el mas vil y despreciable entre los hombres. No elige, como pudiera, el nacer de reyes poderosos, de grandes conquistadores, ó de gentes igualmente ruidosas en el mundo; su majestad recibe la humillacion, adopta la humillacion, prefiere la humillacion, y se ve trocada y convertida en humildad. De la misma manera, en la encarnacion vemos su valor, su potencia, su virtud sujeta á todas las miserias y enfermedades que afligen á nuestra naturaleza, exceptuando solo el pecado: nace llorando como los demás niños; todas las inclemencias del cielo, todas las variaciones de la atmósfera, y las combinaciones de los elementos, dispuestas sabiamente por su mano poderosa, afligen á aquel cuerpo delicado, y le hacen sentir los mismos dolores y penas, y aun mayores que las que padecen las demás criaturas sensibles. Padece hambre, sed, pobreza; es perseguido de sus enemigos, y tiene que libertarse de ellos con la fuga; y últimamente, aquel que todo lo sostiene con la palabra de su virtud, como dice san Pablo á los Hebreos (1); aquel que en cuanto Hijo de Dios es la felicidad completa de los bienaventurados, se sujeta voluntariamente á todas nuestras enfermedades, hasta cargarse de ellas, como dice el Profeta. Así se verifica que en la encarnacion, en este misterio adorable sobre todos los misterios, toda la virtud del

(1) Cap.

Hijo de Dios está trocada en debilidad, enfermedad y flaqueza. Finalmente, en la encarnacion vemos con espanto, que un Dios eterno, infinito, inmenso é inmortal se reduce á tener una vida limitada al breve círculo de treinta y tres años, permite ser estrechado de los lazos de un cuerpo mortal, encerrándose en el seno de una vírgen aquel á quien no pueden contener los cielos y la tierrra, se sujeta á la muerte y á todos los escarnios y tormentos que la precedieron, permitiendo que le hiciesen sus enemigos ser el oprobio de los hombres y la hez de la plebe. ¿Puede llegar á mas la humillacion de un Dios, ni el amor que manifestó al hombre en la grande obra de la encarnacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el Hijo de Dios quiso hacerse y llamarse Hijo del hombre á costa de tantas humillaciones y trabajos, no para conseguir por medio de su encarnacion una gloria estéril, sino como dice san Agustin (1): *Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios.*

San Juan evangelista, en el capítulo primero de su evangelio, refiriendo el misterio inenarrable de la generacion eterna y de la encarnacion temporal, explica los soberanos fines que tuvo en esta la divina Sabiduría, diciendo: *Vino Dios al mundo; y á aquellos que le recibieron les dió potestad para hacerse hijos de Dios.* Conforme á esto dice san Agustin (2): *No hay que desesperar ya de que por la participacion del Verbo puedan los hombres hacerse hijos de Dios, cuando el Hijo de Dios, por participacion de la carne, se hizo hijo del hombre.* No se puede, pues, dudar que la dicha de los cristianos ha subido por la encarnacion á tan alto grado, que por ella pueden ser hijos de

(1) Serm. 9, de Nativitate. — (2) De Grat. Nov. Testam.

DIOS, hermanos de Jesucristo y coherederos con él del reino de su Padre. Pero ¿crees acaso, ó cristiano, que todas estas grandes honras, todas estas sólidas utilidades se consiguen y disfrutan con tener la nominacion de cristianos, sin poner por nuestra parte cosa alguna que nos haga dignos de su obtencion? El mismo san Leon, que nos abrió el camino en la consideracion de las humillaciones del Verbo, nos ha de instruir tambien en órden á nuestra propia exaltacion y gloria. Hablando del alto grado de dignidad à que subió la humana naturaleza, por haberse hecho hombre el unigénito Hijo de Dios, dice estas palabras dignas de su ingenio, de su piedad y de su elocuencia: *Conoce, ó cristiano, tu dignidad, y hecho participante de la divina naturaleza, no quieras ya volver mas á la vileza antigua con costumbres indecentes al alto carácter de que estás revestido.*

Debes, pues, ó cristiano, sostener y mantener la dignidad de hijo de Dios con las acciones y virtudes propias de tal dignidad. En el mundo vemos que los hombres sensatos tienen presente en sus acciones el honor de sus antepasados, y muchas veces basta esta consideracion para contenerlos de caer en una accion vil, ó de cometer un delito. Si esto hacen los hombres por no desdecir de ser hijos de otro hombre, ni manchar la memoria de un padre mortal y perecedero, ¿qué no deberás hacer por no desmentir el concepto de hijo de Dios, y mantener en toda su dignidad y grandeza este honor incomparable? Pero aun esto es poco: debemos levantarnos sobre nosotros mismos, y afectar en nuestras acciones que somos de una naturaleza superior á la humana. Y cómo, dirás, podrá lograrse eso? Fácilmente, levantándote sobre todas tus pasiones, haciéndote superior á todas tus flaquezas y enfermedades, contrastando todos los vicios, y alcanzando de ellos y de los enemigos del

alma una completa victoria. Lo último y mas doloroso á que se sujetó el Hijo de Dios por la encarnacion, fué la mortalidad; y realmente, todos los trabajos de su vida juntos no tienen comparacion con los que padeció para haberse de separar su santísima alma de su inocente cuerpo. Con aquellas agonías terribles que llegaron á bañar su rostro, sus ropas, y aun el suelo con sudores de sangre, nos mereció la inmortalidad. Desde el pecado del primer hombre reinó la muerte en nosotros; pero con la gracia de Jesucristo reina la vida. Unidos como miembros á nuestra cabeza gloriosa, á Jesucristo resucitado con una eterna inmortalidad, debemos ya ser participantes de todos los privilegios de su gloria; pero al mismo tiempo se ha de tener presente que no puede ser miembro de un cuerpo virginal y puro el carnal y deshonesto; de un cuerpo mortificado y atormentado hasta lo sumo el voluptuoso y regalado; y últimamente, de un cuerpo santo de todas maneras el que de ninguna lo es, sino instrumento de todos los vicios.

JACULATORIAS.

Eramus naturâ filii iræ. Ad Ephes. cap. 2.

Éramos, Señor, por nuestra naturaleza hijos de ira y de venganza, abismados en todas las enfermedades y miserias contraidas por el primer pecado.

O inæstimabilis dilectio charitatis! ut servum redimeres filium tradidisti. Gregor. lib. 3, Moral.

¡O inestimable caridad, ó amor intensísimo, para redimir á vuestros siervos de las miserias á que estaban condenados y sujetos, entregaste á tu mismo Hijo para que se hiciese hombre, y libertase al hombre de la muerte, ensalzándole hasta el grado de asemejarse á tí mismo!

PROPOSITOS.

Si Dios no amara á los pecadores, dice el gran padre san Agustin (1), *no hubiera bajado del cielo á la tierra por causa suya.* Y en el libro *de Continentia*, cap. 12, *el Salvador tomó sobre sí todas las miserias y flaquezas del hombre, resuelto á salvar y redimir á todo el hombre.* En estas sentencias de este santo padre encuentra el alma del cristiano tales motivos de consideracion, que es preciso ser insensible para no prorumpir en rendidas gracias y encarecidos afectos de alegría, viendo la dignacion de la divina misericordia. No hay tribulacion en esta vida que sea comparable con aquellas tribulaciones que se originan de motivos espirituales. Cuando llega un cristiano á dejarse arrastrar enteramente de la fuerza de sus pasiones; cuando una vida corrompida le hace mirar con sustos y sobresaltos la hora de la muerte que se le acerca; cuando su conciencia, que es el fiscal mas inexorable y severo, no le anuncia por todas partes otra cosa que la indignacion divina y el justo castigo de la venganza eterna; cuando finalmente, colocado el hombre, entre sus mismos delitos, apenas ve camino abierto para otra cosa que para la desesperacion, parece que calma todas sus angustias, todos sus temores y rezelos con sola la sentencia de san Agustin, con solo decir : *Si Dios no amara á los pecadores, no hubiera bajado del cielo á hacerse hombre por ellos.* Es verdad que ciego y desatinado me entregué á todos los deseos de mi corazon : es verdad que quebranté las leyes eternas, y que ingrato á la bondad divina desconocí sus paternales beneficios y sus misericordias. Pero por eso ¿me he constituido en un grado mas abominable que el de pecador? No; pues si Dios no amara á los pecadores, no hubiera bajado del

(1) Tract. 49, in Joann.

cielo á la tierra por ellos. Así lo dijo el mismo Jesucristo, que no habia venido á llamar á los justos, sino á los pecadores; que los enfermos necesitaban medicina, no los sanos y robustos. Por tanto, en la encarnacion del Verbo divino tenemos un manantial inagotable de misericordias y consolaciones; pero guárdate al mismo tiempo, ó cristiano, de convertir en tu daño y en verdadero veneno, lo que se ha instituido para tu provecho y medicina. Es un daño muy grave la desesperacion; pero tampoco es de ninguna utilidad demasiada confianza. El entregarse á los vicios y á una vida relajada en la confianza de que el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir á los pecadores y salvarlos, y que no ha de querer que se pierda el precio de su sangre, es una verdadera temeridad, es una impiedad sacrílega, es el abuso mas criminal que se puede hacer de los divinos dones. Estos excitan á todo hombre racional y sensato á dar gracias rendidas á la majestad divina, á adorar sus sacratísimas obras, y á confundirse viendo en un Dios omnipotente y eterno tanta dignacion para con unas viles criaturas; y últimamente, inducen una obligacion á averiguar con cuidado la voluntad, las leyes y preceptos de su bienhechor, para cumplirlos con tas exactitud, que merezcan su amor y su confianza. A esto deben reducirse todos tus afectos y propósitos en la festividad de este dia.

DIA ONCE.

SAN DÁMASO, PAPA.

San Dámaso era español de nacimiento: no se sabe de qué ciudad ó provincia, pretendiendo los de Tarragona en Cataluña, y los de Guimarans en Portugal

apropiarle á sus respectivas ciudades; y una lápida que hay en la parroquial de San Salvador de Madrid le hace natural de esta corte. Vino al mundo por los años de 304. Habiéndose establecido en Roma su padre, llamado Antonio, llevó consigo su familia, que consistia en dos hijos pequeños, Dámaso el uno, y la otra Irene, mas pequeña todavía que su hermano. Habiendo enviudado su padre, se hizo clérigo, se ordenó de lector; y como era de una hombría de bien conocida, de una piedad ejemplar é instruido en las sagradas letras, fué hecho diácono, y finalmente presbítero de la Iglesia romana, agregado á una de las parroquias de la ciudad, que tenia el título de San Lorenzo. Nuestro santo fué educado con gran cuidado al lado de su padre, quien, encontrando en Dámaso un excelente ingenio, y un corazon nacido para la piedad, no omitió diligencia alguna para darle una bella educacion, y para hacer que se instruyera en todas las ciencias. Gustaba Dámaso del estudio, pero no tenia menos inclinacion á la piedad; y así hizo maravillosos progresos en la virtud y en las ciencias. La pureza de sus costumbres y su rara erudicion le conciliaron la estimacion de todos. Fué admitido en el clero, y bien pronto llegó á ser la admiracion y el ejemplo de los eclesiásticos. Servia en la misma iglesia que su padre, y toda su conducta fué de una tan grande edificacion, que era, como lo testifica san Jerónimo, el modelo que se les proponia á todos para imitar. Era diácono de la Iglesia romana, cuando el papa Liberio fué arrojado de su silla por el emperador Constancio por la defensa de la fe y de la inocencia de san Atanasio el año 355. Por poderosos que fuesen los arrianos, y por mas arriesgado que fuese el declararse por el papa, el dia mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, se obligó Dámaso con juramento solemne ante el pueblo,

con todo lo restante del clero, á no recibir jamás otro papa mientras viviese Liberio. Tuvo tambien valor para acompañarle en su destierro, y permaneció algun tiempo con él en Berea de Tracia, donde le sirvió de mucho consuelo. Habiendo vuelto á Roma, tuvo mucho que sufrir de los arrianos, que tenian un partido muy pujante; y á pesar de sus amenazas y de sus solicitaciones, permaneció siempre fielmente unido á la comunion de Liberio. Habiendo vuelto este papa del lugar de su destierro, se sirvió de los consejos y de la habilidad de nuestro santo en todos los negocios espinosos de la Iglesia.

Habiendo muerto el papa Liberio el año 366, no se encontró sugeto mas digno que Dámaso para ocupar la santa sede. Fué elegido por la mayor y mas sana parte del clero romano á los 62 años de su edad; y sin embargo de su resistencia, fué consagrado solemnemente en la basílica de Lucina, que era su título. Todas las gentes de bien manifestaron su gozo, y dieron gracias á Dios por haberles dado un pastor tan digno y tan á propósito por su santidad y su ciencia para domar á los enemigos de la Iglesia. Algunos del pueblo y del clero, cuyas costumbres estaban tan corrompidas como su espíritu, no se acomodaron á esta eleccion. Uno de los principales diáconos de la Iglesia romana, llamado Ursicino, lleno de una ambicion desmedida, no pudiendo sufrir que se le hubrese preferido á Dámaso, agavilló una tropa de sediciosos y gentes despreciables en una iglesia de Roma, y habiendo sobornado á Pablo, obispo de Tívoli, hombre grosero é ignorante, le obligó á que le ordenara obispo de Roma. Por mas irregular é indigna que fuese esta accion, no dejó el antipapa de formarse un poderoso partido, el que en poco tiempo vino á parar en una sedicion y tumulto, en que hubo ciento treinta y siete personas muertas.

sin que el papa tuviese en ello la menor parte, ofreciéndose de todo corazon à renunciar el pontificado, si era necesario para aplacar aquellas turbulencias. Pero Juvenco, prefecto de Roma, envió desterrado á Ursicino con los diáconos Amancio y Lupo, sus principales fautores; con lo que san Dámaso quedó tranquilo en su silla. Mas no duró mucho la calma. Los del partido del antipapa no cesaban de importunar al emperador Valentiniano para que mandara que se levantase el destierro á aquel cismàtico. El emperador, demasiado fácil, consintió en ello; pero no bien habia llegado á Roma Ursicino, cuando comenzó á alborotar mas que antes, lo que obligó al emperador á desterrarle dos meses despues á las Galias con todos sus adherentes; y con su destierro quedaron en paz la Iglesia y el estado.

Aunque la severidad de la disciplina eclesiástica que el santo papa hacia guardar en la Iglesia hubiese dado ocasion al cisma, el papa no aflojó en nada de su justa rigidez, especialmente tocante á la prohibicion que se habia intimado á todos los eclesiásticos y religiosos de entrar en las casas de las viudas, y en las de las doncellas huérfanas, y de recibir algun don de las mujeres que dirigian. El emperador habia autorizado esta prohibicion con un edicto, y el santo papa tenia un gran cuidado de hacerle observar sin dispensa.

Por este tiempo, esto es, el año 369 ó el 370, juntó san Dámaso en Roma un concilio de muchos obispos, para ver cómo se habia de socorrer á los que habian caido en el arrianismo tanto en Oriente como en Occidente. Ursacio de Singidon, y Valente de Mursa, dos obispos del Ilírico, herejes declarados, fueron condenados en el concilio. El papa dió noticia de esta determinacion á san Atanasio, que era el azote de los arrianos y el blanco de su odio y de sus inquietudes.

El santo patriarca juntó un concilio de noventa obispos en Alejandría, y en nombre de todos dió gracias al santo papa por su zelo y solicitud pastoral; añadiéndole que esperaban trataria á Aujencio, obispo arriano, é intruso en la silla de Milan, como habia tratado á Valente y á Ursacio. No se engañó en su esperanza; porque, habiendo juntado san Dámaso en Roma un segundo concilio de noventa y tres obispos de diferentes países el año 373, Aujencio y todos sus adherentes fueron condenados y excomulgados: se confirmó en él la fe de Nicea, y todo lo que se habia hecho en perjuicio de ella en la asamblea de Rímini, se declaró por nulo.

Habiendo muerto el gran san Atanasio el año 273, Pedro su sucesor, echado de su silla por los arrianos, vino á refugiarse en Roma, donde permaneció casi cinco años cerca del santo papa. Habiendo muerto en este tiempo el emperador Valentiniano I, los del partido del antipàpa Ursicino renovaron sus turbulencias en Roma. Los luciferianos, otros cismáticos desterrados de Roma por un rescripto del difunto emperador, no dejaban de inquietar y de ejercitar el zelo de nuestro santo. Los donatistas tenian su partido en Roma; pero san Dámaso, infatigable en sus funciones, hacia inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de Jesucristo y de la paz de su Iglesia. En este tiempo fué cuando san Optato, obispo de Milevi, publicó su grande obra contra todos estos cismáticos; en la cual, queriendo demostrar la unidad de la Iglesia por la sucesion continuada de los obispos de Roma, que es el centro de esta unidad, hace un catálogo de los papas, empezando por san Pedro, y terminándole en san Dámaso: *El cual es hoy nuestro hermano*, dice, *con quien todo el mundo mantiene comunion, así como nosotros, por el comercio de las epístolas ó cartas formadas.*

El año 377 tuvo el santo papa un concilio en Roma, en que condenó al heresiarca Apolinario y á su discípulo Timoteo, que obraba como obispo de Alejandria, deponiéndolos á entrambos. Hasta entonces se habia gloriado falsamente este heresiarca de tener comunion con el papa san Dámaso; y no habia hereje alguno en aquel tiempo que no afectase decirse unido en comunion con la santa sede. Pero queriendo el santo pontífice impedir que los seductores sorprendiesen la simplicidad de los fieles, declaró públicamente que los habia separado á todos de su comunion, y por consiguiente de la comunion de la santa sede. San Jerónimo se alegró tanto de esta resolucion. que le escribió en estos términos: « Como yo hago profesion, santísimo padre, de no seguir á otro capitan que á Jesucristo, estoy inviolablemente unido á la comunion de vuestra Santidad, es decir, de la cátedra de san Pedro. Sé que la Iglesia ha sido edificada sobre esta piedra: cualquiera que come el cordero fuera de esta casa, es profano; el que no está dentro del arca de Noé, perecerá en el diluvio. No pudiendo consultaros á toda hora, me arrimo á vuestros hermanos como una pequeña barca á los grandes bajeles. No conozco á Vital; desecho á Melecio; no quiero saber quién es Paulino; cualquiera que no congrega con vos, esparce y disipa; quiero decir, al que no está por Jesucristo, le pongo en el partido del Anticristo. Os conjuro que me autoriceis con vuestras cartas para no decir, ó para decir una ó tres *Hypostases*; porque unos toman estos términos por *personas subsistentes*, otros por *sustancia* ó *naturaleza*. Os suplico igualmente que señaleis con quiénes debo comunicar en Antioquía. »

Antes que san Jerónimo hubiese recibido la respuesta á esta carta, escribió otra al mismo santo papa de lo interior de su destierro de Calcis, en la que,

representándole el triste estado de la iglesia de Antioquía, le dice: «Por una parte vemos á los arrianos pujantes con la autoridad del príncipe que los sostiene; por otra á la Iglesia dividida en tres partes, cada una de las cuales quiere atraerme á sí. Los monjes que me rodean, me instan y atormentan para hacerme tomar partido. *Yo no les digo otra cosa, sino que soy de aquel que esté unido á la cátedra de Pedro.* Melecio, Vital y Paulino dicen que están unidos con Dámaso; yo pudiera creerlo si uno solo lo dijera; *pero dos de ellos mienten, y quizá todos tres.* Y así os conjuro me señaleis por vuestras cartas con quien debo comunicar en Siria; y que no menospreciéis á una alma, por la que Jesucristo ha muerto.»

El antipapa Ursicino, aunque distante, no dejaba en este tiempo de embrollar en Roma por medio de sus emisarios. Ganó á un judío llamado Isaac, quien tuvo el atrevimiento de calumniar al santo papa ante el emperador; pero habiéndose descubierto la calumnia, el judío fué severamente castigado, y desterrado á un paraje de España. Queriendo el emperador Teodosio que reinara en todo el imperio la uniformidad de la fe de Nicea en toda su pureza, hizo publicar una ley, en que advertia que solamente serian reputados por católicos los que siguiesen la fe que enseñaba el papa Dámaso; que todos los otros serian tenidos por herejes, y castigados como enemigos de la Iglesia y del estado. El santo pontífice cada dia mas solícito en quitar la mascarilla á los herejes y alejarlos del rebaño de Jesucristo, tuvo un concilio en Aquileya el año 381, en que condenó á Paladio y á Secundiano, obispos del Ilírico.

Además del cuidado que tuvo el santo papa en desterrar todas las herejías de todo el mundo cristiano, se aplicó con el mismo zelo y con el mismo fruto á reformar las costumbres y á cortar los abusos que se

habian introducido entre los fieles. Habiendo ido á Roma el heresiarca Prisciliano con sus principales discípulos para justificarse delante de él, lejos de oir sus disculpas, no quiso ni aun verlos. Con el mismo vigor se opuso en el senado al restablecimiento del altar de la Victoria, encargándose él mismo de la representacion de los senadores cristianos contra la de los senadores paganos, la que envió á san Ambrosio, y tuvo todo el efecto que se habia deseado.

Su caridad era universal; no hubo quien no experimentase sus efectos. Para asegurar mejor la paz que habia procurado á la Iglesia con su zelo y sus cuidados, juntó en Roma un concilio de muchas provincias de Oriente y Occidente, en el que se encontraron san Ambrosio de Milan, san Valeriano de Aquileya y san Ascolio de Tesalónica; y los orientales llevaron consigo á san Jerónimo, el que lleno de estimacion y de veneracion á un tan gran santo, se quedó con él para servirle de secretario y ayudarle á responder á las consultas que le enviaban los concilios de diversas iglesias. El santo papa le habia ya consultado muchas veces sobre varias cuestiones de la Escritura, y le habia ya incitado á corregir la version latina antigua del nuevo Testamento, para hacerla conforme al griego, con cuyo motivo hizo una nueva version latina de todo el antiguo sobre el hebreo; y esta es la version que la iglesia latina adoptó despues para el uso público, y que se llama *Vulgata*.

Este gran pontífice extendió todavía su zelo á la disciplina eclesiástica, haciendo reglamentos concernientes á ella. Arregló la salmodia, é hizo que en Occidente se cantaran los salmos de David segun la correccion de los Setenta, que san Jerónimo habia hecho por su órden. Edificó dos iglesias en Roma: adornó el sitio donde habian reposado largo tiempo

los cuerpos de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, cuyo sitio se llama la Platonia. Hizo construir un magnífico baptisterio, del que el poeta Prudencio hace una bella descripcion, y expuso muchos cuerpos de santos á la veneracion pública.

Finalmente, despues de haber vivido ochenta años, y gobernado la Iglesia con tanta prudencia y santidad diez y ocho, murió con la muerte de los santos el dia 11 de diciembre del año 384. Su muerte fué seguida de un gran número de milagros, que hicieron ver bastantemente cuán preciosa habia sido delante de Dios. Fué enterrado en una de las iglesias que habia hecho edificar en las catacumbas en el camino de Ardea. San Jerónimo hace de él un magnífico elogio: le llama amante de la castidad, doctor vírgen de la Iglesia vírgen, hombre excelente y hábil en las santas Escrituras; y Teodoreto nos le representa *como un pontífice de una eminente santidad*, y uno de los mas grandes y mas santos papas de la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Dámaso, papa y confesor, el cual condenó al heresiarca Apolinar, y restableció á Pedro, obispo de Alejandría, á quien habian expulsado de su silla. Halló tambien los cuerpos de muchos santos mártires, y ennobleció con versos sus sepulcros.

Igualmente en Roma, el martirio de san Trason, el cual, alimentando con sus propios bienes á los cristianos que trabajaban en las Termas, y se fatigaban trabajando tambien en las demás obras públicas, fué preso por órden de Maximiano, y recibió la gloriosa corona con los otros dos mártires Poncio y Pretextato.

En Amiens, san Victorico y san Fusciano, mártires bajo el mismo emperador. El presidente Ricciovaro mandó que les metiesen unas varillas de hierro en las

narices y en las orejas, y les traspasasen las sienes con unos clavos encendidos, despues, habiéndoles hecho sacar los ojos y asaetear, les cortaron la cabeza con san Genciano, su huésped, y rindieron el alma al Señor.

En Persia, san Barsabas, mártir.

En España, san Eutiques, mártir.

En Plasencia, san Savino, obispo, ilustre por sus milagros.

En Constantinopla, san Daniel el Estilita.

En Grenoble, san Abro, presbítero.

En Metz, el tránsito de san Clou, obispo.

En Beauvais, la muerte del obispo Hildeman.

En Redon, en la diócesis de Vannes, san Fiveteino, discípulo de san Gerfroy.

En Persia, el martirio de san Aitalas, sacerdote de los ídolos, y de san Apseo, diácono de los cristianos.

Este mismo dia, san Lucas el Estilita, venerado por los Etiopes.

En Irlanda, san Senoquio, confesor.

En San Vicente del Volturno, en el reino de Nápoles, san Taton, tercer abad de aquel lugar.

En Chipre, el bienaventurado Macario, el cual, de rey de Armenia, bajo el nombre de Juan, tomó el hábito de Premonstratense, dejando el reino á su hijo Livron.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, Domine, preces nostras; et interveniente beato Damaso, confessore tuo atque pontifice, indulgentiam nobis tribue placatus et pacem. Per Dominum nostrum...

Señor, oid nuestras oraciones, y dignaos por vuestra bondad concedernos por la intercesion del bienaventurado Dámaso, vuestro confesor y pontífice, la indulgencia y la paz. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 7 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres : Plures facti sunt sacerdotes secundùm legem, idcircò quòd morte prohiberentur permanere : Jesus autem, eo quòd maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et sàlvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum : semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat, ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, et excelsior cœlis factus : qui non habet necessitatem quotidiè, quemadmodum sacerdotes, priùs pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi; hoc enim fecit semel, seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

Hermanos : Tuvo la ley antigua muchos sacerdotes sucesivamente; porque eran mortales y no podian permanecer. Mas como Jesus permanece eternamente, posee un sacerdocio eterno. De aquí proviene que él puede para siempre salvar á los que por su mediacion se acercan á Dios; como que siempre está vivo para interceder por nosotros. Convenia, pues, que nosotros tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos : que no tuviese necesidad, como los otros pontífices, de ofrecer todos los dias víctimas, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo, que es lo que hizo una vez Jesucristo nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

NOTA.

« En este capítulo séptimo de la carta á los Hebreos expone san Pablo las prerogativas del sacerdocio de Melquisedec, y con mas razon las de Jesucristo sobre el de Aaron; y muestra las cualidades de Jesucristo solo pontífice eterno, y cuál es la sobreeminencia de su sacerdocio. »

REFLEXIONES.

Jesus está siempre dispuesto á salvar á los que por él van á Dios. Jesucristo quiere salvar á todos los

hombres; pero es cierto que no todos los hombres quieren salvarse con una voluntad sincera y constante. De aquí nace que el número de los que se salvan es tan corto. Entre mil pruebas, todas las mas concluyentes y las mas palpables de la falta de voluntad sincera de salvarse en la mayor parte de los hombres, una de las menos equívocas es la infeliz inclinacion que se tiene á aumentar cada dia la malignidad del corazon humano, buscando con ansia y con furor todo lo que envenena al alma. ¿Hubo jamás veneno mas activo y mas mortal que el que se halla esparcido en los libros malos? ¿y qué ansia no se tiene por leer estos libros envenenados? ¿Quién no sabe que la lectura de los malos libros es un veneno preparado? En ellos se halaga el gusto, todo es hermoso, todo agrada, y por consiguiente todo envenena. Se lee serenamente lo que se tendria horror de oir contar en una conversacion. Las pasiones mas peligrosas se insinúan en el alma por medio de estas perniciosas lecturas. En cualquiera otra parte, aun en las mas peligrosas ocasiones, en las tentaciones mas violentas, el espíritu y el corazon pueden distraerse: horrorizado uno del peligro, puede ponerse alerta contra los ardides del enemigo; puede prevenir el golpe, puede á lo menos salirse de la red y echar á huir; mas en la lectura de los malos libros se va á buscar con toda advertencia y deliberacion el veneno, se bebe á traguitos, se mastica, se actúa, y se convierte en propia sustancia. ¿No es la lectura de los libros malos el arte que ha encontrado el demonio para detener el corazon y el espíritu, los que nunca están menos distraidos, los que nunca son mas susceptibles de la pasion, los que en los malos libros hallan siempre nuevos embelesos, nuevos encantos? En ellos no hay objeto extraño que distraiga; su lectura deja al alma en manos de las pasiones. Por mas disfrazado

que esté el vicio, tiene siempre algo de asqueroso cuando se presenta á nuestros ojos; pero los libros le presentan siempre al espíritu y al corazon tan suave, tan bello, bajo de unos caractéres tan artificiosos, que no es posible defenderse de él: quizá no tiene el demonio artificio mas eficaz para perder las almas que estos libros envenenados. Pocas personas hay que no hayan naufragado en este escollo. Y qué, ¿no hay en el mundo y en nosotros mismos bastantes enemigos de nuestra salvacion, sin que vayamos á buscar otros en los libros? ¡Cuántos ardides, cuántos artificios á un mismo tiempo! Al principio no es mas que curiosidad: esta familiariza con el vicio un corazon al cual el delito inquietaria y asustaria desde luego; á la curiosidad se sigue el gusto, é insensiblemente se halla preso el corazon. Los buenos libros convierten muchas gentes; los malos libros pervierten mas. Dar un libro malo, es dar un veneno. ¡Cuántos se deshacen de un libro malo por hacer malas á un sinnúmero de personas!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideò et vos estote parati: quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto, estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su

ille servus, quem, cùm venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

DE LAS MALAS COMPAÑÍAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las malas compañías son el famoso escollo en que la virtud, aun la mas robusta, padece triste naufragio; son estas unos emisarios del enemigo de la salvacion, que disfrazándose, y por medio de mil artificios engañan á los siervos de Dios y los pervierten. Pocas personas dejan de caer en los lazos que les arman : para evitar el riesgo, no hay otro medio que la huida. Si no se rompe con estos perniciosos amigos, si no se huye prontamente de las malas compañías, no hay virtud que pueda resistir á la seduccion. Y ciertamente, si hay que elegir un amigo, ¿no debe ser este un hombre de bien? Un compañero licencioso es siempre nuestro mayor enemigo. Imitamos fácilmente á los que tratamos con frecuencia; con esta funesta diferencia, que el vicio hace siempre mas conquistas que la virtud. El mal ejemplo es mucho mas poderoso para pervertir á las personas virtuosas, que el buen ejemplo para convertir á los pecadores. Pasma que no nos deshagamos de las malas compañías, sabiendo que jamás nos retiramos de ellas sino menos inocentes. Si es preciso tomar un consejo, si es menester confiar un depósito considerable, si es menester fiar un secreto importante, se elige siempre un hombre de una probidad conocida.

¿Se echaria mano de alguno de aquellos que se sabe tienen una conducta poco cristiana? ¿nos dirigiríamos á un compañero disoluto y de costumbres pervertidas? ¿porqué, pues, nos confiamos, nos entregamos nosotros mismos á un libertino? Hablemos de buena fe: la amistad sincera, la hombria de bien, digamos tambien, la ingenuidad, la prudencia, la buena fe ¿reinan en las malas compañías? ¿qué hombre cuerdo no se arrepiente tarde ó temprano de haberlas frecuentado? ¿cuántas personas jóvenes, tan recomendables por su inocencia, por su cordura, y por otras mil bellas cualidades, se han perdido por las malas compañías? ¿cuántos condenados deben su última desdicha á la familiaridad que tuvieron con los libertinos? ¿cuántos jóvenes educados en las comunidades religiosas, despues de haber pasado los primeros años en el fervor, en la mas tierna devocion, y que parecia debian ser un dia el ornamento de su órden, han tenido un desgraciado fin por haberse unido con gentes que no les daban sino malos ejemplos? Se puede decir que la salvacion depende muy de ordinario de la eleccion de amigos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay tentacion mas peligrosa que la de las malas compañías. Bien puede suceder que con la ayuda de la gracia se resista la primera vez que se encuentre uno en ella; pero como la vuelta es voluntaria, y la elegimos nosotros, es moralmente imposible que no nos haga caer una tentacion á que nosotros mismos añadimos fuerzas. Cuando las conversaciones impías, libertinas y poco religiosas están todavía sostenidas por el buen ejemplo, es dificultoso que un corazon, por mas dispuesto y preparado que esté para la seduccion, sea seducido y engañado; pero en las malas compañías la relajacion, la inde-

vocion, la impiedad misma entran en el alma por los ojos y por los oidos; y aunque fuera uno un santo hecho por milagro, saldria siempre de ellas, como vemos, menos devoto. ¡Cuántas gentes deben su condenacion á las malas compañías! ¡qué otro es el orígen de la mayor parte de las desdichas de la gente jóven! ¡cuántos malos sucesos, cuántos accidentes adversos no reconocen otro principio que las malas compañías! Todo es contagioso en ellas. ¡Qué horror, qué aversion no debiera tener un hombre de honor, un hombre de buen juicio á una concurrencia, donde no se encuentra persona á quien no se deba mirar con un sumo desprecio! ¡qué mal no hacen estas pestes de las casas religiosas cuando se introducen hasta en aquellas comunidades que por sí mismas son el asilo de la virtud! Como los imperfectos y los inobservantes son siempre mas osados, mas desvergonzados, mas insolentes, no omiten diligencia alguna para ganar á aquellas jóvenes almas inocentes, que no se rezelan ni temen el lazo que se les pone. Adulaciones, alabanzas, dones, de todo esto se valen para engrosar su perniciosa compañía. ¡Con qué altanería dogmatizan! ¡qué mofa, qué burla no hacen de la regularidad de los fervorosos, del zelo mismo de los superiores, de las menudencias de las reglas! Las murmuraciones, las detracciones, las calumnias son el lenguaje ordinario de estas sociedades poco observantes y nada religiosas. ¡Y nos pasmaremos de que tantas personas jóvenes se encuentren pervertidas casi antes de haber advertido el lazo!

Divino Salvador mio, inspiradme un tan grande horror á la conversacion de los imperfectos y de los libertinos, que jamás me halle en su compañía.

JACULATORIAS.

Eripe me, Domine, ab homine malo : à viro iniqou eripe me. Salm. 139.

Libradme, Señor, de las malas compañías, donde siempre reinan la malicia y la iniquidad.

Protexisti me à conventu malignantium, à multitudine operantium iniquitatem. Salm. 63.

Señor, hasta aquí me habeis protegido contra la malignidad de las asambleas de los libertinos : continuad en hacerme el mismo favor hasta el fin de mi vida.

PROPOSITOS.

1. Las malas compañías son la escuela de todos los vicios. No hay un libertino que no enseñe todo lo malo que sabe, no hay uno de los que le escuchan que no salga mas malo de su conversacion. Una junta de demonios no sería tanto de temer; à lo menos se tendria horror à sus máximas y à sus ejemplos, al paso que en las malas compañías de nada se rezela. El vicio se aprende riyendo; el espíritu se corrompe, por decirlo así, por honor, y el corazon por complacencia. En las malas compañías todo es contagio, todo es veneno : las almas mas inocentes se familiarizan con el vicio. Si hay alguna cosa en el mundo à que se deba tener horror, ¿por ventura no es à las malas compañías? Tenles este horror toda tu vida : inspírale à tus hijos y à tus inferiores; y huye de ella como de los pecados mas enormes.

2. ¡Cosa extraña! si hay un hombre imperfecto, si en una comunidad hay una persona poco arreglada, esta es de ordinario con quien los jóvenes especialmente se introducen desde luego, sea porque estos imperfectos tienen mas maña para ganarlos, sea porque su conversacion los sujeta menos, y los divierte

mas. Por lo que á tí toca, no hagas amistad ni tengas trato sino con los mas perfectos. Escoge siempre los que son mas arreglados y mas santos, y no trates sino lo preciso con los otros.

DIA DOCE.

SAN ESPIRIDION, OBISPO.

San Espiridion, uno de los mas ilustres confesores de Jesucristo, célebre en toda la Iglesia por su santidad y por sus milagros, nació en la isla de Chipre á mitad del tercer siglo. Su familia era cristiana, y se distinguia por la hospitalidad que ejercia con los siervos de Dios. Nuestro santo pasó sus primeros años en el monte guardando el ganado de su padre; y esta soledad no sirvió poco para criarle y arraigarle en la inocencia. El Señor, que gusta derramar abundantemente sus gracias en las almas puras, le dió desde niño un gusto particular á la virtud. Gustaba Espiridion de Dios; la soledad tenia muchos atractivos para él, y hubiera pasado su vida en este inocente y humilde retiro, si sus padres no le hubieran obligado à casarse. Aunquetenia mucha repugnancia en abrazar este estado, obedeció, resuelto siempreá vivir una vida pura y cristiana en el matrimonio. Este nuevo estado no desconcertó la regularidad de sus costumbres, ni su conducta. Quiso continuar su ejercicio de pastor, el que, apartándole del comercio de los hombres, le daba mas libertad para conversar con Dios, y no perderle jamás de vista. Su soledad le hacia cada dia mas interior, y el Espíritu Santo, que le instruia, le hacia admirar todos los dias las maravillas y las perfecciones del Criador en todas sus criaturas.

Por mas oscuro que fuese el empleo y la habitacion de Espiridion en los bosques, el resplandor de su alta virtud no dejaba de hacerse admirar en los poblados. No se hablaba en toda la isla sino de la santidad de este admirable pastor, cuando Maximino, apellidado Daca ó Danés, habiendo sido creado César con Severo el año 304, y habiéndole cabido en la particion el Oriente, comenzó á ejercer contra los cristianos crueldades nunca oidas. La reputacion de Espiridion estaba demasiado extendida por todo el país para no ser delatado á los ministros de Maximino, como uno de los mas célebres cristianos que habia en la isla de Chipre. En efecto, fué preso y condenado á las minas despues de haberle sacado el ojo derecho, y desjarretado el nervio de la corva izquierda. El santo confesor, saltando de gozo por haber sido encontrado digno de padecer por Jesucristo, fué al lugar de su destierro, y trabajó en las minas hasta la muerte del tirano, que sucedió hácia el año 313. Habiendo cesado la persecucion por la muerte de Maximino, volvió san Espiridion á la isla de Chipre, y gozó de la paz que dió á la Iglesia el reinado del gran Constantino.

Como el amor á su querida soledad se habia hecho mas vivo y mas ardiente despues de su gloriosa confesion de la fe, volvió san Espiridion á su primer ejercicio de pastor y á la oscuridad de su primer retiro. Pero no tardó Dios en manifestar con prodigios la eminente santidad de su siervo. Cuenta Sozomeno que habiendo entrado una noche en su cabaña unos ladrones, se sintieron detenidos por una mano invisible, y como presos con cordeles que no los dejaban escapar. Habiendo ido por la mañana san Espiridion, segun costumbre, á apacentar su ganado, los encontró todavía suspensos é inmobles; y ellos, avergonzados de verse cogidos en esta postura, le confesaron su mala intencion. El santo se compadeció de ellos,

se puso en oracion, y habiendo conseguido desatarlos, les dió un carnero, añadiendo con gracejo, que queria pagarles el trabajo que habian tenido en guardar su ganado durante la noche: despues les dijo que hubieran hecho mejor si le hubieran pedido lo que necesitaban, que en tomarlo por su mano; y habiéndoles hecho una reconvencion llena de dulzura y caridad sobre la vida que traian, los dejó que se fueran en paz.

Nuestro santo crecia todos los dias en virtud; y su virtud se hacia admirar cada dia mas, cuando, mientras él se ocupaba en apacentar las ovejas, le escogió Dios como á otro Moisés para conductor de su pueblo. Habiendo muerto el obispo de Tremituente en la isla de Chipre, el clero y el pueblo clamaron, sin duda por inspiracion, que querian todos por obispo á Espiridion. Estaba viudo hacia muchos años, y su vida hubiera podido servir de modelo á los mas santos religiosos y á los mas perfectos anacoretas. Una eleccion, que tenia tantas señales de ser de Dios, no halló oposicion sino de parte del santo. Representó su poca càpacidad, su simplicidad, y su poca habilidad para encargarse del cuidado de una iglesia. Todo se despreció, y despues de haber recibido todos los sagrados órdenes, fué consagrado obispo con universal aplauso. Su conducta, llena de prudencia y de piedad, justificó bien pronto una tan santa eleccion. Aunque la sencillez parecia ser el carácter particular de todas sus acciones, era una sencillez acompañada siempre de prudencia, una sencillez que le hacia familiar la comunicacion con Dios, y que le hacia caminar con seguridad: aunque no tenia letras, ni parecia haber estudiado las ciencias humanas, no dejaba de estar muy instruido en las santas Escrituras; y parecia haber sido instruido por el Espíritu Santo, segun poseia la ciencia de la religion, y segun la exactitud

con que observaba y hacia observar las tradiciones *eclesiásticas.*

Hallándose un dia en una junta de los obispos de Chipre, uno de ellos, llamado Trifilo, obispo de Ledres, hombre elocuente y de gran literatura, estuvo encargado de predicar al pueblo en la misa: teniendo que citar el pasaje del Evangelio en que Jesucristo dijo al paralítico que se levantara y cogiera su lecho, se sirvió de otra expresion griega como mas noble. San Espiridion no pudo sufrir aquella falsa delicadeza, y levantándose con una especie de indignacion, representó al predicador con humildad, que él no era mas hábil que aquel que habia dicho *tolle grabatum*, para que quisiera usar en lugar de *grabatum* de la palabra *lectum*. Se aplaudió su zelo, y conocieron todos el respeto con que se deben mirar todas las palabras de la sagrada Escritura.

Jamás se vió mas dulzura, mas caridad, mas zelo en un pastor: todo el mundo le respetaba como á un varon de Dios, todos le miraban como á su padre. No hubo pobre en toda su diócesis que, por decirlo así, no fuese mas rico que él, pues todo lo que tenia lo daba á los pobres. Habia tenido de su matrimonio una hija, llamada Irene, que habia consagrado á Dios su virginidad; la cual vivia con él, y le servia, haciendo profesion de una virtud muy ejemplar. Habiendo muerto esta hija antes que él, una mujer fué á pedirle un depósito que habia entregado á su hija sin noticia del padre. Habiendo buscado san Espiridion por toda la casa el depósito, y no habiéndole encontrado, se fué con el dueño al sepulcro de su hija; y en presencia de mucha gente que le habia acompañado, la llamó por su nombre, y le preguntó ¿dónde habia puesto el depósito que le pedia aquella mujer? Y diciendo la difunta, en voz inteligible á todos, el lugar donde le habia puesto, el santo dijo:

Descansa en paz, hija mia, hasta que el Señor te resucite.

Los milagros acompañaban todas sus acciones, y se multiplicaban á cada paso. Saliendo un dia de su casa para ir á la iglesia, se le puso delante una mujer jóven, extranjera, que llevaba un hijo muerto entre sus brazos; y ya sea que el dolor le impidiese explicarse, sea que ignorase la lengua del país, no hizo otra cosa que poner su hijo á los piés del santo, no hablando sino con gemidos, sollozos y lágrimas. El santo obispo conoció fácilmente lo que esta mujer desconsolada queria; y movido á compasion, suplicó á Dios que consolase á aquella mujer, y al mismo instante resucitó el niño, lo que causó á la madre un gozo tan excesivo, que murió allí mismo, y fué necesario que el santo hiciese otro milagro para dar la madre al hijo, así como habia dado antes el hijo á la madre.

Hacia siempre á pié la visita de su diócesis, sin tren, sin fausto, sin equipaje: su pobreza y su sencillez en nada derogaban á su carácter: su santidad le hacia en todas partes mas respetable; y en efecto, no se veia obispo mas respetado, confirmando Dios todos los dias la veneracion que le tenian con nuevos milagros. Habiendo sido calumniado un amigo suyo; que estaba ya para ser condenado al último suplicio, en este conflicto escribió al santo rogándole que viniera á verle: el santo se puso al punto en camino; pero hallándose detenido por un arroyo, hizo la señal de la cruz sobre las aguas, las que, habiéndose separado, le dejaron libre el paso, y quedaron detenida, hasta que hubo llegado á la otra ribera.

Habiendo sido convocado en su tiempo el primer concilio general de Nicea, asistió á él nuestro santo obispo, y aumentó el número de tantos ilustres confesores que formaban la mayor parte de este concilio.

Una junta de tan sabios y tan santos prelados atrajo muchas gentes, y sobre todo muchos sofistas y filósofos paganos, muy versados en la dialéctica, los que pidieron los dejasen conferenciar con los obispos, esperando embrollarlos con sus sutilezas, y vengar con esta pretendida victoria el daño que la religion cristiana habia hecho al paganismo. Uno de los mas osados y mas hábiles de estos filósofos se presentó, y dió desde luego pruebas de su suficiencia. Aunque entre los obispos se encontraban muchos hombres sabios, y ejercitados tambien en el arte de la disputa, ninguno pudo llegar á convencerle, y cerrar la boca á este sofista insolente, el que con su artificiosa locuacidad y con sus sofismas eludia las mas fuertes razones, y con tono y ademan de triunfo parecia insultar á los obispos. No pudiendo sufrir san Espiridion la arrogancia del filósofo pagano, que se burlaba de los defensores de la verdad con fausto y altanería, se levanta de su silla, y pide á los prelados de la asamblea que le den permiso para hablar. Por mas alta que fuese la idea que se tenia de su piedad, como no era tenido por sabio, hizo reir á muchos su peticion; los mas sabios llegaron á avergonzarse, pareciéndoles que la simplicidad del buen viejo habia de dar á los enemigos de la religion alguna ventaja sobre los cristianos: sin embargo, el respeto que se tenia á su edad y á su santidad hizo que nadie se atreviera á impedirle el que hablase. El filósofo, fiero como otro Goliat, le recibió como á un niño que aun no sabe articular las palabras. Habiéndose acercado el santo á él, le dijo con un tono grave y majestuoso: «Oye, filósofo, en el nombre de Jesucristo, y aprende la verdad: No hay mas que un Dios, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles, que lo ha hecho todo por la virtud de su Verbo, y que lo ha afirmado todo por la santidad de

su Espíritu. Este Verbo, á quien nosotros llamamos el Hijo de Dios, tuvo compasion de los desbarros y miserias de los hombres, y quiso encarnar y nacer de una Vírgen, conversar entre los hombres, como uno de ellos, morir por ellos, y resucitar para abrirles y allanarles el camino de una vida eterna. Al fin de los tiempos vendrá á juzgar á todos los hombres para premiarlos ó castigarlos, segun el bien ó el mal que hubieren hecho. Hé aquí, filósofo, lo que nosotros creemos sin curiosidad y sin ostentacion. Ahora, pues, sin atormentarte inútilmente en buscar razones contra lo que acabo de decirte, ni examinar lo que ni tú ni yo somos capaces de comprender, respóndeme solamente si lo crees; esto es solamente lo que te pido. » El filósofo, que le habia estado escuchando atentamente y con respeto todo el tiempo que habia hablado, dijo en voz alta que lo creia; y no pudo responder otra cosa : « Si crees estas verdades, replicó el santo obispo, ven conmigo á la iglesia, y recibe la señal y el sello de esta fe. » Como se habia levantado un gran ruido en toda la sala, que estaba llena de una multitud innumerable de gentes, excitado por el pasmo de los unos, y por la admiracion de los otros, el filósofo que se habia puesto en ademan de seguirle, volviéndose hácia la gente, exclamó : « Oidme, los que haceis profesion de sabios : mientras que se ha disputado conmigo con palabras, he respondido con palabras, y he empleado el arte del raciocinio para refutar los raciocinios que se han empleado contra mí; mas cuando á las palabras se ha hecho suceder una fuerza enteramente divina, las palabras humanas no han podido sostener esta fuerza, y el hombre no ha podido resistir á Dios. Sentid vosotros esta virtud sobrenatural, y os rendiréis fácilmente á la verdad, creeréis en Jesucristo como yo creo, y seguiréis como yo á este santo obispo por

quien Dios ha hablado.» Este filósofo, á quien algunos llaman Eusebio, despues de haber dado mil gracias al santo por haberle convencido y convertido, se fué tras él, y recibió el bautismo el mismo dia.

Un suceso tan maravilloso dió un nuevo lustre á la virtud de nuestro santo, é hizo célebre su nombre en todo el imperio. San Espiridion asistió aun muchos años despues al concilio de Sárdica, donde la fe Nicena fué confirmada, y absuelto san Atanasio. Habiendo caido enfermo el emperador Constancio, que habia sucedido al gran Constantino su padre, y estando deshauciado de los médicos, recurrió al valimiento que tenia nuestro santo con Dios, y le hizo venir á Antioquía á pesar de su avanzada edad. Habiéndose presentado á la puerta de palacio con un equipaje muy pobre, fué despedido con desprecio; y aun se dice que le dieron una bofetada, y que habiendo presentado el otro carrillo, este acto de humildad del venerable viejo dió tal golpe al guardia, que le hizo arrepentir, y pedirle perdon de su arrebato. Habiendo entrado, oró á Dios por la salud del emperador, el cual sanó milagrosamente, lo que aumentó la veneracion al santo en la ciudad y en palacio.

San Espiridion se volvió á su iglesia, donde tuvo revelacion del dia de su muerte; pero no tuvo mucho que hacer para disponerse á tener una muerte santa y preciosa, pues su larga vida no habia sido otra cosa que una continua preparacion para la muerte. Murió en fin, lleno de dias y de merecimientos, el dia 12 de diciembre segun el Menologio de los Griegos, que celebran todavía su fiesta con gran solemnidad, y la ponen entre las de primera clase y de primera obligacion.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Spiridionis, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, las súplicas que os ofrecemos en la fiesta del bienaventurado Espiridion, vuestro confesor y pontífice, y absolvednos de todos nuestros pecados por los méritos é intercesion de un santo que os sirvió tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Sine fide impossibile est placere Deo. Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator sit. Fide Noe, responso accepto de iis, quæ adhuc non videbantur, metuens aptavit arcam in salutem domus suæ, per quam damnavit mundum: et justitiæ, quæ per fidem est, hæres est institutus.

Hermanos: Sin fe es imposible agradar á Dios. Porque el que se llega á Dios, es menester que crea que él existe, y que es remunerador de los que le buscan. Por la fe, advertido Noé de Dios de cosas que no se veian todavía, con temor dispuso el arca para la salud de su casa, por la cual (arca) condenó al mundo, y fué instituido heredero de la justicia que proviene de la fe.

NOTA.

« En este capítulo da el santo Apóstol una idea » grande de la fe, por lo que hicieron los santos pa- » triarcas desde el principio del mundo hasta el » tiempo de David, Abel, Henoc, Noé, Abrahan, etc.; » haciendo ver que fueron justificados porque creye- » ron lo que no veian. »

REFLEXIONES.

Habiendo tenido Noé revelacion de las cosas que todavía no se veian, movido de temor, construyó el arca para

salvar su familia, con lo cual condenó al mundo; pero no fué sino despues que el mundo le hubo condenado á él. Su exacta probidad atrajo sobre él una larga persecucion . su fe y su sumision hicieron que fuese mirado como un hombre de poco juicio. En aquella general corrupcion de costumbres que habia inundado todo el mundo, ¿qué no se dijo contra la virtud ejemplar de Noé y de su familia? Se decia que era un talento muy limitado, que de todo se escandalizaba, y que daba en visionario. ¿Porqué, decian, no vivir como los otros? ¿á qué fin distinguirse con singularidades odiosas? ¿á qué fin ese aire de reforma y de regularidad? con esto ¿quiere acaso decir que nosotros no nos queremos salvar? ¿será solo él el elegido? ¿á qué vendrán esos imaginarios terrores? Si la vida deliciosa y divertida que nosotros tenemos fuese mala, ¿seria tan universalmente seguida? ¿qué significan las amenazas de ese viejo visionario? No faltaria quien dijera tambien : ¿Le ha destinado Dios á él solo para la reforma del género humano? ¿porqué no se coronará de flores como nosotros? ¿á qué fin prohibirse la mayor parte de nuestras diversiones? ¿á qué fin condenar con su conducta nuestro fausto, nuestros bailes y nuestros licenciosos convites? Pero ¡qué sátiras contra la obra en que trabajaba! ¡qué bufonadas mordaces al ver construir el arca! Miserables de nosotros, decian con un tono burlesco aquellos mundanos, todos vamos á perecer; solo Noé y su familia hallarán en su devocion un asilo; su vida tan uniforme, tan arreglada, es demasiado desemejante á la nuestra para no tener una mejor suerte. Así insultan y se fisgan aun el dia de hoy de las gentes de bien todos aquellos que llevan una vida poco regular y poco cristiana. Pero cuando aquellos bellos dias empezaron á oscurecerse; cuando el cielo irritado empezó á deshacerse en torrentes sobre la tierra;

cuando el mar alborotado no conocia ya límites; y cuando creciendo las aguas á su vista, llevaban el espanto y la muerte hasta la cima de los mas altos montes, ¿en qué pararon aquellas necias bufonadas, y cuál fué el lenguaje de aquellos miserables mofadores? ¿por ventura les pareció entonces Noé poco sensato, ó de talento muy limitado? Noé al abrigo del castigo universal ¿era mirado con lástima en su arca, como les habia hecho compasion cuando le veian desterrado de sus concursos de placer y de diversion? ¿hizo mal en no haber vivido como ellos? ¿le sirvió de deshonor su singularidad, ó, por mejor decir, su regularidad? ¿tuvieron razon aquellos desventurados para no seguir su ejemplo? De este modo harán un dia justicia á las personas devotas aquellos mismos que se burlan, y se fisgan tambien el dia de hoy de su modestia, de su piedad y de su devocion.

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XI, *pág.* 150.

MEDITACION.

SOBRE LA PARTICULAR PROVIDENCIA QUE TIENE DIOS CON LOS QUE LE SIRVEN.

PUNTO PRIMERO.

Consideremos que quizá no hay cosa que se dé á conocer mas bien, que la amable providencia que tiene Dios con los que le sirven fielmente y le aman. Subid hasta la primera edad del mundo: ¿qué siervo de Dios encontraréis, qué hombre de bien, á quien este buen Señor no haya protegido? Si las aguas del diluvio hacen perecer á todos los hombres, Noé y su familia son preservados de la desgracia pública y universal. Si cae fuego del cielo sobre cinco grandes ciudades, y las consume, Lot, aquel hombre de bien,

es perdonado. José, vendido por sus propios hermanos á unos extranjeros, calumniado y tratado como criminal, siendo inocente, pasa de la cárcel al trono. ¡Qué de milagros no ha hecho Dios, y hace aun todos los dias en favor de sus fieles servidores! ¿Es menester endurecer las ondas debajo de los piés? ¿es menester alimentar á un Daniel en el lago de los leones; ¿es menester librar á David de los lazos de un rey envidioso? el Señor no ahorra ni escasea los efectos maravillosos, ni los milagros. Somos caminantes en este mundo, y andamos por sendas difíciles. ¿Qué no hace Dios todos los dias para que sus siervos no se extravíen? Ocupa en ello á sus ángeles, emplea sus gracias, él mismo se hace su conductor: les advierte con inspiraciones secretas lo que deben hacer, y lo que deben evitar; parece que Dios se ocupa solamente en cuidar de sus siervos. El mundo no conoce todos estos admirables resortes de la Providencia: los mundanos juzgan de los diversos accidentes que suceden á los buenos, como se juzgaba de las adversidades de José; pero no ven los designios de la divina Providencia, que hace que todo sirva para el bien de sus elegidos. Si toda la tierra se arma contra los siervos de Dios, ¿qué tienen que temer bajo la proteccion de su divino dueño? Toda la malicia de los hombres no es capaz de hacerles el mas lijero mal. Emplee el mundo todos los artificios imaginables para inquietarlos, ármese todo el infierno contra ellos; Dios tiene un cuidado particular de los que le sirven: ¿qué tienen, pues, que temer? ¿y no desagradarian á un Dios tan bueno, si, sirviéndole con fidelidad, estuviesen faltos de confianza?

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué solicitud, con qué zelo, con qué atencion protege Dios á sus siervos: cuando tenemos

á Dios, y somos suyos, nada tenemos que temer. *El Señor me enseña sus consejos*, decia el Profeta, *y vela en mi conservacion; ¿á quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida; ¿qué cosa será capaz de aterrarme? Aunque viese á todos mis enemigos unidos y juntos delante de mí, no temblaria: me veria atacado por todas partes, y esperaria todavía vencerlos.* En efecto, si Dios nos protege, ninguna cosa debe espantarnos. ¿Por ventura temeremos à los hombres? No pueden arrancarnos un cabello de la cabeza, de que Dios no les haga dar cuenta; tiene contados todos nuestros cabellos, y protesta que quiere cuidar de ellos. ¿Temeremos á los demonios? No pueden dañarnos, si Dios no se lo permite; y cuando se lo permitiera, seria para su confusion, pues nos da todo lo que necesitamos para vencerlos. No debemos temer ni aun á aquellos ángeles exterminadores, que van de su parte á castigar los pecados del mundo; pues siempre envía otros delante de ellos para que impriman en la frente de sus siervos la señal de su proteccion. Si Dios está por nosotros, ¿quién será contra nosotros? Pero Dios no se porta así con los malos: aunque haga lucir su sol sobre ellos como sobre los justos, no los mira con la misma ternura, no toma el mismo interés en su guia y en su conservacion. Ellos le han abandonado, justo es que el Señor los abandone tambien á ellos; ellos se han retirado de su servicio, justo es que el Señor retire de ellos su proteccion; ellos le han dicho que se retirase de ellos, que no querian saber la ciencia de sus caminos (así hace la Escritura hablar á los pecadores); no hay que pasmarnos que Dios permita que se extravíen.

Yo, Señor, quiero morir y vivir en vuestro servicio: haced que experimente tambien vuestra proteccion, y que no me haga jamás indigno de ella.

JACULATORIAS.

Beatus homo, quem tu erudieris, Domine : et de lege tua docueris eum. Salm. 93.

Dichoso, Señor, el hombre á quien vos os dignais instruir y enseñar la ciencia de vuestra ley.

Sub umbra alarum tuarum protege me : à facie impiorum qui me afflixerunt. Salm. 16.

Cubridme, Señor, con vuestras alas á la vista de tantos enemigos que quieren perderme.

PROPOSITOS.

1. Nada debe mover mas á un buen corazon que este cuidado particular que tiene Dios de los que le sirven ; y nada es mas á propósito para excitar el fervor en su servicio, que esta providencia singular con que mira Dios á sus siervos. Sé tú de este número, y lo experimentarás; pero advierte que para sentir sus efectos es necesario servir á Dios con generosidad y con franqueza. Esos siervos tímidos, cobardes, esclavos del respeto humano, y que no sirven á Dios sino á escondidas; esos siervos asalariados que no le sirven sino por el interés, y que le niegan una parte de lo que les pide; que no hacen sino lo que les gusta; en una palabra, esas almas tibias no experimentan los dulces efectos de aquella singular providencia que no es sino para los fervorosos. Resuélvete desde hoy á servir á Dios con fervor, sin division y sin reserva. Esos servicios á medias ahogan nuestra confianza. Se siente y se sabe que no hay derecho para esperar de Dios una bondad singular, porque se le sirve mal.

2. En todos los accidentes y sucesos adversos de la vida ten una confianza viva y entera en la bondad de Dios, con tal que tú estés resuelto á no negarle nada de lo que te pida. Recibe de su mano, como



N. S. DE GUADALUPE

DE MÉJICO.

de la mano de un buen padre, todo lo adverso que te sucediere. Cuenta con su amable providencia, la cual no tiene otra mira que nuestra felicidad: díle muchas veces á Dios que pones en sus manos todos tus intereses, que en todo quieres depender de él solo. Rézale el *Padre nuestro* con atencion particular: esta santa oracion hecha con atencion vale por todas las otras. Medita algunas veces las palabras del *Padre nuestro*, y hallarás un gran fondo de reflexiones.

La aparicion de nuestra Señora de Guadalupe de Méjico.

Ninguna de cuantas provincias forman el mundo cristiano puede quejarse de no haber tenido siempre pronta la proteccion de María; antes por el contrario en todas ellas ha manifestado esta Señora que es verdadera madre de los pecadores, anticipando las mas veces sus beneficios á las necesidades y á los deseos. España tiene entre todas tan repetidas experiencias de esta verdad, que solamente en su península puede ofrecer ejemplares auténticos y de la mayor excepcion que persuadan al mundo entero de que María no puede mirar á los cristianos sino con ojos de misericordia. Desde aquel instante en que, segun una antigua tradicion, quiso alentar las penosas fatigas del apostolado, apareciéndose visiblemente á Santiago á las orillas del Ebro, no ha cesado esta Madre amorosísima de repetir sus piedades en las mayores aflicciones. Apenas ha visto que los pueblos que habia tomado bajo de su patrocinio eran oprimidos de la hambre, de la peste ó de la guerra, cuando inmediatamente ha desplegado las alas de su proteccion, acudiendo cual solícita madre al socorro de

sus amados hijuelos. No solamente con este fin, sino con el de premiar las virtudes y obsequios particulares que le han hecho algunos siervos suyos, se ha visto á esta Reina amabilísima descender de las moradas celestiales para recrear y premiar á sus devotos con sus favores. Bien auténtica y celebrada es la descension de María santísima en la santa catedral de Toledo para regalar á su siervo san Ildefonso aquella sagrada vestidura fabricada en el cielo, con que decia misa el santo obispo en los dias mas solemnes y festivos. No conténta la Reina de los ángeles con proteger á los Españoles dentro de su recinto, les siguió con sus favores cuando, enardecidos en el zelo de la honra de Dios, y propagacion del santo Evangelio, emprendieron las penosas y difíciles empresas del descubrimiento y conquista de un nuevo mundo. Cortés, Pizarro y el portugués Basco de Gama experimentaron, en las muchas batallas que dieron á los gentiles, que María santísima protegia sus expediciones. El primero con un corto número de soldados conquistó todo el imperio de Méjico, en donde habia soldados aguerridos, que no carecian tampoco de política y astucia militar. Pizarro venció con ciento y cincuenta soldados un ejército de doscientos mil Peruanos; y en la India Oriental hizo prodigios no menos asombrosos el valeroso Gama. Pero semejantes prodigios no se deben atribuir á fuerzas é industria humana; pues sin embargo del valor y pericia militar de tan esforzados españoles, hubieran sin duda sido oprimidos de la multitud, si no hubiera sido por la proteccion de María. Vióse á esta Señora repetidas veces caminar delante de las huestes españolas, y cegar con polvo á las de los gentiles, manifestando como un empeño de que se estableciese en aquella region la religion de su hijo Jesucristo.

En efecto, viéronse cumplidos sus deseos por me-

dio de la famosa conquista de Cortés, que llenó al mundo de admiracion, y que, si no estuviera acreditada con monumentos tan auténticos, se creeria una conquista fabulosa en las generaciones futuras. La religion del Crucificado tomó posesion de aquellos vastos dominios al mismo tiempo que el rey Católico. Al paso que se iban disipando las tinieblas del error, y destruyendo los templos de los ídolos, en los cuales se les ofrecian por víctimas innumerables niños y doncellas, que se degollaban sobre sus aras, haciendo una horrible carnicería, capaz de espantar á la misma naturaleza, se iban levantando templos al Dios verdadero, en que se tributaban justísimas adoraciones al Hacedor de todas las cosas, ofreciéndole el sacrificio pacífico y agradable de su unigénito Hijo. Viendo la Reina de los ángeles desde el alto trono de la gloria la copiosa miés que los obreros evangélicos habian recogido en aquellas regiones, y que de los nuevos alumnos del Evangelio se formaba ya una iglesia respetable, quiso dispensarles las mismas misericordias que á los antiguos españoles, honrándolos y felicitándolos con su presencia. Apenas se contaban diez años despues de la conquista, cuando, bajando visiblemente la vírgen María de los cielos, se apareció á un indio sencillo y temeroso de Dios, llamado Juan Diego, en un monte cercano á Méjico, ordenándole que se presentase al obispo de esta ciudad, y le intimase de su parte que era su voluntad que en aquel mismo lugar se le edificase un templo en donde fuese venerada de los fieles, y en donde ella por su parte les dispensaria siempre sus piedades. Esta aparicion estuvo tan llena de prodigios, y de tan singulares circunstancias, que, testificadas auténticamente por la tradicion constante de aquellas gentes y por los escritos de los mismos indios, ha merecido una particular atencion á la silla apostólica. El pastor uni-

versal de la Iglesia, no contento con haber concedido al reino de Méjico que celebrase con festividad particular esta maravillosa aparicion, concedió á toda la iglesia de España que participase igualmente del mismo consuelo. Esta es la festividad que celebramos en este dia, y cuya historia auténtica, deducida brevemente de la que escribió el bachiller Luis Becerra Tanco, presbítero y cura beneficiado del arzobispado de Méjico, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1531, á los diez años y casi cuatro meses del dominio de los Españoles en las provincias mejicanas, el sábado dia 9 de diciembre salió un indio, llamado Juan Diego, del pueblo de Quatitlan para pasar al templo de Santiago á oir la misa que se cantaba á María santísima. Era este indio humilde, sencillo, pobre y de unas costumbres inocentes. Aunque casado, era tal su devocion á la vírgen María, que, dejando el lecho nupcial antes de rayar la aurora, iba á pié á tener la consolacion de ver celebrar los divinos misterios que tenia arraigados en su corazon, juntamente con la fe de Jesucristo. Al tiempo de romper el alba llegaba al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, que está situado cerca de la laguna mejicana, en cuya cumbre oyó una música suavísima, como si fuera de muchedumbre de canoros pajarillos, que parecian corresponderse los unos á los otros en armoniosos y concertados coros. Sobresaltado de la novedad, levantó los ojos, y vió en lo alto del cerrillo una nube muy blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un arco hermoso de varios colores muy parecido al Iris, el cual se formaba de los rayos de la luz que salian del centro de la nube, en donde se percibia una claridad excesiva. Semejante vision era para causar en el sencillo corazon del indio alguna turbacion y espanto; mas no fué así, sino que por el contrario

quedó como en un dulce arrobamiento, y con un gozo tan extraordinario en su corazon, que le parecia habérsele juntado dentro de su alma la posesion de infinitos bienes. En medio de este enajenamiento decia el indio entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo, ó adónde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿por ventura he sido trasladado al paraiso de deleites que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardin de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* En medio de esta suspension oyó llamarse por su nombre de una voz sumamente delicada que salia de en medio de la nube. Trepó la cuesta á toda priesa, y vió en medio de la claridad á una hermosísima Señora, muy parecida á la que despues fué pintada en su tilma por ministerio de ángeles. La Señora despedia de sí tales resplandores, que trasformaba todas las cosas del monte, de manera que las piedras y espinos le parecian al indio oro bruñido, topacios, esmeraldas, diamantes y cosas aun mas preciosas.

Habiéndose acercado el indio, la Madre de Dios con semblante apacible le dijo: *Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿adónde vas? Voy, noble dueña y Señora mia*, respondió el indio venturoso, *voy á Méjico y al barrio de Tlatelulco á oir la misa que nos dicen los ministros de Dios y sustitutos suyos.* Oyendo esto la Virgen santísima, le declaró sus intenciones, y el motivo de su aparicion, diciéndole de esta manera: *Sábete, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre virgen María, madre de Dios verdadero, autor de la vida, criador de todo, y señor del cielo y de la tierra, el cual está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos*

que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. Aquí oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir à la ciudad de Méjico, y presentándote al obispo que allí reside, le dirás que yo te envio, y que gusto de que se me edifique un templo en este lugar. Referirásle cuanto has visto y oido, y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hicieres, ensalzándote y haciéndote famoso. Ya has oido, hijo mio, mi deseo; véte en paz, y pon todo el esfuerzo que pudieres. Postróse el indio, lleno de respeto y profunda reverencia; y habiendo ofrecido con las mas afectuosas palabras que le dictó su simplicidad hacer exactamente cuanto la Señora le mandaba, se despidió de ella, y tomó el camino de Méjico. Fuése directamente al palacio del obispo, que era á la sazon don fray Juan de Zumarraga. Los familiares del ilustrísimo prelado hicieron poco caso de él viéndole tan pobre y de modales tan inocentes; pero vencidos de su constancia en esperar entrada, se la concedieron finalmente. Luego que llegó á presencia del obispo, se puso de rodillas y le dió su embajada, diciéndole que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella mañana, añadiendo á estas palabras todo cuanto habia pasado, y la Señora le habia dicho. El prudente prelado se portó, en una materia tan delicada y expuesta á supersticiones, con toda la prudencia que se podia esperar de su virtud y sabiduría. Sin despreciarle ni exasperarle del todo despidió á Juan Diego, encargándole que volviese mas adelante, y que entre tanto él consideraria mejor aquel negocio. Salió el pobre indio de la presencia del obispo sumamente desconsolado, no tanto por el poco aprecio que habia visto hacian de su persona, como por ver sin efecto alguno la pretension y deseos de la Señora. Con este desconsuelo,

le dió parte en el mismo lugar en que la habia visto por la mañana de cuanto le habia pasado con el obispo, y del desprecio con que le habian mirado. Pero sus palabras, traducidas fielmente por el beneficiado Tanco del idioma mejicano primitivo, segun los naturales lo conservaban en sus historias, dicen mejor que cuanto se puede encarecer los sentimientos del indio, su simplicidad y reverencia, y conservan al mismo tiempo la gracia y ternura de una lengua muy semejante á las asiáticas. Juan Diego, pues, habiendo vuelto por la tarde al mismo sitio en que vió y habló á la vírgen María por la mañana, encontró á la Señora que esperaba la respuesta, y postrándose á sus piés con un profundo respeto, le dijo así: *Niña mia muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve entrada para ver y hablar al obispo hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raiz. Presumió que el templo que me pides se te labre es ficcion mia ó antojo mio, y no voluntad tuya; y así te ruego que envies para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envias: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro que se debe á tu grandeza, no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.*

Oyó la Señora con suma benignidad la respuesta del indio; y despues de haberle asegurado que tenia millares de ángeles que ejecutarian sus órdenes si

quisiese servirse de ellos, le mandó quévolviese segunda vez, y que diese al obispo el mismo mensaje. No obstante que Juan Diego hizo sus humildes representaciones á María santísima, temeroso de que le sucediese lo que la primera vez, con todo eso prometió obedecer á la Señora, y traerle la respuesta segun se la diese el obispo. Volvió al palacio de este el domingo dia 10 de diciembre, y aunque en los familiares encontró la misma acogida que la vez primera, el venerable prelado le trató de muy diferente modo, pues le recibió con una especie de veneracion llena de agasajo y de cariño. El indio, puesto de rodillas delante del obispo, le dijo anegado en lágrimas que habia visto segunda vez á la Madre de Dios en el mismo lugar que la primera; que le habia repetido el mismo encargo sobre la edificacion del templo, y que principalmente le habia encomendado mucho que le certificase de como era la madre de Jesucristo, y la siempre vírgen María aquella que le enviaba. El obispo le hizo muchas preguntas sobre todas las partes que contenía su propuesta, á todas las cuales satisfizo el indio con una sencillez que acreditaba ser verdad todo lo que decia. La última resolucion del prelado fué que dijese á la Señora le diese algunas señas por donde pudiese venirse en conocimiento de que era verdad que la Madre de Dios le enviaba. Preguntóle el indio qué señal queria para pedírsela á la Señora; pregunta llena de sinceridad que acabó de convencer al prelado de que en aquella materia estaba el cielo verdaderamente interesado. Pero temeroso siempre de algun engaño en materia tan importante, llamó á algunos de sus familiares, y hablándoles con cautela, les mandó que siguiesen al indio luego que él le hubiese despedido, y que notasen cuidadosamente cuanto le sucediese, para darle despues exacta cuenta. Despidió al

indio el obispo, siguiéronle sus familiares; pero apenas llegó á un puente, que cerca del cerrillo tiene un rio que desagua en la laguna, cuando desapareció Juan, sin que los criados pudiesen volver á verle mas. Registraron con toda diligencia el cerro, y no encontrando rastro de semejante hombre, volvieron á su amo, asegurándole que el indio era un embaucador, y que como á tal debia castigarle si otra vez tenia el atrevimiento de volver á su presencia. Luego que Juan Diego desapareció de la vista de los criados, no por malicia ó artificio suyo, sino porque el cielo habia determinado que en aquel prodigio no hubiese mas testigos que aquel indio sencillo y humilde, se encaminó al sitio en donde le esperaba María santísima. Postróse en presencia suya, refirió cuanto le habia pasado con el obispo, y como le habia mandado que le pidiese una señal cierta, por la cual se conociese que era la Madre de Dios quien le enviaba, y que era voluntad suya que en aquel cerro se le edificase un templo. María santísima se manifestó muy agradecida, y con palabras muy cariñosas encargó á Juan Diego que volviese al dia siguiente á aquel propio sitio, en donde le daria la señal por la cual fuese creido. Prometió volver al dia siguiente, y se despidió con señales de la mayor humildad y reverencia. No pudo cumplir lo prometido al dia siguiente; porque habiendo caido enfermo un tio suyo, llegó á estar en aquel dia de tanto peligro, que le pidió á su sobrino Juan Diego fuese al convento de Santiago á buscar un religioso que le administrase los sacramentos, á cuya justa peticion no pudo negarse. En esto pasó el lunes 11 de diciembre, y en la madrugada del 12 se puso en camino para el referido convento, con ánimo de dar á su tio la consolacion que pedia, trayéndole él en persona un religioso que le administrase los sacramentos.

Al tiempo de romper el alba llegaba puntualmente á la falda del montecillo en donde se le habia aparecido nuestra Señora. Entonces se acordó de su infidelidad, y de como, habiendo prometido á María santísima volver á tomar la señal, habia faltado á su palabra. Temió alguna áspera reprension si se encontraba con la Señora, y para evitarla tomó otra vereda, juzgando con simplicidad que esta sola diligencia bastaria para que María santísima no le encontrase. Juzgó en su corazon que era diligencia mas precisa la que le ordenaba la caridad de socorrer espiritualmente á su tio, que el cumplir un mandamiento de la Madre de Dios, aunque tan lleno de prodigios. Esta persuasion le hizo preferir lo uno á lo otro; pero siempre conservaba en su alma una sencilla determinacion de volver á cumplir á la virgen María lo que le habia prometido, luego que hubiese llevado á su tio enfermo las medicinas espirituales de que tanto necesitaba. Entre rezelos y temores caminaba el indio, cuando vió á la Madre de Dios bajar de la cumbre del montecillo para salirle al encuentro. Bajaba rodeada de una nube resplandeciente, que despedia de sí mucha luz en la misma forma que la vió la vez primera, y luego que estuvo cerca de Juan Diego, le dijo: *¿Adónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?* Confuso el indio, temeroso y lleno de turbacion se postró á sus piés sacratísimos, y con palabras dictadas por la misma sencillez, le dijo así: *Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde: ¿cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de peligro un siervo tuyo, y tio mio, de un accidente grave y mortal, y porque se ve muy fatigado, voy de priesa al templo de Tlatelulco en la ciudad á llamar un sacerdote para que venga á confesarle y olearle; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré*

por este lugar á obedecer tu mandado. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta. La Reina de los ángeles admitió su disculpa, y habiéndole certificado de que en aquella misma hora se hallaba ya sano su tio, Juan Diego lo creyó sin el menor rezelo: dispúsose para volver otra vez al obispo, y le pidió que le diese la señal concertada. *Ordenóle María santísima que subiese á la cumbre del cerro, y que recogiese las rosas que encontrase allí, y recogiéndolas en su capa, las llevase á su presencia, y le diria lo que debia hacer y decir.* No obstante que sabia Juan Diego que por aquellos peñascos no habia flores algunas, ni allí se producia otra cosa que abrojos, obedeció sin replicar, y subiendo á la cumbre del cerrillo, se encontró con un verjel lleno de rosas tan frescas y recientes como pudiera haberlas en la primavera. Cortó cuantas cabian en la capa ó tilma que llevaba sobre sus hombros, y se presentó á María santísima que le esperaba al pié de un árbol. Llegó el indio, y poniéndose de rodillas delante de la Madre de Dios, le mostró las rosas. Entonces la Señora las cogió con sus manos, y volviéndolas á dejar caer en la tilma, le dijo: *Esta es la señal que has de llevar al obispo, á quien dirás que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno. Ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de ti. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.* Despidióse el indio de María, y muy regocijado se encaminó al palacio del obispo, con gran confianza de que luego que viese la señal habia de ser creido. Por el camino iba de rato en rato

mirando las flores, recreándose con su fragrancia y hermosura.

Habiendo llegado al palacio del obispo, solicitó, como otras veces, hablarle, y fué tambien detenido y desatendido de la misma manera. Mientras esperaba, advirtieron los criados que llevaba en la tilma alguna cosa, y el demasiado cuidado con que procuraba encubrirla despertó en ellos la curiosidad de averigar qué cosa era. Resistió el indio cuanto pudo; pero forcejeando, advirtieron los criados que eran rosas, y al querer tomarle algunas se encontraron burlados, porque advirtieron que estaban pintadas en la tilma. Dieron cuenta al obispo; y entrando Juan Diego á su presencia, le dió la embajada de parte de María santísima, diciéndole: *Que aquella era la señal que le dabia dado de que era su voluntad que se le edificase un templo.* Al decir esto desplegó la tilma: apareció en ella una hermosísima imágen de María santísima, no se sabe bien si tejida ó pintada, y de ella cayó una porcion de rosas en el suelo, tan frescas, que tenian todavía el rocío con que habian sido cortadas. Quedó el obispo atónito á la vista de semejantes prodigios; ni bien sabia si admirar las flores en un tiempo el mas crudo del invierno, en que absolutamente eran imposibles, ó la imágen santa pintada y dispuesta de manera que parecia obra de ángeles. Un asombro reverente se apoderó de su corazon, y reconociendo que en aquellas cosas obraba el dedo de Dios, y mediaba la virtud divina, veneró la santa imágen, mandó colocarla en su oratorio, y en breve tiempo se divulgó por la ciudad la fama de aquel prodigio. Todo aquel dia permaneció Juan Diego en el palacio del obispo, haciéndole este muchos agasajos como á persona á quien consideraba sumamente favorecida de la Reina de los ángeles. Al dia siguiente fué el mismo prelado en su compañía

para que señalara el sitio en que se le habia aparecido aquella Señora, y en donde habia mandado que se le edificase el templo. Luego que lo señaló Juan Diego, manifestó al obispo el cuidado que tenia por la salud de su tio, á quien habia dejado enfermo de peligro. Pidióle licencia para ir á verle; y el obispo, que estaba ya enterado de lo que habia pasado en la última aparicion, y como María santísima le habia certificado de que ya estaba sano en aquella hora, envió con el indio á algunos familiares suyos, personas de inteligencia y respeto, para que examinasen y se informasen bien de aquel caso. Lo que resultó de esto fué hallar á Juan Bernardino, que así se llamaba el tio del indio, perfectamente sano, y como si nunca jamás hubiera padecido aquella enfermedad. Hicieron los españoles escrupulosas investigaciones sobre la hora en que habia sentido la mejoría, y hallaron puntualmente que habia sido la misma en que la Madre de Dios lo habia asegurado. Enterado de todo el obispo, se llevó á los dos indios á su palacio como á personas dignas de la mayor veneracion por haber intervenido en aquellos prodigios del cielo. Al principio tuvo en su oratorio la milagrosa imágen; pero viendo el innumerable concurso de gentes que venian á venerarla, hizo que se trasladase á la iglesia mayor, en donde permaneció mientras se le edificó una decente capilla. Concluida esta, se trasladó á ella la imágen milagrosa con una procesion solemnísima, y en aquel sitio han recibido los Mejicanos tantos favores de la misericordiosa Señora, y los reciben cada dia, que ven perfectamente cumplidas las promesas que hizo la Reina de los ángeles al venturoso indio Juan Diego.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Sineso, mártir, el cual, habiendo sido ordenado de lector en tiempo del papa san Sisto, y habiendo convertido mucha gente á Jesucristo, fué acusado ante el emperador Aureliano, y recibió la corona del martirio bajo el filo de la cuchilla.

En Alejandría, san Epimaquio y san Alejandro, mártires, quienes, habiendo gemido mucho tiempo aherrojados y padecido muchos tormentos, bajo el emperador Decio, fueron por último arrojados al fuego.

En el mismo lugar, santa Amonaria, vírgen, santa Mercuria, santa Dionisia y otra santa Amonaria. La primera superó tormentos inauditos en la misma persecucion de Decio, y murió santamente bajo la cuchilla. Por lo que hace á las otras tres, como el juez tenia vergüenza de ser vencido por unas mujeres, y temia, si las hacia pasar por los mismos tormentos, ser tambien vencido por su constancia, mandó decapitarlas al instante.

El mismo dia, san Hermógenes, san Donado y otros veinte y dos mártires.

En Tréveris, san Maxencio, san Constancio, san Crescencio, san Justino y sus compañeros, mártires, los cuales, en la persecucion de Diocleciano, padecieron bajo el presidente Ricciovaro.

En Narbona, el tránsito de san Pablo, primer obispo de aquella ciudad.

En Quimper, san Corentino, primer obispo de aquel lugar.

En el país de Vimeu en Picardía, el tránsito de san Valeri, abad, discípulo de san Columbano.

En Bourges, san Florente, obispo.

En Jerusalen, la conmemoracion de san Alejandro.

En Egipto, san Hervagio, abad y mártir, venerado por los Coptos y por los Abisinios.

En Irlanda, san Finiano, abad de Clonard.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la siguiente.

Deus, qui sub beatissimæ virginis Mariæ singulari patrocinio constitutos perpetuis beneficiis nos cumulari voluisti; præsta supplicibus tuis, ut cujus hodie commemoratione lætamur in terris, ejus conspectu perfruamur in cœlis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste que, puestos bajo el singular patrocinio de la bienaventurada vírgen María, fuésemos colmados de beneficios perpetuos; concédenos á tus humildes siervos, que ya que en este dia nos alegramos con su conmemoracion en la tierra, lleguemos á gozar de su presencia en el cielo. Por nuestro Señor ..

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduria.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ, et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis; et hæreditas mea super mel et favum. Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre, y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán la vida eterna.

REFLEXIONES.

Al ver los prodigios que ha hecho la divina Omnipotencia para asegurar á los hombres la proteccion y patrocinio de su madre la vírgen María, se sorprende cualquier entendimiento criado, y se abisma entre la confusion y el agradecimiento. Solamente el hecho que se refiere en la aparicion de este dia, está tan lleno de maravillas, que basta para llevarse tras sí todas nuestras admiraciones. Pero si al mismo tiempo reflexionamos lo que se dice en la epístola de este dia, que, segun la inteligencia de la santa madre Iglesia, se entiende tambien de la Madre de Dios, hallaremos que nuestras admiraciones nacen por la mayor parte de falta de consideracion de la dignidad del cristiano, y de que nuestro Dios es un Dios de piedad infinita. Embriagados con los placeres terrenos, ocupados únicamente con los intereses perecederos, no fijamos la consideracion sino en la carne y sangre. Por esto se nos hace un prodigio y una maravilla el que Dios sea benéfico y misericordioso, y el que su Madre santísima se parezca tan perfectamente á su Hijo. Si el conocer esto pendiese de la adquisicion de algunas ciencias difíciles y enredosas, que necesitasen muchos años de meditacion para su logro, ya pudiéramos tener alguna disculpa; pero la lastima es, que la eterna Sabiduría nos ha hecho la ciencia de la salvacion una ciencia fácil, y nosotros dejamos de percibir sus máximas por falta de atencion y reflexiones. Porque, ¿cómo pudiéramos extrañar que la Madre de Dios se apareciese á un indio sencillo y humilde, si considerásemos lo que de la misma Reina de los ángeles nos dice la Iglesia en la epístola de este dia? *Yo fructifiqué*, dice, *como la vid, la suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y*

de la santa esperanza. En mí se encuentra toda gracia de camino y de verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud.

De estas palabras solas se deducen fácilmente todas las obras benéficas de María por maravillosas que sean. Porque, ¿qué extraño es que se aparezca á Juan Diego, y que le colme de sus favores, siendo madre del amor hermoso, en quien encuentran los hombres la mas benigna acogida? ¿qué extraño es que, despreciando á los nobles y poderosos del mundo, quiera aparecerse á un personaje tan oscuro y desconocido, teniendo en sí todas las gracias, siendo el depósito de la virtud y de la vida? ¿Por ventura serian mas á propósito para recibir los favores inefables de la Reina del cielo aquellos fantasmas del mundo, henchidos de vanidad y de soberbia, que un humilde y sencillo indio, cuya alma estaba llena de fe y de pureza? ¿será digno de admiracion que dé por señal de la veracidad de su aparicion y de su voluntad santa unas flores milagrosas, aquella que está rodeada de fragrancias y aromas como la vid fructífera, y abunda de las flores de honor y honestidad que en ella son inseparables de los frutos? Consideradas con reflexion estas cosas, resulta que la Madre de Dios no puede obrar de otra manera : que en semejantes apariciones manifiesta bien que es madre de Dios y nuestra; y que nosotros no conocemos nuestra felicidad, porque no reflexionamos sobre ella. Nos ensoberbecemos y engreimos, ostentando los escudos de armas de nuestros abuelos; y un linaje perecedero, ó una ascendencia, que ya no existe, ocupan nuestras atenciones, y nos hacen creer que por ellas somos algo de provecho en el mundo. Al mismo tiempo nos dice María santísima que es madre nuestra, que nos ama como á hijos, y que tiene en si un depósito de todas las gracias para favorecernos. Nos insinúa que

no podemos tener esperanza, una esperanza que esté bien fundada, que no cuente con sus misericordias y patrocinio: que en los temores que nos oprimen en esta vida, en que nuestros enemigos nos rodean de continuo para devorarnos, nada puede dar una verdadera tranquilidad á nuestro corazon, sino su piedad maternal, y la confianza en su misericordia. Sin embargo de esto, nosotros apenas nos acordamos de tal madre sino para faltarle al respeto, ó para ofenderla con una temeraria y sacrílega confianza. Esto consiste en la falta de reflexion, en un falso concepto que se forma de la piedad, en una idea equivocada que tenemos de la devocion, en una palabra, en la falta de reflexion y conocimiento; y así exclamaba bien el Profeta cuando decia: *La tierra está desolada con desolacion, porque no hay nadie que piense dentro de su corazon y reflexione.* El descubrimiento de esta enfermedad está hecho: se han indicado igualmente las mortíferas causas de donde proviene; por último, se ha señalado la verdadera medicina; en la mano del cristiano está la curacion de la dolencia.

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

In illo tempore: Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. Et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth. Et factum est ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus: et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi, ut veniat mater Do-

En aquel tiempo: Levantándose María, fué con presura á la montaña á una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutacion de María, saltó el niño en su vientre: é Isabel fué llena del Espíritu Santo, y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí que la madre de mi Señor venga á mi casa? Porque

mini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo: et beata quæ credidisti, quoniam perficientur in te ea, quæ dicta sunt tibi à Domino. Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

mira: apenas la voz de tu salutacion llegó á mis oidos, brincó de gozo dentro de mi vientre el niño: y dichosa tú que has creido, porque se cumplirán en tí las cosas que te fueron dichas por el Señor. Y María dijo: Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

MEDITACION.

SOBRE LA VERDADERA Y SOLIDA DEVOCION QUE SE DEBE TENER Á MARÍA SANTÍSIMA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en la Madre de Dios tienes el remedio de todos tus males, y el refugio mas seguro en todas tus necesidades; pero que al mismo tiempo que esto es verdadero, debe ser tambien sólida y arreglada á las máximas del Evangelio aquella devocion con que pretendes conseguir los favores de María.

Para conseguir esto, has de considerar en la santa Virgen su dignidad, lo que merece por ella, y á lo que nos excita; y de estas tres cosas resultará una devocion pura y santa, y un obsequio razonable, como deseaba el Apóstol escribiendo á los Romanos (1). Para hacer un justo concepto de lo primero, no tienes mas que considerarla como madre de Dios. Esta dignidad es tan grande por sí misma, que con razon le atribuyen los santos padres un no sé qué de infinito, en que se abisma el humano entendimiento sin poder llegar á comprender sus prerogativas. Conoce, pues, que el ser María madre de Dios le da una dignidad y precio superiores á todas las criaturas, que entre

(1) *Cap.* 12.

todo lo criado nada puede llegar á dar una leve idea de la alteza de su dignidad, y que por ella concebimos justamente en María todo lo que no es Dios, con tal que sea perfeccion y gracia; es decir que la concebimos grande y perfecta hasta un grado tan sublime, que solo tenga sobre sí á la divinidad. Pero una perfeccion tan grande no la podia sostener María sin un cúmulo prodigioso de virtudes; y así, colmada de gracias en el instante de su concepcion, estuvo creciendo en gracia y en virtud todo el discurso de su preciosa vida, hasta que fué trasladada á reinar con su Hijo. Madre de Dios y perfectamente santa se presentará María á tu entendimiento como una mediadora y abogada tuya para con su hijo Jesucristo, en quien puedas depositar todos tus cuidados y todas tus confianzas. Por esta parte será sólida tu devocion, venerando á María como á la criatura mas perfecta, admirándola como llena de todas las gracias, y amándola tiernamente como á tu madre y tu protectora. Por esta dignidad sublime merece María santísima un culto y veneracion inferior al que se da á Dios, pero superior al que se tributa á los ángeles y santos. Este culto particular que se da á la Virgen se llama hiperdulía; cuyo carácter es fácil de concebir si se considera lo que es culto, y las causas por qué se da. Culto no es otra cosa que un honor concebido en lo íntimo del corazon, y protestado con señales exteriores, que se ofrece á algun objeto en testimonio de su excelencia. Esta es la causa principal del culto, y la medida por donde se debe tasar. Segun la excelencia que se halle en el objeto á quien se tributan adoraciones, así debe ser el culto: á Dios, como á ser supremo é infinito, se le debe adorar de un modo superior á todas las criaturas: á María santísima menos que á Dios; y á los ángeles y santos menos que á María santísima. Tu devocion á esta Señora

sera arreglada y perfecta por lo que toca á esta materia, si sabes hacer una discreta separacion de sus gracias y virtudes, de manera que las coloques en lugar superior á las de todos los bienaventurados; pero que de ninguna manera llegues à confundirlas con la grandeza del Ser supremo, ni á atribuir á María santísima sacrílegamente los dotes que son propios de la divinidad. Supuesto que María santísima es madre de Dios, y que como tal es nuestra protectora y abogada, se sigue naturalmente la consecuencia que debemos procurar imitar sus virtudes. Hé aquí el capítulo principal por donde se constituye la verdadera devocion que debemos tener á María. En vano te cuentas entre sus devotos, si, conociendo su grandeza, y venerando sus virtudes, rehusas ó te descuidas en imitarlas. Tu devocion en tal caso será un mero fantasma, cuyas apariencias exteriores serán de piedad; pero su esencia verdadera no será otra cosa que impiedad é indevocion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en el instante en que te declares por devoto de María, y comiences á poner por obra los afectos de tu corazon, en el mismo instante verás levantarse contra tí una multitud de quejas, en que te verás condenado por supersticioso; pero considera al mismo tiempo que siendo semejantes quejas producciones de la impiedad, no deben inquietar tus proyectos, sino confirmarte mas y mas en la verdadera y sólida devocion de María.

La depravacion humana ha llegado á tal punto de exceso, principalmente en los tristes dias en que vivimos, que no ha dejado piedra ninguna por mover para retraer á los fieles de los caminos de la salvacion. Como los que hacen las veces del comun enemigo, y le sirven de instrumento en sus operaciones, parti-

cipan de una astucia propiamente diabólica, han conocido muy bien que el camino mas oportuno para lograr sus depravadas intenciones, y retraer á los cristianos de los ejercicios piadosos, era hacérselos mirar con desconfianza. Para este efecto se han valido de todas las astucias imaginables, y hasta á la misma piedad y sabiduría les han hecho tomar parte, á pesar suyo, en tan criminales intentos. Con una ciencia aparentemente *religiosa*, pero verdaderamente carnal é impía, se han puesto á escudriñar los actos de devocion que se practican con la vírgen María. Han llamado en su socorro una piedad severa, rigurosa, inexorable, bien diferente de la que adopta la religion instituida por Jesucristo. Han establecido unas reglas crueles, formadas á su antojo y capricho; y segun ellas, han fallado que á María santísima se la mira por los fieles y se la adora, no como á una criatura muy santa, sino como si fuese la misma divinidad; que los fieles, embriagados con esta preocupacion, no han dudado, ni dudan, darle nombres magníficos que de ninguna manera le convienen, cuales son los de Mediadora nuestra, Reparadora y Corredentora de los hombres. Últimamente, fallan que se le atribuyen privilegios por una autoridad humana, popular y *mal entendida*, *que ni en los concilios*, ni en la tradicion, ni en las Escrituras le atribuye el Espíritu Santo. Así combate la impiedad á la sólida devocion; pero tú, ó cristiano, mantente firme en ella, bien instruido de que el culto que se le dá á María santísima, no es otro que el que le conviene. Quisieran los incrédulos y desapiadados que no se le tributase *ninguno*, porque les duele íntimamente el ver que los cristianos se enfervorizan y conciben grande ternura reverenciando á tan piadosa Madre; pero debiera contenerlos en sus sacrílegas quejas el ver que hasta ahora no ha habido cristiano, ó tan

ignorante ó tan supersticioso, que ofreciese á María sacrificios. Por lo demás, el ver que los santos padres, considerando la alta dignidad que reside en María por ser madre de Dios, no hallan voces á propósito con que explicarla, debe calmar todos sus rezelos. No dudes llamar á la Vírgen santísima reparadora del género humamo, y mediadora entre Dios y los hombres, como la llama san Bernardo, supuesto que no dudas llamarla madre de Dios, como te lo manda la fe. Desprecia, pues, con ánimo valeroso los injustos clamores de los impíos : reconoce en la Madre de Dios un título justo para atribuirle todos los privilegios, por grandes que sean ; y bajo de estos rincipios, consérvale una devocion tierna como á tu protectora, como á tu abogada, y lo que es mas, como á madre tuya.

JACULATORIAS.

O Domine, quia ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Salm. 115.

O Señor, yo siervo tuyo, y soy tambien hijo de tu sierva.

Salvum fac filium ancillæ tuæ : fac mecum signum in bonum, ut videant qui oderunt me, et confundantur. Salm. 85.

Salvad, Señor, al hijo de vuestra sierva : haced conmigo un milagro de vuestra gracia que resulte en mi ventura, para que lo vean los que me aborrecen, y se confundan al ver en vos tanta misericordia.

PROPOSITOS.

Has visto, ó cristiano, en la historia de la aparicion de María santísima al venturoso indio Juan Diego el amor maternal con que esta Señora ha mirado siempre á los Españoles, haciéndose protectora no menos de sus conquistas espirituales que de las tem-

porales, que acrecentaban su poder y gloria. Has visto tambien en las meditaciones que debes pagar á esta Señora los esfuerzos de su amor con una devocion sólida y arreglada á las máximas del Evangelio. De consiguiente, nada te resta sino deducir de todo unas saludables consecuencias, que ilustren y aseguren tu fe, y esparzan luz sobre los caminos por donde andas para llegar á la patria celestial. Hay pocas cosas en la Iglesia católica que traigan tanto provecho al cristiano como una verdadera devocion á la Madre de Dios: las repetidas decisiones con que han declarado los concilios cuanto concernia á la dignidad, santidad y grandeza de esta feliz criatura: el ejemplo mismo de la Iglesia, que no se cansa jamás de dedicarle cultos y festividades, celebrando no solamente sus misterios, sino sus apariciones y particulares beneficios; y últimamente, el ejemplo de todos los santos y padres de la Iglesia, que tenian toda su consolacion en la devocion de María, prueban que esta es una práctica saludable de un precio y utilidad casi infinita. Pero para lograr todo el provecho que contiene, te has de fijar en aquellos fundamentos sólidos y verdaderos que te enseña la religion. Has de considerar la grande excelencia de la Madre de Dios por solo este glorioso título: has de considerar las perfectísimas acciones de toda su vida, con las cuales se hizo acreedora á que toda la beatísima Trinidad se empeñase en dispensarle sus gracias. Y últimamente, has de fijar tu consideracion en sus ejemplos, los cuales, si llegas á imitarlos con perfeccion, bastan para asegurarte una felicidad eterna. De todas estas consideraciones resultará una veneracion y un culto racional con que reverenciarás su sagrada persona como sublimada sobre los coros de los ángeles, y levantada por su Hijo al honroso grado de Reina de los cielos y

de la tierra : buscarás con ansia todos los medios y modos de propagar su culto, ya persuadiendo á los fieles su provecho con ejemplos y con razones, ya desterrando de los menos cautos aquella tibieza criminal que causaron en ellos las quejas de los impíos. Tendrás en su misericordia una confianza saludable, conociendo que la que es madre de Dios, y padeció juntamente con su hijo Jesucristo tantos y tan penosos trabajos para sacarte del cautiverio de Satanás, ningun otro interés puede tener que el de tu misma salvacion. Últimamente, pondrás todos tus esfuerzos en imitar sus virtudes, sin cuyo preciso requisito todo culto le es desagradable, y no puede menos de mirar con indignacion á los que presumen honrarla de otra manera. Pero, ¡oh gran Dios, cuántos engaños, cuánta preocupacion se ve en los fieles sobre una materia tan interesante y delicada! Se juzga neciamente que consiste la devocion en unas meras exterioridades, y se pretende alucinar á María, y aun al mismo Dios, pensando que han de calificar nuestro corazon, y las secretas intenciones de nuestras almas, por una obra exterior que es efecto de la costumbre. El traer un hábito de una religion, ó alguna de sus particulares insignias; el mandarse sentar por hermano de una cofradía ó hermandad dedicada á la Reina de los ángeles; el rezarle sin atencion particular, antes bien con una total distraccion, el rosario, el escapulario ó la correa, se tiene vulgarmente por una verdadera devocion á María. Hay muchas personas que llevan tan adelante esta preocupacion, que, confiadas en ella, no temen vivir una vida escandalosa, alimentando al mismo tiempo la necia esperanza de ser gratos á la Vírgen santísima. Esto es un error, es un engaño, es una temeridad, y aun se pudiera decir, es una pretension sacrílega. Desengáñate, ó cristiano; la madre de la justicia eterna, y de la eterna verdad,

no se puede complacer ni agradarse sino de una devocion verdadera y sencilla, ni estarán en su gracia jamás los que al tiempo de invocarla no abominan su vida criminal, convirtiéndose de veras á Dios.

DIA TRECE.

SANTA LUCÍA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Lucía, tan célebre en toda la Iglesia, y gloria de la Sicilia, era de una de las mas nobles familias de Siracusa, capital entonces de toda la isla. Pero por mas distinguidos que fuesen sus padres por su nobleza y por sus abundantes bienes de fortuna, ponian su principal gloria en la dicha que tenian de ser cristianos. No tenian mas que una hija llamada Lucía, heredera de sus grandes riquezas, pero sobre todo de su virtud, á la que añadió nuestra santa la de la pureza y la gloria del martirio. Habia nacido hácia el fin del tercer siglo, con particulares inclinaciones á la piedad, y con un amor á Jesucristo y un zelo extraordinario por la religion: se tuvo gran cuidado en cultivar un tan buen natural y unas tan bellas disposiciones. Su modestia, su propension al retiro, su amor á la virginidad dieron bastantemente á conocer á los que la veian de cerca, que Jesucristo la habia escogido por su esposa.

Perdió á su padre cuando no tenia todavía sino cinco ó seis años; pero su madre, llamada Eutiquia, se aplicó con mas cuidado durante su viudedad á inspirarle los mas altos sentimientos de la piedad cristiana. Como las calidades corporales de la hija correspondian á las de su corazon y de su espíritu, pues estaba dotada de una rara belleza, á que se



STA. LUCÍA, VÍRGEN Y M.

añadia el ser rica y discreta, pensó Eutiquia en procurarle con tiempo un establecimiento honroso, cual correspondia á sus prendas y calidades. No le fué difícil hallarle un partido ventajoso. Entre todos los señores que se presentaron, puso su madre los ojos en un jóven bizarro que parecia ser el que le convenia, y que ciertamente tenia calidades dignas de ella, excepto el ser pagano; pero esta consideracion no detuvo á Eutiquia, sea que creyese que la diversidad de religion no perjudicaria á la fe de Lucía, cuya probada virtud tenia bien conocida, sea que esperase que su zelo y su virtud podrian fácilmente convertir algun dia al jóven esposo; pero nuestra santa se hallaba con muy distintos pensamientos.

Abrasada desde su infancia en el amor de su divino Salvador, y encantada de la belleza de este esposo celestial, le habia consagrado su virginidad; y como habia previsto todo lo que le podia suceder, estaba resuelta á no tener jamás otro esposo que á Jesucristo, aunque hubiese de perder por ello todos sus bienes y la misma vida. Informada del designio de su madre, le suplicó que no se precipitase: le representó que era todavía demasiado jóven para pensar en casarse, y que debia prolongarle todo lo posible el gusto que tenia de servirla, de cuidar de su salud y de estar en su compañía. Este discurso embelesó á la madre; y aunque el pretendido esposo instaba mucho por concluir un casamiento que le era tan ventajoso, Eutiquia dilató su conclusion por dar gusto á su hija. Entre tanto, nuestra santa no cesaba de suplicar al Señor que impidiese el designio de su madre. Fué oida su oracion; pues, molestada su madre de un flujo de sangre que la atormentó por espacio de cuatro años, una enfermedad tan molesta lo suspendió todo, de modo que, mientras Eutiquia estuvo en la cama, no se habló palabra de casamiento.

Como la fama de los milagros que se obraban continuamente en Catania en el sepulcro de santa Águeda se extendió tanto por toda la isla, que concurrian á él de todas partes, no solo los cristianos, sino tambien los paganos, á buscar socorro en sus enfermedades; y como por otra parte todos los remedios que se habian aplicado á Eutiquia en los cuatro años habian sido inútiles, afligida santa Lucía de ver padecer á su madre tanto tiempo, le propuso que podian ir las dos á Catania, pues tenia una gran confianza en que por la intercesion de santa Águeda recobraria la salud. La enferma vino bien en ello, y entrambas hicieron el viaje. Luego que llegaron á Catania, se fueron al sitio donde estaba el sepulcro, y se pusieron en oracion. Como estaban muy fatigadas, santa Lucía se quedó dormida, y durante este sueño se le apareció santa Águeda, acompañada de muchos ángeles; y encarándose con ella, le dijo: « Lucía, querida hermana, esposa sagrada de nuestro comun Salvador, ¿porqué me pides lo que por tí misma puedes alcanzar fácilmente? Jesucristo, tu esposo y mio, te concede gustosamente la salud que tanto deseas de tu madre; y como este Señor se ha dignado hacer célebre la ciudad de Catania por honrarme á mí, así tambien quiere que tu nombre haga célebre á la ciudad de Siracusa: tu alma le es grata y preciosa; y en la pureza de tu corazon encuentra una habitacion agradable. » Acabadas de decir estas palabras, desapareció la vision.

Habiendo despertado Lucía, exclamó: Madre mia muy amada, ya estais curada: por la intercesion de su esposa santa Águeda os ha dado Dios la salud: démosle humildemente gracias. Despues de haber mostrado su reconocimiento á Dios y á su santa protectora, quedaron muy contentas entrambas; pero antes de retirarse del sepulcro, abrazando Lucía á su

madre, que estaba penetrada toda de reconocimiento por un beneficio tan señalado, le dijo : Mi querida madre, Dios acaba de haceros un gran favor, y yo me lisonjeo que no me negaréis el que yo os pido por amor de Dios, y es el que no me hableis mas de casamiento : he consagrado mi virginidad á Jesucristo, estimaré lleveis á bien no tenga yo otro esposo que á este Señor. Eutiquia, enternecida y embelesada al mismo tiempo de una resolucion tan generosa, vino en lo que le pedia su hija. No basta, añadió la hija, que consintais en mi matrimonio espiritual, es menester que me deis mi dote para que yo la entregue á mi divino esposo por las manos de los pobres, á quienes he determinado distribuir todos mis bienes. Hija mia, respondió Eutiquia, todos los bienes de la familia son tuyos; pero no quieras que pierda yo mis derechos, y que la caridad que quieres ejercer con los pobres me reduzca á pedir limosna : vengo bien en que dispongas de la rica dote que te habia destinado; pero quiero conservar mi caudal durante mi vida, aunque resuelta siempre á dejarlo á los pobres despues de mi muerte. ¿Despues de vuestra muerte? replicó la santa hija; ¿y qué sacrificio hacemos á Dios en darle lo que no podemos retener? Creedme, madre mia, demos á Dios los bienes que él mismo nos ha dado, y démoselos antes que la muerte se los lleve; contemos con su bondad y con su providencia ; el Señor cuidará de nosotras, como nosotras no contemos sino con él. Eutiquia se enterneció al oir este razonamiento de su hija; y tomó la resolucion de distribuir sin detencion todos sus bienes á los pobres, para no poseer en adelante sino á Dios.

Habiendo vuelto á Siracusa, empezaron á distribuir entre los pobres todo el dinero que tenian, pasando despues á vender todas sus alhajas y joyas para rescatar los cautivos cristianos, y procurar la libertad á

los encarcelados. El caballero á quien estaba prometida Lucía, sabiendo que entrambas vendian sus tierras, fué á estar con el aya de la santa para informarse de la verdad, y la suplicó le descubriese el misterio. Es verdad, le respondió el aya, que Eutiquia vende todo lo mas precioso que tiene; pero es para comprar una tierra de un valor infinito, y de unas rentas inmensas. Esta respuesta que el caballero pagano no comprendió, le satisfizo, creyendo encontrar en ella su propio interés; pero habiendo sabido que todo el dinero que habian sacado de la venta de todos sus fondos se habia empleado en alimentar pobres y en libertar presos, conoció que se jugaba con él: se arrebató de una furiosa cólera, se fué despechado á encontrar al prefecto de la ciudad, le informó de todo, y le dijo que aquella disposicion de bienes nacia de que Lucía era cristiana. No fué menester mas para hacerla prender. No se puede decir cuál fué el gozo de nuestra santa cuando se vió en vísperas de ser mártir. Compareció delante del juez con aire de paz, de constancia y de seguridad. Nada omitió el tirano para persuadirla á abandonar su religion; le representó las grandes ventajas que hallaria en el mundo, si consentia en el casamiento que se le habia propuesto; y levantando luego la voz, le dijo que era preciso que en aquel mismo dia ofreciera á los dioses un sacrificio. Yo no conozco otro Dios, respondió la santa, sino al Dios omnipotente y eterno, criador del cielo y de la tierra, á quien ya he hecho sacrificio de todos mis bienes; ya no me resta mas que hacerle sacrificio de mí misma. Pascasio (este era el nombre del prefecto) al ver la firmeza con que la santa le respondió, le dijo: Bien veo que no conviene usar de razones contigo; los tormentos harán callar tu pico, y los golpes te harán enmudecer. Los suplicios que se padecen por Jesucristo, replicó la santa, no

pueden hacer callar á sus confesores; pues él mismo nos ha asegurado que, cuando estemos ante nuestros jueces, no seremos nosotros los que hablaremos, sino que el Espíritu Santo hablará por nuestra boca. ¿Juzgas, respondió Pascasio, que el Espíritu Santo está en tí, y que él es quien te sugiere lo que respondes? Creo, replicó la santa, que los que tienen una vida pura y casta son templos del Espíritu Santo. Si es así, respondió el juez, pronto hallaré yo medio de arrojar de tí ese espíritu, prostituyéndote como á una mujer infame. Temo poco todas tus violencias, replicó la santa; el Dios que adoro, y á quien he consagrado desde mi niñez mi virginidad, sabrá muy bien preservarme de tus insultos. Irritado el tirano con estas respuestas, mandó que llevasen esta casta esposa de Jesucristo á un lugar infame para ser abandonada á la brutalidad de todos los libertinos de la ciudad. Pero ¿qué puede toda la malicia de los hombres y del mismo infierno contra la omnipotencia de Dios? Santa Lucía fué detenida por una mano invisible en el mismo lugar donde estaba, y por mas que se hicieron los mayores esfuerzos para sacarla, hasta emplear en ello muchos pares de bueyes, no fué posible moverla. Los paganos lo atribuyeron á encanto, las gentes cuerdas á milagro. El tirano, lleno de confusion, y reventando de rabia y de despecho, mandó que se encendiese una hoguera al rededor de ella, que la cubriesen de pez y resina, que añadieran toda suerte de materias combustibles, y que se le pegase fuego; pero el mismo que la habia hecho inmóbil, la conservó sana en medio del incendio. Un fuego horrible la rodeó toda, la cubrieron espesas llamas, se creyó que quedaria sufocada y consumida en un momento; pero se pasmaron todos cuando, disminuyéndose el fuego, vieron á santa Lucía en medio del brasero con la misma serenidad y ente-

reza que si estuviera en un baño fresco, sin que uno solo de sus cabellos hubiese perecido, y sin que el fuego la hubiese tocado á la ropa. Este prodigio causó grande admiracion en los corazones de cuantos estaban presentes; exclamaron todos en voz alta: Gloria al Dios de los cristianos; solo él merece nuestros cultos. Habiendo acudido Pascasio á los gritos de la gente, viendo que la santa cantaba las alabanzas de Dios con los ojos levantados al cielo, y no pudiendo sufrir las maldiciones que vomitaba contra él la muchedumbre, mandó al verdugo que le cortase el cuello de un tajo. No habiendo muerto la santa al instante, la cogieron los cristianos, y la llevaron á una casa inmediata. Hallándose en este estado, predijo el fin de la persecucion, y la paz que gozaria la Iglesia despues de la muerte de Diocleciano; y se dice que antes de espirar tuvo el consuelo de recibir el viático: despues de lo cual, colmada de gracias, de victorias y de merecimientos, dió apaciblemente su espíritu á Dios el dia 13 de diciembre del año 304. Su cuerpo fué enterrado en Siracusa, donde estuvo hasta el siglo octavo, en que Faroaldo, duque de Espoleto, habiéndose apoderado de Siracusa, le hizo transportar á la ciudad de Corsino en Italia. Este santo cuerpo permaneció en este lugar cerca de 250 años, esto es, hasta el año 970, en que Thierry, obispo de Metz, habiendo pasado á Italia con el emperador Oton I, su primo, y deseando enriquecer su diócesis con preciosas reliquias de mártires, se llevó las de santa Lucía. Las puso en su iglesia de Metz, y dos años despues las hizo trasladar á la de San Vicente, donde habia hecho edificar una magnífica capilla dedicada á santa Lucía. En 1042, otro obispo de Metz, llamado tambien Thierry, sacó un brazo de la caja, y le dió al emperador Enrique III, quien le colocó en el monasterio de Ladembourg, ó Landeberg, en la diócesis de

Espira. Cuando Thierry trasladó el cuerpo de la santa á Metz, se habia ya trasladado la cabeza á Roma. Se han distribuido algunas porciones de estas santas reliquias á otras iglesias, donde se guardan con grande veneracion.

Se tiene á esta preciosa vírgen por abogada de la vista, y comunmente la pintan con sus ojos en un plato que tiene en las manos. No se sabe la causa de pintarla así, ni su historia dice que se sacase los ojos por librarse de un hombre lascivo que la perseguia. Pero como cada dia se experimentan nuevas gracias que hace el Señor á los que, teniendo mal de ojos, se encomiendan con devocion á santa Lucía, tengámosle todos gran devocion, para que por su intercesion se nos conserve la vista corporal, y mucho mas para que alcancemos la espiritual y eterna. Otros escriben, y con mas fundamento, que es abogada contra el fuego.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Siracusa de Sicilia, la fiesta de santa Lucía, vírgen y mártir, en la persecucion de Diocleciano. Los hombres licenciosos á quienes la santa habia sido entregada de órden de Pascasio, varon consular, para que el pueblo se burlase de su pudor, habiendo echado mano de ella, no pudieron moverla del sitio, por mas cuerdas y parejas de bueyes que emplearon. Despues, habiendo sufrido sin lesion pez, resina, aceite hirviendo, consumó por último su martirio recibiendo una estocada en la garganta.

En Armenia, el suplicio de san Eustasio, san Auxendo, san Eugenio, san Mardario y san Orestes, mártires en la persecucion de Diocleciano. Eustasio fué entregado con Orestes á exquisitos tormentos, primero bajo Lisias, luego en Sebaste bajo el presidente Agricolao, quien mandó arrojarle en un horno,

donde espiró. Orestes rindió el alma á Dios, acostado en un lecho de hierro candente. Los demás, entregados á los mas crueles tormentos bajo el presidente Lisias entre los Arabescos, consumaron su martirio de diferentes modos. Sus cuerpos, llevados á Roma con el tiempo, fueron depositados honoríficamente en la iglesia de San Apolinar.

En Cerdeña, en la isla de Sulci, el martirio de san Antioco, bajo el emperador Adriano.

En Cambrai de Francia, san Auberto, obispo y confesor.

En el país de Ponthieu, san Joso, confesor.

En el término de Strasburgo, santa Odilla, vírgen.

En Poitiers, santa Abra, hija de san Hilario.

En Cahors, san Ursizo, obispo.

En Villechason, cerca de Courtenay en Gatinais, santa Rosa, religiosa de Chelles, primera abadesa de aquel lugar.

En Moulins, santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

El propio dia, san Ariston, mártir.

En Irlanda, san Colmo, monje.

En Inglaterra, santa Edburga, abadesa.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Luciæ virginis et martyris tuæ festivitate gaudemus, itá piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oidnos, Dios Salvador nuestro, y haced que el gozo que nos causa la fiesta de santa Lucía, vuestra vírgen y mártir, esté acompañado de sentimientos de una verdadera piedad. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el

qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo.

que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso, sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« Queriendo san Pablo evitar toda ocasion de murmuracion en los falsos apóstoles que alteraban la doctrina que predicaba á los Corintios, les dice por qué no ha querido recibir nada de ellos para su subsistencia; luego, para convencerlos que debian creerle antes á él que á los falsos apóstoles, refiere en su alabanza lo que era, y particularmente lo que habia padecido predicando la fe de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriese en el Señor. No hay virtud sobre la tierra, no hay mérito; se puede tambien añadir, no hay buen espíritu, no hay verdadera probidad, no hay buen juicio fuera del que Dios reconoce por tal. El hombre piensa con poco arreglo; su juicio, por lo comun, lleva á la falsedad y á la mentira. Todas las cosas se juzgan en un tribunal donde los jueces ordinariamente son partes. Los sentidos dan su dictámen, y son atendidos; las pasiones tienen voto decisivo en este tribunal. El humor, el natural, los intereses particulares, el espíritu del mundo, todo aboga y defiende la causa del amor propio. ¿Y nos admiraremos que nuestros juicios sean tan falsos; que nuestras ideas sean tan con-

trarias á las de Dios; que estimemos y alabemos tan frecuentemente lo que Dios reprueba, y por consiguiente lo que es en realidad digno de despreciarse? En solo el Señor debemos buscar nuestra gloria, quiero decir, en la perfecta sumision á sus órdenes, y en hacer todo aquello que le agrada. Porque, ó las cosas de que nos gloriamos no se pueden referir á Dios, y entonces la gloria no puede ser sino muy vana; ó nos gloriamos de aquellas ventajas de que no estamos revestidos sino para usar de ellas segun los fines de Dios, y entonces el hombre es muy injusto en apropiárselas á sí mismo. ¿No es una grande flaqueza la vanidad de alabarse uno á sí mismo? ¿qué piensan los hombres de los que se alaban á sí mismos? esto solo ¿no roba á las acciones mas loables lo que tendrian de mérito por otra parte? ó á lo menos, esto ¿no empaña la mas hermosa virtud? ¿porqué ensalzar el poco bien de que somos capaces? ¿á qué fin publicarlo donde creemos que puede atraernos la aprobacion de los hombres? Si Dios nos quiere en puestos donde nos sea necesaria la estimacion de los hombres, él sabe muy bien mostrarles que somos dignos de de ella, sin que nosotros la procuremos por nuestra parte. La flaqueza de alabarse uno á sí mismo es mas que pueril; no solamente es señal de poca virtud, sino de una simpleza que disminuye la estimacion que por otra parte se pudiera tener de las bellas prendas de la persona. Esta necia y ridícula vanidad denota un espíritu apocado, cuyas luces son tan limitadas, que no pueden descubrir el perjuicio que ocasiona al mismo mérito la flaqueza de alabarse. Y así no hay quienes mas se alaben á sí mismos que los entendimientos muy regulares. Un gran talento, un hombre de un mérito muy sobresaliente, habla poco de sí.

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo, y el mismo que el dia II, *pág.* 35.

MEDITACION.

CUANTO ABORRECE DIOS EL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay mas fuerte antipatía que la que hay entre Dios y el pecado; esta antipatía le es esencial á Dios. La naturaleza de Dios es esencialmente enemiga del pecado, y por consiguiente del pecador. Si el pecado pudiese dejar de ser contrario á Dios, no seria ya pecado; y si Dios pudiese dejar de aborrecer al pecado, no seria Dios; luego no debo esperar poseer á Dios mientras estuviere poseido del pecado. Así como el pecado no entra en el cielo, porque Dios reina en él, así Dios no entra en una alma donde reina el pecado. Si se tuviese una idea cabal del pecado, el nombre solo de pecado causaria al alma un horror y un espanto mortal. El pecado es propiamente el solo mal del hombre; la pérdida de los bienes, las desgracias, las enfermedades, los dolores, las persecuciones, la muerte misma, no son males sino muy impropiamente, y en cuanto son efectos y consecuencias del pecado: en efecto, que un hombre sea desgraciado, pobre, enfermo, perseguido, y el desecho del género humano; que sea despreciado, calumniado, y aun reducido á la última miseria; si este hombre está en gracia y amistad del Señor, por no ser respetado, no deja de ser respetable. Es como un diamante de gran precio, cubierto de polvo, que no se conoce, y se lleva entre los piés; la misma muerte, tan terrible al pecador, no espanta á este hombre, ni menos da fin á su mérito. El estado de gracia nos hace agradables á los ojos de Dios, y por él gozamos de los derechos que constituyen el honor y la gloria de hijos suyos. El pecado, por el contrario, obra la suma desdicha del hombre. ¿Qué

estado mas triste, mas horroroso y mas digno de lástima que el de un hombre que ha caido de la gracia de su soberano? Cuando una persona ha incurrido en la indignacion del rey, se tiene por muy desgraciada. ¿Qué estado, pues, mas miserable que el de un hombre á quien Dios mira como á su enemigo; de un hombre á quien Dios mira con horror, y que es triste objeto de su furor y de su cólera? Hé aquí lo que produce un solo pecado mortal; arma todas las criaturas contra el pecador. Posea este todas las bellas cualidades, tenga un talento peregrino, un natural feliz, sea de un nacimiento distinguido, posea todos los tesoros del universo; si Dios le aborrece, es sumamente infeliz: hé aquí cuál es el fruto de una falta grave.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios no esta ocupado, por decirlo así, en el mundo, sino en destruir el pecado; todo lo que hace fuera de sí, no se encamina sino á esto. Si envía á su Hijo á la tierra, es para desterrar de ella el pecado; si forma la Iglesia es para exterminar el pecado; si nos da sus gracias, es para armarnos contra el pecado; si nos premia, es por haber vencido al pecado; si nos castiga, es por haber amado al pecado. ¡Ah! esta ocupacion es digna de Dios; ¿porqué, pues, no me ocuparé yo tambien en lo mismo? Todos los dias se me ofrecen mil ocasiones de impedir el que se peque; ¿y porqué no lo hago? ¡Pero ay! mientras que Dios se ocupa en destruir el pecado, me ocupo yo en obrarle y en establecerle. Pero nada es mas á propósito para hacernos conocer el odio que tiene Dios al pecado, que la severidad con que le castiga. Dios castiga el pecado en cualquiera persona que le vea. ¡Con qué rigor le castigó en los ángeles que eran las mas excelentes de sus criaturas,

sin respetar ni su excelencia, ni sus prerogativas, ni sus brillantes prendas! Un solo pecado de soberbia borra y aniquila todas estas excelencias. ¡Con qué severidad le castigó en el hombre, á quien amaba tan tiernamente, y á quien habia criado á su imágen y semejanza! Un solo pecado de desobediencia le arroja de aquel paraiso de delicias en que habia sido colocado, y le sujeta á este espantoso cúmulo de desdichas y miserias que inundan la tierra. Le castigó, en fin, en su propio Hijo, digno objeto de sus mas dulces complacencias, aunque no tuviese sino la apariencia del pecado. Pongamos los ojos en Jesucristo clavado en la cruz; este retablo de dolores es un efecto del odio que tiene Dios al pecado. Si así trata Dios á su propio Hijo por solo haberle encontrado cargado de pecados ajenos, ¿cómo tratará á un esclavo cargado de los suyos propios? Basta que Jesucristo, la inocencia misma, quiera pagar por los pecadores, para que Dios no se detenga, ni en la santidad, ni en la majestad, ni en el mérito infinito de este amado Hijo: le ve bajo la apariencia de pecador; no es menester mas para que descargue sobre él todo el peso de su indignacion. Se puede decir en algun modo, que el odio que tiene al pecado puede mas en él, que el amor tierno con que ama á su Hijo. ¡Oh, y cómo este solo ejemplo da una justa idea de la enormidad del pecado y de su malicia!

Haced, Señor, que yo le tenga un tan grande horror, que pierda los bienes, la salud y la misma vida antes que incurra en vuestra desgracia por el pecado.

JACULATORIAS.

Peccavi, quid faciam tibi, ò custos hominum? Job 7.

He pecado, ó Salvador de los hombres; pero estoy pronto á hacer y padecer cuanto querais para aplacaros.

Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me. Salm. 6.

Señor, no me castigueis en vuestro furor y en vuestro enojo.

PROPOSITOS.

1. No se sabe lo que es mal, cuando se dice que es un gran mal la pobreza, la enfermedad, etc. No hay en esta vida otro mal sino el pecado; pues ninguna cosa sino el pecado puede impedirnos el poseer el sumo bien. Ninguna cosa me desvía de mi último fin, ninguna me aparta de mi Dios sino el pecado. ¡Qué horror no debemos tener á este monstruo! Haz que este horror sea muy vivo; ten horror á la sola sombra del pecado; cuando vas á decir, ó á hacer alguna cosa, piensa ante todo si hay pecado en ello. Vive con una extrema delicadeza de conciencia, no acabando jamás tu oracion de la mañana sin protestar á Dios el horror que tienes al pecado, y pedirle gracia para no cometerle.

2. No te contentes con tener tú este horror vivo y sensible al pecado; procura inspirarle tambien á tu familia. Desde que tus hijos empiecen á tener conocimiento, no dejes de inspirarles frecuentemente este horror al pecado: díles á menudo, como la reina doña Blanca á san Luis: Hijo mio, aunque es muy grande la ternura con que te amo, antes quisiera verte muerto que en pecado mortal. Haz muchas veces esta oracion, y enséñala á tus hijos: Concededme, Dios de pureza, la gracia de velar con tanto cuidado, y de orar con tan grande eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Haced que me aleje tanto de todas las ocasiones de pecar, y que conciba tan grande horror á todo lo que puede manchar mi alma, que ninguna cosa sea capaz de hacerme caer jamás en pecado, ni perder vuestra amistad y gracia.

DIA CATORCE.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

San Juan de la Cruz, conocido primero por el sobrenombre de Yepes, que era el de su familia, despues por el de San Matías, que era el de su religion, y en fin, por el de la Cruz, que hace su verdadero carácter, y con el que se le distingue, fué uno de los mas sublimes maestros de la vida espiritual, y de los mas insignes ornamentos de la famosa reforma del órden del Cármen; era hijo de Gonzalo de Yepes y de Catalina Alvarez. Aunque su padre era caballero, llegó á verse tan pobre, que se vió obligado á ejercer el oficio de tejedor para poder mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Las bellas prendas de este niño, y su natural afable y dócil le ganaron bien pronto la estimacion y el corazon de sus padres; su amor á la virtud, y su grande inclinacion al estudio los movieron á ponerle á estudiar gramática en la villa de Ontiveros, de la diócesis de Avila, donde nació y donde moraban sus padres; pero no teniendo facultades para enviarle á otra parte á proseguir los estudios, pensaban en ponerle en un oficio, cuando la divina Providencia le facilitó patronos que por pura caridad le proveyeron de todo lo necesario para su educacion. Juan correspondió tan bien á las intenciones de sus bienhechores, que dieron por bien empleado lo que habian gastado con un jóven que aprovechó tanto en los estudios. En poco tiempo salió muy hábil en las humanidades y en la filosofía; pero fueron mucho mayores los progresos que hizo en la ciencia de los santos.

Aunque apartado del cuidado de sus padres en una edad tan resbaladiza, y entre unos jóvenes tan corrompidos, como son por lo comun los estudiantes, supo conservarse en una pureza de costumbres, en una ternura de devocion, y en una tan grande inocencia, que desde entonces era mirado como un santo. El cuidado que tenia ya de mortificar su carne y sus sentidos, y su amor á la oracion, autorizaban esta opinion, la que confirmó él mismo bien pronto, buscando un asilo donde asegurar su inocencia. La particular devocion que tenia á la santísima Vírgen, le hizo creer que hallaria este asilo en la órden de los carmelitas, consagrada toda á la gloria y culto de la Madre de Dios. Con este fin fué á presentarse al convento de Santa Ana de Medina del Campo, donde fué recibido como un don del cielo, y tomó el hábito con el nombre de fray Juan de San Matías, á los 21 años de su edad.

Quizá no se vió jamás mayor fervor, humildad y exactitud en un novicio, ni tampoco amor mas abrasado á las cruces en los mas ancianos. Despues de su profesion, en lugar de resfriarse, como regularmente sucede, el fervor que habia mostrado en su primer año, tomó nuevos aumentos. Emprendió un género de vida tan austera, que todos los religiosos del convento quedaron asombrados. Pidió por celda una covacha oscura y abandonada, á la extremidad del dormitorio, destinada para guardar las escobas, en la que se vió precisado á hacer un pequeño agujero para darle luz y poder leer. Un madero excavado en forma de sepulcro le servia de cama; se hizo un cilicio de juncos marinos, cuyas agudas puntas le sacaban sangre al menor movimiento que hacia su cuerpo; juntaba á todo esto disciplinas muy frecuentes de sangre; y como por otra parte eran muy repetidos sus ayunos, y muy corto su sueño, quitaba á su

cuerpo los medios de reparar las fuerzas que sus maceraciones le hacian perder.

Su piedad correspondia á sus penitencias; la pasion que tenia al retiro y al silencio, le hacia cercenar de la sociedad y conversacion de los hombres todo lo que podia quitarles, para darlo al comercio interior y apacible que mantenia con Dios en el ejercicio de la oracion, la que desde los primeros años de religion no era otra cosa que una muy sublime contemplacion. Jamás tuvo los efectos impertinentes de aquellos místicos y contemplativos, que hacen consistir la contemplacion en mostrarse adustos y extraños con todos. Su devocion nunca fué austera sino consigo mismo; era afable y cortés en su trato y comunicacion; jamás se le vió abstraido, taciturno, ni agreste con sus hermanos. La humildad parecia natural en él; solo apreciaba las virtudes que admiraba en los otros, y aunque las poseia todas en un grado heróico, creia sinceramente que no era hombre de virtud. Se le veia siempre el primero en todos los ejercicios de la comunidad. El don de contemplacion de que se hallaba dotado, no le hizo jamás ocioso. Hubiera querido hacer él solo todos los oficios de la casa; entre estos, los mas penosos y mas bajos eran los mas de su gusto; y con tal que encontrase alguna humillacion ó alguna cruz, quedaba satisfecha su ambicion.

Una virtud tan sobresaliente obligó á los superiores á hacerle recibir cuanto antes los sagrados órdenes; y sin dar oidos á los artificios de que se sirvió su humildad para quedarse en el estado humilde y oscuro de fraile lego, lo mismo fué llegar á los 25 años de edad, que obligarle á recibir el presbiterado. La gracia que recibió una alma tan pura fué abundante y sensibe. El nuevo sacerdote se preparó para la primera misa con continuos sacrificios de sí

mismo, aumentando las mortificaciones y fervores. Los favores que recibió en la primera misa que dijo, y la alta idea que concibió del sacerdocio, le hicieron desear una vida todavía mas retirada y mas regular, que la que se praticaba en el órden de los carmelitas mitigados que se llaman de la observancia. Despues de haber consultado mucho con Dios lo que debia hacer sobre este punto, se resolvió á pasar al de los cartujos, donde se prometia hallar una soledad como la que buscaba, y un género de vida mas austero que el que tenia.

Cuando tomaba sus medidas para entrar en la Cartuja de Segovia, llegó santa Teresa á Medina del Campo para fundar un convento de su reforma. Informada la santa de la virtud extraordinaria del padre Juan de San Matías, deseó tratarle. A la primera conversacion tuvo por cierto santa Teresa que san Juan era el ministro que le habia destinado Dios para el gran designio que habia formado de hacer la reforma de los religiosos del Cármen, despues de haberla establecido entre las religiosas. Habiéndole descubierto el padre el pensamiento que tenia de hacerse cartujo, le dijo la santa: Padre mio, Dios le ha llamado al órden de Nuestra Señora del Cármen, y así solo debe pensar en santificarse en él. V. R. ama el retiro, la oracion y la vida austera; todo esto lo encontrará en su estado, solo con que viva segun el primer espíritu de su instituto. ¿Qué cosa mas perfecta que la primitiva regla del órden del Cármen? ¿y quién puede embarazar á V. R. el que viva segun la perfeccion de esta regla? La santa le declaró el proyecto que Dios le habia inspirado por lo tocante á los hombres, las licencias y poderes necesarios que habia recibido del papa y de general, y el presentimiento que tenia de que él seria el primero y principal ministro de esta grande obra. Estas palabras hicieron tanta impresion en el

espíritu y corazon de san Juan, que prometió á la santa haria todo lo que le prescribiese, persuadido de que era el espíritu de Dios el que la alumbraba y la gobernaba en todos sus pasos. Se resolvió que para el dia señalado saldria del convento de Medina para ir con la santa á Valladolid, donde tomaria el hábito de la nueva reforma; lo que habiéndose ejecutado, le envió la santa á Duruelo con un albañil, á fin de componer una casa vieja que un caballero le habia dado, y que fué el primer convento de la estrecha observancia.

San Juan se mantuvo en él algun tiempo solo, esperando los sugetos que la santa debia enviar para ocuparle: allí, abandonándose al fervor, ejerció en su cuerpo aquellas inocentes crueldades, que hicieron decir á los seglares que el padre Juan no podia vivir sino por milagro. Luego que hubieron llegado los primeros padres carmelitas, que se llamaron desde entonces los carmelitas descalzos, san Juan, que habia sido puesto por cabeza de ellos, pasó toda la noche siguiente en oracion con los mismos, y por la mañana del dia siguiente, que era el 28 de noviembre, y primer domingo de adviento del año 1568, celebró solemnemente la misa, hizo su profesion pública, y recibió la de ellos, prometiendo todos á Dios, á la santísima Vírgen, su madre y su protectora perpetua, y al general del Cármen, su superior ordinario, observar literalmente la antigua y estrecha regla de la órden. Entonces fué cuando dejando, el sobrenombre de San Matías, tomó el de Juan de la Cruz, que, como se ha dicho, hacia su verdadero carácter. Este fué el nacimiento de esta célebre congregacion religiosa, aprobada inmediatamente por el papa san Pio V, y confirmada en el año 1580 por Gregorio XIII, á la que se da el nombre de carmelitas descalzos, porque llevan los piés descalzos, los que despues de doscientos años se conservan con aquel mismo espíritu de ora-

cion, de austeridad y de retiro, que es el distintivo de su instituto, y con aquel zelo ardiente que su madre santa Teresa les dejó por herencia, el cual los lleva no solo á edificar á todos los fieles con su piedad ejemplar y su exacta regularidad, sino tambien á pasar los mares para ir por todo el universo á trabajar con el fruto que es notorio en la conversion de los infieles.

Viéndose san Juan de la Cruz superior inmediato del convento, aumentó sus pasadas austeridades. Sus mortificaciones eran tan grandes, que santa Teresa se vió precisada á ordenarle las moderase: le mandó que no prosiguiese en andar sin sandalias, arregló sus abstinencias y sus ayunos, y puso límites á sus demás austeridades. Habiendo fundado otro convento en Mancera, otro en Pastrana y el cuarto en Salamanca, quiso que este hijo primogénito educase por sí mismo á sus hermanos en todas sus casas, para que les comunicase á todos su duplicado espíritu de mortificacion y de oracion. Viendo la santa los grandes frutos que hacia el siervo de Dios en las casas de sus religiosos, quiso fuese tambien el director de sus hijas, lo que ejecutó con tanto fruto, que asegura santa Teresa que en menos de un mes las mas obstinadas en no querer reformarse, fueron las que mas solicitaron y procuraron la reforma.

Hubiera sido dificil hacer menos progresos en la vida espiritual bajo un tan santo y tan hábil director. Tenia un don particular para discernir los espíritus, y hacer evitar los lazos del demonio, para descubrir las ilusiones del corazon y del entendimiento; quizá no hubo jamás padre espiritual que supiese mejor el arte de vencer todas las tentaciones, y de curar todas las enfermedades del alma. Así el demonio hizo cuanto pudo por vengarse de un enemigo que le quitaba todos los dias tantos despojos; pero no pudiendo

ganar nada con las mas violentas tentaciones, se sirvió de la insolencia de una doncella y de una viuda jóven para amancillar su pureza; pero esta astucia solo le sirvió para que triunfase mas gloriosamente de él.

Una virtud tan eminente no podia estar mucho tiempo tranquila; era preciso que pasase por el fuego de diversas tribulaciones. Una de las que mas le molestaron fué una especie de persecucion que le levantaron sus propios hermanos y sus propios hijos, esto es, los antiguos religiosos que habia dejado, y los que habia formado segun el instituto de la estrecha observancia. Los primeros miraron su reforma como una rebelion contra los superiores regulares de la órden, y su retiro como una criminal desercion que le hacia apóstata. En consecuencia de esto prendieron á nuestro santo, y le condujeron á la cárcel del convento con ignominia; pero temiendo no se le quitasen, le hicieron transportar á Toledo, donde estuvo encerrado nueve meses en una oscura prision, sin otro alimento que el que se da á los mas criminales cuando se les tiene en penitencia; pero esta comida era del gusto de nuestro santo. Dios le sostuvo en esta dura prueba con sus consolaciones; la santísima Vírgen se le apareció; y con estas interiores dulzuras y otras que recibió en aquella horrorosa prision, estuvo sumamente contento. Su paciencia heróica y su humildad fueron toda su justificacion, y así fué puesto en libertad; pero fué para entrar en otro mas terrible ejercicio de paciencia.

Como habia sido bastante tiempo superior de la mayor parte de los conventos de la reforma, su zelo por la exacta disciplina regular habia desagradado mucho á los imperfectos, y sus ejemplos habian desesperado, por decirlo así, á los mas fervorosos. Tenia la costumbre de decir que eran tres los lazos

que el demonio armaba á los superiores: el primero, un aprecio demasiado bueno de sí mismos, que los envanece; el segundo la facilidad de dispensarse de las obligaciones comunes; y el tercero, una disipacion hácia fuera, que apaga el espíritu con la multiplicidad de las ocupaciones exteriores. Habia evitado el primero de estos lazos con una sincera y profunda humildad de corazon, que le hacia amar el menosprecio y la confusion, y le obligaba á tenerse por el último de sus hermanos. Habia vencido el segundo, asistiendo el primero á todos los ejercicios de la religion, encargándose siempre de los empleos mas laboriosos y mas bajos, y no sirviéndose de su derecho de superior, sino para no poner límites á sus austeridades y penitencias, las que eran muy grandes: llevaba sobre su carne una cadena de hierro que le habia hecho grandes llagas, las que un horroroso cilicio exasperaba todos los dias; su abstinencia y sus continuos ayunos hacian decir que no podia vivir sino por milagro; no dormia mas que dos horas por la noche, pasando lo restante del tiempo de rodillas delante del Santísimo Sacramento en una oracion muy fervorosa. Jamás pudo hombre decir con mas razon que él: Estoy clavado en la cruz de Jesucristo. Se asegura que, orando un dia ante un crucifijo, oyó una voz que le dijo distintamente: Juan, ¿qué quieres que te dé por todos tus trabajos? Señor, respondió, no otra cosa durante esta vida, sino que sea despreciado, y padezca siempre mas por tu amor. La sola palabra de Jesucristo crucifijado, la sola vista de una cruz le arrobaba y hacia extático. No habia que temer cayese en el lazo de la disipacion, huyendo como huia del comercio y trato con los seglares, y no perdiendo á Dios de vista.

¿Quién hubiera dicho que una vida tan santa y tan perfecta no habia se ser aplaudida? Pero las humilla-

ciones y las cruces, que son la herencia de los mayores santos, debian hacer el carácter especial de san Juan de la Cruz; y se puede decir que quizá ningun santo la llevó mas pesada: no contribuyeron poco á hacérsela tal algunos individuos de la misma reforma, que le persiguieron mientras vivió. Permitió Dios que algunos superiores, ya fuese por una secreta aversion contra el siervo de Dios, ya por el temor de que quisiese restablecer y estrechar todavía mas su observancia, ejercitaron su paciencia con el último rigor; le excluyeron de toda prelacía, le desterraron al desierto de Peñuela, y aun resolvieron enviarle á Indias. El siervo de Dios se sometió á todo con la mayor alegría, y creyó que á lo menos estaria olvidado de los hombres en aquella triste soledad; pero se engañó, porque vinieron á descargar sobre él nuevas persecuciones. El padre Diego Evangelista, definidor de la órden, y fray Francisco Crisóstomo, célebre predicador, instruidos por el santo en el noviciado quizá con demasiada rigidez, hicieron sus informaciones contra él con tal acrimonia, que no se proponian nada menos que expelerle de la órden. Este gran siervo de Dios sufrió esta persecucion con una humildad, una mansedumbre y una alegría pasmosas. Lejos de quejarse, jamás quiso decir palabra alguna para justificarse; al contrario, decia que merecian sus culpas mucho mayores castigos. Cuando se le intimó la órden de ir á Indias, se dispuso á obedecer sin réplica ni tardanza. Dios estorbó este viaje enviándole una grave enfermedad, la que no hizo que aflojase su persecucion. Se continuaron las informaciones, la calumnia suplió por las pruebas que no habia, y que querian que hubiese para perderle. Con esto se introdujo el terror en los conventos de uno y otro sexo, de modo que los mas afectos y los mas virtuosos no se atrevian á llamarse amigos de aquel

que miraban por otra parte como amigo de Dios, y padre comun de la reforma. Cada cual se deshacia de las cartas que habia recibido del santo, por no ser acusado de algun comercio con él, por mas que todas estuviesen llenas de la mas pura espiritualidad; la mayor parte se quemaron, y con esto la ciencia de los santos padeció una pérdida irreparable. Cesó en fin la borrasca, cuando los primeros superiores vieron la debilidad de sus mendigadas deposiciones.

Habiendo probado Dios de esta suerte á su siervo, hizo se anticipara el tiempo de coronar sus trabajos y su paciencia; cayó enfermo, y conociendo el provincial que el aire del desierto de Peñuela le era contrario, ordenó fuese transportado á otro convento; y habiéndole dejado á él la eleccion, prefirió el de Ubeda, porque tenia por prior á aquel padre Francisco Crisóstomo que no le amaba: aquí encontró la cruz que buscaba. Todo su cuerpo se cubrió de úlceras, teniendo cuatro ó cinco apostemas formadas por dentro. No se puede imaginar, sin estremecerse, lo que este hombre de cruz sufrió en el discurso de su enfermedad de la dureza de su indigno superior, y de la multitud de sus males, los que hicieron de él un varon de dolores; pero nada fué capaz de alterar su tranquilidad, su gozo y su invencible paciencia. Sabiendo el provincial el estado á que estaba reducido el santo hombre, fué á verle, y reprendió severamente al prior por su falta de caridad, quien encontró en el santo un poderoso intercesor para con el provincial y un tierno amigo. Esta conducta tan ejemplar de san Juan de la Cruz abrió los ojos al prior de Ubeda, el que reconoció y detestó su dureza y la injusticia de su pasion; le pidió perdon de sus faltas, y procuró repararlas en el poco tiempo que quedaba con todos los oficios de caridad. Pero como el santo

hombre no queria bajar de la cruz, cumpliéndole Dios sus deseos, mezcló este corto gozo con penas interiores que no acabaron sino con su vida ; y este hábil maestro de la vida espiritual las toleró con resignacion. La vista de Jesucristo crucificado era todo su consuelo. Finalmente, despues de haber recibido los últimos sacramentos con gran fervor, lleno de confianza en su Salvador y en la proteccion de la santísima Vírgen, pronunciando los santos nombres de Jesus y de María, dió tranquilamente su último aliento besando la cruz. Esta muerte preciosa sucedió á 14 de diciembre del año de 1591, á los 49 de su edad.

Dios no difirió un momento el manifestar la gloria inmensa de su siervo. Apenas espiró, se vió un glôbo luminoso al rededor de su cabeza, que deslumbró á todos los asistentes. El suave olor que se derramó al instante, no solo en el cuarto, sino por todo el convento, no fué la menor de aquel gran número de maravillas que manifestaron la infinita felicidad que gozaba en el cielo, y el valimiento que tenia con Dios en la gloria. Su cuerpo fué enterrado con mucha pompa en Ubeda, y se encontró entero y sin ninguna corrupcion, al cabo de un año, cuando se abrió su sepulcro. Habiendo hurtado este tesoro los de Segovia, el papa Clemente VIII les mandó le volviesen á los de Ubeda, donde se guarda con singular veneracion. Se ve sobre este santo cuerpo un milagro continuado, porque parece representa todos los dias diversas figuras sagradas : unas veces aparece la figura de un crucifijo, otras la imágen de la santisima Vírgen. Tenemos de este sabio maestro de la vida espiritual algunas excelentes obras místicas, compuestas en español, y traducidas en muchas lenguas : como la *Subida del Carmelo*, la *Noche oscura del alma*, la *Viva llama del amor*, y el *Cántico del divino amor*, en el cual este santo contemplativo hace su retrato,

y muestra su verdadero carácter. El papa Clemente X le beatificó el año de 1675 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos.

NOTA.

« El cuerpo de san Juan de la Cruz está en el con-
» vento de los descalzos de Segovia. En Ubeda solo
» hay una porcion de él. »

SAN NICASIO, OBISPO Y MARTIR.

San Nicasio, reputado universalmente por una de las principales lumbreras de la Iglesia, de quien quiso Dios servirse para ilustrar á las Galias, floreció en los infelices tiempos en que varios enemigos de la religion de Jesucristo pasaban á sangre y fuego los mas antiguos y considerables pueblos de las provincias del Occidente. Aunque no convienen los escritores de las actas de este ilustre mártir de Jesucristo en el tiempo fijo de su promocion al obispado de Reims, la opinion mas verosímil le pone á fines del siglo IV y principios del V, cuando los Vándalos, los Suevos y los Alanos, despues de haber derrotado á los Francos, que guardaban los límites del Rin bajo la dominacion de los Romanos, se arrojaron ferozmente sobre las Galias, tomaron y quemaron las ciudades de Mayence, de Worms, Amiens, Arrás y otros muchos pueblos.

En esta desgraciadísima época, colocado en la cátedra de Reims san Nicasio, brillaba como luminosa antorcha sobre el candelero de la Iglesia por la justificacion de su conducta, por el ardor de su zelo, y por los muchos milagros con que Dios recomendaba su santitad; estando preparado por su parte á cuanto podia sobrevenir de aquellas implacables gentes. Habia exhortado á su pueblo con sus fre-

cuentes predicaciones, con sus paternales amonestaciones y con sus saludables consejos á que procurase por medio de su conversion sincera á Dios y fructuosa penitencia evitar el castigo con que le amenazaba la divina Justicia, justamente irritada por sus ofensas. Pero como habia en quella multitud de fieles varios espíritus altivos y rebeldes que rehusaban prestar oidos á la esforzada voz de su santo pastor, penetrado este del mas vivo dolor por su extraña resistencia, trató de poner en movimiento todos los arbitrios que le dictó su pastoral vigilancia, y de valerse de cuantos medios discurrió oportunos para dar mas fuerza á sus instrucciones. Gemia el santo en la presencia de Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias: pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, mortificaciones, ni vigilias, para que el Señor abriese los ojos de aquel ciego rebaño, por cuya salvacion estaba pronto á sacrificar su vida. Pero como supo, ó por revelacion divina, ó por unas prudentes conjeturas, que se acercaba la ruina de su pueblo, y que esta era inevitable, atendida la precipitada marcha de los bárbaros hácia la Galia Bélgica, persuadió á su rebaño la necesidad en que se hallaba de disponerse á recibir con toda humillacion y sumision á la mano de Dios, y con espíritu de verdadera penitencia, el azote severísimo con que el Señor iba muy presto á castigar sus delitos por el ministerio de sus enemigos.

Sucedió así con efecto, segun lo profetizó el santo; y cuando los Vándalos se presentaron delante de la ciudad para formar el sitio, Nicasio, en lugar de aprovecharse de una fácil retirada, como se lo aconsejaban, quiso permanecer con la parte de su rebaño que no podia huir, y con los que estaban destinados á la defensa del pueblo, á fin de trabajar á lo menos en la

salvacion de las almas que no podian librarse de la muerte, estando siempre dispuesto como buen pastor á rescatar la vida de la menor oveja á costa de la suya. Durante todo el tiempo del sitio, que el vigor de los sitiados prolongó bastante, el santo obispo, expuesto á todos los peligros como un simple soldado, no cesó de predicar la penitencia y la perfecta sumision á las disposiciones de Dios: exhortaba á todos á sufrir sin alteracion ni impaciencia los efectos de la adorable Providencia que los tenia reducidos á aquella penosa situacion, aprovechándose de las penalidades que padecian para la expiacion de sus culpas, y á preferir generosamente la muerte á una vida que no podia conservarse sin detrimento de la religion cristiana que profesaban. Las mismas exhortaciones les hacia su hermana Eutropia, levantadas las manos y los ojos al cielo, excitando á la plebe llena de fervor á que alcanzase la corona del martirio en ocasion tan oportuna por defensa de la fe.

Luego que se rindió la ciudad, y que los bárbaros, irritados de la valerosa resistencia que se les habia hecho, se negaron á toda compasion, salió el santo obispo de la iglesia, acompañado de su hermana y algunas otras personos que se refugiaron con él, á implorar la misericordia de Dios en aquel conflicto; y puesto en el atrio del templo, indicando con la mano silencio á las tropas, lleno de aquel zelo santo, y de aquella generosa valentía que constituye el carácter de los varones apostólicos, les habló en estos términos: *¿Porqué convertis en ira vuestras victorias contra las leyes de la humanidad, que dictan á los nobles triunfadores perdonar á los rendidos, y solo castigar á los rebeldes? Mirad este pueblo cristiano postrado á vuestra presencia esperando la remision de su delito. Cesad en la inhumanidad, arrepentios de vuestras crueldades, reconoced al verdadero Dios, que solo os tolera*

para correccion de los fieles sus hijos: temed su ira, no sea que se convierta en dispendio de vuestra eterna condenacion. Pero si no quereis perdonar á mis ovejas, ofrecedme á mí primero en sacrificio por ellas á la Majestad suprema.

Aunque un discurso tan conciso como nervioso parece que debia contener el furor de los invasores, como ellos no tenian ideas de humanidad, ni respetaban el carácter de las personas mas santas, se arrojaron ferozmente sobre el venerable prelado, y despues de una multitud de ultrajes, le cortaron la cabeza, repitiendo el santo al tiempo del sacrílego atentado aquellas expresiones del real Profeta: *vivifícame, Señor, segun tu palabra.* Aparentaron los bárbaros querer perdonar á santa Eutropia, hermana de Nicasio, vírgen consagrada á Dios en este estado; pero persuadiéndose la santa que la reservarian para violar su honor, y aun la fe, les hizo entender en un tono majestuoso, que ella estaba resuelta á sacrificar su vida antes que consentir en lo uno ni en lo otro; é irritados los bárbaros de su ardimiento, le dieron muerte con su inhumanidad acostumbrada, haciéndola participante, contra su perversa intencion, del mismo glorioso triunfo que alcanzó su santo hermano.

No tardó el cielo en tomar venganza del sacrílego atentado. Apenas lo habian ejecutado, cuando experimentaron los bárbaros una derrota terrible por medio de los ángeles que envió el Señor para castigo de su insolente atrevimiento; y oyeron en la iglesia un sonido formidable y espantoso, con lo que aterrados los invasores, huyeron con precipitacion á los montes, sin atreverse despues á volver á la ciudad. Sabido esto por los pocos ciudadanos fugitivos que se ocultaron en diferentes partes, habiendo observado la repeticion de luces celestiales, pasaron luego al pueblo, y dieron sepultura á los venerables cuerpos

de san Nicasio y santa Eutropia en el cementerio de la iglesia de San Agrícola, donde Dios hizo conocer la santidad y la gloria del santo obispo por medio de los muchos prodigios que obró por su intercesion. En el siglo VIII ó IX un obispo de Noyon, que lo era tambien de Tournay, sacó una porcion considerable de las reliquias de san Nicasio, y las colocó en las iglesias de ambas ciudades; y el resto fué trasportado despues por Foulques, arzobispo de Reims, á la iglesia de Nuestra Señora. Pero habiéndose pegado fuego á la catedral de Tournay, salvó la reliquia del santo un sacerdote, y la llevó á Reims, donde colocada con las demás, se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, san Heron, san Arsenio, san Isidoro y el niño Dióscoro. El juez, haciendo atormentar á los tres primeros de diferentes maneras durante la persecucion de Decio, y hallándolos animados de la misma constancia, mandó arrojarlos á las llamas; pero Dióscoro, despues de haber sido varias veces azotado, fué soltado por divina permision para consuelo de los fieles.

En Antioquía, la fiesta de san Druso, san Zósimo y san Teodoro, mártires.

El mismo dia, el martirio de san Justo y de san Abondo, quienes, bajo el emperador Numeriano y el presidente Olibrio, fueron arrojados al fuego; pero habiendo salido sin lesion, fueron pasados á cuchillo.

En Reims, el suplicio de san Nicasio, obispo, de su hermana santa Eutropia, vírgen, y de sus compañeros, mártires, los que fueron inmolados por unos bárbaros enemigos de la Iglesia.

En la isla de Chipre, la fiesta de san Espiridion, obispo, uno de los confesores que Galero Maximiano

condenó á las minas, despues de haberles hecho arrancar el ojo derecho y cortar el jarrete izquierdo. Este santo fué célebre por el don de profecía y lo estupendo de sus milagros; y en el concilio de Nicea, convenció y convirtió á la fe á un filósofo que prorumpia en insultos contra la religion cristiana.

En Bérgamo, san Viador, obispo y confesor.

En Pavía, san Pompeyo, obispo.

En Nápoles en Campania, san Agnelo, abad, célebre por el don de milagros, quien, estando sitiada la ciudad, la libró muchas veces de los enemigos con el estandarte de la cruz.

En Milan, san Matroniano, eremita.

En Viena del Delfinado, san Lupicino, obispo.

En Ploudiry en la Baja Bretaña, san Eguiñero, martirizado con santa Piala, su hermana, y otros muchos.

En Poitiers, san Fortunato, obispo, célebre por sus escritos.

En Ascalon en la Palestina, los santos mártires Areso, Promo y Elías, el primero de los cuales fué quemado, los otros dos degollados.

En Antioquía, santa Drosida, quemada por Jesucristo, celebrada por san Crisóstomo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui sanctum Joannem, confessorem tuum, perfectæ sui abnegationis et crucis amatorem eximium effecisti: concede, ut ejus imitationi jugiter inhærentes, gloriam assequamur æternam. Per Dominum nostrum...

O Dios, que hiciste á san Juan, tu confesor, uno de los mayores amantes de la cruz y de la perfecta abnegacion de sí mismo: concédenos que, imitándole sin cesar, consigamos como él la gloria eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no

non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Aunque las palabras de esta epístola convienen » particularmente á los santos que Dios hizo nacer ó » vivir entre las riquezas, la Iglesia no obstante no » deja de aplicarlas á los santos que vivieron en una » extrema pobreza, por cuanto se sabe que la prefi» rieron á todos los tesoros del mundo, sacrificando » á Jesucristo hasta su esperanza y sus deseos ».

REFLEXIONES.

Dichoso aquel que no corrió tras el oro. ¡Qué pocas gentes hay en el mundo que estén exentas de esta flaqueza! El resplandor de las riquezas da en los ojos de los hombres, y los deslumbra. En cualquiera estado que se esté, se quiere hacer fortuna. ¿Quién hay que se contente con la condicion en que ha nacido? No hay uno cuya condicion no sea inferior á sus deseos y á su ambicion. Si se ha subido un escalon, no se busca sino cómo dar el segundo paso: si se está mas arriba, la inquietud y la impaciencia se reducen á ver cómo se ha de perder de vista la oscuridad del nacimiento; jamás se mira de dónde se viene, sino adónde se desea llegar. Sea un hombre bastante feliz,

ó digámoslo mejor, sea bastante hábil para adelantarse; ¿está jamás contento con su fortuna? La ambicion crece con los años. Cuanto mas elevada está una persona, mas camino descubre para andar; se dan hartos pasos en falso cuando se quiere ir tan apriesa. ¿Se ha subido mas arriba? ¿á cuántas gentes se les va la cabeza? La caida de los que están mas adelantados, y que subieron mas, no hace mas cuerdos á los que trepan todavía por subir. Siempre creemos que seremos mas felices que los que nos parece haber sido menos hábiles. Cada dia se hacen nuevos esfuerzos para adelantarse. Esta idea de fortuna es una especie de fantasma que engaña y embelesa. El deseo de hacer fortuna es una especie de encanto. Por mas que nos espanten y nos aturdan las revoluciones que vemos suceder, estas caidas no quitan ni deshacen el embeleso. Nos lisonjeamos siempre que nos aprovecharemos de las desgracias ajenas, que seremos mas cautos, mas próvidos, que tomaremos mejores medidas. Doblamos nuestros cuidados, nuestros desvelos, nuestros artificios, á medida que sentimos crecer nuestros deseos de fortuna y de conveniencia. Corremos en busca de esta quimérica felicidad. La fortuna, semejante á aquellas exhalaciones que huyen de los que van en su seguimiento, no deja de verlos precipitar en algunos atolladeros. Así se burla la Providencia de esos idólatras de la fortuna y de todos los que corren tras el oro. Un hombre cuerdo se contenta con su fortuna mediana. Es una gran debilidad no contentarnos jamás con la condicion en que Dios nos ha puesto; si tenemos ansia, sea por una fortuna mejor que todas las de acá abajo, sea por una fortuna que vale infinitamente mas de lo que cuesta. Tengamos una santa ambicion de ser cada dia mas virtuosos. La salvacion, la santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano. Solo Dios puede con-

tentar á una alma, de la que es el soberano bien y el último fin. Amar á Dios, servir á Dios, agradar á Dios, esta es la sola fortuna que tenemos que hacer. No hay que temer ni envidiosos ni rivales en el servicio de Dios.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus exspectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis : ut, cùm venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cùm venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quòd præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que, cuando venga el señor, los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no dejaria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

DE LOS PESARES QUE TENDRÁ UN CONDENADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles serán los pesares de una alma que ve en el infierno que ha perdido á Dios, que le ha

perdido por su culpa, que le ha perdido por nada, y que le ha perdido para siempre. ¡Qué pesares, qué rabia, qué arrepentimientos inútiles, qué desesperacion no debe causar á una alma condenada esta triste verdad! ¡Yo he perdido á Dios, y con esto lo he perdido todo, pues he perdido la fuente de todo bien! He perdido á Dios; á este Dios para el cual únicamente fui criada; á este Dios, que es mi soberana felicidad, mi último fin; á este Dios, el mas amable de todos los padres, el mas magnífico de todos lós reyes, el mas dulce y mas liberal de todos los señores; he perdido á este Dios, es decir, que este tierno padre me aborrece con un odio infinito, y no me mira sino como á un vasallo rebelde. Este Señor bueno y caritativo no quiere reconocerme mas por su discípulo; ya no me trata como padre, ni como señor, sino como soberano juez; ya no me mira sino como un objeto execrable á sus ojos, y condenado por toda la eternidad á los mas espantosos tormentos. Por mas que reunamos en nuestro entendimiento todos los términos, todas las expresiones, todo lo que la fe y la razon nos pueden sugerir, no comprenderemos jamás la infelicidad que es perder á Dios. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, para comprender la pérdida y la infelicidad que es perderle, y perderle para siempre. Este es un mal que trae todos los males, y priva de todos los bienes; es un mal eterno, pues no hay remedio para él; y ninguna cosa debe ni puede jamás disminuirle, ni hacerle cesar. El sol se oscurecerá, los astros dejarán de lucir sobre la tierra; el cielo pasará; mil millones, cien mil millones de siglos habrán pasado, y el condenado será siempre el objeto de la execracion y del furor de Dios; y el condenado no habrá visto disminuirse, ni tendrá esperanza de ver disminuirse jamás sus penas. ¡O Dios mio, y se tiene por nada el perderos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que lo que hace todavía mas amargo el terrible pesar que causa la pérdida eterna de un Dios, es la vista de la nada de todo lo que nos le ha hecho perder. Cuando por ganar todo el universo, y cien mil mundos, se hubiera perdido á Dios para siempre, la pérdida no seria menos terrible, ni menos irreparable. Pero cuando se piensa (y se pensará necesariamente por toda la eternidad, aunque no se quiera), cuando se piensa que se ha perdido á Dios por bagatelas, por nada, por satisfacer una brutal pasion que ha sido seguida de tantos despechos, por correr detrás de un humo, de una sombra, de un fuego fatuo, de una quimera, porque no solo en el infierno se descubre este vacío, esta fantasma, esta nada de las honras, de los deleites, y de todo lo que en el mundo se llama fortuna, el mismo juicio se hace tambien de todo esto en esta vida en aquellos intervalos de razon y de religion en que la pasion calla, y sobre todo en la hora de la muerte, en que se juzga tan sanamente de todas las cosas. Comprende, si puedes, la impresion que hace sobre una alma este pensamiento, este juicio, este pesar. ¡Que indignacion contra tí mismo! ¡qué despecho, qué rabia haber sido tan insensato, tan enemigo de tu propio interés, haber sido fatuo hasta el extremo de haber perdido á Dios para siempre! ¡Por unas nadas que pasaron como sueños, *pro nihilo*, dice el Profeta, haber perdido á Dios, y con él una felicidad eterna, un paraiso, una gloria sin fin! ¡O Dios, qué pesar este! Pero lo que pone el sello, y lo que es el colmo de la rabia y de la desesperacion, es ver que se ha perdido todo esto únicamente por su culpa. Si Dios me hubiera puesto en la fatal, en la cruel necesidad de condenarme, si me hubiera reprobado por su gusto, si no

hubiera muerto por mí, si me hubiera negado su gracia, mi desventura seria infinita; pero en este caso tendria yo un pesar menos: mas que Jesucristo haya dado toda su sangre por mí, que haya hecho tanto por mi salvacion como por la de los predestinados, que no me haya negado ni las gracias, ni los medios para salvarme, y que yo no haya perdido á mi Dios, sino porque se me ha antojado, sino por mi culpa; concibe, si es posible, lo agudo y lo amargo de este cruel pesar. Haced, Señor, que yo sienta todo el rigor de este pesar; y ahora que todavía estoy en estado de hacer que me sea útil, haced que pierda todo lo que tengo, riquezas, honras, placeres, salud, la misma vida, antes que os pierda para siempre.

JACULATORIAS.

Quis nos separabit à charitate Christi? Rom. 8.
¿Quién me separará jamás del amor de Jesucristo?

Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque creatura poterit nos separare à charitate Christi. Ibid.

Estoy seguro, Dios mio, que ni la muerte, ni la vida, ni cuanto hay en el mundo, me podrá separar del amor de Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. Propon no ofender jamás á Dios, ni dejar de amarle por cosa alguna del mundo. Pídele que te confirme en este propósito, y que le haga eficaz. En todas las tentaciones, y en todos los eventos de la vida, dí sin cesar: Confío en la misericordia de mi Dios, que con la ayuda de su gracia ninguna cosa será jamás capaz de separarme de su amor. Renueva muchas veces al dia esta resolucion, y díle á menudo, que estás pronto á sacrificarlo todo antes que

incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quién se debe la preferencia.

2. Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á la memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta: todos tus temores deben reducirse á la triste aprehension de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, tenle á cuanto puede ser ocasion de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás; con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA QUINCE.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

La octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun santo, ó misterio, que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebridad, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la

fiesta, por eso es casi tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonía la ha tomado la nueva ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo : no haréis en él obra alguna servil : *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus; omne opus servile non facietis in eo* (1). Ofreceréis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofreceréis un holocausto al Señor, porque es un dia de asamblea, y no haréis en él obra alguna servil : *Dies quoque octavus erit celeberrimus*... La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo, mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion : aunque la celebridad sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas la gracias que se hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon, cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo : *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalen á celebrar por ocho dias la fiesta de la Purificacion del Templo y la de su renovacion (2); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (3), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fué cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los

(1) Levit. 23. — (2) Joan. 10. — (3) Joan. 7.

que le celebran con devocion. No se duda que este rito se observa en la Iglesia desde el tiempo de lós apóstoles como se ve por las Mneas de los Griegos.

Solo las grandes fiestas tienen octava. Las de la santísima Vírgen son demasiado célebres en toda la Iglesia, y sobre todo la de su inmaculada Concepcion, para no tener octava. Es demasiado gloriosa para la Madre de Dios, y muy interesante para los fieles, para que no excite la devocion y el zelo de sus hijos; y pues la Iglesia quiere que el oficio de este último dia sea el mismo que el del dia de la fiesta, ¿no es muy debido que en él demos á la Vírgen el mismo culto, y con el mismo fervor?

La conclusion de las mayores solemnidades es, por lo comun, mas provechosa que el discurso de la festividad. Las liberalidades del monarca son ordinariamente mas abundantes y mas fáciles de conseguir en el dia último: las gracias y los favores son quienes coronan y dan fin á las mas grandes fiestas; y los que se han distinguido mas por su magnificencia y por su zelo durante la alegría de las fiestas públicas, no piden inútilmente cuando se retiran. Por eso tambien en el último dia de la octava se debe renovar el fervor y la devocion, y multiplicar las súplicas y peticiones.

La devocion á la santísima Vírgen está tan autorizada en la Iglesia, que no hay verdadero católico que no reconozca su utilidad, y no la mire como una de sus primeras obligaciones. La iglesia griega y la latina están conformes en este punto, porque el cisma nada ha alterado en cuanto á él. Así en el Oriente, como en el Occidente, se hacen públicas peticiones á la Vírgen, se celebran con solemnidad fiestas á honra suya, se consagran templos á Dios bajo su advocacion, se exponen sus imágenes en los altares, y se la invoca en el sacrificio. Nada establece mejor una

verdad que esta conformidad de los Griegos con nosotros, en vista de la propension que tienen á discordar y apartarse de nosotros. El sentimiento de los padres griegos, como se ha podido ver, es conforme al de los padres latinos por lo tocante á la inmaculada concepcion. La devocion á la santísima Vírgen, la confianza en lo que puede con Dios, en su bondad para con los pecadores, en su proteccion, en su misericordia, es de todos tiempos. Unos y otros hemos recibido esta doctrina de nuestros padres por una tradicion constante de todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros. Los Griegos del dia de hoy tienen los sentimientos, por lo que mira á la devocion á esta santísima Madre de misericordia, que tenian san Atanasio, san Gregorio Nazianzeno, san Cirilo, san Juan Damasceno, san Crisóstomo, san Basilio; del mismo modo san Bernardo nos ha conservado y trasmitido estos sentimientos como los habia recibido de san Ambrosio, de san Agustin, de san Ildefonso y de los otros padres de aquellos primeros tiempos. Cuando no tuviéramos otras pruebas de que esta tradicion viene de los apóstoles, sino la fuerza que tenia ya en tiempo del concilio de Efeso, es decir, el año 430, ¿se podria dudar de ello razonablemente? El consentimiento de los sabios, del pueblo, de los santos, de la cabeza de la Iglesia y de todos los prelados que el orgullo, la parcialidad, la cabala, el interés no habian corrompido; el ardor de todos los católicos, no solo en defender el dogma particular de que se trataba, sino en ensalzar tanto mas los grandezas, la santidad y los insignes privilegios de la santísima Vírgen, cuanto el espíritu de error los atacaba con mayor malignidad; el zelo en hacer de ella los mas frecuentes elogios, en edificarle templos magníficos, este zelo tan vivo, tan universal, tan constante, ¿podia tener otro fundamento que una tradicion esta-

blecida, que cada dia se ha ido fortificando mas, y que no ha sido combatida sino por aquellos que la Iglesia ha arrojado de su seno?

El consentimiento unánime de todas las naciones en honrar con un culto particular á la santísima Vírgen, es tambien una prueba bien sensible de su excelencia y de su grandeza; porque ¿cómo era posible que pueblos tan distantes, de costumbres tan diferentes, hubiesen podido por tantos siglos convenir en este punto, si no hubiesen mirado á María como mucho mas elevada por su dignidad y por su mérito que el resto de todos los hombres y ángeles? Los templos consagrados á honra suya en todos los siglos y en todos los países del mundo, ¿no nos deben mover á darle el culto que le es debido?

Jacobo de Valencia, obispo de Crisópolis, explicando estas palabras: *Beatam me dicent omnes generationes*: todas las generaciones me llamarán bienaventurada, refiere un hecho que muestra la veneracion y aprecio en que los mismos infieles tienen á la Madre de Dios. Cuenta que en el pontificado de Juan XXII un hijo del rey de Armenia vino á Aviñon, residencia entonces de los sumos pontífices. Como su designio era ver todos los ejercicios de la religion cristiana, asistia á todas las ceremonias de religion. El dia de la fiesta de la inmaculada Concepcion asistió á un sermon, en que el predicador pareció querer probar que María habia sido concebida en pecado. El jóven príncipe, que tenia un entendimiento muy despejado, y era muy hábil é inteligente, se escandalizó tanto del sermon, que, sin aguardar mas, se salió de la iglesia con el firme propósito de volverse á su tierra: quiso despedirse del sumo pontífice, quien, sorprendido de una partida tan arrebatada y pronta, le preguntó la causa. Me voy, santísimo padre, le respondió, porque no puedo aguantar el modo tan injurioso

SANTO DOMINGO

DE SILOS.

con que he oido hablar públicamente de María; y me atrevo á asegurar á vuestra Santidad que si hubiese alguno entre nosotros, aunque somos mahometanos, que se atreviera á hablar así de María, seria sin remedio apedreado.

Se asegura que en los archivos de Nuestra Señora de Chartres se halla que Prisco, rey de Chartres, mandó hacer cien años antes del nacimiento de Jesucristo la imágen de la santísima Vírgen que se ve el dia de hoy en la iglesia de Nuestra Señora, y que la hizo llevar por los sacerdotes de los Galos á la gruta en que hacian sus sacrificios con esta inscripcion : *Virgini pariturœ* : A la Vírgen que ha de parir; habiendo tenido noticia de este misterio por los oráculos proféticos de las sibilas. De esta gruta se hizo despues una iglesia por san Ponciano ó Potenciano, y pasa por la iglesia mas antigua de Francia, dedicada á honra de la santísima Vírgen. La iglesia de Nuestra Señora del Puy no le cede ni en veneracion ni en antigüedad : la mayor parte de las catedrales de este reino están dedicadas á la santísima Vírgen, y el número prodigioso de las otras iglesias, bajo el mismo título, denota bastantemente cuál ha sido en todos tiempos la tierna devocion de nuestros padres á la santísima Vírgen. Se cuentan en sola la ciudad de Roma cuarenta y seis iglesias dedicadas á honra suya; y todos los países del mundo están llenos de antiguos monumentos de esta religiosa piedad para con la Madre de todos los fieles.

¿Qué se deberia pensar si se hallasen espíritus siempre dispuestos á hacer nacer dudas sobre las grandezas de la santísima Vírgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas, ocupados siempre en buscar falsas razones para hacernos sospechoso nuestro culto y nuestra devocion, para desacreditarla y para extinguirla á fuerza de estrecharla? Despues que los

primeros hombres de nuestra religion se han agotado, y han empleado todo el caudal de su saber en publicar las grandezas de la santísima Vírgen; despues que han perdido las esperanzas de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, á la santidad de su inmaculada concepcion, á la perfeccion incomprensible de su pureza y á la gloria inmensa de su triunfo en la Jerusalen celestial; despues que san Agustin, en nombre de todos, ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le eran debidas: *Quibus te laudibus efferam, nescio*; ¿tendrá alguno atrevimiento de decir que teme excederse en sus alabanzas? ¿se atreverá alguno á reprobar ciertas prácticas y actos de devocion tan religiosos, tan útiles á todos los fieles, tan santos, como son rosarios, escapularios, congregaciones? Es verdad que á proporcion que los fieles se han pervertido, se ha adelgazado demasiado sobre la simplicidad del culto. La devocion á la Madre de Dios es un medio muy eficaz para conseguir la salvacion, y así no hay que admirar que sea tan combatido por el enemigo de ella. No hay otros que los herejes, que se hayan desencadenado contra la multiplicidad de fiestas que se celebran á honra suya, contra el número infinito de templos y de altares consagrados á Dios bajo su nombre, contra tantas prácticas establecidas por la Iglesia para fomentar nuestra devocion á la santísima Vírgen. Vos, santísima Madre de Dios, vos sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo seréis siempre: vos sola habeis triunfado de todas las herejías; apenas se ha formado alguna en el cristianismo que no os haya hecho la guerra; pero no ha habido una que no hayais vos confundido, y de que no hayais triunfado: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

Introduciendo san Agustin á Jesucristo hablando á los maniqueos, que no querian honrar á la Madre de Dios, le hace decir estas palabras: *Esta que desprecias, maniqueo, es mi madre, y fabricada por mi mano.* Siendo esto así, ¿quién puede dudar que no la haya formado toda pura, toda hermosa, adornada con la justicia original, y con las mas resplandecientes virtudes, enriquecida de todos los tesoros del cielo, y colmada de todas las gracias? *Si hubiese sido manchada con el pecado original cuando yo la formé, yo tambien hubiera podido mancharme naciendo de ella.* De donde debemos concluir que, como este divino Hijo fué quien formó á su Madre, no le negó nada de cuanto podia contribuir á su excelencia, á su perfeccion y á su dignidad. La escogió, dice san Bernardo; pero formándola él mismo tal como convenia á su honor, á su santidad, á su propia gloria, no menos que á la de su madre. ¿Qué bien hubiera parecido que aquella sangre que se unió á la divina, hubiera estado un solo instante manchada con el pecado, y bajo la tiranía del demonio? No era decente que la Madre de Dios estuviese ni por un momento en desgracia de Dios. Una Vírgen escogida para destruir al pecado, de ningun modo debia estar sujeta al pecado. No hubiera sido honra del Hijo de Dios, que el santuario en que debia habitar, sirviese de posada á su principal enemigo. Finalmente, su amor le obligaba á usar con su madre de toda su misericordia; y no hubiera usado de toda, si no la hubiera preservado de la caida mas profunda, y del golpe mas mortal, teniendo en su mano el medio infalible y pronto de preservarla. Este medio, felicísima Vírgen, era rescataros, no sacándoos del estado del pecado, sino impidiendo el que cayérais en él: de este y no de otro modo teneis parte en la redencion del divino mediador que debeis dar al mundo. Este Señor es nuestro

Salvador, porque rompe nuestras cadenas, y nos saca de la esclavitud; pero lo es vuestro, porque os conservó siempre en una santa libertad. Es nuestro Salvador, resucitándonos á la gracia; lo es vuestro, conservándoos siempre la vida de la gracia. Es nuestro Salvador, purificándonos; lo es vuestro, eximiéndoos de toda mancha. Finalmente, es nuestro Salvador por via de reparacion; y lo es vuèstro por via de proteccion. Este segundo medio es tanto mas excelente, cuanto la gracia es el bien mas precioso, y el pecado es el mal mas temible. Pero es justo que el cielo os haya privilegiado, formándoos para ser un dia ensalzada á la mas alta dignidad que hubo jámas ni puede haber; y no es menos justo que toda la tierra publique este insigne privilegio, que fué el origen de todos los favores que habeis recibido: es justo que toda la Iglesia honre este primer instante de vuestra vida, en el cual fuisteis mas santa, que todos los santos juntos lo fueron al fin de sus dias: es justo que todos los fieles celebren con una particular devocion y con una singular alegría una fiesta que ha sido el principio de todas las otras, y que, sirviendo como de base á todas las otras gracias de que fuisteis colmada, ha venido á ser tambien como el principio de nuestra dicha.

SAN EUSEBIO, OBISPO.

San Eusebio, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, y uno de los mas célebres, mas fuertes y mas zelosos defensores de la fe católica contra los violentos ímpetus de la herejía arriana, fué natural de la isla de Cerdeña, donde su familia era muy respetable y distinguida, tanto por su antigua nobleza, como por sus considerables bienes.

Luego que murió su padre, quien dicen algunos que sufrió una larga y penosa prision por sostener la religion cristiana durante la persecucion del emperador Diocleciano, su madre llamada Restituta pasó á Roma con el objeto de que se instruyese el niño en las letras humanas y divinas, á favor del reposo que hizo gozar á la Iglesia el Grande Constantino despues de tantas tormentas con que la afligieron los príncipes paganos.

Como Eusebio se hallaba dotado de un ingenio vivo, claro y penetrante, de un corazon noble y generoso, y de una inclinacion como nacida para la virtud, unidas estas bellas prendas á una incesante aplicacion al estudio, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias humanas, y mayores en la de los santos. Incorporado en el clero de la iglesia de Roma, ascendió por los grados prescritos en los cánones á los órdenes sagrados, y dió á conocer en todas sus funciones su relevante mérito y las raras cualidades con que Dios le habia adornado para el ministerio sacerdotal, acreditando sobre todo con pruebas prácticas el ardoroso zelo que abrasaba su corazon por la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, que procuraba manchar alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra santa religion.

Cuando vivia Eusebio respetado y aun venerado en Roma por la inocencia de su vida, por sus irreprensibles costumbres y por la justificacion de su conducta; dispuso la Divina Providencia que pasase á Verceli, ciudad hoy comprendida en el Piamonte, donde luego se dió á conocer por sus eminentes virtudes y por su sobresaliente ciencia. Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Verceli, y como los naturales habian concebido tan alta idea de nuestro santo, fué proclamado por todo el clero y pueblo, en términos que, viendo los obispos comprovinciales

que concurrieron á la eleccion un consentimiento tan general, no tardaron en consagrarle. Solo los arrianos sintieron la promocion de Eusebio, temiendo que, condecorado con la dignidad episcopal un hombre de su zelo y de su sabiduría, les haria la mas fuerte guerra. Procuraron estorbarle la entrada en su iglesia, cerrando con violencia las puertas; pero puesto el santo de rodillas delante de ellas, se abrieron por sí mismas inmediatamente, con cuyo prodigio se acobardaron los herejes.

Colocada aquella brillante antorcha en el candelero de la Iglesia, se portó desde luego con tal justificacion, que el desempeño de todas las obligaciones y cargos del ministerio fué el mayor elogio y mayor crédito del acierto de su eleccion. Puede decirse sin reparo que con su porte verdaderamente apostólico santificó los deberes que exige el Apóstol en los prelados perfectos; y aun se extendió á otras invenciones utilísimas, que fueron reconocidas por efectos de su gran sabiduría y de su ardiente zelo. San Ambrosio, que ensalza encarecidamente las sublimes cualidades de este insigne prelado, asegura haber sido el primero que reunió en Italia la vida monástica á la clerical, á imitacion de san Basilio en Capadocia, de san Agustin en Africa, y de san Martin en Francia. El santo obispo vivia por sí, y hacia vivir á su clero con una regularidad casi igual á los monjes de los desiertos, ocupándose en santas vigilias, ayunos, estudio, lectura espiritual, oracion y trabajo de manos, para lo cual los reunia con frecuencia por el dia y por la noche, instruyéndolos en máximas saludables para precaverse contra las tentaciones del enemigo comun, y para evitar todas las ocasiones de pecar. Bajo esta educacion se dejó ver el clero de Verceli como un seminario, de donde salieron muchos ilustres obispos, cuya santidad se debió á la

enseñanza de Eusebio, que supo sacar grandes ventajas de aquel género de vida austera para soportar mas fácilmente las persecuciones que tuvo que sufrir en lo sucesivo.

Habia penetrado el arrianismo hasta el Occidente, despues de haber asolado casi toda la iglesia oriental. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, por su mujer infecta con la peste de aquella herejía, se declaró protector de la impiedad con tanto empeño, que por defenderla persiguió á la Iglesia tan cruelmente como pudieran los príncipes paganos mas enemigos del cristianismo. Encendido Eusebio en un zelo ardiente y generoso por la defensa de la divinidad de Jesucristo, que era el punto de la reñida controversia entre los católicos y los arrianos, no satisfecho con mantener á sus ovejas en la firme creencia del dogma católico, no cesaba de declararse contra el error, por lo que era tenido por uno de los mas formidables enemigos del arrianismo. Afligido el papa Liberio con el mal suceso del concilio celebrado en Arlés en el año 353, donde su legado Vicente de Capua habia cedido á los arrianos, eligió nuevos legados para con el emperador Constancio, á fin de obtener de este príncipe el permiso para la convocacion de otro concilio, donde se terminasen las sangrientas disputas que turbaban la paz y la tranquilidad de la Iglesia. Como la corte estaba en Milan, escribió el papa á Eusebio, que no estaba distante, á fin de que, uniéndose con los nuevos legados, interpusiese su autoridad y su respeto para con el emperador en tan importante negociacion, recomendándole la defensa de la fe católica, y la de san Atanasio ausente, de quien proseguian la condenacion los arrianos contra todas las leyes. Aceptó Eusebio la comision en los términos que le prevenia el papa; y sin reparar en el eminente riesgo á que exponia su vida para con

un príncipe enemigo implacable de los católicos, el persuadió con tanto zelo y nerviosa elocuencia la necesidad del concilio para pacificar la Iglesia, que con efecto logró de Constancio el que se convocase en Milan á fines del año 355.

Aunque concurrieron pocos orientales al concilio, conociendo Eusebio, por el estado de las cosas, que los herejes, auxiliados de Constancio, serian señores de la asamblea, se retiró á su iglesia bajo el supuesto de quedar en el sínodo los legados apostólicos. Deputó el concilio dos obispos, rogando al santo que asistiese, y le escribió una carta firmada de treinta prelados, todos famosos arrianos, exhortándole á entrar en sus resoluciones dirigidas á la paz de la Iglesia. Tambien le escribió el emperador suplicándole que abrazase el dictámen de aquellos obispos: y asimismo le instaron los legados apostólicos, estrechándole á venir para que con su autoridad y su gran sabiduría pudiese disipar los artificios de los arrianos, y resistir á Ursacio y á Valente, caudillos de la impiedad.

Condescendió Eusebio en pasar al concilio; pero antes previno al emperador y á la asamblea por dos cartas, en las que les decia que solo haria lo que le pareciese justo y agradable á los ojos de Dios. El espíritu y generosidad de sus respuestas sobresaltó tanto á los herejes, que al llegar á Milan le impidieron por espacio de diez dias el que entrase en la iglesia donde se tenian las juntas sinodales. En fin, asistió al sínodo, y habiéndole propuesto los arrianos que suscribiera á la condenacion de san Atanasio, respondió que para pasar á este acto era preciso antes que todos suscribiesen el símbolo del concilio Niceno, pues estaba cierto de que en la asamblea se hallaban algunos obispos infectos con la herejía condenada en aquel concilio general. Opúsose Valente de Murse,

é indignado el pueblo de un procedimiento tan injusto, se puso de parte de Eusebio, y de los que sostenian un principio tan indispensable; pero temerosos los arrianos de que este suceso les impidiese el manejo del negocio, transfirieron el concilio á la capilla de palacio por órden del emperador que quiso presidir la desordenada junta. Hizo venir Constancio á ella á los obispos católicos, para obligarlos con su autoridad á que firmasen la condenacion de san Atanasio; y aunque algunos débiles, poseidos de una infame cobardía, condescendieron con una resolucion tan inicua, revestido Eusebio de aquella fortaleza y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, resistió con los legados una providencia tan injusta, representando que, además de ser pública la inocencia de san Atanasio, contestada por sus mayores enemigos, á saber, Ursacio y Valente, prohibian las leyes condenar al ausente sin ser oido.

Ofendido el emperador de esta justa resistencia, amenazó á Eusebio y á los legados con el último suplicio, y concibió tal enojo, que llegó su cólera al extremo de sacar contra ellos la espada, bien que se contuvo condenándolos á destierro: este atentado causó un sentimiento universal á todo el orbe católico. Contristado el papa Liberio de aquella desgracia, escribió al santo para felicitarle por su constancia, elogiando el ejemplo de fortaleza que habia dado á todos los obispos, recomendable en todo el mundo cristiano. Cupo á Eusebio por lugar de su destierro Sintópolis, donde cayó bajo el poder de Patrofilo, uno de los mas crueles arrianos, quien le hizo sufrir los tormentos y las penalidades que pudieran inventar los gentiles mas enemigos del cristianismo, habiendo llegado su inhumanidad al extremo de no suministrarle cosa alguna de alimento por muchos dias, á

fin de que muriese de hambre. Pero Dios templó estos rigores con algunas consolaciones. Su iglesia le envió á visitar por el diácono Siro, y por el exorcista Victorino, los que le llevaron cartas llenas de amor, y limosnas para el socorro de sus necesidades; de lo que ofendidos los arrianos, le sacaron del alojamiento que ellos mismos habian hecho le señalasen los agentes del emperador, y con la mayor violencia é indignidad le encerraron en un estrecho aposento. Viéndose allí abandonado y reducido al mas triste estado, concurrian en ciertas horas los herejes á redoblar los castigos y malos tratamientos que le hacian sufrir: entre estos era uno arrastrarle de alto á bajo por una escalera muy pendiente; añadiendo á esto la prohibicion de que viniesen á darle consuelo alguno los presbíteros y los diáconos. Entonces fué cuando el santo hizo contra aquellos impíos una especie de protestacion, en la que, despues de haber reprendido sus violencias, les declaró que no comeria ni beberia, si no le prometian con juramento y por escrito que no impedirian á sus hermanos venir á verle, y suministrarle el alimento preciso; añadiendo que, de otro modo, publicaria y haria saber á todas las iglesias su tiranía, para que conociese todo el mundo el carácter de los arrianos, y cuánto hacian padecer á los católicos.

Volvieron los herejes á Eusebio al lugar de su primera habitacion, donde el pueblo, edificado de su sufrimiento, le recibió con tales demostraciones de júbilo, que rodeó su alojamiento con lámparas encendidas; de lo que irritados los arrianos, acompañados de una multitud de malvados, se arrojaron sobre el santo, y despues de muchos golpes, injurias y otros malos tratamientos, le llevaron arrastrando á una dura prision. Tambien encarcelaron á otros sacerdotes y diáconos del partido de Eusebio, á los que

desterraron de su propia autoridad á diversos lugares; y cometieron la temeridad de poner en prisiones públicas á muchas personas seculares y mujeres religiosas, que se declararon en favor de la inocencia del injustamente perseguido. Mientras cometian los herejes semejantes violencias, se mantuvo el santo obispo seis dias sin comer por no tomar cosa alguna de sus sacrílegas manos, de suerte que, asustados por una parte sus enemigos al verle muy cerca de morir desfallecido, y aterrados por otra con los gritos del pueblo que los amenazaba, se vieron obligados á dejar en libertad á un familiar del santo para que le asistiese.

Finalmente, libre Eusebio de tantas vejaciones é insultos por la mediacion de algunas personas piadosas, se le dejó en casa de cierto señor poderoso, adonde concurrieron á visitarle muchos sugetos visibles, condolidos de su desgracia; de lo que concibieron tanta emulacion los arrianos, que solicitaron se le mudase el lugar de su destierro, enviándole á Capadocia. Pero notando que allí no se le trataba con la dureza que ellos querian, por último le desterraron á la inferior Tebaida por bajo de Egipto, donde se mantuvo padeciendo indecibles trabajos hasta la muerte de Constancio, que sucedió en el dia 3 de noviembre del año 361.

Juliano, sucesor de Constancio, dicho el Apóstata, quiso señalarse en los principios de su imperio en la piedad para con todos los obispos desterrados por su antecesor: con cuyo motivo salió Eusebio de la Tebaida, y pasó á ver á san Atanasio para deliberar con él sobre los negocios de la religion, como lo hicieron ambos en un concilio que se celebró por entonces en Alejandría. Tambien se interesó Eusebio en la reunion de la iglesia de Antioquía que estaba dividida entre los que obedecian á san Melecio, y los

que se llamaban Eustatianos, quienes rehusaban reconocerle por legítimo prelado, acreditando con todos los que se opusieron á la reunion su valor y fortaleza apostólica.

Estaba el santo penetrado del mas vivo dolor al ver el lástimoso estado en que se hallaban las iglesias del Oriente, en las que no se veian mas que escándalos, cismas, perfidias y nuevos errores, todos efectos del protegido arrianismo, el que de tal manera habia desolado la viña del Señor, que apenas habian quedado en ellas unas débiles señales, é imperceptibles reliquias de la religion católica. Las visito por comision del papa Liberio, y en todas se vieron los gloriosos frutos de su zelo apostólico, de su gran sabiduría y de su consumada prudencia, confundiendo siempre á todos los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, que no pudieron resistir al espíritu de Jesucristo que animaba al de Eusebio. Concluida esta penosísima expedicion, habiendo dejado en todas partes zelosos y sabios ministros católicos, capaces de oponerse al poder de la herejía, tomó el camino para su iglesia, siendo recibido en todos los pueblos por donde hizo tránsito como un glorioso defensor de la divinidad de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de tantos enemigos.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo y con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel nunca bien ponderado pastor, por cuya vista suspiraban incesantemente. Restablecido en su silla, no se contentó con hacer florecer en su diócesis la pureza de la fe, la disciplina eclesiástica, y el arreglo de las costumbres relajadas con motivo de su ausencia. Los efectos de su zelo siempre infatigable, y siempre activo, se comunicaron á otras provincias inficionadas con el arrianismo, persiguiéndole hasta sus mas fuertes trincheras. Finalmente las iglesias

de Occidente experimentaron las mismas utilidades que las de Oriente; por lo que los obispos de Italia y otros latinos, comprendiendo lo que Dios habia hecho por el ministerio de su fidelísimo siervo, por quien arruinó el imperio de la herejía y confundió vergonzosamente á sus protectores, le felicitaron con los mas altos elogios, y le enviaron copias de las suscripciones, por las que condenaban los decretos del concilio de Rímini, y hacian profesion de seguir inviolablemente la fe ortodoxa definida en el general de Nicea.

Despues de estas laudables empresas no sobrevivió Eusebio mucho tiempo, pues se cree que murió lleno de triunfos y merecimientos el año 370. Algunos han escrito que los herejes arrianos quitaron la vida á este insigne obispo, por lo que es calificado de mártir en el Martirologio romano; bien que otros no le dan este título, solo sí el de ilustre confesor, aunque nadie duda de lo mucho que le hicieron padecer los herejes. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Teonesto ó Teoguesto que él habia hecho construir, la cual se llamó despues de San Eusebio. Habiendo el santo obispo escrito mucho sobre la defensa de la fe católica, no nos quedan de sus preciosos monumentos sino unas cartas que se hallan al fin de las ediciones de san Hilario. Tambien se le atribuye una version latina de los evangelios, que se imprimió en Milan en el año 1748; pero se duda que esta sea obra del santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Octava de la Concepcion de la bienaventurada vírgen María.

En Roma, san Ireneo, san Antonio, san Teodoro, san Saturnino, san Víctor, y otros diez y siete mártires, quienes padecieron por Jesucristo en la persecucion de Valeriano.

En el mismo lugar, san Valeriano, obispo, el cual á la edad de mas de ochenta años siendo instado por el rey arriano Genserico, en la persecucion de los Vándalos, para que entregase los efectos y alhajas de la Iglesia, y habiéndose negado constantemente á hacerlo, fué echado fuera de la ciudad; y como se dió órden para que nadie le recibiese en su casa ni aun en las granjas, vivió mucho tiempo pasando las noches en las plazas públicas, y terminó el curso de su vida ejemplar confesando y defendiendo la verdad católica.

En tierra de Orleans, san Mesmino, confesor.

En Georgia, mas allá del Ponto Euxino, una santa sirvienta cristiana, que con la eficacia de sus milagros convirtió aquella nacion á la fe de Jesucristo en tiempo de Constantino.

Cerca de Huesca en Aragon, san Urbico, solitario, natural de Burdeos.

En Quimper, el venerable Janico, confesor, quien, despues de haber sido cura párroco por espacio de trece años, se hizo fraile franciscano.

En Oriente, santa Susana, que vivió disfrazada de hombre.

En el Asia menor, san Paulo de Latre, anacoreta.

En Génova, la venerable Victoria Fornara, viuda de Angel Strada, fundadora del órden de las religiosas de la Anunciacion celeste.

La misa es la misma que la del dia de la fiesta, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per immaculatam Virginis conceptionem dignum Filio tuo habitaculum præparasti: quæsumus, ut qui ex morte ejusdem Filii tui prævisa, eam ab omni labe præservasti; nos quoque mundos

O Dios, que por la inmaculada concepcion de la Vírgen preparaste una morada digna para tu Hijo; te suplicamos, que así como por la muerte prevista de este Hijo la preservaste de toda mancha, nos concedas

ejus intercessione ad te pervenire concedas. Per eumdem Dominum...	tambien por su intercesion la gracia de ir á vos despues de esta vida purificados de nuestros pecados. Por el mismo Jesucristo...

La epístola es del cap. 8 *del libro de los Proverbios, y la misma que el dia* VIII, *pág.* 173.

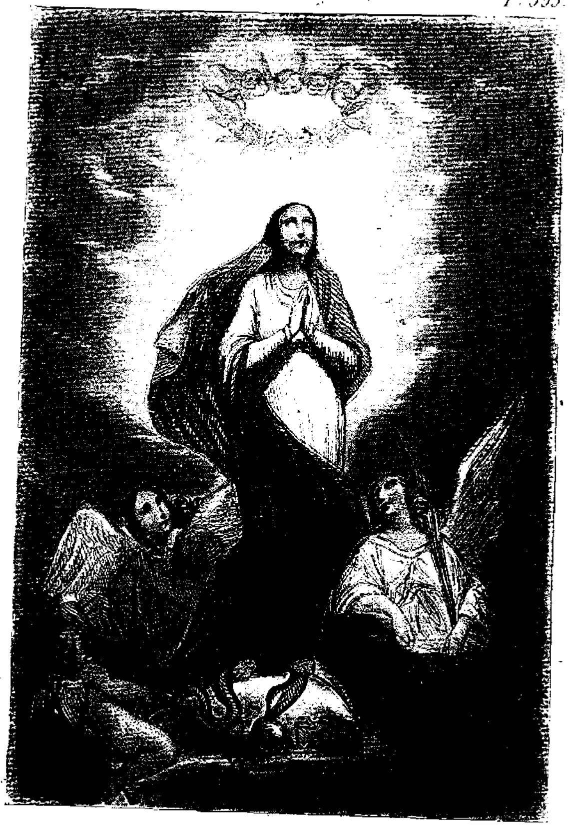
NOTA.

« Esta epístola, sacada de los Proverbios de Salo-
» mon, es en el sentido alegórico y místico un resú-
» men de la inmaculada concepcion, de la gloriosa
» natividad, de la santísima vida, de la excelencia,
» del mérito, de la dignidad y del poder de la Madre
» de Dios. El que me hallare, hallará la vida, y co-
» gerá la salud de la bondad del Señor. Esta expre-
» sion la aplica la Iglesia con mucha razon á la san-
» tísima Vírgen. »

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos. Los antiguos, dice un gran siervo de María, celebraban todos los años el dia de su nacimiento y de su concepcion con una gran copia de lágrimas; así Job despues de haber maldecido el dia en que nació, profirió el mismo anatema contra el momento de su concepcion. *Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido este hombre.* Porque todos nosotros somos concebidos, y nacemos hijos de la ira de Dios: en el mismo instante que nuestras almas se unen al cuerpo, se hallan separadas de Dios por el pecado que las inficiona; y ved aquí cuál era el justo motivo de las lágrimas de los antiguos: pero María es de otra clase y de otra condicion. El primer instante de su concepcion es un tiempo de gracia, y el principio de su felicidad. Nunca fué hija de ira, porque

siempre fué toda hermosa, *tota pulchra*, no habiendo recibido jamás las impresiones de la mancha, que no puede sufrir Dios en parte alguna sin que la aborrezca; y así toda la Iglesia se regocija y manifiesta su gozo en el momento de la concepcion de María. Los mismos ángeles, como lo testifica san Bernardino de Sena, celebran en el cielo la fiesta que nosotros celebramos hoy en la tierra. Aunque la santificacion de María en el momento que fué concebida sea lo que ha hecho tan venerable á los fieles su concepcion, sin embargo, no es esto todo lo que hay de glorioso para ella en este misterio. Nosotros solemnizamos su memoria para dar gracias á Dios por los favores de que quiso colmarla desde aquel momento; pero tambien lo hacemos para hacer justicia á los méritos de esta incomparable Vírgen, los que desde este momento igualaron, ó por mejor decir, excedieron á los méritos de los mas grandes santos. Es verdad que el Criador la distinguió desde entonces de los demás hombres, preservándola del pecado; pero tambien es verdad que se distinguió ella misma, correspondiendo desde luego á la gracia. El último momento de la vida de los santos es propiamente cuando se celebra el dia de su fiesta; porque en vano hubieran sido santos toda su vida, si no lo hubieran sido en este último momento, pues la santidad de este último es á quien corresponde toda la gloria que gozan: y pues María es mas santa en el primer instante de su concepcion, que lo fueron todos los santos al fin de su vida, ¿no era justo que se celebrase con una fiesta solemne este primer instante, tan santo y tan glorioso para la santísima Vírgen? En este primer momento se consagra ya á Dios perfectamente esta celestial Niña. El primer movimiento de su corazon fué para aquel Señor que la habia formado. El reconocimiento siguió tan de cerca á las gracias que habia



NUESTRA SEÑORA

DE LA CONCEPCION.

recibido, que en el momento mismo que fué colmada de beneficios, estuvo llena de amor á su bienhechor. Pero ¿de qué amor, Señor? ¿y quién es capaz de explicar el ardor, la perfeccion y la excelencia de este amor? Baste decir con san Vicente Ferrer, que en el primer instante de su inmaculada concepcion recibió la gracia con mas plenitud que la tuvieron todos los santos y ángeles juntos.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas, y el mismo que el dia VIII, *pág.* 176.

MEDITACION.

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es una verdad que la santísima Vírgen ha sido la sola entre los hombres que no ha sido envuelta en la maldicion comun, ni ha perecido en el naufragio universal que ocasionó la prevaricacion de Adan. Podemos representárnosla como aquella arca maravillosa que nada sobre las aguas del diluvio, y que se salvó en atencion á Noé, el primer restaurador, por decirlo así, del linaje humano, el cual era un retrato y figura de Jesucristo nuestro Redentor. Confesémoslo, no hubo jamás privilegio mas singular que este. El demonio tiene en sus cadenas á todo el linaje humano; y una sola niña se le escapa, la que no solo conserva su libertad, sino que además de esto quebranta la cabeza al tirano; y en este primer momento, que es la puerta, el orígen y principio de todos los males que tendrán que sufrir los hombres, halla María el principio de todas las bendiciones de que será colmada. En este primer momento en que todos los hombres están sepultados en una espantosa oscuridad, María sola comparece con un resplandor

que deslumbra á los mismos ángeles. En este primer instante de la vida en que todos los hombres, sin distincion, comienzan á padecer tan pronto como á vivir, se encuentra María colmada de tan dulces delicias, que son el pasmo y la admiracion de las celestiales inteligencias: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens?* No debe admirarnos el que un manantial tan puro haya conservado toda su pureza lo restante de su curso. María creció en amor de Dios, en fervor, en todo género de virtudes todos los momentos de su vida; y si el primero fué tan santo, ¿cuáles serian los otros, pues en cada momento dobló el fondo de méritos que habia en ella? Pero lo que todavía es mas admirable, y de mayor instruccion para nosotros, es que, exenta de toda flaqueza, y confirmada en gracia desde su concepcion, no dejó de huir del mundo y de la corrupcion del mundo. Aunque concebida con todos los privilegios de la inocencia, no dejó de vivir en el retiro, en la austeridad y en medio de todos los rigores de la penitencia. Aunque llena del Espíritu Santo desde el primer instante de su orígen, no cesó de trabajar; y sin poner jamás límites á su santidad, fué siempre creciendo en virtudes y en merecimientos. Admiremos y reverenciemos sin cesar la excelencia y el mérito de esta feliz criatura; pero acordémonos que el único medio de honrarla bien y de agradarle es imitar su pureza, su humildad y demás virtudes.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es un grande privilegio para la santísima Vírgen haber recibido la gracia con la vida, no es menor ventaja el haber no solo conservado esta gracia, sino tambien haberla aumentado hasta la muerte; y nosotros, que somos concebidos y nacemos en pecado, no recibimos sino muy tarde esta gracia

que nos hace amigos de Dios : pero lo que hay en esto mas deplorable, es que la perdemos casi tan pronto como la hemos recibido, y pasamos el resto de nuestros dias en la cruel incertidumbre de haberla jamás de recobrar. ¡Ah, que la mayor parte de nosotros no conservamos la gracia del bautismo, sino el tiempo que ignoramos lo que es el pecado que nos la arrebata! ¡Qué dicha la nuestra, si á lo menos empezáramos á vivir desde hoy una vida inocente! Hagamos de modo que desde ahora para en adelante llevemos esta vida, para que tengamos el consuelo y la dicha de morir con una muerte semejante á ella. Aunque no hayamos sido concebidos en gracia, podemos consolarnos con que este favor no estaba en nuestro poder. Pero la mayor de todas las desgracias, y para la que jamás habrá consuelo, es no morir en estado de gracia, es morir en pecado. Ser concebido en pecado es una desgracia, contra la cual el bautismo es un remedio eficaz; pero morir en pecado es el colmo de todas las desgracias, y á lo que no alcanza ningun remedio. ¿Qué socorro hay mas poderoso, qué remedio mas eficaz para evitar esta desgracia que la devocion á la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen? Como todo este misterio estriba en el singular privilegio, en la insigne gracia, por la cual María fué preservada del pecado original y de todo pecado actual, la devocion á este misterio mueve á esta Madre de misericordia á alcanzar para sus devotos la gracia de vivir y morir en la inocencia. Se puede decir que el efecto particular de la devocion á la inmaculada concepcion, es esta pureza de costumbres, esta inocencia de vida, y esta gracia final que es siempre un puro don de Dios. ¿Son menester otros motivos para honrar sin cesar á la santísima Vírgen bajo este glorioso título, bajo la singular prerogativa de haber sido concebida sin pecado?

Sí, Vírgen santísima, al honraros bajo este título pretendo honraros como á madre de Dios, y como á madre sin dejar de ser vírgen, como á la hija muy amada del Padre, como á la madre del Hijo, y como á la esposa sin mancha del Espíritu Santo : dignaos ser mi madre; y sobre todo alcanzadme la gracia tan necesaria de vivir en la amistad de Dios y en la inocencia : alcanzadme la gracia final, sin la cual todas las otras gracias de nada me servirán.

JACULATORIAS.

Virgo singularis, inter omnes mitis, nos culpis solutos, mites fac et castos. La Iglesia.

Vírgen incomparable, de una pureza y mansedumbre sin ejemplo, alcanzadme una y otra virtud.

Monstra te esse matrem. La Iglesia.

Haced, Vírgen santa, que yo experimente en mí que sois mi querida madre.

PROPOSITOS.

1. Se puede decir que ninguna cosa obliga tanto á la Vírgen santísima para que nos alcance la gracia de vivir y morir en la inocencia y en la pureza, como la devocion á su inmaculada concepcion; y así debes honrar esta inmaculada concepcion, no solamente durante esta octava, sino que no debes dejar que se te pase dia alguno sin que des gracias á Dios por la gracia singular que hizo á la santísima Vírgen de haberla privilegiado de esta suerte. Ten en tu cuarto ó en tu oratorio alguna pintura ó imágen de la inmaculada concepcion, é inspira á todo el mundo y en toda ocasion una devocion tan saludable.

2. Comulga hoy para acabar mas santamente esta octava : asiste, si puedes, al oficio divino, especialmente á vísperas. No dejes de hacer por la tarde una

visita al Santísimo Sacramento para dar gracias á Dios por el singular favor que hizo á esta santísima Vírgen en este misterio; y para protestar á la Madre de Dios que quieres vivir y morir en su servicio, y honrar sin cesar su inmaculada concepcion: reza hoy el rosario con mas devocion de la que acostumbras.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN ADON, ARZOBISPO DE VIENA.

San Adon era de una de las mas nobles y mas antiguas familias del Gatinés. Vino al mundo en tiempo de Carlo Magno por el año de 800. Como sus padres eran muy virtuosos, queriendo dar á su hijo una educacion honrada y verdaderamente cristiana, le pusieron, siendo todavía muy jóven, en el monasterio de Ferrieres, que estaba inmediato al lugar de su habitacion, para que allí le educasen en la piedad y en las ciencias. El abad Sigulfo le recibió con tanto mayor gusto, cuanto, además de la atencion que se debia á su familia, descubrió en Adon un natural tan feliz, un ingenio tan vivo y tan desembarazado, una ingenuidad, y sobre todo una inclinacion tan visible á la piedad, que se propuso no omitir diligencia alguna para darle una educacion que sirviese para cultivar y hacer valer tan grandes talentos. En efecto, hizo tan grandes progresos en las ciencias, que dejó muy atrás á todos los de su edad; pero en lo que mas adelantó fué en el camino de la virtud. Todos estaban asombrados de ver tanta prudencia en un mancebo tan jóven. Se hacia admirar por su devocion; no habia uno que no estuviese embelesado de su modestia, de su mansedumbre, de su humildad; pero lo que mas pasmaba era que, elevándose sobre

las flaquezas ordinarias á los niños, se privaba de las comodidades y diversiones, aun las mas indiferentes, procurando imitar en todo la gravedad de los ancianos del monasterio.

Conforme crecia Adon en edad, crecia en prudencia y en virtud : todo su tiempo estaba dividido entre la oracion y el estudio, aunque el estudio no interrumpia su oracion. El mundo le lisonjeaba, y nada olvidaba para seducirle con la esperanza de una de las mas brillantes fortunas, fundada en tantas y tan bellas cualidades; pero el virtuoso jóven estaba demasiado ilustrado para dejarse sorprender de apariencias. Habia ya experimentado demasiado las dulzuras y ventajas sólidas que se encuentran en el servicio de Dios, para que quisiese servir jamás á otro dueño; y así se resolvió á abrazar el estado religioso. La abadía de Ferrieres, en que se habia criado, estaba á la sazon llena de santos religiosos, todos los cuales recibieron con un increible gozo á Adon, quien en poco tiempo llegó á ser el mas perfecto modelo de todos ellos. Se distinguió desde luego por la exacta observancia de las menores reglas, y por una puntualidad pasmosa en cumplir perfectamente con todas sus obligaciones : duro consigo mismo, no tenia para con todos los otros sino modales dulces y corteses, y una igualdad de humor que hacia el elogio de su alta virtud. En poco tiempo llegó á ser uno de los mas sabios de su siglo; pero su ciencia le hizo todavía mas humilde, y los empleos mas humillantes del monasterio fueron los únicos de su gusto.

Una virtud tan eminente no podia estar oculta : en los monasterios vecinos se hablaba de la ciencia y de la rara piedad del monje Adon como de un prodigio; y todos envidiaban al monasterio de Ferrieres un tan rico tesoro. Marcuardo. abad de Prom en la diócesis de Tréveris, que habia sido monje en Ferrieres, dondo

conservaba todavía muchas correspondencias, habiendo oido hablar del mérito de nuestro santo, quiso tenerle cerca de sí para hacerle maestro de novicios. Por mas que los monjes de Ferrieres sintiesen perder un tan excelente sugeto, no pudieron negárselo al abad Marcuardo. La presencia de Adon dió á conocer que la fama se habia quedado muy corta en sus alabanzas. Se descubrieron en él todavía mas virtudes de las que la reputacion les habia anunciado, y quizá mas que los imperfectos hubieran querido ver en uno de sus hermanos. Su vida austera, su exactitud en el oficio, su fervor, su devocion, ofendieron los ojos, y amargaron el corazon de aquellos á quienes su ejemplo hacia desesperar, por lo cual halló mas envidiosos que imitadores; y viendo que los espíritus se enconaban mas y mas, despues de haber permanecido algun tiempo en el monasterio de Prom, pensó en retirarse, lo que ejecutó despues de la muerte del abad Marcuardo, que sucedió el año 853, habiendo tomado primero la venia de quien debia. No queriendo volver á Ferrieres, emprendió, con permiso de sus superiores, el viaje de Roma, á fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles y de los mártires : permaneció en aquella ciudad cerca de cinco años, y su virtud se hizo admirar tanto como su ciencia ; de suerte que el nombre de Adon vino á ser muy conocido. De vuelta para Francia pasó por Ravena, donde compuso su Martirologio sobre otro mas antiguo que se habia enviado de Roma á Aquileya, y que le prestaron. Esta obra aumentó la reputacion que se habia ya adquirido. Al volver de Italia pasó por Leon, de donde era obispo san Remigio, quien quiso detenerle en su ciudad. El fondo admirable de doctrina y de piedad que descubrió en Adon, le hizo creer que no podia hacer cosa mejor que agregarle al servicio de su iglesia. Pidió el permiso

para ello á Lupo, abad de Ferrieres, su superior, de una manera tan enérgica, que lo consiguió. Teniéndole ya san Remigio á su disposicion, le dió á gobernar la iglesia y la parroquia de San Roman, cerca de Viena. San Adon se portó en este nuevo encargo con tanta prudencia y edificacion, su zelo y piedad se hicieron admirar tanto, y derramó Dios tantas bendiciones sobre sus trabajos, que vino á ser el oráculo de todos los países vecinos; de modo que venian á él gentes de todas partes para aprovecharse de sus consejos y ejemplos.

Estaba nuestro santo en una reputacion tan grande en todo el país, que, habiendo muerto Agilmaro, arzobispo de Viena, fué nombrado de comun consentimiento por el clero y el pueblo para ocupar la silla vacante. Todos los obispos de la provincia aplaudieron la eleccion; solo él no queria prestar su consentimiento, antes bien pensaba en retirarse; pero viendo que todos insistian en que habia de aceptar el obispado, se rindió y cedió, por no resistir mas tiempo á la voluntad de Dios, manifestada visiblemente en este unánime consentimiento. En medio de ser la eleccion tan canónica, no dejó de tener oposicion. Se hizo correr la voz que Adon era un monje vagamundo, que se habia escapado fugitivo de su monasterio. Para aclarar este rumor, fué preciso un testimonio de su abad, el que dió Lupo, su antiguo maestro, abad entonces de Ferrieres, y le dirigió al conde Gerardo, que era el señor mas poderoso de la provincia. En él declaró que Adon, su religioso y su discípulo, jamás se habia huido de su monasterio; que él mismo le habia enviado á Prom, á ruegos del abad Marcuardo, para educar á los novicios en aquel espíritu de regularidad y de fervor, de que él mismo daba tan grandes ejemplos; que, despues de haber morado algun tiempo en el monasterio de Prom, cediendo á la envidia de

aquellos á quienes su demasiado mérito tenia disgustados, habia emprendido con el permiso de sus superiores el viaje de Roma; que á ruegos de Remigio, obispo de Leon, que deseaba tenerle junto á sí, le habia enviado sus letras de obediencia, aunque la licencia que le habia dado de palabra podia bastar; que Adon era un hombre de calidad, todavía mas digno del obispado por la pureza de sus costumbres, por su saber, por su eminente virtud, y por la regularidad y justificacion de su conducta, que por su nacimiento; que él se creia obligado á dar este testimonio en favor de la inocencia y de la virtud de Adon.

Quitado el obstáculo de una manera que era tan gloriosa para Adon, fué consagrado por los obispos de la provincia con universal aplauso. El nuevo obispo, luego que fué consagrado, escribió al papa Nicolao I. quien le envió el palio en señal del aprecio que hacia de su mérito. Su elevacion no le hizo mudar de costumbres; solo dió un nuevo realce á su virtud haciéndola todavía mas perfecta. Conservó la misma humildad, la misma dulzura, el mismo espíritu de mortificacion y de piedad que se habia siempre admirado en él. Su zelo hizo los mayores esfuerzos para desterrar la ignorancia, reformar las costumbres, corregir los abusos, restablecer en todas partes la disciplina y el buen órden; lo que le salió tan bien, que en menos de un año mudó de semblante toda la diócesis.

Aunque era austero consigo, tenia una dulzura extraordinaria con los demás; y sin adular al pecado, usaba de mucha indulgencia con los pecadores que querian seriamente convertirse á Dios. Con sus modales corteses y con sus palabras llenas de dulzura atraia á los pecadores, y los movia con sus conferencias y con sus sermones animados del espíritu de Dios; y poniendo sumo cuidado en no espantar ni agriar los

espíritus, se hacia tan dueño de los corazones, que les inspiraba un horror infinito al pecado, y les hacia abrazar gustosos la penitencia. Arregló el oficio divino y todo el gobierno de su iglesia con una prudencia, que fué admirada en los países mas distantes. Como la salvacion de su pueblo tenia el principal lugar en su corazon, no hubo industria de que no se valiese para la conversion de los pecadores, y para inspirar á todos el amor á la penitencia. Con este fin hizo construir á la entrada de su iglesia catedral una capilla sobre el modelo del sepulcro de nuestro Señor, bajo la invocacion de los tres célebres penitentes, santa María Magdalena la pecadora, san Pedro y el buen ladron. El Señor quiso mostrar cuán agradable le era la piadosa industria de su siervo, y cuán de su aprobacion era la devocion de los fieles á estos santos penitentes, por medio de un número prodigioso de milagros que se obraron en esta capilla.

Su caridad con los pobres era tan ardiente, como su zelo por la conversion de los pecadores. Fuera de que no tenia rentas sino para ellos, edificó y dotó muchos hospitales; siendo tan viva y tan conocida la compasion que tenia á los pobres, que era mirado como el padre de todos ellos. Su puerta estaba abierta á todo el mundo, y en todo tiempo, aun en el de su preciso descanso, diciendo que una de las primeras obligaciones de un obispo era ser á toda hora accesible á su pueblo, para aliviarle y consolarle á toda hora en todas sus penas y aflicciones.

Asistió nuestro santo al concilio de Tonsy, cerca de Tul en Lorena el año 860, donde resplandeció y se hizo admirar, tanto por su piedad y su regularidad, como por su erudicion y su ciencia. Mostró su rectitud y firmeza en el espinoso negocio del divorcio de Lotario, rey de Lorena, y de su mujer Tierberga, y de su casamiento escandaloso con Valdrada. Adon,

enemigo de todo respeto humano, y de toda indigna adulacion, muy lejos de seguir el pernicioso ejemplo de muchos cobardes prelados, sostuvo la verdad y autoridad de los sagrados cánones con tanto zelo, que el papa Nicolao, que le llamó su santísimo hermano, no pudo dejar de alabar su firmeza y su vigilancia, y el zelo que le habia animado á obrar tan poderosamente por el honor y la edificacion de la Iglesia, contra los prevaricadores de las santas leyes y corrompedores de la disciplina.

Habiendo vuelto à su iglesia el santo obispo, tuvo un concilio el año 870; y asistió á otros dos celebrados en la ciudad de Chalons, sobre el Sona, el año 873 y 875. Pero aunque no habia negocio de importancia en la Iglesia en que no se viese obligado á tomar parte, y aunque las necesidades de su diócesis daban que hacer bastante á su solicitud pastoral, todos estos negocios no le hacian cercenar nada de su frecuente oracion, ni de la severidad de su ayuno y demás austeridades; y aunque estaba continuamente ocupado en atender á las necesidades exteriores de los fieles, tenia siempre el espíritu tan recogido, que jamás se le veia distraido. Era tan infatigable en el ejercicio de sus funciones episcopales, que, lejos de dar á su cuerpo el reposo necesario, pasaba la mayor parte de la noche en oracion y en el estudio. Ilustró su siglo con los frutos de sus estudios y de sus trabajos. Además del Martirologio de que hemos hablado, y que le hizo tanto honor, compuso la historia del martirio de san Didiero, arzobispo de Viena, y la vida de san Teudero, abad de la misma ciudad. Tenemos tambien de él una Crónica universal desde el principio del mundo hasta el fin de su vida, dividida en seis edades: la primera, desde el principio del mundo hasta el diluvio: la segunda, desde el diluvio hasta Abrahan: la tercera, desde Abrahan hasta David:

la cuarta, desde David hasta la cautividad de Babilonia: la quinta, desde la cautividad de Babilonia hasta el nacimiento de Jesucristo; y la sexta, desde el nacimiento de Jesucristo hasta el tiempo en que el santo escribió esta historia. Sus ocupaciones no le impedian asistir todos los dias el primero á los oficios de su catedral, y emplearse en todas las obras de caridad que ocurrian. En fin, lleno de dias y de méritos, le llamó Dios para darle la recompensa eterna, á que eran acreedores los trabajos que habia padecido por su amor. Sucedió su santa muerte el dia 16 de diciembre del año 875, el décimosexto de su obispado, y el setenta y cinco de su edad. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de los Apóstoles, que despues se ha llamado mas comunmente la iglesia de San Pedro, y que ha sido el sitio ordinario de la sepultura de sus sucesores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Los tres santos jóvenes Ananías, Azarías y Misael, cuyos cuerpos fueron depositados en una caverna en Babilonia.

En Ravena, san Valentin, maestre de campo, san Concordio, su hijo, san Naval y san Agrícola, mártires, que padecieron por Jesucristo en la persecucion de Maximiano.

En Formis en la Campania, santa Albina, vírgen y mártir en la persecucion de Diocleciano.

En Africa, el martirio de muchas santas vírgenes, que en la persecucion de los Vándalos bajo el rey arriano Humerico fueron colgadas en el aire, atándoles á los piés cuerpos muy pesados: padecieron el suplicio de las planchas encendidas en los costados, terminando así gloriosamente el combate de su martirio.

En Viena, san Adon, obispo y confesor.

En Aberdon en Hibernia, san Beano, obispo.

En Gazara en la Palestina, san Irenion, obispo.

En San Meen en Bretaña, san Giguel, rey de aquel país.

Este mismo dia, san Evrardo, marqués de Frioul.

En Ramey, cerca de Namur, la bienaventurada Ida de Nivela, del órden Cisterciense.

En la Campania, san Adyutor, uno de los compañeros de san Castrense.

En Jerusalen, san Modesto, abad de San Teodosio en Palestina.

En Irlanda, san Beriquerto, solitario.

En Espoleto, san Melecio, obispo.

La misa es del comun de los santos confesores pontífices, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Adonis, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, las súplicas que os ofrecemos en la fiesta del bienaventurado Adon, vuestro confesor y pontífice; y absolvednos de todos nuestros pecados por los méritos é intercesion de un santo que os sirvió tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (Sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: æstimati sumus sicut oves occisionis.) Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada? (Como está escrito: Por tí cada dia somos condenados á muerte; se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo.) Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó.

NOTA.

« En este pasaje quiso expresar el Apóstol los no-
» bles sentimientos de una alma llena de confianza,
» que mira todas las pruebas de esta vida como
» demasiado débiles para hacer titubear su fe y su
» constancia. »

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada hay mas natural que esta conclusion que saca san Pablo; y lo que pasma es que esta conclusion no esté en el corazon y en la boca de todos los fieles. Jesucristo murió por todos: es, á mas de esto, nuestro mediador en el cielo; ¿quién nos separará, pues, de su amor? ¿Podemos tener motivos mas justos, mas obligatorios, mas interesantes, mas fuertes, ora se consideren sus beneficios, ora se atienda á lo que se merece su persona? ¿temeremos padecer por quien no ha rehusado morir por nosotros? No, Señor, al acordarme de lo que padecisteis, me parece sentirme con bastante ánimo, mediante la ayuda de vuestra gracia, para desafiar á todos los males á que no son capaces de separarme jamás de vos; dadme asimismo fuerzas para triunfar de los deleites mas lisonjeros, y mas temibles todavía que los mismos tormentos. Un cristiano debiera preguntarse á menudo á sí mismo: lo que el mundo tiene de mas amable ó de mas terrible ¿podrá separarme de Jesucristo? Si para hacer una brillante fortuna no fuera menester mas que cometer un pecado secreto, ¿permaneceria yo fiel? Lo que su corazon le responda entonces, le hará conocer si ama á Dios. Si el corazon hubiera de hablar lo que siente, ¡oh, cuánto es de temer que Jesucristo reconoceria pocos siervos fieles! ¿hay necesidad de semejantes pruebas para descubrir la flaqueza de nuestro

amor? ¿por ventura no muestra bastantemente ser semejante á esos fuegos artificiales, que el menor soplo apaga, á esas flores tiernas y delicadas, que á la menor escarcha se marchitan y se queman? Nada mas ruin, nada mas débil que nuestro amor al Salvador: juzguémoslo por nuestra indiferencia, por nuestro poco respeto en el templo, por nuestra poca solicitud por agradarle; añadamos, por nuestra espantosa serenidad despues de haberle ofendido. Esto aturde y repugna á todo espíritu cristiano; esto parece increíble á los mismos bárbaros. Jesucristo posee y tiene en sí solo todas las calidades y perfecciones capaces de mover y ganar todos los corazones: Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Rey, nuestro Mediador, nuestro Salvador, nuestro Padre. Nosotros no ignoramos lo que ha hecho por nosotros; ¿no ha hecho bastante? ¡Ah, que por ganarnos y obligarnos á amarle, ha hecho mas de lo que podemos creer! ¡y con todo esto nosotros no amamos á Jesucristo!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XI, *pág*. 250.

MEDITACION.

SOBRE EL AMOR QUE DEBEMOS TENER Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa extraña que tengamos necesidad de qué se nos pruebe que debemos amar á Dios; y que haya sido necesario imponernos un precepto de amar á un Dios infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, y esto bajo las mas graves penas: pero lo que todavía pasma mas, lo que repugna á todo entendimiento que no ha perdido la razon, es que con todas estas razones tan convincentes que tenemos para amar á Dios; con este man-

damiento tan expreso y tan positivo de amar á nuestro Dios; con el conocimiento de todas las dichas y de todas las horribles penas que caerán sobre todos los que no hubieren amado á Dios; este Dios tan bueno, tan poderoso, tan justo, tan benéfico, no sea amado. Hé aquí una cosa que parece tan incomprensible como la misma eternidad. ¡Qué, hemos de conocer el sumo bien, la fuente de todos los bienes, el solo verdadero bien, y no le hemos de amar! Es preciso, Dios mio, que seais bien poco conocido, cuando tan pocas gentes os aman: es preciso que el corazon del hombre sea muy perverso, si, conociendo á Dios, no le ama. Si Dios no nos hubiese mandado expresamente que le amásemos, quizá se podria decir que el no sentir esta extrema ternura para con él es una especie de respeto que le tenemos. Pero pues nos permite, y aun nos manda que le amemos, ¿quién puede dejar de amarle? ¿qué cosa hay en todo el universo, en todas las criaturas existentes y posibles; qué cosa hay capaz de mover nuestro corazon, que no la posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, vosotras no sois en todos los objetos criados sino unas sombras muy imperfectas. Dios solo es grande hermoso, poderoso, bueno. En las criaturas las cualidades amables están divididas en diferentes sugetos, y regularmente están acompañadas de tantos defectos, que por lo comun no gustan sino de lejos: Dios solo tiene todas las perfecciones sin mezcla alguna que pueda desagradar. Cuanto mas de cerca se le ve, mas se le admira. No hay cosa en él que no te mueva y no te lleve á amarle. Entre los hombres la majestad inspira respeto; pero no siempre gana los corazones: en Dios su infinita grandeza le hace todavía mas amable. El entendimiento se pierde en este océano infinito de perfecciones puras é infinitas; pero el corazon del hombre encuentra en él su verdadera feli-

cidad. Así lo que hace la suma bienaventuranza de los predestinados en el cielo, es el ver á Dios y poseerle; de aquí nace aquel amor divino que llena de gozo, de dulzura, de paz y de inefables delicias á los hombres y á los ángeles. Se puede decir que los bienaventurados en el cielo no son sino entendimiento y corazon, para no conocer ni amar sino á Dios. ¡Oh, qué consuelo! ¡oh, y qué satisfaccion la que produce este amor! ¿Y porqué no comenzaremos desde esta vida á gustar la bienaventuranza de los santos, amando á Dios de todo corazon?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de las criaturas es una pasion inquieta y turbulenta, que hace al corazon esclavo, y le sujeta á otras mil pasiones; pero el amor de Dios es dulce y tranquilo, extingue las pasiones desordenadas, sacia el alma, y la pone en aquella dichosa libertad de que gozan los hijos de Dios. Por mas que hagamos, por mas amable y cabal que sea el objeto á que se aficiona nuestro corazon sobre la tierra, no es capaz de hacernos dichosos un solo momento. ¡Oh, y cuántos accidentes adversos, cuántas mudanzas no previstas, cuántos reveses, cuántos trastornos de cosas turban todos los dias nuestro reposo! El temor, ó por mejor decir, la seguridad de perderlos un dia nos sobresalta é inquieta continuamente. El amor de las criaturas es inseparable de la inquietud, del pesar y de la tristeza. Vos solo, Dios mio, que sois toda mi felicidad, vos solo podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. Ninguna aventura, ningun accidente, ningun poder enemigo puede robarme mi tesoro: no tengo que temer en un objeto tan amable, ni disgusto ni mudanza. Aun en la suposicion que se encuentre un objeto criado, digno de nuestro amor, ¿quién podrá asegurarnos que él nos juzgará dignos

del suyo? Este Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdeña de nuestro corazon, sino que se complace en él; gusta, por decirlo así, y quiere hacer de este corazon sus delicias: *deliciæ meæ esse cum filiis hominum.* Un nacimiento oscuro, un entendimiento mediano, una desgracia te hacen el desecho del mundo. Pero sabes que si amas á Dios, este Dios te mira con ojos de complacencia. Los grandes no hacen caso de tí; pero Dios te ama. Tus rivales, tus envidiosos te aborrecen; pero Dios te quiere: ¿y no amarás á tu Dios? ¿Qué sentimientos de reconocimiento y de amor no se excitarian en nuestro corazon, si supiésemos que el mayor rey del universo nos honraba con su amistad y benevolencia? Vos me amais, Dios mio; todas las cosas me lo dicen; todas me lo prueban; todas me lo demuestran; ¡y yo no os amaré á vos!

Estoy decidido, Dios mio: yo os amaré, Dios de mi corazon; y pongo por testigos al cielo y á la tierra de que no quiero vivir sino para amaros. Haced, Señor, que esta resolucion sea eficaz.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea. Salm. 17.
Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza.

Quid enim mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram, Deus cordis mei? Salm. 72.
¿Qué cosa hay en el cielo y en la tierra, Dios de mi corazon, que yo quiera y yo pueda amar fuera de vos?

PROPOSITOS.

1. Acuérdate que toda nuestra felicidad en este mundo y en el otro no consiste, propiamente hablando, en otra cosa sino en amar á Dios; que todos los ejercicios de piedad no sirven sino para



S. LÁZARO, O. Y M.

hacernos amar á Dios cada dia mas; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. Hé aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Excítate á este amor de Dios tierno y afectuoso; acostúmbrate á decir frecuentemente por el dia y por la noche: yo os amo, Dios mio. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados, si perdonas las ofensas, si das limosna, haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2. Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado; cuán infelices son los que no le aman, y cuán felices los que le aman. Convéncete bien que toda nuestra fortuna consiste en amar á Dios, y que sin este amor no somos nada, aunque fuésemos los primeros hombres del mundo: *sine charitate nihil sum.* Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante leccion: pídele á Dios su amor en todas tus oraciones; y en cada comunion dile á Jesucristo con san Pedro: *Señor, vos sabeis que os amo*: ó con san Agustin: *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo.* Finalmente, haz todos los dias esta bella peticion de san Ignacio: Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia, y soy bastante rico, y estoy contento.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Lázaro, aquel hombre de milagro, á quien Jesucristo llama su amigo, *Lazarus amicus noster*; y á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo: *Ecce quem amas,*

era originario de Betania, que era una aldea distante una legua corta de Jerusalen, residencia ordinaria de su familia, muy distinguida entre los judíos del país, ya fuese por los grandes bienes que poseia, ya por su nobleza y antigüedad. San Antonio dice que su padre se llamaba Siro, y su madre Eucaria, los cuales tuvieron tres hijos, Lázaro, que era el primogénito, y dos hijas, Marta y María. Habiendo muerto el padre y la madre, los hijos dividieron los bienes entre sí. Se dijo en la vida de santa Magdalena que Lázaro y Marta heredaron los que tenian en Betania y al rededor de Jerusalen, y que las tierras y el castillo de Mágdalo ó Magdelon, que estaban en la Galilea, fueron la herencia de María.

No se sabe á punto fijo el tiempo en que esta afortunada familia tuvo la dicha de conocer á Jesucristo por el Mesías tan ardientemente deseado y por tanto tiempo esperado; ni tampoco cuando empezaron á seguirle. Es muy probable que fué una de las primeras de Judea que descubrió este tesoro escondido; y que Lázaro que tenia una vida tan regular segun la ley, de quien, á causa de la pureza de sus costumbres, se podia decir lo que el Salvador dijo de Natanael, que era un verdadero israelita, en quien no habia dolo ni doblez; es probable, digo, que Lázaro, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, y esperaba la consolacion de Israel, apenas hubo oido hablar del Salvador, ó apenas le hubo visto, cuando se hizo su discípulo. Marta, que era una doncella muy ejemplar, siguió bien pronto el ejemplo y los consejos de su hermano; y si María no tuvo tan pronto parte en la misma dicha, reparó bien esta pérdida por su extremado amor y por la rigurosa penitencia, de que fué un pasmoso ejemplo en adelante.

Las instrucciones del Salvador hicieron maravillosas impresiones en el corazon y en el espíritu de Lázaro,

Encontrando esta divina palabra una tierra tan bien preparada, es decir, una alma casta y un corazon noble y generoso, produjo abundantísimos frutos. Derramando el Hijo de Dios con abundancia sus gracias sobre el hermano y la hermana, los hizo bien pronto dignos de su benevolencia y cariño. No pasaba ninguna vez por Betania Jesucristo, que no viniese á hospedarse en casa de este discípulo privilegiado. Las conversaciones familiares que tenia con el Salvador encendieron en su corazon un amor para con él de los mas ardientes y mas tiernos. La misma castidad que hacia de san Juan el discípulo amado, hacia de san Lázaro el amigo de corazon, sin que esta predileccion del Salvador causase los menores zelos entre los discípulos, ganando y previniendo á todo el mundo en su favor la mansedumbre, la humildad y la modestia de nuestro santo. Su casa servia de retiro al Salvador cuando predicaba en las inmediaciones, en la cual tomaba su refeccion, y dormia por la noche. El hermano y la hermana eran demasiado estimados del Salvador para no alcanzar la conversion de María, su hermana menor. Como esta moraba en su castillo de Magdelon en Galilea, no se habia aprovechado de las visitas de Jesucristo; por otra parte su vida licenciosa era un grande obstáculo para que la gracia obrase en su corazon: pero las oraciones de Lázaro y Marta consiguieron la conversion de una pecadora, en cuya salvacion estaban tan interesados. El Hijo de Dios oyó favorablemente sus afectuosas plegarias; y predicando en Betsaida y en Cafarnaum, pueblos vecinos al castillo de Magdelon, fué María á oirle, y se convirtió. Se sabe la generosidad y el ruido con que ella misma publicó su conversion; la que sin duda fué una de las mas insignes conquistas de la gracia. La amistad que tenia el Salvador con su hermano fué causa de la dicha de la hermana, la que desde aquel

punto dejó su tierra de Magdelon para vivir en casa de sus padres, donde tenia la dicha de ver mas á menudo al Salvador, y aprovecharse de sus santas instrucciones.

Hácia los principios del año treinta de Jesucristo cayó Lázaro peligrosamente enfermo en Betania. Sus dos hermanas, sobresaltadas á vista del peligro, hicieron saber al Salvador la enfermedad de su hermano por un expreso, el que no le dijo sino estas palabras de parte de entrambas : *Señor, mirad que el que amais está enfermo.* Jesucristo se contentó con responderles por el mismo mensajero, que la enfermedad de su hermano no debia darles cuidado, que no moriria de ella absolutamente, que Dios queria ser glorificado en ella, y que con motivo de esta enfermedad glorificaria el Señor maravillosamente á su Hijo. Esta respuesta serenó por algun tiempo á las dos hermanas; pero se sorprendieron mucho al ver que la enfermedad se aumentaba, y que no venia el soberano Médico. En efecto, el Salvador permaneció todavía dos dias en el lugar donde estaba, y no partió hasta que conoció que su amigo habia muerto. Entonces dijo á sus discípulos : Volvamos á Judea. Ellos le respondieron al punto : Señor, ¿cómo te atreves á volver tan pronto á un país donde hace tan poco tiempo que te querian apedrear? Nuestro amigo Lázaro duerme, replicó el Salvador, y quiero ir á despertarle. No comprendiendo los discípulos su pensamiento, le dijeron : Si duerme es buena señal, él escapará de esta enfermedad; imaginándose que hablaba del sueño ordinario, tan saludable á los enfermos; pero Jesucristo hablaba de la muerte de Lázaro. Entonces les dijo abiertamente : Lázaro ha muerto, y me alegro de no haberme encontrado en su casa antes que muriera, por tener ocasion de afirmaros en la fe con el mas estupendo milagro, del que vais á ser

testigos : vamos á verle en el estado en que está. Partió, pues, Jesus para Betania, y aparentó que no iba sino á cortas jornadas. Luego que estuvo cerca, vinieron á decirle que Lázaro habia ya muerto, y que ya habia cuatro dias que estaba enterrado. Como Betania no estaba lejos de Jerusalen, habian venido muchas personas de los alrededores á consolar á Marta y á María, y á llorar con ellas la muerte de su hermano. Pero ellas esperaban de otra parte su consuelo; solo Jesus podia enjugar sus lágrimas. En efecto, luego que supo Marta que venia, dejó prontamente á su hermana y á toda la visita para ir á recibirle; y al punto que le vió, le dijo llorando : Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero con todo no desespero de verle resucitado. Tu hermano resucitará, le dijo Jesus. Sé, replicó Marta, que resucitará en el último dia, cuando se obrará la resurreccion general. ¿No sabes, le dijo el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida? ¿dónde está tu fe? Ella, sin replicar, se fué corriendo á casa á avisar á su hermana la llegada de su divino Maestro, diciéndole al oido que habia llegado Jesus. María se levantó al punto, y se fué á encontrarle. Viéndola partir con tanta precipitacion los que habian ido á visitarla, la siguieron, creyendo que iba á llorar sobre la sepultura de su hermano. María encontró al Señor fuera del lugar, y arrojándose á sus piés, le dijo: ¡Ah, Señor! ¿dónde habeis estado? ¡qué falta nos habeis hecho! Si hubiérais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Dichas estas palabras, empezó á llorar, y los judíos que la acompañaban tampoco pudieron contener sus lágrimas.

Este triste espectáculo enterneció al Salvador de modo, que la emocion de su corazon se manifestó en el rostro. ¿Dónde le habeis enterrado? les dijo, queriendo con esta pregunta excitar mas su fe y su con-

fianza. Venid, Señor, respondieron las dos hermanas, venid á ver donde está enterrado. A estas palabras, no pudo el Salvador contener sus lágrimas; lo cual hizo decir á los judíos : Mirad cómo le amaba; y aun hubo algunos que dijeron : Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, y que hizo tantos milagros, ¿no podia haber hecho que Lázaro no muriese? Fué, pues, Jesus al sepulcro, que era una caverna en una roca, cubierta con una gran piedra. Su ternura no pudo menos de prorumpir en algunos suspiros; luego mandó que se quitara la piedra que cubria la sepultura. A este tiempo le dijo Marta que habia ya cuatro dias que estaba enterrado, y que no podia dejar de oler mal; á lo que respondió el Señor : No temas; ¿no te he dicho ya que si tienes fe verás la gloria de Dios? Se quitó, pues, la piedra; y entonces Jesucristo, levantando los ojos al cielo, dijo : Padre, gracias os doy porque me habeis oido; pues, aunque sé muy bien que siempre me ois, mas he dicho esto por los que están aquí presentes, para que crean que vos me habeis enviado, y para que su fe se avive y aumente. Despues de estas palabras dijo en voz muy alta : Lázaro, sal del sepulcro. Esta palabra volvió la vida y el movimiento al difunto, el cual se levantó, salió y empezó á andar; pero como todavía tenia atados los piés y las manos con las vendas, y el rostro cubierto con el sudario con que habia sido enterrado, mandó Jesus que le desataran y le quitaran el sudario. Un milagro tan portentoso llenó de admiracion á todos los que se hallaban presentes, los cuales levantaron las manos al cielo, exclamando cada uno : Este es el verdadero hijo de Dios; este es el Mesías prometido á los hombres. La fama de este prodigio llegó bien pronto á Jerusalen, y se extendió por toda la Judea con tanto mayor publicidad, cuanto Lázaro era hombre de representacion, y muy conocido en

toda la provincia. Su muerte habia hecho mucho ruido; pero su resurreccion dió todavía mas golpe. De todos los alrededores venian las gentes en tropas á ver esta prueba sensible de la venida del Messías. No se hablaba en todas partes de este nuevo Profeta sino con admiracion, y todo el mundo empezó á creer en él; lo cual excitó todavía mas contra él el odio en los escribas y fariseos.

Despues de este gran milagro, queriendo el Salvador evadirse de la multitud de gentes que acudian á él todos los dias, se retiró con sus discípulos á Efren, ciudad inmediata al desierto de Judea. Pero seis dias antes de la última pascua que celebró con sus discípulos, queriendo acercarse á Jerusalen, volvió á Betania, donde fué convidado á comer por uno de los mas ricos vecinos, llamado Simon. Lázaro fué uno de los convidados, y uno de los principales del convite; y como se hubiese esparcido por todo el país la llegada del Salvador á Betania, fueron allá muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de oir á Jesucristo, sino tambien por ver á Lázaro con sus propios ojos. Este hombre vuelto del otro mundo era un predicador que, sin hablar palabra, daba á conocer á todo el pueblo el poder y la santidad del que le habia dado segunda vez la vida. Sola su presencia daba tanto golpe en el corazon de muchas personas, que, convencidas de la verdad, renunciaban y se desengañaban de los errores de los saduceos, y daban de mano á las supersticiones judaicas. Nuestro santo, que era uno de los mas fieles y mas zelosos discípulos de Jesucristo, no contribuia poco á estas conversiones con sus exhortaciones y su presencia.

Los príncipes de los sacerdotes concibieron tanta rabia contra Lázaro, que, mirándole desde entonces como su enemigo, porque era el mayor amigo del Salvador, resolvieron deshacerse de él. Sin duda hu-

bieran ejecutado su pernicioso designio, si no hubiesen temido dar al Salvador ocasion de hacer un nuevo milagro que los confundiera y abochornara mas. Creyeron que era menester comenzar por hacer morir al que habia resucitado á Lázaro; y esto es lo que ejecutaron pocos dias despues.

El Evangelio no nos dice nada mas de nuestro santo. Es cierto que entre todos los discípulos de Jesucristo, fué san Lázaro uno de los que tuvieron mas parte asi en las humillaciones como en su gloria. La ternura con que el Salvador le amaba, y el amor que nuestro santo tenia al Salvador, el insigne beneficio que habia recibido de él, y su fidelidad constante en seguirle, le hicieron muy sensible á los dolores é ignominias de su muerte, como tambien a la gloria de su triunfo. Amándole san Lázaro tan extremadamente, no se duda que sería uno de los testigos ordinarios de sus apariciones despues de su resurreccion, y que recibiria el Espíritu Santo con los apóstoles y demás discípulos el dia de Pentecostés. Habiendo el furor de los judíos contra los discípulos de Jesucristo hecho morir á san Estéban el primero de los mártires, se excitó una furiosa persecucion contra todos los fieles, en la que fueron echados de Jerusalen, y la mayor parte precisados á salir de Judea; pero la rabia de los príncipes de los sacerdotes, y de todos los que ocupaban los primeros puestos entre los judíos, descargó con mas particularidad contra Lázaro y su familia. Ninguna cosa los confundia mas, ni probaba mas invenciblemente que habian quitado la vida al Mesías, al verdadero Hijo de Dios, que este hombre resucitado, mientras estuviese en vida. El hacerle morir era un delito que manifestaba su injusticia y su impiedad. Era Lázaro un hombre de calidad, irreprensible en sus costumbres, que no podia tener otro delito que el ser amigo de Jesucristo, y el

haber sido resucitado por medio del mas insigne milagro. Dejarle en la Judea era dejar una prueba viva de la divinidad del Salvador, y de su horrendo deicidio; y así tomaron el partido de hacer desaparecer á Lázaro y á sus hermanas, que durante la sublevacion del pueblo de Jerusalen contra los fieles se habian retirado á Jope, hoy Jafa, ciudad marítima, distante seis ó siete leguas de Jerusalen; y habiéndolos metido en una nave muy maltratada, sin timon, sin mástiles, sin pertrechos, con todos los fieles que se encontraron con ellos, los expusieron de esta suerte á un evidente naufragio. Esto nos dicen muchos antiguos manuscritos, fundados en una antigua y piadosa tradicion, como se dijo en la historia de la vida de santa Magdalena y de santa Marta.

La divina Providencia, que saca siempre su gloria de los designios mas siniestros y mas malignos de los enemigos de Jesucristo, permitió que esta nave aportase dichosamente á las costas de Marsella. Esta maravilla aturdió á aquellos pueblos gentiles, naturalmente corteses y tratables, y dispuso los espíritus para oir á unas gentes á quienes protegia el cielo de una manera tan visible. No se duda que los apóstoles consagraron obispos á la mayor parte de los discípulos de Jesucristo, antes de esparcirse por el universo; y sobre todo á Lázaro, como que era el mas ilustre y mas privilegiado de todos los discípulos. Luego que esta santa colonia de héroes cristianos desembarcó, anunciaron la fe de Jesucristo en aquella célebre ciudad, que despues de Roma era de las mas considerables del mundo seiscientos años habia. San Lázaro, que sabia bien que Dios le habia destinado para ser apóstol de ella, y su primer pastor, dió desde luego muestras de su zelo. Marsella era á la sazon muy célebre, no solo por su antigüedad, sino tambien por sus victorias, por su alianza con los Romanos

y por su academia. Las ciencias y las artes florecian en ella, y habia un gran número de personas hábiles, á quienes se confiaba la educacion de la juventud de todas las Galias y aun de Roma; lo que adquirió á Marsella el nombre de ciudad de las ciencias, y á los antiguos marselleses la gloria de haber civilizado casi toda la Galia, y haber aumentado y dado lustre á la religion. A esta ilustre ciudad fué á quien dió el Señor por primer obispo á san Lázaro, su grande amigo. El buen acogimiento que hacian á los extranjeros en ella, dió á nuestro santo toda la libertad de anunciar á sus habitantes las divinas verdades del Evangelio: oyéronle con gusto al principio, y muy pronto con admiracion: un aire noble y agraciado, unos modales suaves, afables y corteses; una religion tan pura, tan santa, tan racional; una moral que, reglando el corazon y el entendimiento, rectificaba la razon; una doctrina sostenida y confirmada con toda especie de milagros: todo esto hizo triunfar en breve la fe de Jesucristo, y convertirse á ella un prodigioso número de personas. San Lázaro veia aumentarse todos los dias su rebaño: su maravilloso zelo consiguió que en menos de un año se levantase la religion cristiana, y se fundase en todas partes sobre las ruinas del paganismo. Se vió cuánto contribuyeron á esta milagrosa obra santa Magdalena y santa Marta con sus palabras y sus ejemplos. El célebre templo de Diana, convertido con el tiempo en una iglesia con el título de Nuestra Señora la Mayor, que es la catedral, es un augusto monumento de este insigne triunfo del cristianismo sobre los paganos, y del prodigioso zelo de san Lázaro. En el siglo cuarto se creia ya que tenia treinta años cuando fué resucitado, y las actas de la iglesia de Marsella le dan treinta años de obispado, durante los cuales el santo obispo hizo un prodigioso número de conversiones, derribó

muchos templos dedicados á los falsos dioses, é hizo pedazos una pasmosa multitud de ídolos.

Se cree que fué en el imperio de Vespasiano cuando el procónsul, que habia sido enviado á Marsella por gobernador, infatuado de las supersticiones paganas, solicitado por los sacerdotes de los ídolos, rabiosos por ver su reputacion y sus rentas reducidas á nada despues que san Lázaro convirtió á la fe de Jesucristo una parte de la ciudad, mandó prender al santo obispo, y habiéndole hecho comparecer ante su tribunal, le echó en cara con un tono áspero todo lo que habia hecho contra la religion y el culto de los dioses del imperio. Despues, con un aire colérico y dominante, le dijo: Es preciso, ó que sacrifiques á nuestros dioses, ó que pierdas la vida en medio de los mayores suplicios. Por lo que mira al sacrificio, respondió el santo, no puedo ofrecerle sino al verdadero Dios; y tú, señor, tienes demasiadas luces para no ver que los que llamas tus dioses no merecen sacrificios: por lo que mira al último suplicio con que me amenazas, sé que no me puede suceder cosa mas dulce ni mas gloriosa que el dar la vida por aquel que me la volvió á dar á mí despues de haberla perdido, y que se dignó morir por mí para que yo viva eternamente. El prefecto, irritado con esta generosa respuesta, le hizo despedazar con látigos armados de puntas de hierro, con tanta crueldad, que su cuerpo quedó hecho todo una llaga. Acabado este cruel suplicio, le encerraron en un horrible calabozo: se creyó que este tormento le hubiera hecho negar la fe; pero habiéndole preguntado de nuevo el prefecto si permanecia todavía en su creencia, y habiéndole encontrado siempre mas inflexible, le hizo atar á un poste, y atravesar con una multitud de flechas; mas Dios le conservó la vida en medio de este suplicio. Cada llaga, dicen las actas de su martirio, era

una boca que publicaba la gloria y el poder de su Dios. Le aplicaron despues sobre el cuerpo planchas de hierro hechas ascuas : el tormento era espantoso; pero la constancia del santo no se disminuyó ni aflojó un punto. Finalmente, corrido el juez de verse vencido de la paciencia heróica del santo, mandó que le cortaran la cabeza, lo que se ejecutó el dia 17 de diciembre del año 76 de nuestro Señor Jesucristo, á los setenta y tres de su edad, y treinta de su obispado. Su cuerpo fué enterrado por los cristianos en una cueva con los ornamentos pontificales de que se servia en la celebracion de los divinos misterios. Se ve todavía el horrible calabozo donde fué encerrado en el célebre monasterio de religiosas de San Benito, llamado San Salvador, delante del cual está la plaza donde le cortaron la cabeza.

Se guarda con mucha veneracion en la iglesia catedral de Marsella la cabeza de san Lázaro en un relicario de plata sobredorado, que pasa por el mas rico y de mas bello gusto que hay en Francia. Se asegura que el año 957 el resto de sus reliquias se llevó á Autun por el obispo Vivaldo, en el reinado de Lotario, rey de Francia. Lo cierto es que se conserva en Marsella, en la misma caja donde está la preciosa cabeza, un escrito muy antiguo, hecho por un sacerdote que parece haber sido sacristan de esta iglesia, y firmado por dos testigos, en que afirman que, habiendo sabido que querian llevarse el cuerpo de san Lázaro, el sacerdote habia quitado secretamente la cabeza, y habia sustituido otra en su lugar. Este escrito, que se leyó durante la visita de la catedral que hizo monseñor Guillelmo de Veintimilla de Luco, entonces obispo de Marsella, y despues arzobispo de Paris, tiene todas las señales de autenticidad que se pueden desear en uno de los mas antiguos testimonios. Habiendo sido el obispado de Marsella bajo san

Lázaro, su primer obispo, la silla mas antigua, hubiera debido ser, al parecer, uno de los primeros de las Galias, si la Iglesia no hubiera seguido, por decirlo así, en la economía y distribucion de las sillas episcopales, el órden y distribucion de la magistratura romana. San Lázaro ha tenido ilustres sucesores, entre los cuales se cuentan veinte y uno reconocidos por santos. Las crueles persecuciones contra los fieles, que dieron á la Iglesia tantos millones de mártires desde el año 180 hasta el 306, han hecho perder el nombre de un gran número de ilustres prelados que gobernaron esta iglesia durante aquel largo intervalo. Sin embargo, se cuentan ciento y seis grandes obispos, que nos son conocidos desde san Lázaro hasta monseñor Enrique Francisco Javier de Belsunce de Castel Moron, que ocupó esta silla con tanta dignidad, y fué uno de los mas brillantes ornamentos del obispado, no tanto por la nobleza y fama de su nombre, cuanto por su zelo ardiente por la religion, por la efusion generosa de su inagotable caridad, por su eminente ciencia, y por la tierna piedad con que edificó á toda la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Eleuterópolis en Palestina, san Florian, san Colónico y cincuenta y ocho de los compañeros de entrambos, mártires, los cuales en tiempo del emperador Heraclio fueron muertos por los Sarracenos en odio de la fe de Jesucristo.

En Marsella de Francia, san Lázaro, obispo, aquel que, segun el Evangelio, fué resucitado por Jesucristo nuestro Señor.

En Roma, san Juan de Mata, fundador del órden de la Santísima Trinidad, de la Redencion de Cautivos, cuya fiesta se celebra el dia 8 de febrero, en virtud de un decreto del papa Inocencio XI.

En Bigarden, cerca de Bruselas, santa Vivina, vírgen, cuya brillante santidad es comprobada con frecuentes milagros.

En Constantinopla, santa Olimpiada, viuda.

En Anden en las Siete Iglesias, santa Bega, viuda, hermana de santa Gertrudis.

El mismo dia, la traslacion de san Ignacio, obispo y mártir, que fué el tercer sucesor del apóstol san Pedro en el gobierno de la iglesia de Antioquía. Su cuerpo, trasportado á Roma, donde habia padecido bajo Trajano, en Antioquía, fué depositado en el cementerio de la iglesia, fuera de la puerta de Dafné. En el dia de su fiesta san Juan Crisóstomo pronunció un discurso al pueblo. Con el tiempo fueron de nuevo trasportadas sus reliquias á Roma, y colocadas con la mayor veneracion en la iglesia de San Clemente, con el cuerpo de este bienaventurado papa mártir.

En Cunaud en Anjou, san Mezencelo, confesor, patron de Saugé en el mismo país.

En Guingamp en Bretaña, san Briaco, abad.

En Luxemburgo, la venerable Yolenda, hija de un conde de Vianes, en las Ardenas.

En Africa, los santos mártires Clemenciano, Masario y otros.

El propio dia, los santos mártires Dióscoro, Justiniano y otros cuatro.

En Inglaterra, santa Teta, abadesa.

En Fulda, san Esturmes, primer abad de aquel famoso monasterio, canonizado por Inocencio II.

La misa que se dice en honra de este santo es del comun de un mártir pontífice, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Lazarum Christi discipulum quatriduanum mortuum suscitatum, pontificio et martyrio decorasti;

O Dios, que, despues de haber resucitado á san Lázaro, discípulo de Jesucristo, muerto y enterrado cuatro dias habia,

concede nobis ejus meritis, à peccatis resurgere, et vita æterna gaudere. Per eumdem Dominum nostrum...

le honraste con el obispado y el martirio; concédenos por sus méritos que resucitemos de nuestros pecados, y gocemos de la vida eterna. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur: Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cùm conceperit, parit peccatum; peccatum vero cùm consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum, et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

« Santiago dirige su carta á todos los judíos con-
» vertidos á Jesucristo, que estaban fuera de la Judea

» en cualquier país que estuviesen, y por cualquier
» motivo que hubiesen ido. Las cartas de san Pablo
» son particularmente para los gentiles convertidos. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado el que sufre la tentacion; no el que se expone á ella. ¡Cosa extraña! se conviene, se ve que todo está lleno de lazos en el mundo: no se halla á cada paso otra cosa que precipicios: el enemigo de nuestra salvacion da vueltas sin cesar al rededor de la plaza para aprovecharse de todas las ocasiones de entrar en ella: se sabe que tiene inteligencias dentro de ella, y que su partido no es el menos fuerte: todos nos dicen que surcamos un mar fecundo en naufragios; sin embargo, como si no hubiese peligros, como si no hubiese enemigos, como si nos faltaran ocasiones de pecar, como si las tentaciones fuesen muy raras, nos exponemos con plena deliberacion á los mayores peligros, á los concursos mundanos, á conversaciones tiernas, á espectáculos profanos, donde el arte amontona y reune todo lo que hay mas capaz de tentar, donde todo se pone en práctica para envenenarnos: se corre á ellos con ansia; y se saldria de ellos con disgusto y con pesar, si á la vista de tantos objetos seductivos y perniciosos se hubiera estado sin sentir ninguna impresion. El espectáculo es un pasatiempo vacío y ocioso: es un agregado vivo y engañoso de todo lo que puede agradar: no tiene otro fin que el de encantar el espíritu y los sentidos por medio de mil embelesos, que el de enternecer el corazon y hacerle susceptible de todo lo que las pasiones tienen de mas fino y delicado. Ciertamente perderia el teatro todo lo que tiene de gustoso, de divertido, perderia todo su embeleso sin este delicioso artificio: se quiere que el espectáculo mueva; la escena está fria si no irrita alguna pasion; y cuando los actores

nos dejan inmobles, nos indignamos, porque no han sabido turbar nuestra tranquilidad, ni herir nuestra inocencia. Se ve en ellos una escuela de la indevocion y del vicio, adonde se corre con furor: por mas que se ponga cada leccion à un alto precio, nadie se queja del dinero que expende en ellos; pero si un pobre procura incitar la compasion, se dice que los tiempos son demasiado malos para dar limosna. Jamás falta para mantener el juego, ni con que pagar un aposento, ó un asiento en los espectáculos. Todo lo que envenena, todo lo que tienta, agrada y gusta; y despues de esto se atribuyen al demonio todas nuestras caidas, ¡ y con qué poca razon! nosotros mismos somos nuestros tentadores, y los autores de nuestras caidas.

El evangelio es del cap. 11 de san Juan.

In illo tempore: Erat quidam languens Lazarus à Bethania, de castello Mariæ, et Marthæ sororis ejus. (Maria autem erat, quæ unxit Dominum unguento, et extersit pedes ejus capillis suis: cujus frater Lazarus infirmabatur.) Miserunt ergo sorores ejus ad Dominum dicentes: Domine, ecce quem amas infirmatur. Audiens autem Jesus, dixit eis: Infirmitas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. Diligebat autem Jesus Martham et sororem ejus Mariam, et Lazarum. Ut ergo audivit quia infirmabatur, tunc quidem mansit in eodem loco duobus diebus. Maria ergo, cùm venisset ubi erat Jesus,

En aquel tiempo: Estaba enfermo un tal Lázaro, natural de Betania, patria de María, y de su hermana Marta. (María era aquella que ungió al Señor con ungüento, y le enjugó los piés con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.) Enviaron, pues, sus hermanas á decirle: Señor, mirad, aquel que amais está enfermo. Oido esto, dijo Jesus: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que por medio de ella sea el Hijo de Dios glorificado. Jesus amaba á Marta y á su hermana María, y à Lázaro. Luego, pues, que oyó que estaba enfermo, se detuvo en el mismo lugar por espacio de dos dias. Habiendo llegado, pues, María al lugar

videns eum, cecidit ad pedes ejus, et dicit ei: Domine, si fuisses hic, non esset mortuus frater meus. Jesus ergo, ut vidit eam plorantem, et judæos qui venerant cum ea plorantes, infremuit spiritu, et turbavit seipsum, et dixit: Ubi posuistis eum? Dicunt ei: Domine, veni, et vide; et lachrymatus est Jesus. Dixerunt ergo judæi: Ecce quomodo amabat eum. Quidam ex ipsis dixerunt: Non poterat hic qui aperuit oculos cæci nati, facere ut hic non moreretur? Jesus ergo rursum fremens in semetipso, venit ad monumentum. Erat autem spelunca: et lapis superpositus erat ei. Ait Jesus: Tollite lapidem. Dixit ei Martha, soror ejus qui mortuus fuerat: Domine, jam fœtet, quatriduanus est enim. Dicit ei Jesus: Nonne dixi tibi, quoniam si credideris, videbis gloriam Dei? Tulerunt ergo lapidem: Jesus autem, elevatis sursum oculis, dixit: Pater, gratias ago tibi quoniam audisti me. Ego autem sciebam quia semper me audis, sed propter populum, qui circumstat, dixi: ut credant quia tu me misisti. Hæc cùm dixisset, voce magna clamavit: Lazare, veni foras. Et statim prodiit qui fuerat mortuus, ligatus pedes, et manus institis, et facies illius sudario erat ligata. Dixit eis

donde estaba Jesus, y viéndole, se echó á sus piés, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Entonces Jesus, viéndola llorar, y á los judíos que habian venido con ella llorando tambien, se estremeció interiormente, y se turbó á sí mismo, y dijo: ¿En dónde le habeis puesto? Respondiéronle: Señor, ven y ve; y lloró Jesus. En vista de esto, dijeron los judíos: Mirad como le amaba; y algunos de ellos dijeron: ¿No podia este que abrió los ojos del ciego de nacimiento hacer que este no muriese? Pero Jesus, volviendo á estremecerse interiormente, llegó al sepulcro, que era una cueva, á la cual se habia puesto encima una piedra. Dijo Jesus: Quitad la piedra. Díjole Marta, hermana del difunto: Señor, ya huele mal, porque tiene cuatro dias. Respondióle Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra; y Jesus, levantando los ojos arriba, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oido: yo sabia que siempre me oyes; pero lo he dicho por causa del pueblo que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho estas cosas, gritó con una gran voz: Lázaro, sal afuera. É inmediatamente salió afuera el

Jesus: Solvite eum, et sinite abire. Multi ergo ex judæis, qui venerant ad Mariam, et Martham, et viderant quæ fecit Jesus, crediderunt in eum.

que habia sido muerto, atados los piés y las manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Díjoles Jesus: Desatadle, y dejadle que se vaya. Muchos, pues, de los judíos que habian venido con María y Marta, y habían visto lo que hizo Jesus, creyeron en él.

MEDITACION.

DE LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera los grandes motivos que tenemos para poner en Jesucristo toda nuestra confianza; es nuestro Dios, nuestro redentor, nuestro padre. Como nuestro Dios es omnipotente, nada le es difícil. Su providencia divina, infinitamente sabia, de todo cuida, todo lo gobierna, todo lo ordena á nuestra salvacion; no hay acontecimiento, no hay accidente que no haya previsto desde la eternidad, y que no lo permita como un medio para la salvacion, si se quiere hacer un buen uso de él. Como Jesucristo ninguna cosa desea tanto como nuestra salvacion, su sabiduría infinita regla y ordena todas las cosas á la utilidad y salvacion de los que le sirven: prosperidad, desgracias, riquezas, pobreza, honras, desprecios, salud, enfermedad, todo puede servir, todo contribuye para que los que aman á Dios obren su salvacion. Lázaro era amigo de Jesucristo, ¿qué tenia que temer? Su enfermedad bien puede ser mortal, todo el arte de los médicos, todos los remedios pueden serle inútiles; Jesucristo le ama, y esto basta; no importa que muera, el Señor sabrá resucitarle, si quiere que sobreviva. Así las hermanas de Lázaro no

le envían otro recado que este : Señor, el que amas está enfermo. ¡ Oh, si nosotros amáramos verdaderamente á Jesucristo, qué poco cuidado se nos daria, qué poco tendríamos que temer todos los accidentes de la vida! Pero Jesucristo no solamente es nuestro Dios; es tambien nuestro maestro. Se hizo hombre por nuestro amor; y nuestra redencion es la mayor obra que ha salido de sus manos. ¿Qué derecho no nos da á su bondad, á su misericordia, á sus liberalidades la cualidad de Redentor y de Salvador? ¿son menester otros motivos para inspirarnos una entera confianza en él? Parece que Jesucristo no nos pide sino esta confianza para oir nuestras súplicas, y para otorgarnos cuanto le pidamos : *Credite quia accipietis*; tened una entera confianza en mí, y seréis oidos. Pedid en mi nombre, y todo lo alcanzaréis de mi Padre. ¿No te he dicho que si crees, decia el Salvador á Marta, verás á Dios glorificado? Y en vista de esto, ¿estamos faltos de confianza?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Jesucristo no es solamente nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador; sino que es tambien nuestro buen pastor, nuestro tierno y amado padre. Repasa en tu imaginacion todos los nombres que toma, todas las comparaciones de que se sirve, sus parábolas, sus milagros; y en toda su vida mortal no hallarás cosa que no sea una prueba sensible del amor que nos tiene, y de la excesiva ternura con que nos mira. Yo soy el pastor bueno, dice; si alguna de mis ovejas se extravía, es tanto el gozo y la alegría que siento cuando la encuentro, que me tengo por bien indemnizado, por muy bien pagado de la pena que tuve al buscarla. Si san Pedro teme anegarse, al darle Jesucristo la mano no le echa en cara sino su poca confianza. ¡Qué bondad, qué cari-

dad, qué atencion á las necesidades de los que le siguen! *Misereor super turbas :* me compadezco de estas gentes, porque hace tres dias que no me dejan, y no tienen que comer, y no quiero despedirlas sin que primero hayan comido. Pero ¿qué milagros no hace para remediar sus necesidades? ¿qué significa la buena acogida, el gozo, el banquete del padre del hijo pródigo? haciendo Jesucristo el retrato de este buen padre, ¿no quiso hacer el suyo propio? En fin, su vida pobre, sus tormentos, su muerte de cruz, la institucion de los sacramentos, y sobre todo el gran milagro, el milagro insigne de su amor, la adorable Eucaristía, todo. nos excita á que confiemos en este buen Padre : todo grita contra nuestra desconfianza y nuestro poco amor para con un padre tan amable, que no cesa de excitar nuestra confianza por sus beneficios. ¿Y es posible que, despues de unas pruebas tan visibles de su omnipotencia, de su zelo ardiente por nuestra salvacion, del exceso de su amor, estemos todavía faltos de confianza?

No, amable Salvador mio, no me faltará esta virtud en toda mi vida; me avergüenzo de haber tenido tan poca confianza hasta aqui; y mi dolor va á hacer que de hoy en adelante sea mas viva mi confianza.

JACULATORIAS.

Dominus regit me, nihil mihi deerit. Salmo 22.
El Señor cuida de mi, jamás me faltará nada.

Etiam si occiderit me, in ipso sperabo. Job 13.
Aunque el Señor me hiciere morir, no dejaré de esperar en él.

PROPOSITOS.

1. ¿De dónde nace que tengamos tan poca confianza en Dios, siendo esta confianza el origen de la mas dulce tranquilidad, de los mas insignes beneficios, y

teniendo tan poderosos motivos para poner en el Señor toda nuestra confianza? Esto nace de que somos poco liberales para con él. No le damos sino con dolor, á medias y tarde lo que nos pide; siempre le negamos algo, y nuestra conciencia, que no sabe adularnos, nos echa en cara esta ruindad, y con esta justa reprension debilita en cierto modo nuestra confianza, y hace que no pidamos ni esperemos sino como temblando. No niegues á Jesucristo nada de cuanto te pida, y desde luego tendrás mucha confianza en él.

2. Dile muchas veces con la Iglesia: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* En vos, Señor, pongo toda mi confianza, no sea jamás confundido. Recurre con ternura á este divino Salvador en todos los accidentes de la vida. Siempre que veas á tu crucifijo, renueva tu confianza; siempre que comparezcas ante el Santísimo Sacramento, especialmente cuando comulgas, derrama afectuosamente tu corazon delante de este divino Salvador; nada le agrada mas; nada hace mas nuestro corazon que nuestra confianza. Haz á menudo esta deprecacion: *Credo, Domine, sed credam firmiùs. Spero, Domine, sed sperem securiùs. Amo, Domine, sed amem ardentiùs. Doleo, Domine, sed doleam vehementiùs.* Creo, Señor; pero haced que mi fe sea cada dia mayor. Espero en vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea cada dia mas firme. Yo os amo, Señor; haced que mi amor sea cada dia mas ardiente. Me pesa, Señor, de haberos ofendido; haced que mi contricion sea cada dia mas perfecta.

DIA DIEZ Y OCHO.

LA EXPECTACION DEL PARTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, QUE TAMBIEN SE LLAMA LA FIESTA DE LA O.

Se celebra en este dia en la iglesia de España, y en muchas iglesias de Francia, una fiesta particular en honra de la santísima Vírgen, que en España se llama la fiesta de la Expectacion del parto de la santísima Vírgen, y en Francia se llama la semana de preparacion, porque esta fiesta comienza ocho dias antes de Navidad, y continúa esta devocion todos los dias hasta el del sagrado parto de la santísima Vírgen; de suerte que esta fiesta es propiamente una octava antes de Navidad, destinada toda á prepararnos para el nacimiento del Salvador por medio de una devocion particular al parto de su santísima Madre.

Como la anunciacion de la Vírgen era á un mismo tiempo la encarnacion del Verbo y la concepcion de Jesucristo, se celebraba su fiesta en la iglesia desde los primeros tiempos el dia 25 de marzo con una solemnidad general; pero como esta fiesta caia algunas veces en la semana santa, aun en viernes santo, ó en la semana de Pascua, se hallaba no sé qué inconveniente en celebrar la encarnacion del Verbo en un tiempo que estaba destinado á solemnizar la triste memoria de su pasion y de su muerte, ó el triunfo de su resurreccion gloriosa. En el compendio de los cánones que compuso Harmenópulo se encuentra todavía una constitucion del patriarca Nicéforo, que dice que, si la fiesta de la Anunciacion cae en jueves ó viernes santo, se podrá sin escrúpulo comer de pescado y beber vino: *Non peccamus, si tunc vino et piscibus utamur.*

Este inconveniente obligó á los obispos del concilio décimo de Toledo, celebrado el año 656, á trasladar esta fiesta al 18 de diciembre, ocho dias antes de Navidad, como á un tiempo únicamente consagrado á celebrar la encarnacion del Hijo de Dios, y la divina maternidad de la santísima Vírgen. No pareciendo conveniente, dicen los padres de aquel concilio, celebrar la encarnacion del Verbo en un tiempo en que se solemnizan la fiesta de su muerte y de su resurreccion gloriosa, los padres juzgaron debian ordenar que ocho dias antes de Navidad se celebrara en España con toda la solemnidad posible la fiesta particular de la Madre de Dios, para que así como la fiesta de Navidad tiene una octava solemne, así tambien la fiesta de la Madre de Dios no careciese de esta santa solemnidad. ¿Por ventura, añaden los mismos padres, la encarnacion del Verbo no es una de las mayores fiestas de la Madre? La iglesia de España tuvo por conveniente trasladar esta fiesta de la maternidad divina de la santísima Vírgen á este dia, para darle una solemnidad perfecta, y una octava entera en tiempo de adviento, el que no es propiamente otra cosa que una continuada fiesta del misterio de la encarnacion y de la augusta maternidad de la Vírgen. Esta fiesta, dice el mencionado concilio, estaba ya establecida en España y en otros muchos reinos del orbe católico: *In multis namque ecclesiis, à nobis et spatio remotis, et terris, hic mos agnoscitur retineri.*

No obstante, habiendo juzgado despues la iglesia de España que era mas conveniente conformarse con la iglesia romana, que es la madre y maestra de todas las otras, y que siempre habia perseverado celebrando la fiesta de la Anunciacion el dia 25 de marzo, como que era el dia en que se habia obrado el misterio de la encarnacion, quiso sin embargo retener la fiesta de la Madre de Dios ocho dias antes de Navidad,

á la que desde entonces dió el nombre de la fiesta de la Expectacion del parto de la santísima Virgen. Aunque la Iglesia católica no haga otra fiesta de la Anunciacion fuera de la del 25 de marzo, sin embargo, la iglesia de Toledo celebra siempre las dos, la una á 25 de marzo, por conformarse con la iglesia romana, que es la madre y maestra de todas las otras iglesias, la otra á 18 de diciembre, ocho dias antes de Navidad, segun el establecimiento de la iglesia de Toledo, recibido despues por todas las iglesias de España, en donde esta fiesta se celebra con mucha pompa y devocion. Las palabras de este decreto son dignas de notarse: *Quamvis Annuntiationis beatæ Mariæ festum suum solùm nunc teneat, et octavo kalendas aprilis in universa Ecclesia catholica celebretur; Toletana tamen ecclesia utramque retinet solemnitatem, alteram mense martio, ut romanæ Ecclesiæ, quæ magistra omnium ecclesiarum, et mater est, sanctissimum institutum sequatur; alteram octavo ante natalem Domini die; tum quòd hæc solemnitas ab ipsa Toletana ecclesia instituta fuerit, et magna veneratione ab aliis ecclesiis suscepta, per universam Hispaniam hactenùs celebretur; tum verò*, etc.

San Ildefonso, sucesor de san Eugenio en la silla de la iglesia de Toledo, y uno de los mas devotos de la Madre de Dios, y muy zeloso de su culto, confirmó este establecimiento, y fué quien le dió el nombre de Expectacion del parto de la Virgen santísima, para dar á entender á los fieles que, aunque en todo el adviento deben pedir y desear fervorosamente con la Iglesia el nacimiento del Salvador, deben muy particularmente en estos ocho dias aumentar sus deseos, sus votos, sus ansias, sus suspiros por el sagrado parto de la santísima Virgen. El papa Gregorio XIII aprobó despues esta fiesta, la que bien pronto pasó á Francia y á otras partes, y se celebra todavía hoy con mucha magnificencia en muchas

iglesias. En España se celebra por ocho dias continuos, con no menos pompa que piedad. Se dice todos los dias una misa solemne por la mañana, á la cual todas las mujeres preñadas, de cualquiera calidad y condicion que sean, procuran asistir, y el no hacerlo se mira como una especie de irreligion; y asi puede decirse que son ocho dias de fiesta para ellas.

Esta fiesta de la Expectacion de la Vírgen se llama tambien la fiesta de la O, á causa de los grandes deseos que manifiesta la Iglesia durante estos ocho dias de ver nacer al Salvador del mundo, y por los ardientes votos que hace y explica por medio de antífonas particulares, que comienzan todas por la letra O: *O Sapientia, O Adonai, O radix Jesse, O clavis David, O Oriens splendor, O Rex gentium, O Emmanuel*; y que acaban todas con un *Veni*: Venid á enseñarnos el camino de la prudencia. Venid, Señor, á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. Venid, hijo de David, á ponernos en libertad, y no tardeis. Venid, llave de David y rey de Israel, y sacad de la cárcel á los que gimen en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Venid, luz del eterno dia, sol de justicia, y disipad las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formásteis de la tierra; finalmente, venid, Manuel, Dios grande, que quereis venir á habitar con nosotros, venid á salvarnos, pues sois nuestro Señor y nuestro Dios. Esto es lo que se llama las *Oes*, las que, como se ve, no son otra cosa sino unas cortas, pero ardientes súplicas, sacadas todas de los mas notables pasajes de la Escritura, por las cuales la Iglesia, entrando en el espíritu y en el sentido de los antiguos patriarcas, y de los mas santos profetas, manifiesta, á imitacion de estos santos personajes, los ardientes deseos que tiene de ver nacer de la santísima Vírgen aquel divino Salvador,

á quien Jacob llama la espéranza *ó expectacion de las naciones, y el deseo de los collados eternos* (1) : y el profeta Ageo le llama *el deseado de las naciones* (2). Esta misma expectacion hacia prorumpir á Isaías en estas expresiones que tienen, ó parecen tener tanto de entusiasmo : Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y hagan las nubes que el Justo baje como una lluvia; ábrase la tierra, y brote al Salvador, y nazca la justicia al mismo tiempo : *Rorate cœli desuper, et nubes pluant justum; aperiatur terra, et germinet Salvatorem.* ¡Ojalá rompieras los cielos, y bajaras! *Utinam disrumperes cœlos, et descenderes.* A imitacion de este hablan todos los otros profetas.

Si todos los santos del antiguo Testamento suspiraron con tanto ardor, con tanta ansia por el nacimiento del Salvador del mundo, ¿cuáles serian los deseos de la que este Señor habia escogido para ser su madre, sobre todo, cuando vió que se acercaba el tiempo de su dichoso parto? ¿cuál la santa impaciencia de esta divina madre durante los ocho dias que precedieron á su santo parto? ¡Con qué ardor, con qué ansia suspiraria por aquel feliz momento en que debia dar al mundo á su divino Salvador, su Dios, la alegría del universo, la esperanza de todas las naciones, y la salud de todos los hombres! Pues todo esto sabia era el fruto bendito de su vientre. No se duda que la santa Vírgen pasó todos estos ocho dias en transportes de amor, en los mas ardientes deseos y en una continuada contemplacion de las maravillas encerradas así en el misterio de la encarnacion, como en el del nacimiento del Mesías. Estos votos reiterados de la criatura mas santa, mas amada de Dios, estos deseos inflamados de la Hija muy amada de la santísima Trinidad, estas ansias amorosas de la inmaculada Madre del Verbo encarnado;

(1) Gen. 49. — (2) Agg. 2.

esta santa preparacion, esta expectacion entusiástica de su parto son el objeto de la fiesta de este dia, á la cual san Ildefonso dió el nombre de Expectacion, bajo cuyo nombre se celebra el dia de hoy.

En el dia del sagrado parto de la Madre de Dios, dice Gerson, fueron oidos los deseos de los patriarcas y profetas; este dichoso dia, añade el mismo, puede llamarse la primera y principal fiesta de la santísima Trinidad, pues es el dia de sus mas pasmosas maravillas: *Hodiè completa sunt omnia desideria. Hodiè primum est, et principale Trinitatis festum.*

Entremos en el sentido de esta fiesta; honremos los ardientes deseos de la Madre con unos afectuosos deseos de ver nacer al Hijo. La devocion à la santísima Vírgen es la mas eficaz preparacion para todas las fiestas del Salvador. El culto que damos á la Madre de Dios, atrae sobre nosotros las gracias de predileccion, que son tan necesarias para celebrar con fruto los mas santos misterios. Acordémonos, dice san Bernardo, de que así como no hay señal mas sensible de predestinacion que esta tierna y religiosa devocion á la santísima Vírgen, así tampoco hay socorro mas eficaz para la salvacion que el suyo. Busquemos la gracia, añade el mismo padre, y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca, y nunca deja de alcanzar lo que pide: *Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia quod quærit invenit, et frustrari non potest.* Esta obtuvo la reparacion de todo el mundo, esta es la que alcanzó la salud de todos los hombres; porque es constante que tuvo mucho cuidado de que se salvara todo el género humano. Pero si quereis agradar á María, concluye el mismo padre, de quien es cuanto vamos diciendo, si teneis una verdadera devocion á ella, manifestadla imitando su vida y sus virtudes: *Si Mariam diligitis, si vultis ei placere, æmulamini.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Filipos de Macedonia, la fiesta de san Rufo y de san Zósimo, mártires, que fueron del número de los discípulos por quienes la primitiva Iglesia fué fundada entre los Judíos y los Griegos. San Policarpo, en su carta á los Filipianos, habla tambien de su dichoso martirio.

En Laodicea de Siria, el martirio de san Teótimo y de san Basiliano.

En Africa, san Quinto, san Simplicio y otros, todos mártires, los que padecieron en la persecucion de Decio y de Valeriano.

En el mismo lugar, san Moisetes, mártir.

Tambien en Africa, san Victuro, san Víctor, san Victorino, san Adyutor, san Cuarto y otros treinta mártires.

En Mopsuesta de Cilicia, san Auxencio, obispo, el cual, siendo soldado bajo Licinio, quiso mas dejar el tahalí que ofrecer uvas á Baco. Habiendo sido consagrado obispo, murió en paz, lleno de merecimientos.

En Tours, san Gaciano, obispo, el que, habiendo sido hecho primer obispo de aquella ciudad por el papa san Fabiano, se durmió en el Señor, ilustre por sus muchos milagros.

En Champaña, san Flevo, conserje del palacio de Marcilly cerca de Troyes.

En San Vandrillo de Normandía, san Deseado, monje, hijo de san Vanengo, fundador de Fecamp.

En la diócesis de Metz, san Buelo, confesor.

En Africa, san Pompino, mártir, con san Artifas, san Cresto, san Salvador, santa Besa, santa Redúctula y otros muchos.

El propio dia, santa Afra, vírgen y mártir.

En Copeto en la Sigriana, cerca de Cizico, san Eubiotas, confesor bajo Maximino Daza.

En Etiopía, san Dequiso, confesor.
En Irlanda, san Flamiano, obispo.
En dicho lugar, san Muino, obispo.

La misa es en honra de la santísima Virgen, y la oracion la siguiente.

Deus, qui de beatæ Mariæ virginis utero, Verbum tuum, angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti; præsta supplicibus tuis, ut qui verè eam genitricem Dei credimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur. Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste que tu Verbo tomara carne de las entrañas de la bienaventurada vírgen María en el instante que el ángel se lo anunció; concédenos que, así como creemos que es verdaderamente madre de Dios, así tambien seamos ayudados cerca de vos por su intercesion. Por el mismo nuestro Señor...

La epístola es del cap. 7 del profeta Isaías.

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Achaz, dicens: Pete tibi signum à Domino Deo tuo in profundum inferni, sive in excelsum suprà. Et dixit Achaz: Non petam, et non tentabo Dominum. Et dixit: Audite ergo, domus David. Numquid parum vobis est molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo? Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce Virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum, et eligere bonum.

En aquellos dias: Habló el Señor á Achaz, diciendo: Pide al Señor tu Dios un portento del profundo del infierno, ó arriba en lo excelso. Y Achaz respondió: No le pediré, y no tentaré al Señor. Y dijo: Oid, pues, casa de David: ¿Por ventura es poco para vosotros el molestar á los hombres, sino que sois molestos tambien á mi Dios? Por esto el mismo Señor os dará un portento. Mirad, una vírgen concebirá y parirá un hijo, y se llamará su nombre Manuel. Comerá manteca y miel, para que sepa reprobar lo malo, y elegir lo bueno.

NOTA.

« Aunque todas las profecías del antiguo Testa-
» mento se refieren directa ó indirectamente al
» Mesías, se puede decir que las de Isaías, el primero
» de los cuatro profetas mayores, son todas de
» Jesucristo. En ellas se anuncia su encarnacion, su
» nacimiento, y toda la historia de su vida, de su
» pasion, de su muerte, de su resurreccion y de su
» gloria. No pudiendo el impío Manasés sufrir sus
» saludables reconvenciones, le hizo aserrar vivo
» con una sierra de madera el año 681 antes de
» Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Una vírgen concebirá y parirá un hijo, el cual se llamará Manuel. Un prodigio tan fuera de toda expectacion, y tan sobre las ideas del entendimiento humano, era preciso que fuese anunciado mucho tiempo antes, para disponer los espíritus y los corazones á no sorprenderse cuando sucediera. Todo es milagro en este incomprensible misterio. Una vírgen concibe y pare un hijo sin dejar de ser vírgen; y este hijo, que se llama Manuel, es un Dios, que al mismo tiempo es verdadero hombre, sin dejar de ser Dios; y este hombre Dios se digna por una bondad infinita tener sus delicias en habitar con los hombres; el espíritu humano se pierde en este océano de maravillas, todas las mas incomprensibles; pero ¿por ventura es menor maravilla el que todos estos milagros hechos en favor del hombre hagan tan poca impresion en su corazon? Dios hace anunciar estos admirables misterios setecientos años antes que sucedan, para disponer los espíritus á un acontecimiento tan inaudito. Una vírgen concibe, lo cual no puede ser sino obra del Espíritu Santo. Esta vírgen pare un

hijo, sin que su virginidad padezca detrimento. Los prodigios sucedidos en el nacimiento de este hijo dan demasiado golpe para no descubrir en este niño todas las señales del Mesías. Todos estos sucesos maravillosos se predicen y anuncian siete ú ocho siglos antes que sucedan; la omnipotencia divina, el exceso del amor de Dios para con los hombres; la excelencia, la eminente santidad, y las admirables prerogativas de una madre vírgen, nunca parecieron, ni se hicieron conocer mas sensiblemente; este gran misterio jamás se manifestó mas claramente. Si las humillaciones espantosas del Verbo divino son un gran motivo de admiracion; la sublime elevacion de María á la augusta cualidad de madre de Dios, no nos descubre menores maravillas. Una vírgen concibe en tiempo al mismo hijo que Dios padre engendró ante todos los siglos. María es propia y natural madre de Dios; y por esta divina maternidad tiene dominio sobre su Dios, y Dios está sujeto á María. *Yo fructifiqué: Utrinque stupor, utrinque miraculum*, exclama san Bernardo: dos grandes prodigios; un Dios con obligaciones para con María, como los demás hijos naturales la tienen para con sus madres; María posee, respecto de este hombre Dios, todos los derechos que tiene una madre sobre su hijo, y todos los bienes, por decirlo así, de este hijo, como corresponde á una madre. No nos pasmemos despues de esto, si oimos decir á san Agustin, que entre las puras criaturas ninguna es igual á María. Rica con los bienes de su Hijo, inferior á solo Dios, será siempre superior á los magníficos elogios de los ángeles y de los hombres: *Quidquid humanis potest dici verbis, minus est à laude Virginis.*

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas, y el mismo que el dia x, *pág.* 230.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DE LA EXPECTACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles serian los transportes de amor, cuáles los ardientes deseos, cuál la santa impaciencia, cuál la expectacion de la santísima Vírgen durante los nueve meses de su preñado; pero sobre todo, los ocho dias postreros. ¡Con qué amorosa inquietud suspiraria por aquel dichoso momento en que su Dios, su Salvador, y su querido hijo debia nacer! ¡qué pasion, qué ansia por abrazarle, por adorarle y hacerle todos los obsequios correspondientes á tal hijo! Seria necesario poder comprender cuál era la medida y el exceso de su amor á este querido hijo, para poder concebir cuáles fueron los ardientes deseos y los transportes de amor de esta feliz madre, durante la expectacion de aquellos ocho dias. Juntemos nuestros deseos con los suyos; unamos nuestra expectacion con la suya, pues no puede haber preparacion mas saludable para nosotros, ni mas grata á Dios. Pero para que sea eficaz, avivemos mas y mas nuestra ternura, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestra religiosa devocion para con la Madre de Dios. Ella es á quien despues de Dios somos deudores, por decirlo así, del Salvador que debe nacer; manifestémosle por medio de nuestra tierna devocion nuestro reconocimiento; puede decirse que esta Señora nunca fué mas liberal para con sus siervos, que en este tiempo. Se sabe que solo Jesucristo redimió al mundo con su sangre; pero no se puede ignorar que la sangre que derramó se formó de la sustancia de María, y por consiguiente que María suministró, ofreció y entregó por nosotros

la sangre que sirvió para nuestro rescate. Esto es en lo que se funda la Iglesia para darle el título de Mediadora y Reparadora de los hombres. María tiene mucha parte y mucho interés en nuestra salvacion para mirar á sangre fria nuestra perdicion. ¡Cuál debe ser, pues, nuestra devocion á la Madre de Dios, la cual es al mismo tiempo madre nuestra! ¡qué culto mas religioso! ¡y cuál debe ser nuestra confianza! María es para nosotros una fuente de vida; es nuestro consuelo en este triste desierto; es nuestra esperanza en medio de todos los peligros; mal que le pese á la herejía, la Iglesia la llamará siempre, la saludará y la invocará bajo todos estos augustos y dulces títulos: *Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nadie fué elevado jamás á un tan eminente honor, como es el de ser madre de Dios. María comprendió la grandeza y el precio de este favor infinito, pero siempre refiriéndolo á Dios, y no á sí: jamás le vino á la imaginacion el que ella tuviese alguna parte en esta elevacion; toda la gloria de esta obra, toda la honra la atribuyó y la refirió únicamente á Dios: *Magnificat anima mea Dominum*; mi alma ensalza al Señor. Esta Señora no se regocijó en sí, ni por sí, sino únicamente en Dios y por Dios: *et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Bella leccion para nosotros que corrompemos la mayor parte de los favores que Dios nos hace por un secreto engreimiento de corazon, y por una secreta complacencia en nuestra propia excelencia. Un orgullo sordo y secreto corrompe todas nuestras mejores obras. La santísima Vírgen conoce que Dios ha hecho en ella grandes cosas; y sin embargo no concibe una alta idea de su propia grandeza, sino que publica que Dios solo es propiamente grande, poderoso y santo: *fecit mihi*

magna qui potens est, et sanctum nomen ejus. Cuanto mas ensalzada se ve por su augusta dignidad de madre de Dios, tanto mas se humilla. Ninguna pura criatura es capaz de ser mas honrada, ni mas digna de nuestro culto; pero ninguna en medio de esto es mas humilde. ¡Cuándo nos aprovecharemos, Dios mio, de un ejemplo tan grande, los que no tenemos nada que no nos predique la humildad! En ningun tiempo se mostraron mas brillantes y con mayor perfeccion las virtudes de María que en estos dias de expectacion; cuanto mas se acercaba al objeto y colmo de sus deseos, tanto mas se encendia su amor, tanto mas sensible era su ternura para con su divino Hijo. ¿Quién es capaz de comprender todos los actos de virtudes que practicó esta Señora en el grado mas heróico en estos ocho dias últimos, todas las obras de la mas eminente santidad en que se ejercitó, todos los transportes del mas puro y mas ardiente amor en que se abrasó?

Dignaos, Vírgen santísima, arrojar á mi alma una pavesa de ese divino fuego; dignaos alcanzarme de vuestro divino Hijo las virtudes que me son necesarias para celebrar su nacimiento, y para agradar en todo y por todo á la Madre y al Hijo.

JACULATORIAS.

Ora pro nobis, sancta Dei genitrix: ut digni efficiamur promissionibus Christi. La Iglesia.

Dignaos rogar por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo.

Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus. Salm. 41.

Así como el ciervo sediento busca las aguas de una fuente, así mi alma suspira por el dichoso momento de vuestro nacimiento, Dios mio, y fuente de todo consuelo.

PROPOSITOS.

1. La Vírgen santísima no solo es nuestra reina en calidad de madre de Dios, sino tambien nuestra abogada, nuestro refugio, nuestra tierna madre, y nuestra poderosa mediadora para con su querido Hijo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Nuestro culto religioso y nuestra devocion le son muy agradables, especialmente en estos dias privilegiados, en que la Iglesia, avivando sus deseos, aumenta sus peticiones, y se dirige tambien con mas frecuencia á la santísima Vírgen, pidiendo y solicitando sin cesar su intercesion y su socorro. Aviva tú tambien tu devocion, honra en este dia y en los siguientes los deseos y las piadosas ansias de esta divina Madre: no dejes de asistir todos los dias á la *salve* que se canta á honra suya. Aumenta tus limosnas y tus buenas obras; y no dejes de pasar todas las tardes orando y rezando, siquiera media hora, ante el Santísimo Sacramento.

2. Confiesa y comulga en estos ocho dias mas á menudo de lo que sueles; pásalos en una especie de retiro interior, ó por lo menos con mas recogimiento; es un ejercicio de religion muy útil rezar nueve *Ave Marías* cada dia, y otras tantas veces el salmo *Laudate Dominum, omnes gentes...* en honra de los nueve meses que estuvo en cinta la santísima Vírgen, y tres veces la oracion siguiente:

Alma Redemptoris mater, quæ pervia cœli porta manes, et stella maris, succurre cadenti, surgere qui curat, populo, tu quæ genuisti, natura mirante, tuum sanctum Genitorem: Virgo priùs ac posteriùs, Gabrielis ab ore sumens illud Ave, peccatorum miserere.

« Bienaventurada madre del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, astro hermoso, que sirves de guia á los que navegan en el mar borrascoso de este mundo, socorre á los que caidos en pecado desean

ardientemente salir de él; tú que con pasmo de toda la naturaleza concebiste y pariste á tu Criador: Vírgen santa, vírgen antes y despues del parto, recibiendo la salutacion del ángel Gabriel, compadécete de los pecadores que acuden á tí como su refugio.»

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN TIMOTEO Y SANTA MAURA SU MUJER, MÁRTIRES.

El fuego de la persecucion que encendió Diocleciano contra los cristianos no se apagó con la muerte de este emperador, especialmente en el Oriente. Galerio Maximiano, yerno de Diocleciano, hecho dueño solo y absoluto de una parte del mundo, y Maximino, por sobrenombre Daca, sobrino del emperador Galerio, creado césar en el Oriente el año 304, continuaron con mas furor la persecucion contra los cristianos, y ejecutaron en ellos crueldades nunca oidas. Entre aquel gran número de mártires se distinguieron san Timoteo y santa Maura, su mujer, así por su magnanimidad, como por su constancia verdaderamente cristiana.

Timoteo era de una aldea llamada Pérape en la Tebaida. Era cristiano, de una probidad tan exacta, y de una piedad tan ejemplar, que su obispo le ordenó de lector. Aunque este órden no obligaba á permanecer en el celibato, sin embargo pedia una pureza de costumbres y una regularidad poco comunes. Timoteo tenia la una y la otra en muy alto grado; su zelo por la religion correspondia á su piedad y á su inocencia; y la estimacion universal en que estaba, hacia el elogio de su eminente virtud y de su extraordinario mérito.

Como la Iglesia en todos tiempos ha dejado á los lectores la libertad de casarse, Timoteo se casó con una doncella cristiana, llamada Maura, de edad de diez y siete años, muy discreta, y de un espíritu muy superior, pero que todavía no tenia sino una devocion muy mediana. No hacia sino tres semanas que se habian casado, cuando el gobernador de la provincia, llamado Arriano, llegó á Pérape, y habiendo mandado que se hiciese una averiguacion exacta de quiénes eran cristianos, desde luego fué puesto Timoteo á la cabeza de la tropa escogida de los cristianos. Fué preso, y le llevaron á un horroroso calabozo. No habia faltado quien soplase al gobernador lo que era nuestro santo, pintándosele como el cristiano mas zeloso de toda la aldea, y como el mayor enemigo que tenian los dioses del imperio.

Habiendo Arriano dado órden que se le trajesen, comenzó preguntándole por su estado, su religion, su empleo y su edad. Soy cristiano, respondió Timoteo; y esta es toda mi nobleza, toda mi gloria y todas mis riquezas : mi empleo es tener la honra de leer públicamente la sagrada Escritura á mis hermanos. Me parece, replicó el juez, que no sabes las terribles órdenes del emperador contra los que no sacrifican á los ídolos. Las sé, respondió Timoteo; sé tambien que es menester disponerse á acabar su vida en los mas horribles tormentos, si se rehusa ofrecer estos sacrílegos sacrificios; y así, señor, desde luego estoy pronto á dar mi vida y mi sangre antes que cometer semejante impiedad. Una respuesta tan generosa, dada con un aire constante y determinado, aturdió al gobernador, pero no le suavizó; antes bien pareció irritarse mas con ella, y así, mostrando un semblante áspero y amenazador, le dijo : Pues estás resuelto á acabar tu vida en los tormentos, bien pronto quedarás satisfecho, y veremos si hablas tan

alto en medio de los suplicios. ¿No ves estos horribles instrumentos? Los veo, replicó el santo; pero tú no ves los ángeles del Dios omnipotente, que están al rededor de mí, para alentarme y fortalecerme en los suplicios. Arriano le pidió sus libros, sin duda para quemarlos; pero el santo le respondió, sonriéndose, que sus libros eran sus hijos, y que era preciso que un padre fuese muy inhumano para entregar sus hijos al último suplicio. Irritado el juez con una respuesta tan generosa, le hizo meter dentro de las orejas hierros hechos ascuas, cuyo efecto fué tan violento, que le hicieron saltar los ojos de la cabeza. San Timoteo sufrió este horrible tormento con una paciencia heróica.

Como el santo no cesaba de alabar á Dios y publicar sus maravillas, el tirano le hizo colgar por los piés de un poste, con una gran piedra atada al cuello, y una mordaza en la boca para que no pudiese hablar. Como su paciencia en un estado tan doloroso causaba admiracion á todos, no faltó quien dijese al juez que hacia poco que se habia casado, y que, pues nada se conseguia con los tormentos, era menester emplear para vencerle ó traerle á su partido la ternura que no podia menos de tener á su mujer.

Arriano la hizo venir, y empezó á intimidarla, diciendo que no habia otro medio de salvar á su marido que obligarle á sacrificar á los dioses, aunque no fuese mas que en la apariencia. Para esto véte á tu casa, ponte tus mas ricas y vistosas galas, componte con todo arte, no perdones á joyas ni á perfumes, y cuenta, si es menester, con mi bolsillo. Maura, que á mas de ser jóven estaba todavía débil en la fe, y amaba á su marido ciegamente, consintió en todo. Se fué á casa, se puso el vestido de novia, y habiéndose compuesto y ataviado con todo lo que es capaz de inspirar el arte, ayudado de la pasion de agradar, en

este estado entró en el lugar del suplicio. Quedó casi pasmada de dolor al ver el lastimoso estado en que estaba su marido, y aunque se acercó á él, no pudo hablarle al principio sino con sollozos y lágrimas; pero apenas se recobró de este exceso de dolor, le dijo todo lo que pudo imaginar mas capaz de enternecerle, y todo lo que la pasion puede inspirar de mas halagüeño y mas tierno para seducirle y vencerle. Consiguió que se le quitase la mordaza para que pudiese responder; pero el primer uso que hizo Timoteo de la libertad que le daban de hablar, no fué sino para suplicar á Poicilo, que era el presbítero de la aldea, y que se hallaba presente, que le pusiera un pañuelo en las narices para no verse precisado á percibir el olor de muerte que salia de los vestidos perfumados de su mujer; queriendo dar á entender con esto cuánto aborrecia y condenaba, asi el lujo enteramente pagano de su mujer, como su impío y pernicioso designio. Entre tanto, prosiguiendo ella en ver si podia ablandarle con sus lágrimas y ruegos, y obligarle á condescender con lo que queria el gobernador, el marido fiel santificó á la mujer infiel, ó á lo menos vacilante en la fe. Para lo cual, dirigiendo á ella la palabra, le dijo con un tono tierno, pero patético: Maura, esa que oigo hablar de este modo ¿es una mujer cristiana, ó una mujer pagana? ¿qué se hicieron aquellos sentimientos tan cristianos? ¿dónde está aquella fe en que fuiste criada? En lugar de alentarme á que padezca por la fe de Jesucristo unos tormentos de algunas horas, que deben ser seguidos de una eterna felicidad, ¿me exhortas á que prefiera una vida de algunos dias á una eterna felicidad, con la cierta ciencia de haber de padecer despues una eternidad de suplicios? ¿no me has de amar con ternura sino para perderme? ¿no te has casado conmigo sino para ser mi tentacion? Eres cristiana como yo; ¿porqué no has de ser tambien fiel?

Mientras que el santo hablaba al oido de Maura, la gracia obraba vivamente en su corazon. Movida de una reconvencion tan justa, y penetrada de un vivo dolor y arrepentimiento de su infidelidad, se puso de rodillas hecha un mar de lágrimas; y levantando las manos y los ojos al cielo, pidió á Jesucristo que le perdonara su media apostasía. Luego, encarándose con su esposo, le dijo: Amado esposo mio, perdóname mi cobardía, mi impiedad y mi flaqueza; bien lejos de aconsejarte que obedezcas al juez para eximirte de los tormentos te exhorto á que sufras por Jesucristo los mas terribles suplicios; demasiado feliz seria yo si pudiese reparar mi falta con mi muerte, y lograr tener parte contigo en la corona del martirio. Pero ¿qué debo hacer, y qué me aconsejas que haga?

San Timoteo, que al oir la generosidad con que le hablaba su mujer no podia contener el gozo, le dijo: Querida Maura, el consuelo que me procuras dar con tu conversion me hace que olvide todas mis penas. Demos gracias á Dios por el favor que nos hace, y no cesemos de publicar sus misericordias; pero no hay que perder tiempo. Anda, querida, á reparar ahora mismo tu falta ante aquel que te incitó á que la cometieras; y dile que tan lejos estás de solicitar á tu marido para que niegue su fe, que tú misma estás pronta á padecer y sufrir como él todos los suplicios que es capaz de inventar su crueldad. Una proposicion como esta espantó á nuestra santa, la que respondió á su marido: Soy jóven, como tú ves, y temo que no he de poder sufrir el rostro de un juez enojado, ni el rigor de los tormentos. San Timoteo la exhortó á poner toda su confianza en Jesucristo, el que no dejaria de asistirla y de hacerle fáciles todas las cosas con su gracia; y dirigió al mismo tiempo su oracion á Dios, para que les diese á entrambos fuerzas para vencer á los enemigos de su nombre.

Esta oracion encendió de tal suerte el fuego del Espíritu Santo en el corazon de Maura, que intrépida fué á presentarse al gobernador, y decirle el pesar que tenia de haber deferido á sus sentimientos, y la resolucion en que estaba de padecerlo todo antes que dejar de ser cristiana.

Sorprendido el juez al ver una mudanza tan inesperada, no dejó de atribuirla á encanto y arte mágica de Timoteo, segun la prevencion ridícula de todos los paganos; y así le dijo : No dejo de conocer el sortilegio que hay en esta tu frenética resolucion. Créeme, hija mia, y escarmienta en cabeza de tu marido; si él quisiere ser insensato, haz que su misma insensatez produzca en ti dictámenes de prudencia y de cordura; déjale perecer en su supersticioso capricho. Yo te tengo prevenido un nuevo marido; este es uno de mis principales oficiales, que te hará feliz, haciéndote por su calidad y por su empleo una de las mas grandes señoras. Maura se burló de esta propuesta; y le dijo con un tono muy resuelto, que ella no tendria ya otro esposo que á Jesucristo, el cual solo seria para ella todas las cosas. Irritado Arriano con una respuesta tan generosa, hizo que le arrancaran allí mismo sus muy hermosos cabellos. Durante este tormento se oía á la santa que bendecia á Dios porque la purificaba de las vanas complacencias que podia haber tenido en ellos, y de los pecados que habia podido hacer cometer á los otros con este adorno superfluo. El juez, mas colérico con esto, hizo que le cortaran los dedos, y la santa dió tambien gracias á Dios, porque por medio de este nuevo suplicio tan doloroso esperaba que le perdonaria el mal uso que habia hecho de sus dedos para componerse con tanto artificio. Aturdido Arriano, y todavía mas irritado al ver una constancia tan poco esperada, la hizo meter en una caldera de agua hir-

viendo; pero Dios, con un milagro bien visible, detuvo el efecto de esta agua, de suerte que la santa se encontró en ella como en un baño muy templado, que tambien le servia para purificar todos los pecados de su vida pasada.

El juez pareció admirarse de este prodigio, el que no contribuyó poco á su conversion, que sucedió pocos dias despues. Pareció tambien estar resuelto á dejar ir en paz á la santa; pero temiendo que su benignidad se la imputarian á delito, hizo aplicar al cuerpo de la santa un fuego compuesto de azufre y pez, que causaba horror á todos los asistentes; pero la santa se burlaba de este suplicio no menos que de los precedentes. Despechado Arriano de verse vencido por la constancia milagrosa de una jóven de diez y siete años, condenó á los dos santos mártires á ser crucificados, y á espirar en este horrible suplicio.

Al tiempo que la llevaban al lugar de la ejecucion, se arrojó sobre ella su madre hecha un mar de lágrimas y dando muchos gritos: todos se enternecieron á la vista de este espectáculo, solo la santa se mostró insensible; y habiéndose soltado de los brazos de su madre, corrió á la cruz que le estaba aparejada. El juez tuvo la crueldad de mandar que dejaran al marido y á la mujer pendientes uno enfrente de otro, sin quitarles la vida de pronto, á fin de prolongarles el suplicio, y de aumentar la violencia de la muerte con la lentitud. Permanecieron vivos en este estado por algunos dias, alabando á Dios sin cesar, y fortaleciéndose el uno al otro con sus recíprocas exhortaciones.

Las actas del martirio de estos santos dicen que santa Maura tuvo en este tiempo una vision, en que se le mostró en el cielo un trono muy alto con una corona para ella, y un poco mas arriba otro trono para su marido. Como ella preguntase por qué estos dos tronos estaban separados uno de otro, se le respon-

dió que, como despues de Dios se debia su conversion al zelo, á los buenos ejemplos y á las oraciones de su marido, era justo que los puestos y las coronas fuesen tambien diferentes. Antes de entregar el espíritu esta heroína cristiana exhortó á todos los que estaban presentes á poner toda su confianza en Dios, á no pensar sino en el negocio importante de su salvacion, y á no hacer aprecio sino de los bienes de la otra vida. Estos dos ilustres mártires terminaron su gloriosa carrera el dia 19 de diciembre, á principios del cuarto siglo.

La fiesta de estos santos mártires es todavía muy célebre entre los Griegos, que han hecho pasar la celebridad de su culto hasta los Moscovitas, y otros pueblos que siguen sus ritos. Se ve en Constantinopla, en el palacio de Justino, en el cuartel de Pera, ó de los Sicos, una magnífica iglesia bajo su invocacion, lo que hace creer que quizá se trasladaron sus reliquias á aquella ciudad.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría de Egipto, san Nemesion, mártir, quien, habiendo sido calumniosamente acusado de ladron, compareció ante el juez. Justificóse de este crímen; mas luego tuvo que comparecer como cristiano ante el juez Emiliano, en la persecucion de Decio. El juez le mandó atormentar dos veces, condenándole definitivamente á ser quemado con unos ladrones: asi presentó la imágen del Salvador que fué crucificado en medio de dos ladrones.

En Nicea, san Dario, san Zósimo, san Paulo y san Segundo, mártires.

En Nicomedia, san Ciriaco, san Paulillo, san Segundo, san Anastasio, san Sindimo y sus compañeros, mártires.

En la Mauritania, san Timoteo, diácono, quien,

despues de una dura cárcel, consumó su martirio en medio de las llamas por la fe de Jesucristo.

En Gazara de Palestina, el martirio de santa Meuris y de santa Tea.

En Auxerre, san Gregorio, obispo y confesor.

En Orleans, san Avito, abad, ilustre por el don de profecía.

En Roma, santa Fausta, madre de santa Anastasia, ilustre por su nobleza y piedad.

En San Claudio en el Franco Condado, san Ribero, monje.

En Sens, san Honou, obispo.

El propio dia, san Mengors, conde de Gueldres.

En Aviñon, el venerable Urbano V, papa.

En la Mauritania, san Timoleon, mártir.

En Cartago, el niño san Nemesiano, celebrado por san Agustin.

En Heidenheim en el Palatinado de Baviera, san Gombando, primer abad de aquel lugar.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente.

Sanctorum martyrum tuorum Timothei et Mauræ nos, Domine, foveant continuata præsidia; quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari. Per Dominum...

Señor, haced que seamos ayudados por la continua asistencia de vuestros santos mártires Timoteo y Maura; porque no dejais de mirar favorablemente á los que concedeis tales socorros. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 1 de la del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Non erubesco evangelium. Virtus enim Dei est in salutem omni credenti, judæo primùm, et græco. Justitia enim Dei in eo revelatur ex fide in

Hermanos: Yo no tengo vergüenza del Evangelio. Porque es la virtud de Dios para dar salud á todo el que cree, primero al judio, y despues al

fidem : sicut scriptum est : Justus autem ex fide vivit. Revelatur enim ira Dei de cœlo super omnem impietatem, et injustitiam hominum eorum, qui veritatem Dei in injustitia detinent.

griego. Porque la justicia de Dios se manifiesta por él de fe en fe, como está escrito : El justo vive de la fe. Porque la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad é injusticia de aquellos hombres que retienen la verdad de Dios en la injusticia.

NOTA.

« El designio de san Pablo en esta epístola es hacer » cesar ciertas divisiones domésticas, que los falsos » profetas habian excitado en la Iglesia romana, que- » riendo obligar á los gentiles á observar las cere- » monias legales. »

REFLEXIONES.

No me avergüenzo del Evangelio. ¿Comprenderemos nosotros mejor que Dios lo que debe ser verdaderamente para nosotros motivo de gloria ó de ignominia? Cuando las humillaciones del Salvador no hicieran otra cosa que testificarnos su amor, seríamos unos ingratos, injustos, y aun insensatos en avergonzarnos de ellas. Pero puesto que Dios jamás ha obrado cosa mas grande, que cuando las ha tomado por instrumento; puesto que se llaman por excelencia su virtud y su fuerza, ¿dónde estará la verdadera gloria, y en qué la haremos nosotros consistir, sino en revestirnos de estas mismas armas que han vencido al demonio, triunfado del pecado, adquirido las gracias de la salvacion, abierto el cielo á todas las naciones, y merecido una gloria inmortal á tantas almas humildes y mortificadas? Estas verdades han poblado los claustros y los desiertos, han hecho descender del trono mas elevado, y despojarse de las mas brillantes coronas á tantos príncipes y princesas para abrazar las

humillaciones de la cruz y las austeridades del Evangelio. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Isabeles, las Clotildes no se avergonzaron del Evangelio de Jesucristo; antes bien pusieron su gloria en seguir escrupulosamente todas sus máximas. Se puede decir que ninguna cosa desacredita mas á los cristianos, que el avergonzarse de lo que hace todo su mérito y toda su felicidad; pues, hablando de buena fe, avergonzarse del Evangelio, es avergonzarse de ser casto, justo, virtuoso; es avergonzarse de tener ingenuidad, hombría de bien, devocion. Porque en fin, ¿quién se avergüenza de esta regla de nuestras costumbres sino unos libertinos, infames por sus disoluciones y por sus vergonzosos desórdenes? ¿sino unas mujeres mundanas, hechas la fábula de toda una ciudad por la corrupcion de sus costumbres? El Evangelio contiene los caminos de la salvacion y las máximas de la sabiduría divina; es el resúmen de la religion cristiana. ¡Qué infamia, qué deshonra, qué ignominia avergonzarse de todo esto! A medida que se meditan las verdades del Evangelio, las mas oscuras se desenvuelven, se hacen inteligibles al espíritu : se reconoce un Dios infinitamente bueno, infinitamente equitativo, ya sea en lo que ha hecho para curar la enfermedad del pecador, ó en lo que debe hacer para castigar su obstinacion. Dulce estudio de las almas cristianas, que las entretiene, las vivifica, y las indemniza de las alegrías pasajeras en que el mundano se ocupa, de esas sutiles inquisiciones de que se alimenta el curioso, pero donde al fin no encuentran ni el uno ni el otro sino una deplorable indigencia, y una profunda ignorancia de los verdaderos bienes...

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cùm vos oderint homines, et cùm separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

DEL ESTADO DE HUMILLACION DE JESUCRISTO EN SU NACIMIENTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, por incomprensible que sea al entendimiento humano el misterio inefable de la encarnacion del Verbo, se puede decir que nada es mas pasmoso; nada da mas golpe, que el estado humilde en que quiso nacer el Verbo encarnado. El entendimiento se pierde en este abismo profundo de las humillaciones del Salvador del mundo. Un Dios, el Ser supremo, infinito, omnipotente, que con un solo acto de su voluntad sacó de la nada todo lo que existe, y en cuya presencia los reyes, los príncipes, los grandes, todo el universo junto es nada; este Dios se hace niño en el seno de una Vírgen. El prodigio pasma, es verdad; pero habiendo determinado hacerse hombre, ¿qué madre podia escoger mas digna que una vírgen? ¿qué vírgen mas digna que María? qué lugar mas puro, mas santo, menos indigno de un Dios hombre, que la mas santa, la mas inmaculada, la mas perfecta criatura que hubo jamás, que esta arca misteriosa del nuevo Testamento que el mismo Dios habia adornado y enriquecido de las mas preciosas virtudes, y de todos los hermosos dones de la gracia y de la naturaleza? Pero no es lo mismo del lugar en que quiere nacer: ¿qué cosa mas despreciable que un establo? ¿qué cosa mas vil que un pesebre? ¿qué cosa mas indigna de un Dios hombre, que nacer en una casa vieja, toda arruinada, que solo servia de albergue á los viles animales, y no hallar un lugar en la mas pobre posada? ¿Hubo jamás estado mas humilde que el de Jesucristo en su nacimiento?

¿y hubo jamás nacimiento mas humilde, mas oscuro, segun el concepto del mundo? Sin embargo, este es el estado que el Salvador, el Señor del universo, la sabiduría increada prefiere á todo el esplendor, á toda la magnificencia mundana. En su mano estaba nacer en el mas soberbio palacio; él es el dueño, el distribuidor, por decirlo así, de las condiciones; no hubiera sido menos Salvador por haber nacido en el trono. ¡Oh, y cómo esta conducta del Salvador confunde visiblemente toda la pretendida sabiduría humana! Orgullo del hombre, ¿puedes mantenerte contra el ejemplo de un Dios en su nacimiento? ¿de un Dios que nace en el lugar mas vil, en el estado mas humilde, en el desprecio y en la oscuridad de un establo? ¡Oh, y qué poco conocemos el mérito de una vida oscura! ¡oh, y qué mal conocemos el precio y el valor de la abyeccion y de la humildad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para hacer bien nuestra corte á Jesucristo recien nacido, y para ser bien recibidos, es necesario que la humildad de corazon sea, por decirlo asi, nuestro carácter, ó que á lo menos sea uno de nuestros mas bellos adornos. Ella es la que sobresale en el Salvador, el cual la eligió como el remedio eficaz y el contraveneno del orgullo de los ángeles rebeldes, y del primer hombre caido del dichoso estado de la inocencia. Habiendo sido la soberbia el primer pecado, y el funesto orígen de todos los otros, el Salvador prefirió la humildad á todos los otros estados que podia haber elegido libremente. Por este motivo escogió una madre, á la verdad de sangre real, pero pobre, y de una condicion muy escura. Por este motivo rehusaron recibirle en todas partes, y le trataron en todas con desprecio y con desden. Un vil establo es su palacio, el pesebre de

las bestias su cuna, unos pobres pastores los primeros á quienes manifiesta su nacimiento. ¿Es posible que nosotros creamos estos grandes misterios de las humillaciones del Salvador, y que la soberbia sea nuestra pasion dominante? ¿En qué hombre, en qué condicion no reina la vanidad? ¿qué estado hay tan despreciable, tan oscuro, y aun tan santo, donde no se insinúe el orgullo? Este vicio se esconde hasta debajo de los mas viles trapos; penetra hasta en los claustros y en el desierto; á veces el hombre de menos nacimiento, de meno talento, de menos probidad, tiene mas vanidad. Este veneno se insinúa hasta en el corazon de los que hacen profesion de piedad. ¡Cosa extraña! la soberbia se halla algunas veces en las mismas humillaciones; se puede parecer humilde, afable, modesto por vanidad. No nos admiremos de que Jesucristo escogiese el estado mas humilde; no podia darnos remedio mas eficaz para curar esta hinchazon de corazon que su ejemplo; ¿y qué fruto sacamos de él?

¡Ah Salvador y Dios mio, cómo mi soberbia me humilla cuando os considero en el lugar de vuestro nacimiento, y en el de vuestra muerte! ¿Cómo me atreveria yo á parecer ante vos con un corazon soberbio, hinchado, vano, y en unas disposiciones tan contrarias á las vuestras? A vos toca, divino Salvador mio, hacer el milagro. Curad mi alma de la soberbia que la domina; inspiradme vuestros sentimientos de humildad; hacedme humilde para que en el dichoso dia de vuestro nacimiento sea agradable á vuestros ojos.

JACULATORIAS.

Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam; et salutare tuum da nobis. Salm. 84.

Venid, Señor; hacednos ver los efectos de vuestra misericordia, y dadnos vuestra ayuda.

Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. Philip. 2. Tengamos los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en su nacimiento.

PROPOSITOS.

1. Se estudian y se imitan las inclinaciones, los sentimientos y los gustos de los grandes, algunas veces hasta la servidumbre cuando se les quiere dar gusto y parecer bien á sus ojos. Se estudia su humor, y aun su gusto, por mas singular y ridículo que sea: se alaba, se aprueba, se sigue todo lo que les agrada, sobre todo en los dias de ceremonia. Se viste con relacion á este objeto; se pone la atencion en la tela, en la forma, y en el mismo color de los vestidos; el gusto del soberano es la regla del de todos los cortesanos, especialmente en el dia de su cumpleaños; y le haria mal la corte quien se presentara de otro modo. La humildad es la virtud que domina, por decirlo así, en el nacimiento del Salvador. ¿Quieres honrarle en este dia, quieres hacerle la corte? no te presentes delante de él sino con un corazon humilde; esta es la disposicion que pide á todos los verdaderos fieles. Aplícate desde este dia á una virtud tan necesaria: haz muchos actos de humildad en todos estos dias que preceden á su nacimiento. La mejor preparacion es juntar con la inocencia la humildad de corazon.

2. Añade en estos dias á tus ejercicios ordinarios de piedad la visita de los pobres enfermos, y de los pobres desventurados en las cárceles. Visita los pobres de la parroquia, y distribuye entre ellos tus limosnas, y particularmente entre los pobres vergonzantes. No pierdas ocasion de humillarte, y ahoga ese orgullo secreto, que no siempre está extinguido aun en las personas devotas. Por poco que observes los movimientos de tu corazon y los motivos de tus acciones,

descubrirás bastantes artificios y sutilezas de tu amor propio, las que todas son malignos efectos de ese orgullo sordo y secreto. Sé constante y exacto en reprimirlos y contradecirlos. Pídele á Dios esta importante virtud en todas tus oraciones: pon por intercesora á la mas santa, y al mismo tiempo la mas humilde de las puras criaturas, la santísima Vírgen, para que te alcance esta gracia tan necesaria para honrar el nacimiento de su adorable Hijo.

DIA VEINTE.

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

Como la caridad consiste en amar á Dios de todo nuestro corazon, y al prójimo como á nosotros mismos, se sigue que no solo es la ley fundamental del cristianismo y el carácter que distingue al verdadero cristiano, sino que es tambien el lazo mas estrecho que debe unir todos los miembros de la Iglesia con su cabeza, que es Jesucristo, y estos mismos miembros entre sí, para no hacer sino un cuerpo místico, que es la Iglesia, la cual triunfa en el cielo en la persona de los fieles; pero padece en el purgatorio en la persona de los santos, combate sobre la tierra en la persona de aquellas almas predestinadas que, no habiendo acabado de pagar á la justicia de Dios, imploran la caridad de sus hermanos los vivos, como los únicos que pueden merecerles su libertad, ó por lo menos su alivio. Esta sociedad de comercio, que la caridad establece entre los miembros de un mismo cuerpo, es quien fomenta y mantiene al mismo principio que le ha formado, con tantas ventajas para entrambas partes.

Como el Espíritu Santo es quien anima á la Iglesia, así tambien es el que le inspira la conservacion continua de este comercio religioso, pidiendo á los santos que intercedan con Dios por los fieles que están sobre la tierra, y pidiendo á estos fieles sus satisfacciones, sus oraciones, sus buenas obras en favor de las almas del purgatorio, que sabrán muy bien volverles un dia el céntuplo de todos los socorros y bienes que hubieren recibido de ellos.

No nos faltan motivos los mas fuertes y los mas interesantes para ejercer nuestra caridad con las almas del purgatorio: estos son los lazos que nos unen con ellas, las penas espantosas que padecen, las singulares ventajas que esta caridad nos procura, y el ejemplo que la Iglesia nos da de esta caridad singular.

Si los suspiros, si los clamores que despiden sin cesar nuestros hermanos y nuestros mas íntimos amigos que padecen en el purgatorio pudiesen llegar á nosotros, bien pronto nos enternecerian sus continuas quejas. ¿Seria posible que un hijo, que una hija viesen á sangre fria el lastimoso estado á que están reducidos su padre y su madre, aquel padre que se afanó tanto por dejarles que comer, aquella madre que los amaba tan tiernamente? ¿Qué corazon hay tan bárbaro, qué natural tan duro que no se enterneciera al ver que sus padres, sus amigos, sorprendidos de un incendio, imploran su socorro desde en medio de las llamas que los rodean por todas partes y los abrasan? ¿habria hombre tan inhumano, que rehusase sacar de un horno encendido á un criado, á un desconocido, y que por no querer alargarle la mano le dejara perecer en las llamas? Cada cual exclamaria: ¡ah cruel, ah tirano, ah bárbaro! Pero ¿no se puede decir á la mayor parte de nosotros: *Tu es ille vir*; tú eres ese inhumano, ese cruel tirano, ese corazon bárbaro? Seis meses ha que tu padre, tu madre,

aquel hijo, aquella hija que amabas tan tiernamente, que aquel amigo íntimo que se sacrificó por tí, que aquel pobre criado que te sirvió tantos años con tanta fidelidad, que gastó sus fuerzas, su salud, su misma vida en tu servicio; seis meses ha, un año, que esas personas, en otro tiempo tan amadas, arden en los fuegos del purgatorio, no lo puedes ignorar; á tu vista, por decirlo así, padecen estas víctimas de la justicia de Dios. El Señor te hace, digámoslo así, el árbitro de su suerte; te ha dado facultad para aliviarlas, para libertarlas por medio de tus buenas obras, de tus oraciones, de tus limosnas, y tú no quieres hacerles este importante servicio; las ves penar á sangre fria, y te alegras, te diviertes, mientras que ellas padecen penas excesivas, estando en tu poder aliviarlas y sacarlas de ellas. Considera la inhumanidad, el delito que es olvidarte de estas santas almas que padecen, el ser insensible á sus penas.

Tal vez se ignora el rigor de sus penas; pero ¿puede caber ese olvido en quien tiene fe? No hay cosa en esta vida, dice san Agustin, no hay suplicio, no hay severidad, no hay rigor, no hay tormento, aunque se consideren los mas espantosos que inventaron los mas crueles tiranos, que sea comparable con los fuegos, con los suplicios del purgatorio. Quien allí castiga es un Dios, dice Tertuliano, el cual castiga con toda la severidad de su justicia, castiga como Dios. Sus ojos no pueden ver la menor iniquidad que ofenda su santidad infinita, sin que la castigue ó en esta vida ó en la otra; mas con esta diferencia, que en esta vida es un Dios que castiga como padre, y en la otra es un Dios que castiga como juez. Si durante esta vida parece hacer alguna ostension de su severidad, su misericordia modera al punto el rigor; y despues de haber detenido y suspendido largo tiempo el golpe, le conduce con tanta destreza y mezcla

tanta indulgencia con él, que la misma mano que nos hiere, nos cura y nos perdona al tiempo mismo que nos castiga: *Misericorditer sæviens*, dice san Agustin. Pero en la otra vida es la mano de su justicia quien descarga todo su peso sobre una alma culpable; todo el furor de Dios la castiga sin compasion. Esto ha hecho creer á muchos doctores que el mismo fuego en que padecen los condenados en el infierno abrasa á las almas del purgatorio. Pero ¿quién puede comprender el excesivo dolor que estas santas almas padecen por verse privadas de la vista de un Dios, á quien aman con un ardor que no somos capaces de concebir? Juzguemos de la severidad con que Dios castigará en la otra vida las mas lijeras faltas por el rigor con que castiga en esta vida á los que mas ama. Una simple vanidad de David costó la vida á setenta mil hombres. Mas de cincuenta mil Betsamitas cayeron muertos de repente por haber mirado el arca con alguna mayor curiosidad que la que pedia el respeto debido al depósito de tantos misterios. Los embajadores de Berodac, rey de Babilonia, llevaron ricos presentes al rey Ezequías: esta embajada envaneció algun tanto al monarca, y esta vanidad le movió á mostrar sus tesoros á los embajadores: ¡con qué rigor, buen Dios, fué castigada esta vanidad! Vendrá un tiempo, le dijo el Señor, en que cuanto hay en tu casa, y cuanto han atesorado hasta ahora tus padres, será llevado á Babilonia sin que quede aquí nada. Si en esta vida, si sobre la tierra, donde reina la misericordia, castiga Dios las faltas leves con tanta severidad, ¡con qué rigor castigará las faltas lijeras en el purgatorio, donde no reina sino la pura justicia, á la cual es preciso satisfacer de lleno!

Todas las obras de misericordia hechas con un espíritu y un corazon cristiano son de gran precio y de gran mérito. ¿Qué cosa mas loable, qué cosa mas

dulce que hacer bien á un infeliz, sin incomodarse, y volver la tranquilidad y aun el gozo á un espíritu que está tentado á desesperarse, á un corazon penetrado de dolor y de tristeza? Pues todo esto pueden producir las visitas caritativas de los pobres enfermos ó de los pobres vergonzantes, las visitas tan cristianas y de tanto consuelo de los desventurados presos y cautivos; estas obras de misericordia son singularmente á las que ha querido Dios aligar la felicidad y la gloria eterna. Es verdad que estos pobres enfermos, estos cautivos son tal vez unos réprobos que maldecirán á Dios eternamente en los infiernos; no importa: la buena obra no por eso deja de tener su mérito y su recompensa. ¡Qué recompensa y qué mérito no tendrá la buena obra que se hace á las almas del purgatorio, puesto que, á mas de la buena obra y de la caridad que le es comun con todas las otras obras de misericordia, se tiene la honra y el consuelo de aliviar, de regocijar, de sacar de los mas terribles tormentos á unas almas predestinadas, á unas esposas de Jesucristo, cuyos puestos están señalados en la mansion de la gloria! ¡Qué honra, qué ventaja la de librar de una mazmorra á un príncipe, á una princesa, á una reina! ¡qué no debe esperar un tal redentor! Vemos el cuidado que tiene la Iglesia de no dejar pasar mes alguno en el año, semana alguna en el mes, ni dia alguno en la semana sin hacer alguna oracion por el alivio de las almas del purgatorio; y esta devocion está prodigiosamente autorizada con la práctica de todos los siglos.

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos

tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos. Que vivis y reinais...

La epístola es del cap. 14 del Apocalípsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« El Apocalípsis, que en griego significa revelacion, » es el último de los libros de la Biblia; en él se con- » tienen las revelaciones con que honró Dios al » apóstol san Juan en la isla de Patmos. Encierra en » veinte y dos capítulos una profecía tocante al estado » de la Iglesia desde la ascension de Jesucristo al » cielo hasta el juicio final, la que es como la con- » clusion de todas las santas Escrituras. »

REFLEXIONES.

Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Es cierto que las oraciones que hace un ministro del Señor por un moribundo son de un gran socorro para procurarle esta muerte preciosa; son súplicas de recomendacion que se hacen para procurarle muchos amigos cerca de Dios, y para hacer que le sea favorable el soberano Juez. ¿Y debe dejar de hacerse caso de un socorro de tanta consecuencia? ¿es poca cosa ser privado de él? No son las bellas cualidades de la persona que muere lo que recuerda en estas

oraciones. Salvador del mundo, no se os suplica que os acordeis que el moribundo es una persona de un nacimiento ilustre, de un entendimiento despejado, de una autoridad absoluta. No se hace mencion de sus bellas acciones, de sus grandes riquezas, de sus relevantes prendas. Títulos pomposos, de nada servis; grandezas mundanas, no se piensa en vosotras; no se habla sino de la cualidad de cristiano, de la fe que ha profesado esta alma, de la esperanza en la misericordia del Señor, en quien habia puesto toda su confianza. No se habla á la cabecera del moribundo sino de la cualidad de siervo de Dios, de discípulo de Jesucristo, de fiel; ninguna otra cualidad pasa al otro mundo. ¿Y qué será de aquellas personas que no hayan tenido ninguna de estas cualidades? La Iglesia ruega al Señor que use de misericordia con un moribundo; que se olvide de los desórdenes de su juventud y de todas sus iniquidades; y los motivos que alega en toda su recomendacion, son que es la obra de sus manos, que es una alma redimida por el Salvador, cuya misericordia implora. Pero si este moribundo ha sido toda su vida un impío, que se ha gloriado de no creer nada; si es un libertino, que hacia chanza de las mas terribles verdades; si es una de esas mujeres profanas, que no tenia sino una religion de costumbre y de bien parecer, ¿tendrá mucho efecto esta recomendacion de la Iglesia? ¿serán oidas estas oraciones? Cuando los santos, solicitados para que intercedan por este moribundo, solo encontrarán en él señales de réprobo; que no vuelve los ojos al cielo sino porque el mundo ha dejado ya de mirarle; y que no implora la ayuda de los santos sino porque ya no se halla en estado de burlarse de sus buenos ejemplos; estos santos, á quienes quizá ha menospreciado, ¿se interesarán mucho por su salvacion? ¿andarán muy solícitos por hacer que el Juez le sea favorable? Ah, Dios

mio, ¿y en qué pensamos, qué hacemos, pues no cultivamos durante la vida la amistad de aquellos, cuya proteccion debemos implorar en la hora de la muerte? A la verdad, tenemos una fuerte recomendacion; pero ¿de qué nos servirá si no estriba sino en falsos títulos? ¿qué importa meditar frecuentemente en vida que debemos ser recomendados en la hora de la muerte? Oh, Dios mio, ¡y cómo esos mundanos, esas almas terrenas, esas gentes atadas al mundo con tantos lazos, y que los multiplican todos los dias, oh, y cómo deben llenarse de espanto al oir estas terribles palabras: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo*: Sal de este mundo, alma cristiana, y acuérdate que para ir á comparecer en el terrible tribunal de Dios se te hace esta recomendacion!

El evangelio es del cap. 6 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto desea Jesucristo nuestra salvacion. No solamente instituyó el sacramento de la penitencia como un soberano remedio para curar todas las enfermedades del alma, sino que conociendo cuántas faltas se ocultan á nuestras luces durante la vida, y no ignorando la necesidad que tiene de socorro un moribundo en el tiempo mas crítico y mas peligroso para la salvacion, este divino Salvador instituyó este último sacramento, cuyo fin principal es remitir las reliquias de los pecados que no han sido expiados, y fortalecer el alma contra los furiosos combates del enemigo, animar su fe y su confianza; y si la vida le es todavía necesaria á este moribundo para bien del alma, este sacramento tiene la virtud particular de restaurarle la salud. Pero ¿se conocen los efectos de este sacramento? ¿se conoce el fin para que se da, y las ventajas que se consiguen recibiéndole con conocimiento? ¡Cosa extraña! Se mira este último sacramento como un misterio de mal agüero. El temor de recibirle hace que se reciba las mas veces con poco ó con ningun fruto. La sola palabra extremauncion es una sentencia de muerte para un enfermo: nadie se atreve á proponérsela: ¡qué sobresaltos desde que se le habla de recibirla! se aguarda á la última hora, que es lo mismo que decir, cuando ya no tiene ni sentido, ni conocimiento; y entonces, Señor, ¡con qué disposiciones se recibe! Esta persuasion fatal es uno de los mas malignos artificios del diablo. ¡Qué consuelo tan dulce, y qué abundancia de gozo no recibiera un moribundo, si instruido perfectamente en las santas

ceremonias con que se administra este sacramento, comprendiese el sentido de las oraciones que dice sobre él el sacerdote, y rezan por él los asistentes! La paz sea en esta casa, dice el sacerdote al entrar en el cuarto del enfermo; y con todos los que la habitan, le responden. Señor mio Jesucristo, haced, prosigue el sacerdote, que la felicidad eterna, que la prosperidad divina, que un gozo tranquilo, que una caridad fructuosa, que una salud inalterable y eterna entre conmigo en esta casa; que ningun maligno espíritu se atreva á comparecer en este lugar; que los ángeles de paz asistan en tropas, y que todo lo que puede dañar sea desterrado para siempre. Mostrad, Señor, sobre nosotros la virtud de vuestro santo nombre, y bendecid todo lo que vamos á hacer; y sin mirar á nuestra indignidad y bajeza, santificad las funciones de nuestro ministerio, y haced que sea eficaz todo lo que hiciéremos. La confesion que se dice, se dice en nombre del enfermo; ¿y qué arrepentimiento tan vivo de sus faltas no debe excitar en él? ¿es posible que un sacramento tan útil, tan necesario, de tanto consuelo, espante y cause terror?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la sagrada uncion y las palabras todopoderosas que constituyen este sacramento. Como los sentidos son por donde se contraen las heridas de nuestra alma, como son las ventanas de que habla el Profeta, por donde la muerte entra en el alma, así tambien donde se hace esta uncion es en las partes del cuerpo en que residen los cinco sentidos, que son sus órganos, y por donde ha podido pecar. ¡Cuántas miradas contagiosas durante la vida! ¡cuántas conversaciones dañosas, ó habladas, ó escuchadas! ¡cuántos meneos, cuántos pasos irregu-

lores, cuántos sentimientos de deleite criminal, ¡cuántas satisfacciones ilícitas en todos los sentidos! Por mas uniforme, por mas arreglada que haya sido la vida, buen Dios, ¡cuántas faltas quedan todavía que expiar! Esto es lo que obra este sacramento en una alma bien dispuesta. Por esta santa uncion, dice el sacerdote al ungir los ojos, y por su piadosísima misericordia te perdone el Señor todos los pecados que has cometido con tus miradas. Por esta santa uncion, continúa al ungir las orejas, y por su piadosísima misericordia te perdone el Señor todos los pecados que has cometido con el oido. La misma uncion con las mismas palabras se hace al ungir el órgano de los otros sentidos, para alcanzar de la misericordia del Señor el perdon de todos los defectos de la vida. Hablemos de buena fe, ¿es este un sacramento de que no se deba hacer caso, ó á que se deba temer? ¡Qué fondo de reflexiones y de consuelos nos suministran las oraciones que se siguen á esta sagrada ceremonia! Lo mas patético, lo mas interesante, lo mas tierno que hay en la religion se emplea aquí para aplacar al Señor, y hacerle propicio para con este moribundo. Se le hace memoria al Salvador, por decirlo así, de sus promesas; se interesa á la Vírgen santísima y á todos los santos para que intercedan con el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, y alcancen al enfermo, no solo el perdon de sus pecados, que es el punto principal, sino tambien todos los socorros, auxilios y consuelos que necesita en aquellos momentos, los mas críticos de la vida. Se le representa á Jesucristo que aquel es un enfermo á quien ama, un discípulo á quien tiene interés en salvar, un hijo que le ha costado demasiado para dejarle perder. En fin, todo lo mas sagrado que hay en la religion, todo lo que la fe tiene de mas vivo, y la confianza de mas tierno, todo se emplea,

de todo se echa mano para la curacion y salvacion del enfermo. Considera, vuelvo á decir, si un medio tan eficaz, si un remedio tan saludable, si un sacramento tan útil y de tanto consuelo debe mirarse como cosa de poca consideracion, si debe temerse y debe causar pavor.

Confieso, Señor, que para recibir el efecto de este sacramento es necesario tener unas santas disposiciones. Yo os las pido, Dios mio, y propongo no aguardar á la extremidad de la vida para disponerme á recibirle. Desde este momento empiezo á aparejarme para recibir con fruto un socorro tan grande. Espero que las reflexiones que hiciere de tiempo en tiempo sobre este sacramento me servirán de preparacion antes de la enfermedad, y me procurarán la gracia que os pido de recibirle dignamente.

JACULATORIAS.

Sive vivimus, sive morimur, Domini sumus. Rom. 14.
Ora sea que vivamos, ora que muramos, somos vuestros, dulce Jesus mio; y esto es lo que me consuela, y desvanece todos mis temores.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Num. 23.
Muera mi alma con la muerte de los justos, y el fin de mi vida sea semejante al suyo.

PROPOSITOS.

1. Es un vano terror, indigno de un cristiano, y aun injurioso á la religion cristiana, el mirar al sacramento de la extremauncion como una especie de sentencia de muerte que espanta y atolondra. Desecha de tí este terror, pues es un lazo que el demonio arma á las almas mas timoratas é inocentes. Para armarte contra esta tentacion, medita á menudo

mientras estás sano lo que es el sacramento de la extremauncion, las ventajas que se consiguen de recibirle, su virtud, sus efectos, y las disposiciones con que debe recibirse para que obre segun toda su eficacia. Lee de cuando en cuando la meditacion que hay en el Retiro espiritual para un dia cada mes, y que está puesta en la que corresponde al mes de octubre. La de este dia no es mas que un resúmen de aquella: hallarás en la otra todas las oraciones que se dicen por el enfermo cuando recibe este sacramento, las cuales son capaces de consolar al alma mas afligida: la lectura de esta meditacion no solo te instruirá, sino que además de esto desvanecerá todos tus vanos temores: el conocer muy poco la virtud de este sacramento, es el motivo de mirarle con miedo y con espanto.

2. Cuando estés enfermo de cuidado, antes que te vengan á decir que le recibas, pídele tú mismo; no aguardes á cuando estés apurado de fuerzas: se consiguen dobles ventajas en recibirle con conocimiento. Acuérdate que el sacramento de la extremauncion da á los enfermos los auxilios necesarios para llevar con paciencia las molestias de la enfermedad; que borra los pecados veniales que no se hubieren perdonado; y da la salud del cuerpo, si es necesaria para la salud del alma. No se debe aguardar á lo último de la enfermedad para recibirle; basta estar enfermo de peligro. Se recibe con mas fruto cuando se recibe sin aguardar al extremo de la enfermedad. Las disposiciones necesarias para recibir este sacramento son recibirle con espíritu de fe, de oracion, de penitencia, de dolor de los pecados, y de resignacion en la voluntad de Dios.

SANTO DOMINGO DE SILOS (1).

Santo Domingo, llamado de Silos por la larga mansion que hizo en el monasterio de este nombre, vino al mundo el año de 1000; fué natural de la villa de Cañas, entre Nájera y Santo Domingo de la Calzada en la Rioja: su padre se llamaba Juan Manso, de una familia muy distinguida, así por su antigua nobleza, pues descendia de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, como por su piedad, la que parecia hereditaria en su casa. El nombre de su madre no lo dicen los historiadores de la vida de nuestro santo; se cree seria en todo correspondiente á su padre. La educacion que le dieron sus padres fué muy cristiana; bien que su bello natural, su docilidad y su inclinacion á las cosas de la religion les ahorró mucho de aquel trabajo que suele costar á otros padres el imponer á sus hijos en los principios de la piedad y de la religion. Sus costumbres nada tuvieron de pueril; ignoró los juegos en que suelen pasar la primera edad los demás niños, y lo que es mas, ni trataba ni se entretenia con los de su edad, siendo su única diversion ir con sus padres á la iglesia, y derramar allí su corazon en la presencia de Dios. Siendo todavía muy jóven, se empleó en guardar el ganado de sus padres, ejercicio que fué muy de su gusto, por parecerle que en ningun otro podia conservar mejor la inocencia, y unirse mas estrechamente con Dios. Cuatro años pasó en este ejercicio, despues de los cuales se dió al estudio de las sagradas letras, en las que salió en

(1) Ponemos aquí la vida de santo Domingo de Silos, por ser este su dia, por ser santo español, tan prodigioso como se ve por su vida, y por si alguno quisiere leerla despues de la conmemoracion de los difuntos, ó en lugar de esta.

breve muy consumado, como quien desde las primeras letras tiene al Espíritu Santo por maestro, el que le iba llevando como por la mano á la cumbre del sacerdocio, dignidad á que le elevó el Señor en premio de sus virtudes, y para que sirviese á los demás de luz, de guia y de modelo. Un año y medio permaneció de sacerdote en la casa de sus padres, siendo su porte, su compostura, su zelo y su recogimiento la admiracion y edificacion de todo el pueblo; pero pareciéndole que en la vida solitaria hallaria mas pronto la perfeccion á que aspiraba, se huyó sin noticia de persona viviente á un desierto, donde por espacio de año y medio hizo una vida la mas áspera, si se mira á los rigores con que trataba á su cuerpo, pero la mas dulce, si se atiende á los favores con que le regalaba el cielo. Pero sin embargo de lo que habia adelantado en la virtud estando en la soledad, creyó que siempre se quedaria muy á los principios, si no se ponia bajo la direccion de algun maestro espiritual, que con la voz y el ejemplo le enseñase los caminos de Dios. Florecia á la sazon la disciplina monástica y la observancia regular en el famoso monasterio de San Millan de la Cogulla, del órden de san Benito, distante una legua de Cañas, patria de nuestro santo. Aqui tomó el hábito religioso con general aplauso de los monjes, los que á pocos dias conocieron que el nuevo religioso, lejos de tener necesidad de aprender de ellos, podia enseñarles á todos la regularidad, humildad, paciencia, mortificacion, caridad y todas las demás virtudes que constituyen á un hombre perfecto religioso. Queriendo el abad de San Millan hacer prueba de su obediencia, le nombró superior del monasterio de Santa María de Cañas, cargo que admitió sin repugnancia, aunque preveia las penalidades y molestias que le habia de acarrear el nuevo empleo, por estar el monasterio de Cañas arruinado,

sin hacienda, sin provisiones y sin menaje de casa. Apenas se vió en posesion de su nuevo empleo, cuando, haciéndose cargo de la escasez del monasterio, se ocupaba, en compañía de sus súbditos, en trabajos de manos para ganar la comida, sin que por eso se relajase un punto la observancia religiosa: hasta que, compadecido el Señor de los trabajos de su fiel siervo, despertó los corazones de muchas personas virtuosas que desde remotas tierras vinieron á visitarle, atraidas de la fama de sus virtudes, las cuales, viendo la pobreza del monasterio, se portaron tan liberales con él, que con sus limosnas en menos de dos años se restauró el monasterio, se levantó el claustro, se acabó la iglesia, se alhajaron las oficinas, y se enriqueció de ornamentos el templo, el que consagró el obispo de Nájera, Sancho, abad que habia sido de San Millan, y amigo íntimo de nuestro santo. Un prodigio que obró Dios en la persona del obispo, aumentó la veneracion que tenian todos á santo Domingo. Viendo el obispo que andaban dos mujeres por el monasterio de Cañas, como de casa, creyó que no se observaba en él la disciplina regular, como era razon; se lo echó en cara á nuestro santo, y aunque este le dijo que aquellas mujeres eran su madre y hermana, y entrambas de costumbres irreprensibles, que habian ido á componer la comida á los huéspedes, se retiró de él enojado, y se puso en camino para Nájera; pero á pocos pasos se paró el caballo en que iba, de modo que ni con el látigo ni con las espuelas se le pudo hacer dar un paso hácia ninguna parte, hasta que, conociendo el obispo su ligereza, y pidiendo á Dios perdon de ella, quedó el caballo expedito, y se volvió á Cañas á hacer la consagracion.

Viendo el abad de San Millan el tesoro de que habia privado á su monasterio con la ausencia de santo

Domingo, le hizo volver á él, donde fué elegido prior por votos unánimes de todos los monjes, y se portó en el nuevo oficio con tanta prudencia, que así como su santidad le hacia venerar de todos, así su caridad hacia que todos le amaran, y su ejemplo que todos se adelantaran en la perfeccion cristiana y religiosa. Conoció el demonio los infinitos bienes que acarreaba al monasterio esta armonía, y así hizo los mayores esfuerzos para turbarla, inspirando al rey don García, que reinaba á la sazon en la Rioja, el deseo de despojar al monasterio de San Millan de las riquezas que en él habia: pidióselas el rey á santo Domingo, quien con la sumision debida representó al rey, que ni parecia bien que su Majestad las pidiese, ni él tenia poder para darle lo que una vez se habia consagrado á Dios: esta respuesta le pareció al rey un desacato, y le amenazó que haria con él un ejemplar castigo si resistia á su demanda. El santo le respondió que, si Dios le permitia poner en ejecucion sus amenazas, él tendria la gloria de padecer por una causa tan decorosa, como era zelar la honra de la casa de Dios. Pero viendo que el rey no desistia de su empresa, y que todos sus tiros se asestaban contra él, se despidió de todos con humildad, se salió de la Rioja, y se fué á Burgos, corte entonces del rey don Fernando, primero de este nombre. Fué recibido del rey, de la grandeza y del pueblo con suma veneracion, y la fama de su santidad, de su prudencia y de su gobierno empezó á extenderse mas por toda España.

Con motivo de este destierro vino á ser abad del monasterio de Silos, fundado por el rey Recaredo bajo la advocacion de María santísima y de san Sebastian el año de 593; el cual, habiendo sido uno de los mayores y mas nobles santuarios de España, estaba ya tan por el suelo en lo espiritual y temporal, que obligó al rey don Fernando y á don Jimeno,

obispo de Burgos, á buscar remedio, y no hallaron otro mejor que encomendarle á santo Domingo, disponiendo primero que renunciase la abadía don Nuño. Entró el santo en el monasterio de Silos, acompañado de muchos personajes de la corte, á tiempo que un santo monje, llamado Liciniano, hombre de gran virtud, pero muy afligido por la decadencia del monasterio, decia la misa conventual, el que en lugar de cantar el *Dominus vobiscum*, que precede al ofertorio, dijo cantando: *Ecce reparator venit*: el restaurador viene; y el coro respondió: *Et Dominus misit eum*: y el Señor nos le envía: y para que no se dudase que Dios habia movido la lengua del celebrante y del coro, acabada la misa, bajaron á la iglesia los monjes, y vieron á santo Domingo rodeado de luces celestiales. Este suceso les confirmó á todos en la opinion que ya tenian de su santidad, y les hizo concebir las mas firmes esperanzas de que por su mano volveria el monasterio á su antiguo lustre y esplendor, lo que sucedió como lo pensaron; pues en los veinte y ocho años que fué abad le formó de manera, que podia con razon contarse por un nuevo y raro milagro. Empezó la reforma del monasterio por el ejemplo de su santa vida, practicando primero lo que queria ejecutasen los súbditos: animaba á los flacos, consolaba á los tristes, socorria á los necesitados, como podia, en aquellas estrecheces á que estaba reducido el monasterio; y echando Dios la bendicion sobre sus desvelos y trabajos, consiguió enriquecer las almas de sus súbditos de todas las virtudes, y el monasterio de bienes, los cuales le daba el Señor como por añadidura de sus grandes y prodigiosos servicios, empleando para ello, si era necesario, los milagros, como sucedió en una ocasion en que, estando el monasterio sin provision alguna, ni tener con qué comprarlas, le avisó el rey que enviara á Burgos

por una considerable porcion de trigo, el que sabia le hacia bastante falta. En su tiempo el rey don Sancho dió al monasterio de Silos el monasterio de Santa María de Duero con todas sus pertenencias. El rey don Alonso VI, entre otras donaciones, le dió el monasterio de San Martin de Madrid y su parroquia, con jurisdiccion civil y criminal al abad sobre todos los parroquianos, los que ordenó fuesen vasallos solariegos del monasterio, y que no pudiesen sin licencia del abad levantar las casas, y en la venta de ellas era preferido el monasterio. Con estas y otras dádivas levantó nuestro santo desde sus cimientos el templo que se caia, y edificó de nuevo todo el monasterio: uno y otro persevera hoy conforme lo hizo santo Domingo.

Estas liberalidades de los fieles para con el monasterio de Silos, así camo eran un claro testimonio de la veneracion en que todos tenian á nuestro santo, así tambien eran una especie de reconocimiento á los inmensos beneficios que Dios les hacia por su mediacion, siendo infinitos los enfermos, los ciegos, los cojos, los tullidos que sanaban todos los dias por su intercesion. Pero en lo que principalmente se señaló fué en socorrer á los cristianos que estaban en poder de Moros, que á la sazon eran muchos, y su seguro remedio era implorar su proteccion. Fué esta siempre tan poderosa, que, encomendándose á él desde sus mazmorras, se hallaban á deshora en tierra de cristianos, y aun á las puertas de su monasterio, dejando allí en testimonio las cadenas, grillos, hierros y demás instrumentos de su cautiverio; y fueron tantos los despojos de los cautivos que se pusieron en aquel convento, que se decia por refran en Castilla: No te bastarán los hierros de santo Domingo.

Llegó, en fin, el tiempo destinado por Dios para que este siervo fiel cogiera el fruto de sus trabajos;

fué asaltado de una grave enfermedad, que le postró en la cama : conoció que se moria; ó por mejor decir, tuvo revelacion del dia de su muerte, pues el dia de la Expectacion de la santísima Virgen dijo á sus monjes : He pasado toda esta noche en la iglesia con el Rey y la Reina, los que me han convidado para de aquí á tres dias; pasados los cuales, gustoso y alegre asistiré á su eterno y delicioso convite. Llegó el viernes 20 de diciembre, en que Jesus y María le volvieron á visitar, y habiendo recibido los sacramentos, se despidió de sus monjes, á los que dió muchos y muy saludables documentos; y levantando los ojos y las manos al cielo, y dejándolas caer despues sobre su pecho, cerró apaciblemente sus ojos para un eterno y dichoso sueño. Sucedió su muerte á los 20 de diciembre del año 1073. Luego que espiró, unos inocentes niños, que se hallaban presentes, vieron subir al cielo su alma con tres coronas resplandecientes, cumpliendo Dios lo que le habia prometido en una vision que tuvo á poco tiempo de estar en Silos, la que contó á algunos confidentes suyos. Su cuerpo fué enterrado con la veneracion debida en el claustro que mira á la iglesia; pero los muchos y grandes milagros que obraba Dios todos los dias con los que se encomendaban al santo, y las aclamaciones de los peregrinos obligaron el año siguiente á don Jimeno, obispo de Burgos, con consulta del abad de Silos y asistencia del rey don Alonso VI, á levantar sus cenizas, ponerlas en una preciosa urna, y colocarlas en un altar que para este fin se erigió en una iglesia de Silos á su nombre, donde continuamente por su intercesion usa Dios de sus misericordias con los hombres. Para referir el número de los prodigios que en vida y en muerte ha obrado Dios por la intercesion de nuestro santo, las donaciones y privilegios exorbitantes que los reyes de España han concedido en varios tiempos

al monasterio de Silos, en atencion á santo Domingo, y los templos que se han dedicado á su nombre, serian menester muchos libros. Baste decir que el mundo debe el nacimiento del patriarca de la religion de predicadores á la intercesion de nuestro santo, el que, apareciéndose á la piadosa doña Juana de Aza, que postrada ante su sepulcro le pidió con mucho fervor la consolase en la falta de sucesion, le prometió que Dios le daria un hijo, como se verificó: púsole á este hijo de promision el nombre de Domingo en memoria de su bienhechor. Este segundo Domingo fundó el monasterio é iglesia de religiosas de Santo Domingo el Real de Madrid, bajo la advocacion de santo Domingo de Silos, aunque comunmente se cree ser la advocacion de este convento de santo Domingo de Guzman.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de santo Tomás, apóstol.

En Roma, san Liberato y san Báyulo, mártires.

En Alejandría, san Amon, san Zenon, san Tolomeo, san Ingeneso y san Teófilo, soldados, mártires, quienes estando en el tribunal, y viendo á un cristiano que titubeaba en los tormentos, próximo á apostatar, hacian los mayores esfuerzos con los ojos, con la cara, con ademanes y gestos para animarle; y como por causa de esto todo el pueblo vociferaba contra ellos, se adelantaron hasta el medio de la sala declarando ser cristianos; y su victoria procuró un glorioso triunfo á Jesucristo, que habia dado á los suyos tan gran constancia.

En Geldubo, san Julo, mártir.

En el Franco Condado, san Ursano, monje de Luxeu.

En Hautvillers, en la diócesis de Reims, san Malu, presbítero.

En el monte Valeriano, cerca de París, la venerable Guillemeta Faussard, reclusa.

En Roma, el martirio de san Ignacio de Antioquía.

En el mismo lugar, el tránsito de san Zeferino, papa.

En Etiopía, san Tecla-Haimanot, diácono, primer institutor de la vida monástica en aquel país.

En Egipto, san Fulgosio, confesor.

En Galicia, la venerable Ildaura, viuda, madre de san Rosendo.

La misa es del comun de los santos abades, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Dominici confessoris tui præclaris vitæ meritis decorasti, et in liberandis captivis, gloriosis lætificasti miraculis; concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omni vitiorum servitute ejus patrocinio liberemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que adornaste tu Iglesia con los esclarecidos méritos de la vida del bienaventurado Domingo, é hiciste que se gozara viendo libres muchos cautivos por su mediacion milagrosa; haz que nosotros tus siervos seamos instruidos en sus ejemplos, y que por su patrocinio nos veamos libres de la esclavitud de todos los vicios. Por nuestro Señor Jesucristo...

DIA VEINTE Y UNO.

SANTO TOMÁS, APÓSTOL.

Santo Tomás, llamado tambien Dídimo, que significa en griego lo mismo que Tomás en hebreo, esto es, mellizo, era galileo de nacimiento, de una condicion pobre y oscura, como lo era la condicion de los que Jesucristo escogió para ser sus apóstoles.



STO. TOMÁS, APÓSTOL.

Metafrastes dice que Dios le habia prevenido desde su niñez con sus mas dulces bendiciones, y que le habia dado un espíritu tan dócil, un corazon tan puro, un natural tan feliz y una inclinacion á la virtud tan poco comun, que todos le miraban con admiracion. Era costumbre entre los judíos dar á los niños algunos libros sagrados luego que habian aprendido á leer, dice el mismo autor. Tomás encontraba tanto gusto en esta lectura, que hacia de ella todas sus delicias y toda su diversion. Despues de haber empleado y gastado el tiempo competente en su ejercicio de pescador, en lugar de irse á divertir con los jóvenes de su edad y de su condicion, se retiraba al templo, ó á algun lugar separado del bullicio, para extraer de los libros sagrados aquel espíritu de piedad y de religion que debia hacerle digno de ser un dia uno de los mas generosos y mas amantes discípulos del Salvador del mundo. Tal fué la niñez y la juventud de Tomás antes de ser llamado al apostolado; pero no tardó el Señor en concederle esta gracia.

Habiendo oido nuestro santo hablar de las maravillas que obraba el Salvador, no dudó que fuese el Mesías prometido, y por tanto tiempo esperado. Lo mismo fué oirle, que dejar todas las cosas por seguirle. Este nuevo discípulo le seguia á todas partes con un fervor y un zelo, que daba bien á conocer que el Salvador, por una prediliccion singular, le habia elegido para su discípulo entre otros muchos. Habiendo sido preso san Juan Bautista por el impío Herodes, y puesto en la cárcel, parecia que Jesucristo habia de ser abandonado de todos los que le habian seguido hasta entonces; pero como era dueño de los corazones, lejos de ser abandonado, vió crecer el número de sus discípulos.

En este tiempo fué cuando el Salvador quiso elegir entre los que le seguian con mas continuacion y le

eran mas adictos, doce discípulos, á los que llamó apóstoles. Tomás fué de este número; y su zelo, su fervor, su amor y su fidelidad á su amado Maestro, hicieron bien pronto ver la sabiduría y el mérito que habian concurrido á esta eleccion. Este digno apóstol no se separó desde entonces de su amado Maestro; el lugar que ocupaba en el corazon del Salvador, se conoce por la respetuosa y religiosa familiaridad que tenia con él. Era compañero inseparable de sus correrías apostólicas, y testigo de todos sus milagros. Despues que el Salvador hubo tenido cerca de sí algun tiempo á sus apóstoles para instruirlos y formarlos, juzgó que era tiempo de emplearlos en las funciones de la vida apostólica, y de enviarlos á diversos parajes á predicar al pueblo lo que les habia enseñado á ellos en particular. Nuestro santo se distinguió por su fervor y por su zelo entre aquellos excelentes operarios, y fué dotado desde entonces de aquel don que le fué despues tan ordinario, de lanzar los demonios, y hacer toda suerte de milagros.

Estando el Salvador en Galilea, recibió por un expreso la noticia de la enfermedad de su amado discípulo Lázaro, hermano de Marta y de María. Habiendo dicho á sus apóstoles, algunos dias despues, que este grande amigo era muerto, y que iba á Betania á resucitarle, los apóstoles, todavía tímidos, parecieron aterrarse al oir esta resolucion del Salvador; y no pudiendo dejar de representarle el riesgo á que se exponia, sabiendo que no hacia mucho tiempo que los judíos le buscaban para apedrearle, le dijeron: ¿Y cómo, Señor, teneis valor para volver tan pronto á Judea? Entonces santo Tomás, viendo á su Maestro determinado á partir y á llevar consigo á los que tendrian valor para seguirle, y serian mas generosos que los otros: Vamos, les dijo, vamos, sigamos á nuestro buen Maestro; si es preciso, muramos tam-

bien con él. Una resolucion tan generosa no podia venir sino de un amor tierno á Jesucristo, y de una fe firme y á toda prueba de la malicia de los escribas y fariseos.

La confianza con que nuestro santo se tomaba la libertad de preguntar al Salvador, da bastantemente á conocer que santo Tomás era uno de sus mas amados apóstoles. Celebrando Jesus su última cena con sus discípulos la noche que precedió á su pasion, les dió diversas instrucciones para consolarlos y fortalecerlos contra la turbacion y la tristeza en que los habia puesto al anunciarles que iba á ser un motivo de escándalo á todos ellos. No os turbeis, les dijo Jesucristo; vosotros creeis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Yo voy á prepararos un lugar: volveré despues á tomaros para conduciros allá; no ignorais el lugar adonde voy, y por qué camino se va. Entonces santo Tomás le dijo: Señor, no sabemos el lugar adonde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino por donde se va? A lo que respondió el Señor, que él era el camino, la verdad y la vida; y que nadie iba á su Padre sino por él.

Habiendo sido herido el Pastor, se esparcieron las ovejas. El miedo disipó por algun tiempo el rebaño; pero no extinguió el amor que unia á los discípulos con el Maestro. Retiráronse casi todos para llorar libremente la muerte de su divino Salvador, pero sin perder la esperanza de su resurreccion gloriosa. Santo Tomás fué uno de los que sintieron mas vivamente los malos tratamientos de Jesucristo; y si hubiera seguido la vivacidad de su natural y de su buen corazon, hubiera defendido con valor y con brio á su amado Maestro. Pero es preciso creer que el Hijo de Dios, que le conocia, que le amaba, y que le habia instruido, gobernó su conducta con su divino espíritu.

Santo Tomás se retiró con los otros discípulos á Jerusalen, esperando aquel grande acontecimiento, que debia ser el triunfo de Jesucristo y el de la religion, y el cumplimiento de sus predicciones y de sus promesas.

Habiendo resucitado Jesucristo, y aparecídose luego á la santísima Vírgen, despues á san Pedro, á María Magdalena y á los otros discípulos, todos los cuales aseguraron que su amable Maestro habia resucitado, y se les habia aparecido, los dos discípulos que iban á Emaus tuvieron la dicha de verle, y de conversar con él, y volvieron inmediatamente á Jerusalen á dar parte á los fieles de su aventura. Habiéndolos hallado juntos, unos decian que el Salvador habia resucitado verdaderamente, y que se habia aparecido á Pedro, á las santas mujeres y á muchos discípulos; otros nada de esto creian. Como se disputaba todavía sobre esto, se dignó Jesus aparecer visiblemente en medio de ellos sin haber abierto la puerta, ni hecho agujero alguno en la pared. Los saludó, segun tenia de costumbre, diciéndoles: La paz sea con vosotros: yo soy, no temais; y porque muchos creian que era una fantasma lo que veian, los consoló maravillosamente asegurándoles que él era; pero los reprendió, y con razon, por su demasiada inquietud y sus vanas contestaciones sobre su persona, las que denotaban una fe débil y vacilante: despues de esto les mostró las llagas de sus manos, de sus piés y de su costado, diciéndoles que las miraran de cerca, y las tocaran. Finalmente, queriendo acabar de convencerlos, les preguntó si tenian alguna cosa que comer. Al instante le presentaron un pedazo de pez asado, y un panal de miel; y habiendo comido de uno y otro, no solo derramó en sus corazones la paz y el gozo, sino que tambien los colmó de sus mayores gracias.

Tomás fué el único que no tuvo parte en todos estos favores por haber estado ausente; habiendo dispuesto la Providencia esta ausencia para darnos, con motivo de su incredulidad, la prueba mas visible y mas incontestable de la resurreccion del Salvador, y para curar, por decirlo así, con la vista y el tacto de sus llagas sacrosantas las que nuestra poca fe habia de hacer en nuestras almas. Habiendo venido este apóstol al lugar donde estaban los demás, halló á toda la asamblea llena de gozo: le contaron cómo el Salvador se les habia aparecido con su cuerpo resucitado y vivo, lo que les habia dicho, cómo habia comido con ellos, y con qué benignidad les habia mostrado sus sagradas llagas. Tomás dijo desde luego que nada creia; como aquellos que no pueden persuadirse ser cierto lo que desean con ansia, si no lo ven. Por mas que me digais, les respondió, no me persuadiréis que mi buen Maestro está vivo: no lo he de creer sin que vea con mis ojos sus manos agujereadas con los clavos, sin que meta en ellas el dedo, y sin que meta la mano entera en la llaga de su costado, para convencerme que está en vida.

El Salvador no quiso dejar mucho tiempo á su amado discípulo en su obstinada incredulidad. Como no permitia esta infidelidad sino para hacernos á nosotros mas fieles, volvió al mismo paraje ocho dias despues, buscó el tiempo en que los apóstoles y los discípulos estaban todos juntos, entró, cerradas las puertas, y se presentó en medio de la asamblea, donde se hallaba tambien Tomás: habiéndolos saludado, y dádoles la paz, se encaró á este amado apóstol, y le dijo: Ven, hijo mio, y convéncete por tí mismo de la verdad de mi resurreccion; convéncete por tus propios sentidos, que este que ves es el mismo cuerpo que yo tenia en la cruz; mira mis manos taladradas, mete en ellas el dedo; mira la llaga de mi

costado, mete en ella la mano, y no seas incrédulo, sino fiel; mis palabras, mis promesas, las pruebas insignes que yo habia dado de mi resurreccion, y el testimonio de todos tus hermanos, debian bastar para convencerte de un hecho tan estupendo. Al decir esto el Salvador, obró en el corazon del obstinado discípulo una tan prodigiosa mudanza, que de incrédulo se hizo fiel; reconoció sensiblemente que el que le hablaba era su Salvador; y hecho un mar de lágrimas, se postró á sus piés, y abrazándose con ellos, exclamó como enajenado: Señor mio, y Dios mio. Entonces el Salvador, movido de su perfecta contricion y de su fe viva, le perdonó su falta, y le dijo: Tomás, tú has creido porque me has visto: bienaventurados los que han creido sin verme; no se puede decir que cree, el que no cree sino al testimonio de sus sentidos.

Los padres de la Iglesia hacen excelentes reflexiones sobre toda esta conducta. San Ambrosio, san Agustin y san Cirilo excusan á santo Tomás, y pretenden que habló así mas por un santo deseo de ver á su Maestro, que por una duda formal y por infidelidad. San Gregorio y muchos otros confiesan su falta de fe en esta ocasion; pero todos convienen en que la fe de este santo apóstol fué perfecta é independiente de los sentidos: *Aliud vidit*, dice, *aliud credidit*. Vió las llagas de su divino Maestro, y vió su cuerpo vivo; pero creyó otra cosa muy diferente de lo que veia. Vió un hombre, pero creyó firmemente que este hombre era su Dios; y su fe sobre la divinidad del Salvador fué de las mas expresas, de las mas perfectas y de las mas generosas.

Pocos dias despues de esta célebre aparicion de Jesucristo resucitado, habiendo los apóstoles dejado á Jerusalen para volver á Galilea, Tomás y algunos otros se fueron con san Pedro á pescar al mar de

Tiberiades; pasaron toda la noche sin pescar nada: habiendo venido la mañana, se encontró Jesucristo en la ribera, y se les apareció, sin que supiesen que era él; pero le conocieron por la prodigiosa pesca que hicieron por su órden, y comieron despues con él. Despues de la ascension del Salvador á los cielos, y de la venida del Espíritu Santo, los apóstoles, movidos por este mismo Espíritu, dividieron entre sí todo el universo para llevar á todas partes las luces de la fe y del Evangelio. La tradicion, desde el tiempo mismo de los apóstoles, nos enseña que en esta division tocaron á santo Tomás los vastos reinos de Oriente, y que tuvo el consuelo de encontrarse con los reyes Magos, que eran los primeros de la gentilidad que habian venido á Belen á adorar al niño Jesus; que les hizo relacion de todo lo que habia pasado despues en el discurso de la vida del Salvador, de su pasion, de su muerte, de su resurreccion, y que, habiéndolos bautizado, los asoció á sí en el ministerio evangélico. Envió á Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos que le habian seguido, á Edesa en Mesopotamia, para curar y catequizar al rey Abgaro, como el Salvador se lo habia prometido. Este hecho le asegura Eusebio, añadiendo que él habia encontrado los testimonios auténticos en los archivos de esta ciudad. Parece que el mundo entero no podia bastar al ardor y á la inmensidad del zelo de santo Tomás.

Corrió toda la Etiopia, el país de los Abisinios, los Partos, los Medos, los Persas, los pueblos de Carmania, los de Hircania, los de la Bactriana y la India; penetró hasta la isla de Zeilan y la China. El erudito padre Kirker, en su historia de la China, dice que cuando los Portugueses pasaron á las Indias, hallaron que los cristianos, que se llamaban de santo Tomás, decian en su oficio en lengua siriaca las antifonas siguientes: « Los Chinos y los Etíopes fueron

traidos al conocimiento de la verdad por santo Tomás. El reino de los cielos fué anunciado por santo Tomás hasta en la China, y en la solemnidad de la fiesta de este santo apóstol los Etiopes, los Indios, los Chinos y los Persas ofrecen, Señor, á vuestro santo nombre sus adoraciones y sus votos. » La famosa piedra hallada en la China el año 1625, en la cual está escrito con caractéres chinos un compendio de la doctrina cristiana, y una cruz de hierro de mas de treinta quintales de peso, cuya inscripcion señala el año de 239 de Jesucristo, hacen ver bastantemente que la fe habia sido anunciada en la China desde el nacimiento del cristianismo. Los pueblos del Brasil tambien se glorian de haber recibido de santo Tomás la luz de la fe; pero lo que hay de mas cierto, es que santo Tomás ejerció las funciones de su mision principal en las Indias Orientales.

Metafrastes escribe que, luego que el santo apóstol entró en las Indias, se vieron los maravillosos progresos de la fe. Su aire apacible y modesto, su vida pobre y mortificada, su paciencia y su afabilidad le conciliaron la benevolencia de todos estos pueblos. La curiosidad los incitó á preguntar á este extranjero por su país, por su religion, y por el motivo que le habia hecho emprender un tan largo viaje. Se admiró en sus respuestas y en todos sus razonamientos tanta prudencia y tanto juicio, y quedaron todos tan embelesados de su dulzura, de su afabilidad y de sus bellos modales; entre otras cosas, se admiraron tanto de su desinterés, y de que por anunciar su religion hubiese emprendido tan largo y tan penoso viaje, que no dudaron fuese enviado de Dios para enseñarles el camino de la salvacion: y así, lo mismo fué oir sus sermones, que convertirse aquellos pueblos. Predicó despues en la isla de Zocotora, de donde pasó á los reinos de Grancanor, de Coulan y de

Narsinga en la costa de Coromandel: estableció su principal residencia en Meliapor, capital de este reino, donde predicó la fe de Jesucristo con tan feliz suceso, y haciendo tantos milagros, que se convirtió todo; y bien pronto se vió florecer en él el cristianismo.

Es una antigua tradicion de los pueblos de Meliapor que, antes de venir el santo apóstol á anunciarles el reino de Jesucristo, habia predicado el Evangelio en la Armenia, en la Mesopotamia y en la Persia; que de allí habia llegado la fe á los vastos reinos de Candahar, de Cabut, de Cafurstan y de Gazatara; que, habiendo pasado los montes de Tebet, cerca de Bengala, llegó en fin por Decan al reino de Narsinga, y de aquí á Meliapor; que consagró en todas partes obispos y presbíteros, para que cuidaran de aquella floreciente y numerosa cristiandad.

La misma tradicion, conservada por monumentos auténticos del país, añade que, queriendo el santo apóstol edificar una iglesia en la ciudad en honra del verdadero Dios, no pudo conseguir jamás el permiso del rey por la malicia de los bracmanes. Pero habiendo arrojado el mar sobre la ribera una viga de una enorme grandeza, el rey, que estaba haciendo un gran palacio, quiso servirse de ella para este edificio; mas habiendo empleado toda la industria de los artífices, y la fuerza de un gran número de elefantes para arrastrarla, no pudieron moverla de su lugar. Al ver esto el santo apóstol, lleno de confianza en Dios, se ofreció á llevarla él solo si el rey queria dársela para su iglesia: consintió en ello el monarca, y todo el pueblo corrió á ver el prodigio que obraba el santo, quien, habiendo atado la punta de su correa á uno de los nudos, y hecho la señal de la cruz, condujo la viga como si hubiera sido una paja. Atónito el rey al ver este prodigio, se convirtió con toda su familia y muchos de sus vasallos. El santo apóstol edificó

la iglesia, y levantó sobre una gruesa piedra una cruz que, segun se dice, se ve todavía el dia de hoy. Se añade que predijo entonces que cuando el mar, que estaba muy distante de allí, llegara hasta aquella piedra, unos hombres apostólicos irian de la Europa á anunciarles la misma religion que él les predicaba, lo que se verificó á mitad del siglo décimosexto, en los misioneros que la piedad portuguesa condujo desde nuestros climas á aquellos paises.

Tantas maravillas hicieron triunfar bien pronto la religion cristiana en todo el país, y establecerse la Iglesia sobre las ruinas de la idolatría; lo cual irritó á los sacerdotes de los ídolos contra el santo, y aceleró su martirio. Habiendo observado los bracmanes que santo Tomás iba todos los dias á hacer oracion al pié de la cruz, se arrojaron sobre él, le pisaron, le maltrataron á golpes, y le atravesaron con muchas lanzadas. Así acabó su larga y laboriosa carrera este grande apóstol, despues de un prodigioso número de trabajos, padecidos por Jesucristo en tantos y tan diversos paises, los que suponen una vida muy larga.

El año 1523, habiéndose apoderado los Portugueses de la ciudad de Meliapor, que el rey de Portugal Juan III hizo llamar la ciudad de Santo Tomás, abriendo los fundamentos de una iglesia, se halló el cuerpo del santo apóstol, el que fué trasladado á Goa, donde sus reliquias se guardan todavía el dia de hoy con mucha devocion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Calamina, la fiesta de santo Tomás, apóstol, quien predicó el Evangelio á los Partos, á los Medos, á los Persas y á los Hircanios. Despues, habiendo ido hasta la India, é instruido á aquella nacion en la religion cristiana, murió atravesado con una lanza por

órden del rey. Sus reliquias fueron trasladadas con el tiempo á la ciudad de Edesa, y despues á Ortona.

En Toscana, san Juan y san Ferto, mártires.

En Licia, san Temístocles, mártir, quien, bajo el emperador Decio, se presentó en lugar de Dióscoro á quien andaban buscando para matarle: fué atormentado en el potro, arrastrado, molido á palos, y recibió la corona del martirio.

En Nicomedia, san Glicerio, presbítero, el cual, en la persecucion de Diocleciano, fué atormentado de muchos modos, y por fin echado al fuego, donde consumó su martirio.

En Antioquía, san Anastasio, obispo y mártir, quien, bajo el imperio de Focas, recibió de los Judíos una muerte cruelísima.

En Tréveris, san Severino, obispo y confesor.

En Tolosa, san Honorato, obispo, quien ordenó á san Fermin, con el tiempo primer obispo de Amiens.

En Sinope en el Ponto, san Focas el Jardinero, celebrado por Astero de Amaseo.

En Escocia, san Eternan, obispo.

En Egipto, san Juan Gama, venerado por los Coptos y por los Etíopes.

En Etiopía, san Darudo, abad.

En Volhynia, san Pedro de Quiovia, arzobispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, Domine, beati apostoli tui Thomæ solemnitatibus gloriari: ut ejus semper et patrociniis sublevemur, et fidem congrua devotione sectemur. Per Dominum nostrum...

Os suplicamos, Señor, nos hagais la gracia de que solemnicemos con alegría la fiesta de vuestro apóstol santo Tomás, para que seamos siempre ayudados por su intercesion, é imitemos su fe con la devocion correspondiente. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los de Éfeso.

Fratres : Jam non estis hospites et advenæ : sed estis cives sanctorum, et domestici Dei : superædificati super fundamentum apostolorum, et prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu : in quo omnis ædificatio constructa crescit in templum sanctum in Domino : in quo et vos coædificamini in habitaculum Dei in Spiritu.

Hermanos : Ya no sois huéspedes y peregrinos, sino que sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios : edificados sobre el fundamento de los profetas, sobre la piedra misma angular, que es Cristo Jesus : en el cual todo edificio que se construye crece, hasta ser un templo santo para el Señor, en el cual tambien vosotros sois edificados juntamente, para ser habitacion de Dios en el Espíritu.

NOTA.

« San Pablo vino á predicar el Evangelio á Éfeso » hácia el año 54 de Jesucristo. No se detuvo allí » mucho tiempo; se contentó con dejar á Aquila y » Priscila. Volvió algunos meses despues, y perma» neció tres años. Estando en Roma, escribió á los » fieles de Éfeso esta carta desde la cárcel. »

REFLEXIONES.

Vosotros sois de la ciudad de los santos. Dichosa suerte, ventaja preciosa, pero poco conocida. Vosotros sois de la ciudad de los santos : luego sois extranjeros; luego no estais sobre la tierra sino de paso, sino como unos caminantes. El cielo solo es vuestra patria, la tierra no debe ser para vosotros sino un lugar de destierro; todos vuestros pensamientos, todos vuestros deseos no deben dirigirse sino á la celestial patria. Yo soy de la ciudad de los santos. ¡Buen Dios, de cuánto consuelo es esta ver-

dad para quien la conoce, y comprende todas sus ventajas! Que el mundo haga todos sus esfuerzos para deslumbrarme con sus brillantes y risueñas apariencias; que los sentidos estén de inteligencia con él para engañarme y seducirme; que mi amor propio me haga encontrar en las honras que encantan el espíritu, en el resplandor que da en los ojos, en esos placeres superficiales y engañosos que embelesan, un cebo que debilita la fe y la religion, y hace que disgusten las máximas mas puras del Evangelio, esta verdad eterna subsiste y subsistirá. Todo lo que embelesa y agrada sobre la tierra, no es otra cosa que vanidad: nosotros somos de la ciudad de los santos, y por consiguiente extranjeros sobre la tierra; y por decirlo de una vez, no somos sino desterrados. Hay caminantes, que en los paises extranjeros por donde viajan encuentran amigos que se les muestran muy obsequiosos, que no omiten diligencia alguna para divertirlos, que les dan todo género de fiestas y alegrías: ¿qué se diria de estos caminantes, si, embelesados con estas diversiones, se olvidaran que son extranjeros, y no pensaran en que tienen que proseguir su viaje? ¿qué se diria de un hombre que, embelesado con los festines que le dan en el lugar de su destierro, se descuidara de hacer diligencias para volver á su patria? ¿qué se diria de este hombre, si en lugar de procurar hacerse amigos para negociar con el rey su vuelta, y para ser restablecido en sus honores y en sus empleos, solo pensara en establecerse en el lugar donde está, en conformarse con las costumbres y modas del pais, y en querer brillar y sobresalir en él, como los que son de aquella tierra? ¿no tratarian todos á este hombre de insensato y de extravagante? ¿Y no se puede decir de la mayor parte de nosotros, *tu es ille vir,* tú eres este hombre tan poco sensato, tan imprudente, tan poco cuerdo? Nosotros somos dester-

rados sobre la tierra; nosotros somos de la ciudad de los santos; el cielo es nuestra patria, este mundo el lugar de nuestro destierro: ved si vuestros sentimientos y vuestra conducta se conforman con esta verdad.

El evangelio es del cap. 20 *de san Juan.*

In illo tempore: Thomas unus ex duodecim, qui dicitur Didymus, non erat cum eis quando venit Jesus. Dixerunt ergo ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Et post dies octo, iterùm erant discipuli ejus intus, et Thomas cum eis. Venit Jesus januis clausis, et stetit in medio, et dixit: Pax vobis. Deinde dicit Thomæ: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomas, et dixit ei: Dominus meus, et Deus meus. Dixit ei Jesus: Quia vidisti me Thoma, credidisti. Beati qui non viderunt, et crediderunt.

En aquel tiempo: Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle, pues, los demás discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les respondió: Si no veo en sus manos las cisuras de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no lo creo. Y pasados ocho dias, estaban otra vez los discípulos en casa, y Tomás con ellos. Vino Jesus, estando cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz á vosotros. Despues dijo á Tomás: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y le dijo: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesus: Porque me viste, ó Tomás, has creido. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

MEDITACION.

SOBRE LA FE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe es absolutamente necesaria para la salvacion; es como el alma del justo, pues el justo vive de la fe, de aquella fe que obra por la caridad. Abrahan, dice san Pablo, no se justificó por las obras, sino por la fe con que las hacia. La fe sin obras es una fe muerta; no lo son menos las obras sin fe. Aunque hicieras milagros, aunque maceraras tu carne con ayunos, con las mas rigurosas austeridades; aunque distribuyeras cuanto tienes á los pobres, todo esto seria sin fruto, sin mérito, sin recompensa, si te faltara la fe. Pocos herejes ha habido que no hayan engañado con las mas hermosas apariencias. Motivos de reforma, ostentacion de penitencia, mascarilla de modestia, todos estos artificios, todas estas simulaciones de piedad se encuentran en todas las sectas; pero desdichado de aquel que se deja engañar de estas exterioridades. Todas estas apariencias son bellas, son loables, pues no presentan sino la virtud respetable á los ojos de todos; pero si estas exterioridades de virtud están sin fe; si esta persona, cuyas conversaciones son tan edificantes, cuyo exterior es tan religioso, cuya conducta parece tan regular, solo tiene una fe vacilante, si no oye á la Iglesia, si no sigue sino su propio espíritu, no es sino un fantasma de cristiano, no es sino un hermoso cuerpo sin alma. El justo vive de la fe. Hagámonos bien cargo de este oráculo. Sin la fe las obras de mayor edificacion no son otra cosa que unas mascarillas superficiales, que tarde ó temprano se quitan ó se caen. La fe viva es la regla y la medida de las buenas obras, de las vir-

tudes y del mérito; sin ella todo es simulacion, artificio, monadas en punto de piedad y de religion. Ninguna cosa es mas de temer para la salvacion, que una fe puramente especulativa; esta fe la tienen todos los condenados. Mientras se vive, se desconocen y se procuran olvidar las verdades terribles de la fe; pero en la hora de la muerte la fe vuelve á tomar toda su fuerza. Pero ¡qué cosa tan triste y de tanta desesperacion conocer que se ha andado descaminado, que no se ha tenido sino una fe muerta; no conocer sus errores y sus flaquezas sino en la hora de la muerte!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la verdadera religion, la religion divina no puede estar fundada sino sobre la fe. El entendimiento humano es demasiado limitado para conocer los divinos misterios. Los principios y la esencia de la verdadera religion son sobre las luces del hombre. Este entendimiento tan limitado, tan escaso de luces, que no puede conocer ni aun las cosas mas naturales, que no se conoce á sí mismo, ¿cómo podria comprender el Ser eterno y supremo? Y si le comprendiese, ¿seria Dios una cosa de quien el hombre tenía un perfecto conocimiento? Es evidente que Dios, este ser eterno é infinito, necesariamente incomprensible á todo otro que á sí mismo, queriendo darse á conocer á los hombres, queriendo arreglar su culto por la religion, y queriendo establecer en el mundo una religion del todo divina en su fin, en su moral y en sus dogmas, no ha debido hacerlo sino por medio de la fe. Así vemos desde la creacion del mundo, que la fe ha hecho siempre el mérito de los elegidos. Pero examinemos cuál es nuestra fe: ¿hace ella nuestro carácter? ¿tenemos una fe humilde, viva, constante y generosa? Consultemos

nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestra conducta. ¿Estamos bien persuadidos, estamos bien penetrados de las grandes verdades que hacemos profesion de creer? ¿prueba nuestra conducta que las creemos? Desengañémonos, la union entre nuestra creencia y nuestras costumbres debe ser estrecha; nuestras acciones deben decir de qué religion somos; se hace poco caso de la voz de Jacob, solas las manos merecen las gracias y las bendiciones.

Yo, Señor, espero probar cuál es mi creencia por mis acciones, por mis sentimientos y mi conducta; para esto tengo necesidad de vuestra gracia: yo os la pido por la intercesion de aquel santo apóstol á quien la fe hizo que se postrara á vuestros piés, os adorara por su Dios, y mereciera vuestras bendiciones.

JACULATORIAS.

Dominus meus, et Deus meus. Joan. 20.
Yo creo, divino Salvador mio, que vos sois mi Señor y mi Dios.

Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Creo, Señor; ayudad mi poca fe.

PROPOSITOS.

1. Nuestra soberbia es la causa de nuestra poca fe; nuestro espíritu no se sujeta sino con dificultad; deslumbrado con sus propias luces, no quiere ver nada que sea sobre ellas. De esta fuente envenenada nacen esas dudas, esas críticas tan perniciosas á la simplicidad de la fe. Por ellas, sobre todo el dia de hoy, han perdido todo su valor las tradiciones mas religiosas, las verdades mas antiguas, y las mas respetables autóridades. Todo se ha hecho opinion; de este modo el espíritu particular se ha erigido en juez, y se han extendido las sectas de los herejes. Mira toda tu vida

con un extremado horror á esos eruditos orgullosos, y á esos críticos osados que, con el pretexto de buscar la verdad, no buscan sino como extinguir la fe y desacreditar la religion: lo que muchos han conseguido por nuestra desgracia.

2. La fe debe ser sencilla, humilde y viva: cree todas las verdades de la religion con una sumision perfecta. Condena todas esas sutilezas y delicadezas de espíritu, como sumamente dañosas á la simplicidad de la fe. No permitas que jamás se hable delante de tí de semejantes puntos de crítica. Prohíbete para siempre los libros que tratan de ellos, porque ninguna cosa es mas contraria á la fe que el reducirlo todo á opinion.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN FLAVIANO, MÁRTIR.

Pocas familias se hallarán mas ilustres que la de san Flaviano, no solo por la brillantez de su nacimiento, y por la dignidad de sus empleos, sino mas particularmente por haber sido padre de dos ilustres vírgenes mártires, santa Bibiana y santa Demetria, y marido de santa Dafrosia, que dió su vida por la fe, y por haber él mismo ilustrado su santa familia con el resplandor de su virtud y con la gloria del martirio.

No se sabe cosa alguna en particular de sus antepasados, ni de su niñez. Solo se sabe que era de una *familia antigua de Roma*, *muy distinguida* por su calidad y por los primeros empleos de la magistratura, y aun mas por su inviolable afecto al cristianismo, del que su casa hacia pública profesion mucho tiempo habia. Se deja ver claramente que nuestro santo

habia tenido una educacion cristiana, y que su ejemplar piedad, unida á una tan bien fundada reputacion de la mas exacta probidad, y á una prudencia poco comun, le hizo conocer y estimar de los emperadores cristianos, le mereció su amistad, y los movió á honrarle con la primera magistratura del imperio. Fué prefecto de Roma, dignidad que era una de las primeras del imperio romano, y que ejerció á satisfaccion de los emperadores y de toda la ciudad.

Pero quien cumplia tan bien con todas las obligaciones de su dignidad, no echaba en olvido las de la religion. La santidad de su mujer y de sus hijas son el mejor elogio de la santa educacion que les daba, y dan bastante á conocer los grandes ejemplos de piedad que daba á su familia. Su zelo por la religion le hacia aprovecharse de todas las ocasiones que se presentaban de extenderla, y de hacer aun mas ilustre de lo que era el nombre cristiano. Su caridad para con los desdichados hacia que le miraran como el padre de los pobres. Habia pocos que no acudiesen á Flaviano en sus necesidades, y ninguno que no hallase alivio en sus miserias. Se puede decir que la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida hacian honor á la religion. Mostró en toda ocasion que era siervo de Jesucristo, y que su mayor deseo era que fuese conocido y adorado de todo el mundo.

Habiendo llegado á ser emperador de Oriente el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, tuvo la desgracia de hacerse arriano por las porfiadas instancias de su mujer Eusebia: persiguió á la Iglesia con furor, desterró la mayor parte de los obispos católicos, y sobre todo al gran san Atanasio. Habiendo sido muerto Constante su hermano, emperador de Occidente, por el tirano Majencio el año 350, vino Constancio á ser dueño de los dos imperios. Entonces, no teniendo ya á quien contemplar, formó la reso-

lucion de hacer arriano todo el imperio, persiguiendo con todo rigor á los católicos. San Flaviano era demasiado ilustre, y su zelo por la religion católica sobresalia demasiado para no ser comprendido en la persecucion. Al principio no se omitió diligencia alguna para ganarle y seducirle: promesas, lisonjas, amenazas, de todo se echó mano para derribar su fe: pero ninguna cosa fué capaz ni aun de hacerla titubear y vacilar. De invencible defensor de la divinidad de Jesucristo vino bien pronto á ser su predicador y su apóstol. Lejos de temer las amenazas del emperador arriano, fué uno de los generosos confesores de la divinidad de Jesucristo que confirmó mas fieles en la fe. Su constancia le hizo odioso á la corte: se le quitó su empleo, y tuvo un indecible gozo en verse obligado á vivir una vida pobre y privada por defender la honra de Jesucristo.

Una confesion tan generosa no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Habiendo muerto el emperador arriano en Mopsuesta de Cilicia el año 361, el impío Juliano, llamado el Apóstata, que habia sido creado césar el año 355, se vió solo dueño del imperio. Sus primeros cuidados fueron declarar una guerra abierta á Jesucristo, y tomar sus medidas para exterminar el cristianismo, si hubiese podido, en todo el imperio. Su ciega pasion al paganismo le hizo renovar todas las persecuciones de los emperadores paganos contra los cristianos. En todas partes no se oia otra cosa que publicar edictos terribles contra la religion de Jesucristo; no se veia otra cosa en todos los pueblos sino horcas, cadalsos, ecúleos ó caballetes y torturas. Todos los templos de los dioses se abrieron, se restablecieron sus impíos sacrificios, mientras que á los cristianos se les prohibia todo culto del verdadero Dios, todo ejercicio de la religion cristiana. Resucitados, por decirlo asi, los idólatras por la im-

piedad de este emperador apóstata, declararon en todo el mundo la guerra á los fieles. Pocas persecuciones ha habido en que la crueldad fuese llevada mas lejos, y la desolacion fuese mas universal; pero en ninguna parte hizo tantos destrozos como en Roma, y con quienes mas se señaló fué con las gentes de calidad. Se vieron familias opulentas reducidas por la fe á la última miseria, y gentes de la primera clase tratadas con la mayor ignominia é indignidad.

Bien conoció san Flaviano que no seria perdonado de esta tempestad; pero sea que respetasen al principio su nombre, su edad y sus servicios, la primera borrasca pareció perdonarle. El santo se sirvió de su libertad para aliviar y socorrer á los que la habian perdido: iba de casa en casa consolando á los fieles, y metiéndose hasta en los subterráneos, donde el temor los habia juntado. Se le veia en las prisiones exhortar á los generosos confesores, y subir él mismo sobre los cadalsos para fortalecerlos y alentarlos al martirio. A todos se extendia su zelo y su caridad: consolaba á unos, animaba á otros, y hacia bien á todos.

Un zelo tan puro y tan activo, y una caridad tan religiosa no fueron tolerados mucho tiempo por los perseguidores. Avisaron al emperador que Flaviano, antiguo prefecto, sostenia la fe de los cristianos contra los edictos que él mismo habia publicado, y que hacia inútiles todos los artificios de los idólatras. Irritado el emperador contra este digno siervo de Jesucristo, mandó á Aproniano, sucesor de Flaviano en el empleo de prefecto, que sin tener respeto á su calidad, á su edad, ni á los servicios que habia hecho al estado, le hiciese prender, y le obligase, ó á renunciar su religion, ó á acabar la vida en los tormentos.

Aproniano, hombre cruel y bárbaro, ejecutó al

punto la órden del emperador. San Flaviano fué preso, cargado de hierros, y encerrado en un oscuro calabozo. Este ex-prefecto, tan respetable por sus empleos y por su propio mérito, fué preguntado por el juez; y él respondió con un aire determinado, y con un tono que dió á conocer claramente al juez que su fe era à toda prueba, que era cristiano, y que esta era la única cualidad de que se preciaba; que estaba pronto no solo á sacrificar todos sus bienes, sino tambien la vida por su religion; que se tendria por sumamente dichoso si Dios se dignaba aceptar su sacrificio. Cuanto mas le instaba Aproniano, unas veces con promesas, otras con amenazas, á conformarse con la voluntad y órdenes del emperador, tanto mas constante se mostraba nuestro santo. Queriendo el juez impío dar gusto al emperador, dió órden para que Flaviano fuese degradado de su nobleza y de todas las insignias de su dignidad, y que fuese tratado como el mas vil esclavo.

Uno de los suplicios mas ignominiosos entre los Romanos era ser marcado en la frente con un hierro hecho ascua, como se practicaba con los mas infames facinerosos; y este suplicio tan infamatorio se le hizo sufrir á este venerable ex-prefecto. Fué, pues, marcado en la frente; y aunque el tormento era doloroso, y muy sensible para un hombre de bien, san Flaviano le sufrió con alegría, y recibió esta afrenta como la mayor honra que habia recibido en toda su vida. No paró en esto Aproniano : hubiera deseado hacerle perder la vida en un cadalso; pero sabiendo que nuestro santo era universalmente amado y estimado en Roma, temió una sedicion; y así se contentó con condenarle á un destierro perpetuo, confiscándole todos sus bienes, sin dejarle ni aun lo preciso para vivir : fué, pues, desterrado al lugar llamado Aguas del Toro, que al presente se llama Aquapendente,

con órden á las guardias de usar con él todos los malos tratamientos imaginables para hacerle morir de pura miseria.

El destierro por Jesucristo colmó á nuestro santo de gozo, previendo desde luego que era el camino para llegar á la gloria del martirio. Aunque dejaba una mujer sin amparo, y dos hijas jóvenes, expuestas á la persecucion de un juez impío, las abandonó con valor á los cuidados de la Providencia divina, y no dudó que su suplicio les alcanzaria del cielo todos los auxilios y bendiciones necesarias para permanecer constantes en la fe, como el suceso lo hizo bien pronto ver en estas dos ilustres mártires.

Su mansion en el lugar de su destierro no fué larga, pero fué santa. Sufrió todo lo que la dureza del juez y la crueldad de los paganos pudieron inventar para hacerle penosa y desagradable aquella mansion. Su mayor, ó por mejor decir, su única ocupacion fué la oracion : pasaba en ella dia y noche; y en este ejercicio le coronó Dios con la gloria y el mérito del martirio. Como murió de las miserias que padeció en su destierro, ha sido mirado en la Iglesia como un glorioso mártir de Jesucristo; así como otros muchos que no perdieron la vida con el hierro ni con el fuego, los cuales no dejan por eso de ser honrados como mártires en la Iglesia.

SAN DEMETRIO, MÁRTIR.

San Demetrio, conocido en la iglesia griega con el título de *Gran Mártir*, celebrado en ella con un culto equivalente á este concepto, del mismo modo que entre los Rusos, Moscobitas, Sirios, Etíopes y otras naciones, á quien aplauden los Orientales con los mas altos elogios en muchos de sus panegíricos por el

heróico sacrificio que hizo de su vida al Señor, por su ardiente zelo en propagar la fe, y por sus portentosos milagros, siguió, segun nos dicen varios escritores, la profesion militar en lo mas florido de sus años, bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano. Tenia Demetrio su cuartel en Tesalónica, ciudad mas distinguida por haber sido santificada con la predicacion de san Pablo, que por su grandeza, riquezas y antigüedad. Y queriendo en aquella capital, que fué el campo de sus combates y de sus triunfos, imitar la vida y las costumbres de los apóstoles, se constituyo predicador de la fe de Jesucristo por medio de sus sabias exhortaciones y de sus grandes ejemplos de virtud. Su candor, su modestia y afabilidad, con que se hizo amable á todo el pueblo, prevenian los penetrantes discursos que hacia á toda clase de personas; logrando á costa de incesantes fatigas la conversion de innumerables paganos, á quienes ilustraba con la luz de la verdad, y sacaba de las miserables sombras de la muerte, en que vivian engañados, tributando adoraciones sacrílegas á los ídolos, con usurpacion de las que debian al verdadero Dios.

Aunque su bella presencia, el vigor de una floreciente juventud, y el traje militar le servian de un aspecto exterior para ocultar todas sus buenas obras á los ojos de los gentiles, y para continuar con mas libertad en sus laudables empresas durante la persecucion suscitada contra los cristianos; sin embargo, el santo no se ocultaba en términos, que pareciese tomar precauciones para huir de la muerte en honor de la religion de Jesucristo, por cuya defensa deseaba sacrificar su vida. Y como el Señor conocia estas fervorosas ansias de su corazon, no quiso privarle de esta dicha en premio de sus relevantes merecimientos.

Presentóse el emperador Maximiano en Tesalónica á su regreso de Roma. Quiso dejar en aquella ciudad,

como en todas partes por donde hizo tránsito, señales de su natural crueldad, y del odio implacable que profesaba á los cristianos. Los soldados, hombres feroces y bárbaros, del mismo brutal temperamento que el emperador, á quienes este tenia particularmente encargada la comision de buscarlos, descubrieron fácilmente á Demetrio, que era bien conocido en la ciudad, creyendo que darian el mayor gusto al tirano con ofrecerle un hombre que era el autor de tantas conversiones de los paganos á la fe, haciéndoles abandonar las necias supersticiones de la gentilidad. Prendiéndole, y atándole del modo mas indecoroso, le presentaron á Maximiano al tiempo que iba á ver un convite de gladiadores. El tirano por no privarse de aquella diversion bárbara, en que se deleitaban los paganos, mandó que le llevasen á una cámara de los baños, que estaba junto al anfiteatro, y que le asegurasen allí hasta su vuelta. Ejecutóse así, colocándole en un lugar lleno de inmundicias y de animales ponzoñosos; y volviendo el emperador del espectáculo de muy mal humor, á causa de haber muerto en los funestos juegos un gladiator que él amaba mucho, apenas se le habló del cristiano Demetrio detenido de su órden, sin otra forma de juicio, ni averiguacion, mandó que le quitasen la vida á lanzadas en el mismo lugar donde se hallaba; con lo cual consiguió la corona del martirio por los años 304, segun el cómputo mas regular.

Abandonado el venerable cadáver por los verdugos despues de haberle dado la muerte, le sepultaron los cristianos secretamente fuera de la ciudad. Era el lugar poco conveniente al mérito del ilustre mártir; pero Dios le distinguió gloriosamente por la excelencia de los muchos prodigios que se dignó obrar allí en favor de los que concurrian á venerarle y reclamar su proteccion. Leoncio, prefecto de Iliria, habiendo conse-

guido por la mediacion del santo la perfecta curacion de un accidente en que le desahuciaron de todo remedio humano los mas hábiles facultativos, en reconocimiento de tan singular favor hizo construir sobre el túmulo de Demetrio un magnífico templo, donde se le tributasen los mas solemnes cultos. Pero creciendo de dia en dia la fama de los milagros que continuaba obrando la mano del Altísimo por la intercesion de su siervo, atrajo una multitud de fieles de todas partes, y se formó una peregrinacion famosa por toda la Grecia en obsequio de aquel célebre sepulcro.

Las historias de los Orientales refieren diferentes maravillosos prodigios que merecieron á san Demetrio el título de Taumaturgo, y el de gran mártir. Son memorables entre otros portentos la preservacion de Tesalónica de dos pestes fatalísimas, su salvacion en el porfiado sitio que le pusieron los bárbaros en tiempo del emperador Mauricio, y la señalada victoria que consiguió el emperador Miguel IV de los Vúlgaros por intercesion del santo, tan reconocida, que muchos emperadores de Constantinopla, y diversos señores del Oriente ofrecieron sus votos : todo lo cual hizo muy recomendable la devocion de este ilustre mártir de Jesucristo, cuyas reliquias se han distribuido por diferentes partes del orbe cristiano. Diego de Ainsa Iriarte en la Historia Ocense dice que fueron trasladadas al pueblo de Loarre, del obispado de Huesca, en Aragon, donde se les tributa la veneracion y culto correspondiente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Lavicana, entre los dos laureles, la fiesta de treinta bienaventurados mártires, coronados todos el mismo dia en la persecucion de Diocleciano.

En el mismo lugar, san Flaviano, ex-prefecto, quien, condenado bajo Juliano Apóstata á ser marcado en la frente con una inscripcion en odio de Jesucristo, y enviado á destierro á las Aguas del Toro, rindió allí el alma á Dios estando en oracion.

En Ostia, san Demetrio, san Honorato y san Floro, mártires.

En Alejandría, san Isquirion, mártir, quien, negándose á sacrificar cuando le apuraban con invectivas y baldones, fué muerto con una estaca puntiaguda que le atravesó las entrañas.

En Egipto, san Queremon, obispo de Nilópolis, y otros muchos santos, mártires, de los cuales unos fugitivos en lo mas recio de la persecucion de Decio, y errantes por los desiertos, fueron despedazados por las fieras; otros perecieron de hambre, frio y miseria; otros fueron muertos por los bárbaros y los bandoleros: todos alcanzaron la gloria del martirio.

En Nicomedia, san Zenon, soldado, á quien, por haberse reido de Diocleciano cuando estaba sacrificando á Ceres, quebrantaron las quijadas, arrancaron los dientes y cortaron la cabeza.

En Metz, san Félix, segundo de este nombre, obispo.

En Maso del Rure, san Hongerio, obispo de Utrecht.

En Dorat en el Limosin, el bienaventurado Israel, primer chantre de aquel lugar.

El propio dia, el bienaventurado Amasuindo, abad del órden de san Benito.

En Faldera de Alsacia, san Vicelino, confesor.

En Disemberg en el Palatinado del Rin, la bienaventurada Yuta, vírgen, reclusa, hermana de Meynard, conde de Spanheim.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui beati	Haced, ó Dios omnipotente, que seamos fortificados en el

Flaviani martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum...

amor de vuestro santo nombre por la intercesion de vuestro bienaventurado mártir Flaviano, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 6 de la de san Pablo á los Romanos.

Fratres : An ignoratis quia quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus? Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem : ut quomodò Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitæ ambulemus. Si enim complantati facti sumus similitudini mortis ejus: simul et resurrectionis erimus. Hoc scientes, quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati, et ultrà non serviamus peccato.

Hermanos : ¿Ignorais por ventura que todos los que estamos bautizados en Cristo Jesus, hemos sido bautizados en su muerte? Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo para morir, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así tambien nosotros vivamos con nueva vida; porque si nosotros hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte, tambien lo seremos en su resurreccion. Sabiendo esto, que nuestro hombre antiguo ha sido crucificado, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y no sirvamos al pecado en adelante.

NOTA.

« En este capítulo enseña san Pablo, que así como » estamos muertos al pecado por el bautismo para » no vivir mas en él; así solo debemos vivir para la » justicia, de la que hemos sido hechos como siervos » y soldados. »

REFLEXIONES.

¿Por ventura no sabeis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? El bautismo toma toda su eficacia de la

muerte de Jesucristo; y así deberia ser una fiel imágen y expresion de él, de suerte que los que le han recibido, fuesen otros tantos hombres muertos al pecado, y crucificados al mundo. Dichoso aquel cristiano que, fiel al empeño que contrajo en su bautismo, no cuida sino de manifestar y consumar en sí esta muerte mística. Esta muerte, segun el espíritu del cristianismo, debe ser el carácter y la insignia de todos los fieles. ¿Y no se podria decir el dia de hoy que el pecado ha resucitado en el mundo, pues tantas gentes viven tranquilamente en pecado? La inmersion en las aguas del bautismo es figura de la sepultura del Salvador; ¿y no debiéramos salir de este baño saludable como el Señor salió del sepulcro, esto es, para vivir una vida enteramente espiritual? pero ¿qué se ha hecho, y dónde está el dia de hoy esta vida de la gracia, esta vida espiritual? ¿cuántos cristianos no viven sino segun la carne, para resucitar con Jesucristo? ¿Nos miramos nosotros como unos hombres sepultados con él en un sepulcro nuevo, sin movimiento, y sin vida para todos los objetos criados? ¿conoces muchas gentes que sean un vivo retrato de Jesucristo en la sepultura? ¿lo eres por ventura tú? *Nosotros hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte.* La cruz del Salvador es un árbol de vida, en el cual debemos estar como ingeridos para llevar buenos frutos. En efecto, el ingerto no debe estar mas unido al árbol, que nosotros debemos estarlo á la cruz, ó por decirlo mejor, á Jesucristo crucificado; pero con esta diferencia, que el ingerto es quien hace al árbol idóneo y propio para llevar mejores frutos, corrigiendo el jugo silvestre que recibe de él; mas Jesucristo, en el cual estamos como ingeridos, es quien corrige la malignidad y la corrupcion de nuestra naturaleza por el principio de vida que nos comunica. Todos sentimos que hay en

nosotros como dos hombres diferentes, siempre en oposicion y en guerra el uno con el otro: el hombre viejo, nacido de Adan; y el hombre nuevo, reengendrado de Jesucristo. El Salvador murió para desarmar y destruir al hombre viejo, y por decirlo asi, le clavó en la cruz. Si este hombre viejo revive en nosotros, recurramos al mismo remedio, crucifiquémosle; la cruz, esto es, el dolor y la humillacion seguramente le harán morir siempre que echemos mano de ella.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

DE LA DULZURA DE LA VIRTUD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, por poco juicio que se tenga, se conviene fácilmente, aun en el mundo, que la virtud es amable, y que la suerte de un hombre de bien es feliz. Se conviene que ha tomado el buen partido, se admira la tranquilidad de que goza, se envidia su per-

severancia; y no hay uno, aun entrando los libertinos, que no quisiese morir como hombre de bien; pero por mas cuidado que se ponga para despojar á la virtud cristiana de aquel aire áspero, austero y melancólico con que muchos se la figuran; por mas apacible y agradable que sea su cara, se forma siempre una idea espantosa de ella; por mas que se demuestre que son planas todas sus avenidas, se quiere que sus caminos sean fragosos, que todo en ella esté sembrado de cambrones y espinas, y que en su terreno no nazcan sino cruces. Cuando todo esto fuera verdad, cuando la virtud no habitara sino sobre la cima de los mas altos y mas escarpados montes, cuando su aire se tragara, por decirlo así, á los habitantes, cuando hubiera de costar mucho trabajo el ser hombre de bien, á quien tiene fe ¿le queda otro partido que tomar? Pero si la alegría, la tranquilidad y la dulzura son inseparables de la verdadera virtud; si desde que un corazon está lleno de Dios, si desde que una alma es toda de Dios, lo encuentra todo llano; si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud tienen todas las puntas embotadas, si no punzan, si ciertamente son mas abundantes en todo otro estado, donde sin duda punzan mucho mas; si la estrechez del camino les deja á todos un espacio bastante ancho y acomodado; y si todos los monstruos que se encuentran en la region de la virtud no son sino unos fantasmas, que lo mismo es acercarse á ellos, que desaparecer; ¡qué pesar, qué desesperacion algun dia la de esas personas cobardes que estiman y aun aman la virtud, pero que se alejan de ella, porque temen encontrarla rodeada de dificultades, y no dispensando sino penas á los que la abrazan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas nuestras turbaciones. todas nuestras inquietudes, todas nuestras amarguras, todos nuestros pesares, durante esta vida, no vienen sino de nuestras pasiones; *ellas* son los enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvacion, y el orígen fatal de nuestros disgustos. Con la práctica de la virtud, si las pasiones no se destruyen de todo punto, á lo menos se doman, lo que todavía es mas agradable y mas dulce. Un leon dócil, unos elefantes que pelean por tí, que respetan al que los ha amansado, y que le sirven de guardia y de defensa; hé aquí lo que la virtud hace de las pasiones. ¿Queda todavía una raiz, una fibra de soberbia? se hace uso de ella para menospreciar al mundo: ¿se sienten todavía algunos movimientos de ira? se hacen servir para ejercitar con gusto contra sí mismo todos los rigores de la penitencia. El primer don que Dios dispensa al alma es su gracia, con la cual se puede todo: el segundo es su amor, y el amor hace que todo sea fácil y agradable: el tercero es una confianza entera, y como una seguridad de la salvacion, fundada siempre en la bondad de Dios, de la que se tienen pruebas tan sensibles, y la que no permite que se dude de ella; y aunque todo esto esté mezclado con un temor saludable, este temor en nada perjudica. Considera cuántos manantiales abundantes de consuelos y de gozo tienes en la virtud. Pero ¡qué dulzuras las que corren de estos manantiales! La paz del alma, la tranquilidad del corazon, la sumision de las pasiones, el dulce testimonio de la propia conciencia. ¡Buen Dios, qué abundancia de consuelos no derramais en el alma de vuestros siervos! Adversidades, cruces, enfermedades, reveses de fortuna, accidentes no esperados, desgracias, vosotras perdeis toda vuestra

amargura cuando encontrais con un corazon puro, con un corazon abrasado en el amor de Dios; el pensamiento de la muerte, la muerte misma no puede menos de llenar de gozo à una alma fiel. ¡Oh, Señor, y cuánta verdad es que vuestro yugo es suave y lijero! Haced, Señor, que yo tenga la dicha de experimentarlo en mí mismo.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Qué abundancia de dulzuras no reservais, Señor, para los que os temen y os aman! Dichoso aquel que lo experimenta.

Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus: Beatus vir, qui sperat in eo. Salm. 33.

Gustad, y ved si hay cosa que pueda compararse con las dulzuras que se hallan en el Señor. Dichoso el hombre que no espera sino en su Dios.

PROPOSITOS.

1. El mundo dice que el yugo del Señor es insoportable; pero el mismo Jesucristo dice que es suave, y que sus mandamientos no son difíciles de guardar: ¿á quién hemos de creer? el mundo lo dice, esto es, los que no saben cosa alguna sobre este punto; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. El mundo dice que no hay sino gozo, dulzuras, consuelos en el mundo; pero en esto ¿dice la verdad? Díganlo las gentes del mundo; afírmate bien el dia de hoy en estas importantes verdades, tan confirmadas por la experiencia; y si tú no las experimentas en tí mismo, cree que tu poca virtud tiene la culpa.

2. No niegues á Dios cosa alguna. La fidelidad en

las cosas mas pequeñas abre, por decirlo así, la puerta á todas esas delicias espirituales. Jamás hables de la virtud que no sea en este tono. El pensamiento del cielo y de la eternidad son de un gran socorro para sentirlas, aun cuando el alma padece las mayores sequedades. No busques las dulzuras en el servicio de Dios; porque esto seria detener su corriente, y aun hacer secar la fuente. No sirvas á Dios sino por amor de Dios, y porque merece que le sirvas.

DIA VEINTE Y TRES.

SANTA VICTORIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Ningun nombre convino jamás mejor á la cosa á que se impuso, que el de Victoria á la santa cuya vida y triunfos sobre los enemigos de Jesucristo escribimos. Era natural de Tívoli, una de las mas antiguas ciudades de Italia sobre el Teverona, mas antigua que Roma, de cuya ciudad dista poco, y célebre aun el dia de hoy por sus pinturas, por sus palacios, por sus fuentes y por sus antigüedades. Nació nuestra santa á principios del tercer siglo, de una familia distinguida por su nobleza, y por sus muchas riquezas, pero todavía mas ilustre por la adhesion á la religion cristiana de que sus padres hacian profesion. La educacion que le dieron correspondió perfectamente á su calidad y á su religion. Un natural feliz, un carácter suave y dócil, unos modales nobles y llenos de agrado la hicieron desde luego el embeleso de sus padres; pero lo que se la hacia todavía mas amable fué su virtud, la que, unida á una rara hermosura, la hizo una de las mas cabales personas de su sexo.

Era Victoria las delicias de sus padres, quienes,



STA VICTORIA, VIRG. Y M.

viéndola ya casadera, y solicitada de los jóvenes mas distinguidos que habia en Roma, la prometieron por esposa á un caballero, llamado Eugenio, de los mas calificados de la ciudad, y el mancebo quizá mas cabal de ella por sus grandes y bellas calidades; pero tenia la desgracia de ser pagano. Victoria se sorprendió de que le hubiesen destinado por esposo un jóven idólatra; pero sus padres, prendados de la dulzura, del talento y de los bellos modales de Eugenio, se habian persuadido que su hija no dejaria de convertirle; y la esperanza de esta conversion era principalmente lo que los habia movido á concluir este casamiento. Victoria se rindió al gusto de sus padres, y agradándole Eugenio, y hallándole del carácter que se le habia pintado, se prometió la santa hacer de él una conquista para Jesucristo, quitándole al paganismo.

Tenia Victoria una amiga, llamada Anatolia, doncella de calidad, y cristiana como ella, la que no le cedia en belleza, y mucho menos en virtud : era de un talento superior, y pasaba por una de las doncellas mas cabales de la ciudad. Como era con poca diferencia de la misma edad que Victoria, fué pedida al mismo tiempo por un señor romano, llamado Tito Aurelio, que le tenia una violenta pasion, y hacia muchas instancias para que se efectuara este casamiento; pero era pagano, y esta consideracion era un grande obstáculo para una doncella como Anatolia, que habia hecho voto de virginidad, y que no podia sufrir á un idólatra. Sus padres, no obstante, entraban muy bien en este partido, y no cesaban de solicitarla á que diese su consentimiento á una alianza que le era tan ventajosa.

La generosidad con que Anatolia despreció esta proposicion, aumentó la pasion del caballero, el que empleó todo género de artificios para ganar á su fu-

tura esposa; pero siendo todo inútil, se imaginó que nadie era mas capaz de ablandarla que su amiga Victoria, la que, debiendo casar con Eugenio que era su grande amigo, tenia interés en que Anatolia tomase el mismo partido que ella. Va, pues, á buscarla Tito Aurelio, y le pide con las mayores instancias que le haga este buen oficio. Victoria, que habia ya consentido en casarse con Eugenio, admitió gustosa la comision, y prometió ganar á su amiga Anatolia.

Va, pues, á encontrarla, y despues de mil demostraciones de amistad, le dice: « Ya sabes, amiga mia, que yo soy cristiana como tú, y en esta suposicion yo me guardaria de aconsejarte nada que te pudiese traer algun perjuicio: no ignoras que estoy prometida al caballero Eugenio, y yo sé que el caballero Aurelio está apasionado por ti: tus padres desean que te cases con él: debes creer que la voluntad de Dios se te ha manifestado por la de tus padres, y así haces mal en rehusar porfiadamente una alianza como esta. Dios no condenó el matrimonio; podemos tú y yo santificarnos en este estado, y yo creo que Dios nos llama á él para sacar su gloria. Los caballeros Eugenio y Tito Aurelio es verdad que son paganos, pero ¿quién sabe si Dios nos los ha destinado por esposos, porque quiere hacerlos cristianos! Entrambos son de un carácter muy bueno, y tienen sobrado entendimiento para querer morir en su religion: ¡qué consuelo no seria el nuestro, si quisiera Dios servirse de nosotras para hacer de entrambos dos generosos fieles! Por lo que á mí toca, yo he consentido en casarme con Eugenio únicamente con la esperanza de ganarle para Jesucristo: proponte tú el mismo motivo casándote con Aurelio, y aprovechémonos de la pasion que uno y otro nos tienen para robar al paganismo y al infierno dos tan ilustres despojos. »

Anatolia oyó tranquilamente á su amiga sin interrumpirla; pero lo mismo fué acabar de hablar, que tomar ella la palabra y decirle : « Créeme, mi querida Victoria, tú y yo tenemos un partido mucho mas ventajoso que el de estos dos señores romanos. Convengo contigo en que el estado del matrimonio es bueno, y de ningun modo condeno á los que, siendo llamados á él, le abrazan; pero tú convendrás conmigo en que hay un estado mucho mas perfecto, y que este es el de las vírgenes. Estas son las que hacen la corte al Cordero sin mancha, y le acompañan á todas partes en calidad de esposas : Dios no condena el matrimonio; pero ¿cuánto mas alaba el celibato? El caballero Eugenio se quiere casar contigo; pero Jesucristo desea ardientemente que tú seas su esposa; mira tú ahora á cuál de los dos quieres dar la preferencia : por lo que á mi toca, mi partido está tomado, y nunca tendré otro esposo que Jesucristo; pero ya que me es preciso descubrirte mi corazon, el que nada tiene oculto para tí, voy á hacerte una confianza. Luego que supe las diligencias que el caballero Tito Aurelio hacia con mis padres para casarse conmigo, me retiré á mi oratorio; y allí, puesta á los piés de un crucifijo, hice voto á Dios de mi virginidad por todo el tiempo de mi vida, resuelta á no tener jamás otro esposo que á Jesucristo. El mismo dia distribuí á los pobres todo el valor de mis joyas y alhajas. La noche siguiente tuve una vision, en que un mancebo de una belleza toda celestial se me apareció rodeado de un resplandor extraordinario, llevando en su cabeza una corona de oro; estaba vestido de púrpura y de piedras preciosas, y acercándose á mí con un aire afable y risueño, me dijo estas palabras : ¡Oh si se conociera la belleza y el precio de la virginidad! Si se comprendieran las dulzuras admirables de esta celestial virtud, todo se sacrificaria

por tener esta piedra preciosa; y despues de haberlo sacrificado todo, todavía se creeria haberla adquirido por nada. A estas palabras desperté; y postrándome en tierra con lágrimas en los ojos, pedí con instancia á Jesucristo, que aquel que me habia dicho aquellas palabras continuara en instruirme. Entonces oí la misma voz, la que me decia que la virginidad era una real púrpura, que á los que están vestidos de ella los ensalza sobre los otros, y los pone junto al trono del Cordero. La virginidad, añadió, es una piedra preciosa que no tiene precio; es un tesoro inmenso con que Dios enriquece á sus favoritos: los ladrones emplean todos sus artificios, y hacen todos sus esfuerzos para robarla á los que la poseen. Dios te ha privilegiado, concediéndote esta preciosa virtud: consèrvala con cuidado. Es una flor que hace suyo, se lleva tras sí al Señor; pero es una flor delicada: aparta de tí todo lo que la puede marchitar, y está tanto mas solicita, cuanto la poseas en un grado mas eminente.»

Victoria escuchaba todo esto con una atencion y de un modo que á Anatolia se lo hacia esperar todo. Movida de un discurso pronunciado con energía, y que salia de un corazon abrasado en el fuego del amor divino, se echó al cuello de su querida amiga; y todavía mas movida de la gracia, que de lo que acababa de oir, le dice bañados los ojos en lágrimas: «Querida mia, no se dirá que sola tú has escogido el buen partido: Jesus, mi Salvador, quiere ser mi esposo, y yo no quiero tener otro; ninguna cosa será jamás capaz de hacerme perder el precioso tesoro de mi virginidad. Ahora veo que la esperanza de la conversion de un esposo pagano era un cebo, ó por mejor decir, un lazo que el demonio me armaba. Querida Anatolia, tú has sido mi amiga, yo seré de hoy en adelante tu compañera; y aunque

hubiese de costarnos la vida, ¿podríamos hallar cosa mas dulce y de mayor satisfaccion que el martirio engalanado con la virginidad? »

Apenas hubo acabado de hablar Victoria, cuando, despidiéndose de Anatolía, se va á su casa; y habiendo vendido el mismo dia sus anillos, sus collares de perlas, sus ricos pendientes de oro y todos los demás vanos adornos, distribuyó el dinero entre los pobres.

La conducta de estas dos vírgenes cristianas manifestó bien pronto su generosa resolucion. Informados los dos caballeros Eugenio y Aurelio de su determinacion, hicieron las mayores diligencias para obligarlas á consentir en su casamiento; pero viendo que estaban inflexibles, recurrieron al emperador, y no pudiendo resolverse á perderlas, se contentaron con pedir al príncipe les permitiese cogerlas y llevarlas á sus casas de campo para ver si podrian ganarlas, ó con el buen modo, ó con las amenazas, ó con los malos tratamientos, si perseveraban en su propósito. Anatolia fué puesta en una casa de campo en la Marca de Ancona, donde sufrió un prolongado martirio, y en donde célebre por los milagros que hacia, y por las conversiones que se seguian de los milagros, fué delatada por cristiana al emperador, el cual envió órden al presidente Faustiniano para que la obligara á adorar á los dioses; y si lo rehusaba, que le hiciera perder la vida. Ejecutóse la órden, y la santa acabó gloriosamente su martirio, atravesándole el cuerpo con una espada el dia 9 de julio del año de 253, en cuyo dia celebra la Iglesia su memoria.

No fué menos dichosa la suerte de santa Victoria, habiendo sido encerrada en un castillo, donde fué tratada por mucho tiempo con una crueldad inaudita; jamás esclavo alguno tuvo tanto que sufrir: sin embargo, ninguna cosa pudo vencer su constancia; antes bien, victoriosa de todo género de enemigos

de Jesucristo, tuvo tambien el consuelo, en medio de tantos malos tratamientos, de adquirir para el Salvador un gran número de nuevas esposas, habiendo persuadido á muchas doncellas que la iban á ver, que consagraran á Dios su virginidad. Adelmo, obispo de los Sajones orientales en Inglaterra, que escribió su historia, dice que juntó hasta sesenta, de las que la mayor parte unieron á la virginidad la gloria del martirio. Finalmente, cansado Eugenio de su perseverancia, la delató por cristiana, y habiendo obtenido órden de hacerla morir, hizo venir un verdugo que le atravesó el corazon con una espada. Fué su glorioso martirio el dia 23 de diciembre del año 253, durante la persecucion de Decio. Se asegura que el verdugo que le quitó la vida se llenó de lepra entonces mismo, y que murió comido de gusanos á los seis dias.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la siguiente.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Victoria virgo et martyr imploret: quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum...

Haced, Señor, que alcancemos el perdon de nuestros pecados por la intercesion de la bienaventurada Victoria, virgen y mártir, la que siempre os fué grata por el mérito de su castidad, y por la profesion y manifestacion de vuestra virtud y poder. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 7 de la primera de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Existimo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si au-

Hermanos: Juzgo que esto es bueno por la necesidad que insta, porque al hombre le está bien el estarse así. ¿Estás atado á la mujer? No busques soltura. ¿Estás suelto de la mujer? No busques mujer. Pero si to-

tem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: Tempus breve est: reliquum est, ut qui habent uxores, tanquam non habentes sint.

mares esposa, no pecaste. Y si la vírgen se casase, no pecó. Pero los tales padecerán la tribulacion de la carne; mas yo no hablo de vosotros. Esto, pues, os digo, ó hermanos: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen esposas sean como los que no las tienen.

NOTA.

« Esta primera carta de san Pablo á los de Corinto » es anterior á la de los Romanos. La una fué escrita » el año 56 de Jesucristo, la otra en el 58. Es un » compendio de la moral cristiana. Todo en ella es » instruccion, todo leccion. »

REFLEXIONES.

¿Qué elogios no han dado los santos padres á la virginidad y á las vírgenes cristianas, siguiendo el ejemplo del Apóstol? Son estas, dicen, la mas ilustre porcion del rebaño de Jesucristo, la gloria de la Iglesia, el triunfo de la gracia, y una prueba de la verdadera religion; prueba que no se encuentra en las sectas de los herejes, ni en las nuevas sociedades. Los novadores que las han formado, no se han atrevido á aconsejar ó aprobar lo que ellos no tenian valor para practicar. No ha habido un hereje que no haya sido enemigo de la virginidad. El libertinaje, á lo menos secreto, y la impureza, han sido la pasion comun, y uno de los principales resortes de todas las sectas. Lutero, cansado del celibato, no bien se hace heresiarca, cuando al punto deja el hábito de religioso: estupra á una religiosa, llamada Catalina de Bora, y se casa públicamente con ella, sin reparar en que era presbítero. Calvino, aunque habia

sido cura, apenas se hizo cabeza de partido, cuando busca mujer, y se casa con Idleta de Bura, viuda de Juan Sterder. Discúrrase por todas las sectas, no se hallará una en que la virginidad no esté proscrita. Por mas que Jesucristo nos dé una tan alta idea de esta admirable virtud, por mas que san Pablo haga tan bellos elogios de ella, por mas que la aconseje como lo mas perfecto que hay, sus sentimientos sobre este punto de perfeccion jamás fueron del gusto de los herejes. Lo mismo es separarse de la Iglesia de Jesucristo, que venir á ser esclavo de la mas vergonzosa de las pasiones. La castidad es un don de Dios, y se puede decir que este don es propio y privativo de los verdaderos siervos de Jesucristo y de su Iglesia; y así no debe pasmarnos el que las sectas cismáticas sean privadas de él: ellas pueden imitar otras muchas virtudes de los verdaderos fieles; penitencias, austeridades, ingenuidad, buena fe, modestia, paciencia y aun caridad, se encuentra hasta en los mahometanos alguna semejanza de estas virtudes; se ejercitan en ellas, y producen sus actos; pero de la castidad ignoran hasta el nombre: esta virtud no es menos desconocida de los herejes. La expresion sola de que se sirve aquí el Apóstol, da bastante á conocer que el matrimonio es un verdadero yugo, y una especie de cautiverio. ¡Buen Dios, qué caro cuestan las dulzuras que en él se prometen! ¡cuántas penas, cuántos disgustos, cuántas sospechas, cuántas pesadumbres secretas, cuántas cruces invisibles, pero pesadas y ciertas! La prudencia hace que se oculten; pero no por eso dejan de ser mas pesadas y dolorosas. Se ven las penas de un estado de perfeccion, y no se ve la uncion de la gracia que las suaviza y endulza; se ven los placeres del siglo, y no se ven las amarguras que los envenenan. Ciertamente, una reflexion seria sobre la brevedad de la vida basta

para quitarnos el gusto de todos los placeres, aun los mas inocentes.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág.* 89.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA VIRTUD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el apóstol san Pablo hizo el retrato de la verdadera virtud, haciendo el de la perfecta caridad; son dos nombres estos que significan una misma cosa. La caridad, dice el Apóstol, es paciente, dulce, bienhechora; no es zelosa, nada hace fuera de propósito; no es ambiciosa, ni desdeñosa; antes bien es atenta y oficiosa: no busca sus propios intereses; no piensa mal de nadie; siempre igual, siempre humilde, de nada se resiente, jamás se irrita, todo lo sufre con paciencia, y todo lo disculpa con benignidad. ¿Te conoces en este retrato? ¡Cuántas gentes hacen profesion de virtud, y ciertamente no son de este carácter! Desengañémonos, un hombre verdaderamente devoto es un hombre sin amor propio, sin ficcion, sin ambicion: es un hombre siempre severo consigo mismo, que nada se perdona; pero extremamente benigno con los otros, á quienes en todo los disculpa: hombre de bien sin afectacion, rendido sin bajeza, oficioso sin interés, exacto observador de la ley sin escrúpulo, continuamente unido con Dios sin alteraciones; nunca ocioso, y no pareciendo jamás demasiado hacendista ni bullicioso; nunca demasiadamente ocupado, ni menos disipado con los negocios, á los cuales se presta, pero no se entrega ni se abandona. Lleno de bajos sentimientos de sí mismo, solo estima á los otros; porque no mira

en ellos sino las virtudes que tienen, y no considera en sí sino los defectos á que está sujeto. Finalmente, un hombre verdaderamente virtuoso, es un hombre recto, sincero, atento; un hombre que jamás está de mal humor, porque siempre tiene todo lo que quiere, no queriendo jamás sino lo que tiene; un hombre, á quien los mas felices sucesos no hinchan, á quien los mas adversos accidentes no abaten, porque sabe que es siempre una misma la mano de donde vienen los males y los bienes de la vida; y como solo la voluntad de Dios es la regla de su conducta, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tal es el carácter de una persona verdaderamente virtuosa. Cualquiera otro retrato no le es parecido, ni se le asemeja. Confrontemos con este retrato el de los santos, y los hallaremos perfectamente semejantes : confrontémosle con el nuestro; ¿hallaremos entre ellos alguna conformidad? Buen Dios, ¡y cuántas falsas virtudes hay en el mundo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuán enorme es la diferencia que hay entre nuestra pretendida virtud y la de los santos. Nos lisonjeamos que tenemos devocion, porque la estimamos y respetamos. Tenemos por amor de la virtud cristiana lo que las mas veces no es sino un puro conocimiento de su valor y de su mérito. ¿Queremos conocer si tenemos devocion? Juzguémoslo mas bien por nuestros sentimientos y por nuestra conducta, que por nuestros estériles deseos. ¡Ay, qué lejos se está de la verdadera piedad cuando las pasiones están todavía tan vivas, cuando se está dominado de sus propias pasiones! ¿Podemos ser devotos cuando somos tan poco humildes, cuando estamos tan llenos de nosotros mismos, cuando somos

tan sensuales? ¿somos devotos cuando en casi todo solo buscamos nuestro regalo y nuestras comodidades? ¿cuándo somos envidiosos del mérito ajeno? ¿cuando somos vengativos, poco compasivos, poco sinceros? ¿cuando somos tan interesados, tan ambiciosos, tan poco condescendientes? ¿Descuidamos de las obligaciones de nuestro propio estado? en vano nos lisonjeamos de que nos ejercitamos en todas las demás obras buenas. Cuando somos tan poco mortificados, tan amigos de nuestro propio dictámen, tan poco accesibles, somos poco devotos. Esas personas tan frecuentemente de mal humor, tan desatentas, tan ásperas; esas personas, á las que no se puede desobligar, sin excitar la acedía en su espíritu y en su corazon, sin inflamar su bilis; esas personas, siempre desazonadas, siempre dispuestas á prender fuego, siempre prevenidas, tan fáciles de enfadarse, y que casi nunca se olvidan de la ofensa que han recibido; esta especie de gentes pueden tener intervalos de devocion, pero no pueden lisonjearse con razon que son virtuosas. Muchas vanas apariencias de piedad, muchas exterioridades que engañan, pero en el fondo mucha hipocresía. El uso frecuente de los sacramentos es un medio muy propio para adquirir la virtud; pero cuando están las pasiones tan vivas, cuando somos tan imperfectos despues de tantas confesiones y tantas comuniones, este frecuente uso no es prueba de una virtud verdadera. Desengañémonos, es menester parecernos á los santos, es menester reconocer nuestro retrato en el que acabamos de hacer; sin esto, todo lo demás no es sino virtud aparente, virtud superficial, máscara de virtud.

¡Cuán distante estoy, Señor, de este feliz estado, en que se encuentran las almas verdaderamente virtuosas! Conozco que no tengo virtud; pero me parece

que tengo un sincero deseo de tenerla : dadme vuestra gracia, para que mi conducta me haga conocer mas de hoy en adelante que mi deseo no ha sido vano.

JACULATORIAS.

Beatus vir, qui timet Dominum : in mandatis ejus volet nimis. Salm. 111.

Dichoso aquel que teme al Señor, y que por la observancia exacta de sus mandamientos prueba que le ama.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas. Salm. 118.

Haced, Señor, que toda mi conducta no sea otra cosa que el cumplimiento de vuestra ley.

PROPOSITOS.

1. Las personas que hacen profesion de virtud, con facilidad toman una cosa por otra en materia de devocion. Se la hace consistir en ejercicios de religion puramente exteriores, como muchas oraciones, muchas confesiones; pero poca enmienda. Se tiene zelo de la perfeccion de los otros; pero se dejan vivir en paz sus propias pasiones : evita este defecto. Sea todo tu estudio reformar tus costumbres, domar tus pasiones, corregir tu genio, y mostrar que eres un siervo fiel de tu Dios.

2. Examina cuáles son tus defectos ordinarios : si eres colérico, arrebatado, de un humor poco accesible, de un genio altivo; si no tienes el cuidado que debes de tu familia; si eres adusto y rígido con tus criados; si eres ridículo, molesto, enfadoso. Corrige estos defectos incompatibles con la virtud cristiana; tu enmienda será prueba segura de tu devocion.

EL BEATO NICOLÁS FACTOR, CONFESOR.

En la ciudad de Valencia, fecundísima madre de santos y prodigiosos varones, nació el bienaventurado Nicolás Factor en 29 de junio de 1520, para gloria de su patria y eterno lustre de la seráfica religion de san Francisco. Su padre se llamó Vicente Factor, el cual, habiendo venido desde Zaragoza de Sicilia á Valencia, se casó con una honesta doncella, por nombre Úrsula Estaña, natural de la villa de Albaida. No eran estos dichosos consortes de aquella prosapia de que tanta ostentacion hace el mundo, colocando su imaginario resplandor en la casualidad de que la propagacion de ciertos hombres se sepa con certeza, cuando la de otros se ignora. La riqueza, el fausto, la pompa tampoco se albergaba en la casa de Vicente; una medianía abastecida con el precio de su sudor y trabajo le daba lo necesario para vivir honradamente, extrayéndole de la clase de rico, sin confundirle tampoco con la de miserable. En lo que se distinguian estos venturosos esposos era en la inocencia de costumbres, y singularmente el padre de Nicolás se distinguia en una devocion particular á san Vicente Ferrer, quien dos siglos antes habia ilustrado aquella misma ciudad con su predicacion y sus milagros. El cielo llenó de bendiciones á este matrimonio, dándoles siete hijos, cuatro varones y tres hembras, siendo el beato Nicolás el segundo que nació de los primeros. Desde los primeros años se dejan ver en los que Dios elige para sí ciertos anuncios que desde luego pronostican la santidad de su vida, y que Dios los prepara para grandes cosas en su Iglesia. Así se verificó en Nicolás; pues, siendo todavía niño, se adelantó en él el afecto á la virtud de tal manera, que se manifes-

taba en todas sus acciones. Lejos de él aquellos juegos pueriles en que regularmente se manifiestan las semillas de todas las pasiones; lejos de Nicolás consumir una gran parte de tiempo en diversiones, á las que, cuando no trajesen otro perjuicio que interrumpir el curso á las instrucciones cristianas, deberia prescribírseles cierta moderacion. Nicolás, además de abstenerse de aquellos juguetes en que se divierten los demás muchachos, adoptaba otras ocupaciones que pudiesen ir poco á poco formando su espíritu. La asistencia á los templos, la veneracion y reverencia á las sagradas imágenes, la obediencia á sus padres y la honestidad de costumbres eran todos sus gustos y todos sus regocijos. Apenas tenia cinco años, cuando ya comenzó á ayunar tres dias á la semana; y cuando asistia al santo sacrificio de la misa, ó á los sermones, era tal la compostura de su semblante, su atencion y su modestia, que á todos causaba admiracion, y al mismo tiempo los edificaba.

Pero en lo que mas resplandeció este santo niño fué en una ardentísima caridad con los pobres, con la cual habia Dios traspasado su tierno corazon. La vista de un necesitado conmovia todas sus entrañas, y le dejaba casi sin libertad para dejar de darle inmediatamente lo que tenia á mano. Se verificó varias veces que, yendo á la escuela, daba al primer pobre que se ofrecia á sus ojos el desayuno ó la merienda. Esta caridad se aumentaba en proporcion de lo miserable y necesitado que se hallaba el mendigo; y cuando no podia explicarla con limosnas, lo hacia con obsequios. Yendo un dia á la escuela, encontró á un pobre cubierto todo de llagas, de manera que daba asco solamente el mirarle. El niño Nicolás se arrodilló inmediatamente á sus piés, se los besó una y muchas veces juntamente con las llagas, y pidiéndole despues su bendicion, y besándole la mano, se

levantó y se fué á la escuela. En otra ocasion encontró á una mujer leprosa á la puerta del hospital de San Lázaro, y sin reparar en lo horroroso de la enfermedad, ni en lo asqueroso de las llagas, se puso á sus piés, y habiéndoselos besado, le pidió que le diese su bendicion, y se levantó muy contento. Tenia á la sazon Nicolás como unos diez años, edad en que ya la razon comienza á hacer su oficio, reflexionando sobre las acciones de los hombres y sobre los objetos. Otro niño que iba con él, admirado de lo que habia hecho, le preguntó ¿cómo habia podido besar las llagas á aquella mujer estando tan asquerosa? A lo que el santo niño respondió: *que él no habia besado las llagas hediondas de una mujer leprosa, sino las preciosas y amabilísimas de Jesucristo, á quien representaban todos los pobres.* Esta doctrina que tenia grabada en su corazon, la comunicaba frecuentemente no solamente á los demás niños, sino tambien á personas ya grandes que gustaban mucho de oirle, por ver la suavidad de palabras de que constaban sus tiernos discursos, y la uncion del Espíritu Santo que en ellas se contenia. Exhortaba á todos á que acudiesen á los hospitales á ejercitar la caridad con el prójimo como al templo y al teatro de esta sublime virtud, y el mismo santo niño practicaba lo mismo que decia. A la virtud de la caridad acompañaba una humildad profunda, y una extraordinária paciencia, que tenia en expectacion á sus padres, á su maestro y á todos cuantos le conocian. A este propósito sucedió que, habiéndole acusado otro niño de un leve defecto que habia abultado su imaginacion, el maestro le dió un lijero castigo. Sufrióle el santo niño sin desplegar sus labios, aunque en la realidad estaba inocente; y habiéndose salido el maestro de la escuela, se puso de rodillas delante de su acusador, le pidió perdon del escándalo que le habia dado, y le dió infinitas

gracias, porque movido de caridad habia procurado su enmienda. Un conjunto de virtudes tan perfectas en una edad en que apenas suele manifestarse otra cosa que los malos resabios de la naturaleza corrompida, arrebataban la atencion de cuantos le conocian, y no dudaban explicar el concepto que formaban de aquel niño, llamándole el niño santo. Pero en puien hicieron una impresion extraordinaria sus costumbres fué en una mora esclava que habia en su casa, tan apasionada de la secta de Mahoma, que las diligencias de los hombres mas sabios habian sido enteramente inútiles para arrancarla de su corazon. Lo que no pudo la sabiduría humana, lo pudieron las costumbres inocentes de Nicolás; pues admirada la mora de la bondad que presentaba en un niño la religion cristiana, se enamoró de ella, abjuró el mahometismo, y recibió el bautismo sagrado con universal alegría de todos. ¡Tan grande superioridad tiene la fuerza del ejemplo sobre todas las luces de la sabiduría humana y sobre todos los artificios de la elocuencia!

Crecia Nicolás, y crecian con él todos los dones de la naturaleza y todos los bienes de la gracia. Sin interrumpir el fervor de su espíritu, aprendió á leer, escribir y contar, latinidad y elocuencia, saliendo al mismo tiempo tan diestro en las letras humanas, que manejaba igualmente los preceptos de la retórica en agraciados discursos, que los encantos sublimes de la poesía en hermosos y sonoros versos. Una alma, entregada perfectamente á la virtud, tiene en sí un cierto principio para aficionarse á cuanto es hermosura, armonía y perfeccion. Por esta causa se dedicó el jóven Nicolás á la música y á la pintura, tañendo y cantando dulcísimamente, y manejando tan bien las cuerdas de varios instrumentos como la combinacion de colores, en lo que tenia un mérito nada

vulgar. Todas estas prendas, acompañadas de una estatura alta, de un cuerpo bien proporcionado, de un semblante viril, honesto y hermoso, de unas costumbres y modales dulcísimos, y en la florida edad de diez y siete años, hacian á Nicolás uno de los jóvenes mas amables y apetecibles que tenia Valencia. Conocíalo bien su padre, y deseando darle un destino menos mecánico que el suyo, que era el oficio de sastre, habia juntado una porcion considerable de dinero con ánimo de que su hijo Nicolás siguiese el ejercicio de mercader. Llamóle, pues, un dia aparte, y cuando le tuvo presente, le significó el amor que le tenia, los deseos de su felicidad, y el dinero que le tenia preparado para que pudiese conseguirla. Asimismo le dió á entender que ya tenia edad para contraer matrimonio, y que por lo que á él tocaba le dejaba en plena libertad para que eligiese esposa, bien persuadido de que la elegiria tan virtuosa y honesta como requerian sus costumbres; que él por su parte le procuraria el arrimo de algun mercader ó negociante, en cuya compañía el dinero que le entregaba le daria un producto suficiente para pasar la vida con honradez y decencia, y él tendria el consuelo de ver vivir felizmente á un hijo que tanto amaba. Oyó Nicolás este discurso de su padre con toda la estimacion que merecian los tiernos afectos que le producian; pero prevenido anteriormente por otro padre mas amoroso y mas sabio, tenia ya en su interior elegido el establecimiento que era mas proporcionado para su servicio. Tenia pensado ser religioso, pues se sentia interiormente con una vocacion decidida para este estado; y el no haberla puesto en efecto, consistia en no haber tenido igual inspiracion acerca de la religion sagrada en que queria Dios servirse de su persona. Esto se decidió pasando al convento de Santa María de Jesus, que es de la órden de

san Francisco; pues sintió en su corazon una mocion interior tan extraña, que yéndose directamente al guardian, se arrodilló á sus piés, y bañado en lágrimas le suplicó se dignase admitirle entre los hijos del gran patriarca san Francisco. Maravillóse el guardian al ver tanto fervor, y como si el cielo moviera á ambos á un mismo efecto, levantó al santo mancebo del suelo, asegurándole con todas las veras de su alma que tenia ya logrados sus deseos, y así en el dia de san Andrés del año de 1537 le vistió el hábito con todas las formalidades acostumbradas.

Tan consolado y complacido como se vió Nicolás despues de religioso, se vió pesaroso y angustiado su mal aconsejado padre, el cual, aunque buen cristiano, se habia dejado llevar algo mas de lo regular de las miras carnales que tenia sobre su hijo. La imprevista determinacion de este fué tan contra su esperanza, que al tiempo de saberla quedó desmayado de pesar. Nicolás, que preveia lo que podria pasar en el corazon de su tierno padre, le escribió inmediatamente una carta tan llena de razones sólidas y eficaces, que ellas bastaron para trocar en consolacion y alegría todo el anterior pesar y desconsuelo. En el año del noviciado se portó de tal manera, que todos los religiosos admiraban en él no un novicio que comenzaba la carrera de la virtud, sino un varon consumado en ella, que podia servir de maestro á los demás. La profesion se le dió sin el menor embarazo, antes bien con gran gusto de los religiosos, que conocian que Dios habia enriquecido su religion con un tesoro inestimable de virtudes, trayendo á ella al bienaventurado Nicolás. Luego que profesó, le enviaron á estudiar filosofía y teología al convento de Santa María del Pino de la villa de Oliva. Bien quisiera el humildísimo religioso excusarse de unos estudios que son la escalera de los honores; pero sabia que era mas

agradable á Dios la obedienci que cualquiera otro sacrificio, y así se resignó en la voluntad de sus prelados, y emprendió con eficacia los estudios. La compañía precisa de muchos jóvenes, y lo regular que es en aquella edad que prevalezca el ardor de las pasiones, suele hacer que los estudiantes sean por lo comun disipados y divertidos. Nicolás, acostumbrado ya muy de antemano á vencer los conatos de la naturaleza, juntaba en uno como debia la sabiduria y el santo temor de Dios. Jamás se le vió ocioso, jamás faltó á las obligaciones de su estudio, jamás se le vió terco en sostener sus argumentos ó soluciones, ni jamás aflojó un punto del tenor de vida tirante y rigurosa que habia abrazado al principio. Su entretenimiento y descanso consistia en ciertas pláticas espirituales con que aprovechaba á sus hermanos, y daba desahogo á su espíritu. Como Dios le habia dotado de prendas naturales tan sobresalientes, tanto las ciencias naturales como las sagradas se le sujetaban sin dificultad. Sobresalia por tanto entre sus condiscípulos con gran pesar de su humildad profundísima. Pero cuando se acordaba de que aquellas ciencias eran necesarias para aprovechar á sus prójimos, y obrar en muchos las admirables obras de la gracia, se consolaba; y humillándose dentro de sí mismo, ofrecia á Dios sus estudios y sus progresos. Entre tanto se iba llegando el tiempo en que, segun la disposicion de la Iglesia, y costumbre de las sagradas religiones, habia de ser condecorado con la dignidad del sacerdocio. Temblaba Nicolás al considerar lo augusto de tan sublime dignidad, y mucho mas meditando las obligaciones terribles que cargan sobre sí los que se hacen sacerdotes. Pero la obediencia y la caridad eran el precioso bálsamo con que se templaban los dolores y amarguras que causaban semejantes consideraciones en su espíritu; y así preparado

con oraciones, ayunos y penitencias, recibió el sagrado órden del presbiterado, y celebró el primer sacrificio con indecible devocion y lágrimas. Hecho sacerdote, y concluidos sus estudios, nada la faltaba para formar un perfecto obrero para la viña del gran Padre de familias. Conociéronlo sus prelados, y no se descuidaron en sacar todo el fruto posible de sus talentos y de su virtud. Hiciéronle predicador del convento de Chelva, y comenzó este sol resplandeciente á difundir toda la belleza y suavidad de sus luces. Comenzó á predicar en aquel pueblo; y siendo corto aquel recinto para desplegar todo el fervor de su espíritu, salia por los lugares circunvecinos á esparcir la semilla evangélica, y á recoger con alegría los copiosos frutos que producia la divína palabra. Esta tenia en su boca una eficacia asombrosa, y por su medio se hacian continuas y maravillosas conversiones; pero no usaba el santo de aquel aire amenazador y terrible de Elías y de los Bautistas, sino de aquella admirable dulzura con que san Juan evangelista intimaba diariamente la ley de fraternidad y amor. Por este camino llegó el bienaventurado Nicolás á ser tan maravilloso, que no cabian en las iglesias los grandes concursos que acudian á oirle. Los lugares comarcanos se despoblaban, y en las grandes ciudades era mayor la presura y concurrencia con que asistian á oirle nobles y plebeyos, que la que podria manifestarse en unos regocijos públicos, ó en las fiestas de mayor pompa y grandeza.

Es verdad que Dios, que manifiesta sus maravillas en sus santos de diversas maneras, se hizo admirable en Nicolás de un modo tan asombroso, que de todas partes concurrian á verlo y examinarlo con sus ojos. En sus sermones trataba por lo comun del amor de Dios y del prójimo, y como su alma estaba tan penetrada de esta virtud, muy en breve se enardecia, de

manera que salia fuera de sí. Dios le comunicaba unos éxtasis tan maravillosos, que á veces le veian arrobado por mucho tiempo; otras le veian levantado en el aire, interrumpiendo el sermon en lo que duraba el rapto, y volviendo otra vez en sí luego que Dios le concedia el uso de sus sentidos. Esta gracia de arrobarse fué en el beato Nicolás tan extraordinaria y tan frecuente, que solia quedarse extático á todas horas, en todos los lugares, y hasta en las conversaciones privadas; siendo lo mas maravilloso que todos le veian levantado del suelo notablemente, de modo que, como si hubiera sido puro espíritu, se sostenia en el aire. Este don con que quiso Dios dar recomendacion á sus sermones en un siglo en que el mundo estaba necesitado de profetas, le ocasionó grandes dolores y mortificaciones extraordinarias. Los compañeros que iban con él á predicar, deseosos de que prosiguiese con el sermon, solian punzarle con una aguja, ó con otro instrumento, unas veces en los piés, otras en las piernas, y el santo permanecia tan insensible como si su cuerpo hubiera sido de piedra. Como el siglo diez y seis era semejante al nuestro por lo tocante á ilustrado, abundaba de incrédulos que, lejos de reconocer en aquellos éxtasis la omnipotencia de Dios, su infinita bondad para con sus siervos, y los atractivos que tiene la virtud respecto de las divinas beneficencias, creian temerariamente que todo aquello era embustería y artificio de una desmesurada ambicion para atraerse las atenciones del pueblo, y ganar el concepto de santo. Este pensamiento hizo crueles á algunos, hasta el punto de herir al santo con cuchillos cuando estaba arrobado, haciéndole heridas graves, cuya curacion fué alguna vez prolongada y difícil. Pero la verdadera virtud es virtud á cualquiera prueba. El santo recibia estas heridas sin mas sensacion que si las hicieran en un tronco. Su semblante permanecia

tranquilo, alegre, risueño, y con un encendimiento que manifestaba el ardor de la caridad que le abrasaba. Su cuerpo parmanecia inmoble, y con un calor tan extraordinario, que apenas se podia tocar parte alguna de él sin que se resintiese la mano. Herido y corriendo sangre de varias partes de su cuerpo, en donde se ejecutaban aquellos crueles experimentos, proseguia en su arrobamiento, hasta que era servido Dios que volviese al uso de sus sentidos. Entonces proseguia el hilo de lo que antes trataba, y hasta que bajaba del púlpito no echaba de ver las heridas que tenia, las que siempre atribuia á alguna casualidad ó inadvertencia suya. De esta manera llegó á hacerse tan famosa su virtud, que los frailes dentro de los claustros, los cabildos de las catedrales, y los respetables ayuntamientos de las ciudades deseaban oirle, y solicitaban á porfía el fruto de sus sermones. Estos eran maravillosos de muchas maneras; pues, prescindiendo de los milagrosos éxtasis con que parecia querer confirmar el cielo la doctrina que contenian, se veia lo uno, que lograban estupendos efectos sin invectivas agrias, y sin ásperas reprensiones, y lo otro, que todo ello se obraba sin otro estudio ni preparacion que la contemplacion fervorosa de los divinos misterios. Para cada sermon que habia de predicar se disponia con muchas horas de oracion delante de un santo crucifijo; á esto añadia tres rigurosas disciplinas; despues se iba al púlpito, y predicaba como un ángel bajado del cielo. Los hombres son naturalmente desconfiados, y atribuyen fácilmente á engaño ó artificio lo que no se atreven á conceder á la virtud: en el mismo convento del beato Nicolás habia religiosos de esta clase, que conocian por una parte la sublimidad de la doctrina y grandeza de sus sermones, y por otra no podian persuadirse que aquello se hiciese sin mucho estudio. Para certificarse de la

verdad, acecharon al santo por las rendijas de la puerta cuando estaba solo preparándose para algun sermon. Lo que de aquí resultó fué su desengaño, pues no vieron otra cosa mas que una continua postura de rodillas, ni oyeron rumor de otro estudio que el que ponia en implorar la divina asistencia, diciendo y repitiendo muchas veces con un fervor extraordinario: *Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha.* Y así era en la realidad, porque solo Dios era capaz de poner en su boca aquellas palabras de vida, de una virtud y eficacia que no se encuentra en la naturaleza.

Contentísimo se hallaba el bienaventurado Nicolàs en el estado de súbdito, procurando por todas las maneras posibles su propia santificacion y la de sus prójimos. La obediencia era para él una ciudad de asilo, en donde se hallaba siempre libre de los combates de la vanidad, de la soberbia, y de otras pasiones igualmente peligrosas. Pero sus superiores, que habian formado el concepto debido de sus talentos y de su virtud, hallaron en él toda la prudencia necesaria para mandar, y toda la ciencia para saber lo que mandaba. Prometiéronse grandes frutos si le colocaban en las prelacías y demás cargos de responsabilidad. No les salieron vanas sus esperanzas; porque, habiéndole hecho guardian del convento del Valle de Jesus, y de otros varios; sucesivamente maestro de novicios del convento de San Francisco de Valencia; confesor de las monjas de la Trinidad y de las Descalzas reales; definidor y secretario general de toda la órden; en todo se portó con aquella integridad, santidad y pureza que podia esperarse de sus virtudes sublimes. El oficio de superior no era para él otra cosa, que una necesidad de emplearse con mayor continuacion en el trabajo, y de dar á sus súbditos en su persona un modelo de lo que debia ser cada

uno. No habia ocupacion, por penosa que fuese, ni ejercicio de humillacion y abatimiento en que él no fuese el primero. Cuando mandaba, se conocia en la blandura y moderacion de sus palabras, que nada sabia de ostentacion, nada de vanidad, sino solamente la administracion de una autoridad que Dios habia puesto en sus manos para que sus súbditos tuviesen el mérito de la obediencia. Era manso con todos, blandísimo de condicion, y tan gracioso y risueño en sus honestas y santas conversaciones, que con ellas aliviaba á sus súbditos cualquier trabajo, y les hacia dulces y llevaderas todas las fatigas. Al paso que era tan benigno y amoroso para con los demás, era consigo mismo riguroso y terrible. Despues del esmerado cuidado que ponia en la subsistencia de los religiosos y en todo lo del convento; despues del continuo trabajo de la predicacion y el de oir confesiones; despues de un coro continuo, tanto de dia como de noche, se ejercitaba en tales austeridades, que parecia que su cuerpo no era de carne, sino de una materia insensible. Además de los ayunos continuados, llevaba un cilicio que le cubria todo el cuerpo; dábase diariamente tan crueles disciplinas, que cubria su cuerpo inocente de llagas, y para aumentar la mortificacion no usaba de otra medicina que sal y vinagre. Su sueño era poquísimo, y este interrumpido, sin mas lecho que unos sarmientos, y una piedra ó madero por cabecera. Reposaba un rato antes de maitines; pero despues de ellos permanecia en la iglesia continuando sus rezos, sus penitencias y su oracion hasta la hora de prima. En sus viajes por mas de catorce años nunca usó sandalias, sino que los hacia á pié descalzo, observando en el mismo camino y en las casas de los hermanos el mismo tenor de vida y austeridad que guardaba en el convento. La caridad es benigna; con ser así consigo mismo,

era tan blando y prudente con sus religiosos, que, si veia alguno que se excedia algun tanto en las penitencias, le iba luego á la mano, representándole que podria perder la salud. Reconviniéronle alguna vez con sus propias austeridades, á lo cual respondia el santo con mucha gracia: *Que él no hacia regla; porque Dios le habia dado un cuerpo de tal complexion, que cuanto mas le maltrataba le hallaba mas sano y mas robusto.*

Es verdad que el beato Nicolás no hacia por su propia direccion y dictámen las penitencias asombrosas que se han referido. En todas sus operaciones buscaba el asilo de la obediencia para tener este mérito mas, y asegurarse en su conducta. Por tanto, solicitaba la licencia y beneplácito de sus superiores para cualquiera ejercicio penoso por lijero que fuese; y sin este requisito no hubiera emprendido tampoco aquellos actos heróicos de caridad que practicaba en los hospitales. Esta sublime virtud, reina de todas las demás, era la que tenia el ascendiente en su alma, y la que dominaba en todas sus acciones. Su corazon estaba traspasado de este fuego divino, como lo está un carbon encendido, ó un hierro caldeado en la fragua. Así prorumpia en actos tan heróicos, que se presentaban á los demás con el aspecto de inimitables. Iba diariamente á los hospitales, que eran los teatros de sus delicias, y allí se empleaba en cuanto necesitaban los enfermos, sin que á su ardiente caridad le fuese nada repugnante, por vil y asqueroso que fuese. Entre todos los hospitales tenia la preferencia para con el beato Nicolás el de San Lázaro, porque en él estaban los enfermos que necesitaban de mayor socorro, y las enfermedades mas asquerosas y repugnantes á la naturaleza humana. Aquellos infelices, cubiertos de llagas y de hediondez de piés á cabeza, eran los objetos de sus cariños y esmeros. Los lim-

piaba, les purificaba las llagas, los agasajaba y regalaba, hacíales la cama, limpiaba todas sus inmundicias, les servia la comida, y se procuraba de las personas caritativas algunas aguas olorosas con que lavarlos y consolarlos, y varios regalillos con que lisonjeaba su gusto, y hacia tolerable tanta miseria á aquellos infelices. No se contentaba con esto su fervorosa caridad. Como su corazon estaba siempre en Dios, y no hacia nada que no fuese por motivo sobrenatural y divino, en cada uno de aquellos miserables leprosos veia con los ojos de la fe al mismo Jesucristo leproso y llagado como le pinta Isaías. En el fervor de esta consideracion, no se detenia en practicar unos actos tan heróicos de mortificacion y de caridad, que dejan asombrada la débil naturaleza. Tales eran el ponerse de rodillas á los piés de aquellos miserables, besarles las llagas, lamérselas y limpiárselas con la lengua, y beber muchas veces de aquella agua con que se las habia lavado. La prudencia humana desaprueba regularmente semejantes acciones, y la misma ley de Dios nos prescribe que debemos evitar todo peligro de que pueda resultar daño á nuestra salud, ó á la de nuestros prójimos; pero cuando los santos llegan á un cierto grado de sublimidad, todas estas reglas se quedan muy inferiores á las grandes inspiraciones de la gracia. Por esto, los superiores del beato Nicolás no dudaban permitirle unas acciones que hubieran podido infestarle á él, y causar la infeccion de todos los religiosos, si Dios, por una providencia extraordinaria, y en obsequio del fervor de su servio no hubiese mudado el curso de las causas naturales; pero de hacerlo Dios así, tenia pruebas incontestables, ya en la experiencia, ya en los milagros con que se autorizaba lo lícito y honesto de acciones tan prodigiosas. La experiencia les habia manifestado que lejos de ser para el beato Nicolás

contagiosa la lepra y el agua de las llagas, era por el contrario benéfica y saludable, y los continuos éxtasis que el santo padecia en aquellos ejercicios de caridad, eran claros testimonios de que tenian la aprobacion divina.

Esta se manifestaba de otras muchas maneras, pues el beato Nicolás fué muy singular en aquellas gracias que se llaman *gratis datas* : penetraba los secretos de los corazones; decia con anticipacion las cosas futuras, que se verificaban despues conforme las habia profetizado, y quiso Dios igualmente que sus manos distribuyesen las obras de su bondad y de su omnipotencia en repetidos milagros que hizo obrar á su siervo. La vírgen María, de quien era devotísimo, le regalaba tambien con visiones frecuentes, y en el sacramento de la Eucaristía le hacia percibir su Hijo santísimo favores y delicias extraordinarias. Todo este conjunto de cosas admirables en un siglo en que todo se dudaba y todo se criticaba, y principalmente cuando el santo residia en Madrid en el empleo de confesor de las Descalzas reales, no podia menos de despertar la atencion de muchas personas zelosas de la pureza de nuestra fe, y de otras malignas que no pueden menos de perseguir á todo varon virtuoso. Por esta causa fué necesario que un señor inquisidor de Toledo examinase escrupulosamente el espíritu del beato Nicolás, y la verdad y sencillez de sus virtudes. Cómo estas eran sólidas, y su espíritu de Dios, lograron la aprobacion del ministro del tribunal; y en su consecuencia, el rey Felipe II y todos los señores de la corte comenzaron á dispensar al siervo de Dios tantos aplausos, que le fué preciso huir de ellos, retirándose á Valencia. Allí tuvo el consuelo de encontrarse con san Luis Beltran que habia vuelto de América, y le era muy semejante en el espíritu y en las costumbres. Presenció su muerte, despues de le

cual le manifestó Dios en un éxtasis maravilloso la gloria inefable de que gozaba san Luis en el cielo. Esto sucedió en el convento de los dominicos, adonde asistió el beato Nicolás á celebrar las exequias á san Luis, de cuya gloria dijo cosas tan asombrosas despues del rapto, que lloraban cuantas personas le oyeron, unas de ternura, y otras de admiracion, al ver los dones admirables con que favorece Dios á sus elegidos. ¿Quién creería que, hallándose el bienaventurado Nicolás en el alto grado de virtud á que habia subido entre los menores de la observancia de san Francisco, pudiese pensar en dejarla para hacerse capuchino? Pero Dios, que reparte las gracias á sus siervos, les inspira tambien los estados y provincias en que es su divina voluntad hagan uso de ellas. Habia Nicolás predicado en el reino de Valencia, y queria su divina Majestad que fuese tambien participante de sus frutos el principado de Cataluña. Obtenidas, pues, todas las licencias necesarias, partió para Barcelona por el mes de abril del año de 1582; pero á la entrada en esta ciudad encontró su humildad con un escollo, que necesitó de toda su virtud para vencerle. Fuéronle á visitar en nombre de toda la ciudad los señores consejeros, y en la arenga que le hicieron, no repararon en decirle que Barcelona y toda Cataluña estaban llenas de satisfaccion por tener la dicha de poseer un santo tan grande como lo era su paternidad muy reverenda. Estas expresiones desmesuradamente imprudentes llenaron de un santo horror al siervo de Dios, quien, reputándolas por una de las tentaciones mas temibles que habia tenido en toda su vida, se echó en tierra, y anegado en lágrimas repetia muchas veces: *Yo soy el mayor pecador del mundo.* Luego que los padres capuchinos pusieron al beato Nicolás Factor su santo hábito, le mandaron predicar en casi todas las iglesias de la ciudad, que lo

solicitaban á porfía. Sus frecuentes éxtasis, la alteza de su doctrina, y el copioso fruto que obraba en los oyentes levantaron su fama de tal manera, que era mayor la que tenia á poco de estar en Barcelona, que la que habia conseguido despues de tantos años en Valencia. El convento de padres capuchinos no se desocupaba en todo el dia de gentes de todas clases: unas iban á pedirle consejo en sus dudas, y otras iban sin mas objeto que el gusto de tratarle y venerarle como á santo. Hasta las señoras de la primera distincion le buscaban y visitaban para beneficio de sus almas, y el santo las oia con caridad, y las despachaba con mucho consuelo.

Pero todos estos aplausos eran puntualmente lo contrario de lo que el santo habia buscado, pasando de la observancia á la religion de los capuchinos. Molestábale demasiado la fama que se habia adquirido en Valencia con sus sermones y santa vida, y contemplando que entre las austeridades, pobreza y desprecio de los religiosos capuchinos le seria fácil vivir desconocido, pasó allá; pero la virtud es como una luz resplandeciente, y así por mas que se pretendan ocultar sus brillos, siempre se dejan ver en alguna parte. Viendo el bienaventurado Nicolás que se habia engañado, procuró deshacer el error, solicitando de sus superiores la competente licencia para volverse á los observantes. Concediéronsela sin dificultad, bien persuadidos de que en todas sus acciones obraba el siervo de Dios por superior impulso. El dia 23 de junio del año de 1583 dejó el hábito de los capuchinos, y volvió á vestirse el de la regular observancia. Determinó igualmente dejar el principado de Cataluña, y así se puso en camino para Valencia, yendo de lugar en lugar predicando como un apóstol. Por esta causa tardó en llegar á su convento de Santa María de Jesus hasta el dia 13 de diciembre del

mismo año. No sería fácil explicar el contento y satisfaccion que recibieron todos los religiosos al ver en su compañía al siervo de Dios; si bien esta alegría fué mezclada con el pesar de verle llegar enfermo, por cuya causa se fué directamente á la enfermería. Al entrar en el convento dijo, como presagiando su fin, aquellas palabras de David: *Aquí será mi descanso para siempre; esta casa será mi habitacion puesto que yo la elegí*. Sin embargo de la debilidad que le habian ocasionado unas molestas cuartanas, y lo muy quebrantada que estaba su salud, pidió licencia al guardian para observar el ayuno del adviento; pero el dia 16 del mismo mes le sobrevino una calentura tan ardiente, con tan grande dolor en el pecho, que tuvo que templarse aquel fervor, por haber declarado los médicos que la enfermedad era de mucho peligro. En efecto, se verificó el dictámen de los facultativos, pues por momentos iba empeorando; y advirtiendo esto el siervo de Dios, él mismo pidió que le administrasen los sacramentos. Sin embargo de no haber perdido en toda su vida la gracia bautismal, hizo confesion general con grande compuncion y lágrimas, y al tiempo de recibir el Santísimo Sacramento pidió perdon á todos los religiosos, protestando que habia sido muy pecador y escandaloso. Declaró asimismo que habia pasado á los capuchinos sin otro fin que hacer la voluntad de Dios, y que con el mismo fin se habia vuelto otra vez á la observancia. El dia 22 por la tarde le hallaron los médicos en tal disposicion, que dijeron quedarle pocas horas de vida. Dióle esta noticia un religioso, y el santo con un rostro placentero, que demostraba la gloria que iba á gozar dentro de poco, le respondió con aquellas palabras de David: *Alegrádome he en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor*. Diéronle la extremauncion, que recibió con devocion grande, y en la mañana del dia 23

cerró sus ojos como quien se echa á dormir, y diciendo á un divino crucifijo : *Jesus, creo*, durmio el sueño de los justos. Nueve dias permaneció el santo cuerpo expuesto á la veneracion del pueblo, en los cuales manifestó Dios con muchos milagros las grandes virtudes de su siervo Nicolás, y la grande gloria con que ya estaban premiadas. Entre los milagros no fué el menor el de su admirable incorruptibilidad, y la fragrancia que despedia, siendo una y otra tan admirables, que llegaron á persuadirse algunos críticos que eran obra de algun artificio, y que los frailes le habian embalsamado. Por esta causa se hizo reconocimiento por ante juez competente y facultativos, y se halló que el cadáver estaba entero é incorrupto, y flexible como si estuviese vivo, y que el olor suave que despedia no era ocasionado de diligencia humana, sino favor con que Dios queria honrar á su siervo. Diéronle sepultura en lugar señalado, y con el tiempo se procedió á solicitar su beatificacion en vista de los continuos prodigios que dispensaba Dios á los que imploraban su patrocinio. Lograron finalmente sus deseos los repetidos votos de tantos como la solicitaban; pues en el dia 27 de agosto del año de 1786 nuestro santísimo padre Pio VI le declaró beato, pidiòle sú intercesion como á tal, y á su imitacion hacen lo mismo los que admiran y aprecian sus virtudes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Victoria, virgen y mártir, la cual, en la persecucion del emperador Decio, hallándose desposada con un pagano llamado Eugenio, y no queriendo ni casarse ni sacrificar, despues de muchas acciones milagrosas, con las que habia ganado para Dios muchas vírgenes, tuvo el corazon traspasado de una estocada por el verdugo, á solicitud de su esposo.

En Nicomedia, la fiesta de veinte bienaventurados mártires, muertos por Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, despues de haber pasado por los mas crueles tormentos.

En el mismo lugar, el martirio de san Migdonio y de san Mardonio, uno de los cuales fué quemado en la misma persecucion, y el otro fué precipitado en una hoya, donde murió. Entonces fué tambien martirizado el diácono san Antimo, obispo de Nicomedia, quien, habiendo sido preso por los gentiles al tiempo que llevaba cartas á los mártires, fué apedreado, y rindió su alma á Dios.

En Creta, san Teódulo, san Saturnino, san Euporo, san Gelasio, san Euniciano, san Zético, san Cleómenes, san Agatopo, san Basilides y san Evaristo, quienes, en la persecucion de Decio, fueron decapitados, despues de haber padecido crueles tormentos.

En Roma, san Sérvulo, de quien san Gregorio ha escrito que, habiendo quedado paralítico desde su mas tierna edad, vivió tendido en un pórtico cerca de la iglesia de San Clemente, y que al fin, invitado por el canto de los ángeles, pasó á la gloria del paraiso. Dios ha honrado su sepulcro con muchos milagros.

En San Claudio en el Franco Condado, san Sabiniano, diácono, discípulo de san Roman.

Este mismo dia, san Asclepo, obispo de Limoges.

En el bosque de Voivre, en la diócesis de Verdun. san Dagoberto II, rey de Austrasia.

El propio dia, el venerable Yves de Chartres, obispo célebre por sus escritos.

En Etiopia, san Abashado, abad y mártir.

En Egipto, san Helánico, obispo.

Igualmente en Egipto, san Begea, abad.

En Inglaterra, san Fredeberto, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Nicolaum confessorem tuum ineffabili charitatis tuæ igne succensum, te puro corde sectari fecisti: da nobis famulis tuis, ut eodem spiritu repleti, et charitate ferventes, viam mandatorum tuorum inoffenso pede curramus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que, habiendo encendido con el fuego inefable de tu caridad al bienaventurado Nicolás tu confesor, hiciste que te siguiese con corazon puro: concédenos á tus siervos que, llenos de su mismo espíritu, y ardiendo en caridad, andemos el camino de tus santos mandamientos sin tropezar ni caer en precipicios. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* XIV, *pág*. 325.

REFLEXIONES.

Son grandes sin duda alguna las recompensas que están prometidas á los que observan la ley. San Pablo mismo asegura, como testigo de vista, que son superiores al talento humano, y que todo entendimiento debe quedarse sorprendido y absorto cuando las contempla; pero tambien es verdad que para llegar á conseguirlas se necesita mucho trabajo, mucha penalidad, y hacer una expresa violencia á todas las pasiones: esto mismo se insinúa en las santas Escrituras, *cuando el reino de los cielos se compara unas* veces á una montaña alta y escabrosa, y de difícil subida; otras á una ciudad bien fortalecida, colocada sobre la cima de un monte, y cuando se dice que es estrecho el camino que conduce á la vida. En la epístola de este dia se manifiesta con bastante claridad este mismo asunto cuando, despues de haber dicho que es bienaventurado aquel varon que fué encontrado sin mancha, que no se dejó llevar del oro, ni colocó sus esperanzas en el dinero y las riquezas,

añade : ¿ quién es este, y le alabaremos? porque realmente hizo cosas admirables en su vida. No entiendas, ó cristiano piadoso, que cuando el Espíritu Santo se explica de esta manera, pretende enseñar á los fieles que su salvacion es tan difícil, que el llegar á conseguirla sea una cosa admirable. El Espíritu Santo ha dictado las Escrituras para nuestro provecho, y regularmente se ha acomodado á la capacidad y modo de entender de los mas flacos, para de esta manera aprovechar á estos, y á los que se hallan adelantados en la virtud.

Una simple ojeada sobre los fastos eclesiásticos, y una pasajera consideracion sobre el carácter de la santa madre Iglesia, basta para conocer que aunque no sea fácil, ni cosa acomodada á los sentidos el caminar por los senderos de la virtud, sin embargo no es tan difícil ni tan impracticable su camino, que no le hayan andado infinitos con admirable constancia y fervor. En las historias eclesiásticas se hallan ejemplares de toda clase : anacoretas penitentísimos en los desiertos : santas viudas y austeros confesores en los poblados : monjes fervorosos y castas vírgenes en los encierros : Luises, Fernandos é Isabeles en los tronos ; y Gineses y Crispines en los oficios mecánicos. Vemos los campos y los circos regados con sangre de mártires, y congregados en tropas infinitos cristianos de todos sexos y edades, que con su cruz á cuestas van siguiendo á su capitan y maestro, que llevó la suya hasta la cima del mundo en donde espiró. Pero sin apartarnos de los mismos apóstoles, pudiéramos ver con facilidad que en la vida cristiana debe de haber algun secreto que amortigua la sensacion respecto de los trabajos, y hace concebir unas ideas dulces y deliciosas de las austeridades del cristianismo. ¿Qué otra cosa sino pudiera hacer que unos hombres, á quienes se les habia mandado dejar su

casa, y cuanto poseian, á quienes se les habia mandado que se fuesen, desprovistos de todo, á predicar una ley y una doctrina que habian hecho morir á su Maestro en una cruz, abrazasen con tanta facilidad este partido, y en la ejecucion vertiesen con tanto gusto su sangre? Pero tal es el carácter de la santa Iglesia de que somos miembros. Ella es santa, y esto se ha de verificar, teniendo hijos santos que sigan sus santas leyes, y arreglen una vida santa, formada de santas costumbres. Esta santa Iglesia es depositaria de la gracia, con la cual se allanan todas las dificultades, se vencen todos los peligros, y se triunfa del infierno; pero estas verdades, al paso que hacen asiento en el corazon del justo, y le presentan la virtud á un punto de vista amable y delicioso, son despreciadas del pecador. El hombre injusto las aborrece, y embelesado con las delicias de esta vida mortal, mira con horror toda ley, todo precepto que prescribe su abandono; pero los infelices tendrán su desengaño en el tiempo que menos piensen, y entonces conocerán en vano que es bienaventurado solamente el que al fin de la vida es hallado sin mancha.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XIV, *pág.* 328.

MEDITACION.

SOBRE LA MUERTE DEL PECADOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la muerte del pecador, además de cuanto tiene de horroroso por la repugnancia de la naturaleza, se hace excesivamente amarga por todas cuantas circunstancias la acompañan, sin excluir las que de su naturaleza son buenas, como son los desengaños.

El Espíritu Santo, para denotar con el mayor laconismo la miseria de aquellos infelices, dice en dos palabras que la muerte de los pecadores es pésima. Y así es á la verdad, porque en aquel punto se le juntan de tropel en la memoria todas las imágenes de la vida pasada, y juntas á porfía procuran aumentar su desventura y su desesperacion. Porque, ¿qué es lo que le sucede á un hombre vicioso cuando llega aquel instante terrible, en que tal vez sus mismos vicios, traen un fin acelerado á su vida? Postrado en un lecho de dolores advierte que ni su puesto elevado, ni su autoridad, ni sus riquezas pueden impedir que vaya poco á poco faltándole la vida. Mira á los semblantes de los que le rodean, y en todos ellos ve pintado el desconsuelo, sin que descubra el rastro mas lijero de la consoladora esperanza. Apura en vano á los facultativos para que empleen las fuerzas de la naturaleza en restaurar las de su cuerpo que están ya casi apuradas. Clava los ojos medio desencajados en cualquiera que se llega á la cama, y cuando espera alguna nueva consolante en órden á su salud, ve un ministro de Jesucristo, que con semblante majestuoso y compasivo le anuncia que ha llegada la hora de su muerte, que su enfermedad no tiene remedio, que se disponga como cristiano para recibir los últimos auxilios de la Iglesia, y présentarse en el tribunal de Jesucristo á dar cuenta de su vida. Esta terrible nueva estremece sus entrañas, y causa una convulsion general en sus potencias y sentidos. Vuelve los ojos á su vida, y encuentra un conjunto monstruoso de crímenes y atrocidades que le espantan y aterran. Ve tantas injusticias cometidas, tanta hacienda robada, tantos honores difamados, tanta continuacion en el mal; ve unas costumbres corrompidas, un tiempo empleado en deshonestidades, en malas compañías, en el juego,

en voluptuosidades, y no solamente en engañarse á sí mismo, y perder la salud de su alma, sino en tender lazos, y hacer caer en ellos á los mas inocentes; ve finalmente que ha despreciado la gracia de Dios de mil maneras, ya vilipendiando al predicador que le avisaba desde el púlpito, ya ridiculizando los libros devotos, y ya finalmente haciendo burla de las cosas mas santas y sagradas. No halla en su conciencia cosa que no le provoque á desesperacion. Quisiera arrepentirse, y no encuentra con los medios: Dios le niega su gracia en aquella hora en pena de haberla él despreciado toda la vida; su turbacion y su congoja crecen y se aumentan por instantes; el ministro y los circunstantes instan para que se confiese, y en este instante de turbacion y de espanto apenas encuentra con otra cosa que con la desesperacion y con unos desengaños inútiles y tardíos. Ve que nada le aprovecha, ni el deleite, ni las riquezas, ni la amistad, ni el puesto encumbrado, ni la vana filosofía. Erré el camino de la verdad, exclama: óyese un rechinamiento de dientes, y su alma en aquel momento es sumergida en el abismo para ser atormentada con un fuego devorador por mientras Dios fuere Dios. Esta es la muerte del pecador; considera bien, ó cristiano, qué no debes hacer para evitarla.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todos los motivos de consolacion que suelen tener los infelices en los mayores apuros, y cuantos proponen los ministros de Dios á los pecadores que están en buena salud para retraerlos de su mal estado, se convierten para el pecador, en la hora de la muerte, en motivos de mas afliccion, de mayor congoja, teniendo perdida toda esperanza.

Frecuentemente se excita á un pecador á que aban-

done su mala vida, recordándole la suma bondad de Dios que no escasea las gracias; diciéndole que es padre de misericordias; que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; que para este efecto bajó del cielo, y tomó carne humana en las virginales entrañas de María; y últimamente, que con su misma sangre le preparó una redencion eterna, y le dejó en la Iglesia las medicinas admirables de los sacramentos, principalmente el de la penitencia. ¿A quién no pudieran consolar semejantes reflexiones? ¿qué pecador, por engolfado que se halle en sus delitos, no concebirá esperanzas de salir de ellos al oir las finezas que Dios hizo por él, y sabiendo que le mira como á hijo, y que es padre de misericordias? A la verdad, semejantes reflexiones han hecho prodigios en las almas de muchos pecadores obstinados, y á ellas se deben atribuir la mayor parte de las conversiones ruidosas que ha obrado la divina gracia; pero un pecador constituido en el instante terrible de la muerte, halla nuevos motivos de amargura y desesperacion en estas mismas reflexiones. Sabe que ha abusado descaradamente de todos los dones de Dios; que ha ultrajado su bondad, valiéndose de ella para ofenderle con nuevos delitos; que la misericordia de Dios no ha sido para él sino un pretexto ridículo para despreciar mas y mas las amenazas de los sacerdotes y las verdades terribles de las santas Escrituras. Todas las gracias de Jesucristo, su encarnacion sacrosanta, su vida santísima y su dolorosa muerte, no le han merecido el menor aprecio. Ha pisado su sangre preciosísima, y ha pasado sobre ella para caminar á la injusticia, al adulterio y á todo género de excesos. Toda su vida ha sido un continuo tejido de desprecios que ha hecho de la divina misericordia. ¿Cómo se ha de atrever este hombre á llamar padre á Dios, cuando jamás le ha reconocido por tal? ¿cómo

ha de esperar que Dios use con él de misericordia, sabiendo que jamás ha hecho caso de ella? ¿cómo se ha de resolver á pedir una cosa de que nunca jamás se ha acordado? Su misma conciencia le está convenciendo de que los débiles esfuerzos que hace á instancias del ministro, los repugna el corazon, y no son efecto de un arrepentimiento sencillo, sino de la triste necesidad en que se halla. Conoce que es moralmente imposible deshacer en aquel momento de turbacion los infinitos males que ha cometido en toda su vida, y de consiguiente que en el tribunal de Dios, donde se va á presentar, no puede alegar disculpa alguna, y no hay mas remedio que salir para siempre condenado. Considera, ó cristiano, si puede llegar á mas la desventura de un hombre, ni puede ser mas horrorosa la muerte de un pecador.

JACULATORIAS.

Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas, ne memineris. Salm. 24.

No os acordeis, Señor, de los delitos y pecados que contra vos he cometido en el discurso de mi vida, y principalmente en mi juventud.

Si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala; quoniam tu mecum es. Salm. 22.

Aunque me halle en medio de las tinieblas de la muerte, no temeré mal ninguno, porque vos, Señor, estais siempre conmigo.

PROPOSITOS.

1. No puedes negar, ó cristiano, que las consideraciones que acabas de hacer de la muerte del pecador han conturbado tu alma, y han estremecido tu espíritu. Desde luego has conocido que todo ello es verdad, y verdad que tú mismo has visto repetidas

veces confirmada con la experiencia. No puedes negar que has admirado la tranquilidad y dulce sosiego con que viste morir á aquella persona virtuosa; y que por el contrario te quedaste horrorizado cuando viste morir entre espantosos gestos y terribles convulsiones aquel amigo, compañero tal vez de tus delitos, el que, sumergido en ellos hasta la garganta, apenas tuvo tiempo para decirlos rápidamente á la oreja de un confesor. Tu misma conciencia te obliga á hacer este discurso, ciertamente no hay en este mundo cosa tan espantosa y horrible como una mala muerte; no hay duda tampoco que el aventurarse á sufrir este mal, estando en mi mano el evitarle, es la mayor locura del mundo; y últimamente, mi conciencia me acusa de tantos delitos, que, si en este momento me llamase Dios á juicio, yo no podria prometerme otra cosa que la muerte del pecador. ¿Qué remedio, pues, para tranquilizar tu conciencia y librarte de tanta desventura? Si fuera tan fácil el precaver las enfermedades del cuerpo, como lo es el prescribir medicinas que preserven al alma, no solo de la enfermedad, sino aun de la misma muerte, poco tendrian que afligirse los hombres por los quebrantos de su salud.

2. El padre san Agustin (1) dice: *Aprenderás á morir bien, y á tener una deliciosa muerte, si te enseñares á tener una santa vida.* Y en otra parte (2): *Vivid bien, si no quereis morir mal.* Esto que dice san Agustin es lo mismo que dice el Espíritu Santo en el capítulo 41 del Eclesiástico amenazando á los perversos: *¡Ay de vosotros, impíos,* dice, *que abandonásteis la ley del Señor altísimo! Se llegará vuestra muerte, y no tendréis otra cosa que una maldicion eterna.* Para librarse, pues, de los horrores, desesperaciones y angustias que padecen los pecadores en la hora de la muerte, no hay otro remedio que obrar bien mientras vivimos.

(1) De Discip. Christ. — (2) Serm. 24, de Verb. Dom.

En cada instante, en cada momento de la vida debes tener presente que aquel puede ser el último de ella; que una muerte repentina puede preocupar todos tus pensamientos, y trasladarte desde la mesa, ó desde el lecho, al sepulcro. Debes, pues, vivir de la misma manera que quisieras haber vivido en el instante terrible de la muerte; y preguntarte cuando vas á hacer cualquiera cosa: ¿Haria yo esto si hubiese de morir ahora? Esta regla daba san Bernardo en el *Espejo de las monjas.* Consideraba muy bien el santo padre de cuán diferente manera se miran las cosas en aquella hora terrible de lo que se miran durante la vida. Mientras dura esta, se nos figura muy remota la muerte; las ideas de virtud y de bondad las tenemos demasiadamente confusas, y no hallamos dificultad en persuadirnos de que tal ó tal cosa no nos es enteramente prohibida. Bautizamos con el nombre de caridad lo que es una injusticia ó un robo; hallamos en nuestra salud ciertos quebrantos imaginarios que nos sirven de pretexto para no observar las leyes; y juzgamos erradamente que la costumbre, el genio del siglo, el puesto, la dignidad ó el nacimiento son suficientes razones para adoptar el lujo, la profanidad y la soberbia. La muerte desvanecerá todas estas ilusiones; y así, procura vivir ahora como entonces quisieras haber vivido, que de esta manera tu muerte no será pésima como la de los pecadores, sino preciosa á los ojos del Señor, como la de los justos.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA VIGILIA DE NAVIDAD.

Siendo la fiesta del nacimiento temporal del Salvador del mundo, que vulgarmente llamamos Navidad, de la palabra latina *nativitas* que significa nacimiento, una de las mas antiguas y mas solemnes en la Iglesia, no debe admirarnos el que la vigilia haya sido mirada en todos tiempos como un dia solemne, y como una solemnidad privilegiada. La misa, el oficio, todo se dirige á inspirarnos una gran veneracion á este gran dia; y el número de homilías y de discursos de los santos padres dan bastantemente á conocer la devocion con que en todos tiempos han celebrado los fieles la vigilia de Navidad. Se ha podido ver en el dia 14 de agosto, vigilia de la Asuncion de la santísima Vírgen, el orígen y el espíritu de estas vigilias, que se pasaban en la iglesia la noche que precedía á las fiestas solemnes, y que siempre iban acompañadas de ayuno para preparar á los fieles con la oracion y la penitencia á celebrar dignamente estas solemnidades. Despues la Iglesia ha abolido estas asambleas nocturnas por el abuso que se hacia de ellas muchas veces, y no ha conservado esta costumbre sino en la vigilia de Navidad.

A la verdad, como el adviento no es otra cosa en el uso y en el espíritu de la Iglesia que un tiempo prescrito antes de Navidad para prepararnos con ejercicios de devocion á hacernos favorable el advenimiento ó la venida de Jesucristo, pues esto significa la palabra adviento, se puede decir que todo el tiempo de adviento no es otra cosa que una vigilia de la fiesta de Navidad; así como el tiempo de cuaresma

puede llamarse en el mismo sentido la vigilia ó preparacion para la solemnidad del santo dia de Pascua: este es el espíritu con que tantas órdenes religiosas y tantas personas devotas santifican el tiempo de adviento con el ayuno y con la abservancia de muchos ejercicios de religion; pero de todo el tiempo de adviento ningun dia debe ser tan santo como el que precede al nacimiento del Salvador del mundo. La Iglesia le mira como que hace una parte de la celebridad de esta fiesta: el oficio de él le hace doble desde laudes, que quiere decir desde el amanecer, cuando en las otras vigilias el oficio doble no comienza hasta vísperas.

El espíritu y la intencion de la Iglesia en esta institucion es mover y llevar los fieles á santificar este dia con todos los ejercicios de devocion que pueden servir de preparacion para esta gran fiesta. Antiguamente toda obra servil y todo trabajo corporal cesaba la vigilia de Navidad; despues se han contentado las gentes con cerrar los tribunales desde este dia hasta el dia despues de Reyes; pero la Iglesia al dispensar en la cesacion del trabajo, no ha pretendido dispensarnos de los ejercicios de piedad y de penitencia. Como cuando nació el Salvador fué hácia media noche, la Iglesia destina todo el dia precedente para prepararnos á celebrar este dichoso nacimiento, pedido, deseado y suspirado por tantos siglos.

Ninguna cosa es mas propia para hacernos entrar con el espíritu de la Iglesia en la solemnidad de este dia, que las expresiones tan dulces y tan llenas de consuelo de que se sirve en el oficio de este dia y en la misa. Parece que ha reunido en estos actos de religion cuanto hay en la Escritura de mas tierno, de mas patético y mas capaz de mover, tocante al nacimiento del Mesías. Votos de los santos patriarcas, deseos ardientes y enigmáticos de los profetas, figuras

sagradas, acontecimientos misteriosos, símbolos proféticos, todo se reune el dia de hoy: de todo se hace como un resúmen para excitar la confianza, la esperanza y la fe en el corazon de los cristianos; y todo conspira á hacer sentir aquel gozo puro, que hace olvidar las amarguras del destierro á los fieles.

Hodiè scietis, quia veniet Dominus, et salvabit nos, canta la Iglesia en el invitatorio y en el introito de la misa de este dia, *et manè videbitis gloriam ejus*: Hoy sabréis que vendrá el Señor, y os salvará, y mañana veréis su gloria. Estas palabras, tan llenas de consuelo, las ha tomado la Iglesia del Éxodo. Pueblo de Judea y de Jerusalen, no gimais ya por vuestro destierro, cesen vuestros lloros y vuestros sustos, mañana tendréis un Salvador que os sacará de esta triste region de llanto: *Judæa et Jerusalem, nolite timere: cras egrediemini, et Dominus erit vobiscum*: Alegraos, pueblos del universo, porque la iniquidad que inunda toda la tierra, se debe borrar mañana por el nacimiento del Salvador del mundo que viene á reinar sobre nosotros; *Crastina die delebitur iniquitas terræ, et regnabit super nos Salvator mundi.* ¡Qué dicha, Dios mio, y qué gozo! *Dominus veniet*, el Señor vendrá en persona, salidle al encuentro, diciendo: Dios todopoderoso, Príncipe de la paz, soberano Señor del cielo y de la tierra, cuyo supremo poder y cuyo reino no tendrá jamás fin, como tampoco ha tenido principio. *Occurrite, dicentes: Magnum principium, et regni ejus non erit finis: Deus fortis, et dominator princeps pacis.* Hasta aquí es la Iglesia la que habla en el oficio de este dia. Finalmente, consolaos porque la dilacion no es grande: *Crastina erit vobis salus, dicit Dominus exercituum*: Mañana, sí, mañana seréis salvos; el Señor es quien lo dice, el Dios de los ejércitos os lo promete.

Como el dia, segun el lenguaje de la Escritura, empieza desde la tarde que le precede: *factum est vesperè et manè dies unus*: lo que observaba David cuando empezaba tambien los dias que consagraba al servicio de Dios por la tarde del dia antes: *vesperè et manè et meridiè narrabo*, etc., á la tarde, á la mañana y al mediodía cantaré sus alabanzas, le expondré mis miserias, y oirá mis votos; la Iglesia ha guardado siempre este estilo, y en consecuencia de este uso empieza sus fiestas por las primeras vísperas, es decir, desde la tarde, ó despues del mediodía del dia antecedente, que es la vigilia; y de aquí viene que las segundas vísperas nunca son tan solemnes como las primeras. *A vespera usque ad vesperam dies dominica servetur*, dice el cánon 21 del concilio de Francfort. Las que la Iglesia canta en esta tarde, como que son el principio de la solemnidad de mañana, no nos inspiran menores sentimientos de devocion, de gozo y de confianza.

Rex pacificus magnificatus est, cujus vultum desiderat universa terra: El rey pacífico, esto es, el supremo Señor del universo, que viene á establecer la paz entre Dios y los hombres, cuya venida esperan con una santa impaciencia todos los verdaderos hijos de Dios para ser librados del yugo del pecado; este Dios, este Salvador ha hecho ostentacion de su grandeza en su nacimiento temporal. *Magnificatus est rex pacificus super omnes reges universæ terræ*: Este Rey pacífico, cuyo nacimiento os parece tan oscuro, es mas glorioso en este lugar vil y despreciable, en que ha querido nacer, que todos los monarcas del mundo en sus soberbios palacios; pues toda la magnificencia de los palacios de los reyes no los saca de la condicion de puros hombres; pero la pobreza del pesebre en que el Salvador acaba de nacer, no le quita el que sea el solo verdadero Dios. *Completi sunt dies Mariæ*,

continúa la Iglesia, *ut pareret filium suum primogenitum* : En fin, llegó el tiempo en que María debia dar al mundo á su Hijo; ya se han cumplido las profecías de Jacob y de Daniel, tocantes al Mesías. *Non auferetur sceptrum de Juda, donec veniat qui mittendus est* : El reino que habian ocupado los descendientes de Judas habia pasado á Herodes Ascalonita, idumeo de nacion, y las setenta semanas predichas por Daniel habian espirado; luego el tiempo del nacimiento del Mesías habia llegado, y así añade la Iglesia : *Scitote quia propè est regnum Dei : Amen dico vobis, quia non tardabit* : Sabed que el reino de Dios está cerca; en verdad os digo que no tardará, pues el Salvador, el verdadero Hijo de Dios, el verdadero Mesías debe nacer dentro de pocas horas : ¿con qué sentimientos de religion, de gozo, de amor y de respeto no debemos prepararnos y disponernos para recibirle? ¿hay en todo el año dia mas digno de la devocion de los fieles? En fin, para excitar á los fieles á que aviven sus votos, su piedad y sus ansias para que venga el Salvador del mundo, clama la Iglesia al acabar el oficio de este dia : Levantad vuestras cabezas, mirad que se acerca vuestra redencion : *Levate capita vestra : ecce appropinquat redemptio nostra.*

¡Buen Dios, y cuántos preparativos para el nacimiento de un príncipe! no se hacen tantos para el de Jesucristo : á los fieles toca indemnizarle hoy de la indiferencia, del olvido, y tambien del menosprecio que se hizo de él aun antes que naciera; pues la santísima Vírgen, su madre, y san José, que llegaron á Belen la tarde de este dia, no hallaron en todos los mesones y hospicios de la ciudad un rincon en que alojarse : una vieja majada fuera de la ciudad, que servia de establo á las bestias, fué el solo alojamiento que pudo escoger el dueño soberano del universo. Es fácil imaginar cuáles fueron los sentimientos inte-

riores de María, su divina madre, todo el tiempo que aguardó la hora de su parto.

Este dia ha sido en todos tiempos un dia privilegiado y célebre en toda la Iglesia: en muchas partes era dia de fiesta, á lo menos despues de mediodía, ó desde las primeras vísperas. Despues se ha contentado la Iglesia con prohibir este dia todo negocio forense, y hacerle por la tarde fiesta de consejo.

San Agustin quiere que se santifique el domingo y las fiestas, como Dios lo habia mandado antiguamente respecto del sábado, desde las primeras vísperas hasta la tarde del dia siguiente, empleando la noche y el dia en alabar á Dios, y asistiendo á las vísperas y á las vigilias (1); y si no se puede acudir á la iglesia, añade el mismo padre, á lo menos empléese cada uno en su casa en ejercicios de piedad durante la noche; pero por el dia nadie deje de oir misa. ¡Qué indignidad, ó por mejor decir, qué vergüenza estarse en casa mientras los demás están en la iglesia! Hasta aquí san Agustin. Y á la verdad, cuando se abolieron las vigilias públicas que se hacian en las iglesias por los abusos y desórdenes que se cometian con ocasion de estas devociones nocturnas, no se dispensó á los fieles de la obligacion de rogar á Dios mas tiempo, de ayunar y de emplear una parte de la vigilia en ejercicios de devocion y en buenas obras.

La vigilia de Navidad es la única que la Iglesia ha conservado sin innovar nada; la solemnidad del dia, la grandeza y la santidad del misterio pedian esta distincion. Pero ¡qué impiedad si se profanara un tiempo tan sagrado con introducciones irreligiosas! ¡y qué delito no seria profanar con disoluciones é irreverencias, enteramente paganas, la sola vigilia de todo el año que la Iglesia ha querido hacer pública, y el tiempo en que nació Jesucristo! ¡Cuántos, des-

(1) Serm. 25, Temp.

pues de haber llenado el estómago de viandas y de vino en una colacion en que la tolerancia de los prelados permite tomar alguna cosa de mas en señal de alegría, ó en atencion al mayor trabajo que se tiene esta noche en la iglesia; cuántos de estos, digo, despues de haber hecho de la colacion una espléndida cena, van despues al templo á dormir, á bostezar, y aun á vomitar; mientras los demás están dando gracias á Dios, por el beneficio grande que les acaba de hacer de venir á vivir entre los hombres despues de haberse hecho hombre!

SAN GREGORIO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

Entre los ilustres mártires que hicieron demostracion de su valor en tiempo en que los príncipes gentiles persiguieron á la Iglesia de Dios, es digno de memoria eterna san Gregorio, presbítero, uno de los mas célebres confesores, y uno de los mas esforzados militares de Jesucristo: despreció con una generosa intrepidez y admirable fortaleza á los falsos dioses; y sostenido con la divina gracia, se burló de los mas crueles tormentos de los paganos.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano, en los principios del siglo III, una de las mas crueles persecuciones que ha padecido la Iglesia. Encendióse el fuego de aquella tempestad en Italia, en términos que se dejó ver un horroroso teatro de la sangre inocente de los cristianos, que derramó el furor de los infieles. Contribuyó Flaco, uno de los mayores aduladores de los referidos príncipes, á fomentar en ellos el odio contra la Iglesia. Persuadióles que mandasen levantar en todas las partes de sus dominios simulacros de los dioses romanos, á quienes se ordenase ofrecer sacrificios por todos los vasallos

del imperio, descubriendo á los cristianos por la resistencia de su adoracion.

Agradó la diabólica invencion á los emperadores; y como Flaco era un hombre cruel, muy proporcionado para llevar adelante sus impíos intentos, dirigidos á extinguir, si hubiera sido posible, el nombre cristiano, le eligió Maximiano para que promoviese su mismo pensamiento. Entró este tirano en la ciudad de Espoleto, y mandó publicar que concurriese todo el pueblo á la plaza, donde hizo que se le dispusiese un tribunal majestuoso. Sentado en él, preguntó á Tircano, juez de la ciudad, si todos los concurrentes tributaban culto à los dioses romanos, cuyos simulacros se elevaron á este efecto en Espoleto. Todos los que ves, respondió Tircano, prestan adoracion á Júpiter, á Minerva y à Esculapio, nuestros inmortales dioses, que miran propicios á todo el universo: con lo que lleno Flaco de satisfaccion, mandó retirar al pueblo.

Habia á la sazon en Espoleto un presbítero cristiano, llamado Gregorio, varon recomendable por la justificacion de su conducta, ocupado en los santos ejercicios de oracion, vigilias, ayunos y asombrosas penitencias: era tambien admirable por los muchos portentos que obraba cada dia, curando á no pocos enfermos, y expeliendo á los demonios de los cuerpos humanos que ellos tiranizaban. Con tales portentos y con sus zelosas exhortaciones convertia á la religion cristiana á muchos gentiles, desengañándolos de los necios delirios de las supersticiones paganas; y aun tenia valor para destruir á los ídolos. Tircano delató á Flaco este hombre portentoso con la infame impostura de que pervertia al pueblo induciendo á los ciudadanos á que despreciasen á los dioses romanos, sin hacer caso de los decretos de los príncipes del mundo.

Apenas oyó Flaco la acusacion, mandó á cuarenta soldados que le trajesen preso; y luego que lo tuvo en su presencia, le preguntó en tono sumamente airado: *¿eres tú el Gregorio de Espoleto, rebelde á nuestros dioses, y menospreciador de nuestros príncipes? Si deseas saber la verdad*, respondió el santo sin turbacion alguna, *yo soy Gregorio, ciudadano de este pueblo, que desde mi infancia jamás me separé de mi Dios, que me formó del polvo de la tierra. ¿Pues quién es tu Dios?* prosiguió el tirano: y el santo contestó: *el que crió de la nada al hombre á su imágen y semejanza, Dios fuerte é inmortal, que remunera á cada uno segun sus obras. No quieras ser hablador*, replicóle Flaco, *haz lo que te mando. Ya sé lo que mandas*, dijo entonces Gregorio; *y tambien sé lo que me conviene hacer. Pues si lo sabes*, respondió el tirano, *cuida de tu vida, entra en el templo, y sacrifica á los grandes dioses Júpiter, Minerva y Esculapio, para que consigas muchos bienes de nuestros príncipes, y seas nuestro amigo. Yo no deseo vuestra amistad*, respondió el santo; *ni menos sacrifico á los demonios, solo si á mi Dios y Señor Jesucristo: pues es bien notorio que esos que tú llamas dioses fueron unas criaturas torpes y abominables, como se acredita por vuestras mismas historias.*

Fuera de sí el tirano al oir tan sabias como concisas respuestas, mandó á los verdugos que le hundiesen las mejillas á golpes y bofetadas. Quiso Tircano aconsejarle que sacrificase á los mismos dioses antes que su cuerpo fuese hecho pedazos á fuerza de tormentos; pero Gregorio, animado de aquel valor y de aquel espíritu que constituye el carácter de los héroes del cristianismo, despreció las amenazas de ambos tiranos, diciéndoles: *haced lo que quisiéreis, que yo no sacrifico á los demonios, sino á mi Dios verdadero.* Entonces ordenó Flaco apalearle con varas nudosas

como á un vil esclavo; y mirando al cielo el santo en medio de aquel castigo, oraba en estos términos: *ten misericordia de mi, Señor Dios de Israel, y librame de las manos de sus enemigos.* Quisieron Flaco y Tircano persuadirle à que tuviese compasion de sí mismo antes de morir; pero despreciando el ilustre mártir sus diabólicos consejos, les respondió que se separasen de él, pues eran ministros de Satanás. Resentido Flaco de aquel desprecio, mandó que arrojasen al célebre confesor de Jesucristo á un globo de ardiente fuego. Estando el santo en medio de las llamas, hizo oracion al Señor, rogándole se dignase obrar el mismo prodigio que con los tres niños en el horno de Babilonia para confusion de los paganos. Oida su peticion, sucedió un terrible terremoto que arruinó una gran parte del pueblo, en la que murieron mas de 550 infieles; de lo que aterrado Flaco, huyó precipitadamente, dando órden á Tircano de conducir á Gregorio á una dura prision. Ejecutóse así; pero apenas entró en la cárcel, iluminado el calabozo con un resplandor maravilloso, se le apareció un ángel del Señor, que, dejándole libre de las cadenas como en otro tiempo á Pedro, y sanándole de todas las heridas, le confortó para los siguientes combates.

Impaciente el tirano por vengarse, dispuso que se presentase el ilustre confesor ante su tribunal en el dia inmediato. Insistió en sus antecedentes porfias sobre que sacrificase á los dioses romanos, valiéndose para elló de grandes promesas y terribles amenazas; pero despreciándolo todo el santo con nuevo valor, le añadió que semejantes actos de adoracion solo eran debidos al verdadero Dios, y no á los demonios. Irritó tanto á Flaco esta respuesta, que, no satisfecho con haber dispuesto que le quebrantasen las piernas con un cepo de hierro, mandó que le aplicasen hachas encendidas á los costados; mas

burlándose Gregorio de todas las crueles invenciones, le hizo entender que, aunque despedazase todo su cuerpo, tenia á su favor pronto á un soberano médico, que era su Señor Jesucristo, el cual curaria todos los males que pudiera causarle su crueldad.

Finalmente, viendo Flaco la inutilidad de todos sus esfuerzos, los que solo servian para dar materia al santo de mayores triunfos, por último recurso mandó que le degollasen en medio del anfiteatro público: y orando el santo en el lugar del suplicio, oyó una voz del cielo que le convidaba á disfrutar los premios de su fortaleza. Ejecutada la impía sentencia, ordenó el tirano que soltasen las fieras para que devorasen al venerable cadáver; pero olvidándose estas de su natural condicion, le inclinaron la cabeza en señal de veneracion: por cuyas maravillas clamó á grandes voces todo el pueblo que solo era grande el Dios de los cristianos, y se convirtieron á la fe muchos gentiles. No quedó Flaco sin el merecido castigo, pues habiéndole herido mortalmente un ángel del Señor, vomitando las entrañas por la boca, murió infelizmente en el mismo dia. Compró á Tircano el cadáver del santo presbítero cierta mujer cristiana, llamada Abundancia, y embalsamándole con preciosos aromas, le depositó cerca del puente del Rio Sanguinario, contiguo á los muros de Espoleto: sus reliquias hoy se conservan con grande veneracion en la iglesia de Colonia.

SANTA TRASILLA Y SANTA EMILIANA, VÍRGENES (1).

San Gregorio el Magno tuvo tres tias paternas. Todas ellas hicieron voto de castidad, y se consagraron á los ejercicios de la vida mística en casa del senador

(1) Sacado de san Gregorio Magno, Diálogos, lib. 4, c. 16, y Homilía 28 sobre el Evangelio.

Gordiano, su padre. Sus nombres eran Trasilla, Emiliana y Gordiana. Las dos primeras renunciaron al mundo en el mismo dia, empezando á caminar desde el mismo punto y á porfía hacia la perfeccion. Las unian mas íntimamente el fervor y la caridad, que los lazos de la sangre. A puro estimularse mutuamente á la virtud, hicieron grandes progresos en ella y en la vida espiritual. Estaban tan desprendidas de la tierra, tan cuidadosas de mortificar los sentidos, tan finamente fieles á la gracia, que parecia no vivian ya en un cuerpo mortal.

Gordiana hizo igualmente voto de castidad, y tomaba parte en los ejercicios de las otras dos santas hermanas. Pero las relaciones que mantenia con el mundo, entibiaron su fervor, y se fué aficionando insensiblemente á él; de manera que muy luego dejó el Señor de ser su soberano dueño. Trasilla y Emiliana, que lo echaron de ver, tuvieron el mayor sentimiento. Hiciéronle presente su modo de vivir desarreglado, pero dándole al mismo tiempo pruebas del mayor cariño, afecto y caridad. Gordiana al parecer tomó parte en tan buenos sentimientos, y hasta prometió corregirse. Mas pronto recayó en las mismas faltas, no pudiendo ya disimular el disgusto que le causaba el silencio, el retiro y los ejercicios espirituales. Su tibieza embarazaba el efecto que debian producir las razones y los ejemplos de sus santas hermanas; y cuando la muerte se las arrebató, dió enteramente al traste con el género de vida que habia abrazado voluntariamente. ¡Terrible ejemplo de los peligros del mundo, y de las fatales consecuencias que acarrea el descuido en el servicio de Dios!

Trasilla y Emiliana prosiguieron siempre animosas por los caminos de la perfeccion; así es que merecieron recibir la corona de la gloria prometida á la perseverancia. Sabemos por san Gregorio que Trasilla

tuvo una vision en la que el santo papa Félix, tio suyo. se le apareció, haciéndole ver el lugar que le estaba preparado en el cielo, y diciéndole: « Venid, yo os recibiré en la morada de la gloria. » Al siguiente dia cayó enferma. En su agonía, teniendo los ojos dirigidos hácia el cielo, exclamó súbitamente: « Apartaos, haced lugar; ved aquí á Jesus que viene á mí. » El dia 24 de diciembre, habiendo dicho estas palabras, espiró. De estar continuamente de rodillas en oracion le habian salido en ellas callos durísimos. La santa á su vez se apareció á su hermana Emiliana, invitándola á que fuese á celebrar con ella la fiesta de la Epifanía. En efecto luego cayó enferma, y murió el dia 5 de enero. En el Martirologio romano se hace mencion de estas dos santas en el dia de su muerte.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

En Antioquía, la fiesta de cuarenta santas vírgenes, que en la persecucion de Decio consumaron su martirio con diferentes tormentos.

En Espoleto, san Gregorio, presbítero y mártir, que en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano fué primeramente acardenalado con garrotes nudosos, luego puesto en una parrilla y arrojado á la cárcel; le desgarraron las rodillas con cardas, le quemaron los costados con planchas candentes, y por último le decapitaron.

En Trípoli, san Luciano, san Metroso, san Paulo, san Zenobio, san Teótimo y san Druso, mártires.

En Nicomedia, san Eutimo, mártir, que en la persecucion de Diocleciano fué pasado á cuchillo despues de otros muchos, que fueron martirizados antes que él, y á quienes siguió para ser coronado como ellos.

En Burdeos, san Delfin, obispo, quien floreció en santidad en tiempo de Teodoro.

En Roma, la fiesta de santa Trasilla, vírgen, tia paterna de san Gregorio, papa, el cual asegura que la santa, hallándose en la hora de la muerte, vió á Jesucristo salir á su encuentro.

En Tréveris, santa Irmina, vírgen, hija del rey Dagoberto.

En los Países Bajos, la venerable Adalseinda, vírgen, hija de santa Rictruda.

En Vormes, el venerable Ano, varon de gran santidad, que de abad de Berg, cerca de Magdeburgo, fué creado obispo de aquella ciudad.

Este mismo dia, san Temisto y san Donato, mártires, con otros cuatro.

La misa es de la vigilia de la natividad del Salvador, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos redemptionis nostræ annua exspectatione lætificas: præsta, ut unigenitum tuum, quem Redemptorem læti suscipimus, venientem quoque judicem securi videamus Dominum nostrum Jesum Christum filium tuum: Qui tecum vivit...

O Dios, que nos llenais de gozo todos los años con la expectacion de nuestra redencion: haced que, así como recibimos alegres á vuestro hijo único, nuestro Redentor Jesucristo, cuando viene á redimirnos, así tambien le podamos ver seguros y sin temor cuando venga á juzgarnos: El que, siendo Dios, vive...

La epístola es del cap. 1 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Paulus, servus Jesu Christi, vocatus apostolus, segregatus in evangelium Dei, quod ante promiserat per prophetas suos in Scripturis sanctis de Filio

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado apóstol, separado para el Evangelio de Dios, el cual habia prometido antes por sus profetas en las santas Escri-

suo, qui factus est ei ex semine David secundùm carnem, qui prædestinatus est filius Dei in virtute secundùm spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesu Christi Domini nostri: per quem accepimus gratiam, et apostolatum ad obediendum fidei in omnibus gentibus pro nomine ejus, in quibus estis et vos vocati, Jesu Christi Domini nostri.

turas, en órden á su Hijo: el cual fué hecho para él de la semilla de David segun la carne: el cual fué predestinado hijo de Dios por propia virtud, segun el espíritu de santificacion por la resurreccion de la muerte, Jesucristo Señor nuestro; por el cual recibimos la gracia y el apostolado, para obedecer á la fe en todas las gentes, por su nombre, en las cuales habeis sido llamados tambien vosotros por Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

« Estando san Pablo en Corinto, donde se detuvo » tres meses, escribió esta admirable carta á los Ro- » manos el año 58 de Jesucristo: segun la costumbre » de aquel tiempo, pone el Apóstol á la cabeza de su » carta su nombre y sus calidades, todas las cuales » las reduce á la de siervo de Jesucristo y apóstol » suyo. »

REFLEXIONES.

Pablo, siervo de Jesucristo. Ya era tiempo que Roma supiese reconocer y respetar otros títulos, que los que únicamente se fundan en las ventajas de la naturaleza y en la grandeza humana. Pablo, siervo de Jesucristo: esta es la primera calidad de que se gloria el maestro de los gentiles; calidad augusta y preferible al honor mismo del santo ministerio, el que sin la humildad y sin la fidelidad de un verdadero siervo, solo contribuye á la ignominia y á la perdicion del predicador, del pastor, del apóstol. Calidad que debe preferirse á todos estos títulos pomposos y relumbrantes de grande, de príncipe, de monarca;

pues en la hora de la muerte todos estos grandes nombres quedan vacíos, y todos se desvanecen en el sepulcro. La calidad de siervo de Dios es sola la que ennoblece, es el solo título que da derecho para reinar eternamente en el cielo. ¡Qué consuelo este para todos aquellos que no tienen en este mundo ni fama, ni distincion, ni prerogativas de nacimiento! Isidro, pobre labrador, vive y muere siervo de Jesucristo: esta es toda su nobeza, su fortuna, su calidad; y este pobre labrador, tan vil, tan despreciable á los ojos de los hombres, viene á ser el objeto de la veneracion de los pueblos y de los reyes. Los Alfonsos, los Carlos, los Felipes, los Fernandos, señores de tantos reinos, se postran delante de sus reliquias, imploran su socorro y confían en el valimiento que logra con Dios, mientras que nadie se acuerda de rendirles á ellos el menor respeto despues de su muerte, habiendo apenas quedado en la historia sus nombres. Todos no pueden ser reyes; pero todos pueden ser siervos de Dios. ¡Qué locura no hacer todos los esfuerzos para merecer este título! Las profecías fueron anunciadas á los judíos por espacio de muchos siglos, no solo por predileccion y preferencia para con este pueblo, sino para que, siendo fiel en aguardar su cumplimiento, excitase la curiosidad de las naciones, y las dispusiese poco á poco á recibir el Evangelio. Hay gracias que vienen derechas á nosotros, aunque no sean hechas precisamente á nosotros: hay ciertas lecciones que Dios nos da para estudiar su conducta y los designios que tiene sobre nosotros. Dichoso aquel, que por su falta de atencion no deja escapar sus gracias. *El Hijo de Dios, nacido de la estirpe de David.* Espíritu humano, humíllate, pues el Hijo de Dios, siendo Dios, elige voluntariamente una humillacion tan espantosa; una generacion eterna escoge un nacimiento hecho en tiempo. Si tu espíritu

se confunde cuando busca cómo conciliar estos dos términos, debe bastarle la revelacion, y hacerse cargo que este no es un punto disputable que deba aclararse en la escuela: lo que debe bastarnos, y lo que nos salva, es la fe humilde en el Verbo encarnado.

El evangelio es del cap. 1 de san Mateo.

Cùm esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem vir ejus, cùm esset justus, et nollet eam traducere, voluit occultè dimittere eam. Hæc autem eo cogitante, ecce angelus Domini apparuit in somnis ei, dicens: Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium: et vocabis nomen ejus Jesum; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Estando desposada la madre de Jesus María con José, se halló preñada del Espíritu Santo antes de haber estado juntos. José, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, hé aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á María por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

SOBRE LA PREPARACION PARA LA FIESTA DE MAÑANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que si hay alguna fiesta en el año en que Dios derrame sus favores y sus gracias con liberalidad y con profusion, es ciertamente en el dia glorioso del nacimiento del Salvador del mundo. Es un uso establecido en todas las naciones y en todos los pueblos, recibir muestras de la liberalidad de los grandes

el dia aniversario de su nacimiento. La Iglesia parece que imita esta costumbre universal, llamando dia del nacimiento de los santos á aquel en que celebra su fiesta, y en que implora sus intercesiones con Dios. Pero las liberalidades del Señor en la fiesta de mañana dependen de las disposiciones con que la celebremos. Se adorna una persona, gasta, á nada perdona por brillar en la corte, y por dar gusto al rey el dia de su nacimiento. El medio de honrar al Señor, de agradarle en la celebridad de su nacimiento, es imitarle en un estado tan humilde, y en que tanto padece. Los pastores y los Magos que vinieron á adorarle en el establo nos pueden servir de modelo. ¡Con qué fe, con qué ansias, con qué pureza de conciencia vinieron á rendirle sus homenajes estas primicias de los verdaderos adoradores del Salvador! Habia muchos pastores en aquellos alrededores; pero solo los que velan tienen la dicha de encontrar y ver al Mesías. La estrella milagrosa fué vista de muchas gentes; pero solo la siguen los Magos que estaban atentos á la voz del cielo, y eran dóciles á la gracia. ¿Queremos participar de los mismos favores en esta gran fiesta? tengamos las mismas disposiciones. La vigilancia es necesaria para ver todo lo que puede servir de obstáculo á las liberalidades del Señor. Es menester pasar este dia con recogimiento y quietud interior para oir la voz de la gracia: es necesaria la generosidad para apartarnos, como los Magos, de los negocios temporales, á lo menos este medio dia, y prepararnos con cuidado y solicitud para visitar al Salvador en el pesebre. Es menester, en fin, que el deseo ardiente de rendir nuestros homenajes á Jesucristo recien nacido, disponga nuestra alma para los grandes favores que derrama el dia de su nacimiento sobre todos los corazones puros y abrasados del fuego del amor divino.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que de todas las preparaciones para la fiesta de mañana la mas útil, la mas eficaz es no perder de vista á la santísima Vírgen, considerándola en aquellos preciosos momentos que precedieron á su dichoso parto. Representémonos y meditemos cuáles fueron los sentimientos, cuáles las disposiciones interiores, y cuáles las principales virtudes de la santísima Vírgen y de san José todo el dia que precedió al nacimiento del Salvador. Sabedores de la hora en que el Salvador habia de nacer, la santísima Vírgen y su casto esposo estuvieron en una profunda contemplacion de este misterio. El ningun caso que de ellos se hace en el mundo no les causa admiracion: saben que el Hijo de Dios quiere nacer en una extrema pobreza, á fin de enseñarnos que para ser bien recibidos de él es necesario tener un corazon vacío de toda aficion á los bienes de la tierra; y que si él escoge para nacer el reposo y el silencio de la noche, es para decirnos con esto, que ninguna cosa es mas contraria á la verdadera piedad que el tumulto del mundo, y el ruido de los negocios temporales, tan perjudicial al negocio importante de la salvacion, ¿Queremos tener parte en los beneficios y en las liberalidades del Salvador recien nacido? conservémonos en recogimiento, á lo menos la vigilia de su nacimiento. No pasemos este dia, ó á lo menos este medio dia en otra cosa que en rezar, en meditar y en ejercitarnos en obras de misericordia. Pensemos en preparar nuestra alma, y en adornarla con el ejercicio de las mas excelentes virtudes. Solos los corazones limpios tienen el privilegio y la dicha de ver á Dios. Esta pureza de corazon es lo que pide Dios á todos los que vienen á adorarle en el pesebre. La humildad de corazon, la cual es inseparable de esta pureza, es uno

de los principales adornos que el niño Jesus pide á todos los que vienen á hacerle la corte. Finalmente, como el amor inmenso que tiene Dios á los hombres es lo que le hizo encarnar y nacer; así tambien lo que Dios pide á los hombres es este amor ardiente: vino él mismo á *encender este fuego divino*, y *no quiere sino que arda*. Dichoso aquel que en esta gran fiesta se siente abrasado de este divino fuego.

Dignaos, Señor, encenderle en mi corazon, y darme con él todas las santas disposiciones que debo tener el dia feliz de vuestro glorioso nacimiento; yo os las pido por la intercesion de vuestra santísima Madre y de san José, y espero con una firme confianza que las he de obtener.

JACULATORIAS.

Crastina die delebitur iniquitas terræ, et regnabit super nos Salvator mundi. La Iglesia.

Mañana desaparecerá la iniquidad de la tierra, y el Salvador del mundo reinará sobre nosotros.

Crastina erit vobis salus. Exod.

Mañana será para vosotros el dia grande de la salvacion.

PROPOSITOS.

1. La alegría y la solemnidad son inseparables de la fiesta de mañana. El oficio y la misa que la Iglesia celebra á media noche, y á la cual la Iglesia convida á todos sus hijos, nos muestra bastante la celebridad de la fiesta. ¿Qué no debemos hacer para prepararnos á ella? Pasa toda la vigilia de este gran dia en ejercicios de piedad, y da de mano á todos los negocios temporales, sobre todo despues de mediodía. Emplea todo este tiempo en adquirir las santas disposiciones en que debes estar para ser del número de aquellos á quienes los ángeles vendrán á anunciar la alegría

celestial; aquella alegría para que produce en las almas santas el dia del nacimiento del Salvador. Confiesa hoy; asiste, si puedes, á las primeras vísperas de la Natividad, y pasa la mayor parte del dia en oracion, ó en el ejercicio de otras buenas obras; y díte á tí mismo muchas veces: *Crastina erit vobis salus:* mañana debe ser para mí un dia de gracia y de salvacion.

2. Ninguna cosa es mas santa, ninguna debe ser mas saludable que la solemnidad de esta noche; se puede decir que el Salvador derrama á manos llenas sus gracias en aquella dichosa hora, que es propiamente la hora primordial de la salvacion. Por eso el enemigo de la salvacion hace todos sus esfuerzos para que nos sea inútil, excitándonos á la disipacion, y valiéndose de otros mil artificios perniciosos. Nunca se ven mas irreverencias en los templos ni mas inmodestias. Evita esta desgracia. Nunca estés en la iglesia con mas respeto y reverencia que esta noche; inspira esto mismo á tus hijos y domésticos. Comulga hoy. Conviene que el Salvador venga á nacer en tu alma á la misma hora que nació en Belen. Guárdate de profanar un tiempo tan santo con esas comilonas que el enemigo de Jesucristo y de la salvacion ha introducido entre los cristianos por un abuso en cierto modo sacrílego. Con este género de disoluciones y de impiedades ha querido el demonio hacernos inútil, y aun pernicioso, el tiempo mas saludable y mas santo de todo el año.

T. 12. *P. 541.*

LA NATIVIDAD

DE N. S. JESUCRISTO.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

QUE VULGARMENTE SE LLAMA

LA PASCUA DE NAVIDAD.

El año de la creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra, 5199; despues del diluvio 2957; del nacimiento de Abrahan 2015; de la salida de los israelitas de Egipto bajo su caudillo Moisés 1510; desde que David fué ungido y consagrado por rey 1032; la semana 65, segun la profecía de Daniel; en la olimpíada 194; el año de la fundacion de Roma 752; el año 42 del imperio de Octaviano Augusto; gozando todo el universo de una profunda paz, en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno, é hijo del Eterno Padre, queriendo santificar el mundo con su santo advenimiento, habiendo sido concebido por obra del Espíritu Santo, y habiéndose pasado nueve meses despues de su concepcion, nace en Belen, ciudad de Judá, de la gloriosa vírgen María. Hoy es este dia tan solemne en el mundo, en el cual se celebra la natividad de nuestro Señor Jesucristo segun la carne.

De este modo anuncia la Iglesia hoy á todos los fieles el dia célebre del nacimiento del Salvador del mundo; dia tan deseado, por tanto tiempo esperado, pedido con tantas instancias por todos los patriarcas y profetas, y por todos los que esperaban la redencion de Israel; y este es el nacimiento dichoso, cuya historia vamos á dar.

No se habia visto en el mundo una paz mas uni-

versal que la que entonces reinaba. Aprovechándose el emperador Augusto de esta tranquilidad general, le picó la curiosidad de saber el número de las fuerzas del imperio, haciendo para ello un empadronamiento exacto de todos sus súbditos. Cirino tuvo la comision de hacer el de la Siria, de la Palestina y de la Judea, y para facilitar la ejecucion ordenó que cada uno se empadronara y diera su nombre en la ciudad de donde era originaria su familia.

Luego que se publicó el edicto del emperador, Jose partió de Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, donde tenia su domicilio, y fué á Judea á la ciudad de David, llamada Belen, porque era de la casa y familia de David, para hacerse alistar con María su esposa, que estaba cercana al parto. Belen no era entonces sino un lugar ó una aldea de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalen. No fué poco trabajo para la santísima Vírgen y para san José tener que hacer cuatro dias de camino para ir desde la baja Galilea hasta Belen, primera residencia de la familia de David, de la que traian su orígen uno y otro. Pero como entrambos estaban perfectamente instruidos del misterio, y sabian que el Mesías, segun la profecía de Miqueas, debia nacer en Belen, sufrieron con gusto las incomodidades del viaje.

Habiendo llegado á Belen, fueron mal recibidos; no se tuvo el menor respeto ni á su calidad, ni al preñado de la santísima Vírgen. La pobreza, que se manifestaba bastante en todo su equipaje, no atrajo sobre ellos sino el desprecio y el abandono: estando las posadas llenas de gente por el concurso extraordinario que habia acudido de todas partes, y empezando á anochecer, María y José, las dos personas mas santas y mas respetables del universo, á quienes todos los hombres debian rendir homenaje, se vieron obligados á retirarse á una especie de establo ó cueva

que estaba fuera del pueblo, y donde á la sazon se hallaba un buey y un jumento; habiéndolo dispuesto así la Providencia divina en cumplimiento de las profecías de Habacuc y de Isaías.

Una posada tan humilde no dejó de contristar á la Madre de Dios y á san José; pero le convenia á aquel que venia á enseñar la humildad á los hombres, y cuya grandeza y majestad son independientes de toda exterioridad. No ignorando la santísima Vírgen la hora en que el Salvador debia nacer, pasó con san José todo el tiempo que precedió á este nacimiento en una dulce y amorosa contemplacion del misterio que iba á cumplirse. A media noche, sintiendo que el término habia ya llegado, parió sin dolor y sin lesion alguna de su pureza virginal á su Hijo primogénito, que fué asimismo su único Hijo, al cual adoró postrada en tierra con aquellos transportes de amor, de admiracion y de respeto de que solo Dios puede conocer el ardor, el precio y la medida; tomándole despues en sus brazos, le envolvió en los pañales que habia llevado, y le recostó en el pesebre donde se echaba de comer á las bestias. Esta fué la cuna que escogió Jesucristo para empezar á confundir nuestro orgullo, y enseñarnos á menospreciar la grandeza, las comodidades y todos los falsos bienes de la tierra. Fácilmente se deja comprender la impresion que haria en san José la vista de este divino Salvador, quien por una predileccion particular le habia escogido para que hiciera las veces de padre consigo. ¡Cuáles serian sus actos de adoracion, de amor y de humillacion á los piés de un Dios hecho niño! ¡á los piés del Verbo encarnado, Hijo único de Dios vivo, igual en todo á su Padre! Aquel vil establo, aquella pobre cueva vino á ser entonces el lugar mas respetable del universo, y la imágen, por decirlo así, mas parecida de la celestial Jerusalen. Ningun ángel dejó de venir á adorarle en

este lugar: no hubo uno que al primer momento que este divino niño vió la luz, no se diese priesa para venir á rendirle sus homenajes. Aunque ya se los habian rendido en el primer momento de su concepcion, los reiteraron esta segunda vez que entró en el mundo: *Et cùm iterùm introducit primogenitum in orbem terræ*, dice san Pablo (1), *dicit: Et adorent eum omnes angeli Dei.*

¡Qué fondo de reflexiones, buen Dios, no nos presentan todas las circunstancias de este maravilloso nacimiento! La santísima Vírgen busca una posada en la aldea de Belen; pero el gran concurso de gentes que llegan á toda hora hace que no la encuentre; resérvanse los alojamientos para mas ricos huéspedes. La santísima Vírgen y san José quizá hubieran tenido con que pagar un pobre rincon, pues le buscaban para alojarse; pero sin duda en Belen no habia lugar bastante pobre para Jesucristo. Era menester una cueva, un corral, un establo para recoger y albergar á las dos personas mas dignas, mas amadas de Dios, pero despedidas de todo el mundo y menospreciadas en todas partes. ¡O Salvador mio, y cómo empiezas con tiempo á reprobar y confundir la soberbia del mundo! ¿Quién se imaginaria que el supremo Señor del universo habia de nacer en un lugar tan vil y despreciable? ¡qué espectáculo mas asombroso! Un Dios niño y este niño Dios, para quien el cielo no tiene cosa que sea bastante magnífica, y que tiene su trono sobre las estrellas, está reclinado en un pesebre, es fomentado con el vaho y aliento de dos animales, está expuesto á todas las inclemencias del viento, mientras que tantos reyes, que son sus súbditos, nacen en palacios magníficos, y en la abundancia de todo. *Ubi aula regia*, exclama san Bernardo, *ubi thronus, ubi curiæ regalis frequentia?* ¿Dónde está el palacio de

(1) Heb. 1.

este rey recien nacido? ¿donde está su trono, dónde los oficiales de su numerosa corte? *Nunquid aula est stabulum, thronus præsepium, et totius aulæ frequentia Joseph et Maria?* Su palacio es el establo, su trono es el pesebre; María y José componen toda su corte. ¿Quieres saber, dice san Agustin, quién es el que ha nacido de esta suerte? Yo te lo diré: « Es el Verbo del Padre Eterno, el criador del mundo, la luz del cielo, la fuente de la paz y de la bienaventuranza eterna, la salud del linaje humano, el que vuelve al camino á los que se extravían; en fin, el que es toda la alegría y la esperanza de los justos. »

Sin embargo, aunque el Hijo de Dios quiso nacer en la oscuridad de un establo, no dejó de manifestar su nacimiento á los judíos y á los gentiles. Los ángeles le anuncian á los pastores, y una estrella milagrosa á los reyes magos. Unos pastores velaban en los campos vecinos, guardando sus ganados; porque, siendo el invierno templado y tardío en Judea, podia muy bien mantenerse el ganado en el campo por la noche en este tiempo. Se les apareció un ángel mas resplandeciente que el sol; al principio quedaron deslumbrados y llenos de temor; pero el mismo ángel que les habia causado el temor los serenó, diciéndoles: No temais, porque vengo á traeros la nueva mas alegre que se puede imaginar, y que vosotros jamás podríais esperar; la que debe ser para vosotros y para todo el pueblo motivo de un extremado gozo: *Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo.* Acaba de nacer un Salvador en Belen, en un pueblo que vosotros llamais ciudad de David, el cual es el Mesías, el Salvador de las almas, vuestro Señor y vuestro Dios; le hallaréis allí envuelto en pañales, y reclinado muy pobremente en el pesebre de un establo; estas son las señales que os doy para conocerle, y convenceros de la verdad de lo que os digo.

Apenas el ángel hubo acabado de hablar, cuando á una multitud de espíritus celestiales se oyó cantar las alabanzas de su Señor y su Dios : *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos*, decian, *y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad y de corazon recto*. El Salvador que acaba de nacer trae y procura infundir la una y la otra.

Advertid, dicen los santos padres, que Dios no hace anunciar el nacimiento de su Hijo á los sabios ni á los ricos de Belen; porque la soberbia, la avaricia, el placer son grandes embarazos para ir á adorar á un Dios pobre, humilde y entre penas. Los primeros á quienes es anunciado Jesucristo son los pastores, hombres pobres, humildes, trabajadores; porque son los mas capaces de entrar por medio de la sencillez en los misterios de la religion. Pero ¿qué señales les dan á estas pobres gentes de la divinidad de este niño, y de la verdad del Mesías? Los pañales en que está envuelto, el pesebre donde está reclinado y el establo. ¿Son estas las señales por las que se ha de venir en conocimiento de la suprema majestad de un Dios? No por cierto; pero con estas señales de pobreza y de anonadamiento se viene en conocimiento de un Dios Salvador, que viene á librar á los hombres de la esclavitud del pecado y de la tiranía de las pasiones. Pero ¡qué gloria la que le resulta á Dios de este nacimiento! La encarnacion es la obra grande de Dios; todas las divinas perfecciones, el poder, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia resplandecen en ella de un modo el mas excelente. Jesucristo viene á reconciliar el mundo con su Padre, á destruir el pecado, á domar al demonio, á sujetar la carne al espíritu, á unir las voluntades de los hombres entre sí y con la de Dios. Con razon, pues, se anuncia hoy la paz á aquellos que fueren dóciles á la doctrina y á las gracias del Salvador.

Los pastores no desprecian el aviso que han recibido del cielo; antes bien, exhortándose los unos á los otros á ir á ver estas maravillas, parten al punto, llegan á Belen poco despues de media noche, y habiendo encontrado desde luego el establo, entran en él penetrados de una uncion extraordinaria de la gracia que derramaba interiormente en sus almas aquel divino Salvador; se postran à sus piés, le adoran como á su Salvador y su Dios, y habiendo hecho sus cumplidos con la santísima Vírgen y con san José, se vuelven á sus hatos llenos de un gozo indecible; no cesan de glorificar al Señor por todas las cosas que han visto y oido, y las cuentan con su natural sencillez á cuantos encuentran. Todos los que los oyeron, dice el Evangelio, quedaron atónitos de las cosas que supieron y aprendieron de la boca de los pastores.

« ¡O amor inefable! exclama aquí san Agustin. ¡O caridad incomprensible cuyo precio somos incapaces de conocer! ¿Quién se hubiera atrevido jamás á imaginar que aquel que está en el seno del Padre desde la eternidad, habia de nacer de una mujer en tiempo por nuestro amor? ¡qué honra y qué gloria la tuya, ó hombre, añade el mismo padre, el que un Dios se haya dignado hacerse tu hermano! » Quiso nacer así, dice san Crisólogo, porque así quiso ser amado. En el nacimiento de Jesucristo, dice san Bernardo, el pesebre nos grita altamente que debemos hacer penitencia; el establo, las lágrimas, los pobres pañales nos predican la misma virtud. Todo predica en el nacimiento del Salvador, todo es instruccion, todo leccion, y todo nos dice que en cualquiera condicion que hayamos nacido, en cualquiera estado que vivamos, sea vil ó eminente el puesto que ocupemos en el mundo, es necesario que nuestro corazon esté desprendido de los bienes y de

los placeres de esta vida: es necesario que seamos humildes, penitentes, mortificados, si queremos que el nacimiento del Salvador nos sea útil, si queremos tener parte en la redencion.

La fiesta de la Natividad del Salvador, que ha sido en todos tiempos de las mas solemnes de la Iglesia; el adviento que la precede, y que por muchos siglos fué un tiempo de ayuno, como lo es aun ahora para muchas comunidades religiosas; las oraciones y la solemnidad de los ocho dias últimos de adviento, las tres misas que cada sacerdote dice en este dia, todo esto denota la celebridad de la fiesta. En todos tiempos se ha celebrado el dia del nacimiento de los príncipes en todas las cortes y en todos los pueblos. El dia feliz del nacimiento del Salvador del mundo ¿podia celebrarse menos entre todos los fieles? Esta consideracion ha hecho que la Iglesia, viéndose precisada á prohibir todas las vigilias que estaban en uso, haya dejado la de Navidad á causa de la celebridad del dia. La tradicion desde los apóstoles hasta nosotros ha fijado siempre la célebre época de este nacimiento al dia 25 de diciembre, y la Iglesia ha querido contar el año de la redencion por el dia de Navidad, y sobre este cálculo ha arreglado sus oficios, como se ve en todo el órden de su liturgia y en los antiguos martirologios, fijando el punto del principio del año eclesiástico al punto del nacimiento del Salvador del mundo.

Por lo que mira á las tres misas que dice cada sacerdote en este dia, este uso estaba ya establecido en la Iglesia en tiempo del papa san Gregorio, hácia el año de 600; pues advierte este santo doctor que el tiempo que se emplea en decirlas, debia abreviar en este dia el tiempo de la predicacion. El sentido místico de las tres misas en la celebridad de este dia ha dado motivo para buscar diferentes razones de este rito ex-

traordinario. Unos han creido que era para honrar particularmente á las tres personas de la santísima y adorable Trinidad, que, tenian tanta parte en este misterio. Otros creen que, como el Salvador nació á media noche, la Iglesia ha querido honrar este tiempo con una misa solemne. Como los pastores llegaron un poco antes del dia, la Iglesia ha querido santificar esta primera manifestacion del Salvador con otra misa; y la tercera es la que se dice solemnemente cuando se junta el pueblo para celebrar las grandes solemnidades. Otros han pensado que la misa de la media noche era para honrar el nacimiento temporal del Salvador; la que se dice al amanecer, para honrar el tiempo de la resurreccion; y la tercera, que se dice solemnemente cerca del mediodía, era en honra de su nacimiento eterno en el seno del Padre.

Por lo que mira á la cueva sagrada donde quiso nacer el Salvador, ha estado siempre en gran veneracion. Es verdad que el emperador Adriano hizo en odio de los cristianos edificar encima un templo dedicado á Adonis, esperando abolir con esta sacrílega profanacion la memoria de un lugar tan respetable; pero no impidió el que los mismos paganos mirasen este santo lugar con respeto, y dijesen siempre: Este es el lugar donde el Dios de los cristianos quiso nacer. Pero habiendo cesado las persecuciones, se demolió el templo de los paganos, y se edificó en su lugar una iglesia magnífica, forrada de planchas de plata, las paredes embutidas de mármol, y la cueva enriquecida á proporcion. Se edificaron muchos monasterios al rededor; y lo que la hizo todavía mas célebre, fué que san Jerónimo la escogió para su morada. El pesebre santificado con el contacto del Salvador fué llevado despues á Roma, donde se conserva con mucha veneracion en la célebre iglesia de Santa María la Mayor, que por esto se llama Santa María *ad præsepe*.

Los preciosos pañales en que el Salvador fué envuelto eran una reliquia demasiado preciosa para que no se conservaran. Primero fueron llevados á Constantinopla, donde se fabricó una magnífica iglesia para guardarlos con mas decencia, hasta que el emperador Balduino II los regaló á san Luis, rey de Francia, quien los colocó en la Santa Capilla de París, donde están en gran veneracion, y se guarda el instrumento auténtico de la donacion, escrito en el mes de junio de 1247, y todavía se leen en la caja ó navecilla estas palabras : *Pannos infantiæ Salvatoris, quibus in cunabulis fuit involutus* : los pañales de la niñez del Salvador en que fué envuelto en la cuna.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Despues de la creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra, hasta el diluvio, el año mil quinientos noventa y nueve; despues del diluvio, el año dos mil novecientos cincuenta y siete; desde el nacimiento de Abrahan, el año dos mil y quince; desde Moisés y la salida del pueblo de Israel de Egipto, el año mil quinientos y diez; desde que David fué consagrado por rey, el año mil treinta y dos; la sexagésima quinta semana, segun la profecía de Daniel; la centésima nonagésima cuarta olimpíada; el año setecientos cincuenta y dos de la fundacion de Roma; el año cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto; estando en paz toda la tierra, á la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno é hijo del eterno Padre, queriendo santificar al mundo con su piadoso advenimiento, habiendo sido concebido por el Espíritu Santo, y habiendo trascurrido nueve meses desde su concepcion, habiéndose hecho hombre, nace de la Vírgen María en Belen de Judá.

Natividad de Nuestro Señor Jesucristo segun la carne.

El mismo dia, la fiesta de santa Anastasia, que en tiempo de Diocleciano fué primeramente puesta en una horrorosa y dura cárcel por su marido Publio, donde sin embargo fué en gran manera consolada y alentada por Crisógono, confesor de Jesucristo. Luego mortificada con una larga detencion por órden de Floro, prefecto de la Iliria, fué al fin atada á unas estacas, extendidos los piés y las manos, y encendieron fuego en torno de ella. Consumó su martirio en la isla de Palmaruola, adonde habia sido deportada con doscientos hombres y setenta mujeres, los cuales todos llegaron al martirio por diferentes géneros de suplicios.

En Roma en el cementerio de Aproniano, santa Eugenia, vírgen, que en tiempo del emperador Galiano, despues de haber dado muchos ejemplos de virtud, y haber reunido para el servicio de Jesucristo coros de religiosas vírgenes; despues de haber combatido mucho tiempo bajo Nicecio, prefecto de la ciudad, recibió una cuchillada que le traspasó la garganta.

En Nicomedia, el suplicio de muchos miles de mártires, que se habian reunido el dia de Navidad para asistir á los santos misterios. El emperador Diocleciano mandó cerrar las puertas de la iglesia, y encender lumbre al rededor, y despues poner un pebete con incienso delante de las puertas: entonces hizo que un heraldo gritase en voz muy alta, que los que quisiesen librarse del incendio, saliesen fuera y quemasen incienso en honor de Júpiter. Y como todos respondieron á voz en grito que querian mas morir por Jesucristo, fué encendido el fuego, y fueron quemados, mereciendo así nacer para el cielo el mismo dia que Jesucristo se dignó nacer en la tierra para la salvacion del mundo.

En Barcelona en España, la fiesta de san Pedro Nolasco, confesor, fundador del órden de Nuestra

Señora de la Merced de la Redencion de cautivos, esclarecido en virtudes y milagros, cuya fiesta se celebra el dia 31 de enero por órden de Alejandro VII.

En Tolosa, san Honorato, obispo.

Cerca de Elna en el Rosellon, san Flamidiano, mártir.

En San Satur en el Berri, san Romblo, confesor.

Este mismo dia, el venerable Pedro Mauricio de Mont-Boissier, abad de Cluni, célebre por sus obras.

Igualmente en Tolosa, el venerable Fulco de Marsella, obispo de Tolosa.

Cerca de Oxirinco en Egipto, los santos mártires de Acmimo.

Las tres misas de este dia son del misterio.

La oracion de la misa del Gallo, á media noche, es la siguiente.

Deus, qui hanc sacratissimam noctem veri luminis fecisti illustratione clarescere; da, quæsumus, ut cujus lucis mysteria in terra cognovimus, ejus quoque gaudiis in cœlo perfruamur. Qui tecum vivit et regnat in unitate...

O Dios, que habeis iluminado esta noche con el resplandor de la verdadera luz; hacednos la gracia de que, habiendo conocido en la tierra los misterios de esta luz, gocemos tambien en el cielo la alegría eterna de aquel que siendo Dios vive y reina con vos...

La oracion de la segunda misa es la siguiente.

Da nobis, quæsumus, omnipotens Deus; ut qui nova incarnati Verbi tui luce perfundimur, hoc in nostro splendeat opere, quod per fidem fulget in mente. Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios omnipotente, concedednos que así como somos ilustrados con la nueva luz de vuestro Verbo encarnado, asi hagamos resplandecer en nuestras obras las luces con que la fe alumbra nuestro entendimiento. Por el mismo Jesucristo...

La oracion de la tercera misa es la siguiente.

Concede, quæsumus, omnipotens Deus, ut nos Unigeniti tui nova per carnem nativitas liberet, quos sub peccati jugo vetusta servitus tenet. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Haced, ó Dios omnipotente, que el nuevo nacimiento de vuestro único Hijo, que se vistió de nuestra carne, nos liberte á los que hace mucho tiempo que gemimos bajo la esclavitud del pecado. Por el mismo Jesucristo...

La epístola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á Tito.

Charissime: Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et sæcularia desideria, sobriè, et justè, et piè vivamus in hoc sæculo, exspectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi, qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Hæc loquere, et exhortare in Christo Jesu Domino nostro.

Carísimo: La gracia de Dios nuestro Salvador se manifestó á todos los hombres, enseñándonos, para que renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo con templanza, con justicia y con piedad, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida de la gloria del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo digno de él, zeloso de las buenas obras. Esto has de hablar y persuadir en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Tito era gentil de nacimiento, y acompañó á san » Pablo luego que fué convertido por él; por esto le » llama el Apóstol su hijo. San Jerónimo cree que, ha- » biendo sido llamado muy jóven á la fe, guardó con- » tinencia toda su vida, y murió virgen. El Apóstol » le consagró obispo de Creta, y le escribió esta carta » desde Nicópolis hácia el año 64 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

La gracia de Dios se ha manifestado: ¿en qué y cómo? Por el desprecio que se hace de la Madre de Dios, que no encuentra un rincon en una posada para recogerse; por la necesidad en que se halla el Señor del universo de nacer en un establo; por la extrema pobreza en que nace un Dios hecho hombre. La gloria de los hombres siempre tiene necesidad de resplandor, de brillo, de aplauso, de lustre para ser gloria; pero Dios no tiene necesidad de estas pompas exteriores; él mismo es su propia gloria; esta es inseparable de su ser, es independiente del juicio y de la estimacion de los hombres; y Dios tiene tanta gloria entre los mas viles animales, y en la humillacion de un pesebre, como en la creacion del mundo, ó en el famoso templo de Salomon. Todo es misterio, todo es prodigio en el nacimiento del Salvador. No hay cosa que no sea un milagro; hasta la extrema pobreza, á que está reducido, lo es. El cielo manifiesta su gozo, los ángeles anuncian su nacimiento, una nueva estrella publica su reino; pero no son estas las señales que manifiestan y dan á conocer á ese Dios hombre. Las señales para conocerle son los pobres pañales en que está envuelto, es la oscuridad del lugar, es el pesebre en que está reclinado. Dios no tiene necesidad de una gracia extraña; Dios encuentra su gloria, manifiesta su gloria, y hace resplandecer su omnipotencia en lo mas vil y despreciable que hay en el mundo. Una cruz, un pesebre; hé aquí lo que el Hijo de Dios prefiere á todos los palacios, á los tronos mas ricos del mundo. El judío se escandaliza de esto, el gentil mira estos misterios como una necedad; pero el cristiano, pero el hombre que tiene una idea justa de Dios, descubre al través de estos espesos velos la sabiduría, al majestad, la omnipo-

tencia del supremo Ser. No hay cosa que demuestre mas bien la cortedad del espíritu humano que la necia presuncion de querer medir la majestad infinita de Dios por las luces limitadas y escasas de su entendimiento. Las humillaciones de un Dios hombre le deben dar golpe; pero debe admirarlas con respeto, y á la admiracion debe añadir el reconocimiento y el amor, porque este Dios hombre no se ha humillado tanto sino por lo mucho que ha amado y ama á los hombres.

El evangelio es del cap. 2 de san Lucas.

In illo tempore: Exiit edictum à Cæsare Augusto, ut describeretur universus orbis. Hæc descriptio prima facta est à præside Syriæ Cyrino: et ibant omnes, ut profiterentur singuli in suam civitatem. Ascendit autem et Joseph à Galilæa de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David, quæ vocatur Bethlehem: eo quòd esset de domo et familia David, ut profiteretur cum María desponsata sibi uxore prægnante. Factum est autem, cùm essent ibi, impleti sunt dies ut pareret. Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio: quia non erat eis locus in diversorio. Et pastores erant in regione eadem vigilantes, et custodientes vigilias noctis super gregem suum. Et ecce angelus Domini stetit juxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos,

En aquel tiempo: Se publicó una órden de Augusto César para que fuese empadronado todo el mundo. Este empadronamiento fué el primero que se hizo por Cirino, gobernador de la Siria; y como todos iban á empadronarse, cada uno en la ciudad de donde era natural, partió tambien José de la ciudad de Nazareth, que estaba en Galilea, y vino á la Judea á la ciudad de David, llamada Belen, porque era de la casa y familia de David, para empadronarse con María su esposa, que estaba en cinta. Hallándose allí los dos, se cumplió el tiempo de su parto, y parió á su hijo primogénito, y despues de envolverle en unos pañales, lo reclinó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el meson. Habia en aquellos contornos unos pastores que de noche velaban sucesivamente sobre su rebaño. Y hé aquí que

et timuerunt timore magno. Et dixit illis angelus: Nolite timere: ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est nobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David. Et hoc vobis signum: Invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio. Et subitò facta est cum angelo multitudo militiæ cœlestis, laudantium Deum, et dicentium: Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.

se les apareció un ángel del Señor, y una claridad divina los rodeó, y quedaron en gran manera asustados. Pero el ángel les dijo: No temais, porque vengo á anunciaros una nueva que será de sumo gozo para todo el pueblo; y es, que hoy ha nacido para nosotros en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo Señor; y veis aquí la señal que os lo hará conocer: Hallaréis un niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre; y en aquel mismo instante una grande multitud de la milicia celestial, cantando con el ángel, alababa á Dios, diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

MEDITACION.

DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que este rey pacífico quiere nacer cuando todo el universo gozaba de una profunda paz. Esta calma universal fué menos efecto del poderio del monarca que reinaba entonces, que de este nacimiento. Dios es enemigo de la division y de la discordia; y así, una de las mayores disposiciones para que la gracia obre en nuestras almas es la tranquilidad y la paz. En Belen, donde estaba el solar y la cepa de la familia de David, debia nacer el Mesías. La Providencia, que se sirve de todo para llegar á sus fines, se sirvió de la vanidad de un emperador para hacer que

vinieran á Belen san José y la santísima Vírgen. Conociendo esta divina Madre que se acercaba su término, busca una posada, pero inútilmente por el gran concurso de gentes que de todas partes habian acudido á Belen: los alojamientos se reservan para mas ricos huéspedes. O Salvador mio, ¡qué temprano comenzais á combatir y á confundir la delicadeza y el orgullo! En un establo, en el lugar mas pobre y mas vil del universo nace el soberano Señor de todo el mundo. ¡Qué espectáculo mas digno de admiracion y de pasmo! ¡Un Dios niño, y este niño, que es Dios, reclinado en un pesebre! ¡Ah! Señor, despues de estos ejemplos, ¿qué idea se debe formar de la pobreza? ¿y quién puede quejarse con razon de su suerte viendo á Jesucristo en este estado? Pero ¿cuáles fueron en este feliz momento los sentimientos de aquella santísima Madre? Mas instruida que nadie de las adorables prendas de su querido Hijo, no puede explicar su amor, su admiracion, su ternura sino con su silencio. ¡Qué sentimientos, qué afectos á la vista de aquel pesebre, de aquellos viles animales, de aquel establo, de aquel abandono y absoluta falta de todo! ¿Es esta, Padre eterno, la cuna que habeis destinado á vuestro Hijo muy amado? ¿es este su palacio? ¿son estas las insignias de su persona? Pero á lo menos, ¿cuáles son nuestros homenajes? Este divino niño no estuvo mucho tiempo sin recibirlos. Sus ángeles tienen órden de ir á dar aviso de su nacimiento á unos pobres pastores. Dichosos adoradores del Salvador niño, ¡qué envidiable es vuestra suerte! Pero ¿en qué consiste que no tengamos nosotros la misma dicha? Jesucristo nace, por decirlo así, todos los dias sobre nuestros altares; en nuestra mano está el adorarle allí con la misma fe que los pastores. El estado en que está en el pesebre no es mas humillante que el estado en que está en la Euca-

ristía: el mismo Salvador, el mismo Dios es realmente en una parte que en otra; pero nuestro respeto, nuestro amor, y nuestros homenajes ¿son semejantes á los que le tributaron los pastores?

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuál seria nuestro pasmo, si los pastores que tuvieron la dicha de adorar á Jesucristo en el pesebre, no hubieran vuelto mejores de lo que fueron, y si, habiéndole visto, no le hubieran amado; ¿y debemos nosotros estar menos sorprendidos de que, habiendo meditado este misterio, no amemos á Jesucristo? Nosotros no le vemos, se dice, sino por la fe; ¿y pensamos que los pastores tuvieron necesidad de menor fe para creer que un niño en tan miserable estado fuese su Dios, fuese el Mesías? Nuestra fe, sostenida con tantos prodigios y con tan poderosos motivos de credibilidad, ¿no mudará jamás nuestro corazon? ¡Qué conducta tan adorable la de la Providencia! Entre todos los forasteros que llegaron á Belen no hay uno que no esté bien alojado; de sola María no se hace caso; sola la Madre de Dios no es digna de hallar hospedaje. Sin embargo, ¿habia sobre la tierra una criatura mas respetable? No por cierto; pero tampoco habia otra mas santa; y las adversidades y los desprecios son en el mundo la suerte y la herencia de la virtud. El Salvador vino al mundo, y el mundo no le quiso reconocer; vino á su propia herencia, y los suyos no le recibieron. ¡Qué pronto sois perseguido, mi amado Jesus! El mundo no os quiere, os arroja de sí aun antes que nazcais, ¿y querré yo agradar eternamente á un mundo tan perverso? ¿seré toda mi vida un esclavo, seguiré eternamente sus máximas? ¿temeré siempre sus censuras? ¿haré siempre caso de su aprobacion y de su amistad? ¿quién osará quejarse de que en el reparti-

miento que ha hecho Dios de los bienes de este mundo, no le haya dado mas bienes terrenos que á su propio Hijo? Los ángeles son enviados á unos pobres pastores que velan sobre sus ganados. ¡Qué desgracia hubiera sido la de estos afortunados pastores, si los ángeles los hubieran hallado dormidos, si hubiesen deliberado sobre el partido que debian tomar, si hubiesen querido aguardar al dia! Lo cierto es que no les faltaban pretextos para ello. ¡Cuánto importa, Dios mio, ser dócil á la gracia, y pronto á seguir vuestras inspiraciones!

Vos habeis nacido, divino Redentor mio, para salvarme; haced que mi conversion sea hoy el fruto de vuestro nacimiento, y que el amor extremo que vos me mostrais abrase mi corazon en el fuego de vuestro amor.

JACULATORIAS.

Jesu, tibi sit gloria, qui natus es de Virgine. La Iglesia.

La gloria sea para tí, ó Jesus, que has nacido hoy de una Virgen.

Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Matth. 18.

El que se humillare á imitacion de este niño, será el mayor en el reino de los cielos.

PROPOSITOS.

1. Muchas personas entraron en el establo, y tuvieron la dicha de ver á Jesucristo el dia de su nacimiento; de estas unas se movieron á compasion, y otras se pasmaron á la vista de una pobreza tan extremada; hubo quien se contentó con admirarse de la suerte del Hijo y de la paciencia de la Madre; algunos le hicieron alguna oferta, y despues de cuatro palabras de cumplimiento, cada cual se retiró. ¿No es esto puntualmente lo que pasa aun en este dia con el Sal-

vador recien nacido? Esta noche se va en tropas á adorar á Jesucristo en el pesebre; nuestras iglesias no se desocupan hoy de gente. Pero ¿qué fruto saca de esto la mayor parte en un dia tan solemne? Cuatro entradas y salidas, muchas genuflexiones y reverencias, mucho rezar. Se medita, se admira lo que se medita, y aquí se acabó todo. No seas tú de este número; no pases el dia sin sacar algun fruto.

2. Pasa todo este dia en ejercicios de devocion; asiste con mucho respeto á la misa mayor, y si pudieres, á todas las horas del oficio divino; visita á Jesucristo en la persona de los pobres en el hospital ó en las cárceles, y procura aliviarlos, y socorrerlos con tus limosnas; pasa á lo menos media hora por la tarde á los piés de Jesucristo sacramentado, meditando el gran misterio de este dia; procura renacer el dia de hoy con el Salvador, convirtiéndote en un hombre enteramente espiritual, desprendido del mundo, muerto á tí mismo, para no vivir de hoy en adelante sino en Dios, por Dios y para Dios.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR, Ó EL PRIMER MÁRTIR.

San Estéban, que tuvo la dicha y gloria de dar el primero su sangre y su vida por Jesucristo, era judío de orígen, aunque quizá griego de nacimiento. Se ignora su patria y sus padres; solo se sabe que le habian criado en la escuela del famoso doctor de la ley, Gamaliel, discípulo oculto de Jesucristo, con Saulo, y que habia salido hábil en la ciencia de la ley y de las Escrituras por la excelencia de su ingenio, y por su aplicacion al estudio. En su juventud



S. ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.

se distinguió de los demás por la pureza de sus costumbres, y por una regularidad de conducta poco comun. San Epifanio cree que era uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo. San Agustin se inclina á creer que se convirtió en la primera predicacion de san Pedro. Lo cierto es que san Estéban empezó desde el año siguiente, que fué el primero despues de la venida del Espíritu Santo, á distinguirse por su zelo religioso, por su eminente piedad y por sus milagros.

Como el número de los fieles se aumentaba todos los dias, y el espíritu de Dios los movia en aquel primer tiempo á llevar á los piés de los apóstoles sus bienes para hacerlos comunes, y distribuirlos entre aquellos fieles que se hallasen necesitados, los apóstoles conocieron bien presto el gravámen que les ocasionaba este cuidado y distribucion, y que precisamente los habia de retraer del sagrado ministerio de la predicacion y de la conversion de las almas. No pudiendo cumplir exactamente con estos dos cargos, se vieron precisados á descargar sobre los otros el cuidado de administrar y dispensar dichos bienes; pero estos, por un espíritu de parcialidad, dieron bien pronto ocasion á zelos y envidias.

Los judíos griegos, es decir, los fieles de los países extranjeros, judíos de orígen, y que hablaban el griego, empezaron á murmurar contra los judíos hebreos ó naturales de la Palestina, quejándose de que en la distribucion de las limosnas no se guardaba igualdad; que las viudas pobres del país eran preferidas á las de los países extranjeros, las cuales, á lo que se decia, tenian siempre la menor parte en las limosnas. Los apóstoles creyeron que debian hacer cesar desde luego una tan peligrosa semilla de division, como tan contraria á la caridad. Habiendo congregado á todos los discípulos, les dijeron: Hermanos, aunque deseamos hacer cesar vuestras

quejas, ocupándonos nosotros mismos en este ejercicio de caridad, que es el motivo de vuestra discordia; sin embargo, no es justo que prefiramos el cuidado de la manutencion de los pobres á las funciones apóstolicas, y que por dar al pueblo el sustento corporal, le quitemos el pan espiritual y el alimento de sus almas. Y así, elegid de entre vosotros siete hombres de una virtud conocida y probada, prudentes, llenos del Espíritu Santo, y que sean dignos de que nosotros descarguemos en ellos este ministerio; por lo que á nosotros toca, bastante tendremos que hacer con asistir frecuentemente á la oracion, y predicar el Evangelio.

Esta proposicion fué universalmente aprobada: hízose la eleccion, y de los siete que se escogieron fué el primero Estéban, como que era el mas recomendable por su fe, por la pureza de sus costumbres, por su prudencia y por otros muchos dones del Espíritu Santo de que estaba lleno. Los otros seis fueron Felipe, conocido tambien por su zelo y por sus grandes acciones, Prócoro, Nicánor, Timon, Pármenas, y Nicolás, natural de Antioquía. Toda la asamblea los presentó á los apóstoles, quienes, despues de haber hecho oracion, les impusieron las manos, y los ordenaron de diáconos.

El nuevo carácter aumentó la plenitud de gracias y de virtudes que ya tenia nuestro santo antes de su eleccion. Una fe todavía mas generosa, unas luces mas puras, un nuevo aliento, un nuevo fervor fueron los efectos del nuevo carácter. Se le veia á san Estéban, infatigable en las funciones laboriosas y delicadas de su ministerio, proveer á todas las necesidades de aquella multitud de viudas pobres de toda edad, las que no sabian lo que debian admirar mas, si su modestia, ó su zelo; y lo que todavía le hacia mas recomendable, es que todas estaban contentas, y á todas

las tenia embelesadas con su rectitud, con su vigilancia y con su inmensa caridad.

Pero el ejercicio fatigoso y pesado de proveer á tantas necesidades no interrumpia los ejercicios de su zelo. Habia muchas sinagogas en Jerusalen, y entre otras, la que se llamaba de los Libertinos, quienes eran unos judíos que, nacidos de padres esclavos de los Romanos, habian sido puestos en libertad; la de los Cirenenses, de los Alejandrinos, y las de los que habian venido de Cilicia y de Asia. De todas estas sinagogas salian muchos á disputar con san Estéban, que hacia mucho ruido en Jerusalen por su eminente virtud, y por estar muy versado en la ciencia de la sagrada Escritura: pero aunque entre ellos habia gentes muy hábiles, no hubo quien le pudiese responder á los argumentos que les hacia; todos estaban avergonzados, y todos se veian precisados á ceder á la celestial sabiduría, y al espíritu de Dios, que les hablaba por su boca. En fin, viéndose vencidos, y que no podian resistir á la fuerza de sus razones, y además pasmados de las maravillas que obraba todos los dias el santo diácono, recurrieron á un artificio diabólico para deshacerse de un contrario que á todos los confundia, y que todos los dias convertia á muchos de ellos á la fe de Jesucristo. Sobornaron á algunas personas, y les hicieron decir que le habian oido blasfemar contra Moisés y contra el mismo Dios. Esta calumnia hizo un gran eco en el pueblo; pero los que se mostraron mas rabiosos contra el santo diácono fueron los ancianos y los doctores de la ley. Estos, arrojándose impetuosamente sobre san Estéban, le llevaron arrastrando al lugar de la asamblea, adonde habian acudido todos los autores de la sedicion. Allí produjeron contra él unos testigos falsos, que depusieron ante los jueces que aquel hombre no cesaba de blasfemar contra el lugar santo y contra la

ley; y nosotros le hemos oido decir, añadian, que este Jesus Nazareno, de quien hace continuamente grandes elogios, destruirá este templo, que es el centro y el trono de la religion, y que mudará las tradiciones que Moisés nos dejó. San Estéban, inmoble en medio de tantos enemigos, conservaba siempre la paz en el corazon, y la serenidad en el rostro, el que pareció á todos los que estaban presentes, y tenian los ojos fijos en él, un rostro de ángel, queriendo Dios mostrar con este exterior resplandor la belleza y la inocencia de su alma. Entónces el gran sacrificador, esto es, el príncipe de los sacerdotes, Caifás, que presidia el consejo, le preguntó si era verdad lo que se decia contra él.

A esto respondió san Estéban con un largo razonamiento, en el que desde luego testifica el respeto que tiene á los antiguos patriarcas, deteniéndose particularmente en la piedad con que Abrahan obedeció á Dios, y en la promesa que recibió de Dios de un modo enteramente gratuito, sin que ni la circuncision, ni los sacrificios, ni las ceremonias de la ley hubiesen sido capaces de hacérsela merecer. Habló despues con mucha elocuencia de José vendido por sus hermanos, figura bastante expresiva de Jesucristo, é hizo pasar su razonamiento á Moisés, de quien se le acusaba haber hablado mal. Hizo bien patente la injusticia de una tal acusacion; pero no se olvidó de hacer notar de un modo bastante vivo que los judíos habian desechado á este profeta que Dios les habia enviado para sacarlos de su cautiverio, y que, despues de haberlos puesto en libertad, no dejaron de serle rebeldes, sin embargo de todos sus milagros. Les trajo á la memoria muy oportunamente la promesa que Moisés hizo al pueblo de que Dios les daria otro profeta como él, que seria el verdadero Salvador de los israelitas: «Dios hará nacer de vuestra sangre, les

decia Moisés, un profeta como yo; pero infinitamente mas grande que yo, del que yo no soy sino una débil figura: le escucharéis con atencion, y le obedeceréis.» Despues de haber tocado como de paso la propension que el pueblo tenia á la idolatría, quiso nuestro santo hablar ventajosamente de la ley, de la cual se le acusaba ser enemigo. Confesó que la circuncision venia de Dios; que las palabras de la ley eran los mismos oráculos del Señor; que Moisés habia erigido el tabernáculo por órden de Dios, así como tambien la habia tenido Salomon para edificar su magnífico templo; pero añadió que, segun los profetas, Dios no habita en los edificios fabricados por mano de hombres, insinuando bastante claramente en esto, que no debian pararse, ni hacer alto en el templo, ni en la ley, sin la cual Abrahan y todos los patriarcas se habian santificado, habiéndose justificado por la fe; que por lo demás todos los esfuerzos de los hombres no eran capaces de impedir los designios de Dios, y que así nada conseguirian los judíos con oponerse á la predicacion del Evangelio. Al llegar aquí, animado de un nuevo zelo, y mudando repentinamente de lenguaje, les dijo: Gentes indóciles, é incircuncisas de corazon y de oidos, vosotros resistis siempre al Espíritu Santo. Lo que hicieron vuestros padres, eso haceis vosotros tambien. ¿Qué profeta ha habido á quien no persiguiesen vuestros padres? Ellos hicieron morir aun á aquellos que les anunciaban la venida del Justo que vosotros acabais de entregar y hacer morir. Habeis recibido la ley por el ministerio de los ángeles, y no la habeis guardado.

Al decir estas palabras fué repentinamente interrumpido por la gritería del pueblo, que, oyendo este discurso, no cabia en sí mismo de rabia y de despecho, el que le hacia crujir los dientes y rechinar contra él. Pero el santo, armado de fe y lleno del

Espíritu Santo, permanecia firme y constante, y mientras sus enemigos disponian darle la muerte, tenia fijos los ojos en el cielo. Estando en esta postura, vió sensiblemente con los ojos del espíritu y del cuerpo una admirable claridad que representaba la gloria de Dios, y á la diestra del mismo Dios á Jesucristo en pié, que con su presencia le animaba al combate, y le prometia la corona.

Lleno de un indecible gozo, y no puidendo contener sus transportes, exclamó al punto : Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre en pié á la diestra de Dios. Los que le oyeron hablar de esta suerte levantaron una gran gritería, y tapándose los oidos como si hubieran oido algunas blasfemias, se arrojaron sobre él, y le arrastraron fuera de la ciudad de Jerusalen, á un lado del camino de Cedar, para quitarle la vida con aquel género de suplicio que ordenaba la ley contra los blasfemos. Los testigos que habian depuesto contra él debiendo tirar las primeras piedras, segun lo ordenaba la ley, pusieron sus vestidos á los piés de un jóven de Tarso de Cilicia, llamado Saulo, quien de perseguidor se mudó despues en apóstol de Jesucristo, bajo el nombre de Pablo; conquista que san Agustin atribuye á las oraciones de san Estéban. Bajo esta tempestad de piedras mostró este primer héroe una magnanimidad digna de la admiracion de los ángeles y de los hombres; porque, mientras le apedreaban como á un impío, blasfemo y enemigo de Dios, invocaba intrépido á Dios, y decia, puestos los ojos en el cielo : Señor Jesus, recibe mi espíritu. Finalmente, no siendo ya todo su cuerpo sino una llaga, agotado de sangre, pero abrasado todavía de zelo por la salvacion de sus enemigos, á quienes miraba y amaba como á sus hermanos, se puso de rodillas, y exclamó en alta voz : Señor, no les imputeis este pecado; os pido que se le perdoneis. Luego

que hubo pronunciado estas palabras, pasó dulcemente al descanso del Señor, espirando tan tranquilamente como si no hubiera hecho otra cosa que dormirse en el seno del mismo Dios. De este modo acabó y triunfó san Estéban, el cual fué el primero que siguió las huellas que Jesucristo nos dejó señaladas sobre la tierra con su pasion; y siendo él el primero que dió su vida por la gloria de aquel que le habia salvado con su muerte, se halla á la cabeza de aquel número prodigioso de gloriosos mártires que han seguido su ejemplo. El presbítero Luciano asegura que la noche despues de su martirio, habiendo hecho llevar secretamente el cuerpo del santo mártir el célebre doctor Gamaliel, le hizo conducir á una tierra que tenia á siete leguas de Jerusalen, y le sepultó en un monumento nuevo, donde despues fué enterrado él mismo con Abidon su hijo, y Nicodemus. La muerte gloriosa de san Estéban sucedió á fines del año 33, y fué llorada por todos los fieles. Se asegura que, aunque la ceremonia de los funerales duró seis semanas, la prudencia de Gamaliel hizo de modo que todo se ejecutase con pompa y religiosidad, sin que lo pudiese impedir la malignidad de los judíos. La fiesta de san Estéban ha sido en todos tiempos muy célebre en la Iglesia; y se habia fijado ya al dia siguiente de la Natividad del Señor entre los Griegos desde el cuarto siglo, y antes de este tiempo en el Occidente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalen, la fiesta de san Estéban, primer mártir, el cual fué apedreado por los Judíos poco tiempo despues de la ascension del Señor.

En Roma, san Marino, del órden senatorio, el que, habiendo sido arrestado á causa de la religion cristiana, bajo el emperador Carino (Numeriano) y el prefecto Marciano, fué castigado, como los esclavos,

con el suplicio del potro y de las uñas de hierro, y despues echado en una paila candente; pero quedó ileso, habiéndose convertido el fuego en rocío refrigerante. Tambien le presentaron á las fieras, que no le hicieron daño alguno. En fin, conducido segunda vez al altar, y derribados los ídolos con la eficacia de su oracion, consiguió el triunfo del martirio bajo los filos de la espada.

Tambien en Roma en la via Apia, la muerte de san Dionisio, papa, quien, habiendo trabajado mucho por la Iglesia, se hizo célebre por sus instrucciones religiosas.

En el mismo lugar, san Zósimo, papa y confesor.

En Mesopotamia, san Arquelao, obispo, célebre por su santidad y doctrina.

En Mayuma, san Zenon, obispo.

En Roma, san *Teodoro*, mansionario de la iglesia de San Pedro, del cual hace mencion el papa san Gregorio.

En Brabante, el venerable Daniel de Villiers, del órden Cisterciense, *mayordomo de su monasterio.*

En Antioquía, los santos mártires Menandro y otros dos.

En Espoleto, santa Abundancia, vírgen.

En Tuam en Irlanda, san Jarlateo, obispo de dicho lugar.

En este mismo dia, san Juan el Misogine, venerado particularmente por los Etíopes.

En la isla de Acrida, en las costas de Bitinia, el tránsito de san Eutimio de Sardes, mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da nobis, quæsumus, Domine, imitari quod colimus, ut discamus et inimicos diligere: quia ejus natalitia celebra-

Señor, concedednos por vuestra piedad que imitemos al santo que reverenciamos hoy, para que con su ejemplo apren-

mus, qui novit etiam pro persecutoribus exorare Dominum nostrum Jesum Christum...

damos á amar á nuestros enemigos, pues celebramos el dichoso nacimiento de aquel que perdonó á sus perseguidores, é imploró por ellos la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo Dios...

La epístola es del cap. 6 y 7 de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant à Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiæ et spiritui qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis: et stridebant dentibus in eum. Cùm autem esset plenus Spiritu sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris Dei. Et ait: Ecce video cœlos apertos, et Filium hominis stantem à dextris Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum. Et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secùs pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem,

En aquellos dias: Estéban lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios y grandes maravillas en el pueblo; mas se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los Libertinos, de los de Cirene y Alejandría, y de los de Cilicia y Asia á disputar con Estéban, y no podian resistir á la sabiduría y al espíritu con que hablaba; pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él; mas Estéban, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pié á la diestra de Dios, y dijo: Hé aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pié á la diestra de Dios. Pero ellos clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedreaban; y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un jóven que se llamaba Saulo. Y apedreaban á Estéban,

et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cùm hoc dixisset, obdormivit in Domino.

que oraba, y decia: Señor Jesus, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

NOTA.

« Despues de haber dado san Lucas en su Evangelio » la historia de la vida de Jesucristo, nos da la historia » de la fundacion y establecimiento de la Iglesia en » los Hechos de los apóstoles, los que son una rela- » cion fiel y compendiosa de los progresos que hizo » el cristianismo en los treinta años primeros despues » de la ascencion del Salvador. »

REFLEXIONES.

Estéban lleno de gracia y de fortaleza. ¿Hubo jamás en menos palabras elogio mas magnífico? A solo el Espíritu Santo toca conocer bien y alabar dignamente á los santos que él mismo ha formado. Estéban lleno de gracia y de fortaleza. Al saludar el ángel á María se sirve de la misma expresion. La plenitud es diferente, así por la excelencia de las gracias, como por lo que mira á la diferente capacidad de los sugetos; pero siempre es verdad que despues de María no hay otro que san Estéban, á quien se haya caracterizado con el magnífico título de lleno de gracia y fortaleza. San Lucas no nos señala qué milagros y prodigios eran los que obraba san Estéban; pero ¿no era un milagro bastante grande su fortaleza y su intrepidez heróica? Son estos unos milagros que nosotros debemos intentar hacer, y que debemos esperar hacer con la ayuda de la gracia. No hay ninguno de nosotros que no tenga bastante gracia para hacerse santo; ninguno que no pueda tener bastante fortaleza, y que no deba

tener bastante ánimo para despreciar las engañosas máximas del mundo, tan contrarias á las máximas del Evangelio, para domar sus pasiones, para resistir á la tentacion, y para practicar las obras de misericordia. El odio reune todas las sinagogas contra la Iglesia que acaba de nacer. Esta fué su suerte en todos tiempos, ver todas las sectas reunirse contra ella; pero su gloria fué no sufrir ni tolerar ninguna, combatir con todas, y verlas á todas arruinarse y extinguirse. Estando la religion fundada sobre la fe, que es como su alma, y siendo los fieles hombres, es decir, de un espíritu muy limitado, esclavos de sus sentidos y de su amor propio, parece no podia suceder que no hubiese herejes casi al mismo instante que hubo cristianos; pero en fin, la Iglesia ha tenido la gloria y el consuelo de ver nacer y morir todas las sectas: levante el infierno cuantas quiera hasta el fin de los siglos, todas tendrán la misma suerte. Ninguna cosa es mas violenta que el error confundido y humillado; para vengarse y sostenerse no se avergüenza de recurrir á los mas indignos artificios y á las mas negras imposturas; la calumnia, la venganza mas maligna, la mala fe, los enredos, de todo echa mano. Esto se ve claramente en la rabia de los judíos contra san Estéban. Pero ¡qué consuelo, Dios mio, para vuestros siervos pensar que no son tratados sino cómo vos lo fuisteis! Hay quien ve aquí con pasmo y con indignacion que así el doctor como el pueblo se sublevan contra un varon santo por falsos rumores y vagas acusaciones, y preocupado él mismo con los mas leves fundamentos contra algunas gentes de bien, se desencadena contra ellas sin escrúpulo en toda ocasion y de todos modos. El horror que se concibe contra un vicio no es siempre motivo para creernos exentos de él.

El evangelio es del capítulo 23 de san Mateo.

In illo tempore, dicebat Jesus scribis et pharisæis: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis, et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus, qui effusus est super terram, à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis, venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodò, donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo, decia Jesus á los escribas y fariseos: Ved que envío á vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir tus hijos, al modo que la gallina reune sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DE SAN ESTÉBAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que lo que hace el carácter, por decirlo así, de san Estéban, hace su elogio. Él fué el primero

de todos los fieles que dió su vida por Jesucristo, y perdonó á los que le dieron la muerte. No se puede llevar el amor mas lejos, que morir por el que se ama. Hagamos juicio del amor que tuvo san Estéban á Jesucristo por el sacrificio que le hizo de su vida; y hagamos juicio de este amor por las circunstancias particulares de su muerte. El mismo año de la muerte del Salvador del mundo y de su ascension al cielo, á saber, cuando la Iglesia estaba aun en mantillas; antes de todas aquellas maravillas y prodigios que debian hacer tan plausible y tan fácil la fe; antes que el ejército innumerable de mártires hubiese amansado á los infieles con los mas horribles tormentos, y hubiese hecho deseable el martirio, san Estéban defiende la divinidad de Jesucristo, á quien se acababa de ver espirar en una cruz; defiende esta divinidad en medio de Jerusalen, y en presencia de toda la sinagoga; predica el Evangelio sin temor; confunde á los doctores de la ley, y demuestra la verdad de la religion con el claro testimonio de la Escritura. En vano se arman contra él el odio, el furor y la rabia; san Estéban, lleno del Espíritu Santo, disipa todos los enemigos del Salvador, desarma á todo el infierno conjurado contra él, y hace triunfar la religion cristiana pocos dias despues de su nacimiento. Su amor á Jesucristo triunfa gloriosamente de todo; se le amenaza con la muerte, y se ofrece alegre á ser la primera víctima, sacrificada por la gloria de su divino Maestro; corre al lugar del suplicio como al festin mas delicioso; ve á aquel pueblo furioso con las manos todavía teñidas en la sangre de Jesucristo, que él acababa de derramar, armarse de guijarros para derramar la suya; no puede en vista de esto contener su gozo, y se tiene por el hombre mas feliz del mundo en dar el primero su sangre y su vida por el que habia dado la suya por su salvacion. El amor que

nosotros nos lisonjeamos de tener á Jesucristo ¿nos inspira una generosidad semejante á esta? Y despues de tan grandes ejemplos de piedad, de generosidad, de fortaleza, ¿tenemos una fe mas viva? ¿tenemos mas fe?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si el amor de san Estéban á Jesucristo se muestra en el sacrificio que le hizo de su vida, no se muestra menos este mismo amor en la generosidad con que perdonó á los que le quitaron la vida, á imitacion del Salvador. El ejemplo era único. No se conocia entonces esta heróica virtud. David, el mas manso y el mas misericordioso de los hombres, perdona durante su vida, pero pide que le venguen despues de su muerte: Era menester un hombre Dios que impusiese un nuevo precepto de una nueva virtud hasta entonces no conocida, y que era sobre las fuerzas humanas. Era menester que este hombre Dios nos enseñara con su ejemplo lo que nos mandaba con su boca. Pero ¡qué gloria y qué mérito para san Estéban haber sido el primero de todos los fieles que imitase á su Maestro en un punto tan heróico y tan perfecto! Hubiera sido una gran virtud para este primer mártir haber sufrido con paciencia una muerte tan injusta; pero ¡qué sublimidad, qué heroicidad de virtud perdonarles su muerte á sus enemigos, orar al Señor con todo su fervor y con el zelo mas ardiente por los que le apedrean, pedir á Dios que los alumbre, que los convierta, y que toda su venganza se reduzca á colmarlos de sus mas grandes gracias, y darles la eterna bienaventuranza! Tal es el uso que hace de su poderoso valimiento con el Señor; y se puede decir que á su oracion concedió Dios la conversion de Saulo, y que por ella de un perseguidor de la Iglesia le hizo un apóstol. Todo el cielo está em-

belesado de este acto heróico. El mismo Jesucristo viene á ser testigo de la victoria de su primer héroe; toda la corte celestial admira la fidelidad, el aliento, la caridad de este primer soldado cristiano. ¡Qué poderosa es, Dios mio, vuestra gracia en un corazon puro y generoso, en una alma verdaderamente cristiana! Pero este siervo fiel ¿tiene muchos imitadores? Dios no pide á todos los cristianos que den su sangre por la fe; pero les pide á todos que perdonen las ofensas por su amor. Las persecuciones y los tiranos han cesado; pero las afrentas, las injusticias, los enemigos personales son bastante frecuentes durante la vida.

Haced, Señor, que por la intercesion de este gran santo siga yo en todas ocasiones su ejemplo y el vuestro, perdonando de todo mi corazon las injurias que me hicieren, y amando á mis enemigos con sinceridad. Ayudadme para ello con vuestra gracia.

JACULATORIAS.

Si reddidi retribuentibus mihi mala, decidam meritò ab inimicis meis inanis. Salm. 7.

Señor, si yo pagare mal por mal á los que me aborrecen, consiento el que sea vencido.

Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Matth. 6.

Señor, quiero que me perdoneis mis culpas, así como yo perdono las injurias que me han hecho.

PROPOSITOS.

1. Nos admiramos del aliento, de la fidelidad y de la fe de los santos; ¿cuándo seguiremos sus ejemplos? San Estéban nos los da muy visibles y muy interesantes. Su amor tierno á Jesucristo, su caridad con sus enemigos, que llevan su odio hasta quitarle la

vida; aquí tienes dos grandes lecciones, aquí tienes un gran modelo; aprovéchate de él. Pide á Dios este amor tierno y generoso, y dale pruebas de él guardando sus mandamientos, y complaciéndole con una constante fidelidad: prueba tu piedad con tus obras.

2. La caridad con tus enemigos es un precepto. No basta no quererles mal, es necesario amarlos, es necesario quererles bien. Esas disposiciones de indiferencia para con los que nos ofenden no bastan para cumplir el precepto. Cuidado con este artículo. Haz todos los dias alguna oracion á Dios por ellos, y hazles todo el bien que pudieres, pues la caridad y el amor á tus enemigos debe ser eficaz.

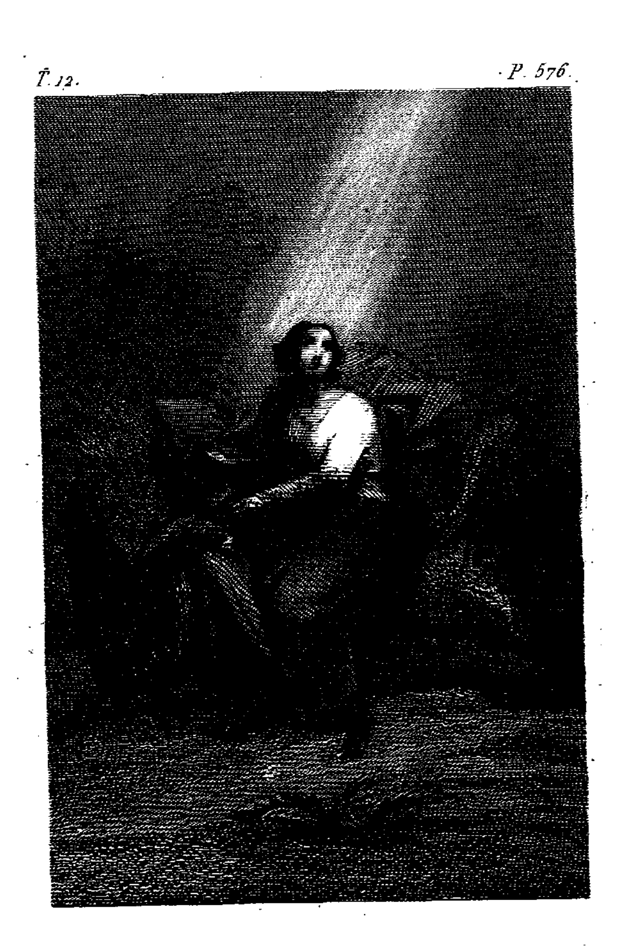
DIA VEINTE Y SIETE.

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Ninguna cosa puede dar una idea mas alta y mas cabal de la santidad y del mérito extraordinario de san Juan, que el augusto título de discípulo amado de Jesucristo que le da el Evangelio. Ningun elogio fué mas magnífico ni mas verdadero. Era san Juan galileo, hijo del Zebedeo y de Salomé, y hermano menor de Santiago el Mayor, de quienes se habla tantas veces en el Evangelio. Aprendió desde jóven el oficio de pescar con su padre. Ningun apóstol fué llamado tan jóven al apostolado. No tenia sino de veinte y cuatro á veinte y cinco años cuando el Salvador le eligió por su discípulo.

Estaba con su hermano Jacobo en una barca á la orilla del lago de Genezareth, llamado el mar de Tiberíades, trabajando con su padre y su hermano en remendar sus redes, cuando Jesucristo, que acababa

T. 12. P. 576.



S. JUAN EVANGELISTA.

de llamar á san Pedro y san Andrés, vió á algunos pasos de allí á estos otros dos hermanos san Juan y Santiago, sobre los cuales habia puesto sus ojos para hacerlos sus discípulos favorecidos. Llamólos, como lo habia hecho con los primeros; y su palabra tuvo tanta fuerza, que sin detenerse un momento abandonaron barca y redes, se despidieron de su padre, y siguieron al que los llamaba.

La inocencia de costumbres de san Juan, y particularmente su virginidad, le hicieron bien pronto mas querido de su divino Maestro que todos los otros. San Jerónimo, como tambien la Iglesia en el oficio de este santo, atribuye á su virginidad la predileccion del Salvador, y todos los favores singulares que este santo apóstol recibió con preferencia á los otros. Su inviolable adhesion á Jesucristo, y aquella fidelidad con que le seguia á todas partes, da bastante á conocer que el amor de san Juan á su amado Maestro era recíproco. San Juan amaba á Jesucristo con una extremada ternura, y desde el primer dia que se le juntó no supo perderle de vista. Jesus amaba tambien tiernamente á san Juan; y esta predileccion era tan conocida y tan visible, que él mismo no toma otro título ni otro nombre en el Evangelio, que el del discípulo á quien amaba Jesus: *Discipulus quem diligebat Jesus.* Juan fué el confidente de todos sus secretos; y cuando los otros apóstoles querian informarse ó tomar nueva luz sobre algun punto, se encaminaban al amado discípulo. Pero lo que hace ver la virtud eminente de nuestro santo, sus raras prendas y su mérito universalmente aplaudido, es que estos favores particulares y esta tierna amistad del Salvador jamás causaron la menor envidia ni el menor asomo de zelos entre los otros discípulos, aunque á la sazon eran todavía muy imperfectos.

El Salvador, dándole todos los dias nuevas muestras

de su amor, quiso que fuese testigo de todas las acciones mas prodigiosas de su vida mortal. Primeramente se encontró nuestro santo en la curacion de la suegra de san Pedro; poco despues en la resurreccion de la hija de Jayro, presidente de una sinagoga, y en todos los demás prodigios que obró el Salvador. Habiendo sido enviado con su hermano á un pueblo de Samaritanos á buscar alojamiento para su Maestro y para ellos, y no habiendo querido recibirlos los Samaritanos, esta afrenta hecha al Salvador inflamó tanto su zelo, que, encarándose con el Salvador, le dijeron si les permitia hacer bajar fuego del cielo para consumir á aquellos ingratos, *como lo hizo Elías* en otro tiempo. Pero el Salvador les dijo en tono de reprension: *No sabeis de qué espíritu estais animados cuando hablais de esta suerte: el Hijo del hombre no ha venido para quitar á nadie la vida, sino para dársela á todos.* Se cree que fué en esta ocasion cuando el Salvador les impuso el nombre de Boanerges, que quiere decir hijos del trueno, para darles á entender que aquel zelo vengativo y fogoso que habian concebido contra los Samaritanos, *no nacia de su espíritu*, que es un espíritu de mansedumbre y de misericordia.

La transfiguracion de Jesucristo fué tambien una señal de la predileccion del Hijo de Dios para con san Juan. Quiso el Señor que este amado discípulo fuese testigo de esta prueba sensible de su divinidad, y de la gloria milagrosa y resplandeciente de que todo su cuerpo se vió rodeado, *la cual solo era como preludio de la gloria con que debia ser glorificado despues.* Queriendo el Salvador celebrar poco despues su última cena la víspera de su pasion, envio á san Juan y á san Pedro á Jerusalen para aprontar cuanto era necesario para esta grande accion, en que debian ejecutarse tantas maravillas.

En esta última cena fué donde Jesucristo quiso dejar

á todos los hombres que habia venido á redimir con el precio de su sangre, una prenda de su amor en la institucion de la adorable Eucaristía. Aquí tambien le dió á san Juan una señal de su ternura y de un cariño particular, haciendo que se pusiera en la mesa junto á sí, y permitiéndole, por un favor muy especial, que reclinara su cabeza sobre su costado. La disposicion de la mesa que estaba en semicírculo, y la de los bancos, daba ocasion al discípulo privilegiado para recibir esta prerogativa, que ciertamente no era sin misterio. Durante este reposo misterioso sobre el pecho del Salvador, dice san Agustin que este discípulo amado bebió en el mismo corazon del Salvador todos los secretos de la religion, y todos aquellos sublimes conocimientos que le han hecho llamar por excelencia el divino teólogo, y que le han hecho asimismo uno de los profetas mas ilustrados.

Habiendo dicho Jesucristo al fin de la cena que uno de sus discípulos le habia de entregar, quedaron todos tan atónitos con esta funesta prediccion, que sobrecogidos de miedo no pudieron hablar una palabra. San Pedro, mas curioso, ó á lo menos mas osado que los otros, hizo señas á san Juan para que preguntase á Jesus quién era aquel de quien hablaba. El amado discípulo preguntó en voz baja al Señor, quién era: Jesus le respondió en el mismo tono, que el traidor era aquel que metia con él la mano en el plato; el cual era Judas Iscariotes, que fué el desventurado que le entregó.

Quiso el Salvador que su amado discípulo, despues de haber sido testigo de su gloria sobre el Tabor, lo fuese tambien de su pasion en el monte Olivete y en el Calvario. Le eligió con san Pedro y Santiago para que le acompañaran al huerto de Gethsemaní, y fuesen testigos de su agonía. Pero apenas fué preso Jesucristo por los soldados que el traidor Judas habia conducido,

cuando san Pedro y Santiago, cediendo al temor de que fueron sobrecogidos, echaron á correr y huyeron. San Juan fué el único que no abandonó al Salvador, haciéndole despreciar todos los riesgos el amor tierno que tenia á su Maestro. Pronto á morir con él, lejos de avergonzarse de ser discípulo de aquel que iba á ser condenado tan injustamente á muerte por su doctrina, no le dejó un punto ni por las calles de Jerusalen, ni en los tribunales, ni sobre el Calvario, haciéndole participar su generoso amor á Jesucristo de todas las burlas, de todos los oprobios y de todos los suplicios que tuvo que sufrir el Salvador. Este fiel discípulo fué el único apóstol que siguió á Jesucristo hasta la cruz, donde recibió del Salvador el último testimonio de su amor, el que sobrepujó á todos los otros; porque, estando Jesus para espirar, le hizo heredero de la cosa que mas amaba, que era su Madre, para que fuese respetado en toda la Iglesia como el primero de sus hermanos, y como el primogénito de los hijos adoptivos de la Madre de Dios, la donacion se hizo en dos palabras, que allí mismo obraron su efecto.

El Salvador se encaró primero con su Madre, á la que no llamó sino con el nombre de mujer, porque el nombre tierno de madre no hiciese mayor su dolor. Mujer, le dijo, hé ahí á tu hijo, señalando á san Juan con la lengua y con los ojos, que eran las solas partes del cuerpo de que no se le habia podido quitar el uso. Ese es el que yo substituyo en mi lugar, para que haga contigo todos los oficios de hijo. Luego, echando una ojeada sobre el discípulo, y señalándole en el modo que podia á su Madre, le dijo: Ahí tienes á tu madre: hónrala y sírvela como á tu querida madre. Con estas palabras dió el Salvador á la santísima Vírgen un corazon de madre para con san Juan, y á san Juan un corazon de hijo para con la santísima Vírgen; y así

desde aquel tiempo este hijo de María no quiso que esta Señora tuviese otra casa que la suya, y él tuvo cuidado de mantenerla. ¿Podia el Hijo de Dios distinguir á su amado discípulo de una manera mas honrosa ni mas ventajosa? Este favor único hace decir al beato Pedro Damiano, que ninguno parece ser superior en méritos á aquel que por una gloria y una prerogativa especial fué hecho hermano del Salvador.

San Juan no se apartó de la cruz hasta que Jesucristo espiró. Vió atravesar el costado de Jesucristo con una lanza despues de su muerte, y vió salir de él sangre y agua, como el mismo lo testifica. Seria preciso conocer cuál era la medida del ardiente amor del amado discípulo, para comprender cuán grande fué el dolor y la afliccion que tuvo al ver espirar al Salvador en la cruz, y siendo testigo de lo que padecia su divina Madre en el Calvario. Esto fué lo que hizo decir á san Crisóstomo que san Juan fué mártir mas de una vez: *Multotiès martyr est Joannes.* No hay martirio mas doloroso para un corazon que ama, que estar presente al martirio del objeto amado.

No habiendo hallado María Magdalena el cuerpo del Salvador en el sepulcro, corrió á decirlo á san Pedro y á san Juan. Entrambos corrieron al sepulcro; pero san Juan llegó antes que san Pedro. Nuestro santo fué asimismo testigo de las apariciones del Salvador despues de su resurreccion: ¡cuál seria el gozo del fiel discípulo, y de qué favores no llenaria Dios su corazon fiel y generoso en estas apariciones! Jesucristo no se daba á conocer desde luego cuando se aparecia á los demás apóstoles; pero no podia ocultarse al amado discípulo. San Juan fué el único que le conoció á la orilla del mar de Tiberíades, y que dijo á san Pedro: El señor es. Como san Juan era el único de todos que fuese vírgen, asi tambien fué el único que

conoció al divino Esposo; es advertencia de san Jerónimo: *Solus virgo virginem agnoscit.*

San Pedro, que amaba á su divino Maestro mas que los demás apóstoles, hizo particular alianza con san Juan, á quien veia que Jesucristo amaba mas tiernamente; y esta alianza que Jesucristo habia formado entre los dos apóstoles fué cada dia mas íntima. Habiendo dicho el Salvador á san Pedro que le siguiera, este apóstol se sorprendió de que Jesucristo no hubiese dicho lo mismo á san Juan; y habiéndose tomado la libertad de preguntar al Salvador qué designios tenia su Majestad sobre su amigo Juan, le respondió el Señor: ¿Qué te importa a ti el saber en lo que ha de venir á parar Juan? Esta respuesta dió motivo á los otros discípulos para creer que Juan no habia de morir; pero Jesucristo les dió á entender que no comprendian el sentido de sus palabras.

Poco despues de la venida del Espíritu Santo, yendo al templo san Pedro y san Juan, curaron á la puerta á un cojo, que desde su nacimiento tenia embarazado el uso y movimiento de sus miembros. El ruido que hizo este milagro dió motivo á que los pusieran en la cárcel, donde fueron examinados; pero su respuesta constante y animosa hizo ver claramente que solo Dios habia podido hacer tan intrépidos y elocuentes á unos pobres pescadores. Durante la persecucion que se siguió á la muerte de san Estéban, los apóstoles que se habian quedado en Jerusalen, noticiosos de los progresos que hacia la fe en la ciudad de Samaria, enviaron al punto allá á san Pedro y á san Juan, los que, imponiendo las manos sobre los nuevos fieles, hacian bajar sobre ellos el Espíritu Santo, confiriéndoles con esta imposicion de las manos el sacramento de la confirmacion. Estos dos grandes apóstoles predicaron la fe en diversos lugares de aquellos alrededores; y habiéndose vuelto á Jeru-

salen, pusieron por obispo de esta ciudad á Santiago el Menor, llamado el Justo. Nuestro santo asistió despues al concilio de Jerusalen, donde pareció, dice san Pablo, como una de las columnas de la Iglesia.

Entre los apóstoles fué san Juan uno de los últimos que dejaron la Judea para ir á llevar el Evangelio á las naciones: fué á predicar á los Partos, á quienes pretende san Agustin haber dirigido su primera carta; pero su departamento fué el Asia menor. Encargado del cuidado del mas precioso depósito que habia en la tierra, que era la Madre de Dios y suya, la condujo á Éfeso cuando todos los fieles fueron expelidos de Jerusalen, y estableció en aquella ciudad su domicilio con grandes ventajas de la religion. San Jerónimo dice que nuestro santo fundó y gobernó todas las iglesias del Asia durante su larga mansion en aquellas provincias. Ningun héroe hizo jamás tantas conquistas. Apenas se dejaba ver, cuando las ciudades y aldeas se rendian á su palabra. Es verdad que los estupendos milagros que obraba en todas partes facilitaban mucho estas conversiones; la mansedumbre sin igual de nuestro santo, aquel aire de modestia y de pureza que resplandecia en su cara, su afabilidad, sus modales corteses cautivaban todos los espíritus, y le ganaban todos los corazones; pero sobre todo, aquella uncion divina que habia bebido en el mismo sagrado corazon de Jesucristo, era tan sensible en sus razonamientos y en todas sus conversaciones, que todo cedia y se rendia á su palabra.

Su vida era tan austera, que dice san Epifanio era imposible llevar mas lejos la austeridad. Convirtió á la fe de Jesucristo casi toda el Asia, donde estableció un gran número de obispos, de los que él mismo era como el pastor y el modelo: *Totas Asiæ fundavit rexitque ecclesias*, dice san Jerónimo. Su ardiente zelo le hizo escribir su Apocalípsis á los obispos de Éfeso.

de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Filadelfia, de Laodicea y de Sardis, á los cuales los llama ángeles por la pureza que debe hacer parte del carácter de un obispo, y por el cuidado que debian tener de los pueblos que la divina Providencia les habia encomendado.

Los cuidados, el respeto y la ternura con que miraba á la Vírgen santísima, de quien él mismo Jesucristo le habia hecho hijo adoptivo, le obligaron á estar á su lado todo el tiempo que vivió en carne mortal. Despues de su gloriosa asuncion al cielo, san Juan no puso límites á su zelo; llevó las luces de la fe hasta las extremidades del Oriente. Los Basores pretenden haber recibido la fe de Jesucristo por su ministerio. El emperador Domiciano empezó á perseguir á los cristianos, como lo habia hecho Neron. San Juan, á quien miraban todos como á uno de los mayores héroes del cristianismo, y como el alma de este gran cuerpo, fué uno de los primeros que prendieron y enviaron á Roma. Hemos dado el dia 6 de mayo la historia de su martirio delante de la Puerta Latina. Al salir del aceite hirviendo, en que habia sido metido, fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las del Archipiélago á la parte del Asia: allí fué condenado á las minas, horroroso suplicio para un viejo de mas de noventa años; pero las revelaciones particulares que tuvo y los frecuentes raptos suavizaron mucho sus penas. Allí fué donde por órden de Jesucristo escribió el libro del Apocalipsis, esto es, de las revelaciones, donde no hay palabra, dice san Jerónimo, que no sea un misterio. Pero esto es decir poco de un libro tan apreciable, añade el santo; todo lo que se puede decir de él es menos de lo que merece; no hay en él palabra que no encierre muchos sentidos, ni somos capaces de penetrarlos. Habiendo sido muerto el emperador Domiciano, anuló

su senado todo lo que habia hecho; y Nerva, su sucesor, levantó el destierro á todos los que su antecesor habia desterrado. Así san Juan dejó la isla de Patmos el año 97, despues de un destierro de cerca de diez y ocho meses, y volvió á Éfeso. Como halló que san Timoteo, su primer obispo, habia sido martirizado, se asegura que se vió obligado á tomar á su cuidado esta iglesia, la que gobernó hasta el fin de su vida. Poco despues de su vuelta convirtió á aquel insigne ladron que habia sido su discípulo cuando jóven; pero habiéndose abandonado enteramente á toda maldad durante su ausencia, se habia hecho capitan de una compañía de bandoleros, al cual nuestro santo viejo fué á encontrar, y le habló con tanta uncion y energía, que de ladron famoso vino á ser un insigne penitente que edificó á toda la Iglesia lo restante de sus dias.

En su tiempo Cerinto, Ebion y los Nicolaitas, enemigos mortales de la divinidad de Jesucristo, despedazaban la Iglesia con sus errores, y la hacian gemir con sus blasfemias. Como san Juan era el único de los apóstoles que habia quedado con vida, todas las iglesias de Oriente y Occidente recurrieron á él, y le pidieron les diese armas contra aquellos impíos enemigos del Salvador, sabiendo que ninguno podia estar mas bien informado que él de los misterios de la religion, ni mas lleno del espíritu del cristianismo. Con este motivo, dice san Epifanio, escribió su evangelio; para lo cual, añade el mismo santo doctor, tuvo órden expresa del Espíritu Santo. San Jerónimo dice que no empezó á escribir sino despues de muchas rogativas y ayunos públicos, y que prorumpió en estas primeras palabras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*, al salir de una profunda revelacion y de un éxtasis. Como los otros tres evangelistas habian hablado suficiente-

mente de lo que pertenecia á la humanidad de Jesucristo, san Juan se dedicó á manifestarnos principalmente su divinidad, con el fin de quitar toda la autoridad á los falsos evangelios fabricados por ciertos impostores, y cerrar para siempre la boca á los herejes. Este evangelio, dictado por el Espíritu Santo como todos los otros, ha sido mirado siempre como la mas noble parte de todos los libros sagrados, y como el sello de la palabra de Dios escrita. Los santos padres comparan, y con razon, este evangelista al águila, porque se eleva hasta el trono de Dios, y porque su evangelio encierra tantos misterios, en sentir de san Ambrosio, como sentencias. Nuestro san Juan, dice san Agustin, toma su vuelo como una águila hasta el mas alto cielo, y llega hasta el Padre Eterno cuando dice: *El Verbo era desde el principio, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.*

Además del evangelio y del Apocalípsis, reconoce tambien la Iglesia por de san Juan tres epístolas. La primera, cuyo asunto es la caridad, fué dirigida, segun san Agustin, á los Partos, esto es, á los cristianos hebraizantes que estaban al otro lado del Eufrates. Las otras dos las dirigió á iglesias particulares, las que quizá se comprenden bajo el nombre de *Electæ dominæ, et natis ejus*: A mi señora Electa y á sus hijos.

Habiendo llegado san Juan á una extrema vejez, y hallándose sin fuerzas por haberlas consumido en los trabajos apostólicos, era llevado por sus discípulos á la iglesia y á la asamblea de los fieles, y como por mucho tiempo todas sus exhortaciones se redujesen á estas breves palabras: Hijos queridos, amaos unos á otros, se enfadaron al fin, dice san Jerónimo, de tanta repeticion; y habiéndole dicho que se admiraban de oirle todos los dias una misma cosa, les dió esta admirable respuesta, tan digna del amado discípulo: Os repito todos los dias una misma cosa,

porque es lo que el Señor nos manda con mas particularidad; y si se cumple bien, no es menester mas para ser santos: *Quia præceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.*

Quiso, en fin, el Señor recompensar los largos é inmensos trabajos de su fiel siervo y amado discípulo, sacándole del mundo para colmarle de gloria en el cielo, donde el Salvador mismo y la santísima Vírgen habian de darle pruebas muy particulares de su ternura. Murió en Éfeso con la muerte de los santos, de edad de cien años, hácia el año 104 de la era cristiana. El cuerpo del santo apóstol fué enterrado en un campo cerca de la ciudad, donde todavía se conservaban sus reliquias en tiempo del concilio general de Éfeso, celebrado el año 431.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Éfeso, la fiesta de san Juan Evangelista, que, despues de haber escrito el evangelio, despues de haber estado desterrado y escrito el divino Apocalípsis, vivió hasta los tiempos del emperador Trajano, fundó y gobernó las iglesias de toda el Asia. Habiendo llegado hasta la última vejez, murió el año sesenta y ocho despues de la pasion del Señor, y fué sepultado junto á la misma ciudad.

En Alejandría, san Máximo, obispo, á quien su título de confesor hizo ilustre y célebre.

En Constantinopla, san Teodoro y san Teófanes su hermano, confesores, quienes, criados desde la infancia en el monasterio de San Sábas, combatieron con energía en lo sucesivo contra Leon el Armenio, en favor del culto de las santas imágenes, y fueron de su órden vareados y enviados á un destierro; pero despues de la muerte del tirano, resistiendo con denuedo al emperador Teófilo que tenia la misma impiedad,

fueron de nuevo sajados á azotes, enviados á un destierro, donde Teodoro murió en la cárcel. Mas Teófanes, vuelta la paz á la Iglesia, fué hecho obispo de Nicea, y descansó en dulce paz en el seno del Señor.

En el mismo lugar, santa Nicerata, vírgen, que floreció en santidad bajo el emperador Arcadio.

En la diócesis de Quimper, san Alano, apellidado Courlay, confesor.

Cerca de Aquileya, san Zoilo, presbítero.

En Oriente, san Lida, martirizado bajo Maximino Daza.

En Roma, la venerable Fabiola, elogiada por san Jerónimo.

En Candingham, cerca de Warwick en Escocia san Edano, penitente.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra; ut beati Joannis apostoli tui et evangelistæ illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna. Per Dominum nostrum...

Señor, alumbrad benigno á vuestra Iglesia, para que ilustrada con la doctrina del bienaventurado Juan, vuestro apóstol y evangelista, llegue á conseguir los dones eternos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 15 de la Sabiduría.

Qui timet Deum, faciet bona: et qui continens est justitiæ, apprehendet illam, et obviabit illi quasi mater honorificata. Cibabit illum pane vitæ et intellectus, et aqua sapientiæ salutaris potabit illum; et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur: et exaltabit illum

El que teme á Dios, obrará bien, y el que sigue la justicia, la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable, y se establecerá en él, y no se doblará; y le sostendrá, y no será con-

apud proximos suos, et in medio Ecclesiæ aperiet os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiæ et intellectus, et stola gloriæ vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine æterno hæreditabit illum Dominus Deus noster.

fundido; le exaltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu y de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tesoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor *nuestro Dios.*

NOTA.

« En este capítulo del Eclesiástico describe el Sabio » la dicha del que teme á Dios, y las grandes ven- » tajas que trae la sabiduría, fundada sobre el temor » de Dios. »

REFLEXIONES.

El que posee la justicia, poseerá la sabiduría. Solo los virtuosos son verdaderamente sabios. Sola la sabiduría cristiana es verdadera sabiduría. Sin el mérito y el espíritu de nuestra religion, lo que se llama sabiduría en el mundo no es por lo comun otra cosa que una política estudiada, y muchas veces efecto del natural, del interés, ó de alguna otra pasion. Los sabios del paganismo no eran otra cosa que unos filósofos orgullosos y ridículos, que en muchas ocasiones daban bastantemente á conocer que eran poco sensatos; se distinguian ordinariamente por unas ridiculeces que el pueblo admiraba, y que las gentes de buen juicio miraban con desprecio y con indignacion. Ciertos vislumbres de razon les conciliaban muchas veces los aplausos de un populacho abrutado é insensato. Mírense de cerca estos pretendidos sabios, y se hallarán muy pocos en cuya conducta no se encuentre algun grano de necedad y de manía. La mayor parte solo pensaban cómo dar al público escenas siempre

ridículas; todo su mérito consistia en ser y parecer aislados y singulares entre los demás. No hay que cansarnos en querer ser sabios si no practicamos la virtud cristiana, que es el orígen de la verdadera justicia. Toda la sabiduría está encerrada en el Evangelio; en sus consejos y en sus máximas hálla la razon su esplendor y su mérito; siempre es sabio el que es sólidamente hombre de bien. Sola la piedad tiene por compañeros al buen juicio, á la rectitud, á la buena fe, á la mansedumbre, á la cortesía y á la afabilidad: ella sola tiene el secreto de hacer tratables y civiles los pueblos mas groseros, mas duros, mas bárbaros. Aunque se haya nacido con un entendimiento oscuro, aunque haya habido falta de educacion, aunque una persona se haya criado en los montes, en medio de una nacion salvaje, si es verdaderamente cristiana, si tiene piedad, si es santa, es afable, oficiosa, humilde, caritativa, atenta, moderada, cuerda. El entendimiento se abre, se desplega, se lima desde el instante que las costumbres son puras. En una palabra, el juicio y la prudencia nacen y crecen con la piedad. ¿Se atreveria á llamarse sabio un hombre que no tiene conducta, y que se pierde? Que sea flemático y reposado, que hable poco, que lo luzca por su despejo, si con todas estas ventajas no obra su salvacion, es y será mirado por toda la eternidad como un insigne insensato.

El evangelio es del capítulo 21 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus Petro: Sequere me. Conversus Petrus vidit illum discipulum, quem diligebat Jesus, sequentem: qui et recubuit in cœna super pectus ejus, et dixit: Domine, quis est qui tradet te? Hunc ergo cùm vidisset Petrus,

En aquel tiempo, dijo Jesus á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, y que estuvo mientras la cena recostado en su pecho, y le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro, pues,

dixit Jesu: Domine, hic autem quid? Dicit ei Jesus: Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Tu me sequere. Exiit ergo sermo iste inter fratres quia discipulus ille non moritur. Et non dixit Jesus: Non moritur; sed, sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Hic est discipulus ille, qui testimonium perhibet de his, et scripsit hæc: et scimus quia verum est testimonium ejus.

habiéndole visto, dijo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de este? Dícele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo venga; ¿qué te importa? Tú sígueme. Divulgóse, pues, esta respuesta entre los hermanos de que aquel discípulo no moriria. Y no le dijo Jesus que no moriria, sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga; ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DE SAN JUAN EVANGELISTA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no se puede decir cosa mas gloriosa para un hombre, ni que dé una idea mas alta de su mérito, que decir que es amigo de Jesucristo. Pues este es el carácter del discípulo amado. El mismo san Juan no toma otro nombre que el *del discípulo á quien amaba Jesus*. Considera las grandes pruebas que este divino Salvador le da de su amistad. Le llama á su servicio en la flor de su edad; en todas ocasiones le da pruebas sensibles de su predileccion; quiere que sea testigo de todas sus maravillas. Inseparable de este divino Salvador, no le pierde de vista. Jesucristo le instruye, le forma y le hace digno de la ternura que le profesa, y de los insignes favores que le hace. Haciéndole su privado, le hace confidente de todos sus secretos, y le da la inteligencia de los mas ocultos misterios; y cuando este divino Salvador no es cono-

cido de los demás apóstoles, solo Juan le conoce. Finalmente, en la última cena, en aquel triunfo del amor infinito del Salvador del mundo, el amado discípulo tiene la honra, el consuelo y el privilegio, no solo de estar al lado del Hijo de Dios, sino tambien de reposar sobre su seno, sobre aquel divino corazon en que tenia, por decirlo así, el primer lugar. Pero lo que acaba y perfecciona el retrato de este amado discípulo del Salvador, es el don que le hace Jesus de su querida Madre. ¿Hubo jamás hombre mas estimado de Dios, santo mas privilegiado, valido de Jesucristo colmado de favores mas insignes? Pero si tuvo tanta parte en los favores del Salvador del mundo; si estuvo tan adentro en su sagrado corazon, ¿qué lugar no tendrá en el cielo, qué poder, qué gloria? San Juan era el discípulo amado de Jesucristo, y merecia serlo. La eleccion que hizo de él nuestro Señor, sus caricias, sus dones muestran en qué grado tan alto logró este favor. Su pureza, su adhesion al Salvador, los servicios que preveia su Maestro le habia de hacer, muestran que lo mereció. Pidamos á este gran santo que emplee su valimiento para darnos entrada en el corazon de su Maestro. Este es un bien sin comparacion mayor que ser dueños del universo.

PUNTO SEGUNDO.

Consideremos que si san Juan fué amado tiernamente de Jesucristo, tambien él amó á Jesucristo con una ternura y una fidelidad perfecta. Desde que este divino Salvador le eligió por su discípulo, no se apartó jamás de él, siempre estuvo á su lado, siempre fué en su seguimiento. Ora el Salvador sea aplaudido, ora menospreciado, en el Calvario y en el Tabor, en su entrada triunfante en Jerusalen, en su prision en el huerto de Gethsemani; ora resucite los muertos, ora

sea llamado á los tribunales como un malhechor, ora esté en la cruz, ora en el templo, en todas partes se ve al discípulo amado á su lado : gran prueba del ardor, del desinterés, de la sinceridad, del amor que profesaba á su divino Maestro. Por mas que todos los discípulos se llenen de confusion, teman, se retiren, huyan, ninguna cosa es capaz de intimidar á san Juan. Por mas que prendan y aten á Jesucristo como á un sedicioso, por mas que le harten de oprobios, le condenen á muerte, le claven en la cruz á la vista de todo el pueblo, san Juan se está al pié del suplicio. Léjos de avergonzarse de haber aprendido en su escuela, hace profesion pública al pié de la cruz de ser discípulo de aquel á quien hacen morir como á un seductor y un impostor, y á quien hacen un crímen capital de su doctrina. ¡Buen Dios, cuán generoso, cuán fuerte, cuán intrépido es el amor que se os tiene cuando este amor es puro! Este amado discípulo podia, como tantos otros, mantenerse un poco apartado de Jesus, y confundirse entre la muchedumbre para evitar el ser conocido, y de este modo evitar la confusion que le causaba el ser discípulo de un hombre á quien hacian morir por su doctrina, habiendo riesgo, como en efecto le habia, de ser envuelto en la persecucion. ¡O amor divino, y qué intrépido eres! Cuando se ama ardientemente á Jesucristo solo se teme desagradarle; toda la rabia del infierno, toda la malicia de la impiedad, todo el furor de los hombres no es capaz de intimidar á un corazon que ama á Dios verdaderamente. ¡O Dios mio, á cuántos falsos amigos del Salvador del mundo confunde el amor de este santo! ¡á cuántos falsos amigos les quita su ejemplo la mascarilla, y hace que parezcan lo que son! No hay amor de Dios en un corazon tibio, cobarde, inmortificado, que se avergüenza del Evangelio, y que quiere agradar al mundo y á Dios. Hacemos alarde

de que amamos á Jesucristo, y no nos atrevemos á declararnos por sus discípulos. Nos gloriamos de que amamos á Dios, y no guardamos sus mandamientos; nos lisonjeamos de que amamos á Dios, y en el fondo solamente nos amamos á nosotros mismos.

Señor, os suplico que me deis vuestro amor; pero aquel amor puro, ardiente, generoso, que ni se deja debilitar de la prosperidad, ni abatir de las adversidades de la vida; os le pido por la intercesion de vuestro discípulo amado, á quien vos amais tan tiernamente, y que os amó á vos tan fiel y constantemente.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea. Salmo 17.
Yo os amaré, Señor, y vuestro amor será toda mi fortaleza.

Quis me separabit à charitate Christi? Rom. 8.
¿Quién podrá separarme jamás del amor de Jesucristo?

PROPOSITOS

1. Tres cosas contribuyeron al amor generoso que tuvo san Juan al Salvador del mundo. Su gran pureza, pues era vírgen; su generosidad y su perseverancia, no habiendo la tibieza hallado jamás lugar en su corazon; su ternura de hijo para con la santísima Vírgen, á quien siempre estimó y sirvió como á su madre. Con estas tres virtudes tambien tú adquirirás este ardiente amor. La pureza de corazon y de cuerpo es el carácter de los que siguen al Cordero; la perseverancia corona á las almas que han sido fieles; y la tierna devocion á la santísima Vírgen consigue, mantiene y fortifica estas dos esenciales virtudes. Sé puro de corazon y de cuerpo; conságrate para siempre al servicio de la Vírgen santísima; ámala como á tu querida

madre, y pídele que te alcance de su Hijo la gracia de la perseverancia.

San Juan tiene mucho poder y valimiento con Dios y con la santísima Virgen; tenle toda tu vida una tierna devocion, y ten una particular confianza en este gran santo. Pídele que te alcance una gran pureza, una tierna devocion á la santísima Virgen, y la perseverancia en el amor de Dios; pero no dejes de hacerle todos los dias alguna súplica: la que se sigue es muy propia para pedir la pureza.

2. Cordero sin mancha, que escogísteis por madre una vírgen, inspiradme un amor ardiente á la pureza, y un vivo horror al vicio contrario, que me aparte de las ocasiones peligrosas, y que jamás me deje vencer del atractivo del deleite. Dadme, ó Dios de pureza, vuestra gracia, para que vele con tanto cuidado y ore con tanta eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Cuento, beatísima Vírgen, con vuestra proteccion, y con la intercesion del discípulo amado.

DIA VEINTE Y OCHO.

LOS SANTOS INOCENTES.

Parece que la Iglesia ha buscado quien haga la corte al Salvador recien nacido, haciendo que á la fiesta de su Natividad se siguiera la de los santos Inocentes, la del primer mártir y la del amado discípulo. Como el que ha nacido es Dios, se le deben ofrecer víctimas inocentes: *Deus est qui natus est, innocentes debentur illi victimæ*, dice san Agustin. Como el que ha nacido es un cordero sin mancha, que ha de ser un dia sacrificado por nosotros en una cruz,

es necesario que desde que aparece en el mundo se le ofrezcan en sacrificio corderos muy puros : *Agni debent immolari, quia agnus futurus est crucifigi.*

Luego que el Salvador del mundo nació en Belen, anunció Dios á los reyes Magos el nacimiento de este rey Salvador por medio de una estrella milagrosa, que les sirvió tambien de guia para que viniesen á adorarle. Con esta ayuda del cielo llegaron á Jerusalen, á la que creian encontrar haciendo grandes fiestas con motivo del nacimiento del Mesías; del Rey de los judíos por tanto tiempo esperado; pero les causó mucha novedad el no encontrar en ella ni fiestas, ni otra señal de alegría. Lo primero que hacen estos extranjeros es preguntar dónde está el Rey de los judíos que acababa de nacer, cuya estrella aseguran haber visto en el Oriente, y haberles servido de guia. Esta novedad asustó extrañamente á Herodes, y causó una gran conmocion en Jerusalen. El pueblo era demasiado curioso para no hablar de esta novedad, y Herodes demasiado desconfiado y demasiado zeloso del reino, de que se habia apoderado sin tocarle, para oir á sangre fria una novedad como esta. Y así, temiendo que podia venir á quitarle la corona el niño que buscaban los Magos, al punto envía á llamar á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, que eran los que debian explicar al pueblo las escrituras, y cuidar que no se mezclase en ellas nada que pudiese corromper su verdadero sentido.

Tenia este monarca demasiada penetracion para no ver que un rey, á quien de tan lejos venian á buscar unos extranjeros en el seno de la Judea, era un rey extraordinario, y muy diferente de los otros; por otra parte no ignoraba que siendo él idumeo, esto es, de un pueblo que descendia de Esaú, no era de familia judía, y por consiguiente, que no estando ya el cetro en los descendientes de Judá, habia llegado el

tiempo en que los profetas habian predicho habia de nacer el Mesías. Sin duda por este motivo, en la asamblea de los judíos no habló palabra tocante al nuevo rey, y solo preguntó dónde debia nacer el Mesías. Todos á una voz respondieron á esta pregunta, que naceria en Belen, pequeña ciudad de la tribu de Judá, porque así lo habia predicho el mismo Dios por su profeta.

Herodes se contentó con esta respuesta; y habiendo despedido la asamblea, hizo venir á los Magos para conferenciar á solas con ellos. No quiso hablarles en presencia de unos doctores, que eran gentes instruidas y capaces de descubrir lo que él procuraba disimular; temia que la inquietud que mostraria en sus preguntas y en toda su conversacion, les haria entrar en sospechas del designio que formaba y meditaba de deshacerse del niño, y de sacrificarle á su ambicion y á su rabia. Este espíritu fraudulento y artificioso cogió á los Magos aparte, les hizo cien preguntas capciosas, procuró informarse especialmente del tiempo en que la estrella habia empezado á dejarse ver, y conociendo en ellos mucha piedad y poca desconfianza, mostró aprobar su devocion, y los animó á proseguir su viaje. Id, les dijo, id á Belen, informaos de todo lo que pertenece á este niño, y volved cuanto antes á darme noticia de cuanto hubiéreis visto, porque yo quiero ir tambien á adorarle. Todo esto no era otra cosa que disimular sus intentos, y ver si podia hacer caer en el lazo á los Magos; pero Dios, que se burla de todos nuestros artificios, que no puede ser engañado, y que se propone fines muy diferentes de los que tienen los hombres, supo muy bien confundir todos estos maliciosos designios. Los Magos fueron en derechura á Belen; tuvieron la dicha de encontrar al Salvador; se postraron delante de él, le adoraron, y habiéndole ofrecido los dones que traian

de su país, que consistian en oro, incienso y mirra; avisados en sueños por un ángel que no volviesen á ver á Herodes, tomaron otro camino distinto del de Jerusalen, y se volvieron á su patria, dejando de este modo burlado al tirano.

Aunque Herodes no supo el paradero de los Magos, no por eso se mostró inquieto; creyó que no habiendo hallado lo que venian á buscar, no se habian atrevido á volver á la corte por no pasar por unos visionarios. Sin embargo, las maravillas que se habian obrado en Belen, y los milagros que se habian visto en Jerusalen cuando la santísima Virgen y san José llevaron al niño Jesus al templo, hicieron gran ruido: este ruido se extendió hasta la corte; y habiéndose informado Herodes muy por menor de lo que habia pasado, comenzó á cavilar y á temer alguna ruina sobre sí. El temor que le causó la majestad y grandeza del divino niño que le habian alabado tan altamente, y que en el templo habia sido reconocido por el Mesías, y la vergüenza de verse burlado de unos extranjeros, á quienes hasta entonces habia tenido por simples y crédulos, le arrastraron hasta los últimos excesos de inhumanidad.

Era Herodes uno de los mas crueles é inhumanos príncipes que ha habido jamás. Antonio habia hecho que el senado le nombrase rey de los judíos. La ambicion y la sospecha eran sus dos pasiones dominantes; y la inhumanidad era el carácter que le distinguia. Habia hecho ahogar á Aristóbulo, su cuñado, sumo sacerdote; hizo morir á su abuelo Hircano, á Mariana, su mujer, y á Alejandra, madre de Mariana; hizo degollar á sus propios hijos; no perdonó á sus mas caros amigos; lo mismo era concebir alguna sospecha contra alguno, que mandarle matar. Todos los que eran de la familia de los Asmoneos, ó que tenian alguna autoridad, perdieron la vida sin ninguna

formalidad de justicia. Pero Dios castigó la crueldad y la inhumanidad de este príncipe bárbaro con una enfermedad horrible; pues salieron de su cuerpo una infinidad de gusanos, que, comiéndole á bocados, exhalaban un hedor intolerable; tanto, que muchas veces quiso él mismo matarse para libertarse de los dolores y del horror que se tenia á sí mismo. Y viendo que los judíos se habian de alegrar de su muerte, mandó que luego que hubiese espirado degollaran á todas las personas de calidad, *las que* antes habia mandado prender, todo con el fin de que cada familia distinguida tuviese motivo de llorar en su muerte. Esta órden no se ejecutó, porque el desprecio y execracion en que se tuvo su memoria no daban lugar á que se hiciese caso de lo que habia mandado quien ya no podia hacerse temer.

Este era Herodes; el cual, no pudiendo ya dudar del nacimiento milagroso de un niño de quien se publicaban tantos prodigios, y no dudando que habia sido burlado, se encendió en un extraño furor. Sus sospechas, su temor, su ambicion le arrastraron á una especie de desesperacion; y queriendo deshacerse á cualquier precio del niño recien nacido, tomó la bárbara resolucion de hacer pasar á cuchillo á todos los niños de pecho, no dudando seria envuelto en la matanza general el que buscaba. Dió, pues, sus órdenes para ello, y mandó á todos sus oficiales que las ejecutaran so pena de la vida: en consecuencia de esto se repartieron por todas las ciudades, villas y aldeas compañías de soldados, sin que se supiese á qué fin se hacia este nuevo repartimiento de tropas. Se publicó al principio que el rey queria saber á punto fijo los niños varones de dos años abajo que habia en aquel territorio. Luego que se supo el número y cuántos habia en cada familia, los soldados tuvieron órden de degollarlos á todos, sin perdonar á uno

solo, y esto so pena de la vida. Esta órden bárbara se ejecutó con la mayor exactitud, y el mismo dia en pocas horas fueron sacrificadas todas aquellas inocentes víctimas. El número fué muy crecido, no solo en Belen, sino tambien en todas las ciudades y pueblos vecinos. La sangre corria á arroyos; no hubo casa ni choza que no fuese un lugar de suplicio, rociado con aquella sangre inocente.

San Gregorio Niseno y san Agustin emplearon toda su elocuencia en pintarnos la crueldad de estos soldados en esta horrible ejecucion; los gritos lamentables de las madres que miraban arrancar de su seno á los que poco antes habian dado á luz; las crueles heridas de los niños que eran despedazados inhumanamente, antes que hubieran podido cometer ningun delito; finalmente, la gloria de su muerte y de su martirio; pues morian, no solo por Jesucristo, sino tambien en lugar de Jesucristo. Estos niños son degollados en lugar de Jesucristo, dice san Agustin, y la inocencia logra la dicha de morir por la justicia: *Occiduntur pro Christo parvuli, pro justitia moritur innocentia.* Son las flores de los mártires, continúa el mismo padre, y las primeras yemas de la Iglesia, que el ardor de la mas cruel pasion hizo brotar en medio del invierno de la infidelidad, y que se llevó el hielo de la persecucion: *Flores martyrum, et primas erumpentes Ecclesiæ gemmas, quas in medio infidelitatis frigore exortas, persecutionis pruina decoxit.* Feliz odio del mas bárbaro rey, exclama el mismo padre; mas ventajoso has sido tú para estos niños, que lo hubieran sido los mas señalados favores del monarca: *Ecce profanus hostis nunquam beatis parvulis tantùm prodesse potuisset obsequio, quantùm profuit odio.* ¡Qué dicha la vuestra, inocentes víctimas, dice san Cipriano, ser confundidos con Jesucristo, y arrancados del pecho de vuestras madres para ser de-

gollados en su lugar! Habeis sido bautizados en vuestra sangre, dice san Crisólogo, como vuestras madres lo fueron en sus lágrimas. Estos son los verdaderos mártires de la gracia, que confiesan sin hablar, que mueren y triunfan sin conocer el precio ni el mérito de su victoria. Dios os guarde, flores de los mártires, canta el poeta Prudencio, que al nacer el dia habeis sido robados por el perseguidor de Jesucristo, como aquellos tiernos botones de las rosas que un furioso torbellino se lleva cuando empiezan á abrirse y desplegarse. Si me preguntais, dice san Bernardo, por qué acciones merecieron ser coronados estos santos inocentes, preguntadle á Herodes por qué delitos fueron condenados á muerte. La bondad de Jesucristo, Salvador nuestro, ¿tendrá menos poder que la malicia del cruel Herodes para que este haya podido quitar la vida á unos inocentes, y el Salvador no haya podido coronar á los que murieron por él?

Algunos han sido de parecer que el número de estas inocentes víctimas ascendia á ciento cuarenta y cuatro mil, fundados en que san Juan en su Apocalípsis, hablando de las almas inocentes y castas que siguen al Cordero á cualquiera parte que vaya, pone este número; pero el erudito Salmeron en sus Comentarios dice que fueron catorce mil; y añade que los cristianos de Etiopia, llamados los Abisinios, señalan este número en el cánon de la misa. Genebrardo dice asimismo que los Griegos señalan este mismo número en su calendario, y esta opinion es mas probable.

Estos santos niños sacrificados de este modo al furor y á los zelos de un tirano, que pretendia vengarse en ellos de un rey que creia haber nacido para quitarle la corona, han sido mirados siempre en la Iglesia como verdaderos mártires de Jesucristo. La Iglesia solo nos advierte que dieron testimonio en

favor de la verdad, no por el órgano de la palabra, sino por la efusion de su inocente sangre: tambien nos dice en sus oficios que murieron únicamente por la causa de Jesucristo, que se intentó hacerlos morir en su lugar, y que se creyó quitarle la vida á él, degollándolos á ellos. San Ireneo ensalzó la gloria de su martirio con unos elogios los mas encarecidos; y muchos creen que su fiesta se celebraba ya en tiempo de los apóstoles: *Benè ergo et secundùm voluntatem Dei sancti patres eorum memoriam celebrari mandaverunt sempiternam.* Este pasaje se encuentra en las homilías atribuidas á Orígenes. Como se ignora el dia de su muerte, la Iglesia ha destinado para su fiesta el 28 de diciembre, para acercarla cuanto es posible al nacimiento del Salvador. Se asegura que en el sexto siglo el emperador Justiniano el Jóven mandó edificar en Constantinopla una iglesia en honra de los santos Inocentes, y que en ella se guardaba uno de sus cuerpos, el que se exponia á la pública veneracion. Se ve al presente uno todo entero en la célebre abadía de San Dionisio en Francia, en una cuna de ramas de palma, metida en una caja de plata sobredorada, el que fué donado á esta abadía por el emperador Carlo Magno: otro en la iglesia de los Inocentes de París, con su carne y sus huesos, puesto en una urna de cristal, guarnecida de plata, costeada por la munificencia del rey Luis XI: otro en el relicario de la iglesia catedral de Valencia en España, tambien entero; y otro en el famoso monasterio del Escorial, sitio real de los reyes de España.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Belen de Judá, la fiesta de los santos Inocentes, á quienes el rey Herodes mandó quitar la vida por Jesucristo.

En Ancira de Galacia, san Eutiquio, presbítero, y san Domiciano, diácono, mártires.

En Africa, la fiesta de san Castor, san Víctor y san Rogaciano, mártires.

En Nicomedia, san Indes, eunuco, santa Domna, santa Agapa y santa Teofila, vírgenes, y sus compañeros mártires, quienes, en la persecucion de Diocleciano, despues de largos combates, alcanzaron su corona con diferentes géneros de muerte.

En Neocesarea, en el Ponto, san Troada, mártir, en la persecucion de Decio, á quien san Gregorio el Taumaturgo alentó en el combate apareciéndosele, para que padeciese el martirio.

En Arabisa, en la Baja Armenia, san Cesáreo, mártir, que padeció bajo Galerio Maximiano.

En Leon de Francia, la fiesta de san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, que por su ardentísimo zelo en la conversion de los herejes ha sido canonizado por Alejandro VII. Su fiesta se celebra el dia 29 de enero por decreto del mismo papa.

En Roma, san Domnion, presbítero.

En Egipto, san Teodoro, monje, discípulo de san Pacomio.

En el monasterio de Lerins, san Antonio, monje, ilustre por sus milagros.

En Bourges, san Cado, obispo, cuyo cuerpo es venerado en San Sulpicio.

En Africa, san Caton, mártir con otros muchos.

En Alejandría, el tránsito de san Teonas, obispo de aquella ciudad.

En Etiopia, santa Sabela.

En Portugal, la venerable Violanta, conversa del órden del Cister.

La misa es en honor de los santos Inocentes, y la oracion la que sigue.

Deus, cujus hodierna die præconium Innocentes martyres, non loquendo, sed moriendo confessi sunt; omnia in nobis vitiorum mala mortifica, ut fidem tuam, quam lingua nostra loquitur, etiam moribus vita fateatur. Per Dominum nostrum...

'O Dios, cuya gloria han confesado este dia los santos Inocentes, no con sus palabras, sino con su sangre y su muerte; haced que mueran en nosotros todas las pasiones y vicios, para que nuestra vida y costumbres sean una confesion continuada de la fe que confesamos con la lengua. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 14 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Vidi supra montem Sion agnum stantem, et cum eo centum quadraginta quatuor millia, habentes nomen ejus, et nomen Patris ejus scriptum in frontibus suis. Et audivi vocem de cœlo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitrui magni: et vocem, quam audivi, sicut citharœdorum citharizantium in citharis suis. Et cantabant quasi canticum novum ante sedem, et ante quatuor animalia, et seniores: et nemo poterat dicere canticum, nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit. Hi empti

En aquellos dias: Ví al Cordero que estaba en pié sobre el monte Sion, y con él á ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenian su nombre, y el nombre de su padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como el ruido de muchas aguas, y como el estallido de un gran trueno; y la voz que oí era como de músicos que tañian sus harpas. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales y los ancianos, y ninguno podia cantar este cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde quiera que fuere. Estos

sunt ex hominibus primitiæ Deo et Agno : et in ore eorum non est inventum mendacium : sine macula enim sunt ante thronum Dei.

han sido comprados de entre los hombres para ser las primicias de Dios y del Cordero : y en su boca no se halló la mentira ; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

NOTA.

« Todo el libro del Apocalípsis está lleno de miste» rios y de figuras; pero se pueden mirar estas figu» ras, dice san Agustin, como unas profecías de lo » que ha de suceder á la Iglesia en toda la serie de » los tiempos, esto es, desde su establecimiento en « la tierra, hasta su triunfo en el cielo. De suerte » que se ven en este libro los combates que ha de » tener, y la gloria con que han de ser coronadas sus » victorias. »

REFLEXIONES.

La inocencia es el mas bello adorno del alma : Dios no tiene sus complacencias sino en los corazones puros y en las almas inocentes. La pureza arrebata hácia sí el corazon de Dios. Bienaventurados los limpios de corazon, dice el Salvador, porque ellos verán á Dios. Esto no se entiende solamente en el cielo : á las almas castas gusta Dios comunicarse desde esta vida, dándoles la inteligencia de los mas sublimes misterios y de lo mas oculto que hay en la divinidad. La fe es oscura, es verdad ; pero para quien lo es sobremanera, es para esos corazones corrompidos, para esas almas sepultadas en la carne, para esas almas á quienes el deleite embrutece, y á quienes el placer hace totalmente terrenas. Pero las luces de la fe entran fácilmente á alumbrar un corazon exento de esas espesas nieblas, de esos vapores impuros y malignos que exhala la corrupcion. La impureza ofusca los ojos del alma, apaga la luz so-

brenatural de la gracia, y deja el espíritu y el corazon en una espantosa noche. ¿De dónde han nacido esas revoluciones pasmosas y repentinas que ha habido en materia de religion? Hace doscientos años que la fe cristiana estaba tan floreciente en esas regiones afortunadas en donde respiraba la sencillez, la piedad y la inocencia, y en donde el dia de hoy reina el cisma y la herejía. Los Wiclefes, los Luteros, los Calvinos sembraron en ellas el veneno de sus errores, y todo se pervirtió. ¿De dónde ha venido esta deplorable mudanza y trastorno? ¿con qué artificios, con qué sutilezas ha hecho la herejía tan grandes y rápidas conquistas? Los pueblos perdieron la inocencia; pues no hay que extrañar perdiesen tan pronto la fe. No son los sofismas, ni los artificios de las cabezas de partido, á quienes la herejía debe sus progresos; á quien debe el error todas sus victorias, es á la corrupcion de las costumbres, á la disolucion, á la impiedad. ¿Se desterró la inocencia? La fe será bien presto proscrita. Un sacerdote, un religioso se halla mal con el celibato; bien presto gritará contra el papa: súbase hasta el primer principio del cisma, hasta el primer orígen y causa de la revolucion contra la Iglesia, y se hallará infaliblemente que la corrupcion del corazon fué el primer móvil. La ley de la continencia se hace demasiado pesada; pues la fe perderá luego su vigor, y se debilitará.

El evangelio es del capítulo 2 de san Mateo.

In illo tempore: Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes quærat puerum ad perdendum

En aquel tiempo: El ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. El cual levantándose, tomó al niño y á su madre de noche, y se re-

eum. Qui consurgens, accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum: et erat ibi usque ad obitum Herodis, ut adimpleretur quod dictum est à Domino per prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavi Filium meum. Tunc Herodes videns quoniam illusus esset à Magis, iratus est valdè, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem et in omnibus finibus ejus, à bimatu et infrà, secundùm tempus, quod exquisierat à Magis. Tunc adimpletum est quod dictum est per Jeremiam prophetam dicentem: Vox in Rama audita est, *ploratus et ululatus multus*: Rachel plorans filios suos, *et noluit consolari*, quia non sunt.

tiró á Egipto, y estaba allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta, que dice: Llamé á mi hijo del Egipto. Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobre manera, é hizo matar á todos los niños que habia en Belen y en todos sus contornos, de dos años, y de ahí abajo, conforme al tiempo que habia averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que estaba dicho por el profeta Jeremías: Oyóse en Rama una voz, mucho *llanto y gemidos*: Raquel que llora á sus hijos, y no quiso *consolarse porque no existen*.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DE LOS SANTOS INOCENTES.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán admirable es la divina Providencia, cuán limitados nuestros conocimientos, cuán cortas nuestras medidas, cuán falible nuestra prudencia, y cuán poco seguros nuestros designios. Dios se burla de las medidas que toman los hombres, cuando los hombres quieren apostárselas con Dios, y cuando pretenden con una loca é impia ambicion trastornar el órden de la divina Sabiduría. Herodes, asustado al oir que el Mesías ha nacido, toma la resolucion de deshacerse de él: consulta, se informa del tiempo, del lugar, de las circunstancias de este divino Niño; y

para conseguir su detestable designio, determina hacer degollar á todos los niños de su edad; no repara, ni en la inocencia de estas jóvenes víctimas, ni en los gritos y lágrimas de sus madres, ni en la desolacion lamentable del pueblo. El deseo de hacer morir al Salvador del mundo le hace atropellar por toda justicia, por todo sentimiento de humanidad: prudencia humana, ¡qué insensata eres cuando quieres ir contra los divinos consejos! Por poco que Herodes hubiera reflexionado, ¿no hubiera comprendido la necedad que era pretender hacer inútiles los decretos divinos, haciendo morir al que venia para darnos la vida? Pero no hay cosa que ciegue mas que la pasion. Este rey bárbaro hace degollar un número prodigioso de niños, sin incluir en esta horrible matanza al que busca; pero ¡qué dicha la de estos inocentes! Este impío tirano se hace el oprobio y la execracion de todo el universo, y procura á estas inocentes víctimas una gloria eterna. Los hace los primeros mártires del Salvador, y los únicos que mueren por Jesucristo recien nacido: su sangre y su muerte dan un testimonio el mas ruidoso del Mesías. Tambien nosotros podemos, sin hablar, dar un testimonio en su favor con nuestra modestia, con nuestra santidad y nuestra inocencia. Nada ensalza mas, nada hace mas gloriosa nuestra religion que la pureza de nuestras costumbres.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la desolacion y estragos que hace en una alma una pasion violenta. La ambicion, el temor de perder un reino ciegan de tal modo á Herodes, que se deja llevar á los últimos excesos de rabia, de crueldad y furor. ¡Cuán de temer es, Dios mio, una pasion violenta en una alma que tiene poca religion! Bien pronto traspasará esta alma todos los límites.

Razon, decencia, interés propio, honra, hacienda, quietud, salud, todo se sacrifica á una pasion que domina. Ella corrompe el mas bello natural, aniquila la mas racional educacion, embrutece el espíritu mas eminente, apaga los sentimientos mas cristianos. ¿Se hubiera creido jamás que un rey pudiese llegar á unas extremidades como las que acabamos de decir? Otro Herodes se deja dominar de la pasion de la impureza: por mas que estime, y aun respete á san Juan Bautista, hace traer la cabeza de este santo profeta, estando en un suntuoso y delicioso festin. La ambicion domina al Herodes de nuestro Evangelio. Quiere, si le fuera posible, hacer perecer á su sucesor: sacrifica á su ambicion sus propios hijos de miedo que no le sucedan. Finalmente, la noticia del nacimiento de un nuevo rey de los judíos, que conoce bien debe ser el Mesías prometido, asusta é inquieta su ambicion; y no escuchando sino á su pasion, hace pasar á cuchillo en Belen y en sus alrededores á todos los niños pequeños, esperando neciamente que este nuevo Rey, que este Mesías niño no podrá escaparse de esta matanza. ¡Qué insensato es el hombre, Dios mio, qué extravagante cuando se imagina que puede trastornar vuestros designios y el órden de vuestra providencia! Herodes hace una cruel carnicería en estos inocentes, y hace de ellos otros tantos gloriosos mártires; y se escapa de su furor Jesucristo, que es el único á quien busca. Herodes viene á ser el mas aborrecido, el mas despreciado, el mas desdichado de los mortales. Cansado de vivir tan infeliz, quiere darse él mismo la muerte: no consigue sus deseos; pero es para que sufra mas largo tiempo el mas doloroso, el mas terrible y el mas ignominioso de todos los suplicios. Su cuerpo se pudre vivo, sus carnes se convierten en gusanos, y por espacio de mas de dos años no fué este rey sino un cadáver podrido, co-

mido de gusanos, y mas hediondo y horrible que un cuerpo muerto que cae hecho pedazos en un sepulcro. ¡Oh, y qué cortas son nuestras providencias, qué falsas nuestras medidas, y qué vanos nuestros designios cuando no tienen otro apoyo que la pasion!

Haced, Señor, que toda mi prudencia, mi sabiduría, mis fines y mis designios sean agradaros con la pureza de mis costumbres, con mi sumision á vuestras órdenes, con mi fidelidad en vuestro servicio, y con el cumplimiento de todas las obligaciones de mi estado.

JACULATORIAS.

Novit Dominus dies immaculatorum : et hæreditas eorum in æternum erit. Salm. 36.

El Señor tiene contados los dias de las almas inocentes, y hará que gocen eternamente de la herencia que les ha destinado.

Beati immaculati in via : quia ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Dichosos los que caminan por las sendas de la inocencia, sin otra guia que la ley del Señor.

PROPOSITOS.

1. La inocencia es la base del verdadero mérito. Las mas bellas cualidades bastardean, las virtudes se empañan, el entendimiento mas despejado se anubla, se llena de tinieblas, y se convierte en una oscura noche con la corrupcion de las costumbres. No es menester otra prueba de esta triste verdad, que la que nos presenta la experiencia de todos los dias. De nada cuides tanto como de vivir en esta inocencia, de conservar este precioso tesoro, y poner esta delicada flor al abrigo de los vientos. Un vapor, un vaho demasiado grande la marchita : huye con cuidado de

todo lo que puede serte nocivo. Ama el retiro, evita las compañías mundanas, donde no se respira sino un aire contagioso. Ten una particular devocion á los santos Inocentes, y pídele á Dios por su intercesion que te conserve en la inocencia.

2. Procura seguir en todo el órden de la divina Providencia; y nada temas tanto como el oponerte á su economía con sutiles y malignos artificios. Para esto somete á la divina Providencia todos tus deseos, intentos y designios. No consultes sino la voluntad de Dios en cuanto emprendieres: no busques sino su gloria, y con esto buscarás y obrarás tu salvacion.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SANTO TOMÁS CANTUARIENSE, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

Santo Tomás era inglés, de una familia distinguida por su nobleza antigua y por su piedad. Nació en Londres á 21 de diciembre del año 1117. Sus padres le pusieron el nombre de Tomás, por haber nacido el dia de este santo apóstol. Su padre, llamado Gilberto Becker, siendo todavía jóven, se cruzó por devocion, é hizo el viaje de la Tierra Santa con otros caballeros ingleses para servir en la guerra contra los infieles. Habiendo caido en una emboscada de Sarracenos, visitando los santos lugares, fué preso y hecho esclavo el año de 1114. Sus bellas prendas le merecieron una particular atencion de su señor, que era uno de los primeros oficiales de su nacion, y le hicieron amar de la hija única de aquel emir, la que, embelesada con lo que le habia oido decir de nuestra religion, deseó hacerse cristiana. Habiéndose escapado Gilberto de su prision, al cabo de diez y ocho meses,

la hija del emir huyó de la casa de su padre, dejó su país; y vino á Inglaterra á encontrar á Gilberto. El obispo la bautizó, y le puso el nombre de Matilde: habiendo esta casado con Gilberto, fué madre de nuestro santo, á quien crió con el mayor cuidado en el espíritu y máximas de la religion cristiana, siendo ella misma el ejemplo de las señoras cristianas. De ella con especialidad aprendió Tomás á honrar con ternura á la santísima Vírgen, á quien hizo escogiera por su singular patrona, y de quien fué tan devoto toda su vida.

El jóven Tomás sacó del vientre de su madre las mas bellas prendas, las que fueron cultivadas con una dichosa educacion. Tenia un entendimiento vivo y despejado, un juicio sólido, y una memoria que conservaba tenazmente cuanto se le confiaba. Su aire, su vivacidad, sus modales se llevaban tras sí á todos. Vuelto su padre del segundo viaje de la Tierra Santa, le puso de pensionista en un monasterio para formarle en los principios de la religion, y en los ejercicios de la piedad cristiana. Hizo allí tantos progresos en la virtud como en las letras humanas, en las cuales salió muy hábil. Era el honor y la gloria de sus maestros, y daba á conocer lo mucho que se aprovechaba de los cuidados que empleaban en su educacion, cuando perdió á su padre y á su madre casi á un mismo tiempo. A los veinte y un años de su edad se vió abandonado á sí mismo; pero sin embargo de los malos ejemplos que veia, supo usar bien de su libertad. Fué á París para continuar sus estudios, donde se distinguió, especialmente en la ciencia del derecho.

Sus padres le habian dejado muchas virtudes, pero pocos bienes. Habiéndole tomado un señor principal por su secretario, quiso que le acompañara en todas sus diversiones. La caza fué en lo que mas gusto hallaba;

pero Dios hizo un milagro para sanarle de esta pasion. Un dia que cazaba al vuelo, ó de cetrería, á la orilla de un rio, habiendo su alcon hecho meter en el rio á un ánade, á quien perseguia, y habiéndose metido en el agua con él, el temor de perderle le hizo arrojarse al rio, sin advertir el peligro á que se exponia por libertar su alcon: la corriente del agua le llevó hasta un molino, donde iba á ser estrellado contra el rodezno, cuando por un milagro visible el rodezno paró de repente hasta que fué sacado Tomás del agua. Reconoció el favor de una proteccion tan visible, y renunció á todas estas diversiones, aplicándose desde entonces á ocupaciones mas serias. Sin embargo de la reputacion que adquirió en la administracion de los negocios civiles, se disgustó de ellos; y no pudiendo su rectitud sufrir las vejaciones y las injusticias que veia, se arrimó á Teobaldo, arzobispo de Cantorbery, quien, reconociendo en él un ingenio sobresaliente, y un gran fondo de piedad, le empleó en el despacho de los mayores negocios de su diócesis. Envióle á Roma por negocios muy delicados; pero Tomás nada emprendió jamás con que no saliera felizmente. Advirtió cada dia el arzobispo mas mérito en su superintendente: creyó que no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que conquistarle un tan digno sugeto, y asi le ordenó de diácono.

Era demasiado grande su mérito para no temer envidiosos. Rogerio, arcediano de Cantorbery, fué toda su vida su enemigo mortal. Tomás no le correspondió sino con una inalterable paciencia. Habiendo sido creado el arcediano arzobispo de York, Teobaldo dió á nuestro santo el arcedianato, y proveyó tambien en él algun otro beneficio. El aumento de rentas solo sirvió para hacerle mas limosnero; tanto, que sus grandes limosnas le consiguieron bien pronto el nombre de padre de los pobres. Haciéndose cada dia

mas visible el mérito del nuevo arcediano, el rey Enrique II quiso conocer y tratar personalmente á un ingenio tan extraordinario, y de una virtud que era el objeto de los aplausos de toda la corte. Apenas hubo hablado con él, cuando conoció que su mérito era muy superior á su fama, y sin detenerse le hizo su canciller.

Jamás se vió ministro de estado, ni tan zeloso de los intereses de su rey, ni tan deseoso del bien público. Jamás se sirvió del favor que lograba con el rey sino para el alivio del pueblo: si el rey le honraba con toda su confianza, el canciller hacia á su reino feliz. El puesto que tenia en la corte no le hacia olvidarse del que tenia en su iglesia; y se veia en el ministro de estado mas prudente y mas hábil que hubo jamás, el eclesiástico mas ejemplar y mas perfecto que jamás se ha visto en Inglaterra. Empleaba el dia en el despacho, y pasaba la mayor parte de la noche en oracion, siendo tan modesto y tan mortificado en la corte, como el mas fervoroso religioso en el claustro; y si despues de sus largas oraciones le obligaban á tomar algunos momentos de descanso, no dormia en la cama, que tenia de perspectiva, sino en tierra. El mismo rey le sorprendió alguna vez en este ejercicio de austeridad. Pocas noches se pasaban sin que maltratara su cuerpo con sangrientas disciplinas. La penitencia fué, por decirlo así, su pasion dominante; y la profusion y liberalidad con los pobres, á quienes jamás rehusó la limosna, hacian todas sus delicias.

Advirtiendo el rey los prodigiosos talentos de su canciller, y su raro mérito, le confió la educacion del príncipe Enrique su hijo. Nada omitió nuestro Tomás para hacer de él un rey segun el corazon de Dios: no se vió jamás educacion mas bella. Los servicios que Tomás hacia al estado no se limitaron á la familia real: envióle el rey á Francia en calidad

de embajador extraordinario; acompañó á Enrique á Guinea; y en todas partes dió pruebas visibles de cordura, de prudencia, de habilidad y de valor.

Mientras que el canciller de Inglaterra brillaba tanto en la corte, y era la admiracion de las córtes extranjeras, el arzobispo Teobaldo dejó vacante por su muerte la silla de Cantorbery; desde luego pusieron todos los ojos en el canciller: el mismo rey creyó que no podia encontrar sugeto mas digno, y así lo mismo fué verle, que decirle le habia escogido para la primera silla de Inglaterra. Tomás se asustó al oir la propuesta del rey: representóle su insuficiencia para un cargo que pedia otra virtud y otra ciencia que la que podia él tener. Estos humildes sentimientos, y toda su respetuosa representacion solo sirvieron para confirmar su eleccion. Viendo entonces que era preciso obedecer, dijo nuestro santo: Señor, estoy muy seguro que, si Dios permite que yo sea arzobispo de Cantorbery, perderé bien pronto la gracia y el favor de vuestra Majestad, y que el grande afecto con que ahora me honra, se convertirá en un odio implacable; porque las disposiciones con que veo á vuestra Majestad me dan sobrado motivo para temer ha de querer exigir de mí muchas cosas contrarias á los derechos de la Iglesia, y que no me permitirá concederos mi ministerio; lo cual servirá de pretexto á todos los que no me quieren bien para desacreditarme con vuestra Majestad, y hacerme perder los frutos del zelo y fidelidad con que hasta aquí le he servido.

El rey pareció pasmarse al oir una respuesta tan libre; pero sin embargo perseveró en su resolucion; y como se hallaba en Normandía, le mandó pasase al instante el mar, y fuese á tomar posesion de su obispado; lo que se ejecutó, por mas súplicas y representaciones que hizo santo Tomás. Se juntó el clero en

Londres en la abadía de Westminster, y todos confirmaron la eleccion del rey, quedando Tomás elegido arzobispo de Cantorbery con general aplauso en presencia del jóven príncipe Enrique, su discípulo: fué luego conducido á Cantorbery, donde se ordenó de presbítero el sábado 2 de junio, y el dia siguiente fué consagrado obispo por el obispo de Winchester, con asistencia de otros catorce prelados mas, en presencia del príncipe y de toda la nobleza.

Jamás se vió consagracion mas aplaudida, ni obispo que mantuviese mas dignamente su carácter. La alta dignidad á que nuestro santo acababa de ser ensalzado no aflojó el espíritu de penitencia y de humildad del nuevo prelado: apenas recibió el palio que el papa Alejandro III le envió, cuando abrazó la disciplina monástica regular del cabildo de su catedral, llevando el hábito religioso debajo del de prelado, y observando la vida mas austera. Se aplicó mas que nunca á mortificar su carne y sus sentidos con continuos ayunos, vigilias y otras mortificaciones corporales: se vistió asimismo un áspero cilicio, el que no se quitó en toda su vida. Lavaba los piés á trece pobres al amanecer, y daba de comer cada dia en su palacio á ciento y doce. Decia misa todos los dias con una devocion tan grande, que se comunicaba hasta á los asistentes; despues de lo cual iba á visitar los hospitales y á otros pobres enfermos. Tenia tan arregladas en su casa las horas del oficio divino, las conferencias y otros ejercicios de piedad, que vino á ser el ejemplo de las casas mas regulares; y si se habia hecho tan célebre siendo canciller, siendo arzobispo fué el modelo de los mas grandes y mas santos prelados de la Iglesia.

La ejemplar piedad y la constante regularidad del pastor reformaron bien pronto el rebaño. En muy poco tiempo los abusos fueron abolidos, corregidos

los desórdenes, y toda la diócesis mudó de semblante. No hacia mas que un año que el santo prelado ocupaba la silla metropolitana cuando se vió precisado á pasar el mar para asistir al concilio de Tours, en que presidia el papa. Todos los cardenales salieron á recibirle, y Alejandro III le recibió asimismo como á un prelado que era el ornamento de la Iglesia. El concilio pronunció anatema contra todos los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y contra los obispos y monjes que no se opusieran á semejantes usurpaciones.

Vuelto santo Tomás á Inglaterra, fué recibido del rey con unas demostraciones de honra y amistad todavía mayores que las que habia experimentado hasta entonces; pero este favor no duró mucho tiempo. El rey llevó á mal que el santo quisiera hacer dejacion del empleo de canciller, y que hubiera ejecutado la disposicion del concilio de Tours, excomulgando á un señor, patrono de una parroquia; pero lo que acabó de exasperar al rey contra el santo fué la constancia con que defendió que los eclesiásticos no debian ser juzgados por los jueces seculares, sino por los obispos ó sus vicarios. El rey miró esta pretension como una injuria hecha á la autoridad real, y juntó una asamblea de obispos en Westminster, en la que el santo arzobispo defendió con vigor los derechos de la Iglesia, y aunque la indignacion del rey inclinó hácia sí á la mayor parte de los prelados, santo Tomás se mantuvo inflexible; pero en fin, movido de las lágrimas de la mayor parte, que no cesaban de rogarle y representarle que mirase por la tranquilidad del estado, y por la paz de la Iglesia, hubo de ceder y obligarse bajo de juramento á seguir la costumbre. Pero no estuvo mucho tiempo sin arrepentirse: su portacruz ó crucero, hombre piadoso y zeloso, no temió echarle en cara que habia vendido á la Iglesia, y le

habia sido traidor. La voz de este hombre, dice el cardenal Baronio, fué el canto del gallo que despertó á san Pedro. Nuestro prelado detestó su cobardía, lloró su culpa y se abstuvo de decir misa hasta que el papa, que estaba en Sens, le hubo enviado la absolucion de su culpa. Creyó que debia ceder á la tempestad, y retirarse á Francia, cerca del papa; pero los vientos contrarios le obligaron á volverse á su iglesia, donde trabajó con mas zelo que nunca. El rey, siempre irritado contra el santo prelado, suplicó al papa nombrara por su legado al arzobispo de York, en lugar del de Cantorbery. El papa lo rehusó mucho tiempo; pero temiendo las consecuencias que podrian resultar de no asentir á las instancias de un rey irritado y violento, vino en ello por el bien de la paz; pero, aunque transfirió la dignidad de legado apostólico al arzobispo de York, no le dió jurisdiccion alguna sobre el de Cantorbery, ni sobre alguno de sus sufragáneos.

El rey, poco contento de esta exencion, volvió á enviar el breve al papa; y determinó hacer deponer al santo arzobispo. Hizo amontonar varias acusaciones contra el santo; convocó un parlamento en Nortánton, en el que fué obligado santo Tomás á comparecer como reo, y no como arzobispo; fué condenado en él por los obispos y señores; todos sus bienes fueron confiscados, y la confiscacion se puso en manos del rey como por gracia. En medio de una tan violenta borrasca el santo no perdió su tranquilidad y su paz. Se vió despojado de todo sin quejarse; y sabiendo que habia de haber una junta para deponerle, creyó que este dia iba á ser el último de su vida. Dijo misa de san Estéban con el palio para disponerse á morir; y tomando él mismo el Sacramento con la cruz, se presentó ante el rey, el cual tomó este procedimiento por un insulto. Recibió mil ultrajes en

palacio; y habiéndole dicho que habia sido depuesto, oyó con serenidad su deposicion, y apeló á la santa sede. El santo prelado, cargado de injurias por sus propios hermanos, insultado por los barones y cortesanos, y ultrajado de varios modos por los oficiales del rey y por sus criados, salió de palacio muy gozoso por haber sido juzgado digno de padecer por la justicia. Pero habiéndole dicho que su vida no estaba segura, se huyó secretamente una noche, y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido del rey, quien le ofreció su proteccion. El mismo acogimiento halló en el papa, á quien le hizo una sencilla, pero verdadera relacion de todo lo que habia pasado, y le suplicó que, pues él solo habia sido la causa de la tempestad, se dignase admitir su dejacion, y sacando al punto el anillo episcopal de su dedo, le presentó al papa, y se retiró de la junta. Pero habiéndole hecho llamar el soberano pontífice, alabó su zelo y su piedad, le puso él mismo en el dedo el anillo, y le restableció en su silla; y para no exasperar mas á Enrique, aconsejó al santo se retirara á la abadía de Pontiñy, del órden del Cister, esperando reconciliarle bien pronto con el rey.

No se puede explicar el gozo que mostró el santo al verse en este sagrado asilo despues de tantos trabajos: aquí fué donde se entregó á todas las dulzuras de la oracion, y á todos los rigores de la penitencia. El rey de Inglaterra, irritado del favor que el santo habia hallado en Francia del papa y del rey, hizo confiscar todos sus bienes, y los de sus parientes y amigos, los desterró á todos de sus estados, y los obligó, bajo de juramento, á ir á buscar al santo en su retiro. Santo Tomás vió muy en breve llegar á Pontiñy esta tropa de gentes proscritas y desterradas por él, las cuales se le iban á quejar de su desgracia. El santo se enterneció al ver este espectáculo: las lá-

grimas y los clamores de tantos inocentes fueron para él el mas cruel suplicio; pero su constancia quedó siempre invicta. El rey cada dia mas furioso hizo grandes amenazas al papa, diciéndole que llevaria su resentimiento hasta los últimos excesos; pero todo fué en vano. Restablecido Enrique de una peligrosa enfermedad, suplicó al papa enviara á Inglaterra un legado *à latere* para terminar todas estas diferencias. Pero temiendo igualmente que el santo prelado fulminase contra él desde Pontiñy los anatemas de la Iglesia, escribió una carta llena de amenazas al capítulo general del Cister, diciendo que, si proseguian en dar asilo al santo prelado, iba á echar de Inglaterra á todos los religiosos cistercienses. Luego que nuestro santo tuvo noticia de esta carta, salió de Pontiñy, y se retiró al monasterio de Santa Columba.

No habiendo surtido efecto las proposiciones de paz que se hicieron á Enrique, el rey de Francia, compadecido de la larga opresion de nuestro santo, determinó ser él mismo el mediador entre el santo y su rey, y hacer que volviera á ocupar su silla. Tuvo algunas conferencias con Enrique, que se hallaba en Normandía, y consiguió de él que se viera con el santo prelado, el cual, habiendo entrado en la junta donde estaba su rey, se fué á echar á sus piés; pero este no se lo permitió, antes bien se bajó para levantarle: imploró su clemencia, y le dijo que dejaba toda su causa al arbitrio del rey, como quedase salva la honra de Dios. Esta cláusula alteró al rey, y le irritó; pero, vuelto de su rebato, se serenó y se aplacó; y habiéndole hecho algunas proposiciones, que el santo creyó no podia aceptar en conciencia, esta conferencia solo sirvió para aumentar el mérito del prelado, y dar nuevo lustre á su paciencia, la que le fué bien necesaria en las humillaciones que tuvo que sufrir. Estando el rey de Inglaterra en Mont-Martre,

dijo al rey de Francia que echaba á un lado todos sus resentimientos, y que Tomás podia volverse á su iglesia. Un santo sacerdote, volviendo á Sens con el santo, le dijo con espíritu profético, que se habia tratado de la paz de la Iglesia en la capilla de los Mártires; pero que, segun le parecia, la paz solo se lograria con su martirio. Á lo que el santo le respondió: Que nada deseaba tanto como que su sangre fuese el precio de esta libertad.

No habiendo podido el rey conseguir la deposicion del arzobispo de Cantorbery, buscaba todos los medios de molestarle, y hacerle perder los derechos de su iglesia. Hizo coronar por el arzobispo de Yorck al príncipe Enrique su hijo, resistiéndolo el papa y el primado; pero bien pronto se arrepintió de lo hecho. El papa declaró al arzobispo de Yorck por suspenso y excomulgado, y fulminó las mismas censuras contra todos los obispos que habian asistido á la coronacion del jóven príncipe; é hizo decir al rey de Inglaterra que, si no volvia la paz á la Iglesia, se veria precisado á poner entredicho en todos sus estados. El rey, que estaba ya arrepentido de todas sus violencias, se rindió á las paternales amonestaciones del papa. Dijo que queria verse con el arzobispo de Cantorbery: se tuvo la conferencia en una gran pradería, que se llamaba el prado de los Traidores. Se concluyó la paz con mucha sinceridad por parte del santo, y con grandes demostraciones de benevolencia por parte del rey, el que no pudo dejar de derramar lágrimas de ternura cuando vió al santo á sus piés. Habiéndose despedido el arzobispo del rey, y dado muchas gracias á todos los que le habian favorecido en Francia, se fué al puerto de Witsan en Picardía para pasar á Inglaterra. El arzobispo de Yorck, su enemigo personal, y los otros obispos de su partido nada omitieron para hacerle perecer, ó á lo menos impedir el

que desembarcara. Llegó felizmente á Sandwich, no lejos de Cantorbery, donde entró el dia siguiente 2 de diciembre, y fué recibido con aclamaciones y aplausos de todo el pueblo y de todo el clero, así secular como regular. Su entrada fué una especie de triunfo, y tuvo, al parecer, alguna semejanza con la de Jesucristo en Jerusalen, que fué seguida de su muerte pocos dias despues.

Apenas habia llegado el santo á su iglesia, cuando el arzobispo de Yorck y los obispos de Londres y Salisbery le enviaron á decir de parte del rey que absolviera á todos los obispos que estaban entredichos ó excomulgados. Pero como no admitian las justas condiciones que el santo les pedia, creyó no podia pasar adelante. Los tres prelados, autores y cabezas de la cabala, pasaron á Normandía para calumniar al santo delante del rey, á quien tuvieron la insolencia de decir que desde que el santo habia llegado á Cantorbery no habia hecho otra cosa que obrar y hablar contra la honra y el servicio de S. M., y contra las costumbres del reino. El rey crédulo, y todavía resentido contra el santo, se arrebató hasta decir en presencia de toda su corte que maldecia á cuantos habia honrado con su amistad, pues no tenian valor para vengarle de un sacerdote, que le daba mas que hacer y mas sinsabores él solo que todos sus vasallos juntos. Cuatro de sus oficiales, Reinaldo de Ours, Hugo Norvilla, Guillelmo de Tracy y Ricardo Breton, hombres sin conciencia y de una vida disipada, se obligaron allí mismo con juramento á ir á asesinar al santo arzobispo.

El santo, que hacia tiempo no hablaba sino de su próxima muerte, se retiró á su iglesia á celebrar la gran fiesta de Navidad con su clero y su pueblo; predicó por la última vez, y les anunció su muerte como si hubiera tenido revelacion de ella; pasó las tres fes-

tividades en la iglesia de dia y de noche, ofreciéndose sin cesar en sacrificio con un fervor extraordinario: el dia siguiente al de los Inocentes, 29 de diciembre, llegaron los asesinos á Cantorbery; y habiendo entrado en su cuarto, le hicieron unas proposiciones las mas escandalosas, sin tener para ello órden alguna del rey. El santo les respondió como correspondia á un gran prelado y á un héroe cristiano. Mas aquellos impíos le dijeron al retirarse que su constancia espiritual le costaria la vida. No huiré, les dijo sonriéndose, y con su mansedumbre ordinaria; esperaré tranquilamente la muerte, y me tendré por muy dichoso en morir por los intereses de la Iglesia. Habiéndose retirado á la iglesia despues de esta mortificacion á cantar el oficio divino, vió muy luego rodeada la iglesia de soldados con los asesinos á su frente. Los religiosos y los clérigos se sorprendieron, é hicieron ademan de cerrarla y defenderse, para lo cual se ofrecia el pueblo á ayudarlos; pero el santo lo estorbó, diciendo que el templo del Señor no debia fortificarse ni guardarse como el campo de un ejército. Entonces, habiendo entrado los asesinos con espada en mano, empezaron á gritar: ¿Dónde está el traidor? ¿dónde está el arzobispo? A estos gritos, dejando el santo su silla, y poniéndoseles delante, les dijo: Yo soy el arzobispo; pero no soy traidor: estoy pronto á morir por mi Dios, por la justicia y por la libertad de la Iglesia; pero con toda la autoridad que Dios me ha dado os conjuro que no hagais el menor mal á ninguno de mis religiosos, de mis clérigos ó de mi pueblo. Luego volviéndose hácia el altar, y juntando las manos, exclamó: Encomiendo mi alma y la causa de la Iglesia á Dios y á la Virgen santísima, á los santos patronos de este lugar, y á san Dionisio mártir. Apenas hubo dicho estas palabras cuando Reinaldo, uno de los asesinos, le descargó el primero en la cabeza

un sablazo, con lo que el santo cayó de rodillas cubierto todo de sangre, y al mismo tiempo dos de los otros asesinos le atrevesaron sus espadas por el pecho; y al ir á espirar, el cuarto de estos malvados le rajó la cabeza, y le hizo saltar los sesos sobre el pavimento. Así consumó su martirio este ilustre y santo prelado, gloria de su nacion, y uno de los mas gloriosos ornamentos de su iglesia; murió el 29 de diciembre del año de 1170, á los cincuenta y tres de su edad, y el noveno de su obispado.

Toda la Europa mostró el dolor que le causaba la muerte del obispo de Cantorbery, y todo el mundo cristiano se horrorizó al oir el asesinato ejecutado en la persona del mas santo y mas eminente prelado de su tiempo. Su cuerpo, que se halló vestido de un áspero cilicio, muy mortificado con sus continuas penitencias, y consumido por sus muchos trabajos, fué enterrado en la iglesia sin ceremonia alguna. Los asesinos saquearon el palacio arzobispal, y consternaron toda la ciudad. Varios santos religiosos de Inglaterra, Francia y Palestina tuvieron revelacion de su muerte al mismo tiempo que sucedió.

La nueva de esta muerte consternó tanto al rey Enrique, que, arrepentido de cuanto habia hecho, estuvo muchos dias sin comer ni beber hecho un mar de lágrimas. Envió al instante embajadores al papa Alejandro III, que le protestaran que este asesinato se habia ejecutado sin preceder la menor órden suya; que confesaba que él habia sido la causa y el motivo por una palabra indiscreta que se le habia soltado, y que se sujetaba á la penitencia que gustase imponerle. El papa envió dos legados para informarse de lo acaecido, los que, viendo que el rey á todo se sometia, le impusieron una penitencia pública proporcionada al delito; y habiendo ido despues á la puerta de la iglesia, se postró en tierra, y bañado en lágri-

mas, recibió la absolucion de los legados en presencia del clero y del pueblo.

Se miró esta conversion del rey como uno de los primeros milagros del santo, al que se siguieron otros muchos estupendos que se obraban todos los dias en su sepulcro; lo que obligó al papa Alejandro III á canonizarle solemnemente tres años despues de su muerte, habiendo precedido todas las formalidades ordinarias. Por sincero que fuese el arrepentimiento de Enrique, sin embargo no dejó Dios de vengar la muerte del santo de un modo muy terrible. La espada de la disension no salió de su familia desde entonces. Los dos príncipes sus hijos se rebelaron contra él, y trajeron á su partido al conde de Flandes y al rey de Escocia. Se vió á pique de ser destronado, y aun de perder la vida. Pero comprendiendo de dónde le venian tantas desdichas, determinó expiar su pecado con una penitencia pública. Habiendo hecho juntar un gran número de obispos en Cantorbery, se presentó ante ellos con los piés descalzos, con un vestido ordinario, y sin séquito. Habiendo llegado al sepulcro del santo, bañado en lágrimas, y prorumpiendo en grandes sollozos, se postró con el rostro en tierra, confesó públicamente su pecado, pidió perdon á Dios y al santo; luego descubriéndose las espaldas, quiso que todos los prelados le diesen cinco disciplinazos, y mas de ochenta religiosos cada uno tres; pasando lo restante del dia y de la noche siguiente en vela, en oracion y en ayuno. Se olvidó para siempre de las injustas pretensiones que habian sido el asunto de su querella contra santo Tomás, y aumentó los derechos y rentas de su iglesia. Dios aceptó su penitencia. El rey de Escocia fué vencido y hecho prisionero, y los dos príncipes sus hijos vinieron á echarse á sus piés para implorar su clemencia. Los asesinos fueron asaltados de un terror continuo que les hizo pasar el

resto de sus dias en una especie de frenesí que no los dejó hasta la muerte, y todo el mundo fué testigo de su terrible suplicio. El rey de Francia, Luis el Jóven, fué en persona al sepulcro de santo Tomás á pedirle la salud de su hijo primogénito, que fué despues Felipe Augusto. San Luis dió á la abadía de Royaumont la cabeza del santo, la que obtuvo del rey de Inglaterra. Enrique VIII, habiéndose rebelado contra la Iglesia, concibió tanta aversion á nuestro santo, que cometió la impiedad de hacer quemar sus santas reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cantorbery en Inglaterra, la fiesta de santo Tomás, obispo y mártir, quien, por la defensa de la justicia y de la inmunidad eclesiástica, fué acuchillado en su basílica por una faccion de hombres impíos, y rindió su alma á Jesucristo.

En Jerusalen, san David, rey y profeta.

En Arlés, la fiesta de san Trófimo, de quien habla san Pablo en su epístola á Timoteo. Ordenado de obispo por este apóstol, fué el primer enviado á aquella ciudad para predicar en ella el Evangelio de Jesucristo. De este manantial de predicacion, como lo escribe el papa san Zósimo, recibió la Galia los raudales de la fe.

En Roma, san Calixto, san Félix y san Bonifacio, mártires.

En Africa, el suplicio de san Dominico, san Víctor, san Primiano, san Libosio, san Saturnino, san Crescencio, san Segundo y san Honorato, mártires.

En Viena de Francia, san Crescente, discípulo del apóstol san Pablo, y primer obispo de aquella ciudad.

En Constantinopla, san Marcelo, abad.

En el país de Hiemois, san Evroul, abad y confesor, en tiempo del rey Childeberto.

En Bourges, el tránsito de san Ursino, primer obispo de aquella ciudad.

En Noiseau en el Anjou, san Alberto de Gambron, abad.

En Dikelven en la diócesis de Gante, san Hilduarto, obispo de Tul.

En Roma, el tránsito de san Félix, papa, primero de este nombre.

Este mismo dia, san Satur, mártir.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Libanos, abad.

En Milan, el tránsito de san Martiniano, obispo.

En Birmingham en Irlanda, santa Eleonor, martirizada por los herejes.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, pro cujus Ecclesia gloriosus pontifex Thomas gladiis impiorum occubuit; præsta, quæsumus, ut omnes qui ejus implorant auxilium, petitionis suæ salutarem consequantur effectum. Per Dominum nostrum...

O Dios, cuyos intereses defendió el glorioso pontífice Tomás muriendo por la Iglesia á manos de los impíos, conceded que todos los que imploran su ayuda, reciban el efecto saludable de su peticion. Por nuestro Señor...

La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat, dona et sacrificia pro peccatis; qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como

debet, quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

que él mismo está rodeado de debilidad: y por esto debe ofrecer sacrificio por sí mismo á fin de expiar los pecados, de la manera que ofrece por el pueblo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

NOTA.

« En esta carta á los Hebreos hace patente el Após» tol la excelencia del sacerdocio de los sacerdotes » de la nueva ley, sobre el de los sacerdotes de la » ley antigua. La Iglesia toma una parte de lo que se » dice en ella de este nuevo sacerdocio, para que se » lea en las fiestas de los santos pontífices, y que se » respete en ellas el pontificado del Hijo de Dios, » como que es el principio y el modelo del de todos » los otros. »

REFLEXIONES.

Para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados. Cuando no hubiéramos tenido en la ley nueva sino aquellos sacrificios imperfectos establecidos por el mismo Dios por medio de Moisés, debíamos, decia un sabio, asistir á ellos con reverencia, respetar aquellas carnes inanimadas, y mirar con un santo horror aquellos toros degollados y sacrificados á un Dios vivo; debíamos postrarnos ante aquellos altares cargados de oblaciones y de anatemas. ¡Qué lecciones y qué preceptos no dió el Señor á su pueblo para enseñarle el respeto con que debia asistir á aquellas religiosas ceremonias! Sin embargo de no ser todo esto sino sombras y figuras del gran sacrificio de la nueva ley, era bastante para merecer todos los homenajes, y para que se apoderase de los asistentes un

santo temor; y nosotros ¿ tendremos siempre necesidad de los ejemplos de un pueblo indócil y grosero para aprender á no ser impíos? ¿será siempre necesario traernos á la memoria aquellas sombras y figuras para hacernos asistir con menos irreverencia al sacrificio incruento del cuerpo precioso y de la adorable sangre de Jesucristo, del que no eran sino figuras los sacrificios y ceremonias de la ley antigua? Nos pasmamos al ver los terribles azotes de que se sirve Dios para castigarnos. Es verdad que tenemos en nuestra mano con que aplacar á un Dios irritado; la víctima que se sacrifica sobre nuestros altares es mas que bastante para desarmar su enojo. Pero ¿ignoramos que es muy justo castigue Dios con severidad la menor irreverencia que se cometa contra ella? Oza cae muerto de repente solo por haber alargado la mano con poco respeto hácia el arca, aunque lo hizo por un motivo loable; ¡ y qué castigos no descargaba la mano de Dios sobre los que asistian sin respeto al sacrificio! La justicia de Dios siempre es la misma: la divina víctima sacrificada por nuestros pecados se profana muchas veces en la misma inmolacion. ¡Cuántas veces la sangre del divino Cordero, derramada para alcanzar misericordia, clama al cielo por la venganza contra la profanacion y el sacrilegio! El hereje es impío, rehusando creer la presencia real de Jesucristo en el sacrificio de la misa; pero ¿es menos irreligioso y menos criminal el católico que, creyendo esta real presencia, asiste á este tremendo sacrificio con tanta irreligion y con tan poco respeto?

El evangelio es del cap. 10 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus pharisæis: Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis: mercenarius autem, et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriæ, videt lupum venientem, et dimittit oves, et fugit: et lupus rapit et dispergit oves. Mercenarius autem fugit, quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus. Ego sum pastor bonus: et cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ. Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem; et animam meam pono pro ovibus meis. Et alias oves habeo, quæ non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile et unus pastor.

En aquel tiempo, dijo Jesus á los fariseos: Yo soy buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y abandona las ovejas, y huye; y el lobo roba y dispersa las ovejas. El mercenario, pues, huye porque es mercenario, y no tiene interés por las ovejas. Yo soy buen pastor: y conozco á las mias, y las mias me conocen. Como me conoce el Padre, así yo tambien conozco al Padre: y doy mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas, que no son de este rebaño; y conviene que yo las traiga, y oirán mi voz, y se harán un rebaño y un pastor.

MEDITACION.

SOBRE EL FIN DEL AÑO.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué velocidad se pasan los dias y los años. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de todo tiempo: dichoso aquel cuyos dias son dias llenos. Todos corremos dia y noche al sepulcro, sin que nada nos detenga, sin que nada sea capaz de prolongar el término fijo de nuestra muerte. Hé aquí que tienes un año menos de vida: este año ha pasado, y no volverá mas. Todos nuestros dias están contados, y estos dias no se nos han dado sino para que tra-

bajemos en el importante negocio de nuestra salvacion. El año que acabamos no se nos habia dado sino para que trabajásemos en este grande y único negocio. ¡Qué consuelo el de aquel que ha procurado santificar todos los dias de este año! Desengañémonos, el tiempo de la vida no se nos ha dado para amontonar riquezas, para divertirnos, para hacer fortuna. Este tiempo es demasiado precioso para ser tan mal empleado. Dios tiene otro fin muy diverso al darnos un cierto número de años; pretende que el empleo que hagamos de un tiempo tan corto nos merezca una eternidad bienaventurada. Buen Dios, ¡qué cuenta daremos á este Señor riguroso, á este juez severo de tan bellas horas perdidas, de tantas ocasiones como hemos tenido durante este año para ganar el cielo, para hacer un tesoro de merecimientos, si hubiéramos correspondido á la gracia, y nos hubiéramos aprovechado de tan santas inspiraciones! Siervo malvado y perezoso, dirá el Señor enojado, que tienes tan poco zelo por mi servicio, pues, habiendo recibido de mí tanto, me vuelves tan poco, yo te quitaré ese talento que se malogra en tus manos; yo te quitaré ese tiempo de que abusas tan indignamente : *Et tempus non erit ampliùs.* Entonces abandonados á todos los rigores de la justicia divina, y precipitados á las tinieblas exteriores, atados de piés y manos, es decir, privados para siempre de la luz y de la ayuda de la gracia, gemiremos eternamente, suspiraremos por estos dias y estos años perdidos; desearemos, pero en vano, hacer revivir uno de estos momentos de salvacion, de que hemos hecho en vida tan mal uso. No aguardemos á arrepentirnos entonces, pues podemos hacerlo ahora con provecho; formemos en este mismo instante la resolucion de aprovecharnos de todo el tiempo que de hoy en adelante estuviere á nuestra disposicion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el fin de este año debe recordarte el de tu vida, cuya duracion es tan corta y tan incierta. El tiempo que te queda que vivir pasará tan rápidamente como el que ya has vivido, y quizá te queda mucho menos del que tú piensas. Quién sabe si vivirás lo que basta para ver el fin del año siguiente, y aun morirás antes que este se acabe. No hay hombre que no piense vivir aun uno ó muchos años; y sin embargo no hay uno que quisiera responder con sus bienes, y mucho menos con su cabeza, de la vida de otro, ni aun por pocos dias. De todo esto ¿qué se debe concluir? Oigamos al Apóstol: Procurad, hermanos mios, escribia á los de Éfeso, procurad andar con precaucion: *Videte itaque, fratres, quomodo cautè ambuletis* (1); no como hombres sin razon que dejan escapar las ocasiones preciosas de obrar su salvacion, sino como hombres cuerdos que todo lo sacrifican por aprovecharse del tiempo, cuyo precio conocen, y para emplear bien unos dias tan cortos y tan críticos, cuya pérdida es tan de temer. Si no aflojamos en la práctica del bien, escribia el mismo á los de Galacia, cogeremos á su tiempo el fruto de nuestro trabajo. Obremos, pues, el bien mientras tenemos tiempo para hacerlo. *Tempore enim suo metemus non deficientes. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum* (2). No hay una accion buena y hecha en gracia de Dios, por pequeña que sea, aunque no sea mas que un vaso de agua dado en nombre de Jesucristo, que este Señor no recompense con un aumento de gracia en esta vida, y de gloria en la otra. El mismo Señor es quien lo dice. ¡Cuántas de estas coronas hemos perdido ya por nuestra negligencia, lo que no

(1) Ephes. 5. — (2) Galat. 6.

podemos llorar bastantemente, y por cuya pérdida debemos estar inconsolables! Pero ¿seremos dignos de disculpa si dejamos escapar las que el cielo nos presenta todavía, solo por emplear mal el tiempo que nos concede para merecerlas? El tiempo es corto, nos advierte en otra parte el Apóstol (1); y así solo hay un partido que tomar, y es, que todos los que usan de las cosas de este mundo, vivan como si no usaran de ellas; porque la figura de este mundo pasa, y nosotros debemos llevar nuestros pensamientos mas allá de esta vida, hasta los bienes sólidos y eternos que serán nuestra recompensa. Juzguemos ahora cuánto tiempo hemos perdido, y cuántos abusos hay que reformar en nuestra vida. Porque, sin hablar de los vicios y desórdenes groseros, ¡cuántas inutilidades y superfluidades hallaremos en ella! ¡cuántas horas, y quizá dias enteros empleados en bagatelas, en la ociosidad, en los cuidados de una vana compostura, en visitar, en ver gentes, en jugar y hacer todo lo que no se debia hacer, dejando de hacer lo que se debia hacer! ¡cuantas acciones se hacen todos los dias, con cuántas obligaciones, aun de las mas indispensables, se cumple sin merecer la menor recompensa, porque no se obra ni por Dios, ni segun Dios!

Tengamos en adelante una conducta enteramente opuesta á la que acabamos de decir, si queremos evitar la irreparable desgracia de la pérdida del tiempo; y á lo menos acabemos santamente una vida que hemos empleado tan mal. La gracia, Señor, que os pido, es que encontreis en mi vida dias llenos, y que yo emplee el poco tiempo que me queda en serviros, en adquirir las virtudes que me faltan, y en merecer el premio que vos teneis reservado á mi fidelidad.

(1) Cor. 7.

JACULATORIAS.

Notum mihi fac, Domine, finem meum, et numerum dierum meorum quis est: ut sciam quid desit mihi. Salmo 38.

Señor, dadme à conocer mi fin, y cuál es el número de mis dias, para que conozca su brevedad.

Ecce mensurabiles posuisti dies meos: et substantia mea tanquam nihilum ante te. Ibid.

Habeis puesto limites á mis dias, los habeis reducido á una medida muy corta, y la duracion de mi ser es como una nada á vuestros ojos.

PROPOSITOS.

1. Acostúmbrate á mirar cada dia como el último de tu vida, y esto desde por la mañana. Dite á tí mismo: Dios me da todavía este dia para que obre mi salvacion No sé si veré el de mañana; pero este solo dia bien empleado me puede valer una eternidad de bienaventuranza y de gloria. Si Dios hiciese este favor á uno de aquellos que han acabado ya su carrera; si una alma saliese por un solo dia del infierno ó del purgatorio, con facultad de poder expiar sus pecados con la penitencia, y merecer el cielo, ¿qué no haria esta alma? ¿dejaria un solo momento vacío en un tiempo tan corto y tan precioso? Sin duda que no. Los mismos que están ya en la gloria tendrian por un favor inestimable el tener todavía un dia en que pudieran merecer algun nuevo grado de santidad que los uniese mas perfectamente con Dios. ¿Porqué has de usar tú de otro modo del tiempo? Aplica á este dia lo que dice el Sabio: No te prives de las ventajas del dia bueno, y no pierdas parte alguna del bien que Dios te hace: *Non defrauderis à die bono, et particula doni boni non te prætereat.*

2. Aprovéchate de las ocasiones que se te presentan de hacer algun bien; oye y sigue con una gran fidelidad la voz y las inspiraciones de Dios; propon no hacer cosa alguna por costumbre; obra siempre del modo mas excelente y mas perfecto; así lo aconseja el Sabio: *In omnibus operibus tuis præcellens esto* (1). Toma tambien este consejo del Eclesiástico: Haz al instante y sin dilacion todo el bien que puedas; porque en el infierno, adonde te conduce el mal empleo del tiempo, no habrá ni bien que hacer, ni razon de sabiduría, ni ciencia que te enseñe á hacerlo: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare: quia nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quò tu properas* (2).

DIA TREINTA.

SAN SABINO, OBISPO, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Quizá no hubo jamás enemigos mas mortales y mas poderosos del nombre cristiano que el emperador Diocleciano, y Maximiano su compañero; pero tampoco estuvo jamás la religion cristiana ni mas triunfante ni mas gloriosa que bajo el reinado de estos dos emperadores. Proscribieron por edictos llenos de amenazas la religion cristiana en todas las provincias del imperio. El nombre cristiano vino á ser un nombre de infamia entre todos los paganos. Los siervos de Jesucristo vinieron á ser criminales, porque eran muy virtuosos, muy inocentes, muy religiosos y muy castos. Se quiso que fuera un delito capital en ellos el no asistir á los infames juegos públicos y al circo;

(1) Eccl. 33. — (2) Eccl. 9.

y el furor de todo el infierno, desencadenado contra la santa ley, llegó á tal extremo, que se emplearon todas las fuerzas de aquel imperio que habia destruido todos los estados y subyugado todo el universo, para exterminar una religion que no se defendia sino corriendo á la muerte, y que no tenia otras armas sino una invencible paciencia, ni otros apoyos que la confianza en Jesucristo. Se levantaron en todas las ciudades, en todas las villas, en todas las aldeas horcas y cadalsos para quitar la vida á todos los cristianos, sin otro delito que el no ser infieles: no se veia en todas partes otra cosa sino fuegos encendidos, ecúleos, calderas de aceite hirviendo, uñas de hierro, torturas. Pero en medio de esta universal carnicería de cristianos, en medio de esta horrible matanza, jamás hubo mas héroes cristianos, ni mayor número de mártires; su sangre hacia aumentar cada dia el número de los fieles. El infierno agotó su rabia, su malicia, sus artificios, su crueldad para acabar con el nombre cristiano; pero lo que sucedió, fué que el paganismo se extinguió, el imperio romano se vió destruido, y la religion cristiana se estableció sobre sus ruinas. Quizá no hubiera la Iglesia poblado el cielo con mas de diez y ocho millones de mártires, si no hubiera habido Nerones, Dioclecianos, Maximianos y otros mil enemigos del nombre cristiano.

La rabia y la crueldad de los paganos contra los fieles habian llegado á tal exceso, que, habiendo resuelto Maximiano extinguir y exterminar de todo punto el nombre cristiano, mandó que en todos los mercados, en los molinos públicos, en los hornos, en los caminos, en todos los mesones, y junto á los manantiales de agua, en los rios, en las fuentes hubiese pequeños ídolos, y que nadie pudiese tomar agua, hacer moler ó comprar cosa alguna sin que hubiese adorado al ídolo. La malicia del demonio no

habia hallado cosa mas diabólica ni mas propia para descubrir á los cristianos, ó hacerlos apostatar, que este impío artificio. Pero el Señor, que vela sin cesar sobre sus siervos, proporcionó los socorros á las necesidades. En una tiranía, capaz de hacer titubear á *las mas fuertes columnas*, levantó hombres extraordinarios, que con su intrepidez, su virtud milagrosa, su habilidad, su zelo y sus trabajos apostólicos supieron alentar tan bien á los fieles en aquellas terribles extremidades, supieron sostenerlos tan bien, animarlos y ayudarlos, que todos los lazos y artificios del infierno vinieron á ser inútiles y de ningun provecho.

Uno de los mas ilustres de estos héroes cristianos fué el admirable san Sabino, obispo de Espoleto en Umbría. Las actas de su martirio no nos dicen ni su nacimiento, ni su país, ni el tiempo de su consagracion. Solo se sabe que era obispo de Espoleto cuando el emperador Maximiano llevó su rabia y su persecucion contra los cristianos hasta los últimos excesos. San Sabino habia dispuesto á los fieles mucho tiempo habia contra todo el furor del paganismo con sus instrucciones, sus cuidados y sus trabajos apostólicos. La pureza de costumbres, la fe y el fervor reinaban en el rebaño por la larga solicitud del pastor, el que creyó que en el presente riesgo no debia limitar su zelo á solo Espoleto; y así corrió todas las ciudades y pueblos de la provincia, consolando á unos, alentando á otros, y asistiendo á todos con sus consejos, con sus exhortaciones, con los sacramentos, y con todós aquellos socorros que puede procurar á las almas un hombre verdaderamente apostólico.

Sus infatigables trabajos no dejaron de producir frutos maravillosos; pasma el ver que un medio tan eficaz como el que habia empleado la malicia pagana

contra los cristianos se hubiese hecho inútil. Se hicieron furiosas averiguaciones y pesquisas sin término para descubrir por qué artificio permanecian constantes en su religion los cristianos. Se descubrió este artificio; se supo que el obispo Sabino tenia él solo mas eficacia para animar y hacer inflexibles á los cristianos en su fe, què todos los edictos de los emperadores, todos sus tormentos y todos sus artificios para perderlos.

Noticioso de ello Venustiano, gobernador de la Toscana, detuvo bien pronto este dichoso progreso. Habiendo sabido que nuestro santo estaba en Asís, y que no cesaba dia y noche de consolar y animar á los cristianos, á los que iba á alentar hasta en las cuevas subterráneas, se fué á Asís precipitadamente, y habiéndole encontrado en el glorioso ejercicio de su zelo con dos de sus diáconos, Exuperancio y Marcelo, los hizo prender con algunos otros de su clero; y habiéndolos cargado de cadenas, los encerró en una horrorosa prision. Pocos dias despues envió por los santos prisioneros para que comparecieran ante él, y despues de haberles echado en cara la osadía con que habian menospreciado hasta entonces las órdenes del emperador, les mandó que adorasen allí mismo una pequeña estatua de Júpiter, hecha de coral y cubierta de una tela de oro que estaba en su gabinete. San Sabino, inflamado de un nuevo zelo y de una viva fe, tomó el ídolo en sus manos, y arrojándole á tierra con menosprecio, le hizo pedazos.

Esta generosa accion irritó tanto á Venustiano, que allí mismo hizo cortar las dos manos al santo obispo, y extender sobre el ecúleo á Exuperancio y á Marcelo, donde los hizo moler á palos, despedazar con uñas de hierro, y quemar con tizones encendidos hasta que hubieron exhalado el espíritu al rigor de estos horribles suplicios. San Sabino, que, hallándose pre-

sente á todo, no cesó de animarlos al martirio durante todo el tiempo de los tormentos, fué vuelto á la cárcel, donde se habia resuelto dejarle morir entre los agudos dolores que le causaba la cortadura de ambas manos, y de pura miseria; pero la Providencia divina proveyó á todo.

Serena, viuda de ilustre nacimiento, y que poseia grandes riquezas, las que únicamente empleaba en alivio de los santos confesores, siendo cristiana mucho tiempo habia, le asistió y le suministró lo necesario. Su generosa piedad no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Tenia un sobrino ciego llamado Prisciliano; le llevó al santo, quien, habiendo hecho una breve oracion por él, le alcanzó allí mismo la vista. Este milagro fué causa de que se convirtieran quince presos que habian sido testigos de él. El gobernador Venustiano habia dejado descansar al santo treinta dias, por el motivo de un grande mal de ojos que le habia puesto á pique de perder la vista. Siendo inútiles todos los remedios que se le aplicaban, y creciendo el dolor cada dia, fueron á decirle que el obispo Sabino acababa de dar vista á un ciego. El temor de perder los ojos, y el dolor agudo que le atormentaba, le obligaron á ir á la cárcel á ver al santo obispo; fué allá con su mujer y dos hijos, y encarándose con el santo, le dijo: Os ruego humildemente os olvideis de los tormentos que os he *hecho sufrir*, y tengais á bien darme algun alivio en el insoportable dolor que padezco. San Sabino le respondió que, si queria creer en Jesucristo y hacerse bautizar con toda su familia, al punto quedaria perfectamente sano. Venustiano aceptó el partido; y arrojando al rio los pedazos del ídolo de coral que nuestro santo habia roto, le pidió le instruyera en la fe, y al instante se halló curado, y recibió el bautismo: su mujer y toda su familia participaron de la misma dicha;

lo que habiendo venido á noticia del emperador, mandó que ó negasen al instante la fe de Jesucristo, ó que se les cortase á todos la cabeza. La constancia en la fe hizo en ellos otros tantos mártires; y san Sabino tuvo el dulce consuelo de ver á este dichoso escuadron coronado antes que él con la diadema del martirio.

Lucio, sucesor de Venustiano en el cargo del gobierno, hizo que condujeran á Espoleto á san Sabino: le instó fuertemente á que se sometiera á la voluntad del emperador; pero viendo que así sus promesas como sus amenazas eran inútiles, le hizo azotar con látigos forrados de plomo, cuya órden fué ejecutada con tanta barbarie, que el santo espiró entre los golpes. El martirologio romano pone este glorioso martirio el dia 30 de diciembre. Su santo cuerpo fué llevado durante la noche por la virtuosa Serena, la que le enterró á media legua de la ciudad, y con él las manos que habia conseguido por dinero y habia embalsamado. Con el tiempo se edificó una magnífica iglesia sobre su sepulcro; y muchas ciudades de Italia se glorían de tener algunas porciones de sus reliquias.

La misa que se dice en honra de este santo es del comun de un mártir pontífice, y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus; et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Sabini martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum...

Dios omnipotente, mirad con piedad nuestra flaqueza; y por cuanto el peso de nuestros pecados nos abruma, haced que seamos fortificados por la gloriosa intercesion del bienaventurado Sabino, vuestro mártir y pontífice. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Voluntas quidem cordis mei, et obsecratio ad Deum, fit pro illis in salutem. Testimonium enim perhibeo illis, quòd æmulationem Dei habent, sed non secundùm scientiam. Ignorantes enim justitiam Dei, et suam quærentes statuere, justitiæ Dei non sunt subjecti. Finis enim legis, Christus, ad justitiam omni credenti.

Hermanos: El deseo de mi corazon, y la oracion que yo hago á Dios es para la salud de ellos, porque yo les doy testimonio de que tienen zelo de Dios; pero no segun la ciencia. Pues no conociendo la justicia de Dios, y pretendiendo establecer la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque Cristo es el fin de la ley para la justicia de todo el que cree.

NOTA.

« En este capítulo de su carta ruega san Pablo por » los judíos, los que dice tienen zelo de Dios y de » la ley, pero no segun ciencia; porque, ignorando » que Jesucristo es el fin de la ley, buscan la justicia » por medio de las obras de la ley. »

REFLEXIONES.

Deseo su salvacion con todo mi corazon. El verdadero zelo es tierno y paciente; un ministro del Evangelio, animado de este zelo, lejos de acobardarse al ver la inutilidad de sus trabajos, multiplica sus votos y sus oraciones por los pecadores; desconfiemos de un zelo que se irrita contra el pecador tanto como contra el pecado. El zelo duro y amargo no es propiamente otra cosa que una pasion maligna que se disfraza con el nombre de zelo para poder satisfacerse sin vergüenza, y que introduce su veneno por entre una mascarilla de caridad. El verdadero zelo jamás

se halló junto con el espíritu de venganza, ni con el espíritu de partido. Este zelo es vivo y ardiente, pero nunca es acre. Los dos apóstoles, todavía imperfectos, querian hacer bajar fuego del cielo para exterminar un pueblo de Samaria que no habia querido admitir al Salvador. Pero Jesucristo les dijo: No sabeis de qué espíritu estais animados cuando así hablais. De este mismo espíritu están animados todos los que tienen un zelo picante y acre. La mansedumbre, la humildad de corazon, la compasion de los pecadores y la misericordia son el carácter y el distintivo de todos los hombres apostólicos. Esa amargura en el zelo nace ordinariamente de un espíritu orgulloso y de un corazon corrompido. *Les confieso que tienen zelo por la ley,* dice el Apóstol; *pero este zelo no es segun ciencia.* Tal es el carácter de los defensores de la verdad, que al mismo tiempo que se les persigue hasta el exceso, y se les censuran sus mas santas acciones, disculpan el furor y la ceguedad de sus perseguidores. Pero por lo mismo hacen sin querer mas visible su virtud y la malicia de sus enemigos; hacen su propia apología, queriendo hacer la de los otros. ¡A qué excesos, gran Dios, no se deja llevar el zelo que no es segun ciencia! ¿Y quién es capaz de detenerle? La conciencia y la religion, que sirven de freno á las otras pasiones, le sirven de aguijon, y en el mismo delito le inspiran la seguridad que acompaña á las acciones mas santas. Los pretendidos hombres de bien, y en la realidad hombres de partido, son los que están así engañados y seducidos: á todos los otros los tienen por impostores y seductores. A la verdad, en un falso zelo hay siempre mucha ignorancia; pero todavía mas orgullo y mas deseo de la independencia. El judío, tan orgulloso como el pelagiano, no atribuye su justicia sino á sus obras. El novador libertino no la atribuye sino á su

fe, el verdadero y humilde atribuye la suya á la fe y á la gracia, á la que no hace mas que cooperar con sus obras. De este modo no tiene de que gloriarse cuando es justo, y tiene de que humillarse cuando es pecador. La ley no fué dada sino para conocer al Mesías, para confirmar las promesas que se habian hecho, para trazar las figuras que le representaban, y para salvar á los que creian en él aun antes de su venida. Es el conocimiento de Jesucristo aquella llave misteriosa de David, que abre el libro de la ley; y así, el judío que desconoce al que es el fin de la ley, no puede entrar en el espíritu de la ley, ni ser justificado por ella.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. *Quis enim ex vobis volens* turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum; ne, posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens priùs

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de *vosotros, queriendo edificar* una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede

cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando esté muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DEL PESAR QUE SE DEBE TENER AL FIN DEL AÑO DE HABER EMPLEADO MAL EL TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nuestra vida está compuesta de un número de años que, sucediéndose los unos á los otros, se escurren sin cesar, sin esperanza de ver jamás volver ningun dia, ni una sola hora de todos ellos. Los años pasados están pasados, y nunca vuelven. Este número de dias, de semanas, de meses y de años son aquel tiempo precioso dado por Dios á cada uno de nosotros, únicamente para obrar en ellos nuestra salvacion; son propiamente aquel talento multiplicado, ó á lo menos numeroso, segun plugo al padre de familias, con que es menester negociar, y de que necesariamente se ha de dar cuenta. Aunque nuestra vida hubiese de ser de las mas largas, hay una hora que debe ser la postrera, despues de la cual ya no hay mas tiempo: *Et tempus non erit ampliùs.* Desde que estamos en el mundo no ha habido un año que no haya sido el último para muchas gentes que se prometian todavía otros muchos. Y este que acabamos terminará la carrera de muchos que no verán el primer dia del año próximo. Este año acaba para nosotros como para todos los otros. ¡Qué pesar, Dios mio, qué dolor para todos aquellos que quizá

han perdido todos los dias! ¿No tengo yo nada que reprenderme sobre este artículo? Hé aquí que he llegado al fin de este año, cuyos dias debia haberlos empleado todos en obrar mi salvacion. ¿Cuántos de estos dias he empleado en este grande, en este importante y único negocio? He trabajado mucho por el mundo; pero ¿he ganado mucho para el cielo? Y si nada he hecho para la eternidad, hé aquí un año todo perdido. ¿Quién me ha dicho que mi salvacion no estaba ligada al buen uso que debia hacer de este año? ¿quién puede asegurarme que no dependia mi salvacion de mi fidelidad á las gracias que Dios me ha dado en el discurso de este año? ¡Qué dulce consuelo tendria yo ahora si hubiese empleado bien á lo menos la mayor parte de este año! Pero asimismo, ¡qué cruel pesar será el mio si mi conciencia me echa en cara un abuso continuo de todo este tiempo, y de todas estas gracias perdidas para siempre!

PUNTO SEGUNDO.

Considera las ocasiones y los medios que has tenido para obrar tu salvacion en todo el discurso de este año. Trae á la memoria todas las gracias que has recibido en él. ¡Cuántas inspiraciones, cuántos consejos saludables, cuántos buenos ejemplos, cuántas fiestas de religion, cuántos dias de salvacion, cuántas ocasiones de hacer buenas obras! Todo te convida á convertirte, y tú has abusado de todo. La enfermedad te ponia delante de la vista la muerte, y la salud no se te habia concedido sino para hacer penitencia. La muerte inopinada de tus prójimos y de tus amigos te recordaba la tuya, y tú has abusado de todo. Los dias de fiesta los has profanado por el mal uso que has hecho de ellos con tu ociosidad: tus diversiones lo han absorbido todo, y todo lo has perdido. Anda

ahora, y díle al mundo, por quien has trabajado, y á esos placeres pasados que tanto te han costado, que te indemnicen de la pérdida que has tenido, y que en cierto modo es irreparable. No hubo un dia de este año que no se te hubiese dado para obrar tu salvacion; ¿y en qué has empleado todos esos dias y todas esas horas? ¡Oh y qué dolor tan agudo, qué pesar tan amargo cuando se está sin esperanza de resarcirse de una pérdida, y cuando el arrepentimiento es estéril! Tal es el pesar que se tiene por haber perdido el tiempo. Podemos hacer una resolucion de emplear bien el tiempo que nos queda; pero todo nuestro arrepentimiento, por mas vivo que pueda ser, no puede hacer que el tiempo que se ha empleado mal no sea tiempo perdido. Sin embargo, una verdadera contricion puede en cierto modo disminuir esta pérdida, ó á lo menos compensarla con el buen empleo de todos los momentos venideros.

Este es, Señor, el solo recurso que me queda. Me pesa en el alma haber perdido un año tan bello; pero espero en vuestra gracia que el buen uso que haré de estos dos últimos dias y de todo el resto de mi vida me consolará sobre la pérdida de tan bellos dias.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Señor, mi corazon se llena de amargura al pensar en tantos años como he perdido.

Vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodie. Ibidem.

Yo os prometo, Señor, no perder de hoy en adelante dia alguno de mi vida, y emplear en vuestra gloria y en mi salvacion todo el tiempo que me queda hasta la muerte.

PROPOSITOS.

1. La pérdida del tiempo es irreparable, pero puede sacarse de ella algun fruto. ¿Has perdido infelizmente casi todo el año que acaba? No pierdas á lo menos los dos últimos dias que quedan; empléalos todos en indemnizarte de los dias perdidos. Empieza pidiendo perdon á Dios del tiempo que has perdido en todo este año, y ten de ello verdadero pesar y una sincera contricion. Haz una confesion de las principales faltas y culpas de todo este año, y acúsate con vivo arrepentimiento del tiempo perdido. Ten media hora de meditacion esta mañana; el primer punto de la meditacion de este dia puede ser sobre las faltas del año pasado, y el segundo sobre cómo has de emplear estos dos dias en oracion y en ejercicios de buenas obras; y ten el consuelo de pasar cristianamente á lo menos estos dos dias últimos.

2. No dejes de ir á dar una especie de satisfaccion á las iglesias donde has estado con menos respeto durante el año; ni dejes de reconciliarte con tus enemigos, si los tienes. Repara hoy, por la devocion con que hicieres tus oraciones, las que has hecho con tan poca religion. Oye, si puedes, muchas misas, y repara por todos medios tus irregularidades pasadas.

LA TRASLACION DE SANTIAGO.

Una de las festividades en que mas consuelo tiene la iglesia de España es la del presente dia, en que celebra aquellos prodigios que le hicieron poseer el tesoro del cuerpo sagrado de su Apóstol, y los muchos con que en los tiempos sucesivos la ha favorecido el cielo. La relacion de este hecho, deducida de

la carta de Leon III sobre este mismo asunto, de Calixto II y de la historia compostelana, es como sigue:

Despues que nuestro Señor Jesucristo subió á los cielos, y envió sobre sus apóstoles visiblemente al Espíritu Santo, para que llenos de su divino fuego se extendiesen á predicar el Evangelio por el mundo, cada uno se fué á cumplir los encargos de su Maestro á la region que por suerte le habia tocado. Santiago, llamado el Mayor, hijo del Zebedeo, vino á predicar á España, y habiendo convertido en ella á algunos gentiles á la fe de Jesucristo, se volvió á Jerusalen. Era este apóstol de un genio sumamente vivo y eficaz, terrible y zeloso por la observancia de la ley, como ya lo habia manifestado cuando pidió á Jesucristo licencia para hacer que bajase fuego del cielo sobre los que no querian recibir su divina palabra: por lo mismo, luego que se vió en aquella region favorecida del Hijo de Dios con su divina presencia, é igualmente ingrata á las demostraciones de su amor, comenzó á predicar las sacrosantas verdades del Evangelio con una actividad y zelo propios de un apóstol. Iba de sinagoga en sinagoga acusando la perfidia de aquellos ciegos sacerdotes que permanecian todavía en tinieblas despues de haber tenido en su region todas las luces del Sol de Justicia. La hipocresía, vicio privativo del sacerdocio judaico, que tantas invectivas habia costado á su divino Maestro, fué uno de los principales objetos en que se empleó su zelo apostólico; pero tambien fué al mismo tiempo uno de los principales motivos para ser preso y sentenciado á muerte. Era á la sazon sumo pontífice Abiatar, quien, no pudiendo sufrir las severas represiones del apóstol, ni que pervirtiese á su parecer á los judíos, enseñándoles la doctrina de Jesucristo, y apartándolos de sus antiguas tradiciones, mandó

prender á Santiago y ponerle en la cárcel con buena custodia. El tiempo era el mas á propósito para hacer en él un castigo que fuese ejemplar, y sirviese de escarmiento á los demás discípulos del Señor que predicaban la misma doctrina, porque era el tiempo de los ázimos, en que concurria á Jerusalen una multitud de pueblo á celebrar aquella fiesta, la mas solemne entre todas las judaicas.

Preso Santiago, era fácil ajustar con el rey Herodes, que á la sazon mandaba en Jerusalen, el modo conveniente de darle una muerte afrentosa, y tal que pudiese servir de terror á los demás que predicaban su doctrina. En efecto, Abiatar se manejó de tal manera con Herodes, que Santiago fué públicamente degollado en Jerusalen, cerca del año 42 de Cristo. No se sació el odio de los judíos con la muerte del apóstol, sino que, llevando su ira y malevolencia mas *allá de la muerte, ni quisieron dar sepultura ellos* mismos al sagrado cuerpo, ni permitir que los cris*tianos* que habia en *Jerusalen ejecutasen este oficio* piadoso. Por el contrario, para que de ninguna manera pudiesen dar este honor á las cenizas del discípulo de Cristo, hicieron que el cuerpo, juntamente con la cabeza, fuese arrojado fuera de la ciudad, en donde las aves, los perros y las fieras le devorasen; y consumido de este modo, se desterrase del mundo su memoria. Habia el santo apóstol llevado á Jerusalen, cuando volvió de España, siete discípulos de los de su mayor confianza, á quienes encargó, estando todavía vivo, que verificado que fuese su martirio recogiesen sus despojos y los trasladasen á España. Estos santos discípulos, despreciando todos los riesgos á que se exponian en el cumplimiento del precepto de su maestro, recogieron de noche el cuerpo y la cabeza del apóstol Santiago; y resueltos á conducirlo todo á España, se encaminaron con el mayor

secreto al puerto de Jope, guiándolos para su seguridad y resguardo el ángel del Señor. Luego que se vieron en el puerto, los acometió otra nueva afliccion, porque se veian desprovistos de todo auxilio humano para verificar una navegacion tan larga y difícil; pero como era el cielo el que habia dispuesto que el cuerpo de Santiago fuese trasladado á aquella misma region en que habia predicado el Evangelio, el mismo cielo cuidó tambien de proporcionar los medios necesarios para la ejecucion de semejante empresa. Hallábanse los santos discípulos á la orilla del mar, alegres por ver que poseian el cuerpo de su santo maestro; pero tristes al mismo tiempo por verse faltos de nave y dinero para trasladarle á España. Cuando consultaban entre sí los medios de vencer tantas dificultades, é indecisos en medio de sus discursos no encontraban quien con resolucion los aquietase; hé aquí que, volviendo los ojos á la orilla del mar, ven una nave preparada con todo lo necesario para emprender el proyectado viaje. La misma falta de remeros y piloto que advirtieron en ella, les certificó de que no habia sido conducida allí por diligencia humana, sino por particular disposicion de la divina Providencia. Sin detenerse en mas consideraciones, colocaron en la nave el sagrado cadáver del apóstol y discípulo del Señor; y habiéndose embarcado todos ellos, desplegaron las velas, y comenzaron á navegar con próspero viento. Iban los santos dando á Dios las mas fervorosas gracias por haberles preparado una nave, que, regida por su misma mano, era el instrumento con que se verificaban los altos designios de su sabiduría. Como la navegacion estaba dispuesta y dirigida por aquel que manda calmar á los vientos, y prescribe los términos á las olas furiosas del mar, fué en todo feliz y pacífica. Ningun escollo se opuso á su rumbo; ninguna tempestad torció la proa de aquel

fin y destino adonde la dirigia el supremo Piloto que la habia encaminado; antes bien por el contrario, el mar tranquilo y bonancible, y los vientos soplando continuamente en popa, llevaron la nave por todo el Mediterráneo, la sacaron al Océano por el estrecho de Gibraltar, y encaminándola hácia poniente, la dirigieron hácia el cabo de Finisterre. En sus cercanías hay un puerto, llamado en la antigüedad Iria Flavia, y hoy dia el Padron, en el cual dieron feliz término á su viaje, y desembarcaron los siete discípulos el precioso tesoro que traian en el sagrado cuerpo de su maestro. Luego que se verificó el desembarco, dice el papa Leon III, que llenos de alegría y regocijo, comenzaron los santos á cantar aquel versículo de David, que dice: *Tus caminos, Señor, están en el mar, y tú sabes formar tus enderos en medio de las aguas.*

Desde luego conocieron los santos que no estaban allí bien con aquel tesoro, y que debian introducirle tierra adentro, en donde, colocado con la mayor decencia que les fuese posible, recibiese sus obsequios, y asimismo los de los fieles, que por medio de su predicacion se convertirian á Jesucristo. Entráronse tierra adentro, é hicieron alto en una heredad, llamada *Liberum domum*, distante ocho millas de Iria Flavia, el cual lugar en los tiempos sucesivos se llamó Compostela. En este lugar comenzaron á registrar con cuidado si habria algun sitio á propósito para la colocacion y custodia del sagrado cuerpo; y á poco que hubieron registrado encontraron una gruta, en la cual vieron un ídolo muy grande, construido, segun parecia, por los paganos. Asimismo encontraron varios instrumentos de cantería, de los cuales se valieron primeramente para demoler el ídolo hasta reducirle á polvo, y despues para labrar las piedras necesarias á la fábrica de una capilla. En

efecto, con aquellos instrumentos y su industria, hicieron los santos de modo que, habiendo echado los sólidos fundamentos que les parecieron necesarios, y habiendo labrado artificiosamente las piedras necesarias para formar algunos arcos, en breve tiempo formaron una pequeña casa que pudo servir de capilla, y tan fuerte por su construccion, que ha resistido á la voracidad de los siglos. No contentos con esto, labraron un sepulcro de piedra en que colocar el sagrado cuerpo, como en efecto le colocaron, erigiendo desde aquel momento aquella capilla en uno de los lugares de propiciacion que tenian los fieles en aquel tiempo sobre la tierra. Juntamente con el cuerpo del apóstol trajeron los discípulos desde Jerusalen una ara en que los apóstoles habian dicho misa, y una columna sobre la cual, segun se ha creido, mandó Herodes degollar á Santiago. Estas dos piedras han sido siempre tenidas en gran veneracion de los fieles; y aunque en la primera se contenian las primeras letras de una inscripcion gentílica, no por eso se debe rebajar nada de su estimacion, pues pudo muy bien haberse destinado por los apóstoles á los usos sagrados un pedazo de mármol que anteriormente hubiese estado destinado para los profanos ritos de los gentiles. La columna tiene señales de alguna antigua piedad, pues en cuatro versos que tiene grabados en su circunferencia, se dice así: *Esta columna fué traida juntamente con el cuerpo de Santiago, y al mismo tiempo se recibió tambien el ara que tiene encima.* Creemos piadosamente que ambas piezas fueron consagradas por los discípulos del santo apóstol, y que de las dos formaron su altar.

Luego que tuvieron formada una iglesia competente, y en ella depositado con la decencia correspondiente el cuerpo de su santo maestro, dieron á Dios infinitas gracias, como á quien reconocian por

autor soberano de tantas maravillas. Cantaron entre otras canciones sagradas aquellos dos versos de David, que dicen: *El justo se alegrará en el Señor, y pondrá en él su esperanza; y todos los que son rectos de corazon serán alabados. El justo conservará siempre una memoria eterna, y no temerá que esta sea difamada.* Despues consultaron entre sí lo que debian hacer; y como fieles discípulos de Santiago resolvieron que se quedasen dos custodiando el sagrado cuerpo de su maestro, y que los demás se empleasen en predicar el Evangelio por las provincias de España. Hízose así, y se quedaron en aquella iglesia primitiva, depositaria de tan preciosas reliquias, Teodoro y Atanasio, y los demás se repartieron por varias tierras para combatir los errores de la gentilidad. Lo mismo hicieron en Iria Flavia Teodoro y Atanasio; y segun dice el papa Leon III, con notorio aprovechamiento de los que tenian la venturosa suerte de oirlos, pues en breve tiempo se multiplicaron tan copiosamente los fieles, que el sepulcro de Santiago tenia todo el honor y la veneracion que pudiera desearse de tiempos mas ilustrados. Allí perseveraron los dos santos discípulos todo el tiempo de su vida, ya porque así se habian convenido con los demás, ya tambien porque su corazon dificultosamente se podia separar de donde tenian su tesoro. Allí trabajaron con el zelo y eficacia propia de unos apóstoles; y cuando hubieron de morir, presintiendo que se les acercaba un dia tan apetecido, previnieron á sus discípulos que los sepultasen al lado del apóstol Santiago, formando sus sepulcros respectivos, uno á la derecha y otro á la izquierda del santo apóstol. Un principio tan feliz tuvo una sucesion poco correspondiente; pues sobreviniendo unas guerras y persecuciones á otras, se vieron los cristianos asolados, unas veces por los gentiles, otras por los Vándalos, y otras finalmente

por los Suevos, que se enfurecieron demasiado, y se ensangrentaron por aquella parte. Por esta causa llegó á perderse la memoria del sitio en que estaba sepultado el apóstol Santiago, de tal manera, que no llegó á quedar mas que una tradicion de que estaba en una arca de mármol, y esta en una capilla subterránea formada de arcos de piedra. Por lo demás, quedó el sitio convertido en una espesa selva, olvidado enteramente de los hombres, y tan solo frecuentado de fieras. Así permaneció por muchos siglos, hasta que quiso el cielo que un tesoro tan precioso no permaneciese escondido por mas tiempo, sino que se manifestase para provecho de los fieles y gloria de la Iglesia universal: sucedió esta invencion por un descubrimiento maravilloso en tiempo de Carlo Magno, y reinando en España Alfonso el Casto, en esta forma:

Cuando quiso el Padre de las misericordias enjugar las lágrimas de su Iglesia, y ahuyentar de España los innumerables bárbaros que la dominaban, cubriéndola por todas partes de espesas tinieblas, levantó caudillos valerosos que peleasen por su santo nombre, é hiciesen conocer á los gentiles que él era el Dios de los ejércitos. Entre estos fué uno el rey Alfonso, el cual, queriendo pagar á Dios con acciones de piedad los beneficios que le habia dispensado, dispuso que en las provincias de sus conquistas se estableciesen sillas pontificales, segun la norma y santos estatutos de la Iglesia romana; y asimismo que se reparasen las iglesias destruidas, y se estableciesen obispos en aquellas que los habian tenido en los primeros tiempos. De aquí nació el elegir por obispo de Iria Flavia á un tal Andrés, del cual y de otros trece subsiguientes ninguna otra noticia ha quedado mas que la de los nombres, que son: Domingo, Samuel, Gotomaro, Vencible, Feliz, Hiduilfo, Selva, Teodo-

sindo, Bemila, Romano, Agustino, Honorato é Hindiulfo. A estos se dice que sucedió Teodomiro en la misma cátedra de Iria Flavia, en cuyo tiempo quiso la divina Omnipotencia ilustrar la iglesia de Occidente, revelando el sitio donde descansaban los sagrados despojos del apóstol Santiago. Ya se ha dicho que en el mismo sitio en que estaba el sepulcro habia crecido tanta maleza, que se habia convertido en un espeso bosque. Ciertos personajes de grande autoridad vieron algunas noches unas antorchas tan resplandecientes sobre aquella selva, que esto les llamó toda su atencion, y cuanto mas se acercaron para examinarlas, tanto mas se persuadieron de que eran unas luces milagrosas. Admirados del prodigio, se fueron al mismo bosque, no bien satisfechos de lo que habian visto sus ojos, para enterarse mas de cerca de la verdad. En esta diligencia se les apareció un ángel del Señor, de cuyo aspecto sorprendidos y enamorados á un mismo tiempo, frecuentaron las idas al bosque, y Dios asimism orepitió sus prodigios. Conocieron que estos debian de tener objeto de mayor importancia que el hacer unos favores particulares á sus personas; y así se fueron al obispo Teodomiro, y le refirieron muy por menor cuanto en aquella materia les habia pasado. Luego que el santo prelado oyó tan grandes maravillas, deseó verlo por sí mismo, y encaminándose á la selva, vió sobre ella las luces de la misma manera que le habia sido dicho. No contento con esto, y considerando que con aquellas luces queria dar á entender el cielo que en aquel bosque se ocultaba algun bien grande, el mismo prelado se internó en su maleza, buscando solícito lo que Dios se dignase manifestarle. Su diligencia quedó recompensada, pues á poco descubrió en el bosque una pequeña habitacion hecha de mármol, y dentro de ella un sepulcro. Contento con semejante

hallazgo, dió á Dios las gracias debidas; y poniéndose en camino, se fué á notificar al rey Alfonso lo que habia oido y lo que habia visto con sus mismos ojos. En el corazon del rey hizo la misma impresion el caso maravilloso, que habia hecho en el del piadoso obispo. Uno y otro conocieron que aquel era el sepulcro del apóstol Santiago, del cual solo habia quedado una tradicion confusa; y poniéndose inmediatamente en camino, fué el cristiano rey á venerar por sí mismo las reliquias del santo apóstol, y á dar gracias á Dios que habia querido señalar su reinado con el hallazgo de un tesoro de tanto precio. Restableció la iglesia en el mismo lugar en que se halló el sepulcro del santo, dándole grandes dones, y haciéndole muchas mercedes, como consta del privilegio que tiene la misma iglesia, fecho en el año de 835.

Muy en breve comenzó á manifestar el santo apóstol á los Españoles que si en vida los habia tratado como á hijos, no habia mudado de concepto despues que reinaba con Dios en los cielos. Como entonces eran tan frecuentes las batallas con los Moros, tan grande el número de estos, y tan pequeño en su comparacion el de los cristianos, tuvieron estos muchas veces necesidad de que el cielo les diese socorro. Dióselo efectivamente por medio del apóstol Santiago, á quien vieron repetidas veces los Españoles capitanear sus ejércitos, armado de todas armas, mas resplandecientes que el sol, con las cuales hacia horrorosas matanzas en los Moros, y daba á los cristianos milagrosas victorias. Estos beneficios no se han limitado precisamente á España, sino que en las naciones y provincias mas remotas se ha experimentado igualmente su patrocinio. Este se hizo tan famoso, que para darle las gracias debidas venian de toda la cristiandad peregrinos á visitar su santo sepulcro. El voto de esta peregrinacion es tan sagrado y augusto,

que el dispensar en él es accion reservada al sumo pontífice, como lo es tambien el voto de ir á visitar el sepulcro de san Pedro y san Pablo, y los santos lugares de Jerusalen. En todo se manifiesta que Dios ha querido hacer glorioso el sepulcro de su santo apóstol, dándole una gloria en el mundo, que nunca hubiera conseguido sino por medio del martirio, y á España la gran ventura de tener en su seno las sagradas reliquias de aquel apóstol que fué el padre de su creencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Espoleto, la fiesta de san Sabino, obispo, san Exuperancio y san Marcelo, diáconos, san Venustiano, presidente, con su mujer y sus hijos, mártires bajo el emperador Maximiano, entre los cuales san Marcelo y san Exuperancio, habiendo sido primero extendidos en el potro, luego apaleados, fueron despues desgarrados con garfios, les quemaron los costados, y consumaron su martirio con la degollacion. Algun tiempo despues san Venustiano fué pasado á cuchillo, con su mujer y sus hijos. San Sabino, despues de haberle cortado las manos, y tenídole en dura cárcel, fué de tal modo apaleado, que murió de sus resultas. Se venera el martirio de todos ellos en el mismo dia, bien que se verificó en diferentes tiempos.

En Alejandría, san Mansueto, san Severo, san Apiano, san Donato, san Honorio y compañeros, mártires.

En Tesalónica, santa Anisea, mártir.

En el mismo lugar, san Aniso, obispo de aquella ciudad.

En Milan, san Eugenio, obispo y confesor.

En Ravena, san Liberio, obispo.

En Aquila en el Abruzo Ulterior, san Renero, obispo.

En Tours, el tránsito de san Perpeto, varon de insigne piedad.

En Aosto, al pié de los Alpes, san Yogundo, obispo de aquella ciudad.

En Vaucelles cerca de Cambrai, el venerable Raul, inglés, enviado de Claraval por san Bernardo por primer abad de aquel lugar.

En la Pulla, san Rogerio, obispo de Canas.

En Roma, el tránsito de san Vitaliano, papa.

En Verona, san Crescino, obispo.

En Irlanda, san Ailbeo, confesor.

La misa es propia, y la oracion la siguiente.

Deus, qui dispositione mirabili corpus beati Jacobi apostoli de Hierosolymis ad Hispaniam transferri, et in Compostella gloriosè sepeliri voluisti: concede, quæsumus, ut ejus meritis et precibus in cœlesti Jerusalem collocari mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que quisiste que por una admirable disposicion el cuerpo del bienaventurado apóstol Santiago fuese trasladado de Jerusalen á España, y sepultado en Compostela gloriosamente; concédenos que por sus méritos é intercesion merezcamos ser colocados en la celestial Jerusalen. Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 15.

Fratres: Non omnis caro, eadem caro: sed alia quidem hominum, alia verò pecorum, alia volucrum, alia autem piscium. Et corpora cœlestia, et corpora terrestria: sed alia quidem cœlestium gloria, alia autem terrestrium. Alia claritas solis, alia claritas lunæ, et alia claritas stellarum. Stella

Hermanos: No toda carne es la misma carne, sino que una es la de los hombres, y otra la de las bestias, otra la de las aves, y otra la de los peces. Hay cuerpos celestes, y cuerpos terrestres; pero una es la hermosura de los celestes, y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la

enim à stella differt in claritate: sic et resurrectio mortuorum. Seminatur in corruptione, surget in incorruptione. Seminatur in ignobilitate, surget in gloria. Seminatur in infirmitate, surget in virtute. Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale. Si est corpus animale, est et spiritale, sicut scriptum est. Factus est primus homo Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem. Sed non priùs quod spiritale est, sed quod animale, deinde quod spiritale. Primus homo de terra, terrenus: secundus homo de cœlo, cœlestis. Qualis terrenus, tales et terreni: et qualis cœlestis, tales et cœlestes. Igitur, sicut portavimus imaginem terreni, portemus et imaginem cœlestis. Hoc autem dico, fratres, quia caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt: neque corruptio incorruptelam possidebit.

claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Porque así como una estrella se distingue de otra estrella en la claridad, así tambien la resurreccion de los muertos. Se siembra cuerpo corruptible, y resucitará con incorrupcion. Se siembra innoble, y resucitará glorioso. Se siembra enfermo, y resucitará robusto. Se siembra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo animal, tambien le hay espiritual, como está escrito. El primer hombre Adan fué hecho alma viviente; el último Adan espíritu vivificante. Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal, y despues lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra es terreno; el segundo hombre del cielo es celestial. Como es el terrestre, así tambien son los terrestres; y cual el celestial, así tambien los celestiales. Así, pues, como hemos llevado la imágen del terreno, llevemos tambien la imágen del celestial. Dígoos esto, ó hermanos, porque la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios: ni la corrupcion llegará á poseer la incorruptibilidad.

REFLEXIONES.

Todo el fin de san Pablo en estas palabras de la epístola se reduce á desterrar de entre los Corintios la perjudicialísima persuasion de que el hombre muere del mismo modo que mueren las bestias. A este intento les inculca la doctrina de la resurreccion, que tanto eco hizo en el Areopago; pero al mismo tiempo advierte á los que ya habian abrazado la doctrina del Evangelio cuán peligroso es juntarse en compañía con los que sienten de otra manera; y prueba esta verdad alegando un verso de Menandro, que dice: *que las conversaciones viciosas corrompen las buenas costumbres.* Despues propone por sí mismo las principales dificultades que los filósofos oponian contra la resurreccion, y las va desatando con razones sólidas y ejemplos oportunos. Uno de ellos es el del grano de trigo, que primero se corrompe, y despues renace mas hermoso y con mas vigor que tenia antes, de modo que ya no es un grano sino muchos. Sigue despues á manifestar que á este modo Dios dará al cuerpo humano despues de la resurreccion tal hermosura y gracia, que parecerá que ha mudado de naturaleza. Pero por cuanto no todos serán igualmente dichosos, impidiéndolo sus mismas obras, dice que no todos podrán ser medidos con una misma medida; así como aunque sea carne la del hombre, la del bruto, la de las aves y la de los peces, no por eso deja de haber en ellas una grande y notabilísima diferencia. De la misma manera habrá grande diversidad entre los cuerpos de los que resuciten para ser eternamente gloriosos, y aquellos que resuciten para ser eternamente pábulo de las voraces llamas del infierno. La habrá tambien entre los cuerpos de los mismos bienaventurados; porque sus mismas obras serán la medida con

que se les dispense la claridad, la sutileza y la impasibilidad, que son las cualidades gloriosas con que han de ser adornados los cuerpos de los justos. En este sentido llama cuerpo animal al que no está todavía glorificado, considerándole agravado con el peso de la carne, y deshonrado con la mortalidad á que se halla sujeto. Por el contrario, al cuerpo glorioso le considera como espiritual y lleno de virtud y gloria: que esto quiere decir, se siembra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual.

Para que toda esta doctrina de la resurreccion recibiese una confirmacion sólida con ejemplos de notoria grandeza, y al mismo tiempo se hiciese útil para la moral, trae el ejemplo de Adan y de Jesucristo, atribuyendo á cada uno lo que le corresponde: al primero la perdicion; al segundo el remedio: al primero el pecado y contaminacion universal; al segundo la gracia y redencion del mundo. Por eso dice que el primer hombre, como formado de tierra, era terreno; y el segundo, como descendido de los cielos, es celestial. De aquí saca una consecuencia capaz de reformar las costumbres, é instituir la vida cristiana, cual debe ser segun las máximas del Evangelio. Dice el santo apóstol: Así, pues, como hemos llevado en nosotros la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la del celestial. Y esto lo digo, ó hermanos, porque la carne y sangre no pueden heredar el reino de los cielos, ni la corrupcion poseerá la incorruptibilidad. Hé aquí el fin y el objeto á que se dirige toda la doctrina del apóstol. De nada sirviera que les avisase que su alma era inmortal, y que habia de venir tiempo en que este cuerpo que se convierte en cenizas volviese otra vez á cobrar su ser y forma, resucitando para una vida interminable, si no enseñara al mismo tiempo que habia dos destinos, el uno de gloria, y el otro de pena eterna. Esta terrible verdad

es capaz por sí sola de arredrar los ánimos mas altivos, y de conservar á la justicia todos sus derechos. En llegando los hombres á persuadirse que sus acciones han de tener un premio ó un castigo diferentes del que logran en este mundo, ponen inmediatamente freno á sus pasiones, y aquella soberbia que habian concebido en fuerza del puesto encumbrado ó de la posesion de unas riquezas perecederas, al punto se desvanece y disipa. Conocen que hay un Ser omnipotente, cuyos decretos son irresistibles; que han de venir forzosamente á parar en sus manos, y que han de ser tratados segun los ápices de la justicia; que hay un reino futuro, que es el reino de Dios, y que este no le han de poseer la carne ni la sangre; de consiguiente miran á los demás hombres como á quienes pueden ver el dia de mañana eternamente dichosos, y asimismo despojados de aquel reino, y condenados para siempre á una desventura eterna. ¡O doctrina de la resurreccion! Si los mortales te tuvieran mas presente en su memoria, ¡cuánto mas inocentes serian sus acciones, y se aparejarian de continuo para una resurreccion no ignominiosa y terrena, como dice el Apóstol, sino espiritual y llena de gloria!

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual le dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabeis lo que

bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

podis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á *mi el* concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

SOBRE LA VENERACION QUE SE DA Á LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO

Considera la gran diferencia que hay del honor y veneracion con que son tratadas las cenizas de los justos respecto de las de los grandes monarcas y príncipes de la tierra, y entenderás desde luego con cuánta sabiduría ha dispuesto la divina Providencia que las recompensas sean aun en este mundo proporcionadas al mérito de las obras.

A la verdad, los grandes del mundo, mientras viven esta vida mortal, reciben de los demás hombres unos honores y obsequios de que ellos mismos se avergüenzan en lo íntimo de su alma, porque su conciencia no les presenta mas que delitos; y por malvados que sean, no pueden menos de asentir á aquella verdad que solo adjudica honores á la virtud. Por el contrario, los justos viven una vida oscura y despreciable, y pocas veces reciben de los demás hombres aquellas atenciones regulares que prescribe la humanidad. Llega el tiempo de la muerte de ambos: al poderoso se le tributan unas exequias y pompas funerales, que testifican por sí mismas que aquello se dedica á un monumento de soberbia, á la carne y á la sangre, á un hombre vicioso. Los sentimientos del

corazon de los asistentes están siempre fijos en la altanería con que vivió aquel personaje, en las viudas y huérfanos que oprimió, en sus obscenidades é injusticias; y al mismo tiempo que con la asistencia exterior de sus cuerpos están honrando la memoria de aquel poderoso, están en su corazon abominando sus delitos. Por el contrario, apenas muere el justo desconocido antes de los hombres, cuando el cielo se empeña inmediatamente en ensalzar su memoria, y hacer que todos los mortales conozcan su virtud, y le tributen los debidos obsequios. ¡Con qué reverencia se asiste á sus exequias, que son mas bien un espectáculo de gloria y de triunfo, que un aparato fúnebre de tristeza! ¡con qué veneracion se mira aquel cadáver extenuado, maltratado y afeado con el desaseo y el desaliño, y mirado en vida como un retrato de la muerte! ¡qué señales de bienaventuranza no se descubren en aquel macilento semblante, y con cuánta ansia procuran todos enriquecerse con la parte mas mínima de sus ropas y de cuanto tenia para su uso! Pero todo esto es nada si se considera la multitud de sentimientos tiernos y afectuosos que en aquel mismo instante se apoderan de todos los corazones. Las ideas de bondad, de dulzura, de fidelidad, de beneficencia, en una palabra, la idea de todas las virtudes naturales y cristianas ocupa la mente de todos, y entre las admiraciones con que recuerdan las acciones de su vida, se mezclan los multiplicados obsequios que tributan á sus despojos. Por eso decia el real Profeta (1): Tus amigos, ó gran Dios, están demasiadamente honrados; y su principado con que reinan sobre las almas, se ha robustecido con dulce imperio. En efecto, ¿quién no se pasma al ver pueblos enteros, ciudades populosas, reinos magníficos y poderosos ocuparse en la adquisicion de un pequeño

(1) Salm. 138.

hueso de un santo, adornarle con plata y oro, y lo que es mas que todo, adorarle, doblar en su presencia las rodillas, y estimarle en mas precio que todos los tesoros del mundo? ¿lograron jamás un obsequio semejante las cenizas de los soberbios conquistadores del mundo, ni dió este un premio semejante á los que temió y adoró como á sus soberanos? No á la verdad; entre las cosas que hacen á Dios *admirable en sus santos*, no se puede dudar que es de las principales el culto y veneracion que se tributa á sus reliquias.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que sin embargo de ser Dios sumamente zeloso de su gloria, y no permitir que se enajenen ni se tributen á otro objeto los honores que le son debidos, con todo eso, no solamente permite, sino que quiere y manda que se honren y veneren las reliquias de sus siervos, ya para dar esta recompensa á la virtud, ya para satisfacer en algun modo la humillacion, oprobio y envilecimiento con que los trató el mundo.

Los santos cuando estaban en esta vida trataron á sus cuerpos con desprecio; y si se mira con los ojos del mundo, los trataron con crueldad. Hambre, sed, cilicios, disciplina, falta de sueño, desnudez y una privacion eterna de todas las comodidades, hé aquí los instrumentos con que domaron los santos á su carne, y con que la hicieron cooperar á los premios incomprensibles de que ya son poseedores. Sin la cooperacion del cuerpo, ¿hubiera podido el alma conseguir tan admirables triunfos de las pasiones y de la concupiscencia? El mérito del ayuno, el de la mortificacion, el de la vigilia, y sobre todo el gran mérito del martirio, ¿pudiera lograrse con solo el espíritu impasible? Es evidente que no. Luego la justicia

misma exige que el cuerpo, como instrumento y compañero del espíritu en la adquisicion de tantas glorias, sea tambien participante de ellas. Es justo que se tributen honores á aquellos miembros sagrados que fueron despedazados por Jesucristo, y que no rehusaron arder en las hogueras para ser víctima de la verdad. Pero lo maravilloso es, que consigan estos premios y esta gloria, no solamente en la vida eterna, sino tambien en esta perecedera y mortal. Esto lo ha dispuesto Dios para confusion de los perversos, y para acrecentar la gloria de su santo nombre. Aquel dolor, aquella confusion y arrepentimiento que pinta el Espíritu Santo en el corazon de los malvados, en el capítulo quinto de la Sabiduría, no se verificará solamente en el dia terrible del juicio, sino que prueban su amargura con anticipacion cuantas veces ven adorar las reliquias de los santos. Se hacen desentendidos, dudan por algun tiempo, se esfuerzan á negar que aquella sea una cosa justa y debida; pero la religion con un poder irresistible les hace conocer toda la fuerza de la verdad, y comiéndose interiormente, exclaman despechados: Nosotros insensatos teníamos su vida por locura y su fin por deshonrado; pero mira como están contados entre los hijos de Dios. Al mismo tiempo traen á la memoria, sin poderlo remediar, aquellas obras que ellos tenian por despreciables y oscuras, conocen que de ellas les resulta todo aquel obsequio y reverencia, y de aquí nace una luz brillante y hermosa que ilustra sus almas y les enseña todo el precio de la virtud. Conocen que delante de Dios nada es permanente, nada tiene estimacion sino la verdadera virtud. La gloria del mundo pasa como una sombra: aquellos hechos ruidosos que estremecen los imperios, y llenan de asombro á los habitadores del mundo, las grandes victorias, las grandes conquistas, los maravillosos

descubrimientos, las empresas de mayor gloria, cuanto caracteriza de héroes á los personajes terrenos, nada de esto merece estimacion ni recompensa en el tribunal de la verdadera justicia. Llega sí cor gran ruido hasta el borde del sepulcro; pero apenas una losa fria cubre las cenizas de estos fantasmas de heroicidad, cuando su memoria queda sepultada con ellos. Pero la virtud sólida y verdadera, que solamente se puede hallar en los que arreglan su vida segun las máximas del Evangelio, nunca perece; su memoria será siempre eterna, y Dios hará que tributen parte de sus honores á los despojos y reliquias de aquellos siervos suyos que le fueron fieles y que las observaron.

JACULATORIAS.

Eritis odio omnibus propter nomen meum, et capillus de capite vestro non peribit. Luc. 21.

A todos seréis aborrecibles por causa de mi nombre, dijisteis, ó Dios mio, á vuestros siervos; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza.

Corpora sanctorum in pace sepulta sunt, et nomina eorum vivent in generationem et generationem. Eccles. 44.

Los cuerpos de los santos están sepultados en paz, y sus nombres permanecerán vivos por todas las generaciones, las que venerarán su memoria, y adorarán sus reliquias.

PROPOSITOS.

Si se considera lo que son físicamente las reliquias de los santos, es cierto que parece una accion fuera de todo juicio y prudencia el tributarles adoraciones y culto. Las reliquias no son otra cosa que unos pedazos de huesos carcomidos, ó unas pequeñas partículas de cuerpos muertos, que pudieron esca-

parse de la corrupcion; porque, aunque es cierto que la incorruptibilidad es argumento de santidad y virtud en el sugeto en que se halla, si hay otras pruebas que lo convenzan; tambien lo es que no es requisito necesario y condicion esencial que pruebe falta de santidad en aquellos en quienes no se encuentra. Las reliquias, pues, consideradas segun su naturaleza física, no merecerian otra cosa de nuestra parte sino asco, desprecio y horror, como acontece con todas las cosas de los difuntos. Porque, ¿qué cosa hay en el mundo que excite mas horror, que una calavera descarnada y carcomida? ¿qué puede tocar el hombre con tanta náusea como los intestinos y carne podrida de un muerto? ¿qué cosa se desprecia tanto, ni se mira tan envilecida, como aquellas ropas que se emplean en mortajas, y que, teñidas de la corrupcion del cadáver, contienen en sí todos los motivos de asco, de desprecio y de hacer una cosa del todo aborrecible? Sin embargo de esto, vemos tanta multitud de gentes sensatas que se apresuran y hacen las diligencias mas exquisitas por adquirir alguna pequeña parte de estas ropas, ó de estos huesos. Vemos que lo adornan con seda y oro, que lo depositan en cajas ricamente labradas de los metales mas preciosos, las que adornan despues con las piedras de mas estimacion que tiene la naturaleza. Aun vemos mas: vemos que estas reliquias las traen en el pecho, colocan en ellas el remedio de sus necesidades, imploran el patrocinio de aquellos de quienes fueron parte, que suponen ya reinando con Cristo; las colocan en los altares, les dedican grandes festividades, y en las calamidades públicas de hambre, peste, sequedad, guerra ó fuego las sacan en público triunfo entre oraciones y cánticos; las oponen como una muralla contra la desolacion, y como una señal de paz y remision entre Dios y los hombres. Ahora bien, los que practican esto son

gentes sensatas, son hombres sabios que han investigado los secretos de la naturaleza, y han apurado la ciencia de las costumbres. Son unos pueblos numerosos, son provincias enteras, son reinos dilatados: ¿será posible que tanta gente cuerda adopte un error, y tenga por virtud una cosa injusta? Es cierto que, considerada la fragilidad humana en sí misma, y las miserables supersticiones en que están anegadas provincias enteras, no se haria difícil creer que pudiese suceder lo mismo con las reliquias de los santos. Pero en esta materia tenemos los cristianos la tradicion constante de la Iglesia, y á la Iglesia misma que en el concilio de Trento (1) definió que las reliquias de los santos se presentan á los ojos de los fieles como unos saludables ejemplos para que compongan sus costumbres. San Jerónimo defendió el honor que se debe dar á las reliquias, escribiendo sobre este asunto contra Vigilancio. San Ambrosio veneró con gran pompa y magnificencia los cuerpos de los santos Nazario y Celso. San Agustin asistió por sí mismo á la traslacion de muchas reliquias de santos, y veneró por sí mismo las del protomártir Estéban. Y últimamente, el gran Crisóstomo asegura (2) casi con las mismas palabras que usó despues el concilio de Trento, que Dios nos concedió las reliquias de los santos para conducirnos por este medio á su imitacion. De todo esto se infiere, ó cristiano, que cuando la iglesia de España te presenta en este dia la traslacion del cuerpo de Santiago desde Judea hasta Galicia, te recuerda todas las verdades que has visto en estas consideraciones, y te enseña que es un punto de fe el dar culto á las reliquias de los santos: que tú debes deducir para tu provecho, lo primero el imitar las virtudes de aquellos, á quienes ha dispuesto Dios que se tributen tan grandes honores; y lo segundo, un

(1) Ses. 25. — (2) Lib. 4, de Fide, cap. 16.

conocimiento interior de que todos los bienes y glorias de este mundo son transitorias, y no te deben merecer otra cosa que desprecio.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN SILVESTRE, PAPA.

San Silvestre, destinado por Dios para los primeros dias serenos que vió la Iglesia, libre ya de aquella multitud de perseguidores que la habian hecho gemir por espacio de mas de trescientos años, y viendo en el número de sus hijos al mas grande y mas poderoso emperador que habia habido hasta entonces en el mundo; san Silvestre, digo, era romano, hijo de Rufino, de una familia opulenta, y que hacia en Roma uno de los primeros papeles. Sus padres eran cristianos, y agregaban á su zelo por la fe una probidad y una caridad ejemplar. Uno de sus primeros cuidados fué dar á su hijo una bella educacion, é inspirarle desde la cuna el amor á la virtud cristiana. Conociendo de cuánta consecuencia es para un jóven el tener maestros hábiles y virtuosos, le dieron por preceptor un santo hombre llamado Cirino, uno de los mas hábiles y mas piadosos que habia en el clero de Roma.

El bello natural del jóven Silvestre, lo despejado de su ingenio, su docilidad y su agrado abreviaron mucho las lecciones del santo sacerdote. Por mas pasmosos que fuesen los progresos que hizo en las letras, especialmente en la ciencia de la religion, no fueron inferiores los que se le veian hacer cada dia en la virtud y en el ejercicio de las buenas obras. Tenia gran gusto en recibir á los fieles extranjeros que ve-

S. SILVESTRE, PAPA Y C.

nian en peregrinacion á los sepulcros de los santos apóstoles; los conducia él mismo á la posada, les lavaba los piés, les servia á la mesa y los proveia abundantemente de todo lo necesario. Tuvo el consuelo de recibir entre otros á san Timoteo, el que, habiendo venido de Antioquía á venerar las reliquias de los santos mártires, despues de haber trabajado con un prodigioso suceso en la conversion de los infieles por la fuerza y uncion de sus instrucciones, mereció aumentar el número de los mártires, alcanzando la palma del martirio. San Silvestre tuvo medio de hacerse con su cuerpo, y le enterró con todo el honor que la persecucion de los paganos le pudo permitir. Tarquino Perpena, prefecto de la ciudad de Roma, sabiendo que el santo mártir estaba hospedado en casa de nuestro santo, imaginó que Timoteo habia traido del Oriente grandes riquezas á Roma; y así mandó prender á san Silvestre, le metió en la cárcel, resuelto á hacerle morir, á lo menos por ser cristiano, esperando con esto tener un doble despojo; pero la Providencia hizo inútiles todos sus designios, porque el prefecto murió el dia siguiente, habiéndose tragado una espina de pescado que le ahogó en pocas horas. Esta muerte tan repentina hizo que dieran libertad al santo encarcelado, el que volvió al punto á sus acostumbradas obras de misericordia.

La vida pura y ejemplar de nuestro santo dió á conocer bastantemente que no se quedaria en el siglo. En efecto, fué admitido en el clero á los treinta años de edad, y le ordenó de sacerdote el papa san Marcelino. Esta nueva dignidad fué un nuevo lustre á su eminente virtud. Conoció la santidad y las obligaciones de su estado, y se dedicó á cumplir con ellas: quizá no se vieron jamás costumbres mas puras, piedad mas ferviente, ni porte mas mortificado, más humilde ni mas devoto. Su capacidad, junta á una

regularidad extraordinaria, atrajo sobre él una furiosa persecucion de parte de los donatistas, que, no pudiendo sufrir el que san Silvestre quitase la mascarilla á su hipocresía, y confundiese á sus mas hábiles partidarios, tanto en particular como en público ejercitaron porfiadamente su caridad y su zelo; pero toda su malicia solo sirvió para hacer conocer mejor el mérito de nuestro santo; pues, habiendo muerto el papa san Melquíades el año 314, san Silvestre fué ensalzado de comun consentimiento del pueblo y del clero á la santa sede.

Habia empezado á respirar la Iglesia despues de la muerte del impío Diocleciano: mas aunque el emperador Constantino, despues de la célebre victoria sobre el tirano Maxencio, la que este gran príncipe conocia deber á la virtud de la cruz de Jesucristo, se habia declarado altamente por los cristianos; con todo, los magistrados paganos no dejaban de perseguirlos, especialmente mientras duró la guerra que este emperador se vió obligado á hacer á Maximino y á Lucio sus cólegas en el imperio. La proteccion abierta que este príncipe concedia á los cristianos irritó furiosamente á los paganos, los que, aprovechándose de su ausencia, no omitieron diligencia alguna para exterminar á los cristianos de Roma: este era el último esfuerzo que hacia el infierno contra la religion. Aunque el santo papa deseaba dar su vida y su sangre por Jesucristo, con todo creyó debia conservarse para cuidar de su querida grey, la que, en unas circunstancias tan críticas, tenia mucha necesidad de su vigilancia y de su caridad pastoral. Y así le fué preciso salir de Roma y retirarse al monte Soracte, llamado despues de San Silvestre, distante de la ciudad unas siete leguas.

Las actas de este santo, autorizadas por gran número de autores célebres, tanto griegos como lati-

nos, y por una venerable tradicion que sigue la Iglesia todavía el dia de hoy en el oficio del santo, dicen que viéndose el emperador Constantino cubierto de una especie de lepra, la que era muy comun en aquel tiempo, consultó sobre ello á los mas hábiles médicos del imperio, los que, siendo todos paganos, convinieron unánimemente en que el baño de sangre de niños pequeños era el único remedio eficaz para la mencionada enfermedad. Aunque este príncipe deseaba ardientemente sanar, se horrorizó no obstante del remedio; el aprecio que hacia de la religion cristiana, de la que todavía no tenia entonces mas que una lijera tintura, comenzó á inspirarle ya sentimientos mas humanos, y así rehusó tomar un baño tan bárbaro. La noche siguiente tuvo una vision, en la que vió en sueños dos venerables ancianos, cuyo porte apacible y majestuoso á un mismo tiempo le daba á entender bastante la dignidad de sus personas, los cuales acercándosele, le dijeron cuán agradable habia sido á Dios aquel acto de clemencia, y le añadieron que enviara á buscar al monte Soracte á Silvestre, sumo pontífice de los cristianos, quien le mostraria un baño mucho mas saludable, con el cual sanaria al punto no solo de la lepra del cuerpo, sino tambien de la del alma. Habiendo despertado Constantino, llama á sus oficiales, y les manda le traigan sin dilacion al soberano pontífice de los cristianos, llamado Silvestre, el que hallarán en el monte Soracte. Al ver el santo pontífice los oficiales del emperador con órden para llevarle á su presencia, no dudó seria para darle la corona del martirio; pero fué recibido del príncipe con afabilidad y con honor: declaróle la vision y la órden que habia tenido, la que creia venir del cielo, quien queria curarle de su lepra.

San Silvestre, gustosamente sorprendido del buen acogimiento del emperador, y de lo que acababa de

oir, le dijo : No dudes, gran príncipe, que la vision que has tenido viene de Dios. En cuanto á los dos venerables viejos que has visto, conocerás, viendo sus retratos, que son los dos grandes apóstoles de Jesucristo, las dos principales columnas de su Iglesia; y habiéndole mostrado las imágenes de san Pedro y san Pablo, reconoció Constantino en ellas á los dos viejos que habia visto en sueños. Este suceso obró una gran mudanza en el alma de este gran príncipe, el que quiso ser instruido á fondo en los misterios de nuestra religion; y obrando la gracia en su gran corazon, fué admitido entre los catecúmenos. La santa impaciencia que mostró de ser cristiano, obligó á san Silvestre á abreviar el tiempo de las pruebas. Fué en fin bautizado por nuestro santo; y apenas fué metido en las sagradas aguas del bautismo, cuando desapareció la lepra, y su alma quedó limpia de toda mancha.

No se puede decir cuál fué en esta ocasion el gozo del emperador, y los clamores de alegría de todos los fieles. Su ternura y su veneracion á san Silvestre fueron extremadas desde este dia : le miró siempre como á su padre en Jesucristo, y le veneró como á su maestro. Constantino, todavía mas grande por su piedad y su zelo por la religion, que por las victorias que habia conseguido sobre todos los enemigos del imperio, empleó todos los ocho dias que llevó el hábito neófito, dicen sus actas, en hacer leyes y ordenanzas dignas del primer emperador cristiano. Dirigido por san Silvestre, empezó anulando todos los edictos hechos por los emperadores paganos contra los cristianos, y publicó muchos en su favor para el establecimiento y la gloria de la religion cristiana, cuyo libre ejercicio estaba ya establecido en todas partes, mandando al mismo tiempo abolir generalmente las supersticiones paganas. Se demolieron los templos de los ídolos en todo el imperio, y se edifica-

ron sobre sus ruinas en Oriente y Occidente templos consagrados al verdadero Dios; de modo que puede decirse que, si el gran Constantino fué el instrumento de que se sirvió Dios para hacer triunfar la verdadera religion, san Silvestre fué como el alma de todas estas gloriosas hazañas. Movió al emperador á edificar la magnífica basílica del Salvador, llamada San Juan de Letran, y la de los apóstoles san Pedro y san Pablo, la que este príncipe enriqueció, dándole muchos tesoros, despues de asignarle rentas suficientes para la manutencion de un gran número de eclesiásticos.

Mientras que el religioso príncipe hacia triunfar la religion católica del paganismo por sus magníficas liberalidades, san Silvestre conseguia insignes victorias sobre los judíos y herejes. A aquellos los confundió en presencia del emperador, y juntó contra ellos muchos concilios, en los que el error fué proscrito. El principal fué el de Nicea, el cual es el primer concilio general, al que concurrieron trescientos diez y ocho obispos, la mayor parte gloriosos confesores de Jesucristo; en él se condenó la impía herejía de Arrio. Asistió á él el emperador Constantino, y dió raros ejemplos de humildad y de religion. El puesto que se le dió, los honores que se le tributaron, y los elogios que se hicieron de su zelo y su virtud, prueban evidentemente, dice el cardenal Baronio, que habia ya recibido el bautismo. Despues de la solemne condenacion del arrianismo, despues del famoso símbolo de fe que allí se hizo, escribió el concilio á san Silvestre, pidiéndole la confirmacion de sus decretos; y habiendo juntado este santo papa otro concilio en Roma para este fin, confirmó todo lo que el de Nicea habia hecho, con estas palabras: *Confirmamos de palabra, y asimismo nos conformamos con todo lo que ha sido establecido en la ciudad de Nicea,*

en Bitinia, por los trescientos diez y ocho bienaventurados obispos, para el bien y conservacion de la santa madre Iglesia católica y apostólica, y anatematizamos á todos los que intentaren destruir la difinicion de este grande y santo concilio, al que se ha hallado presente el piísimo y venerable príncipe Constantino Augusto.

La vigilancia del santo pontífice y su solicitud pastoral no se contentó con cuidar de la pureza de la fe, sino que se extendió tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica, para lo cual juntó algunos concilios. Uno de los mas considerables fué el de Arlés, á que asistieron los obispos de las Galias, de Italia, de España y de Africa, donde se estableció que la fiesta de la Pascua se celebrase el domingo despues del dia 14 de la luna de marzo. En él se condenó la reiteracion del bautismo, observada por los Africanos. Ceciliano, obispo de Cartago, fué declarado inocente de los delitos de que le acusaban los donatistas, y se hicieron leyes muy justas contra los cismáticos. Finalmente, despues de haber edificado muchas iglesias en Roma y en otras partes; despues de haber hecho decretos muy prudentes y muy útiles para perfeccionar la disciplina de la religion cristiana; despues de haber gobernado la Iglesia con una prudencia admirable, y con un acierto maravilloso por espacio de veinte y dos años, consumido de trabajos por la gloria de Dios, y colmado de merecimientos, salió de esta vida mortal para ir á gozar en el cielo de la que no tendrá jamás fin. Sucedió su muerte el año 335 de Jesucristo, siendo de una edad muy avanzada. Su cuerpo fué enterrado con mucha solemnidad en la via Salaria, en el cementerio de Priscila, á una legua de Roma.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma la fiesta de san Silvestre, papa, que bau tizó al emperador Constantino el Grande, y confirm el concilio de Nicea. Murió en santa paz despues d haber hecho otras muchas obras santas.

Tambien en Roma, en la via Salaria, en el cementerio de Priscila, santa Donata, santa Paulina, santa Rústica, santa Nominanda, santa Serotina, santa Hilaria y sus compañeras, mártires.

En Sens, san Saviniano, obispo, y san Potenciano, quienes, habiendo sido enviados allá por el pontífice romano para predicar, ilustraron aquella ciudad metropolitana con el testimonio de su confesion.

En el mismo lugar, santa Colomba, vírgen y mártir, á la cual, despues de haber pasado por la prueba del fuego, le cortaron la cabeza con la cuchilla en la persecucion del emperador Aureliano.

En Resara (Nicópolis), san Hermés, exorcista.

En Catana de Sicilia, el martirio de san Estéban, san Ponciano, san Atalo, san Fabian, san Cornelio, san Sexto, san Floro, san Quintiano, san Minervino y san Simpliciano.

El mismo dia, san Zótico, presbítero romano, el cual, habiendo ido á vivir en Constantinopla, tomó á su cargo la manutencion de los huérfanos.

En Ravena, san Barbaciano, presbítero y confesor.

El mismo dia, santa Melania la Jóven, la que, abandonando á Roma con su marido Piniano para ir á Jerusalen, abrazó allí el estado religioso entre unas mujeres consagradas á Dios, haciéndose al mismo tiempo monje su marido. Ambos murieron santamente.

En otras partes, otros muchos santos mártires y confesores, y muchas santas vírgenes.

En Bourges, san Eustado, obispo, que habia sido arcediano en Autun.

Cerca de Savernes en la Alsacia, san Leuvarto, abad.

Este mismo dia, san Garamberto, abad.

En Souvigny, el tránsito de san Odilon, abad de Cluni.

En Egipto, san Ausgeno, martirizado en una edad muy avanzada, venerado por los Coptos y por los Etiopes.

En Inglaterra, el venerable Banduino, abad de San Edmundo.

En Wilna en Lituania, san Nizilon, que fué muerto de órden del duque Olgerdo, padre de Jagellon, por habersé negado á comer de carne un dia de vigilia.

En Lisboa capital de Portugal, el venerable Luis de Granada, del órden de santo Domingo, célebre por sus obras ascéticas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Silvestri, confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Haced, Dios omnipotente, que la venerable solemnidad del bienaventurado Silvestre, vuestro confesor y pontífice, nos aumente la devocion y la salud. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4 de la segunda de san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia VII, *pág.* 145

NOTA.

« Estando san Pablo en Roma, escribió esta se» gunda carta á su querido Timoteo, no solo para

» llamarle á sí, sino tambien para alentarle en las » penas y trabajos del ministerio y en las persecu- » ciones á que estaba expuesto continuamente. »

REFLEXIONES.

No son las grandes sillas las que hacen grandes á los pontífices, así como no son siempre las acciones mas brillantes las que forman los mas grandes santos; pero, cuando estas luces puras, vivas, ardientes están puestas sobre los mas altos candeleros, cuando la virtud mas heróica y mas purificada se encuentra en los primeros puestos, ¡qué efectos tan maravillosos los que de aquí se siguen! Todo es felicidad entonces, todo es prodigio. Todos los prelados deben ser indispensablemente por su sagrado caracter la sal de la tierra y la luz del mundo. La pureza de su doctrina, sostenida y hermoseada por la integridad de sus costumbres y por el resplandor de sus buenos ejemplos, debe servir de triaca contra el error, y de remedio eficaz contra el contagio. Del pastor esperan las ovejas su alimento, á él le toca conducirlas á los pastos sanos y saludables. ¿Y qué bienes no hacen los prelados que ocupan las primeras sillas, cuando su santidad y su mérito corresponden á la eminencia y á la superioridad de su jerarquía? Cuando los primeros prelados son los mas santos, cuando estos primeros astros no tienen sino una luz pura, ¡qué influencias tan saludables no derraman sobre todo el mundo cristiano! Son los instrumentos ordinarios de que se sirve Dios para obrar sus mayores prodigios. ¡Qué no debe todo el mundo cristiano, qué no debe la Iglesia á la eminente santidad, al zelo eficaz, á las extraordinarias luces, á la pureza de la doctrina y á la inmensidad de los trabajos apostólicos de los Clementes, de los Silvestres, de los Leones, de los Gregorios, de

los Pios y de tantos otros grandes pontífices, que Dios ha dado al mundo cristiano en diversos tiempos, segun la necesidad que ha visto tenia de ellos su Iglesia!

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XIV, *pág. 328.*

MEDITACION.

DEL CONSUELO QUE SE TIENE AL FIN DEL AÑO DE HABER EMPLEADO BIEN EL TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas dulce ni de mayor consuelo, que el haber cumplido uno con su obligacion, y haber hecho lo que debia: este testimonio de la conciencia contenta y calma el corazon, al mismo tiempo que derrama en el alma una paz y una dulzura que son sobre todos los sentidos, y que el hombre carnal no es capaz de comprender. Pero entre todas las obligaciones del hombre cristiano, se puede decir que la mas interesante y la mas sensible, por decirlo así, es el buen empleo del tiempo. Este pensamiento llena el corazon y le sacia. Yo habia recibido del padre de familias este talento para negociar con él: le he puesto á ganancias, me he aprovechado de cuantas ocasiones se me han presentado de hacer redituar este talento, y gracias á Dios lo he conseguido; venga el Señor cuando quisiere, que yo estoy pronto á darle cuenta de él. Hé aquí lo que siente al fin del año una alma fiel, que no ha dejado escapar ocasion alguna de cumplir hasta con las mas pequeñas obligaciones de su estado, y que, mirando esta vida con ojos cristianos, ha comprendido cuán caduca y miserable es, y sobre todo, cuánto le importaba usar bien de ella. Ha considerado que, siendo como era extran-

jera sobre la tierra, hubiera sido una insigne locura poner su *felicidad, y buscar su reposo en ella.* Atenta únicamente á hacer útiles para la eternidad todas las horas y todos los momentos, no ha mirado cada dia sino como el *tiempo* de un jornal; y para no perder el salario debido, ha tenido cuidado de no aflojar en el trabajo que se le habia prescrito. Sabiendo que este año podia ser el último para ella, como lo ha sido para muchas otras, ha vivido como quien habia de morir, teniendo siempre encendida su lámpara, y aguardando con paciencia la hora de la llegada del esposo. Comprendamos, si es posible, el fondo de consuelos interiores que experimenta esta alma fiel al fin del año. ¡Con qué satisfaccion se acuerda que ha cumplido con sus obligaciones, que ha correspondido á las gracias que Dios le ha dado, que ha evitado los lazos que el enemigo de la salvacion le habia armado, que ha domado sus pasiones, en una palabra, que ha tenido una vida cristiana!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todo concurre á hacer este consuelo mas dulce. Los bienes y los males de que todos nuestros años están como sembrados; adversidades, accidentes funestos, pérdida de bienes, aflicciones, desgracias, enfermedades, fortuna grande, prosperidades temporales, ventajas, satisfacciones, placeres, todo ha pasado, ¿Qué queda de todo esto al fin del año? Lo mismo, con poca diferencia, que al fin de la vida Nos consolamos de los unos; miramos con indiferencia, y quizá con disgusto los otros. Los bienes y los males de esta vida pasan igualmente; y todo lo que pasa es poco digno de afligir ó de alegrar á un corazon, á quien solo los bienes eternos son capaces de contentar, y que, hablando propiamente, no tiene que temer sino al pecado y á la infelicidad eterna.

Una persona verdaderamente virtuosa, que tiene la dicha de evitar el pecado durante todo el año, ó que, habiendo tenido la desgracia de perder la inocencia, no ha pasado el dia sin recobrarla, siente al fin del año un gozo, cuyo precio puede solo comprender quien le ha experimentado. La memoria del fruto que ha sacado de la palabra de Dios, del uso de los sacramentos, de los ejercicios de devocion, de las buenas obras; aquella regularidad de costumbres, aquel retiro voluntario de tantas ocasiones de pecado, aquellas prácticas de devocion causan en el alma un gozo, un contento y una confianza indecible. Aquellas alegrías y fiestas mundanas, mezcladas de tantas amarguras, han pasado; ¿qué me queda al presente de todas ellas sino un amargo arrepentimiento y un triste pesar? ¡Oh, y cuán dulce es estar exento el último dia del año de todos estos pesares, y no tener sino el testimonio de una conciencia tranquila y sosegada! ¿Quién no quisiera el dia de hoy este secreto testimonio? Esta es la ventaja que llevan los que han pasado el año santamente á los que le han pasado en la vanidad y en el pecado. Se siente entonces un fondo de confianza en la misericordia de Dios, á quien se debe todo el bien que se ha hecho, que desvanece y disipa todos los temores, y nos hace esperar para el año próximo una perseverancia que causa un maravilloso gozo, un placer interior, un gusto exquisito y una paz inefable.

¡Ah, Señor, qué no quisiera yo ahora haber hecho para gustar de este dulce consuelo! Dichosas las almas fieles que le experimentan: á lo menos haced que yo aumente de hoy en adelante el número de estas almas; y que, si vos me concediéreis el año próximo, tenga el consuelo de haberme aprovechado de los pesares que tengo al acabar este: así lo espero de vuestra gracia.

JACULATORIAS.

Ego dixi : In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi. Isai. 38.

Señor, ora empiece, ora acabe el año, no cesaré de decirme que voy corriendo al sepulcro.

Domine, salvum me fac, et psalmos nostros cantabimus cunctis diebus vitæ nostræ. Ibid.

Señor, pues os dignais conservarme la vida, os prometo no emplear el resto de mis años y de mis dias sino en amaros, en serviros y en glorificaros.

PROPOSITOS.

1. Se debe pensar al fin de cada año casi lo mismo y del mismo modo que se pensará al fin de la vida. Este número de dias de que se compone así el año como la vida, dichosos ó infelices, tristes ó risueños, todo ha pasado, y la impresion que han hecho en el alma los unos y los otros se borra igualmente. Tú has llegado al último dia de este año, el cual ha sido el último para muchas personas. ¡Qué pesar tan justo debe ser el tuyo si le has empleado mal! Pero asimismo, ¡qué consuelo tan dulce no sentirás si todos los dias han sido para tí dias llenos, si has usado santamente de este tiempo, si te has aprovechado de los bienes y de los males, si has reformado tus costumbres, si has practicado con puntualidad tus ejercicios de devocion, si, habiendo leido cada dia la vida del santo del dia, has imitado sus virtudes, si, teniendo cada dia un poco de lectura, has sacado siempre de ella algun fruto; finalmente, si, habiendo recibido en el discurso del año tantas inspiraciones, tantos piadosos movimientos, tantos saludables deseos, tantos ejemplos ó que desechar ó que seguir; si, separando

lo verdadero de lo falso, lo dañoso de la saludable, has sido bastante cuerdo para trabajar eficazmente en tu salvacion! Ocúpate hoy en estos saludables pensamientos, y sea lo que fuere de lo pasado, á lo menos pasa este último dia tan santamente, que esta tarde tengas siquiera el consuelo de no haber perdido todo el año.

El medio mas propio para empezar bien el año nuevo, es acabar santamente el antecedente; aprovéchate de este aviso, é imprímele en tu corazon. Es una práctica de devocion muy útil, y de la que usan las almas fervorosas, hacer estos dias últimos una confesion extraordinaria de las faltas mas considerables que se han cometido en el discurso del año. Pasa este último dia en una especie de retiro; es muy debido que á lo menos este último dia sea todo para el Señor y para tu salvacion. No te contentes con leer esto, ponlo por obra, pues una lectura seca y estéril puede serte muy dañosa. Da gracias á Dios con especialidad de todas las que has recibido. Visita hoy alguna capilla ó iglesia de aquellas en que la santísima Vírgen es honrada y venerada particularmente, y dale las gracias con mucha humildad y fervor por tantos beneficios como has recibido por su mediacion, y conságrate de nuevo á su servicio. No te olvides de los santos ángeles, especialmente del de tu guarda; ¡qué no le debes á tu santo ángel! Muéstrale hoy tu reconocimiento. Da gracias á los santos por los beneficios que te han conseguido de Dios, y haz que se interesen en tu salvacion, mostrándote agradecido á lo que han hecho por tí. Sé liberal con los pobres mas de lo que acostumbras, con el fin de reparar con estas limosnas extraordinarias tantós gastos como has sacrificado neciamente á tus diversiones ó á tu vanidad. Pasa toda esta tarde, si puede ser, ante el Santísimo Sacramento, para reparar

de algun modo tantas tardes ó noches pasadas en el juego ó en bagatelas. En fin, acaba este año tan cristianamente, como quisieras ahora haberle pasado todo : todas estas piadosas industrias contribuirán maravillosamente al importante negocio de tu salvacion.

FIN DEL MES DE DICIEMBRE.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE DUODÉCIMO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.